LORRAINE COCÓ

Trilogía Pink Ladies

Se ofrece musa a tiempo parcial

Besos de mariposa

Penélope, ¿pececilla o tiburón?

© Se ofrece musa a tiempo parcial.

© Besos de mariposa

© Penélope, ¿pececilla o tiburón?

© Lorraine Cocó

© Imágenes originales para la portada, Adobe Stock Photo

Diseño de portada: Lorraine Cocó

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

AGRADECIMIENTOS
NOTA DE LA AUTORA
CAPÍTULO 1
CAPITULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPITULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPITULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPITULO 26
CAPÍTULO 27
CAPITULO 28
CAPÍTULO 29
CAPITULO 30
BESOS DE MARIPOSA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
EPÍLOGO
PENÉLOPE, ¿PECECILLA O TIBURÓN?
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
SOBRE LORRAINE COCÓ

A mis musos y musas. Siempre conmigo, compartiendo mis sueños, mis pasiones, mis latidos, mis impulsos, mis locuras y desvelos.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribía esta historia, me pregunté en varias ocasiones si sería capaz de transmitir lo importante que es para mí la figura de la musa, y después, mi mente curiosa dio una vuelta más con una nueva incógnita: ¿qué pensarán algunos de mis compañeros y autores más admirados sobre este ente fantástico? Y no lo dudé: escribí a cada uno de ellos pidiéndoles que me hicieran cómplice de la relación con su musa.

Decir que me siento increíblemente honrada por su dispuesta y efusiva colaboración es quedarse muy parca. Y por eso, solo tengo infinitas palabras de agradecimiento para ellos: Yolanda Revuelta, Megan Maxwell, Olivia Ardey, Lola P. Nieva, Olga Salar, Regina Román, José de la Rosa, Lydia Leyte Coello, Mar Fernández, Isabel Keats, Javier Romero, Laura Nuño, Azahara Vega, María Martínez, Josephine Lys, Carla Crespo y Gema Samaro. ¡¡¡MIL GRACIAS!!!

NOTA DE LA AUTORA

“Es mi opinión que, para conservar a una Musa, primero hay que ofrecerle comida. Cómo se alimenta algo que todavía no está ahí es un poco difícil de explicar. Pero vivimos en un clima de paradojas. Una más no debería hacernos daño.”

Ray Bradbury

Este es un libro muy especial para mí por muchos motivos, y el primero y más importante es el de permitirme hacer un homenaje a una figura en mi vida imprescindible, pues no imagino un trabajo como el mío sin ella: mi musa. Tan real como mi sombra o el aire que respiro. De hecho, en muchas ocasiones, amigas y compañeras de profesión me han oído decir en mitad del proceso de creación: "Este capítulo lo ha escrito entero ella".

Y es así. Tantas veces frente al papel he sentido la necesidad de dejarme llevar, sentirme poseída por este ente fascinante y ser consciente nada más que del golpeteo incesante de mis dedos sobre las teclas de mi ordenador. Sin pensar, sin razonar, sin seguir una idea, solo sintiendo y dejándome llevar por los susurros de mi figura mágica. Cuando varias horas más tarde levanto la cabeza de la pantalla y leo lo que he escrito, no soy capaz de entender de dónde han salido todas esas situaciones, sentimientos y momentos que a partir de ese momento van a ser inolvidables para mí. Y es por ella, solo por ella, que guía mis dedos sobre las teclas, hechizándome el alma, alentándome a soñar y permitiéndome vivir mil vidas en una, que os ofrezco esta historia que espero también hechice vuestros corazones.

CAPÍTULO 1

"La mujer musa es la de carne y hueso."

Rubén Darío

"Se ofrece musa a tiempo parcial", leyó en voz alta William el anuncio en el periódico, y en sus labios se dibujó una mueca al tiempo que exhalaba un resoplido.

De entre todos los anuncios grotescos y extravagantes que había en el periódico, aquel, impreso con letra cursiva rodeada por una guirnalda de flores y corazones llamó su atención sobre el resto. Pero el hecho de creer que un trabajo como el suyo dependía de la intervención o influencia de una supuesta musa, más que del trabajo empírico, la profunda investigación del tema y el desarrollo de un exhaustivo plan, era algo totalmente estúpido. Ciertamente en una profesión como la suya, la de escritor, siempre se había hablado del personaje fantástico de "la musa", pero pensar que verdaderamente una obra literaria pudiese salir de los susurros de un ente como aquel, era algo totalmente descabellado. Y su desazón no llegaba a cotas de desesperación tal, como para siquiera plantearse semejante posibilidad.

La gente estaba decididamente loca en aquella ciudad. "¡Y luego dicen de los neoyorkinos!", pensó cabeceando. Esa chica se ofrecía como musa, ¿se podía ser más ridícula? ¿Podía alguien creer una majadería como esa? Volvió a doblar el periódico por la página y lo dejó sobre la encimera de la cocina. Dio otro sorbo a su humeante y fuerte café de la mañana y bajó un par de peldaños, los que separaban dicha zona de la de su amplio salón. Se acercó hasta su enorme escritorio de madera de ébano, prácticamente cubierto por pilas de folios, archivos,

documentación, fotografías y su imprescindible iMac. Aparentemente, todo cuanto necesitaba para escribir su próxima novela. Pero no era así. Llevaba con ese proyecto cerca de un año. Un agónico y estresante año, pero todo lo que había conseguido eran cerca de cuatrocientas páginas de bazofia; asquerosa bazofia sin sentido que no servía ni para encender la chimenea.

No se sentó tras el escritorio. Solo se dedicó a dar vueltas en torno a él, mirando todo cuanto lo cubría como si fuesen bombas a punto de explosionar. Y de alguna manera, así era. Pues de no encontrar una solución pronto a su problema, las cosas iban a ponerse muy feas para él.

Hacía casi dos años desde que consiguió su primer y gran éxito como escritor. Indudablemente, ganar un premio Anthony lo había catapultado a la cumbre. Fue *bestseller* durante meses y había llegado a vislumbrar el futuro brillante que le esperaba como escritor. Las firmas, presentaciones, eventos y entrevistas comenzaron a sucederse durante el siguiente año, sin dejarle tiempo para más. No se quejaba, le había encantado sumergirse en la vorágine de la promoción. Pero toda aquella atención mediática pronto le agenció el título de “La gran promesa del suspense policial”. Las expectativas sobre lo que sería su próxima publicación crecieron al tiempo que su popularidad, cuando su siguiente libro no era ni un proyecto. Y cuanto mayores eran dichas expectativas, más bloqueado se sentía él. Pero el sueño, esa carrera meteórica, solo se afianzaría si conseguía que su segundo libro llegase a impresionar tanto como el primero. De lo contrario, terminaría siendo uno más en la lista de talentos fugaces en ese competitivo mundo.

Tenía que centrarse en el libro. Apenas contaba con tres meses para poder hacerlo. Un gran problema, teniendo en cuenta que en escribir su primera obra tardó casi un año y que prácticamente ya se había gastado casi todo el cuantioso anticipo que había recibido de la editorial al firmar el contrato de la publicación. Para colmo, en su cabeza, todas las ideas que paseaban seguían sin parecerle lo suficientemente buenas.

Resopló con frustración y recordó el anuncio del periódico. “Si las cosas fuesen tan sencillas como llamar a una musa...”. Tras ese pensamiento puso los ojos inmediatamente en blanco. No solo había que estar desesperado, sino ser un auténtico majadero para cometer tal

estupidez. Su gesto, esta vez cansado, volvió a dibujar una mueca en su rostro que acentuaba el entrecejo fruncido que se había agenciado los últimos meses, desde que su angustia se había hecho más acusada, y volvió a pensar en quemar aquellas cuatrocientas páginas. No había querido mostrárselas ni a su agente, Gina. Y llevaba tanto tiempo dándole largas que ya no sabía qué más podía decirle para justificar no haberle enviado al menos los primeros capítulos del libro.

Dio un trago a su café y definitivamente se sentó tras el escritorio, pero nada más dejarse caer en su elegante sillón de cuero el aire se volvió espeso y le costó respirar. Se levantó del asiento con tanta rapidez que se tiró el café encima de la camiseta blanca, quemándose el pecho.

—¡Joder! ¿Hay peor forma de empezar el día, William? —se preguntó en voz alta, mientras se miraba completamente manchado. Había caído café sobre su ropa, el suelo, el escritorio y…—. ¡Mierda! —También sobre los folios de bazofia que había sobre él. Cierto que no valían para nada, pero era lo único que tenía. Y si se veía obligado a dar algo que leer a Gina, tendría que salir de ahí.

Se acercó a la cocina a por trapos para limpiar el desastre mientras se sacaba la camiseta por la cabeza cuando el teléfono de casa comenzó a sonar. Fue hasta el aparato y reconoció el número en la pantalla: era Gina, su agente que, como siempre, parecía leerle la mente y decidir llamarlo en el peor momento. No estaba de ánimo para comenzar una discusión que con total seguridad terminaría perdiendo. Gina, además de su agente, era su exnovia. Habían estado juntos casi tres años, la relación más larga que había tenido, y eso le había proporcionado un máster sobre cómo sacarlo de quicio. Esa había sido una de las razones por las que acordaron romper hacía un año. Se apreciaban y respetaban mutuamente, pero eran totalmente incompatibles. A ella le gustaba intentar manipularlo y a él le agotaba ese juego. Ella había querido diseñar su vida y relación a su capricho y él no había estado dispuesto a perder su voz e independencia. Lo mejor para ambos había sido quedar como amigos, aunque Gina seguía intentando con frecuencia meterse en su vida y organizársela más allá de los límites de su carrera profesional.

Por fin el sonido del teléfono cesó y respiró con alivio. Cogió los trapos de la cocina y

volvió al escritorio para limpiar concienzudamente la madera, cuando el teléfono volvió a sonar. Sabía que no iba a desistir, era persistente como ella sola. No dejaría de llamarlo hasta que contestase, pero definitivamente no estaba de humor y esperó a que cesase de nuevo. Después fue a poner en silencio el aparato.

Pero entonces fue el timbre de la puerta el que lo interrumpió. Resoplando, fue hasta su dormitorio, tomó una camiseta limpia del cajón de su cómoda y se la puso mientras la persona que llamaba parecía haberse quedado pegada al timbre sin dejar de apretarlo. Cuando llegó hasta la entrada y abrió la puerta, su ánimo estaba más que caldeado. Y entonces, como una exhalación, vio cómo Gina y su leonina melena rubia entraban sin esperar a ser invitadas.

—¿Crees que no tengo otra cosa que hacer más que ir tras de ti, William? —le dijo, girándose para brindarle una mirada entornada y furiosa.

—Buenos días, Gina. No puedo decir que me alegre de verte, pero ya que estás aquí… ¿Quieres un café? —le preguntó cerrando la puerta, y pasando por su lado ignoró deliberadamente su enfado.

La agente no mostró el menor cambio en su gesto.

—No he venido a tomar café, William. De hecho, tengo muchas cosas que hacer esta mañana y me estás obligando a retrasar mi agenda teniendo que venir aquí a hacer de perro guardián.

—Te encanta ese papel. No entiendo por qué te quejas —contestó mientras le servía una taza a pesar de haberla rechazado.

Se la ofreció y ella la miró durante un segundo. Después dejó su bolso sobre uno de los taburetes de la barra de la cocina y tomó la taza con una mueca. William sabía que le costaba claudicar, pero también que era incapaz de resistirse al que sería, con total seguridad, al menos su quinto café de la mañana. Gina era adicta a la cafeína y no pasaba más de dos horas sin tomarse una dosis.

La agente dio un sorbo del oscuro brebaje y paladeó con placer.

—Malongo Blue Mountain Jamaica —le informó de la variedad y ella asintió complacida

—. Lo comercializa una empresa francesa con sede en Niza especializada en cafés *gourmets*. Se cultiva a 2.000 metros de altitud y se cosecha a mano con mínima producción —siguió indicándole.

Gina inspiró, intentando atrapar todo el aroma que pudo de su taza con los ojos cerrados, y William sonrió al verla deleitarse. Pero inmediatamente se dio cuenta de que estaba siendo manipulada para desviar su atención. Y eso era algo que no podía permitir. La manipulación era su juego, su don especial, y no pensaba caer como una pardilla aunque fuese tentada con el más delicioso de los cafés. Apretó los labios mientras dejaba la taza, sin apurar, sobre la encimera y regaló la más fría de sus miradas a William.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó cruzándose de brazos.

—No te entiendo…

—Te tengo por muchas cosas, William, y algunas no son precisamente buenas...

—Gracias —dijo él, cortándola.

Gina apretó de nuevo los labios. No había cosa que le irritase más que verse interrumpida.

—… Pero desde luego no te tengo por estúpido, aunque a veces lo parezcas —apuntilló—. Así que, ahórrame la cantidad de excusas que tengas preparadas para hoy y dime la verdad, ¿qué está pasando? ¿Estás tratando con otro agente?

William la miró perplejo. Ella leyó su gesto y sin darle tiempo a contestar prosiguió.

—Entonces, ¿qué ocurre? No lo entiendo, llevo semanas, meses, llamándote y pidiéndote al menos los primeros capítulos de la novela. Nos quedamos sin tiempo. Ya he recibido tres llamadas de la editora para preguntarme cómo vas y no sé qué decirle porque mantienes en un absoluto hermetismo el proyecto.

—El libro va bien —se limitó a contestar, evitando mirarla mientras recogía su taza de la encimera y la llevaba hasta el fregadero.

—¿El libro va bien? ¿Es todo cuanto piensas decirme? ¿Crees que a estas alturas me conformaré con eso? Quiero al menos el 50% de la novela.

—Eso no va a ser posible…

—¿Por qué? —preguntó cruzando los brazos con impaciencia.

—Mira, no te lo tomes a mal, pero necesito repasar lo que llevo antes de dártelo. Aún no estoy listo.

—¿Qué aún no estás listo? ¡Eso es inaceptable! Ya te he dicho que no disponemos de tiempo…

—Inaceptable o no, es lo que hay. Lo siento, pero es así —zanjó él, imitando su gesto y cruzando los fuertes brazos sobre su amplio pecho.

Gina enarcó una ceja perfecta ante su actitud ofuscada.

—No, no es lo que hay —dijo sin dejarse amedrentar.

William podía sacarle tres palmos de altura y tener unos brazos como para partir en dos su menudo cuerpo. Su ceño fruncido y postura defensiva dejaba claro que no pensaba colaborar, pero ella no se dejaba amilanar por nadie y, mostrándole la más estudiada de sus sonrisas, giró sobre sus talones y fue derecha al escritorio de su ex con paso decidido. Cuando él quiso reaccionar ella ya estaba frente a la pila de folios que tenía sobre la oscura madera.

—¡Gina…! —le gritó William en tono de advertencia.

—¿Es esto verdad? Me lo llevo —decidió en el momento, y tomó el gran taco de hojas impresas. Se abrazó a ellas como si le fuese la vida en el gesto y comenzó a dirigirse a la puerta.

—¡No te los vas a llevar! —le advirtió en tono frío.

—Estoy deseando saber cómo piensas impedirlo —lo retó.

William suspiró con frustración. Gina era terca como una mula, y si estaba completamente decidida a llevarse la bazofia no iba a poder impedírselo. Una vez más tenía ganas de estrangularla. Intentó reafirmar su postura volviendo a cruzarse de brazos ante ella, junto a la puerta, pero Gina se limitó a sonreír triunfal al pasar por su lado. Y no pudiendo evitar hacer alarde de su victoria, se detuvo junto a él, posó una mano sobre su pétrea mejilla y le dijo:

—No te tenses querido, no es bueno para la creatividad. —Le dio una palmadita y salió del *loft* con paso victorioso, plenamente satisfecha.

En cuanto desapareció, William cerró la puerta y se apoyó en ella, dejando salir el aire

contenido en los pulmones. “Estoy acabado, pensó”. Definitivamente acabado. Sabía lo que Gina diría en cuanto leyese aquel manuscrito. No creía ni que llegase a terminarlo. Al menos él no lo haría.

Adiós a su carrera como escritor. Era el momento de asumirlo.

CAPITULO 2

"Siempre creí que mi tío confundía musa con medusa hasta que las Musas me susurraron por primera vez en la playa..."

Gema Samaro

Didie se desperezó en la cama pocos minutos antes de las nueve, como cada lunes. El aroma a donuts recién hechos llegó a ella desde la cocina e hizo que sus tripas rugiesen escandalosamente. Vince se los llevaba todas las semanas, sin faltar una sola. Aunque Didie le dijese que no era necesario, él decía que tenía una deuda con ella que pagaría el resto de su vida. Y no lo iba a negar, despertar con el aroma de los bollos más tiernos y deliciosos, hechos por uno de los mejores pasteleros de la ciudad, era un lujo que le encantaba disfrutar. Solo de pensar en el placer que le proporcionarían esos pasteles, sin abrir los ojos, en su rostro ya se dibujó una sonrisa. ¿Había mejor forma de levantarse que aquella, dejándose colmar por los sentidos? No, definitivamente no.

Estiró la mano hasta alcanzar su reproductor de música, colocado sobre la mesita de noche, y lo encendió tras tantear con los dedos las teclas del aparato de imitación *vintage*. Cuando presionó el botón adecuado y las primeras notas de *Candyman*, de Christina Aguilera, llegaron hasta ella, los dedos de sus pies comenzaron a tamborilear el aire moviéndose al ritmo de la música. Las uñas, pintadas en negro, resaltaban en contraste con su piel pálida. Estiró los brazos e imitó el movimiento con los dedos de sus manos, con las uñas a juego con las de sus pies.

Ya no aguantaba más en la cama, tenía una gran semana por delante, lo presentía. Cada célula de su cuerpo se lo gritaba. Saltó de la cama y fue hasta la ventana. El sol entraba a raudales atravesando los cristales y templando su rostro. Nunca cerraba las persianas. Le gustaba

ver la luna y las estrellas desde su mullido colchón sobre el suelo cada noche, y bañarse con el sol en cuanto este hacía su aparición cada mañana. Aunque también mecerse en el repiqueteo de la lluvia contra el cristal los días de tormenta, y sumergirse en las luces tenues de un día nublado. Todos los estados eran inspiradores y mágicos, y apreciaba cada uno de ellos.

El sonido estridente del timbre que comunicaba el apartamento con el local de la planta baja, que regentaba su mejor amiga y compañera de piso, sonó tres veces. Sonrió, y fue hasta el gran burro con ruedas en el que colgaba toda su ropa y accesorios y, pasando el dedo sobre las perchas con los ojos cerrados, acarició los ganchos de metal hasta detenerse sobre uno al azar. Abrió un ojo y sonrió al ver la elección de ropa para aquel día. Marguerite iba a ponerse muy contenta, el amarillo era su color favorito, y los vestidos con vuelo, el atuendo que solía preferir para ella.

Fue hasta el baño con todas sus cosas y una hora más tarde salía completamente arreglada. Había combinado el vestido con un cinturón ancho de charol negro a juego con unos altísimos tacones. Un recogido alto con tupé y un pañuelo amarillo con topos negros y lazada sobre la cabeza. El maquillaje fue a lo que más tiempo le dedicó. Ponía especial esmero en maquillar sus ojos castaños, enmarcando el párpado superior con un delineador negro líquido, sombras ahumadas, y abundante mascara de pestañas. Colorete en las mejillas, polvos translúcidos que daban apariencia nacarada a su tez pálida y un poco de *gloss* en los labios. Estaba perfecta, se dijo lanzando un beso al espejo tras dar un par de vueltas frente a él, en las que hizo volar su falda a la altura de las rodillas. Con las manos agarradas a la espalda, sonrió satisfecha.

De nuevo, tres molestas timbradas le recordaron que Marguerite la esperaba. Salió de la habitación y fue hasta la cocina, abrió la bandeja de grandes donuts de aquella mañana y eligió, de entre todos, dos que llamaron especialmente su atención. Estaban rellenos de frambuesa y cubiertos de azúcar glaseado. Los colocó sobre un platito y se chupó el azúcar de los dedos. De dos en dos bajó los escalones que llevaban hasta la tienda de jabones.

—¡Buenos días, *mon petit*! —la saludó su amiga con su dulce y marcado acento francés, nada más atravesar la puerta de la trastienda.

Didie llegó hasta ella, la rodeó con sus brazos y la apretó entre ellos mientras la besaba en la mejilla ruidosamente, dejándole un par de marcas de brillo rosado. Después se sentó sobre el antiguo mostrador de madera de caoba tallada, una de las piezas que más carácter infundía al establecimiento. Aquella *boutique* del jabón pertenecía a Marguerite desde que su abuela falleció hacía casi un año. Fue entonces cuando decidió continuar con la tradición familiar y hacerse cargo del negocio.

—Espero que traigas algo más que besos y sonrisas esta mañana, ¡me muero de hambre! —le dijo Marguerite, observándola sobre la montura fina de sus gafas redondas de metal mientras se limpiaba el brillo de la mejilla.

La forma en la que torcía los labios en una mueca cuando la hacía esperar para saborear su desayuno, siempre le robaban una sonrisa. La miró unos segundos más, impacientándola, y la menuda pelirroja con corte cleopatra se sopló el flequillo con exasperación.

—¿Vas a darme los bollos o no?

—Si tenías tanta hambre, podías haberle hincado el diente a esta tarta de arándanos —la chinchó, señalando una de las coloridas tartas de jabón, cortada en porciones, que tenía sobre el mostrador. Tomó un pedazo y se la pasó por delante del rostro mientras alejaba los verdaderos pasteles de ella. Después le dio un gran mordisco a uno de los donuts y gimió de placer—. Estos son míos —anunció con la boca llena.

Marguerite se limitó a mirar a otro lado con gesto ofuscado.

—¿Cómo puedes estar tan enganchada al azúcar? —preguntó la pelirroja enarcando una ceja hasta ocultarla bajo el flequillo, mientras se aguantaba la risa.

—¡No soy yo, son los nervios! Intuyo que esta semana van a pasar grandes cosas. Y cuando estoy nerviosa solo puedo pensar en comer.

—Lo sé, pero ese bollo es mío. Dámelo antes de que tenga que matarte por él. Ni siquiera me molestaré en hacer que parezca un accidente —añadió, arrebatándoselo de las manos y comenzando a morderlo de manera mucho más comedida y sofisticada que ella—. ¿Has puesto otro anuncio? —preguntó tras limpiarse el azúcar de la comisura de los labios con delicadeza.

—Sí, hace dos meses que no acojo a nadie bajo mi influencia… Creo que es el momento.

Marguerite la observó terminar de engullir el bollo de un bocado. Era evidente el estado de ansiedad de su amiga, lo que hacía que no tuviese tan claro que fuese “el momento”, pero no pensaba decir nada al respecto. Didie tendía a hacer lo contrario de lo que se le sugería, y hacía mucho tiempo que había descubierto que era mejor dejarla fluir y hacer lo que le apeteciese.

—¿Y no has recibido ninguna llamada aún?

—Solo la de un tipo, anoche, preguntando si la musa daba “masajes con final feliz”.

Ambas se miraron y se echaron a reír.

—¡Cuanta mente sucia hay en el mundo! —exclamó Didie sacudiendo el azúcar de sus manos.

—Al menos estarás utilizando un teléfono desechable esta vez…

Didie se mordió el labio y desvió la mirada.

—¡Oh! ¿En serio? ¿Me prometiste que no volverías a hacerlo? ¡No sé si podré soportar otra vez semanas de llamadas a horas intempestivas de todo tipo de fauna pirada preguntando por la musa!

—Es que sentí la necesidad repentina de poner el anuncio. Estoy segura de que por ahí hay alguien que necesita mi ayuda… —intentó justificarse, pero Marguerite resopló exasperada—. ¿No confías en mí? —le preguntó yendo hasta ella y rodeándola de nuevo con sus brazos. Su amiga sonrió inmediatamente.

—Claro que confío en ti, en quienes no confío es en los locos que quieren tus servicios. El último no fue muy bien que digamos…

El rostro de Didie se tensó inmediatamente, y el escaso rubor de sus mejillas desapareció por completo.

—Eso no volverá a pasar… —contestó separándose de su amiga, dándole la espalda y concentrándose aparentemente en la visión de la calle tras el escaparate. Un niño de unos cinco años, acompañado por su madre, miraba las piruletas de jabón como si fuesen de caramelo.

—Eso espero, solo quiero que tú estés bien.

—Lo estaré. No volveré a confiarme.

Didie sacó una de las piruletas y comenzó a hacer que la chupaba. Inmediatamente retorció su gesto en una mueca de asco y se tiró al suelo como si se hubiese envenenado, ante la mirada, primero sorprendida y después desternillante, del niño del escaparate. La madre del pequeño, viendo semejante escena, se apresuró a tirar de él, alejándolo del cristal.

—Estás loca, quítate de ahí o vas a dejarnos sin clientela —le riñó su amiga. Pero su tono dulce no la engañó.

—¿Quién ha traído los dulces esta mañana? —preguntó Didie cambiando de tema.

El pequeño rostro de Marguerite adquirió inmediatamente la tonalidad de las fresas más jugosas. Y hasta un ligero temblor asomó a sus labios antes de pronunciar el nombre de su amigo.

—Vince…

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que su pequeña francesita suspiraba por el apuesto cocinero, pero era tan tímida que jamás se atrevía siquiera a mirarlo a los ojos cuando él aparecía por el local.

—¿Y le has dicho algo?

Marguerite la miró perpleja.

—¿Algo como qué?

—Como que te mueres por lamer esa tableta de chocolate que tiene por abdominales…

—*Mon dieu*, Didie! ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¡Eres peor que los cochinos que llaman por teléfono!

Didie se limitó a reír a carcajadas mientras observaba a su amiga, presa de un repentino ataque de calor, abanicarse con las manos y respirar azorada.

—¿Acaso no es verdad? ¿No te mueres por hacerlo? ¿O prefieres enredar los dedos en su ondulado cabello azabache y besar esos labios llenos y pecaminosos? —preguntó en tono teatral.

—Eres un demonio… —la acusó.

—Y tú una cobarde, ¿sabes cuántas mujeres en esta ciudad estarán planeando la forma de

engatusarlo en este momento?

Aquella acusación enfureció a la chica, y su rostro se encendió como una bombilla.

—¡Él solo tiene ojos para ti!

—Eso no es verdad. Solo está agradecido por haberlo acogido bajo mi influencia hace dos años. Y por haber conseguido el puesto de jefe de pastelería del Fairmont San Francisco gracias a ello.

—Y desde entonces te mira como si fueses una diosa.

—No soy una diosa; soy una ninfa. Y eso no te hace a ti menos cobarde —siguió pinchándola.

—¡No soy cobarde!

—Pues pídele una cita —la retó.

Marguerite torció el gesto en una mueca. Había caído en la trampa.

—Tú tampoco tienes citas…

—Yo no puedo tenerlas, soy una musa. Pero tú sí…Y si no se la pides, vas a perder la oportunidad de disfrutar de esa tableta de chocolate.

—Eres un mal bicho… y…

El sonido del teléfono las interrumpió, y Didie se apresuró a responder la llamada antes de que su amiga pudiese terminar la frase. Lo que hizo que esta se detuviese y cruzara los brazos con un resoplido.

Tras unos segundos, Marguerite vio teñir las mejillas pálidas de Didie de rojo carmesí y después contestar:

—Lo siento, la musa no hace ese tipo de trabajos.

Y colgó.

—Lo tienes bien merecido —le dijo Marguerite conteniendo la risa. Pero lejos de enfadarse, Didie la acompañó y ambas rompieron a reír.

CAPÍTULO 3

"Mis *musos* son para mí esos duendecillos que consiguen que yo escriba una historia tal y como a ellos les gusta."

Megan Maxwell

—¡William L. James! ¿Qué es lo que me has dado a leer?

William abrió un ojo y descubrió a su agente prácticamente sobre él. Tomó el reloj que había dejado sobre la silla que hacía las veces de mesita de noche, junto a la cama, y comprobó atónito la hora. Pasaban unos minutos de media noche y una enfurecida y desencajada Gina, con el peor aspecto que le había visto jamás, lo miraba como si quisiese desintegrarlo.

—Gina, sabes que la llave es solo para casos de emergencia, ¿verdad? ¡No puedes presentarte en mi casa, en mi dormitorio, cuando te plazca!

—Esto es una emergencia, y he pasado más de veinte minutos llamando a la puerta antes de decidirme a entrar.

William se tapó la cara con la almohada. Lo último que le apetecía era discutir con ella. Sabía que pasar por aquel trance era inevitable desde que ella se llevó el manuscrito. La esperaba desde entonces contando cada hora, cada minuto, pero hubiese pagado millones por tener la capacidad de desaparecer y evitar el enfrentamiento.

—Yo no te di nada para leer, tú lo robaste de mi mesa —protestó con un gruñido.

—¡Oh, Dios mío! ¡No te atrevas a culparme! Llevaba meses detrás de ti. Y ahora… esto. William no podemos presentar a la editorial… lo que he leído.

Él ya sabía eso.

—No entiendo lo que has hecho… Es incoherente, sin conexión, falto de desarrollo y la trama…

—… Insulsa —terminó por ella.

Gina se quedó un segundo mirándolo perpleja. Lo vio apartar la almohada de su rostro y cruzando los brazos bajo su cabeza, quedarse perdido en el dibujo estucado del techo.

—William… ¿Qué te está pasando? —le preguntó, intentando que su tono no expresase la inquietud que sentía en realidad.

—No lo sé —aseguró, levantándose de la cama. Le dio la espalda y se dirigió al baño sin mirarla.

Lo oyó abrir el grifo del lavabo. Varios minutos más tarde, salía con el rostro, cabello y torso empapados.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cuánto tiempo hace que pasa esto? Deberías haberme dicho algo…

—¿Para qué? ¿Para que cancelases el contrato con la editorial? ¡Necesito este éxito!

William se pasó las manos por el cabello húmedo con desesperación y se sentó a los pies de la cama.

—Pues es lo que tenemos que hacer. Tú eres consciente de que lo que he leído no es de la calidad suficiente. No podemos presentar eso a la editorial, y si me hubieses contado lo que pasaba antes, quizás habríamos tenido tiempo para hacer algo al respecto. Pero ya es tarde. Apenas quedan tres meses para la entrega. Tenemos que cancelar el contrato…

—¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué?

—Me he gastado el dinero del anticipo —dijo él sin más, observando el dibujo de la madera bajo sus pies. No iba a mirarla, no le hacía falta para saber que a Gina estaban a punto de salírsele los ojos de las órbitas.

—¿Qué has hecho qué? ¿Cómo has podido gastarte…?

—El cómo es lo de menos. Está hecho y ya está. No hay vuelta atrás.

—No es lo de menos, William. Es muchísimo dinero. ¿Te has metido en algún lío?

—¡No, por supuesto que no! —contestó, levantándose y enfrentándose a ella—. Pero lo necesitaba, y ya está hecho. Ahora solo tengo que encontrar la manera de arreglarlo.

—¿Solo tienes que encontrar la manera de arreglarlo? ¿Así de sencillo? William, lo que tienes escrito nos lo van a tirar a la cara. No podemos presentarlo. Llevas casi un año trabajando en el proyecto, ¿qué te hace pensar que puedes arreglarlo en solo tres meses? ¿Tienes alguna musa escondida bajo la cama?

La voz de su agente sonaba cada vez más aguda, estridente y desesperada. Sabía que se esforzaba por no dejarse llevar por el ataque de pánico que sentía, pero era un libro abierto para él. Estaba asustada. Se jugaba su prestigio como agente, su carrera; igual que él. No sabía cómo iba a solucionar la situación, pero algo tendría que hacer. Se giró y vio a Gina mirar bajo su cama como si mantuviese la esperanza de encontrar allí a su ente imaginario. Exhibió una sonrisa cansada al recordar el anuncio en el periódico. Fue hasta ella y la ayudó a levantarse.

—No la tengo ahí, la guardo en el armario —le dijo con un buen humor que no sentía, pero que esperaba liberase de algo de tensión al momento.

Gina no cambió el gesto.

—Tranquila, lo solucionaré. Tengo un plan, solo tienes que dejarme hacer. En unas semanas te daré un manuscrito del que sentirte orgullosa.

William sintió temblar a Gina bajo su contacto. Era impactante verla en ese estado. Su agente siempre hacia alarde de una seguridad y templanza que en más de una ocasión le había valido el apodo de “la mujer de hielo” Ahora, sin embargo, parecía a punto de quebrarse. Todo habría sido más sencillo si hubiese podido contarle su problema, por qué había tenido que usar el dinero del anticipo. O si hubiese podido compartir con ella el bloqueo que sentía cada vez que se sentaba frente a su ordenador. La falta de aire, la asfixia, el mareo y sobrecogimiento que llevaban meses incapacitándolo para escribir. Pero no había podido hacer nada de eso. Era asunto suyo, solamente suyo. Aunque si no conseguía cumplir con su trabajo, ambos podrían pagar las

consecuencias.

—Lo solucionaré —repitió, más para convencerse a sí mismo, que para ella—. Respira y confía en mí.

Gina, aún con gesto indispuesto, lo miró intentando analizar su rostro. Y su media sonrisa pareció infundirle algo de confianza porque, tras respirar con profundidad un par de veces, asintió y le devolvió el escueto gesto.

—Está bien, confiaré en ti. Pero William, solo tienes ocho semanas. Si en ocho semanas no eres capaz de darme el 50% de un *bestseller*, tendré que anular el contrato.

William permaneció impasible, a pesar de que el aire se volvió inmediatamente espeso para él.

—Ahora será mejor que me marche. Tengo algunas cosas que solucionar a primera hora de la mañana y tú tienes que ponerte a escribir sin descanso —le dijo Gina dirigiéndose a la salida. En su mirada se reflejaba el desconcierto que le provocaba aquella situación.

Se limitó a acompañarla hasta la puerta.

—Haz lo que sea necesario, pero tienes que conseguirlo, William —fueron sus últimas palabras antes de salir.

“Lo que sea necesario”, se repitió él ya en la soledad de su *loft*. Fue hasta su escritorio, con paso lento, sin mucha convicción y sabiendo lo que pasaría en cuanto se sentase tras él.

Y efectivamente así fue, solo tuvo que poner el trasero en la silla para sentir que se asfixiaba. Las paredes parecían cerrarse en torno a él, como una prisión que lo amenazaba con un aplastamiento inminente. Se levantó antes incluso de haber calentado el asiento. Y se alejó como si le quemase estar próximo al escritorio.

“Lo que sea necesario”. Fue hasta la cocina; después de aquella intempestiva visita era imposible que pudiese volver a conciliar el sueño. Abrió la nevera y sacó una botella de leche. Bebió directamente de ella hasta vaciar la mitad de su contenido de un trago y, al dejarla sobre la encimera, sus ojos se dirigieron nuevamente al anuncio encuadrado en aquella llamativa y cursi guirnalda de corazones y flores.

Estaba desesperado, pero aún no había perdido la cabeza. Cogió el periódico y lo lanzó a la basura con determinación. No quería volver a pensar en aquella estúpida posibilidad. Maldijo entre dientes y volvió a la cama.

***

Didie se despertó sobresaltada, incorporándose en el colchón como si hubiese recibido una descarga eléctrica. No fue consciente de dónde estaba hasta que la puerta de su cuarto se abrió y una malhumorada Marguerite apareció tras ella, frotándose los ojos y maldiciendo en francés. Entonces se percató del motivo de su sobresalto al ver iluminarse la pantalla del teléfono y reconocer el tono de llamada como el molesto sonido que la había despertado. Tomó el aparato antes de que su amiga lo lanzase a la calle por la ventana.

—¿Diga? —contestó, sin saber quién sería esta vez.

Nadie respondió y se vio abrumada de repente por una angustia y desasosiego nada habitual en ella. Un segundo más tarde se cortaba la llamada.

—Perfecto —comenzó a quejarse su amiga—, seguro que era uno de esos pirados respondiendo al anuncio —añadió cruzándose de brazos. Y la vio ir hacia ella con la intención de quitarle el aparato y silenciarlo. Pero cuando estaba a punto de arrancárselo de las manos, este sonó de nuevo.

—¿Diga? —volvió a preguntar rápidamente.

Otra vez silencio. Torció los labios en una mueca y Marguerite le quitó el aparato de las manos.

—¡Escúchame bien, pervertido, la musa no hace ese tipo de trabaj…! —comenzó a gritar a su interlocutor, pero de pronto se detuvo. Atendió un par de segundos y su expresión cambió por completo dejando a Didie intrigada—. Es para ti —dijo en tono calmado y gesto altivo mientras le ofrecía el aparato.

Didie la miró perpleja y parpadeó un par de veces antes de tomar el teléfono.

—Ya tienes a tu próximo “acogido”. Quita el anuncio del periódico para que volvamos a la tranquilidad, *s'il vous plaît* —le pidió su amiga antes de salir de la habitación.

Miró la pantalla del teléfono y respiró con profundidad antes de contestar, con una mezcla de nerviosismo e impaciencia. Mil mariposas revolotearon en su estómago, excitadas y ansiosas.

Algo extraordinario estaba a punto de ocurrir.

CAPÍTULO 4

"Las musas no cobran derechos de autor."

Joaquín Sabina

William miró su reloj por tercera vez en los últimos diez minutos. No le gustaba esperar. Él era extremadamente puntual en sus citas y, en especial, lo había sido en esta a petición de Gina. Su agente también se vanagloriaba de su puntualidad, por eso le resultaba tan incómodo e intrigante que en este caso no lo estuviese siendo. Y más cuando imaginaba que el motivo que la había llevado a concertar aquel encuentro no era otro que el de tranquilizar su nerviosismo por la situación en la que se encontraban, buscando confirmar que él había entendido la gravedad de las circunstancias y la necesidad de solucionar el problema.

Pensando que así sería, había aceptado aquel encuentro, aunque le sorprendió el lugar elegido por su ex para que tuviera lugar. A Gina le gustaban los cafés elegantes, las cafeterías de los hoteles más lujosos y, en su defecto, su propia oficina, para los encuentros de índole laboral. Pero jamás la habría imaginado en el muelle, donde el olor del mar, el salitre, los barcos de pesca, y la comida de los abundantes y variados restaurantes de la zona se mezclaban de una forma curiosa. El calor también era sofocante, espeso y pegajoso, nada raro en aquellos primeros días de septiembre. Otra de las razones por las que jamás habría imaginado a Gina quedando en un sitio como aquel, donde cualquiera pudiese verla sudar como a una simple mortal.

Miró su caro reloj por cuarta vez y vio que tan solo habían pasado un par de eternos minutos más y, resoplando, se apoyó en la balaustrada de madera mirando a la colonia de leones marinos que se habían apoderado de aquella zona del embarcadero y que tirados al sol se

amontonaban unos sobre otros. De repente, sintió clavada en él una mirada y pensando que podría tratarse por fin de Gina. Se giró en busca de su agente, pero no la encontró. A su derecha, un grupo de turistas se turnaban para hacerse fotos con los leones marinos de fondo; y a su izquierda, una pareja de adolescentes se regalaba algunos besos entre risas.

Los observó unos instantes y, cuando estaba a punto de desviar su atención de nuevo hacia los leones, vio asomarse tras la pareja a una chica morena, de preciosos y vivaces ojos castaños que lo observaba con una gran sonrisa. Parpadeó un par de veces ante aquel gesto. Era una sonrisa enorme, de carnosos labios rojos como frambuesas que, un segundo más tarde, estaba utilizando para rodear una piruleta del mismo color en forma de corazón. Jugueteaba con el caramelo mientras lo miraba con intensidad, sin dejar de sonreírle abiertamente.

Aquella sonrisa no podía estar dirigida a él; no había visto a esa chica en su vida, y miró a un lado y a otro buscando al destinatario del gesto. Pero no había nadie que prestase atención a la joven, salvo él. Volvió a mirarla y ella ya no estaba. Se inclinó sobre la barandilla para comprobar si se ocultaba tras la pareja, pero entonces los adolescentes se separaron y se alejaron abrazados. La chica había desaparecido.

Algo lo empujó a mirar a su alrededor, buscándola. No es que estuviese interesado en una desconocida, pero, cuanto menos, lo había intrigado. Y aún más cuando comprobó que se había volatilizado. No había rastro de ella.

Pensó que igual estaba perdiendo la cabeza. El acuciante calor y su estado de nervios de los últimos días estaban haciéndolo delirar, debía ser eso.

Se pasó las manos por el cabello, resoplando, y decidió que veinte minutos de espera eran suficientes como gesto de cortesía. Ya no aguantaba más y optó por marcharse. La preocupación de Gina debía haber menguado lo suficiente como para olvidar la cita. Giró sobre sus talones con la intención de volver a casa cuando se topó de frente con la chica de la enorme sonrisa, que estaba pegada a su espalda.

—¡Hola! —lo saludó con aquella inquietante sonrisa bailando en sus labios.

Lo miró muy fijamente y se metió la piruleta de nuevo en la boca. La lamió con placer, y

entonces William se dio cuenta de que esperaba una respuesta. Estaba muy cerca de él, tanto como para invadir su espacio personal. Y aunque era una chica preciosa, tenía un aspecto pintoresco y singular que lo hacía sentir un poco incómodo.

La chica debía medir poco más de metro sesenta y cinco, menuda, de cuerpo curvilíneo, más fácilmente apreciable por los vaqueros piratas de talle alto que lucía ceñidos a sus piernas, cadera y trasero. Una camisa de cuadros rojos, anudada bajo el pecho, dejaba libre una pequeña porción de piel nacarada a la altura de su cintura. Sus bailarinas rojas y un pañuelo del mismo color que recogía una coleta altísima con tupé, completaban el conjunto de una muñeca *pin up*, que parecía haber salido de un catálogo de los 50.

—… Perdona, ¿nos conocemos? —le preguntó con la certeza de que no era así.

—No lo sé. Déjame averiguarlo —contestó la joven tomándole la mano por sorpresa. Entrelazó sus dedos lagos y finos de tacto suave, con los suyos. Y a pesar de estar atónito ante el gesto, la dejó hacer sin protestar, llevado por la curiosidad que ella le generaba.

La chica elevó las manos entre los dos, hasta la altura de sus ojos, y observó ambas enlazadas bajo la mirada estupefacta de William. Permaneció así un par de segundos interminables, concentrada en la visión, y William sintió cómo se ralentizaba su corazón de una forma inquietante, hasta sentir doloroso cada intenso latido que lo dejó sin aliento.

—No, definitivamente no nos habíamos visto antes —le dijo soltándole la mano con la misma rapidez con la que se había apoderado de ella.

El aire volvió a los pulmones de William con una gran inhalación.

—¿Qué …qué demonios ha sido eso? ¿Qué has hecho? ¿Quién eres?

William estaba totalmente alucinado. ¿Qué pretendía aquella mujer?

—Soy Didie, he venido por ti…

—¿Por mí? Lo siento señorita, pero yo no la conozco. Me temo que se equivoca de persona —dijo pasando por su lado, cabeceando confuso, aturdido y deseando marcharse de allí.

—No me equivoco. —Ella lo detuvo posando una mano en su brazo. El contacto hizo que parase en seco y ella aprovechó para colocarse nuevamente frente a él—. No suelo hacerlo. No

digo que no me pueda pasar —añadió, arrugando la pequeña nariz por un segundo—, pero estoy segura de que eres tú —afirmó acercándose un paso y escrutando su mirada azul con intensidad, como si pudiese leer en ella algún tipo de signo.

Estaban tan próximos que William compartió con ella su aliento a cereza, dulce e intenso. Se quedó hipnotizado mirando los labios, teñidos de rojo por el caramelo, que atrapaban ese aliento. La chica sonrió de nuevo y él, consciente de que la estaba mirando de manera inapropiada, dio un paso atrás consternado con su propio comportamiento.

—De veras, no la entiendo. No sé lo que espera de mí, pero tengo que marcharme —quiso cortar aquel extraño tropiezo. Era evidente que la chica estaba confundida y no tenía sentido alargar por más tiempo aquella extraña conversación.

—William, he venido a ayudarte. No tienes que preocuparte más, a partir de ahora todo irá mucho mejor.

—¿Que todo irá mejor? ¿Qué quiere decir? ¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó consternado.

—Te he reconocido nada más verte…

William respiró con profundidad. Ya comenzaba a entender. Debía ser una fan. Hacía tiempo que no salía, pero meses atrás aquello le pasaba con cierta frecuencia. Se cruzaba con lectores que lo detenían para pedirle un autógrafo o hacerse una foto con él. El gesto tenso de su rostro se relajó un poco y sonrió, por primera vez en el encuentro.

—Está bien, señorita, ¿dónde quiere que le firme el autógrafo?

La chica comenzó a reír con una risa ligera y cantarina que hizo que su corazón latiese acelerado de nuevo. William, sorprendido con su reacción, la miró perplejo y se cruzó de brazos.

Didie lo observó allí, tan serio, con el ceño fruncido y cara de no entender nada en absoluto y, aunque una parte de ella le pedía que se apiadase de él y lo sacase de su error, otra, juguetona y traviesa, no podía evitar disfrutar con el desconcierto de aquel hombre.

Su agente le había dicho que era serio, pero aquel tipo estaba más tenso que una cuerda. Sin embargo, la tensión evidente de su gesto no restaba un ápice del gran atractivo que poseía.

Era alto, mucho más que ella, al menos debía superarla en veinte centímetros, aunque podían ser más porque se le daban fatal las medidas. Sus ojos eran azules. Había visto muchos antes, pero nunca de la intensidad de estos; de un azul que haría palidecer al de las aguas del pacífico. La mirada adquiría mayor profundidad enmarcada por las espesas pestañas oscuras y las tupidas cejas que fruncía en aquel momento formando una severa arruga en el centro de su frente. Sus labios, carnosos y firmes, volvieron a apretarse en una mueca tensa, perdiendo el encanto de segundos antes, cuando casi los advirtió sonriendo.

Su postura era elegante, altiva, casi soberbia; parecía un aristócrata rígido y estirado. Era evidente que venía de buena familia. Pero por muchos buenos modales que hubiese adquirido, supo que los perdería si ella lo hacía esperar un poco más.

—No quiero un autógrafo, Will —lo tuteó, y él elevó las cejas sorprendido—, solo pretendo ayudarte. Soy tu musa.

William se quedó estupefacto. Por sus labios asomó una risa nerviosa, incrédula, y casi enloquecida. Comenzó a mirar a un lado y a otro, pasándose las manos por el rostro y el pelo.

—Es una broma, ¿verdad? ¿Alguna cámara oculta? —preguntó, obviándola mientras buscaba un equipo de grabación.

—No es ninguna cámara oculta. Me ha enviado Gina, tu agente.

—¿Gina está metida en esto? ¿Ella ha permitido que me gasten una broma para la televisión? —preguntó enfadado.

—¡Vaya! Sí que eres terco… ¡Que no es una broma! Soy una musa, tu musa — volvió a repetir ella, colocándose frente a él y obligándolo a verla.

—¡Eso es un disparate y no me interesa! —La miró fijamente y, después, pasó por su lado para marcharse.

—¿Quieres decir que no estás bloqueado? —gritó la chica a su espalda. William se detuvo, se dio la vuelta y se dirigió a ella levantando un dedo.

—Si estoy bloqueado o no, no es asunto suyo, señorita. No sé por qué ha venido hasta aquí, si de verdad la ha enviado Gina o no y qué demonios ha podido pasar por su cabeza para

recurrir a alguien que dice ser una musa. Pero a mí me parece una autentica estupidez. Una locura, una charada en la que no estoy dispuesto a participar.

—Bien. No hace falta que creas en mí. No es la primera vez que tengo este problema, pero puedo ayudarte. Yo no elijo a mis acogidos, ellos llegan hasta mí y estoy obligada a ayudarles…

—¿Acogidos? —preguntó William asombrado.

—Acogidos bajo mi influencia —aclaró ella, levantando el rostro con orgullo—. Repito, no los elijo, llegan hasta mí, y mi obligación como musa es ayudarles a salir del bloqueo. ¡Y tú no puedes evitarlo! Tienes que aceptar mi ayuda. Tal vez te cueste un poco asumirlo al principio, pero terminarás haciéndolo, como todos.

—¡Menuda estupidez! No tengo que hacer nada. ¡No voy a hacer nada!

—Sí lo harás. Vendrás a mí y me pedirás que te acoja, y yo lo haré porque aunque me parezcas un necio, terco, corto de miras y desagradable espécimen de hombre, me necesitas. Así que cuanto antes aceptes mi ayuda, antes terminará todo esto. Y antes conseguirás librarte de mí.

—¡Está completamente loca! ¿Cómo se atreve…?

—Me atrevo porque puedo —le dijo ella poniéndose de puntillas, encarándose a él levantando la piruleta frente a su rostro como si blandiera una espada. Aquel gesto no consiguió mucho, ya que él seguía superándola con creces en tamaño, pero ella no se amilanó—. Y ahora que está todo claro, espero tu llamada. Gina sabe cómo localizarme —dijo justo antes de pasar por su lado para marcharse. Pero tras dar un par de pasos, volvió a girarse—. Por cierto, la mejor forma de pedirme disculpas es trayéndome algo dulce — añadió guiñándole un ojo. Terminó por marcharse dejándolo parado en medio del muelle.

La vio irse haciendo bailar sus caderas enfundadas en aquel pantaloncito pirata y durante un segundo le costó volver a la realidad.

—¿Dulces? ¡Pfff…! —resopló alucinado—. ¡Menuda loca! ¡Completamente loca!

No pensaba regalarle dulces, ni ir a buscarla, ni volver a cruzarse con aquella desquiciada y ridícula chica. Pero Gina sí lo iba a oír, y muy alto, decidió mientras se marchaba del muelle a grandes zancadas, sin poder creer aún la escena que acababa de vivir.

CAPÍTULO 5

"Toma esta rosa, amable cual tú eres; rosa entre rosas bellas la más rosa; diosa en flor entre flores la más diosa de las Musas, la Musa de Citeres."

Pierre De Ronsard

—¿Te has vuelto loca? —Más que una pregunta, fue la acusación con la que William irrumpió en el despacho de Gina.

Esta lo miró fríamente, sin mostrar sorpresa. No esperaba menos de él, lo conocía demasiado. Parecía un potro desbocado. Resoplaba profusamente y se movía nervioso como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por contenerse.

—Buenos días, William —le contestó en tono calmado. Volvió a fijar su atención en los múltiples documentos que ocupaban su mesa.

—¿Buenos días? ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de tu…? ¡Dios, no sé ni cómo llamarlo! ¿Qué demonios has hecho, Gina?

—Creo que es evidente —contestó su agente, reclinándose en su sillón de cuero al tiempo que se cruzaba de brazos—. Buscar ayuda.

—¿Buscar ayuda? ¿Estás loca? ¿Crees que me ayudas contratando a una timadora que se anuncia en el periódico, que se hace pasar por musa aprovechando la desesperación y estupidez de los incautos que se cruzan en su camino?

—No es una timadora, tiene referencias…

—¿Pero te estás oyendo? ¿Qué clase de referencias puede tener? ¡Las musas no existen! Y

el hecho de que creas que es así hace que ponga en duda tu estado mental.

Gina se limitó a levantar un dedo a modo de advertencia.

—Si una persona consigue que te desbloquees y empieces a escribir sin parar otro *bestseller*, es una musa.

William, con ojos desorbitados, se dejó caer en uno de los sillones delante del escritorio.

—Llámala terapeuta, si eso te hace sentir más cómodo, pero no deja de ser lo que es: una incuestionable ayuda para conseguir salir de la situación en la que nos ha metido tu silencio de estos meses.

—Ese es el problema, que yo sí la cuestiono. Esa chica no dice que es terapeuta, dice que es una musa. ¡Una musa! ¿Se puede ser más ridícula? ¡Dice que soy su "acogido"! ¿Pretendes que le siga el juego a una chalada en lugar de ponerme a escribir?

Gina resopló con calma como si la conversación comenzase a agotarla.

—Dime una cosa, desde que hablamos… ¿has escrito una palabra?

William se removió inquieto en el asiento. Había intentado hacerlo al menos una docena de veces, pero no había conseguido escribir una sola. De hecho, apenas era capaz de permanecer frente al escritorio un par de segundos sin sentir que se asfixiaba.

—Eso no tiene nada que ver —farfulló entre dientes, mirándose los zapatos.

—¡Claro que tiene que ver! Te pasa algo, no sé lo que es, pero hay que solucionarlo. Hoy he hablado con la editorial…

El rostro de William perdió el color de repente.

—¿Por qué has hecho eso? Te dije que lo solucionaría…

—Pero no puedes hacerlo solo. Y mi trabajo es velar por ti, por nosotros, por nuestros intereses…

William no contestó y ella decidió continuar.

—En fin, que les he contado una patraña; algo sobre que habías tenido algunos problemas familiares que han hecho que te retrases con el proyecto. Les he pedido un poco más de tiempo.

William parpadeó un par de veces. Con aquella excusa Gina no sabía cuánto se había

acercado a la realidad.

—¿Y qué te han dicho? —preguntó esperanzado. Eso era lo que necesitaba un aplazamiento, no una supuesta musa.

—Han aceptado. Te dan tres meses más.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —repitió—. Eso es justo lo que necesito, más tiempo —dijo con entusiasmo, levantándose enérgicamente de la silla que rodeó y, apoyando las manos en el respaldo, le regaló una sonrisa cargada de alivio—. ¿Ves? Eso era todo lo que necesitaba: más tiempo. Ahora todo irá bien. No necesito a esa… lo que sea, para nada.

—Sí la necesitas, William.

—No, no la necesito.

—Sí la necesitas, porque si no aceptas estar bajo su influencia no firmaré el acuerdo de aplazamiento —le dijo su agente con una frialdad absoluta. La mujer insegura del día anterior había desaparecido por completo y ante él solo estaba Gina, la mujer de hielo. Entrelazando los dedos apoyó las manos sobre el escritorio y le sostuvo la mirada haciéndole entender que hablaba completamente en serio.

—¡No puedes hacerme esto! No puedes obligarme a… sea lo que sea lo que tenga que hacer con esa chica… ¡Tú has decido contratarla sin mi autorización!

—Puedo obligarte a lo que quiera si con eso consigo que cumplas con el contrato. Y yo no la he contratado. Lo habría hecho de haber podido, pero según parece no funciona así. Ella tiene que aceptarte y será ella la que te exponga sus condiciones y te diga lo que quiere a cambio de sus servicios. Yo me limité a contactar con ella y no fue tarea fácil. Está muy solicitada…

—¡Oh! Estoy seguro de ello, la señorita sonrisas infinitas debe conseguir embaucar a muchos ilusos…

—¿Sonrisas infinitas? —preguntó Gina, irrumpiendo en una sonora carcajada.

William la observó entornando la mirada.

—Me habían dicho que es una mujer… especial, pero no imaginaba que lo sería tanto como para impresionarte en un primer encuentro.

—¿Quién ha dicho que esté impresionado? ¡No digas tonterías! Es una chica excéntrica y pintoresca, nada más.

—Con sonrisas infinitas…—apostilló Gina.

Él resopló con desgana y se dirigió al enorme ventanal del despacho de su agente, con unas impresionantes vistas de la ciudad. Dándole la espalda se cruzó de brazos.

—Sí es tan inofensiva, no tienes nada que perder. Tú consigue que te acepte bajo su influencia y yo aseguraré el acuerdo de aplazamiento. Escribes un *bestseller* y todos tan contentos.

—Si escribo un *bestseller* o no, desde luego no va a ser por ella.

—Entonces, como te he dicho, no tienes nada que perder aceptando el acuerdo. Pero si no la convences para que te acoja, estarás acabado.

La contundencia de las palabras de Gina consiguió que se diera la vuelta muy lentamente y la observase como si no la conociera. Se sentía agobiado, encerrado y sin salidas. Y la única que le ofrecían pasaba por claudicar con una locura con la que no estaba de acuerdo en absoluto. Pero, en fin, se suponía que era una persona creativa, y estar bajo la "influencia" de aquella chica se podía enfocar de muchas maneras. Podía seguirle la corriente un par de días y después decir que estaba curado y que ya no la necesitaba más. Permanecer con ella el tiempo suficiente para que Gina firmase el contrato de aplazamiento con la editorial y después abandonar la supuesta terapia, o lo que fuese aquella charada, y seguir con sus propios planes.

—Está bien, tú ganas. Me pondré en contacto con ella y comenzaré a estar "bajo su influencia" o la chorrada que eso quiera decir. Pero cuando esto no funcione, quiero un acuerdo escrito en el que firmes que jamás volverás a tomar decisiones sin mí. A partir de ahora yo decido cómo, cuándo y dónde escribir…

—Sí, sí, sí… Tú empieza a escribir y luego hablamos del resto.

William torció los labios en una mueca y vio cómo Gina, ignorándolo por completo, sacaba una tarjeta rosa del cajón de su escritorio. El filo estaba decorado con la misma guirnalda de flores y corazones que había llamado su atención días atrás en el periódico. Dio un paso a

atrás cuando su agente se la ofreció, como si el pequeño y cursi papel fuese a explotar en cuanto entrase en contacto con su mano.

—Tómala, no seas ridículo, William. Ahí tienes su teléfono y la dirección de su casa. Llámala, ve a verla y convéncela de que serás el mejor "acogido" que tendrá en toda su vida. Necesito ese *bestseller*, ¿entendido?

William tomó finalmente la cartulina y la miró en los dedos sin disimular su recelo. Después se recordó que tenía un plan. Solo tenía que fingir un par de días y volvería a ser libre. Gracias al aplazamiento conseguiría escribir la novela, y todos felices.

Gina vio a su ex guardarse la tarjeta en el bolsillo del pantalón, y aunque su rostro demostraba la rendición de haber aceptado, su mirada desafiante le gritaba que él no había terminado de enfrentar batalla. Algo estaba maquinando, pero si había alguien experta en manipulaciones, esa era ella. Por lo que no iba a dejar que se saliese con la suya.

Le habían hablado muy bien de la musa. Había tenido incluso que firmar un acuerdo de confidencialidad con la persona que le dio su contacto. Pero cuando fue a visitar a otro de sus compañeros agentes y este le nombró la lista de artistas, de todo tipo, que habían estado bajo la "influencia" de la chica y cuales habían sido las obras resultado de su influjo, no tuvo dudas. Habría pactado con el diablo regalándole un par de años de vida con tal de conseguir sus servicios. Esperaba que William no la fastidiase, porque ambos sabían que, de ser así, su carrera habría terminado.

Una hora más tarde William llegaba a su *loft* y, tras dejar la cartera y las llaves sobre la mesa, se dejó caer en el sofá como si llegase de correr veinte kilómetros. Tenía que ser positivo: al menos Gina le había conseguido el aplazamiento. Escribir la novela en seis meses era factible. Podría conseguirlo, si supiese qué escribir, claro.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, agotado. Sí pudiese explicar cómo se sentía, si lograse expresar las emociones que lo superaban desde los últimos meses…

No quería pensar en ello. Cada vez que lo hacía el dolor en su pecho aumentaba hasta creer

que el corazón le estallaría en mil pedazos. En realidad, solo le apetecía dormir. Caer en un sopor oscuro y seguro. Dejar que pasasen algunos días, semanas o meses, hasta que todo aquello pasara solo. Nunca había sido de los que huían de los problemas. Era una de las pocas cosas que le había enseñado su padre. Y no porque fuese un gran ejemplo a seguir. Muy al contrario, ver como él había sido capaz de abandonarlo todo, su negocio, su familia, su hijo… por simple y patética cobardía, había sido el gran revulsivo que necesitó siempre para no querer seguir sus pasos.

Su padre se marchó de su vida pocos días antes de que él cumpliese los nueve años y, a pesar de la cantidad de tiempo transcurrido, recordaba cada minuto de aquel día, cada gesto, cada sensación, cada pensamiento que le asaltó durante aquellas largas horas en las que fue consciente de que su vida estaba a punto de cambiar. Aquella mañana se levantó sobresaltado, como si algo lo empujase a salir de la cama e ir con los pies descalzos hasta la cocina.

Estaba de vacaciones, no tenía por qué madrugar. De hecho, no solía hacerlo, pero algo lo llevó hasta allí y durante unos minutos se quedó mirando desde la puerta a su madre, que terminaba de preparar el desayuno de su padre que, sentado a la mesa, observaba atentamente el periódico por la sección de deportes. Llevaba su traje beige y una camisa blanca, sin corbata. Mamá le insistía en que no se la pusiera hasta haber terminado de desayunar, por si se manchaba, y él esperaba hasta estar a punto de salir por la puerta para dejar que ella se acercara y se la anudase al cuello.

Unos minutos más tarde, su madre fue la primera en percatarse de que su pequeño estaba allí, observándolos y, con una sonrisa y la mejilla manchada de harina, lo animó a sentarse a la mesa del desayuno. Él no tenía ganas de desayunar, pero obedeció. Se sentó allí, junto a su padre, observando su rostro de perfil. Algo en él era diferente. Tal vez fuese la postura derrotada de sus hombros o la forma tensa con la que agarraba el periódico hasta que sus nudillos se mostraron blanquecinos. Tenía ojeras y una fina capa de sudor perlaba su frente despejada. Lo miró durante largos minutos en silencio mientras su madre colocaba frente a él un vaso de zumo de naranja y un plato con tortitas y sirope de chocolate.

No prestó atención al plato; solo podía mirar a su padre como si algo lo obligase a grabar en su mente cada rasgo de su rostro, cada respiración profunda y cansada. Algo en su lectura hizo que cambiase de postura en la silla y se llevó la mano al cuello, queriendo aflojar el nudo inexistente de la corbata. Tiró del cuello de su camisa como si lo agobiase, a pesar de estar un par de botones abierta, y se pasó la mano por el sudor de la frente. Fue entonces cuando lo miró. Sus miradas azules se cruzaron y la de su padre le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. No supo describir qué era lo que le decía esa mirada, tan solo que era la primera vez que su padre lo miraba como si no lo viese, como si estuviese vacío. Sin vida.

Y entonces se levantó de la mesa con tanta energía que dejó caer la silla a su espalda, provocando un gran estruendo contra el suelo. No la recogió, solo se dirigió a la puerta cabeceando y farfullando algunas excusas por las que le urgía marcharse antes. Su madre, en la puerta, insistió en ponerle la corbata y él apenas dejó que se la pasase alrededor del cuello, le dio un beso ligero en los labios y de él ni se despidió. La corbata cayó junto a la puerta.

Aquella fue la última vez que lo vio.

¿Por qué recordaba aquel día en ese momento? No era un recuerdo recurrente. Intentaba mantenerlo alejado de él todo cuanto pudiese. Habían pasado muchos años, muchos, y con el tiempo se llegó a convencer de que la marcha de su padre era lo mejor que les había podido pasar a su madre y a él. No tenía sentido dejarse llevar por aquellos pensamientos precisamente en ese momento. Tampoco podía compararse con su padre. No era como él. No estaba huyendo; solo necesitaba descansar. Dejar de pensar, dejar de sentir…

Queriendo que su mente abandonase el rumbo de sus pensamientos, sacó la tarjeta rosa del bolsillo de su pantalón y la lanzó sobre la mesa, junto a la cartera y las llaves. Desde su asiento veía el dibujo de la guirnalda y se preguntó a qué vendría aquella cursilería. La chica que había conocido en el embarcadero no le había parecido cursi. Inmediatamente, la enorme sonrisa, roja como un fresón, invadió su mente con contundencia y recordó la forma en la que su corazón se ralentizó ante su contacto.

Instintivamente se llevó la mano al pecho, sobre el órgano, queriendo encontrar una

explicación al extraño comportamiento que había tenido junto a ella. Con la otra mano tomó la tarjeta de la mesa y la observó, sabiendo que tendría que llamarla. En ella se leía su nombre, el número y una dirección en Haight-Ashbury.

Sí, tenía que hacerlo, pero no iba a ser en ese momento. Antes necesitaba pensar, tomar algunas decisiones, planificar cómo conseguiría deshacerse de ella lo antes posible. Y cuando lo tuviese todo resuelto, entonces hablaría con la chica, dejándole claro que él era el que tenía el control de la situación, no ella.

Para empezar, aquello de pedirle disculpas y llevarle dulces le parecía una estupidez. Si quería ser su musa, que lo fuese durante un par de días, no le quedaba más remedio que aceptar aquella pantomima, pero nada más.

Y en cuanto Gina firmase el maldito acuerdo no volvería a verla nunca más.

CAPÍTULO 6

"Las musas son caprichosas, huidizas, rebeldes... Y generosamente maravillosas cuando menos lo esperas."

Olivia Ardey

—¿Cómo es? —preguntó Marguerite a una Didie que desde que se había levantado parecía en una nube.

Habitualmente era bastante parlanchina. Siempre tenía cosas interesantes que contar, o simplemente pensamientos que compartir. Era una persona muy comunicativa y a ella le gustaba esa faceta suya. Pero aquella mañana Didie no parecía la misma. Estaba como distraída y había tenido que llamar su atención ya en varias ocasiones para que mantuviese su habitual conversación matinal.

Tras unos minutos reflexionando se dio cuenta de que el único motivo que podía tenerla alterada era la cita que había concertado para aquella mañana con su nuevo acogido.

Didie seguía en silencio. Había insistido en que desayunasen en la azotea de la casa y, mientras Marguerite la observaba, parecía estar perdida en las formas de las nubes rabiosamente blancas de aquella mañana.

—¡Didie! —volvió a llamarla. Esta parpadeó un par de veces y la miró como si no entendiese a qué venía tanto revuelo—. Estás en las nubes…

—Es que están preciosas hoy. Tan definidas y esponjosas... Me encantaría poder tocarlas.

—¡Ya! Imagino que sí, pero yo intento mantener una conversación contigo y estás ausente.

—Lo siento, no era mi intención ignorarte, es que estoy un poco distraída

—Ya me he dado cuenta y creo que sé por qué.

Ella la miró sin entender.

—Normalmente, cuando vuelves de encontrarte por primera vez con un "acogido", pasas horas describiendo lo que has visto en él. Lo que has notado que a tus ojos le hace especial. Pero desde que te encontraste con el nuevo parece que no estás. No me has contado nada y me tienes intrigada.

—Pues no tienes por qué…

Miró a Marguerite, que aguardaba una de sus extensas explicaciones y sonrió.

—¿Desde cuándo te interesan tanto mis acogidos?

—Desde que no hablas de ellos. ¿Qué pasó ayer? ¡Suéltalo todo!

Didie rio nuevamente.

—No hay mucho que contar. Lo vi, rastreé sus energías y supe que era él… —Suspiró, volviendo a quedarse mirando las nubes.

—¿Él? ¿Te refieres a que te diste cuenta de que es la persona que te necesita ahora?

—Mmmm… Sí, a eso me refiero —se apresuró en aclarar—. Es escritor y tiene un bloqueo monumental. Creo que está sufriendo, pero es muy hermético, y me va a costar romper ese cascarón en el que se esconde.

—Bueno, si hay alguien que puede hacerlo, esa eres tú. Y no es la primera vez que te enfrentas a una situación como esta.

—Desde luego que no.

—Entonces, por qué estás así… ¿Qué te preocupa? ¿Es un tipo insoportable, peligroso…?

—No es insoportable, aunque lo tuve que poner en su sitio…

—¿Sí? ¿Qué le dijiste? —preguntó Marguerite, cada vez con más curiosidad.

—Solo que me parecía un necio, terco, corto de miras y desagradable espécimen de hombre. —Didie se encogió de hombros ante la mirada boquiabierta de su amiga y ambas se echaron a reír.

—*Oh, mon dieu!* Te ha debido impactar mucho —comentó la pelirroja aún entre risas.

—¡No me ha impactado!

—Sí lo ha hecho, de otra manera no habría tenido que hacerte un tercer grado para que me hablases de él. Y eso me lleva a otra pregunta, ¿es guapo?

Didie se atragantó con el cacao al escuchar la pregunta.

—¿Desde cuándo hablamos de mis acogidos en esos términos?

—Desde que estoy convencida de que has dado con uno guapo, muy guapo —confesó la pelirroja con gesto pícaro.

Ella puso los ojos en blanco.

—Si es guapo o no, no es asunto mío. Y mucho menos tuyo. Es un detalle irrelevante para la ayuda que tengo que brindarle.

—¡Mmm! ¡Así que es guapísimo…! —fue su respuesta entusiasta, y comenzó a pensar que su amiga había condimentado su infusión de la mañana con algún excitante.

Tomó su taza del cajón de madera que hacía las veces de mesita, entre las hamacas que usaban para sentarse cuando estaban allí arriba, y olió el contenido esperando encontrarse con una sorpresa.

—¡No seas tonta! La que está rara esta mañana eres tú. Pero no quiero entrar en eso; prefiero que me describas a tu nuevo acogido —insistió Marguerite dispuesta a no rendirse.

En ese momento el timbre de la casa sonó y Didie se sintió salvada por la campana.

—¡Vaya! ¡Aún nos quedaban diez minutos para bajar...!

—¡Oh, sí! Es una pena tener que interrumpir esta animada conversación —contestó falsamente apenada, y le sacó la lengua contenta de librarse del interrogatorio.

Marguerite le devolvió el gesto y se marchó a ver de quién se trataba. Didie agradeció quedarse unos minutos a solas con sus propios pensamientos, que como bien había intuido su amiga, la tenían bastante desconcertada. Su encuentro con William había sido insólito. No era la primera vez que se enfrentaba a un acogido que no parecía aceptar lo que era ni lo necesitado que estaba de sus servicios, pero sí era la primera vez que, al rastrear sus energías, su cuerpo reaccionaba reconociéndolo aun sabiendo que jamás había coincidido con él. Y eso era lo que le había pasado al entrelazar los dedos con los suyos. Inmediatamente sintió una conexión. Su

energía la traspasó a través de la piel y llegó hasta su corazón, haciendo que este disminuyese la velocidad de su latido. Lo sintió acompasado al suyo en una cadencia dolorosa y eso la asustó. Pero no había podido marcharse. Si algo había leído en sus ojos al cruzar sus miradas había sido dolor. Él soportaba una gran carga emocional que era con total seguridad lo que lo tenía bloqueado.

La necesitaba; quizá fuese el acogido que más la había necesitado en aquellos años, y quizá también eso lo convertía en el más peligroso para ella. Tenía que ayudarlo sin acercarse demasiado a él, y eso era una tarea harto complicada cuando la cura consistía en llegar a los pensamientos y sentimientos más profundos que guardara en su mente y su corazón.

Él tampoco se lo iba a poner fácil, y una parte de ella estaba deseando salir corriendo. Después de advertir las reacciones de su propio cuerpo junto a él, le daba miedo indagar un poco más. Pero por más que quisiese, no podía luchar contra su propia naturaleza. El destino lo había llevado hasta ella. Ahora era su misión ayudarlo sin salir herida.

—¡Didie! Me temo que tu cita se ha adelantado —le dijo Marguerite regresando a la azotea —. Tu acogido está aquí —anunció escondiendo una sonrisa.

—¿Aquí? ¡Pero si habíamos quedado en una hora! —protestó, levantándose como un resorte.

—Pues ya ves, parece impaciente por empezar a trabajar contigo..., ¿no es así señor James? —preguntó su amiga, apartándose de la puerta y dejándole ver que él la había acompañado hasta allí.

El corazón de Didie se detuvo en seco al verlo salir por la pequeña puerta. Al enderezarse y acercarse un par de pasos a ella le dio la sensación de que había crecido desde el día anterior. Él la observó durante unos segundos, posiblemente evaluándola y ella no supo qué decir. Estaba sorprendida, no lo esperaba.

Marguerite volvió a intervenir.

—No me habías dicho que tu acogido era el señor William L. James. Soy una gran admiradora suya, señor James. *El caso Hitman* es uno de mis libros favoritos —dijo su amiga

con admiración.

—Muchas gracias —fue la escueta respuesta del hombre con lo que pretendía ser una sonrisa, aunque apenas era un leve movimiento ascendente de la comisura de sus carnosos labios, casi imperceptible para alguien que no se fijase tanto como ella.

Él devolvió su atención a ella y Didie se molestó consigo misma por tardar tanto en reaccionar.

—Te has adelantado. Habíamos quedado en una hora —dijo, y su tono mostró un reproche que en realidad iba más dirigido a ella misma que a él, pero que William tradujo como un ataque.

—No te veo ocupada en este momento.

—No sabías si lo estaba cuando has decidido presentarte aquí antes de tiempo —replicó rápidamente.

Marguerite observaba la escena tras ellos, desde la puerta, y era como ver acercarse a toda velocidad a dos coches que van a colisionar. Sabía que debía marcharse, pero quería ver el accidente. Sin embargo, la siguiente mirada ceñuda de Didie fue para ella, y resoplando tuvo que aceptar que sobraba. Se marchó con una disculpa cerrando la puerta a su paso.

Tras la marcha de su amiga, Didie vio con nerviosismo que William decidía acercarse a ella deteniéndose a tan solo un paso de distancia.

—¿No me has traído dulces? —lo provocó, cruzándose los brazos.

—¿Cuántos dulces necesitas por las mañanas? —preguntó él justo antes de subir la mano y acariciar la comisura de su labio, limpiando del mismo un rastro de azúcar glaseado que había quedado tras degustar su donut del desayuno.

El ligero contacto dejó sin aliento a Didie, que lo vio observar sus labios durante un segundo con intensidad.

—Necesito mucho azúcar… No lo entenderías —dijo apartándose de él un par de pasos—, es cosa de musas…

—Cosa de musas… —repitió el hombre con una mueca.

—Sí, cosa de musas. Y si te dejé bien claro que la mejor manera de disculparse conmigo

era regalarme dulces, ¿por qué no lo has hecho, Will?

—Porque no voy a disculparme…

—Pues empiezas mal.

—No creo que tenga que hacerlo. Me pillaste por sorpresa, yo no pedí estar "bajo tu influencia" —dijo, recalcando el gesto de las comillas con una sonrisa burlona que le dejó claro que seguía sin aceptar su naturaleza—, pero según parece no tengo más opción que hacerlo. No me han dejado más salida.

—Entonces quieres mi ayuda…

—No la quiero, pero voy a aceptarla —contestó él, imitando su gesto y cruzándose de brazos también.

—Will, Will, Will… Aún no has entendido cómo funciona esto. Yo soy la que te acepta a ti, no al revés. Lo único que aceptas tú son las condiciones innegociables de mi forma de trabajo.

William arqueó una ceja y pareció sopesar sus palabras un segundo.

—Nada es innegociable —contestó finalmente.

—Esto sí. Son las normas básicas de nuestra relación. Y por nada del mundo puedes romperlas. Si no estás conforme con ellas, no podré acogerte. Es muy sencillo. Si las rompes, dejaré de trabajar contigo inmediatamente.

William sonrió abiertamente por primera vez, aquello le interesaba. Ella le iba a explicar lo que tenía que hacer para poder terminar con aquella ridícula situación en cuanto Gina hubiese firmado el acuerdo.

—¿Por qué sonríes? —preguntó entornando la mirada.

—Tengo curiosidad. Nada más.

Resopló, no creyéndolo ni por un momento. Lo miró a los ojos, aquellos ojos increíblemente azules y eléctricos en los que la burla seguía paseándose altanera, y supo que aquel hombre le daría grandes quebraderos de cabeza. ¡Ojala pudiese rechazarlo!, se dijo así misma. No sería la primera vez que lo hacía, pero algo superior a ella le obligaba a ahondar en el dolor que vio el día anterior en su mirada, impidiéndole hacerlo.

—¿Y cuántas condiciones tienes? —le preguntó él con impaciencia.

—Solo son tres, pero in….

—Sí, ya lo has dicho, innegociables. Venga, dispara, que me muero por conocerlas.

—Eres bastante exasperante, ¿sabes?

William se limitó a encogerse de hombros.

—Bien, la primera es que tienes que estar siempre disponible. Sea la hora que sea y el día que sea, tienes que acudir a mi llamada. Las musas somos caprichosas, no sabemos de horarios ni nada por estilo. Centelleamos cuando debemos hacerlo.

—¿Centelleas? ¡Eso me gustaría verlo! —dijo con esa mirada burlona.

—Sí, centelleo, pero no sé si tú lo verás, eres demasiado corto de miras.

—Algo de eso me habías comentado ya, sí. En fin, ¿cuáles son las otras dos?

William la instó a hablar, dijese lo que dijese le era indiferente. Solo le seguiría el juego unas horas, un par de días a lo sumo. No había problema.

Didie no podía creer que él no tuviese nada que objetar a la primera regla. Cada vez se fiaba menos de él.

—Segundo, harás todo lo que te pida, si te niegas, dejaré de ser tu musa. Por loco o descabellado que parezca, lo harás —le dijo con mirada entornada y gesto ladeado, esperando que esta vez saltase con una negativa. Era imposible que un hombre que exudaba esa cantidad de soberbia accediese a tener que cumplir sus órdenes.

Pero él no se inmutó. Ni protestó, ni mostró el menor cambio en su gesto. Tan solo cuando vio que ella no continuaba hablando la instó a proseguir con un gesto de su mano.

Didie resopló y arrugó ligeramente la nariz. Él ya había visto ese gesto, lo había hecho en el muelle, al decirle que ella nunca se equivocaba. Era graciosa, eso no lo podía negar.

—Está bien, y la última y más importante.

—La más importante, puff… ¿Debería ponerme nervioso?

—Con que tengas claro que bajo ningún concepto puedes incumplirla, me vale.

El gesto de la chica se volvió tenso y nervioso, y William tuvo curiosidad por saber cuáles

serían sus siguientes palabras. Por primera vez desde que ella empezó con el cuento ese de las reglas quería escuchar lo que tenía que decir.

—No te enamorarás de mí.

Se quedó perplejo. No había esperado nada parecido. Y una sonrisa nerviosa asomó a sus labios.

—¿Enamorarme? ¿Lo dices en serio?

—Lo digo muy en serio. —Ni su tono ni su gesto eran de broma—. Las musas ejercemos unas fuerzas… Es algo difícil de explicar, pero las personas se ven influenciadas en nuestra presencia, y es fácil que caigáis en el error de enamoraros de nosotras, o más bien creer que lo habéis hecho.

—Yo no voy a enamorarme de ti, puedes estar tranquila.

—Bien

—Bien

—Pues entonces está todo claro. Ya podemos empezar a solucionar tu problema —dijo ella pasando por su lado en dirección a la puerta. Justo cuando llegó al umbral se giró para decirle—: Y la próxima vez, tráeme algo dulce. Es por tu bien —añadió con una de sus sonrisas infinitas. La primera que le brindó aquel día y que lo dejó conmocionado por la sorpresa.

CAPÍTULO 7

"Nunca escribo cuando estoy borracho. ¿Por qué se debe tener necesidad de estimulantes? La Musa es una noble doncella a la que no le gusta ser cortejada de un modo brutal o grosero. Y tampoco tiene vocación de esclavo; en cualquier otro caso, miente."

Wystan Hugh Auden

Siete horas más tarde, William estaba harto de preguntarse cómo había personas que podían tragarse aquel cuento de la musa.

Didie había decidido que pasarían el día en el Golden Gate Park, y hasta el momento habían dado un paseo en barca, en el que lo había tenido más de una hora remando mientras ella tomaba el sol. También habían hecho senderismo y escalado un tortuoso sendero del que se resbalaba constantemente con sus carísimos zapatos de diseño italiano. Después se colaron en una actividad para niños con pinturas de dedos y lo obligó a hacerle un retrato, para el que posó advirtiéndole que debía captar su esencia.

Si hubiese sido por él, la habría pintado con una camisa de fuerza, que era lo que realmente le sugería aquella chica loca y desquiciada. Pero lo peor había sido tener que pasar diez eternos minutos abrazando un árbol. Cada situación que experimentaba con ella era más ridícula que la anterior, y no le encontraba ningún sentido. ¿Qué se supone que iba a sacar él de pasar el día haciendo todas aquellas tonterías? No podía decir que hubiese sido horrible compartir tiempo con ella, sobre todo porque prácticamente no habían hablado, salvo para decirle lo que deseaba hacer y, por supuesto, instarle a pagar cada una de las actividades. La incomodidad se hacía evidente cuando ella, una vez metidos en faena, se dedicaba a mirarlo sin disimulo con aquella enorme sonrisa dibujada en los labios. Como si estuviese disfrutando horrores de ver cómo seguía todas sus excéntricas ocurrencias.

Sin duda, el momento más incómodo había sido el del abrazo del árbol. Ella había argumentado dicha actividad alegando que para conectar con su parte más creativa debía estar en comunión con la naturaleza, con los espíritus naturales de su entorno. A él, aquello, como todo lo demás, le había sonado a cuento chino. No era más que otra patraña que se había inventado para verlo hacer el ridículo más espantoso. Pues era eso, y no algún tipo de comunión, lo que había sentido al ver a familias y parejas pasar por su lado mientras él permanecía abrazado como un bobo a aquel enorme tronco. Cuando finalmente ella le dijo que podía dejar de hacerlo, se separó de él como si le hubiese estado quemando la piel cada segundo de contacto con la áspera corteza.

—Bien, estarás contenta —le dijo sacudiéndose las manos enérgicamente —, ya he abrazado al maldito árbol…

Didie negó con la cabeza con pesar y resopló torciendo el gesto.

—Madre mía, Will, ¿crees que después de pronunciar esas horribles palabras, estoy satisfecha con tu grado de comunión con los espíritus de la naturaleza? Vas a tener que repetirlo —dijo en tono condescendiente, apoyando ambas manos en las caderas.

—¡Ni lo sueñes! ¡Ya he abrazado el maldito árbol! —protestó, sin poder creer que ella quisiese que repitiese la escena.

—Cada vez que dices “maldito” creo que necesitas sumar diez minutos más de tiempo — añadió encogiéndose de hombros ante la mirada alucinada de su acogido.

William la observó durante largos segundos y advirtió que ella apretaba los labios conteniendo una carcajada. Se estaba burlando de él, la muy bruja.

—Dime la verdad, ¿has estado riéndote de mí todo el día?

—¡Noooo! —negó ella, casi sin poder contenerse—. Es que necesitaba saber si de verdad ibas a cumplir todo lo que te propusiese…

—¿Me has estado poniendo a prueba? —preguntó furioso.

—Quizás un poco, pero es que no me creo esa actitud tuya falsamente conformista de esta mañana. Sé que ocultas algo y no me gusta que jueguen conmigo.

—Pues ya somos dos. Y esto es precisamente lo que me parece, un juego. Uno muy tonto y

absurdo con el que me haces perder el…

William se quedó con la palabra en la boca porque de repente el rostro de Didie se iluminó y, pasando por su lado e ignorándolo, como no había hecho nadie hasta ese momento, se dirigió hasta la explanada pegando saltitos.

Estupefacto, resopló y la siguió. De momento no tenía otra alternativa. Entre la pintura de dedos y el abrazo del árbol, había llamado a Gina por teléfono, aprovechando que la señorita sonrisas infinitas buscaba el árbol "ideal". Y su agente le había informado de que aún no estaba el acuerdo firmado. Había quedado para el día siguiente con la responsable editorial, y le volvió a recordar que de no cumplir con su parte del acuerdo no acudiría a la cita.

—¡Eso es lo que necesitas, Will! —le dijo la chica señalando su última y gran idea.

William retrocedió un par de pasos.

—¿Estás de broma, verdad? —preguntó, sopesando la posibilidad de salir corriendo de allí de una vez por todas.

—¿Qué te ocurre? ¿Nunca has subido en un tiovivo?

—¿Me ves cara de pasar las tardes dando vueltas? —fue la respuesta de William, que la miró con el rostro desencajado.

—No me refiero a ahora, bobo; cuando eras niño. ¿No te llevó tu padre a un tiovivo?

El rostro de William se oscureció de repente ante la mención de su progenitor, algo que no pasó inadvertido a la mirada curiosa de Didie.

—Bueno, da igual si no lo has hecho antes. Lo harás ahora —decidió ella cambiando de tema.

—No voy a subir —aseguró él.

—No puedes negarte, recuerda la regla número dos.

William la miró unos segundos, a pesar de las muchas veces que había resoplado aquellas horas y mostrado su desagrado ante las actividades que ella proponía, aquella era la primera vez que le recordaba las malditas reglas que podían llevar el acuerdo al traste.

—Me mareo —alegó cruzándose de brazos.

—Un hombretón como tú… no puede marearse —contestó ella.

—Un hombretón como yo que tiene vértigos debido a un problema en el oído por un balonazo recibido en un partido de futbol en la universidad, se marea.

—¡Ups! Vaya… Lo siento… No tenía ni idea —contestó Didie. Se mordió el labio inferior mortificada.

William sonrió en su interior. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes mentir para evitar sus ocurrencias? Daba igual. Sin duda, de aquella se había librado, la chica parecía realmente apesadumbrada. Lo último que quería hacer para culminar ese horrible día era subirse cual niño de pantalones cortos en el colorido tiovivo.

—No te preocupes, Will, yo subiré contigo —le dijo ella de repente, tomándolo de la mano y regalándole otra de aquellas enormes sonrisas—. No dejaré que te caigas. Cuidaré de ti en todo momento —concluyó sin soltarlo y llevándolo hasta el tiovivo que acababa de detenerse para que el siguiente turno de pasajeros subiesen a la atracción.

William, totalmente estupefacto, no sabía si más sorprendido por la salida de ella o por el hecho de que lo llevase agarrado con aquella pequeña mano de piel delicada y extremadamente suave, se dejó guiar sin oponer resistencia. Solo cuando le indicó que subiese en la figura más grande de entre las decenas que había allí, un enorme caballo negro de crines plateadas, se dio cuenta de que estaba a punto de complacerla en aquella locura también.

—No puedo hacerlo —intentó rebelarse por última vez.

—Claro que sí. Además, ahora no te puedes echar atrás, está a punto de ponerse en marcha. Sube y no te preocupes, ya te he dicho que yo me ocupo de todo.

William vio que el personal del tiovivo avisaba de que iban comenzar y se subió al caballo con un enorme resoplido y, para su sorpresa, vio cómo se sentaba tras él, pegada completamente a su cuerpo.

En el mismo instante en el que la chica le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su ancha espalda, el resto del tiovivo dejó de existir para él. Inmediatamente se vio envuelto en la fragancia a cerezas que salía de sus labios mientras le susurraba que se relajase, que todo

iba a ir bien. Y su corazón desbocado por la discusión se ralentizó de manera alarmante hasta pensar que podría detenérsele en el pecho.

Intentó tomar más aire con el que llenar sus pulmones, pero hasta la respiración se le hizo dolorosa. Era como si de la manera más inesperada perdiese el control de sus sentidos, quedando sometido a una fuerza inexplicable que tomaba el control por él. Cerró los ojos y sintió los dedos ágiles de Didie acariciar su vientre de manera despreocupada mientras seguía intentando que él se tranquilizase. Lo que no imaginaba ella era que con aquel aparentemente inocente y sutil contacto, conseguía que cada parte de su cuerpo masculino, hasta las más inconvenientes, estuviesen despertando de un profundo letargo. En su interior vio crecer la necesidad imperiosa de ser él quien la acariciase. Deseaba hacerlo más que nada en el mundo, y sin querer se imaginó atrapando el dulce aliento a cereza de la chica entre sus labios. Respiró con pesadez y contuvo un gruñido de deseo.

Didie, apoyada en la enorme y dura espalda de William, sintiendo cada uno de sus apretados músculos junto a la mejilla, se preguntó qué demonios le estaba pasando. Solo había pretendido tranquilizarlo, ayudarlo con su problema y conseguir que se relajase disfrutando de la experiencia de dejarse llevar por el tiovivo. Lo que no había imaginado era que, al hacerlo, se vería afectada de aquella forma tan primitiva y poco apropiada. En cuanto rodeó la cintura de William y apoyó el rostro en su espalda sintió, igual que en el muelle, que su corazón se ralentizaba, haciéndola consciente de cada intenso latido, de cada profunda respiración de William acompasada a la suya. A pesar de respirar de aquella forma anhelante y profusa, el oxígeno que atesoraban sus pulmones se le antojó insuficiente para calmar las miles de emociones que se estaban apoderando de ella.

Y aun sabiendo que el contacto con él debía terminar cuanto antes, no fue capaz de separarse. Muy a su pesar, se vio acariciando de manera nerviosa su cuerpo, mientras el aroma masculino y amaderado de William despertaba sus sentidos. De repente, lo sintió contener el aliento cuando ella se aproximó sin darse cuenta a la zona más baja de su vientre y, sintiéndose apoderada por la mayor de las vergüenzas, se soltó de su cintura como si su contacto le quemase.

—No me sueltes —le dijo él con voz ronca, y atrapó una de sus manos con la suya, que llevó hasta su pecho, manteniéndola contra él hasta que pudo sentir a través de su fina camiseta el calor del cuerpo masculino llegar hasta su piel. Y bajo el contacto de sus dedos, el latido fuerte de su corazón.

Didie contuvo el aliento las dos vueltas que restaron del viaje, hasta que el caballo definitivamente se detuvo. Pero, aunque el tiovivo había dejado de girar, ella se sentía aun dando vueltas en su interior, costándole un segundo de más tomar la determinación de separarse de él y bajar del caballo.

Cuando William descendió tras ella, se miraron durante una centésima de segundo en la que ambos parecían igual de impresionados. Entonces fue consciente del gran error que había cometido subiendo a aquel tiovivo con él. Decidió apartar la mirada y, sin decir nada, salió de la atracción sintiendo cómo la seguía a su espalda.

—Bueno, creo que… por hoy ya has tenido bastante… —le dijo consciente de que tenía que tomar distancia inmediatamente.

—¿Tú crees?

—Completamente. Ha sido un primer día intenso…

—Sin lugar a dudas.

Las miradas de ambos se enlazaron durante un largo segundo.

—Pues… será mejor que me vaya —concluyó ella, alejándose un par de pasos.

—Pero… ¿no quieres que te lleve?

Didie se dio cuenta de que aquello parecía una huida en toda regla. Habían ido hasta allí en el Maserati plateado de William, pero no podía estar más tiempo junto a él.

—No hace falta, me apetece coger un tranvía y hacer un par de paradas antes de llegar a casa.

—Bueno, como quieras.

Ella asintió y le brindó una pequeña sonrisa.

—Nos vemos —le dijo mientras comenzaba a alejarse de él.

—¿Cuándo? —preguntó William sorprendiéndose a sí mismo, pues su tono parecía cargado de cierta urgencia—. Me refiero a que no sé cómo va esto… ¿Quedamos? ¿Tú me llamas? ¿Qué tengo que esperar a partir de ahora?

—Lo inesperado, William. Debes esperar lo inesperado —le dijo con una de sus sonrisas infinitas, antes de marcharse sin mirar atrás.

CAPITULO 8

"Imágenes, susurros, sensaciones y emociones que aletean inquietas, proyectando las vidas de otros, o quizá las mías que no recuerdo"

Lola P. Nieva

Dos días tuvo que esperar William a que Didie lo llamase.

Y aunque estaba convencido de que no era ansiedad por continuar con su “terapia” lo que sentía, sí tenía que reconocer cierto nerviosismo. Seguramente por el hecho de que su posición había quedado relegada a la de esperar pacientemente que ella decidiese cuando tenían que verse.

Mientras, el hecho de que Gina le hubiese notificado que la reunión con la editora se había retrasado una semana entera debido a la apretada agenda de viaje de esta, no ayudaba mucho a calmar su crispado estado de ánimo. Pero cuando estaba a punto de pensar que “su musa” se había olvidado de él, liberándolo de aquel absurdo acuerdo, ella lo llamó.

Acaba de terminar de cenar e iba a dejarse caer en el sofá frente a la enorme pantalla de plasma del salón, con la intención de ver una película que distrajese su mente de aquella estúpida espera, cuando su teléfono sonó.

A pesar de estar esperando la llamada, ya con ansiedad, se tomó unos segundos mirando el nombre de la chica aparecer en la pantalla intermitentemente. Tomó aire un par de veces y descolgó, sintiéndose algo más calmado. La voz de Didie, al otro lado de la línea llegó hasta él, dulce, aunque un tanto insegura, como si ella también estuviese un poco nerviosa. Pero ante lo absurdo de aquella idea decidió desecharla inmediatamente. Didie no se jugaba nada con aquellos encuentros, de hecho, no tenía la menor idea de qué la motivaba a hacer lo que hacía. En un principio pensó que buscaba dinero, pero fue una de las primeras cosas que le preguntó al

llegar al Golden Gate Park, y ella con gesto horrorizado, le aseguró que no tendría que pagar nada por sus servicios.

Entonces, ¿de qué vivía? Sin duda era una pregunta a hacerle en su siguiente cita, y esta llegaría en escasos minutos.

Lo había citado aquella tarde en *Amoeba Music*, una tienda emblemática de la ciudad donde se podía encontrar una amplia colección de discos con temas de todos los tiempos. No podía negar que el hecho de que hubiese elegido ese sitio en especial, a él que siempre había sido un gran aficionado a la música, le provocaba una gran curiosidad.

Entró en el establecimiento y la buscó con la mirada entre las filas de expositores repletos de discos, CD e incluso posters, carátulas y demás material para coleccionistas. El local era bastante grande; hacía años había sido una bolera y estaba a reventar de género. Unos minutos más tarde algo llamó su atención.

Al fondo del local había una zona con grandes auriculares donde se podían escuchar los temas de los discos, y con uno de ellos puestos, una chica, de espaldas y ataviada con un vestido corto de vuelo en punto rosa se contoneaba al ritmo de la música. El movimiento de sus caderas, insinuante y cadencioso era hipnótico, y sin poder evitarlo se quedó allí clavado, observándola.

Llevaba la melena suelta formando grandes ondas al final de la misma que, sujeto en la parte más alta con un pañuelo a modo de diadema, le llegaban hasta la mitad de la espalda. Los altos tacones negros y aquella falda escueta le daban la oportunidad de admirar unas bonitas y esbeltas piernas, torneadas y excitantes, al igual que el resto de su curvilíneo cuerpo.

La excitación provocada en su cuerpo fue tan instantánea e intensa que se sintió turbado y dio un paso atrás, respirando profusamente mientras se pasaba la mano por el pelo. Miró a un lado y a otro, avergonzado de su propio comportamiento, y se dio cuenta de que no era el único hombre hipnotizado con la chica. Al menos tres tipos más la admiraban embobados desde distintos puntos del local. Y entonces ella se giró bailando, con los ojos cerrados, e ignorante de las reacciones que estaba provocando y William se quedó petrificado.

Era Didie.

Tenía que haberla reconocido en cuanto vio aquel cabello castaño brillante de aspecto sedoso, o cuando el movimiento de sus caderas provocó en él la misma reacción que al verla días atrás enfundada en sus vaqueros piratas, pero lo cierto era que había estado tan pasmado dejándose llevar por las inesperadas reacciones de su cuerpo, que había sido incapaz de pensar.

Se pasó de nuevo la mano por el pelo y volvió a advertir la mirada de aquellos tipos. Inmediatamente se sintió molesto. Sin pensarlo un segundo, se dirigió a ella a grandes zancadas hasta dejar sus rostros a escasos centímetros, posando una mano en su cintura y reclamando su atención.

Ella se sobresaltó y lo miró con sus preciosos ojos castaños abiertos de par en par.

—¡Oh…Will! Me has asustado…

—Lo siento, estabas tan concentrada… —comentó sin expresión en la voz.

—Sí, es un tema fantástico —dijo ella iluminando el local con una de sus radiantes sonrisas—. Escucha. —Le ofreció los auriculares y él, tras mirar a los tipos sin soltar su cintura, los aceptó complacido al ver que apartaban la mirada.

Ofreció una sonrisa a la chica al tiempo que se colocaba los cascos, y se sorprendió al oír uno de los temas más sonados de Meghan Trainor: *Dear future husband*. No ocultó su sorpresa y ella arqueó una ceja.

—¿Qué ocurre, no te gusta?

—Sí, pero te imaginaba escuchando temas de las Andrew Sisters —explicó encogiéndose de hombros—. No negarás que ese aspecto de chica *Pin up* da un mensaje claro sobre tus gustos… —dijo él señalándola de arriba abajo.

—¡Vaya cliché! ¡A mí me gusta todo tipo de música! Aunque tengo que confesar que las Andrew Sisters están entre mis grupos favoritos —reconoció.

—Entonces me das la razón —dijo orgulloso.

—¡Por supuesto que no! Estoy segura de que crees que me tienes calada basándote en todo tipo de prejuicios y etiquetas.

—Posiblemente tanto como tú a mí.

—Yo sí te tengo calado a ti —aseguró ella, dándole un toquecito en el pecho con su dedo.

—Sí, de eso te jactas, de tenerme fichado desde el primer momento, como si pudieses leer en mí con tu supuesta magia, pero lo cierto es que no tienes ni idea de cómo soy.

—Bla bla bla bla…

Descartó sus palabras con un gesto de su mano y él la miró ceñudo.

—¿Qué… qué haces?

—Hablar es fácil, pero fíjate por donde, aquí tienes la oportunidad de callarme si es que puedes…

William la observó entornando la mirada.

—¿Me estás retando?

—¡Por supuesto que sí! —dijo ella con una inmensa sonrisa.

—Probablemente me arrepienta porque tienes una de las mentes más maquiavélicas que he conocido en la vida, pero… ¡acepto!

—No esperaba menos de ti, Will —añadió posando una mano sobre su brazo, complacida. El contacto de su piel sobre la suya, lo turbó y le costó respirar. Pero ella dejó de tocarlo con rapidez.

—Bien, comencemos. ¿Llevas tu móvil? —le preguntó sin darle tiempo a pensar.

—Mmm… claro, ¿por qué? —preguntó sacándolo de su bolsillo.

—Porque imagino que tendrás una lista de reproducción de música en él, como todo el mundo.

Le habría encantado llevarle la contraria, pero no podía hacerlo.

—Sí, la llevo —confesó.

—¿Y tú?

—Por supuesto, como todo el mundo —contestó ella con una sonrisa.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Ahora te reto a encontrar, de entre todas las canciones de la tienda, una que se encuentre en mi lista de reproducción, en favoritos. Y no valen las Andrew Sisters, que esa ya las sabes —

le dijo levantando un dedo.

—Me parece bien, pero tú tendrás que hacer lo mismo. A ver si eres capaz de encontrar una canción que se encuentre en la mía.

—No hay problema, pan comido.

William rio con ganas ante su comentario. ¿De veras ella pensaba que sabía tanto de él? Iba a llevarse una sorpresa.

—Con quince minutos deberíamos tener bastante, ¿de acuerdo? —preguntó, tomando su muñeca y mirando la hora en el carísimo reloj de William.

Una vez más su contacto lo perturbó, y se mantuvo muy quieto mientras ella, pegada a su cuerpo, calculaba los minutos para la prueba. Su aroma a cereza llegó hasta él y pensó que se volvería loco si no se separaba rápidamente.

—A… y veinticinco los dos tenemos que estar de vuelta justo en este punto —dijo ella separándose un poco, lo que le permitió respirar con alivio.

—De acuerdo, allá vamos.

William la vio alejarse con una de sus infinitas y traviesas sonrisas mientras se contoneaba por el pasillo y pasaba el dedo sobre las caratulas de los CD. Durante unos segundos le resultó prácticamente imposible apartar la vista de ella, hasta que se dio cuenta de que si no lo hacía era muy probable que perdiese aquel reto. Y necesitaba esa victoria.

No solamente encontraba un placer especial en ganar a Didie; también en demostrarle que se equivocaba por completo si creía que lo conocía. La idea de que aquella mujer pudiese leer en su interior tan solo con mirarlo a los ojos era… inquietante.

Una fila, dos filas, tres filas casi interminables de CD más tarde, William se sentía más perdido que al comienzo. No debería resultarle tan difícil; probablemente si elegía cualquiera de los grupos o solistas emblemáticos de los 50, acertaría. Sin embargo, saber que se lo jugaba todo a una carta hacía que dudase entre varias canciones y finalmente no se decidiese por una en concreto.

Didie, sin embargo, parecía mucho más segura que él. A los pocos minutos de estar

buscando, tomó un CD de uno de los expositores y lo guardó celosamente para mantenerlo alejado de su vista en todo momento. Con lo que no tenía la menor idea de si había dado en el clavo o no. La miró por encima de los expositores para coleccionistas y ella le devolvió la mirada, regalándole un guiño travieso y una sonrisa. Estaba perdido. Tenía que concentrarse, y bajó la mirada prometiéndose no volver a mirarla hasta haber elegido una canción.

Unos minutos más tarde, antes incluso de levantar la vista, presintió su presencia tras él.

—Se acabó el tiempo y no has ido al punto de encuentro, ¿te rindes?

—Claro que no. Acabo de encontrar justo lo que buscaba —aseguró él, aparentando una seguridad que no sentía.

—¿De veras? ¡Estoy impaciente por ver qué has elegido! —Saltó con el entusiasmo de una niña pequeña—. Perfecto, a la de tres cada uno saca su CD.

William se limitó a asentir con la cabeza.

—Uno… dos… y… ¡tres!

Ambos sacaron los CDs e inmediatamente el gesto de William se torció en una mueca.

—Por tu expresión, podría asegurar que he acertado —le dijo orgullosa.

—Bueno… Sí. —William cogió el álbum de The Script entre los dedos y de repente levantó el rostro. Entornando la mirada, preguntó—: Pero… ¿qué canción?

—*The man who can´t be move*, por supuesto. Es un gran tema, dice mucho de cómo estás ahí dentro —explicó ella posando una mano en su pecho, sobre su corazón.

—Tonterías… Es una canción muy conocida.

—¡Qué mal perder, señor James!

—No creo que haya perdido. ¿Qué hay de mi tema?

Didie tomó el CD de *Candyman*, de Christina Aguilera de sus manos y sonrió. Él también había acertado. Aunque no iba a reconocer que era la canción con la que despertaba cada mañana y le ayudaba a comenzar el día llena de energía.

—Está bien, hemos empatado —aceptó.

Según William, un empate no dejaba tan buen sabor como una victoria, pero desde luego

era mejor que una derrota, por lo que finalmente sonrió.

—Bueno, es un empate, pero estoy seguro de que sería capaz de sorprenderte.

—No sé si serías capaz, pero podrías intentarlo, desde luego —aceptó ella sin pensarlo.

William conectó sus auriculares al teléfono y le colocó uno a ella con delicadeza, introduciendo la mano entre su mejilla y su cabello largo y ondulado. Después se colocó él el otro auricular.

Didie cerró los ojos y esperó escuchar la canción. Will la puso en la lista y dio al Play. A los pocos segundos, ella se mordía el labio inferior hasta enrojecerlo de forma provocadora.

Didie, con los ojos cerrados, se dejó llevar por las notas de *Crazy,* de Gnarls Backley, y, sin poder evitarlo, comenzó a mover las caderas a su ritmo. ¿Quién podría resistirse a hacerlo con un tema como aquel? Era sexy, caliente y excitante hasta el delirio. Abrió los ojos y se encontró con la mirada intensa y electrizante de William a pocos centímetros. Inclinado sobre ella por la escasa longitud del cable de los auriculares, sus rostros quedaban tan próximos que compartían el aliento entrecortado mientas se dejaban llevar por el tema, moviéndose ambos al ritmo de la música, sin dejar de mirarse. No se tocaban, pero no podían estar más unidos.

Perdidos en la mirada el uno del otro, bailaron todo el tema como si el resto del local no existiese. Su elección era una sorpresa, sin lugar a dudas, pensó Didie, pero también ver lo bien que se movía. Ya sabía que era un hombre atractivo, muy atractivo, y su mirada electrizante ejercía un magnetismo difícil de ignorar, pero no se había percatado de lo sexy que era ver a un hombre moverse de aquella manera hasta que William no empezó a hipnotizarla con sus movimientos. También le sorprendió ver que él la había seguido en el baile en lugar de mirarla con el ceño fruncido. Aquel día parecía mucho más relajado y estaba disfrutando mucho, quizás mucho más de lo que debiera, del tiempo que estaban pasando juntos.

Envuelta en sus divagaciones y en disfrutar de cada pequeño detalle del momento, llegaron hasta el final de la canción sin haberse dejado de mirar en ningún momento. Él sonrió y ella imitó su gesto como si fuese la otra cara de un espejo.

—Necesito un helado, uno muy grande —fue lo primero que salió de su boca mientras

hacia un enorme esfuerzo por separarse de él.

—¡Puff, sí! Seguro que algo frío nos vendría fenomenal ahora mismo — confirmó él, resoplando como si de repente fuese consciente del calor que hacía en el local.

—Conozco un sitio en el muelle en el que hacen los mejores helados artesanos del mundo —propuso ella dirigiéndose a la caja, no sin antes coger de uno de los estantes más próximos el CD que escuchaba cuando llegó William a la tienda—. Es para Marguerite, un regalo de cumpleaños —aclaró ante la mirada curiosa de Will.

—Ya sabía yo que no era para ti —rio con ganas.

—No podías evitarlo, ¿verdad? Es superior a ti —le recriminó ella frunciendo el ceño.

Will se encogió de hombros.

—Solo por eso vas a invitar a los helados —le dijo, y se marchó con paso resuelto y tortuoso movimiento de caderas a pagar el CD, ante la absorta mirada de Will.

CAPÍTULO 9

"Siempre creí que la musa venía cuando ella quería y es mentira, llega trabajando. Cuando estás inspirado parece que las ideas fluyen mejor, pero hay que coger la guitarra a diario y garabatear un papel a ver si sale algo. Hago mil, luego los repaso, y si sale un trazo que me gusta, intento elaborar una falseta o una idea."

Paco De Lucía

—Yo quiero uno con tres bolas: de vainilla con caramelo, nata con nueces y fresa con nubes —pidió Didie en la heladería.

William la miró preguntándose dónde iba a meter ella aquella cantidad desorbitada de helado. Seguramente sería de esas mujeres que comen con los ojos. Esas que pedían cantidades industriales de comida y luego la dejaban prácticamente toda en el plato.

Frunció el ceño de inmediato y, al cabo de unos minutos, tras ver como cogía con ambas manos el enorme cucurucho de helado, casi más grande que ella, llegaba su turno de pedir.

—El mío con dos bolas, una de chocolate belga y la otra de ron con pasas. —Sacó la cartera y antes de que le dijeran el importe depositó el dinero sobre el mostrador—. Imagino que querrás ir a una mesa.

—¿Por qué?

—Esa es una cantidad enorme de helado para mantenerla en movimiento —explicó señalando el gran cucurucho sobre que el hacían equilibrismo las tres bolas.

—Me apetece pasear, ¿y qué es lo peor que puede pasar, que termine cubierta de dulce helado?

William tragó saliva inconscientemente ante la imagen que se recreó en su mente. Por suerte, ella no se dio cuenta porque ya había comenzado a caminar dos pasos por delante de él.

La siguiente media hora apenas cruzaron un par de palabras, concentrados ambos en degustar sus deliciosos helados. Un sorprendido Will vio cómo ella lo terminaba hasta la última gota. Cuando ya no quedó rastro del mismo, no satisfecha del todo, se comió también la galleta del cucurucho.

—Mmm… ¡Estaba deliciosos! —exclamó Didie apoyándose en la balaustrada de madera que daba a la bahía.

—Ya veo que sí. Tengo que reconocer que habría apostado a que no lo terminarías —confesó.

—Y habrías perdido —lo pinchó con una sonrisa burlona.

—Al parecer tú tampoco puedes evitar meterte conmigo.

—Me gusta ver la forma en la que frunces el ceño cuando te ofuscas. Estás muy gracioso.

—Es la primera vez que una mujer describe mi forma de enfadarme como graciosa.

—Quizás el día que te vea furioso de veras, no lo perciba así… Ahora guardas mucho dentro.

—Ya vuelves a hacer eso de creer que puedes leerme la mente —resopló.

—No te leo la mente, te siento —le dijo ella, deteniéndose delante de él y haciendo que también tuviese que parar.

Lo miró directamente a los ojos y William se puso nervioso inmediatamente. Ella posó una mano sobre su corazón con ligereza y contuvo el aliento unos segundos sin dejar de mirarlo.

—¿Quién te abandonó, William?

Will se perdió en su mirada castaña, advirtiendo por primera vez algunas motas doradas que bailaban intensificándola de manera hipnótica. También contuvo el aliento en una inhalación dolorosa y urgente y, sin dar una explicación coherente, el aire volvió a salir de sus labios acompañando las palabras.

—Mi padre.

Parpadeó un par de veces al oírse a sí mismo confesar con tanta facilidad e inmediatez. Intentó dar un paso atrás para apartarse de ella, confuso, pero Didie posó la otra mano en su rostro.

—No pasa nada, Will. No te asustes. Yo estoy contigo.

—¿Por qué te lo he dicho? —preguntó consternado.

—Porque necesitas hacerlo y yo soy un puerto seguro, Will. Seré tu puerto seguro.

—No sé lo que eso significa.

—Lo sé, no has conocido uno antes, pero tampoco tienes que entenderlo, solo sentirlo. Y ahora… deja que salga…

William no creía poder hacer lo que ella le pedía. Tampoco sabía si quería. Ciertamente había sentido cierto alivio al nombrar a su padre, pero no entendía por qué debía contarle a ella cosas que jamás había contado a nadie. Sin embargo, tras perderse en su mirada un par de minutos más, antes de pensar siquiera en las consecuencias de abrirse a una chica a la que hacía pocos días que había conocido y a la que tenía la intención de dejar de ver lo antes posible, sus labios volvieron a abrirse.

Como si el resto del personal que paseaba por el embarcadero hubiese dejado de existir, le contó todo lo sucedido el día en el que su padre desapareció de su vida; lo que había sentido, cómo se había roto y cómo su vida cambió de un día para otro tras ese suceso. Cómo vio a su madre perder la ilusión por la misma puerta por la que se había marchado su padre y cómo después de aquello, para poder sobrevivir, tuvo que claudicar y volver a vivir bajo el techo de su madre, su abuela. Esta los acogió en su casa bajo sus estrictas normas y sus lecciones de moral, que pasaban por reprochar a su hija una y otra vez el error tan grande que había cometido cuando decidió casarse con un hombre como su padre, de una condición social más baja y sin la clase ni educación que ella había recibido desde su nacimiento.

A partir de ese momento, su abuela asumió el control de su formación y educación como correspondía a alguien perteneciente a una de las familias más importantes de Nueva York.

—¿Lloraste su pérdida? —le preguntó cuando él definitivamente guardó silencio.

William se limitó a negar con la cabeza. Ella sabía que había mucho más por contar, pero no era el momento. Él había abierto la puerta por la que dejar salir a sus demonios, y ese era un gran paso para liberarse de su carga.

—¿Sabes lo que necesitamos ahora? —volvió a preguntar, separando lentamente la mano de su pecho.

—¿Más helado? —preguntó él con una sonrisa cansada.

—¡No seas glotón! ¡No tiene límites, señor James!

Su infinita sonrisa de manera inexplicable le devolvió parte de la vida que sentía haber perdido minutos antes, cuando se vació para ella.

—¡Vamos a ir a ver una película! ¡Están reponiendo *Desayuno con diamantes* en el cine del embarcadero!

—Creo que debería volver a casa ya —repuso, aún consternado por lo que acababa de suceder.

—No puedes volver a casa ahora. Tienes que venir conmigo a ver la película —insistió ella tirando de su mano.

—Ya la he visto.

—Sí, estoy segura de ello, pero nunca la has sentido como lo vas a hacer ahora.

William la miró preguntándose a qué se refería con lo de sentirla, y no tardó mucho en averiguar la siguiente de sus ocurrencias.

—Acabo de pagar para ver la película —protestó al advertir que ella, tras quitarse el pañuelo rosa con el que tenía recogido el cabello, pretendía cubrirle los ojos, una vez que se sentaron en las últimas filas de la sala.

Tan solo un par de parejas más situadas algunos asientos más adelante habían acudido a esa sesión, y aunque eso le asegurase pasar por un ridículo menor, la verdad era que no entendía qué iba a conseguir con aquel juego.

—No quiero que la veas, quiero que la sientas, y para eso tienes que abrir el resto de tus sentidos —explicó Didie. Sin esperar a que aceptase, se incorporó sobre él y pasando los brazos alrededor de su cabeza le anudó el pañuelo tapándole los ojos.

El pañuelo olía a ella, a su cabello, a su esencia femenina, e inmediatamente vio colmarse

sus sentidos por las reacciones que le provocaba. Inhaló con profundidad el aroma y después sintió cómo ella volvía a su asiento, privándolo de nuevo de su calor.

—No le veo el sentido a esto —protestó una vez más.

—Es normal que ahora mismo no veas nada —apuntó ella risueña.

Sin duda se estaba divirtiendo una vez más a su costa, pensó William, y frunció el ceño cruzándose de brazos. Lo que no hizo más que aumentar el tono de las risas de su acompañante.

Miró a William que ya mostraba su ceño fruncido y postura defensiva cruzándose de brazos, y no pudo evitar reír. Estaba muy gracioso cuando se ofuscaba de esa manera. ¡William contra el mundo! No le costaba imaginarlo de niño con aquella mirada desafiante y ese gesto torcido cuando algo no saliese según sus planes o se viese obligado a hacer algo que no le gustase, bajo la atenta supervisión de su exigente abuela.

El recuerdo de lo que él le había contado en el muelle volvió a su mente, y revivió el dolor que él le había traspasado al hacerlo. Sin duda, el abandono de su padre había sido el detonante de todo. De su forma de actuar y enfrentarse a la vida desde niño, pero eso había sucedido hacía muchos años y tenía que haber algo más que explicase por qué en aquel momento todos aquellos sentimientos frustrados habían llegado a bloquearlo. Le habría gustado conocer al William de entonces, al niño que se enfrentó a esos momentos de pérdida y dolor, y cogerlo de la mano. Pero lamentablemente no podía. Lo que si estaba a su alcance era ayudar al hombre en el que se había convertido.

Volvió a admirar su rostro, perfilado en la oscuridad por la luz de la pantalla en la que estaban proyectando en ese momento *trailers* de otras películas, y se quedó maravillada por la belleza masculina y soberbia de su rostro, de sus rasgos fuertes y aristocráticos. Sin llegar a tocarlo, perfiló con su dedo el rostro masculino, como si pintase sobre él con un pincel invisible. Su frente aún seguía ligeramente fruncida, incapaz de relajarse por completo. Continuó su camino descendiendo lentamente y llegando a su nariz, que recorrió siguiendo su perfil griego. Contuvo el aire al llegar hasta sus labios; carnosos, firmes, de curvatura perfecta y rictus exigente, y se preguntó cómo sería ser besada por aquellos labios.

El corazón se le aceleró hasta parecer que sería imposible contenerlo en su pecho y su pulso tembló frente a los labios de William. Temiendo llegar a tocarlo fue a quitar la mano, pero entonces él la atrapó con la suya. El súbito contacto hizo que contuviese el aire en los pulmones. No dijo nada, solo podía oír el zumbido sordo de su sangre recorrerle las venas a una velocidad vertiginosa. Will sostuvo su mano tomándola por la muñeca y el pulso pareció a punto de atravesarle la piel.

En ese momento dejó de pensar, no quería hacerlo, solo quería sentir, y antes de que ninguno de los dos pudiese racionalizar lo que estaba a punto de ocurrir, Didie se incorporó sobre él, rodeó su rostro con las manos y posó sus labios sobre los de él, robándole el aliento.

William sintió las pequeñas manos de Didie rodear su rostro. De alguna forma lo esperaba. Algo le había llevado a comprobar que ella estaba más próxima de lo que creía y, al tomar su mano, supo que ella deseaba tocarlo. Lo que no esperaba era que le besara, pero sentir sus labios, jugosos como fresones, sobre los suyos, despertó una necesidad fuera de control que se apoderó de él, imponiéndose a cualquier pensamiento coherente que le pudiese gritar que se separase de ella. Solo quería sentirla.

Entonces fue él quien apresó su rostro entre las manos, la sentó sobre sus piernas y la apretó contra sus labios, sintiéndolos henchidos contra los suyos. Y supo que quería mucho más; la suavidad de su lengua, el sabor de su boca de cereza, su aliento dulce y perturbador… E introdujo la lengua en la cavidad tierna de su boca buscando explorar y descubrir cada una de las miles de sensaciones que sabía que ella le proporcionaría. La apretó contra él, borracho de una necesidad que superaba con creces cualquier cosa que hubiese experimentado con anterioridad.

Se oyó gemir mientras sus lenguas se enredaban, mientras sus labios se buscaban anhelantes, insaciables, sucumbiendo al mayor de los placeres, al más primitivo y carnal. Mordisqueó su labio inferior tiernamente, apoderándose de él con los dientes, lo sostuvo mientras ella le regalaba un gemido ahogado. Cada parte de su cuerpo respondió inmediatamente al deseo contenido. Ella se apartó un segundo buscando oxígeno y él mantuvo sus rostros pegados, uniendo sus frentes.

Se apartó el pañuelo de los ojos y acarició su labio con el pulgar sin poder creer que ese labio acabase de ser suyo. La piel de Didie resplandeció ligeramente y su corazón se detuvo en seco.

CAPÍTULO 10

"Mis musas nunca duermen, solo cierran los ojos para soñar y cuando los abren es para hacerme temblar el alma."

Yolanda Revuelta

—*C'est magnifique!* —Fue la expresión maravillada de Marguerite al salir a la terraza y ver el trabajo de decoración que había realizado para su fiesta de cumpleaños.

—Me alegro mucho de que te guste —le dijo contenta de ver a su francesita feliz.

Se había esmerado mucho por recrear en la azotea de la casa el precioso ambiente que ella esperaba para su celebración. Y no solo eso, también le había preparado un par de sorpresas, como haber incluido en la lista de invitados a la fiesta a Vince, con la excusa de encargarle la tarta de cumpleaños. Más tarde, él se acercaría a la casa para hacer la entrega personalmente. Tal vez dándoles la oportunidad de compartir un rato juntos, en un ambiente relajado, ella se atrevería a dar algún paso más. Así lo esperaba, porque estaba segura de que sus amigos, a pesar de ser muy diferentes, eran perfectos el uno para el otro.

—¡Me encantan estos farolillos! ¿De dónde los has sacado? —Marguerite seguía admirando cada detalle de la decoración, y en ese momento le había tocado el turno a la bonita guirnalda de farolillos de colores, iluminados, que había colgado sobre sus cabezas.

—En una tienda de aquí cerca. No es nada. Son de papel de arroz —le quitó importancia.

—¡Pues son sencillamente adorables! ¡Muchas gracias, Didie! —La abrazó su amiga emocionada—. Tú eres la única familia que me queda y si no fuera por ti…

Marguerite contuvo un sollozo y Didie la abrazó con más fuerza aún. Después se separó de ella y limpió sus brillantes ojos verdes, de los que parecían a punto de brotar un par de lágrimas.

—¡Marguerite! Vas a arruinar tu maquillaje y estás preciosa esta noche. Es una fecha para

celebrar y disfrutar, no para estar triste. Nunca estarás sola, siempre estaré contigo. Y en unos minutos, este espacio también estará lleno de gente que te quiere casi tanto como yo. —Puntualizó el “casi”, levantando un dedo.

Su amiga comenzó a reír y asintió.

—Perfecto, así me gusta verte. Y ahora vamos a subir un par de sillas de la cocina, creo que me he quedado corta de asientos.

—Sí, seguro que necesitamos más —estuvo de acuerdo Marguerite.

Juntas bajaron a por más sillas de madera y un par de candelabros fucsias que se le antojaron a Didie para decorar la mesa de los canapés.

Cuando estaban de vuelta en la terraza, colocando las cosas, oyeron el timbre de la puerta.

—Ya están aquí. Ve tú a recibirlos que yo me quedo terminando esto —le propuso Didie.

La pelirroja, con una inmensa sonrisa, bajó las escaleras impaciente por encontrarse con sus amigos.

Ella aprovechó para revisar que todo estuviese perfecto. Y así era. Llevaba tres días dedicándose exclusivamente a la organización de la fiesta y eso le había permitido tener la mente ocupada y no pensar tanto en William. Bueno, en realidad, pensar, sí había pensado mucho. En él, en su situación, en ella y en qué demonios le había pasado en el cine.

Desde aquel episodio, cuando no había podido evitar besarlo de aquella forma, se preguntaba si no habría perdido la cabeza.

Ella tenía unas normas muy estrictas sobre la forma de relacionarse con sus acogidos. Era vital que se cumpliesen, y hasta la fecha, había sido inflexible al respecto. Para los acogidos era fácil dejarse llevar por las sensaciones que ella les transmitía; muchas veces se trataba únicamente de una mezcla de vulnerabilidad y cierta atracción inexplicable, algo inherente a las mujeres de su naturaleza. Gran parte del poder de las musas residía, precisamente, en generar ese tipo de energías en sus acogidos. Ese magnetismo les permitía influenciarlos, haciendo aflorar sentimientos que conseguían que sintiesen de manera más intensa y así crear con una fluidez liberadora.

De ahí que Didie hubiese decidido instaurar la regla de “no enamorarse” como uno de los fundamentos en los que se basaba la relación musa-acogido. Cuando veía que uno de sus influenciados no era capaz de controlar esa atracción, cortaba definitivamente la relación entre ambos y le daba el espacio que necesitaba para que sus pensamientos y sentimientos volviesen a racionalizarse. Pero, en esta ocasión, había sido ella la que había traspasado los límites, acercándose más de la cuenta a su acogido y dando pie a confusiones. Quien necesitaba el espacio era ella.

Llevaba tres días sin ver a Will y no era por él. Se sentía mortificada y confusa por haberse dejado llevar. Ciertamente, en cuanto sus labios se posaron sobre los de él, William tomó parte muy activa en el beso, demostrándole una pasión y entrega que la habían dejado abrumada, excitada, deseosa y expuesta. Pero ella había sido la responsable. Ella lo había besado incapaz de contenerse ante las sensaciones que le despertaba. No sabía qué era, pero estaba ahí desde la primera vez que lo vio y no podía dejar que siguiese afectándola.

Sin embargo, a pesar de haber dejado pasar tres largos días sin contacto, aún no tenía claro que hubiese conseguido aplacarse lo suficiente como para volver a llamarlo. Se había llegado a plantear abandonar este caso, pero eso no habría sido justo para él. William la necesitaba, y mucho, y no podía castigarlo por una estupidez cometida por ella. Tenía que volver a verlo, aunque lo haría cuando fuese capaz de controlar sus inexplicables reacciones.

Oyó un bullicio procedente de la escalera que subía hasta la azotea y supo que la fiesta estaba a punto de comenzar. Lo agradeció. Necesitaba una velada divertida, ligera y entretenida con sus amigos; una que la ayudase a dejar de pensar en Will.

Marguerite apareció con el primer grupo de amigos, y con la mejor de sus sonrisas los fue recibiendo en la terraza, asegurándose de que todos eran atendidos, ofreciéndoles bebidas, invitándolos a probar los coloridos platos de entrantes fríos que había preparado esa tarde y ocupándose de ambientar la fiesta con una excelente selección de música de todos los tiempos. Una hora más tarde, con la azotea repleta de gente, la fiesta estaba en todo su apogeo. El ambiente era fantástico, y todos disfrutaban bailando y conversando entre ellos cuando el sonido

de la puerta volvió a sorprenderlas.

—¿Esperas a alguien más? —se preguntaron la una a la otra al unísono, como si se leyesen la mente. Ambas se sonrieron de forma enigmática. Después, ante el gesto de la otra, las dos entornaron la mirada y otra vez se echaron a reír.

—¿Por qué no vas a abrir? —le preguntó Marguerite.

Didie dudó. Imaginaba que el nuevo invitado sería Vince y prefería que fuese la cumpleañera la que abriese la puerta y se llevase la gran sorpresa, dándoles así unos minutos para estar solos.

—No; creo que deberías ir tú. Es tu fiesta y, sea quien sea, ha venido a verte a ti —la instó ella.

—No, de veras, es mejor que vayas tú. Estoy muy sedienta y necesito otro cóctel. Corre, no le hagas esperar —terminó por decidir Marguerite, que se marchó ante a la mesa de las bebidas ante la atónita mirada de su amiga.

Resopló con frustración. No se lo iba a poner fácil, lo tenía que haber imaginado. Cuando se trataba de confabular con la vida amorosa de su amiga, las cosas no solían salirle bien a la primera, ni a la segunda… quizás ni a la tercera. Pero esa noche tenía que ser diferente. Conseguiría que esos dos hablasen fuese como fuese. Decidió abrir la puerta con una determinación renovada capaz de mover montañas.

—Buenas noches, Didie —fue el saludo que William le brindó, acompañado de una enorme sonrisa.

Cerró la puerta enérgicamente en sus narices presa de un repentino ataque de pánico. Se apoyó en ella y resopló profundamente con una mano en el corazón, que parecía a punto de partirle el pecho en dos, desbocado. Unos golpes a su espalda la sobresaltaron.

—Didie, sabes que la puerta tiene un cristal y te veo, ¿verdad? —le hizo notar William desde el otro lado. Ella sintió como sus mejillas ardían, cautivas de la mayor de las vergüenzas. Antes de hacer más el ridículo, se decidió a abrir sin pensarlo demasiado.

—Hola…Will.

—Buenas noches, Didie —le dijo admirándola de arriba abajo sin disimulo. Después, se detuvo para perderse en su mirada, haciendo que su corazón parase en seco.

—Lo siento, no es un buen momento, no puedo atenderte ahora… Estamos en medio de una celebración…

—Lo sé, Marguerite me ha invitado a su cumpleaños. Le he traído un regalo —le explicó William, entrando directamente sin esperar a que ella lo invitase a pasar, mientras le mostraba un paquete envuelto en un delicado papel y lazada color lavanda.

Ella chasqueó la lengua.

—¡Ya! Así que Marguerite te ha invitado…

—Sí, pero no he traído regalo solo para ella…

—Ah, ¿no?

William metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una piruleta de cereza con forma de corazón.

Instintivamente se mordió el labio conteniendo una sonrisa complacida. William se la ofreció y ella la tomó de su mano deseando ya saborearla.

—Gracias. Me encanta. Las como sin parar.

—Lo sé… Sabes a cereza… —le dijo él dando un paso hacia ella. Didie se saltó un latido. Lo vio aproximarse hasta que casi sus rostros se tocaron, sin poder moverse ni un centímetro.

—¡Holaaa! —Los interrumpió una voz masculina desde la puerta.

Didie pegó un respingo y se separó de William con rapidez. No había cerrado la puerta y Vince apareció por ella, cargado con la enorme tarta.

—¡Hola, Vince! Pasa. Espera, te ayudo —lo recibió con gran entusiasmo, sintiéndose salvada por su aparición.

Sin duda, habría sucumbido a cualquier intento de William de acercarse a ella si su amigo no los hubiese interrumpido. Y tenía que recordarse una y otra vez que él lo hacía llevado por su influjo. No era real.

Vince dejó la tarta sobre el mostrador y fue directo a ella.

—¡Hola preciosa! —la saludó dándole un gran y cariñoso abrazo mientras la hacía dar un par de vueltas en el aire—. ¡Estás guapísima esta noche, pareces un ángel! —añadió, parando y admirándola.

Didie miró a William de soslayo y se dio cuenta de que este apretaba los labios en una mueca.

—¡Eres un adulador! Pero si quieres ver un verdadero ángel, Marguerite te dejará con la boca abierta. Vamos, os estáis perdiendo una fantástica fiesta —dijo mientras se alejaba para cerrar la puerta. Miró a ambos con una sonrisa nerviosa, pasó entre ellos y comenzó a subir las escaleras esperando que la siguieran.

Cuando llegaron a la azotea, Marguerite la esperaba con una sonrisa, que se ensanchó cuando vio aparecer tras ella a William. Un segundo después la sonrisa quedó congelada en sus labios, en un gesto nervioso, al ver que Vince seguía al escritor. Didie se acercó hasta ella y le susurró al oído:

—¡Feliz cumpleaños! Lo siento, este regalo no te lo he podido envolver.

Las mejillas de Marguerite se tiñeron de rojo inmediatamente.

—Yo a ti el tuyo tampoco —se la devolvió la pelirroja señalando a William, y fue el turno de Didie de encenderse como una bombilla—. Gracias a los dos por venir —dijo la cumpleañera a los hombres, que se acercaron a felicitarla.

El primero fue William, que le dio dos besos y su regalo: una edición especial de su libro que, además, estaba dedicado. A Marguerite le hizo muchísima ilusión y le encantó verla así de radiante. Después llegó el turno de Vince, y para que ambos pudiesen tener cierta intimidad, Didie instó a Will a alejarse, con la excusa de buscar algo que beber.

—Esto está muy animado —comentó William en tono ligero mientras ella observaba a su amiga charlar con el pastelero.

Sí, le interesaba mucho ver si estos hacían algún tipo de progreso, pero centrar su atención en la pareja también era una excusa para no hacerlo en Will, demasiado próximo a ella, demasiado guapo con aquel pantalón vaquero ceñido a sus estrechas caderas y la bonita camisa

celeste, que apenas conseguía competir con el fascinante azul de sus ojos.

William observaba a Didie atentamente mientras esta parecía estar mucho más interesada en el tipo de la tarta, al que miraba con descaro. Tal vez se había equivocado aceptando la invitación de Marguerite, pero después del beso del cine, de ver como ella salía corriendo tras él y de comprobar que no volvía a llamarlo, se mostró más que contento de tener aquella oportunidad para verla. No sabía qué había pasado esa tarde. Había dado vueltas una y otra vez a aquel beso, recreándolo en su mente constantemente e intentando averiguar qué lo había llevado a besarla de aquella manera, con tal necesidad que, al verla marchar, sintió la mayor de las perdidas. Corrió tras ella, pero al llegar a la calle, había desaparecido. Como lo hizo el día del muelle. Después la llamó un par de veces, pero ella no le cogió el teléfono, solo le mandó un mensaje para decirle:

"Yo me pondré en contacto contigo, y por favor, no escribas.
Aunque tengas muchas ganas, no lo hagas."

Sin duda, no había esperado recibir un mensaje como aquel, y mucho menos que le pidiera que no escribiese. No creía que fuese capaz de hacerlo de todas formas, pero, para su sorpresa, al día siguiente, en un par de ocasiones, estuvo tentado de seguir su instinto y sentarse tras el escritorio. Aun así, obedeció y no lo hizo.

—¿Por qué no puedo escribir? —le preguntó, intentando desviar su atención del tipo de las tartas.

Didie lo miró un segundo y después bajó la mirada a su vaso de refresco.

—Porque no puedes hacerlo hasta que terminemos de… trabajar juntos. Aunque tengas ganas en mitad del proceso, no estarás preparado del todo hasta que finalicemos.

—Sabes que tengo un plazo de entrega un poco ajustado, ¿verdad?

—A… ja —afirmó, volviendo a mirar a su amiga y a Vince.

William empezó a sentirse más que molesto. En ese momento los ritmos rápidos de las

canciones que habían puesto cambiaron, y las notas de *More Than Words* de Extreme comenzaron a sonar. William, ni corto ni perezoso, decidió que era momento de tomar las riendas del asunto. Ella había decido ser “su musa” y ahora no podía ignorarlo como si no estuviese en la fiesta. Le quitó el vaso de las manos, lo dejó sobre la barra de bebidas y, tomándola por la cintura, la llevó hasta la zona central donde las parejas comenzaban ya a bailar el tema lento.

—¿Qué… qué haces, Will? —preguntó atónita.

—Bailar contigo. Esto es una fiesta, y en las fiestas la gente baila.

—Ya sé que la gente baila, pero…

—¿Tengo que hacerlo con los ojos vendados? —le preguntó con burla, paseándose por su mirada azul—. No te lo recomiendo; con total seguridad te destrozaré a pisotones.

Didie no pudo evitar reír ante su comentario y él la acompañó en las risas mientras la pegaba a su cuerpo y se deleitaba con su olor a cereza.

CAPÍTULO 11

"Pasos de un peregrino son, errante, cuantos me dictó versos dulce musa en soledad confusa, perdidos unos, otros inspirados."

Luis de Góngora

Cuatro horas después, Didie tenía que reconocer que se estaba divirtiendo mucho con William, quien se había integrado francamente bien en la fiesta, hablando con todo el mundo y bailando gran parte el tiempo con ella bajo la atenta mirada de algunas féminas, que no habían tardado en reparar en los encantos de su acogido.

—¿Eres consciente del revuelo que generas en el género femenino? —le peguntó cuando decidieron hacer una pausa en el baile para descansar y sentarse un rato a beber algo fresco.

William siguió la mirada de Didie y vio que un par de chicas los miraban desde la otra punta de la terraza, cuchicheando. Volvió la atención a ella y se encogió de hombros.

—¿Y tú? ¿Eres consciente del interés que despiertas tú? —fue su turno, señalándole a un grupo de chicos que hacían exactamente lo mismo.

—Lo mío no es real. Yo genero…

—Ah, sí… Eso de la atracción irrefrenable de las musas —se burló él.

Didie frunció el ceño.

—No es un cuento, Will. Es muy real.

—¿Quieres decir que ningún hombre puede sentirse atraído por ti de manera natural porque todos caerán bajo tu supuesto influjo?

Lo miró unos segundos. No creía que hablar con él sobre ese tema fuese muy adecuado. La conversación podía derivar por unos derroteros nada recomendables para ella. Pero él seguía mirándola fijamente en espera de una respuesta.

—Sí, eso estoy diciendo —fue la escueta respuesta con la que pretendió dar por zanjada la conversación, y se levantó para ir a rellenar su vaso y así darse unos momentos para tomar aire.

William la siguió y se colocó tras ella para susurrarle al oído:

—Entonces… ¿si yo quisiese volver a besarte, como el otro día en el cine, solo estaría siendo manipulado por algún tipo de fuerza misteriosa que me obliga a tener esos deseos? —le preguntó tan cerca, que la piel de la nuca de Didie se erizó inmediatamente al contacto de su aliento.

Didie sintió que la terraza comenzaba a dar vueltas como si se hubiesen vuelto a subir en el tiovivo.

—Ujum… Sí, eso sería exactamente… lo que estaría pasando —contestó con un hilo de voz, que no sonaba ni de lejos todo lo contundente que pretendía ser.

William la vio evitar mirarlo en todo momento y la tomó por los hombros, girándola hacía él.

—No me lo creo —le dijo con una seguridad que la hizo temblar.

Will le miraba los labios como si estuviese a punto de demostrarle lo equivocada que estaba. Pero ella sabía que no era así. Todo aquello era ficticio. Lo sabía muy bien. Lo vio aproximarse lentamente a ella y temió que quisiese besarla de nuevo. Conteniendo el aliento lo detuvo posando una mano en su pecho.

—Will, no… No es real. No es lo que quieres de verdad.

—Sí es lo que quiero. Desde que nos besamos el otro día, he deseado volver a perderme en tu boca…

El aire se volvió tan espeso en los pulmones de Didie que la respiración se le hizo dolorosa.

—No es cierto.

—¿Quién es el terco ahora? —preguntó él con una sonrisa.

—Tú, sin duda, que no lo quieres entender —replicó ella convencida—. Piénsalo, Will. Hace unos días pensabas que era una chica loca y excéntrica…

—Eso no ha cambiado —dijo riendo.

¡Qué risa más sexy tenía! Era mucho más seguro mantenerlo enfadado.

—Vale, yo ni siquiera te gustaba…

—Nunca he dicho que no me gustes —se defendió él.

—Estoy segura de que en más de una ocasión has pensado en deshacerte de mí. —Se cruzó de brazos, retándolo a que la contradijera.

—Por supuesto que sí. Te presentaste como mi musa. ¿Qué querías que pensara?

—¿Y ahora eso no te importa?

William resopló.

—¿Qué quieres que te diga, Didie? ¿Que creo que eres una musa que va a hacer que consiga escribir un *bestseller*? No puedo hacerlo. Esa idea me parece tan descabellada… Sería como creer en cuentos de hadas, y dejé de hacerlo el día que el mundo se hizo cruelmente real para mí.

William se pasó la mano por el pelo y resopló.

—Yo solo veo a una mujer… con una sonrisa infinita y unos preciosos labios que saben a cereza… —le dijo elevando la mano y acariciándole la mejilla.

Didie sintió el calor de su mano atravesarle la piel y se dejó llevar por la íntima caricia, apoyando la mejilla en su palma. Will llevó el pulgar hasta su labio inferior y lo rozó con delicadeza, aproximándose tanto a ella como para compartir su aliento. Sin dejar de mirarle los labios a escasos y tortuosos centímetros, contuvo la respiración, anticipándose al placer de saborearla de nuevo, de hacerla suya…

—No es real, Will. No es real —repitió, separándose de repente. Lo miró consternada con el pecho subiendo y bajando de manera acelerada, tan afectada como él, pero decidida a no dejarlo acercarse más—. No es real… —insistió, con la voz rota, antes de salir de allí corriendo.

***

—¡Didie! —oyó que la llamaba su amiga desde el otro lado de la puerta de su habitación,

que golpeaba con los nudillos.

Se incorporó en la cama y se pasó la mano por el rostro antes de invitarla a pasar.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se acercaba a su cama y se sentaba junto a ella en el colchón.

Se limitó a asentir y la pelirroja le apartó un mechón de cabello de la mejilla, buscando su mirada en un intento por comprobar que así era.

No necesitó ni un segundo para cerciorarse de que Didie mentía. Estaba muy lejos de sentirse bien.

—¿Se han ido ya todos? —quiso saber.

—Sí… el señor James se marchó cuando desapareciste —contestó, sabiendo que era el único por el que preguntaba.

Se mordió el labio, mortificada. Estaba claro que no la engañaba.

—Siento haberme ido antes —se disculpó.

—No pasa nada, la fiesta ya estaba decayendo cuando decidiste marcharte. No te has perdido nada.

—Bien… —Fue su escueta respuesta antes de dejarse caer en la cama cerrando los ojos con un gran suspiro. Se sentía agotada.

—Bueno, será mejor que me vaya a la cama. Mañana hablaremos, esta ha sido una noche muy intensa —dijo su amiga mientras se dirigía a la puerta de su cuarto.

—¿Por qué… lo has invitado? —le preguntó antes de que saliese.

—¿Por qué has invitado tú a Vince?

—Porque te quiero —le dijo ella sin dudar.

—Yo también te quiero, *mon cheri* —contestó Marguerite con una enorme sonrisa. Se marchó de la habitación dejándola sola.

***

—¿Qué demonios has hecho, William? ¡Te dejé muy claro que si no cumplías tu parte con

la musa, no firmaría la ampliación del plazo de entrega! —le gritó Gina nada más contestar su llamada.

Confuso, se separó el teléfono del oído y miró el reloj sobre su silla-mesilla de noche, comprobando que eran las diez de la mañana. A esas horas no solía permanecer en la cama, pero no había conseguido pegar ojo hasta cerca de las seis.

—¿Sabes que eres el despertador más desagradable que he tenido jamás? —dijo, incorporándose en la cama.

—Y tú la persona más frustrante, desesperante… Y, de veras, William, ¡tengo ganas de estrangularte ahora mismo!

—Está bien, lo voy a preguntar… ¿se puede saber qué he hecho ahora? —preguntó sin entender una palabra.

—Eso me gustaría saber a mí, ¿qué has hecho? El acuerdo era sencillo: tú obedecías a la musa y yo firmaba el aplazamiento.

—Y he cumplido…

—¡No! ¡No lo has hecho porque acaba de llamarme y me ha dicho que no puede seguir trabajando contigo!

William se quedó petrificado.

—No puede ser… Didie no… ¿Por qué…? No lo entiendo…

Gina se quedó perpleja un segundo y guardó silencio. William parecía consternado y eso no le cuadraba. Pensaba que había intentado deshacerse de la musa, como sospechó que intentaría en cuanto supiese que ella había firmado el aplazamiento. Por eso había estado poniéndole excusas y mintiéndole sobre la fecha de firma de dicho acuerdo, que tenía más que cerrado desde el primer día. Pero él debía haber descubierto que era así.

Cuando la musa la llamó para decirle que no podía seguir trabajando con él, dio por sentado que William había conseguido deshacerse de ella con alguna de sus tretas, pero él parecía sorprendido; aún más, afectado.

—¿No sabías nada? —le preguntó con curiosidad.

—¡No! ¡Claro que no! ¿Te ha dicho algo más? ¿Por qué no ha hablado conmigo? —Resopló desesperado. La urgencia en su tono era abrumadora.

Estaba angustiado. ¿William angustiado por la musa? ¿Por una mujer? ¿Qué estaba pasando? De haber estado frente a su agente, William habría visto cómo los ojos de Gina parecían salírsele de las orbitas.

—No, no me ha dicho nada más… Solo eso… ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado con esa chica?

—Nada… Tengo que hablar con ella —lo oyó decir con determinación—. No te preocupes, yo lo solucionaré.

—Pero, William, dime… ¿Qué está pasando?

—Ahora no puedo, tengo que hablar con ella. Lo siento —le dijo antes de colgar.

Gina se quedó unos segundos mirando el teléfono alucinada. ¿Qué demonios estaba pasando? Era la primera vez que veía afectado a William por una mujer. Ni siquiera lo había visto así en ninguna de sus peleas durante los años que fueron pareja. Era una de las cosas que ella le reprochaba con frecuencia, acusándolo de no estar vivo. Y terminó asumiendo que él era así, mucho más frío y analítico que ella en sus reacciones.

Pero ese no era el William que acababa de oír al teléfono. Ya sospechaba que la musa lo había impresionado cuando se refirió a ella como la “señorita sonrisas infinitas”, pero nunca imaginó que lo hubiese hecho tanto. Finalmente dejó el teléfono sobre su escritorio y esperó que, fuera lo que fuese lo que había sucedido entre ambos, se solucionase. De momento, no le quedaba otra que esperar.

William se levantó como un resorte nada más colgar la llamada de Gina y fue hasta su baño con la intención de darse una ducha y salir de allí lo antes posible. Necesitaba hablar con Didie y no quería hacerlo por teléfono. Necesitaba mirarla a los ojos y que ella le explicase por qué no lo quería ver más. Por qué quería romper su acuerdo. Aunque tenía que reconocer que el trato le importaba un bledo.

Como había reiterado en innumerables ocasiones, no pensaba que estar con ella fuese a conseguir que escribiera un *bestseller*, ni siquiera que desapareciese su bloqueo, pero había algo

que no podía negar: ella le hacía sentir bien. Le despertaba sentimientos y reacciones que eran un auténtico misterio para él y a las que no pensaba renunciar. Y por extraordinarias y extrañas que estas fuesen, no se creía el cuento de la influencia de la musa.

Apenas media hora más tarde salía de su casa, dispuesto a atravesar toda la ciudad en busca de Didie. Pero cuando llegó frente a la puerta de la tienda de jabones de Marguerite toda aquella convicción que lo había conducido hasta allí en un tiempo record, se anudó en su vientre como una bola, atenazándole las entrañas. Sentía incluso que le costaba respirar.

No quiso pensar más. Necesitaba una explicación y bajó del coche, fue hasta a puerta del establecimiento y se preparó mentalmente para verla. Pero ella no estaba allí. En su lugar, una sorprendida Marguerite lo saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor James.

—Llámame William, por favor, Marguerite. Buenos días —le dijo sin poder evitar la tensión de su rostro.

Ella asintió con la cabeza, sin perder la sonrisa.

Didie, que volvía de hacer la colada, había entrado por la puerta de atrás de la casa, y se quedó petrificada en la trastienda cuando escuchó la voz de William hablando con Marguerite.

Hacía poco más de una hora que había llamado a Gina para decirle que no seguiría acogiéndolo bajo su influencia. ¿Qué hacía allí entonces? No se sentía con ánimos de enfrentarse a él en ese momento y decidió permanecer escondida hasta que él se marchase.

—Perdóname, pero necesito hablar con Didie, ¿está aquí? —preguntó William mirando a un lado y a otro.

—No, salió hace un rato… Pensé que más tarde había quedado contigo.

El rostro de la pelirroja se torció en una mueca.

—¿Por qué, te ha dicho algo? —quiso averiguar.

—No… me ha dicho que iba a hacer la colada y que después había quedado.

Fue el turno de William de torcer el gesto. Estaba claro que con él no había sido.

—¿Ha podido quedar con el tipo de las tartas? —preguntó antes de sopesar siquiera lo

oportuno o no de realizar aquella pregunta.

Didie se quedó perpleja cuando escuchó la pregunta.

—¿Con Vince? —preguntó su amiga, sorprendida.

—Si así se llama el guaperas ese, sí, con Vince —confirmó él, dejando claro el desagrado que le producía aquel hombre.

Marguerite lo observó allí, tan tenso como una cuerda y preguntando si su amiga había quedado con el pastelero. Era más que evidente que el nuevo acogido de Didie estaba sufriendo un ataque de celos monumental. Se apiadó de él. No le parecía un mal tipo; tampoco peligroso. Ni uno de esos locos que la perseguían obsesivamente.

—No sé si ha quedado con Vince, pero si lo ha hecho, es solo como amigos. Lo son desde que ella lo acogió hace un par de años bajo su influencia, ayudándolo en su carrera.

—¿Lo acogió bajo su influencia? —preguntó sorprendido.

—Sí, claro, como a muchos otros. Pero con Vince sigue manteniendo una bonita amistad que, todo hay que decirlo, nos reporta suculentos donuts para desayunar todas las semanas.

William seguía con el ceño fruncido.

—Pero no hay nada entre ellos. Si Didie invitó ayer a Vince a la fiesta es porque la que está colada por él… soy yo —reconoció con las mejillas encendidas, sin poder evitar el bochorno que una confesión como esa le provocaba.

Didie no podía creer que su francesita le hubiese confesado sus secretos sentimientos a William.

—¡Oh, vaya!

—Sí… ¡Oh, vaya! —repitió Marguerite bajando la mirada avergonzada.

William se acercó hasta ella y posó una mano sobre el hombro de la chica.

—Si el tipo de las tartas llega a conseguirte, será muy afortunado, Marguerite.

Su amiga, hasta ese momento cabizbaja, levantó la vista y le brindo una sonrisa preciosa que emocionó a Didie.

—Gracias, William —le dijo con sinceridad.

—No hay de qué, solo he recalcado lo evidente. Mira… siento haberte preguntado. Seguramente no debí venir. Necesitaba hablar con Didie, pero imagino que si ella hubiese querido hablar conmigo me habría llamado a mí y no a mi agente. Perdóname si te he importunado —se excusó él acercándose ya a la puerta.

—No lo has hecho.

—Gracias —dijo él con una pequeña sonrisa melancólica.

Y se marchó de allí.

CAPÍTULO 12

"En estos tiempos en que vivimos, los deberes de una musa son más amplios que sus derechos. Así de mal está el patio."

Olga Salar

—¡Estarás contenta! —exclamó Marguerite nada más cerrarse la puerta de la tienda tras la salida de William.

Didie salió de su escondite con la cesta de la ropa apoyada en la cadera.

—¿Sabías que estaba aquí? —le preguntó con una mueca.

—El olor a suavizante te ha delatado —explicó su amiga.

Resopló. Fue hasta el mostrador y se sentó sobre la madera, como era su costumbre.

—¿Qué le has hecho? Está hecho polvo —le recriminó su amiga.

—¡No le he hecho nada! —se defendió.

—Algo habrás hecho para que viniese aquí a hablar contigo con esa cara.

—Bueno… solo… he dejado de tenerlo como acogido.

Marguerite abrió los ojos como platos.

—¡Es por su bien! ¡Se estaba obsesionando conmigo, dejándose llevar por el influjo…!

La pelirroja cambió el gesto de sorpresa por una expresión ceñuda y se cruzó de brazos.

—A mí no me parece un tipo obsesionado. ¿Recuerdas ese que acampó en la puerta gritando tu nombre? ¿O el que mandó decenas de ramos de rosas rojas acompañados de ridículos poemas?

—No me lo recuerdes, no me gustan las rosas…

—La cosa es que él ha venido a verte, pero finalmente ha respetado tus deseos, y tú lo has

abandonado.

—¡Ese es un golpe muy bajo, Marguerite!

—¿No estoy en lo cierto? —preguntó, arqueando una ceja hasta ocultarla bajo el flequillo —. ¿No te necesita? ¿No me dijiste que soportaba un gran dolor? ¿Y no está en tu mano ayudarlo a superarlo y liberarlo de su carga para que pueda volver a escribir?

Didie se limitó a asentir con la cabeza. No podía replicar, su amiga tenía razón. Ella estaba en disposición de ayudarlo y había decidido no hacerlo.

—Y entonces, ¿qué es lo que ha hecho tan horrible como para que dejes de trabajar con él?

—Cree que le gusto. Y desde que lo besé…

—¿Lo besaste? *Mon Dieu,* Didie! ¿Cuándo pensabas contármelo?

Marguerite estaba totalmente alucinada, y no le extrañaba en absoluto. Ella misma aún no era capaz de creer que lo hubiese hecho, y como no podía dar una respuesta coherente se limitó a encogerse de hombros.

—Te gusta… ¡Lo sabía! —exclamó su amiga, eufórica.

—No sé por qué te alegras tanto, esto no es bueno. ¿No te das cuenta?

—Pues no, la verdad. No hay nada de malo en que te guste.

—¡Claro que es malo! —exclamó, saltando del mostrador—. Cuando me toca… Puff… No sé, no puedo explicar cómo me siento… ¿Abrumada? Nunca me había sentido así antes, Marguerite. Y él es mi acogido. Cuando quiere besarme o tocarme… No es real.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez sí lo sea. A lo mejor, el único problema que hay aquí es que tienes miedo.

—Tal vez… Pero de cualquier manera, no puedo confiar en sus sentimientos y yo soy una musa, no estoy destinada a enamorarme ni dejarme llevar por la pasión. ¿Quién sabe las consecuencias que algo así podría conllevar?

Marguerite sabía que Didie no iba ceder con respecto a ese tema. Estaba demasiado asustada. Ella nunca había estado en una situación parecida y entendía que se sintiese sobrecogida por todo aquello. Pero la quería tanto como a una hermana y creía que merecía ser

feliz. No la iba a convencer de dejarse llevar por sus sentimientos, pero sí podía intentar que volviese a acoger a William apelando a su deber como musa.

—Sí… Te entiendo…

—¿Me entiendes? —preguntó perpleja.

—Claro, te entiendo. Tienes razón, no sabemos las consecuencias que podría acarrear que perdieses la cabeza por un hombre. Ya sabemos de la naturaleza volátil y excéntrica que tenéis las musas…

Didie frunció el ceño y Marguerite tuvo que hacer un gran esfuerzo por aguantarse la risa.

—Y tienes razón, no deberías arriesgarte a hacerlo. Es mejor que mantengas las distancias. Pero claro… Eres una musa, y tu naturaleza es la de ayudar a aquellos que lo necesitan. Tú me dijiste que, de todos tus acogidos, quizás William fuese el que más había necesitado tu ayuda hasta el momento…

—Sí… es cierto… —confesó con un hilo de voz.

—No imagino lo horrible que ha debido ser para ti saber que no puedes ayudarlo, dejarlo desamparado en este momento tan crucial para él y quizás que no se recupere jamás…

Didie mordió el labio, mortificada.

—Pero bueno, si es lo que has decidido, yo te apoyo. Estoy segura de que es porque lo has sopesado todo y crees que es la elección correcta. Tú no puedes correr ese riesgo en favor de su beneficio…

"¡Dios mío! ¿Qué he hecho?", pensó Didie. Marguerite tenía razón, era exactamente lo que estaba haciendo: anteponer su miedo al beneficio de William. Y él estaba en un momento crucial en el que, si no recibía ayuda, probablemente se quedaría estancado y jamás conseguiría salir. El dolor de su corazón era demasiado grande y ella ya había conseguido que empezara a abrirse…

—Bueno… Tal vez me haya precipitado…

—¿Tú crees? —preguntó Marguerite haciéndose la sorprendida—. No sé, tú no eres de las que se precipitan. Bueno, un poco sí. —Se concedió chincharla un poco—. Pero también eres de las personas que saben rectificar a tiempo. Tú jamás cometerías una injusticia. —Fue hasta su

amiga y le rodeó los hombros con un brazo—. Esa no sería mi chica…

Ya no lo soportaba más. Se sentía el ser más rastrero sobre la faz de la tierra. ¿Cómo había sido capaz de abandonar a William de esa manera?, se preguntó mortificada. La ansiedad se anudó en su vientre, haciéndose dolorosa.

—¡Tengo que irme! —decidió repentinamente.

—¿Ahora?

—Sí, sí… Ahora. Voy a ver a William antes de que sea demasiado tarde —dijo dirigiéndose ya hacia la puerta.

—Claro, claro, tranquila. Si crees que es lo mejor…

Asintió y salió a toda prisa. Marguerite se sopló las uñas y les sacó brillo contra su hombro, satisfecha. Su amiga era una musa, pero ella no tenía nada que envidiarle a Cupido. O a Maquiavelo. Rio para sí misma y se dispuso a organizar su escaparate de jabones, como cada mañana.

***

William llevaba cerca de una hora dando vueltas por la ciudad con su coche, queriendo entender qué era lo que había pasado. ¿Por qué Didie había decidido que no se verían más? Por mucho que lo meditó no encontró ninguna explicación lógica. Solo tenía clara una cosa: aquello no le gustaba. Si al menos se lo hubiese explicado… Pero ella, lejos de hablar con él directamente, había llamado a Gina. Como si esta fuese su madre y él el adolescente que necesitaba ser reprendido.

Había pasado de estar preocupado por la repentina decisión de Didie a estar furioso con ella por haberlo tratado así. Por eso, cuando llegó hasta la puerta de su edificio y descubrió que ella lo esperaba sentada en los escalones de la entrada, su rostro tan solo mostraba el enorme enfado que sentía.

Detuvo el Maserati en la acera de enfrente y la miró unos segundos antes de que ella se percatase de su presencia. Parecía nerviosa, dando vueltas de manera compulsiva a la piruleta de corazón presa entre sus labios y taconeando contra el escalón de mármol de la entrada. Exhibía

un gesto tenso que no le había visto hasta entonces. Resoplaba nerviosa y, de repente, la vio levantarse y mirar a un lado y a otro de la calle.

No sabía cuánto tiempo llevaría ella esperándolo, pero quizás se había cansado de hacerlo. Temiendo que quisiese marcharse sin haber tenido la oportunidad de hablar con ella, salió del coche y la llamó desde la acera. En cuanto ella lo vio, le brindó una sonrisa nerviosa.

No era su inmensa e infinita sonrisa, pero fue suficiente para hacerle notar que su corazón ya latía de forma diferente ante la expectativa de encontrarse de nuevo con ella. Mientras esperaba que terminasen de pasar los coches por la calle y poder cruzar hasta ella, no pudo evitar observarla. Llevaba un pantaloncito pirata negro de talle alto y una camiseta blanca ajustada de cuello barco que dejaba sus hombros descubiertos, un pañuelo atado al cuello y unos altísimos tacones negros. Estaba preciosa, como siempre. Aquel conjunto acentuaba cada una de sus suculentas curvas, y tuvo que tragar saliva antes de llegar hasta ella, si es que quería pronunciar alguna palabra.

—Hola, Will —lo saludó, mostrando cierta timidez.

William no pudo evitar quedarse mirando sus labios teñidos de rojo por la piruleta y tuvo que recordarse que estaba enfadado con ella, porque ya solo pensaba en besarla.

—¿Qué haces aquí, Didie? Pensé que ya no querías verme más —le espetó directamente, mostrando su enfado.

Didie se mordió el labio que él deseaba en ese momento más que respirar, y tuvo que apartar la vista.

—Lo siento…

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haber roto nuestro acuerdo o hacerlo a mis espaldas? —le dijo cruzándose de brazos frente a ella.

Se quedó embobada mirando cómo aquellos brazos enormes de piel bronceada se cruzaban sobre su no menos enorme y duro pecho, y decidió meterse la piruleta en la boca antes de que se le escapase un gemido. No había sido buena idea, no. Definitivamente, ir hasta allí para arreglar las cosas había sido una pésima idea. Si ni siquiera podía hablar con él sin tener ganas de

recorrerlo con la lengua. ¿Qué le estaba pasando? Daba igual, no podía echarse atrás. Tenía que anteponerlo a él y a sus necesidades, y especialmente a su falta de autocontrol.

—Siento ambas cosas. Pensé que hacía lo mejor para ti…

—¿Lo mejor para mí? —Incrédulo, William enarcó una ceja—. Tú me convenciste de que necesitaba esto. Y de repente decides que ya no me verás más. Yo te conté cosas… Dijiste que eras un puerto seguro…

El corazón de Didie se encogió en un puño. Will tenía tanta razón. Había sido una egoísta y entendía perfectamente que él no quisiera perdonarla.

—Lo sé, he sido la peor de las musas. Yo solo pensé que no quería que te confundieras, el influjo…

—¡Ya estamos otra vez con esa estupidez! —Resopló, y quiso pasar por su lado para entrar en el edificio, pero ella se puso en su camino.

—William, no es una estupidez. Es real. El influjo existe, y es lo que hace que te sientas atraído por mí.

Se acercó a ella, subiendo el escalón que los separaba. Didie, subida al siguiente, aún seguía quedando unos centímetros por debajo de sus ojos, y la miró con intensidad. Ella tragó saliva y soltó el aire de los pulmones con lentitud, regalándole ese aliento a cereza que lo volvía loco.

—Didie, soy un hombre, no un pelele. Y tú una mujer preciosa. —Ella contuvo el aliento —. Y si me siento atraído por ti no tiene nada que ver con el maldito influjo.

—Yo te puse unas normas…

—Y no las he incumplido. A pesar de haber deseado hacerlo en innumerables ocasiones, no lo he hecho. Y si te refieres a lo de no enamorarme, bueno, según parece no me vas a dejar averiguarlo, ¿verdad? Pues no sé qué problema tienes.

Se quedó perpleja ante su comentario y parpadeó un par de veces sin saber cómo reaccionar. ¿Él quería averiguarlo? ¡No! Era una locura. No era real… Lo que él sentía no era real, pero muy a su pesar las reacciones que tenía ella, sí lo eran.

—Así es como deben ser las cosas —dijo mirando al suelo.

—Perfecto —añadió él con gesto serio—. Pensé que esto ya estaba claro.

—Yo también lo pensé, pero luego nos besamos…

—Luego me besaste —puntualizó él—, y me encantó. No soy de piedra, Didie. No puedo evitar que me gusten tus labios, tu sabor, el tacto de tu piel…

—Déjalo, Will… —lo interrumpió, con la respiración entrecortada.

—¡No! ¡Quiero que me escuches! Me gustas, mi cuerpo reacciona cuando está junto al tuyo y no puedo evitarlo. Deseo tocarte, besarte, acariciarte, lamerte… Y no sé cuántas locuras más. Lo deseo y no tiene nada que ver con tu supuesta magia. Tiene que ver contigo y conmigo, con un hombre y una mujer. Me prohibiste enamorarme de ti, perfecto, dejaré mi corazón a buen recaudo. No soy tan suicida como para entregárselo a alguien que no desea recibirlo. Ya está todo claro. No temas por mí, sé cuidarme solo.

El corazón de Didie se encogió un poco más.

—Y ahora, si quieres seguir siendo mi musa, estás invitada a subir —concluyó él cuando pasó por su lado.

Subió los escalones que restaban hasta la puerta y la abrió bajo la atenta mirada de una Didie perpleja. Él pasó, dejando la puerta abierta, y ella lo siguió sin pensarlo demasiado.

Había ido hasta allí para volver a acogerlo y eso era lo que iba a hacer. Will le había dejado claro que no se enamoraría de ella y aquello debía tranquilizarla lo suficiente como para no volver a dudar. Según parecía, él lo tenía todo controlado.

“Bien”, pensó sin poder evitar sentirse molesta por tanta determinación y autocontrol. Un autocontrol del que ella carecía por completo. Tenía que ayudar a Will y terminar cuanto antes con aquello. Sí, eso es lo que haría, sesiones intensivas con él hasta que consiguiese liberarlo de su carga y, cuando hubiese salido del bloqueo, alejarse cuanto antes y ponerse a salvo.

CAPITULO 13

"La musa es la primera nota en la infinidad del silencio."

Josephine Lys

—¿Quieres un café? —le preguntó Will en cuanto la vio entrar por la puerta de su *loft*.

Didie, antes de contestar, no pudo evitar quedarse mirando el entorno con la boca abierta. Era inmenso, tan blanco y elegante que se sintió inmediatamente sobrecogida.

Miró a William y se dio cuenta de que él esperaba una respuesta a su invitación.

—No gracias, no tomo café. Y tú tampoco deberías hacerlo, no necesitas excitantes.

—Dijo la chica que se alimenta a base de azúcar…

Ella torció el gesto en una mueca.

—No lo entiendes, es cosa de musas.

—Sí, eso dijiste. Pero no llegaste a explicarme por qué.

—El azúcar me ayuda a mantener los niveles de energía, me consumo rápidamente. Y si eso pasa, me pongo mal. Me cambia el humor.

—¡Wow, qué miedo! —exclamó burlón.

—No te reirás tanto si me ocurre alguna vez en tu presencia —le advirtió ella, levantando el palo de su piruleta ya consumida—. ¿Puedo cotillear? —le preguntó señalando las puertas que daban a aquel enorme salón.

—¿Acaso podría impedírtelo?

—La verdad es que no —dijo con una gran sonrisa, y William se quedó prendado de aquel gesto suyo, hasta que la vio desaparecer en dirección a su cuarto.

Estuvo varios minutos conteniendo la curiosidad de saber qué estaría haciendo allí, hasta

que fue superior a sus fuerzas y se dirigió al dormitorio para encontrarse con una escena de lo más excitante: Didie, echada sobre su cama, con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

"¡Venga, hombre!", pensó. Acababa de decirle que podía controlarse perfectamente, ¿y ella iba y se echaba en su cama? Se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos a observarla. Estaba totalmente estirada, su vientre liso se hundía, y sus pechos, llenos, se erguían contra la tela de su camiseta blanca. Los pezones endurecidos se marcaban, regalándole imágenes tortuosas en las que deleitarse. De repente, la frente de Didie se frunció molesta, aun con los ojos cerrados.

—¿No te gusta mi cama? —le peguntó sin moverse de la puerta.

Didie pegó un respingo levantándose de golpe, sorprendida.

—No… La verdad que no.

William enarcó una ceja.

—Está todo mal puesto. Esta habitación no deja fluir la creatividad.

—Por suerte aquí no escribo, reservo el dormitorio para otras cosas…

La sonrisa pícara y hasta maliciosa que se paseó por los labios de William logró que el corazón de Didie se saltase un latido.

—Eso no tiene importancia, toda tu casa debe dejar fluir las energías. Nunca se sabe dónde puede nacer la inspiración.

—Si tú lo dices…

—Sí, lo digo.

—¿Y qué crees que deberíamos hacer para cambiar las energías de mi cama? —William fue hasta ella, pasó por su lado y se dejó caer sobre el colchón. Cruzó los brazos por debajo de su cabeza y se dedicó a observarla desde allí.

Una vez más, pensaba que todo aquello de las energías era una autentica estupidez, pero pensaba seguirle la corriente. Si hacerlo le permitía tenerla en su dormitorio un rato más, dejando su aroma a cereza por todas partes, no sería tan mala idea...

La observó ponerse colorada hasta las orejas mientras le contemplaba en la cama, y

disfrutó con su turbación. Ella podía decir muchas cosas y alegar una y otra vez que el problema residía en que él se sentía atraído por ella, pero era evidente que la atracción era mutua.

—Deberíamos cambiar todos los muebles de sitio. Así no están bien. No se ve la luna desde la cama —aseguró, desviando muy convenientemente su atención hacia la ventana.

William se incorporó de un salto y se acercó a ella. Se pegó mucho a su rostro, como si quisiera desde allí tener su mismo punto de vista.

—La luna… Mmm —susurró, aparentemente concentrado en mirar a través del cristal, pero acariciando la aterciopelada mejilla con su cálido aliento.

—Ujum… Sí, la luna —aseguró Didie—. También hace mucho calor en esta habitación, tenemos que airearla —añadió en voz baja mientras se apartaba de él con la excusa de abrir el gran ventanal.

—Bueno, si está todo mal, habrá que cambiarlo de sitio, ¿no? —preguntó William, que se descubrió disfrutando de aquel juego. Didie lo miró perpleja. Estaba realmente colaborador—. Pues vamos, no hay tiempo que perder.

Durante la hora y media siguiente, William acató todas y cada una de sus órdenes y sugerencias sobre la ambientación y decoración del dormitorio. No solo movieron la enorme cama de sitio, sino también el resto de los muebles e incluso la distribución interior de los armarios.

—Esto está mucho mejor.

Didie exhibía una sonrisa inmensa y satisfecha.

—Parece más amplio, desde luego —reconoció—. ¿Y con el resto de la casa qué hacemos?

Ella le brindó otra sonrisa, complacida con su buena disposición para el cambio, y salió del dormitorio en dirección al gran salón. Se cruzó de brazos y después se tocó la barbilla pensativa.

—Esto tampoco está bien. Esta es tu zona de trabajo, ¿verdad? —preguntó al tiempo que señalaba su gran escritorio de ébano.

—Sí, esta es —corroboró, con un fuerte resoplido cargado de pesar que no se le escapó a la chica.

—No puedes escribir aquí. Tienes una casa hermosa, muy luminosa y con unas vistas impresionantes, pero tu zona de trabajo es la más sombría de todas. No tiene una ventana siquiera. Seguro que te sientes asfixiado aquí —añadió sentándose en su sillón de cuero. Apoyó las manos en los reposabrazos y aspiró, terminando por negar con la cabeza—. De ninguna manera. ¡Esto es horrible!

La vio arrugar la nariz con aquel pequeño gesto tan gracioso que hacía cuando estaba contrariada, y contuvo una carcajada. Ella se tomaba tan en serio todo aquello…

—Bueno, ¿y que propones?

—Déjame pensar en la distribución. Tienes muchas cosas aquí… —le dijo mirando los muebles muy concentrada. Los medía con sus manos y encuadraba con sus dedos, imaginándolos en distintos sitios.

William aprovechó su concentración para ir hasta la cocina y preparar unos sándwiches. Con aquel tema del dormitorio habían consumido el resto de la mañana y algo tenían que comer; sobre todo, teniendo en cuenta que ella pensaba tenerlo toda la tarde moviendo muebles de un lado para otro. Abrió la nevera y sacó todo lo necesario para preparar dos sándwiches vegetales completos y una ensalada de frutas variadas. Ella seguía concentrada en su labor. Recogió la barra de la cocina, y colocó en ella una sencilla mesa para dos.

—¿Vino, cerveza, refresco o agua? —le preguntó cuando hubo terminado.

—¿Cómo?

—¿Qué prefieres beber?

Ese fue el momento en el que Didie se dio cuenta de lo que él había estado haciendo y, sorprendida, se dirigió hasta la barra para admirar la mesa.

—Agua —dijo al comprobar que él seguía con la nevera abierta en espera de una respuesta.

William sacó una botella de la nevera y dos copas. Las colocó frente a cada plato y las llenó del fresco líquido.

—Lo siento, no tengo mucha mano con la cocina.

—A mí me parece una comida perfecta, gracias —le dijo con sinceridad, y tomó su enorme sándwich del plato, intentando que se le cayese la menor cantidad del relleno —. *Bon appétit!* —le deseó ella justo antes de morder con apetito.

William esperó a ver cuál era el veredicto. Didie masticaba con los carrillos llenos, complacida, y entonces sonrió satisfecho y comenzó a comer.

—¿Cuánto tiempo hace que eres amiga de Marguerite? —le preguntó un rato después.

Solo con nombrar a su amiga provocó en el rostro de Didie una sonrisa. Era evidente lo mucho que la quería.

—Desde el primer día que llegó a San Francisco, hace siete años. Sus padres acababan de morir y ella venía para quedarse con su abuela paterna. La tienda de jabones era suya. Mi familia de acogida vivía dos calles más arriba de la tienda y no tardamos en coincidir. En seguida nos hicimos amigas. Estábamos destinadas.

William dejó de comer y la miró con gesto serio.

—¿Familia de acogida?

Didie asintió con la boca llena.

—¿Y… tus padres?

Terminó de tragar y contestó.

—Mis padres murieron cuando yo tenía doce años. Y no tenía más familia que se pudiese ocupar de mí. —Suspiró—. Estuve en varias casas de acogida hasta los dieciocho, y entonces conocí a Marguerite y su abuela, que me propusieron vivir con ellas. Desde entonces estamos juntas.

—Vaya… Lo siento mucho. La muerte de tus padres debió ser muy dura para ti —le dijo con sinceridad.

—Sí, lo fue. Yo los adoraba, pero me siento afortunada de haberlos tenido esos años conmigo. Mi madre también era musa, y ella me enseñó todo lo que sé: a observar la vida bajo otro prisma, a aceptar el dolor como parte del aprendizaje y a saber apreciar el lado bueno de las cosas.

William la observó admirado. Didie no había tenido una infancia fácil ni sencilla, y, sin embargo, no hablaba de ella con amargura ni pena, sino sintiéndose agradecida de lo que había tenido. Envidió esa capacidad suya de ver las cosas con otro prisma. Él no había sabido hacerlo en todos esos años.

Tras la marcha de su padre, terminó por pensar que había sido lo mejor para su madre y para él, pero aquella decisión estuvo marcada por los comentarios y reproches que escuchó cada día en labios de su abuela, que se empeñaba en recordarles lo vil y rastrera que era la condición de su progenitor.

—Me alegro de que Marguerite y tú os tengáis la una a la otra —fue lo único que se sintió capaz de decir.

—Gracias, Will. —Posó una mano sobre su brazo, en un gesto de cariño que erizó la piel de su brazo.

Y ambos se quedaron mirándose durante un segundo interminable.

—Bien, no podemos apalancarnos. ¡Tenemos mucho que hacer! —Ella se levantó del taburete como si le hubiesen pinchado el trasero.

—Está bien, vamos allá —dijo él, siguiéndola hasta la zona del escritorio.

—Creo que deberíamos pasar tu zona de trabajo al salón, y los sofás y la mesa a esta otra.

Will se quedó mirando sus pesados muebles e imaginando todo lo que ella quería hacer. No estaba en absoluto convencido, pues había tenido los muebles en esa disposición desde que decidió mudarse a aquella casa, hacía ya cinco años, y hasta la fecha no había tenido ningún problema con la actual organización. Tampoco creía que cambiar los muebles de sitio fuese a reportarle beneficio alguno, pero ella parecía convencida de que así sería. Y la verdad era que prefería pasar la tarde moviendo muebles con ella que decidiendo solo si se atrevía a sentarse en su escritorio, o no.

—¿Y por dónde empezamos? —terminó por preguntar.

—Pues si quieres, mientras tú arrastras los sofás hasta aquí yo voy vaciando el escritorio, y después lo llevamos juntos hasta ese gran ventanal.

—Me parece bien —contestó, dispuesto a comenzar.

La dejó a ella con la ardua tarea de quitar las toneladas de cosas que tenía esparcidas en su zona de trabajo y él se quitó la camiseta, preparándose para mover los pesados sofás.

Didie empezó a amontonar los papeles, libretas, carpetas, y demás cosas que William tenía esparcidas por todo el escritorio, sin dejar un pequeño espacio libre, cuando se dio cuenta de que era mejor transportar todo aquello en algún tipo de caja.

—¡Will! ¿Tienes alguna cesta o caja en la que pueda guardar…?

Las palabras de Didie quedaron atrapadas entre sus labios cuando se giró y lo vio allí, empujando el pesado sofá con el pecho descubierto. Intentó encontrar saliva que tragar, pero tenía la boca completamente seca. Jamás en su vida había visto a un hombre tan bien hecho. Sin poder evitarlo, se deleitó en cada una de las formas de su masculino y duro cuerpo.

Tenía los hombros y el torso anchos, poderosos y perfectamente esculpidos. Deslizó la mirada por su gran pecho por el que resbalaban algunas gotas de sudor, deslizándose provocadoras hasta sus perfectos abdominales, tan marcados y masculinos que, sin pretenderlo, le hicieron soltar un gemido hasta verlas llegar a la cinturilla de sus pantalones. Su piel bronceada brillaba y ella solo tenía una cosa en mente: recorrerla lentamente con sus manos, con su lengua…

—¿Qué ocurre? —preguntó William cuando la descubrió observándolo atónita—. ¿No era esto lo que querías?

—¿Cómo? —preguntó sin entender a qué se refería.

—El sofá, ¿no lo querías aquí?

Didie se puso una mano en la frente y cerró los ojos buscando algo de cordura en su mente espesa. Pero, aunque apartase la vista de él, lo único que recreaba su mente calenturienta era el escultural cuerpo de Will. Para colmo, abrió los ojos y lo vio pegado a ella, con todos aquellos músculos enormes y excitantes a tan solo unos centímetros, ocupando todo su campo de visión.

—¿Estás bien? —le preguntó, tomándola de la barbilla y obligándola a mirarlo.

—Mmm… Sí. Bien, estoy bien —balbuceó—. Solo necesito ir al cuarto de baño un

momento.

Se apartó de él sintiendo que la habitación daba vueltas a su alrededor. Ya estaba de nuevo en el tiovivo, pensó. Y apoyándose en las paredes huyó a recuperarse en la intimidad del baño.

William la vio marchar y sonrió satisfecho. Le había encantado ver la forma en la que Didie lo había mirado.

Y estaba deseando comprobar cuánto tardaría en reconocer la atracción que sentía por él. Mientras tanto, iba a disfrutar de lo lindo.

CAPÍTULO 14

“Musa que disponía mi alma para las armonías puras.”

Ludwig van Beethoven

Didie salió del baño diez minutos más tarde, con las mejillas igual de arreboladas que cuando se marchó. Al verlo en el salón, terminando de mover el segundo sofá, apenas pudo disimular su turbación al apartar la mirada con rapidez.

—Te he dejado una caja sobre el sillón—le dijo, y ella se limitó a asentir y comenzar a guardar todas las cosas del escritorio en su interior.

Se esmeró en concentrarse en la tarea e intentar dejar de ser consciente del torso desnudo de William a tan pocos metros.

—¿Qué es esto? —preguntó cuando llamó su atención un sobre en color crudo con un estucado plateado—. ¿Es una invitación?

Will se acercó a ella y miró el sobre. Torció el gesto y se lo quitó de las manos.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? Parece una invitación a algún evento importante —dijo, siendo ella la que esta vez se lo arrebató de las manos.

—Sí, es una cena de gala, de M.H.C., la editorial. Pero no tengo ninguna intención de ir, así que no hace falta que la guardes —añadió antes de quitársela y lanzarla a la papelera.

—No vas a ir…

—Eso he dicho, me encanta que estemos de acuerdo.

—¡Vamos a ir! —puntualizó ella con entusiasmo.

—¿Cómo que vamos a ir? ¡No vamos a ir! No pienso aparecer por esa cena.

—¿Por qué no? Will, es importante seguir manteniendo los contactos en el trabajo. Eres un gran escritor y tienes que acudir a este tipo de eventos.

—Un gran escritor que lleva un año sin escribir algo decente —resopló.

—Esa es una situación temporal. Pronto volverás a hacerlo, y mucho mejor que antes.

William se quedó mirándola. Ella estaba tan segura, tan confiada… Y de repente fue consciente de que terminaría decepcionándola.

—No tiene sentido discutir por esto.

—Claro que no. Estás obligado a obedecer…

William entornó la mirada.

—No puedes obligarme.

—Yo creo que sí —lo miró desafiante—. Vamos, Will, no seas aguafiestas. Lo pasaremos en grande.

—¿Has estado alguna vez en una cena de gala como esta? —preguntó escéptico.

—¡Por supuesto! ¿Por quién me tomas?

Falsamente ofendida levantó el rostro, orgullosa.

—Entonces sabrás que son un auténtico horror; salas atiborradas de gente pomposa y estirada, pagadas de sí mismas, con conversaciones tediosas e insulsas. Además, la cena suele ser un asco y los postres dejan mucho que desear.

—Buen intento, Will. Con lo de los postres casi me convences, pero no. Tienes que ir a esa cena y yo me muero por vestirme de gala. Déjame ver, ¿dónde es?

Didie se agachó frente a él para recoger la invitación de la papelera, sin percatarse de que le estaba ofreciendo la mejor de las perspectivas de su torneado trasero enfundado en su pantalón negro. William tuvo que tragar saliva y dar un paso atrás para asegurarse de no caer en la tentación de acariciar su insinuante redondez.

—A ver…—comenzó ella, incorporándose—. ¡Es en Chicago! ¡Nunca he estado en Chicago!

—Didie, de veras… No puedo —comenzó a decirle agarrándola por los hombros para detener sus pequeños saltitos de excitación.

Al sentir su contacto, se quedó quieta de repente. Quería pensar que solo estaba impresionada por la mirada angustiosa de William, que le revelaba que había mucho más detrás de aquella negativa que el simple hecho de que aborreciese ese tipo de eventos. Pero lo cierto era que tenerlo tan cerca y medio desnudo tampoco estaba ayudando mucho. Y en aquellas circunstancias no conseguía pensar con mucha claridad.

—Está bien, vamos a dejar el tema de momento. Primero terminaremos de organizar tu *loft* y después lo discutimos durante la cena.

William no podía creer que, con lo cabezota que era, estuviese pactando una tregua en lugar de exigir directamente que fuesen al evento. Pero solo sabiendo que podían aparcar la discusión un rato, ya se sintió liberado. Suspiró con alivio y se apartó de ella, asintiendo, para continuar con la redecoración del salón.

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando finalmente Didie dio la transformación por terminada. Agotados, ambos se dejaron caer en uno de los sofás y resoplaron casi sin aliento.

—Por fin, ¡estarás contenta! Ha quedado irreconocible.

—No lo voy a negar, estoy muy satisfecha con el resultado —estuvo de acuerdo—. Hemos hecho un gran trabajo, ya verás cómo notas la diferencia.

William dudaba que fuese así, pero agradecía que ella lo intentase con tanta vehemencia. Posó una mano sobre la de Didie, junto a la suya, y la presionó ligeramente, manteniendo el contacto.

—Gracias —le dijo sin más. Y sus miradas se quedaron prendadas la una en la del otro durante largos segundos.

Didie estaba ensimismada con el azul intenso de su mirada y las infinitas y espesas pestañas que la rodeaban. Tenía una expresión profunda, llena de mensajes abrumadores que la dejaban hipnotizada.

Y William estaba absorto en las motas doradas de su dulce y aterciopelada mirada castaña.

Tan tierna y pícara a la vez que era capaz de desarmarlo con un solo guiño de sus vivaces ojos. Ella pareció inquietarse por un momento y se mordió el labio. Él siguió el gesto y se preguntó por cuánto tiempo más tendría que reprimir el deseo que lo devastaba.

—¿Has ido alguna vez a cenar a Lori´s? —preguntó ella rompiendo el momento.

Will se limitó a negar con la cabeza mientras se guardaba su frustración.

—Pues estoy segura de que te encantará el sitio. El ambiente es estupendo, la comida fabulosa, y lo mejor, los postres —añadió con entusiasmo.

Y él solo pudo sonreír.

—¿Quieres ir ahora?

—Sí, claro, estaría bien —contestó ella. Lo vio soltar su mano y levantarse del sofá.

—Bien, pues espérame unos minutos, necesito darme una ducha —le dijo mientras se tocaba el torso desnudo.

Didie tragó saliva y asintió como un autómata. Si mientras realizaba ese gesto, le hubiese dicho “Vamos a untarnos en caramelo y a restregarnos por el suelo”, también habría aceptado.

Soltó el aire contenido en los pulmones en cuanto lo vio desaparecer por la puerta de su dormitorio. Era una autentica injusticia que, de entre todas las personas que necesitaban su ayuda en el mundo, la que estaba destinada a ayudar en ese momento fuese Will. No se podía estar más bueno, ni ser más interesante, ni tener el poder inmediato de convertir sus piernas en gelatina en cuanto la miraba. Era arrebatador, sexy, masculino, viril, divertido… Y estaba prohibido para ella.

Tenía que solucionar su problema cuanto antes y poner distancia entre los dos, se ordenó a sí misma. Estaba pensando en cómo hacerlo cuando él salió del dormitorio con un pantalón azul marino de vestir y una camisa blanca. El cabello húmedo de la ducha y un increíble y delirante aroma amaderado que iba dejando a su paso como una estela tortuosa.

Cerró los ojos cuando pasó frente a ella y, dándole la espalda, tomó el reloj que había dejado sobre la mesa horas antes, durante la mudanza. Se quedó unos segundos atesorando la mezcla masculina del aroma de su piel y la loción de afeitar, queriendo guardarlo mientras sus

sentidos despertaban, y entonces sintió la ligera presión en sus labios del beso más tierno y dulce que le hubiesen dado jamás, tan suave como el aleteo de una mariposa sobre sus labios. Su corazón se detuvo en seco y abrió los ojos con expresión atónita, justo a tiempo para ver que él se separaba de su rostro.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy por mí, eres fantástica —le dijo, y se dirigió a la puerta con la cartera y las llaves ya en la mano—. ¿Nos vamos? —le preguntó desde la entrada, viendo que ella no terminaba de reaccionar.

Didie parpadeó un par de veces y se dirigió a la salida sin poder articular palabra. Pasó por su lado y salió del apartamento. William cerró la puerta tras ella, con una gran sonrisa paseándose por sus labios.

CAPÍTULO 15

"Coloco cepos por toda la casa. Trampas de ratón. Espero ansiosa oír el *click* que revele que por fin una musa ha quedado atrapada y escribir la novela de mi vida."

Regina Román

Lori´s resultó ser una cafetería-restaurante, colorida y muy animada, en Little Italy. Según parecía, Didie visitaba aquel local con cierta frecuencia, pues a su entrada no tardaron en saludarla por su nombre un par de camareras y un enorme cocinero que se asomó por la ventana que comunicaba la zona de barra con la cocina.

En cuanto Will entró en el establecimiento tras ella, supo que el local era su escenario perfecto. La decoración recordaba a una cafetería de los 50, con los bancos y asientos forrados en piel roja, las mesas de metal cromado, al igual que la barra, y una antigua máquina de discos al final del local. Sin embargo, los visitantes del establecimiento eran de lo más variado: en la barra, un par de parejas y un hombre solo degustaban sus platos combinados, y en las mesas, además de un grupo de cuatro jóvenes y una familia, tres amigas charlaban y cenaban entre risas elevando considerablemente el nivel de ruido del local.

Didie fue derecha a una mesa junto a los grandes ventanales desde donde se podía ver toda la calle, sus luces y el abundante tránsito de gente en todas direcciones.

Mientras ella se colocaba en la silla, él tomó la carta plastificada de la mesa y repasó por encima la lista de platos que ofrecía. En su mayoría eran platos combinados, hamburguesas, pizza, y otras variedades de comida rápida.

—¿Me dejas pedir por ti? Yo conozco los secretos culinarios de Carlo —le dijo en un susurro, como si el resto de comensales no pudiesen saber que tenía tal privilegio.

—De acuerdo, conozcamos esos secretos —aceptó él, sin saber muy bien si ella podría

sorprenderlo. Por lo que había visto en la carta, lo dudaba.

Didie le brindó una sonrisa ilusionada. Se dirigió hacia la barra y cuchicheó algo con una camarera rubia, espigada, de unos cincuenta años y con un gusto exagerado por la sombra de ojos azul. Volvió a la mesa unos segundos más tarde.

Al cabo de unos minutos, la misma camarera les llevó a la mesa una botella de vino tinto, un par de copas y unas barritas de pan *focaccia*, acompañado de tomate con aceite de oliva, orégano y aceitunas negras.

—Para ir abriendo el apetito—dijo la camarera antes de alejarse de la mesa.

—¡Qué buena pinta! —reconoció William con tono de sorpresa.

—Pues ya verás el resto —aseguró ella con una sonrisa enigmática.

Will tomó la botella y de vino y sirvió las copas. Recordó la última frase que le dijo el día del tiovivo y cómo todo fue cambiando para él a partir de entonces, y la invitó a brindar con él.

—Por las cosas inesperadas. —Levantó su copa y ella le siguió en el brindis con los ojos brillantes.

Un rato después, mientras degustaban un suculento plato de raviolis rellenos de calabacín y manzana bañados en salsa de nata y parmesano, Will se preguntó si la cena podía ser más perfecta, hasta que ella le preguntó de improvisto.

—¿Tu abuela y tu madre siguen en Nueva York?

William la miró durante un segundo y volvió la atención a su plato antes de contestar.

—Solo mi madre. Mi abuela falleció hace unos años. Era ya muy mayor y supongo que un corazón duro no es garantía de una vida eterna.

—Supongo que no —estuvo de acuerdo ella. Aunque el tono de Will había expresado cierta dureza, no había encontrado reproche en su voz.

—¿Y tienes más familia? ¿Tíos, primos, hermanos…?

Él resopló y dejó el tenedor en el plato. Tomó aire y apoyó ambos brazos en la mesa.

—¿Qué quieres saber, Didie? —le preguntó directamente, queriendo evitar los rodeos.

Ella dejó también su tenedor y posó una mano sobre la de él.

—Will, sé que te estás guardando algo y tengo la sensación de que tiene relación con tu familia, pero no creo que sea el tema de tu abandono.

—¿Así que no lo crees? —preguntó él, poniéndose a la defensiva. Su gesto se tensó y separó ligeramente la silla de la mesa, como si necesitase más espacio.

—No, no lo creo. Y la verdad, no compartirlo no te está haciendo ningún bien.

—Hacerlo tampoco creo que solucione nada. Seguirá ahí. No se marchará ni desaparecerá. Nada lo borrará de mi vida.

Su mirada se había vuelto tan fría y dura que se quedó impactada.

—Tal vez no tenga que desaparecer, Will. Puede que solo tengas que asumirlo, como yo la muerte de mis padres. Todo pasa por algo.

—¿Todo pasa por algo? ¿Lo dices en serio?

Didie sencillamente asintió.

—Es cierto que cuando la vida nos da estos palos no entendemos qué puede haber detrás de cada zancadilla del destino, pero todo sucede por algo, Will. Solo tienes que asumir el dolor y extraer la enseñanza de vida que te ofrece.

William intentó tomar todo el aire que pudiesen atesorar sus pulmones, pero una vez más, como cada vez que se sentaba tras su escritorio, las paredes comenzaron a estrecharse en torno a él y el aire se volvió tan espeso como para sentirse incapaz de respirar.

Didie presionó con más fuerza su mano, haciéndole notar que no estaba solo.

William se quedó mirando sus manos unidas un momento y después levantó la vista para devolverle de nuevo aquella mirada fría y perdida.

—No, Didie, no fue la vida la que me abandonó, fue mi padre. Y también fue él quien, tras abandonarnos sin mirar atrás, se fue a formar otra familia, como si la primera no hubiese existido. Como si fuésemos reemplazables, desechables. Como si su marcha no hubiese dejado vidas rotas tras de sí. No supe nada de él en veinticinco años. Y cuando finalmente se dignó a acordarse de que tenía un hijo, hace unos meses, fue para llamarme y pedirme que ayudase a su

nuevo vástago. Según parece, tengo un hermano de trece años con una deficiencia cardiaca que necesitaba un trasplante de corazón. Pero mi padre, un jugador empedernido y enfermo, lleva sin trabajar y sin proporcionar seguro médico a su nueva familia desde hace varios años, y no podía cubrir los costes de la operación. Entonces se acordó de mí —dijo con una sonrisa pesarosa—, de que tenía un hijo al que había abandonado hace veinticinco años y al que le había ido bastante bien sin él, y me llamó para pedirme el dinero de la operación y los gastos médicos. Por supuesto, desde que hice la transferencia no he vuelto a saber nada de él. Ya tiene de mí todo lo que quería.

Hizo una pausa y se tocó el pecho, tomando aire. Después se pasó la mano por el pelo y soltó el aire profusamente.

—Así que no me digas que tengo que asumir el dolor, extraer una enseñanza o encontrar el lado bueno de las cosas. No tengo nada que sacar de esto.

—Tienes un hermano, Will.

Él le regaló una mirada turbia.

—Imagino lo contradictorio de tus sentimientos —añadió—, pero a veces es necesario que alguien nos dé una perspectiva desde fuera para poder ver el conjunto.

—Didie, no sabes nada de…

—Tal vez no sepa mucho de tu padre, de tu hermano ni de lo que sientes ahora mismo, pero sé que eres un buen hombre; sino, no lo habrías ayudado. Y también sé que si tu padre es el hombre que describes, la vida de tu hermano tampoco ha sido un camino de rosas. Además de las cosas que ha debido de pasar con su enfermedad, nadie como tú puede entender lo que ha sido para él tener un padre como el tuyo.

William bajó la mirada y se quedó perdido en el contenido de su copa de vino.

Didie entrelazó los dedos con los suyos, en una caricia intima que pretendía transmitirle toda la comprensión y cariño que él necesitaba en ese momento. Le habría encantado tomar su rostro entre las manos, despejar el cabello oscuro de su frente y, tras perderse en su mirada azul, besar sus labios carnosos y exigentes hasta borrar de su rostro el dolor y la turbación. Pero no

podía hacerlo. En lugar de eso, le brindó una sonrisa e intensificó la caricia de sus manos.

—Tengo que pensarlo —concedió él, mirando sus manos entrelazadas.

—Es muy lógico. ¿Y sabes la mejor manera de hacerlo?

William levantó una ceja esperando una respuesta que con total seguridad lo dejaría sin palabras.

—Con la mejor *cheescake* que has probado jamás.

No pudo evitar regalarle una sonrisa perezosa, y respiró con profundidad, como hacía mucho tiempo que no podía.

CAPÍTULO 16

"Los objetos se convierten en musas de la memoria."

Siri Hustvedt

—¿Dónde vive tu hermano? —le preguntó Didie mientras paseaban de camino a su casa.

—No das tregua, ¿eh?

—Es mejor soltar las cosas de golpe, como cuando te quitas una tirita.

William agachó la mirada y cabeceó, sin poder creer que ella comparase sus problemas con quitarse una tirita. Pero, por ridículo que aquello pareciera, lo cierto era que daba igual lo que tardara en contárselo, porque ella no pararía hasta que le confesase el último aspecto de su vida.

—En Chicago. —Soltó con un bufido, sabiendo que no tardaría en atar cabos.

—¡Vaya…!

—Sí, vaya…

—¿No quieres ir a la cena porque es en la misma ciudad en la que vive tu hermano? ¿Te da miedo que estar tan próximo a él haga que tengas la tentación de querer conocerlo?

—¡Yo no tengo miedo! Simplemente no me gustan esas cenas, y con respecto… al chico… Bueno, no lo he pensado.

A Didie no se le escapó que él evitaba nombrarlo como su hermano.

—Pues tal vez sea hora de que lo hagas. La vida es demasiado corta, Will. Hay que vivirla con intensidad, disfrutando cada minuto y no permitiendo que el miedo dirija nuestros pasos.

Todo aquello era muy bonito y Will sabía que tenía su parte de razón, pero le parecía muy irónico que fuese ella la que le diese un consejo como ese.

—¿Cómo haces tú?

—¿Qué quieres decir? Yo no tengo miedo —contestó con una sonrisa nerviosa.

—Mentirosa.

—¿Cómo te atreves a llamarme tal cosa? ¡Yo no tengo miedo! —dijo levantando la cara, muy orgullosa.

—Sí lo tienes —se limitó a contestarle frente al rostro.

Didie se separó al sentir su aliento acariciarle los labios.

—¿Cómo llamas entonces a huir como lo haces?

—Yo no huyo, William. No sé de dónde sacas esa estupidez.

Pero comenzó a caminar más rápido, no quería tener esa conversación. Pero William no estaba dispuesto a dejarla marchar sin aclararle un par de cosas. Había llegado su turno, y no iba a dejar escapar una oportunidad como esa. Llegó hasta ella y la obligó a girarse tomándola por el brazo.

—Hay muchas formas de huir, Didie. Dices que tengo que aceptar el dolor, pero tú tampoco aceptas tus sentimientos.

Didie abrió los ojos desorbitadamente.

—No aceptas la atracción que sientes por mí.

—Yo no…

—No te atrevas a negarlo. He visto cómo me miras. No es vanidad, soy un hombre experimentado y sé cuándo me miran de esa forma. Me deseas como yo te deseo a ti y, sin embargo, te empeñas en decir que el problema es que yo me dejo llevar por el influjo. Si eso es así… ¿cuál es tu excusa? Tú eres la musa, no tienes ningún supuesto influjo al que sucumbir.

El pecho de Didie subía y bajaba presa de una gran excitación y sabía que tenía que terminar con aquella conversación inmediatamente. No sabía qué decirle, solo podía negar una y otra vez las insinuaciones de Will, pero eso no serviría de mucho, porque él tenía razón. Aunque por nada del mundo iba a reconocer su atracción.

—Tengo que irme a casa…

—No vas a ir a ningún sitio, al menos hasta que me demuestres que me equivoco.

—No tengo que demostrarte nada.

—En realidad sí tienes que hacerlo. Dijiste que eras un puerto seguro. Te he contado cosas que no le he confesado a nadie. Quieres que confíe en ti, pero tú no me demuestras que pueda hacerlo.

—¡William L. James! ¡Jamás se me habría ocurrido pensar que eras un manipulador de esa calaña! ¿Dices que, si no reconozco una supuesta atracción hacia ti, no podrás confiar en mí?

—Claro que no. Digo que si eres sincera conmigo, de veras, me demostrarás que estoy equivocado y que no sientes ninguna atracción por mí.

—¡Eso es ridículo! —dijo ella, sin llegar a creerse que pudiese encontrarse en una situación así.

—Ridículo o no, es lo que te pido que hagas. Lo necesito, y me parece justo. Yo he hecho cada una de las cosas que me has pedido tú.

Didie bufó apartándose del rostro un mechón de pelo y William sonrió divertido. Se aproximó a ella y, antes de que pudiese protestar, le apartó él el mechón de cabello, que se había vuelto a soltar. Después, rodeó su rostro con ambas manos, pegándose a su cara tanto como para que pudiesen compartir el aliento.

—Esto no está bien, Will… —susurró frente a sus labios.

—Yo creo que está muy bien…

—Estás rompiendo las reglas…

—En absoluto. Esto es por ti, no por mí —le dijo justo antes de acariciarle el labio inferior con el pulgar, sin apartar la vista de ese labio lleno y tentador.

Didie contuvo la necesidad de soltar un gemido en cuanto sintió la caricia sobre su labio. Se lo mordió para evitar un temblor y lo vio sonreír con esa sonrisa, sexy y tan masculina como para hacer que sus rodillas se volviesen de gelatina.

Se agarró a sus brazos para no caer, y contuvo el aire en los pulmones cuando lo vio dirigirse a sus labios lentamente. ¡Iba a besarla! ¡Pensaba besarla! Estaba nerviosa, tan nerviosa como para sentir que el corazón le iba a estallar en el pecho. Pero él depositó el beso en la

comisura de su labio, muy cerca, tortuosamente cerca, pero dejándola con ganas de mucho más.

—Tienes una piel tan suave… —le dijo antes de depositar otro beso junto al primero, en la mandíbula.

—Es por el exfoliante, uso uno con hueso de albaricoque que… ¡Ay!

Estaba tan alterada y nerviosa que se había puesto a hablar sin control, hasta que sintió el siguiente beso en el cuello. Su pecho comenzó a subir y bajar descontrolado.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras recorría el cuello con su boca.

—No… En absoluto —dijo en un susurro apenas audible.

William fue hasta el lóbulo de su oreja y lo atrapó entre los dientes, en una caricia íntima y exquisita. Le había ladeado el rostro, haciendo que lo apoyase en la palma de su mano, dejándola expuesta y tan excitada que pensó que iba a consumirse inmediatamente. La estaba torturando con su lengua, sus dientes, su cálido aliento sobre la piel, el aroma irresistible y masculino de su *aftersave*… La estaba matando lentamente.

—Bien, ya casi lo has conseguido —le dijo entonces, volviendo a sus labios.

—¿Qué quieres decir con “casi”? —preguntó nerviosa y confusa.

—Pues que ahora voy a besarte en los labios y sabré si dices la verdad o no.

El corazón de Didie se saltó un latido. Lo vio acercarse lentamente y sabía que estaba perdida. En cuanto él posase los labios en los suyos, estaría irremediablemente perdida. No podía resistirse cuando lo que más deseaba en el mundo era que la besase. No podía dejar que él descubriese la verdad, y cuando estaba a punto de rozarla con sus labios increíblemente sexys, utilizó toda su fuerza de voluntad para detenerlo antes de que fuese demasiado tarde.

—Escucha —comenzó a decirle con los ojos cerrados. No podía ni mirarlo. Necesitaba controlarse—… Vamos a hacer una cosa. Te demostraré lo que quieras, como tú quieras, cuando me demuestres que no tienes miedo.

William enarcó una ceja esperando que ella continuase.

—Vamos a la cena de la editorial y yo te besaré como tú quieras.

William la miró un segundo eterno, tentado de cobrarse aquel beso en ese momento, pero

no lo quería así, en mitad de la calle y con ella buscando mil excusas para separarse de él. La quería dispuesta, entregada y sola para él.

Y dándole el último beso en la mejilla, dejó sobre su piel una impronta de fuego y sonrió aceptando el acuerdo.

CAPÍTULO 17

"Las musas tienen algo de brujas cuando se trata de inspiración. Solo acuden si las invocas todos los días a la misma hora."

José de la Rosa

William volvía a colocar algunas de las cosas de su escritorio de vuelta sobre la mesa, en su nueva ubicación. Pero solo una pequeña cantidad de ellas, ya que Didie había guardado la mayor parte en una caja y después la había escondido en algún secreto lugar de su apartamento para que no pudiese caer en la tentación de volver a las viejas costumbres.

Según ella, no se podía trabajar con semejante colección sobre el escritorio. Aseguraba que era imposible dejar fluir las ideas con tantos trastos por en medio. Por lo que apenas cinco minutos más tarde, y habiendo dedicado tres de ellos en cambiar su reloj de arena de un lugar a otro, probando en todos los sitios posibles y dejándolo en el primero que pensó, por fin había terminado. Admiraba su buen trabajo cuando llamaron a la puerta. Fue hacia la entrada, abrió y se encontró con su agente.

—De verdad, William, creo que nuestro problema de comunicación está cada vez pe… or… ¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó completamente atónita, desviando la mirada a un lado y a otro del *loft*.

Tan solo la cocina permanecía en su emplazamiento original, pero el resto había cambiado por completo, no solo en cuanto a la disposición de los muebles sino también en la decoración. Había menos cosas, mejor colocadas, y un par de detalles nuevos, como una cesta de fruta sobre la mesa de comedor y una pequeña maceta junto a la ventana.

—¿Te gusta? Son ideas de Didie. Dice que me ayudará a escribir con más fluidez —añadió con una sonrisa escéptica.

—De Didie… La musa… ¿En serio?

Gina no daba crédito a lo que estaba viendo. Hacía cinco años que conocía a William y jamás había cambiado nada de sitio. Ella lo había intentado en alguna ocasión, mientras fueron pareja, pero él se había negado por completo. No le gustaba que tocasen sus cosas y se ponía muy nervioso cuando esto sucedía.

Recordaba una ocasión incluso en la que, buscando una camiseta limpia en su armario que ponerse tras quedarse a dormir en su casa, vio una corbata que no tenía nada que ver con las que ella le regalaba. Estaba anticuada y gastada, y la puso atrás del todo, la última en el elegante expositor de corbatas que ella misma le había regalado la Navidad anterior. William se enfureció al ver que ella había tocado sus cosas y las había cambiado de sitio. Le prohibió volver a hacerlo y tardó más de una semana en volver a hablarle con su tono habitual.

Y ahora que veía el gran cambio efectuado en su casa, se volvía a preguntar qué estaba pasando con la musa. Lo observó en la cocina sirviéndole un café, como era su costumbre cuando iba al *loft*, y la sonrisa radiante de sus labios también la dejó perpleja.

—Entonces, ¿has conseguido solucionar las cosas con ella…? —preguntó al tiempo que se acercaba a la encimera de la cocina.

Una vez allí se dio cuenta de que en aquel espacio también había cambios en la disposición de los pequeños electrodomésticos o en las tazas que ahora estaba colgadas bajo uno de los muebles. Pero eran cambios mucho más sutiles.

—Sí, todo solucionado. Hablamos y todo va bien.

—Me alegro, está muy bien recomendada y dudo que consigamos salir de esta sin su ayuda.

—Bueno, yo no sé si eso será así o no, pero desde luego las cosas van bien ahora. —William colocó su taza de café frente a ella y se sentó al otro lado de la barra, con un gran vaso de zumo de tomate.

Cualquier otra persona con menos horas de convivencia con él, tal vez no habría notado el gran cambio producido en su amigo y cliente, pero ella estaba alucinando, perdida en cada

pequeño cambio de su gesto, de su rostro. Se le veía relajado. Su entrecejo fruncido, aunque no había desaparecido del todo, estaba mucho menos acentuado, la expresión más distendida, sonreía con más frecuencia y hasta la postura rígida de sus hombros, ahora parecía más laxa.

—Por cierto, necesito que confirmes mi asistencia a la gala de la editorial de la próxima semana.

Gina parpadeó un par de veces y apartó los labios de la taza para no atragantarse.

—Llevo semanas insistiéndote sobre la conveniencia de que asistas a la gala y siempre te has negado en redondo, y ahora…

—He cambiado de opinión. Tenías razón, debo ir.

Estuvo a punto de caerse del taburete de la barra.

—¿Acabas de reconocer que tengo razón en algo?

—¡Ni que fuese la primera vez que lo hago!

—William, es la primera vez que lo haces.

Will enarcó una ceja sin poder creerlo.

—Bueno, sí tú lo dices… Pero ahora reconozco que tenías razón y necesito que confirmes mi asistencia cuanto antes. Y di que voy acompañado.

—¿Acompañado?

—Sí, voy a ir con Didie.

—Y el hotel…

—Del hotel no debes preocuparte, ya me ocupo yo.

—¿Qué te ocupas tú? Nunca has querido encargarte de nada concerniente a la organización de los eventos, ¿y ahora dices que te encargas tú? Esto es nuevo.

—¿Qué quieres que te diga? Las cosas cambian —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Ya lo veo, ya…

—Pensé que te sentirías aliviada de no tener que organizar nada. Siempre dices que ocuparte de mí te reporta la misma cantidad de trabajo que tener un hijo.

—No me estoy quejando, solo estoy alucinando. Esa chica está obrando milagros contigo.

—Yo no diría tanto.

Gina no contestó; se limitó a verlo sonreír mientras él pensaba en ella. Y tuvo una revelación que la dejó de piedra.

CAPÍTULO 18

"Pasa el amor, aparece la musa y se despeja mi sombría inteligencia; otra vez libre, busco la unión entre los mágicos sonidos, los sentidos y los pensamientos."

Aleksandr Pushkin

—¿Estás segura de que este es el camino? Estamos yendo demasiado hacia el sur de la ciudad.

Didie desplegó el plano metropolitano de Chicago aún más, casi tapándole todo el campo de visión. En realidad no necesitaba el plano, tenía muy claro dónde estaban, pero tenía que seguir disimulando un poco más. Había sido harto complicado distraer a Will cada vez que tenían a la vista un letrero que podía darle pistas de la zona de la ciudad a la que iban.

—Teníamos que haber alquilado un coche con navegador, hubiese sido más sencillo. Creo que nos hemos perdido —bufó Will.

—No nos hemos perdido, deberías confiar un poco más en mí. Te he dicho que llegaremos a nuestro destino y lo haremos.

—Solo que me gustaría llegar con tiempo de descansar y arreglarnos para la gala. No quiero pasarme la tarde dando vueltas por Chicago.

—Y no nos la vamos a pasar. Llegaremos con tiempo de sobra. De veras, Will, tienes que aprender a disfrutar de las cosas inesperadas. ¡La aventura es la aventura! —dijo ella con entusiasmo.

Pero diez minutos más tarde, cuando llegaron a una de las zonas más desfavorecidas de la ciudad, en lugar del hotel Hilton, él no encontró sentido a disfrutar de aquel imprevisto.

Will la miró con el ceño fruncido.

—Está bien, aparca en esa acera, frente a la casa amarilla. Pondré el navegador de mi móvil y saldremos de aquí.

—¿Y por qué no lo has hecho desde el principio?

—Tampoco he visto que se te haya ocurrido a ti —le dijo ella con la nariz levantada.

Luego se dio cuenta de que no era el mejor momento para enfadarlo. En los próximos minutos las cosas se iban a poner muy tensas.

William aparcó el coche donde le indicó, pero en lugar de esperar a que ella localizase el camino en su navegador, tomó el móvil y comenzó a buscar él.

—Will… —lo llamó ella en tono suave.

—¿Qué? —preguntó sin levantar la vista de la pantalla. No entendía lo que pasaba, el GPS le indicaba que estaban muy lejos de su destino.

—Will… —volvió a intentarlo.

—Espera, Didie. Necesito aclararme. Estamos muy lejos...

—Tampoco estamos tan lejos, desde aquí tardaremos menos de media hora en llegar al hotel.

William la observó de lado, entornando la mirada.

—¿Sabes dónde estamos?

—Sí… Frente a la casa de tu hermano —le dijo señalando de nuevo la construcción amarilla de aspecto desvencijado.

William miró la casa y después a ella. Su mirada fue tan fría y su gesto tan errático que tuvo que tragar saliva. Sabía que aquella había sido una jugada demasiado arriesgada, pero de veras pensaba que hasta que él no solucionase ese capítulo de su vida, no conseguiría seguir adelante. Necesitaba conocer a su hermano.

—No puedo creer que me hayas hecho… —susurró apretando las mandíbulas—. No soy tu juguete, Didie. Ni un pelele. No puedes disponer de mi vida a tu antojo. ¡Yo tomo mis propias decisiones!

William ni siquiera la miraba. Agarraba el volante tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos de la presión. Mientras hablaba fue elevando la voz, hasta que su última frase fue casi un gruñido que retumbó en el interior del vehículo.

—William, no pretendo jugar contigo ni con tu vida. Tú eres libre ahora de llamar a esa puerta o no. Pero pensé que al menos debías llegar a este punto y plantearte la posibilidad como real. Si no lo haces, tal vez te lo reproches el resto de tu vida.

—Yo no quiero esto. Es demasiado… ¿Te has parado a pensar que tal vez mi padre esté en esa casa? ¿Que lo último que deseo es encontrarme con ese hombre? ¡No! ¡No pienso hacerlo! —decidió ofuscado. Sin querer pensarlo más, arrancó el motor para alejarse de allí cuanto antes.

—William, ¿estás seguro? Piensa que quizás no tengas otra oportunidad…

Él volvió a mirarla con expresión helada y Didie guardó silencio inmediatamente, pero en ese momento la puerta de la casa se abrió, y un chico de cabello castaño salió al porche y se sentó en los avejentados escalones con un libro en las manos. La mirada de Will se desvió al chico sin poder evitarlo, y durante unos segundos permaneció observándolo sin decir nada.

No sabía qué pensar, en el momento en el que vio al chico se instaló un nudo en su garganta que le hacía difícil hasta respirar. La sensación de agobio y asfixia era muy parecida a la que sentía cada vez que se sentaba tras el escritorio. El corazón se le puso a mil y sintió que el coche encogía muy probablemente hasta aplastarlo.

—Se parece a ti.

Will no contestó, se limitó a observar al chico con mayor detenimiento. Parecía un poco bajo, al menos lo era más de lo que lo había sido él a su edad. El chico llevaba un abrigo azul

marino un poco desgastado y el largo flequillo cayéndole hasta los ojos, lo que impedía que pudiese vérselos con claridad. Se lo sopló a un lado y abrió el libro dispuesto a leer allí mismo.

Hacía frío y viento, y se preguntó por qué habría decido salir a leer afuera a pesar del desagradable clima. El chico se apretó la chaqueta y metió la cabeza en el cuello del abrigo y William bufó. Hacía poco menos de seis meses desde que le hicieron el trasplante, no creía que fuese buena idea que estuviese allí fuera cogiendo frío. Volvió a resoplar justo en el momento en el que el chico levantó la cabeza y se quedó mirando en dirección al coche, como si de repente hubiese sido consciente de su escrutinio.

Sacó la cabeza del cuello del abrigo y lo miró directamente. Después ladeó ligeramente el rostro y lo observó con la misma expresión de ceño fruncido que se veía a sí mismo cada mañana en el espejo. Sus miradas se quedaron prendadas la una en la del otro durante varios segundos, hasta que de manera imprevista el chico se levantó y, tras tomar aire, se dirigió con paso decidido hasta el vehículo.

Will no pudo reaccionar, absorto en la imagen del adolescente. Era como ver una versión de sí mismo, de muchos años atrás.

El chico tocó al cristal y el bajó la ventanilla.

—Hola, soy Andrew —se presentó con mirada solemne.

—Yo soy William —contestó, admirando el gran parecido entre ambos.

—Lo sé. He visto fotos tuyas en Google. Eres mi hermano.

William se quedó perplejo ante el comentario. Jamás habría imaginado aquel encuentro, y mucho menos de esa manera. Admiró la valentía del chico de acercarse a hablar con él a pesar de las muchas preguntas y reticencias que debía sentir ante la posibilidad de conocerlo. Y fue consciente de que un acto como el suyo merecía ser correspondido de igual manera.

Salió del coche y, antes de pensarlo dos veces, le ofreció su mano para presentarse de

manera oficial.

CAPÍTULO 19

"Talía, musa de la comedia, hija de Zeus, ¿por qué te portas tan mal conmigo? Me dictas las más graciosas escenas cuando me encuentro sumida en el sueño profundo, o cuando llevo las manos amarradas al volante en el peor de los atascos. Sin embargo, te esfumas al sentarme ante el ordenador."

Lydia Leyte Coello

Didie llevaba esperando más de una hora en el coche. Había sido invitada por la madre de Andrew, una mujer de rostro ovalado, dulce y cansado, a entrar en la casa junto a ellos, pero le pareció que lo mejor era dejar a los hermanos conocerse sin interferencias. Necesitaban un espacio en el que cimentar su nueva relación y hacer que naciese la complicidad de hermanos que ambos merecían.

En los escasos minutos que había visto a Andrew, este le había causado una gran impresión. Se parecía tanto a William que no le había costado nada imaginar a un Will adolescente, de mirada rebelde y ofuscada, que seguramente habría roto más de un corazón.

Estaba nerviosa, no lo iba a negar. Tras la presentación del chico, Will y ella no habían tenido ocasión de hablar y no sabía muy bien cómo prepararse para su vuelta. Igual estaba tan furioso que no volvía a dirigirle la palabra. Miró el reloj del salpicadero del coche y vio que ya llevaban hora y media dentro, y quiso pensar que aquello era buena señal. De no haber tenido nada que contarse, la visita no habría durado más que unos pocos minutos.

Resopló y volvió a mirar a la casa. Desde el exterior no había nada que evidenciase lo que estaba pasando allí dentro. Era uno de los momentos más importantes en la vida de William, y

esperaba que aquel encuentro marcase realmente un antes y un después para él.

Se revolvió en el asiento. Si no fuese por su estado de nervios se habría quedado dormida durante la espera. Se habían levantado muy temprano para coger el vuelo aquella mañana, que había salido de San Francisco a las 8:40 a.m. Y aunque el vuelo, de poco más de cuatro horas, había sido apacible, su estado de nervios por estar ocultándole a Will lo del encuentro no le había permitido disfrutar ni relajarse.

Volvió a mirar el reloj, eran casi las seis de la tarde, hora local. Comenzó a taconear sobre el suelo del coche, en un gesto ansioso, justo en el momento en el que se abrió la puerta de la desvencijada casa y salieron por ella Will y Andrew. La madre del chico se quedó apoyada en el marco de la entrada mientras los hermanos se dirigían con paso tranquilo al coche. Intentó leer en el lenguaje corporal de la pareja, pero no obtuvo muchas respuestas. Los dos parecían serios, pero relajados, la postura de sus hombros erguida. Se miraban mientras daban los últimos coletazos a su conversación.

Cuando llegaron hasta el vehículo, Will ofreció su mano al chico a modo de despedida. Andrew le devolvió el gesto, pero, aún con las manos dadas, Will tiró de él y terminó por abrazarlo. El chico le devolvió el gesto sin reservas y Didie sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas inmediatamente. El abrazó apenas duró unos segundos, pero fue hermoso y emotivo, y cuando Will entró en el coche, ella no podía contener las lágrimas que limpiaba de su rostro rápidamente.

Nada más sentarse tras el volante, Will soltó todo el aire de sus pulmones, como si lo hubiese estado conteniendo durante toda la visita. Y sin mirarla, arrancó el motor y se marcharon de allí en absoluto silencio.

Quince minutos después, cuando Didie pensó que estaba a punto de volverse loca por querer saber cada detalle de lo ocurrido, él carraspeó y dijo un simple:

—Gracias.

Didie lo observó allí, con aquella expresión nueva en su rostro. Era evidente que estaba emocionado y parecía más vulnerable. El ceño fruncido había desaparecido y mostraba un aspecto mucho más relajado. Imaginaba que tendría muchas cosas y sentimientos que asimilar. Aquel era solo el principio de una nueva vida para él; una vida sin lastres del pasado y con muchas cosas nuevas para el futuro. Y era feliz por él.

Aunque eso significase que la despedida estaba cada vez más cerca.

—De nada —fue su escueta respuesta, sintiendo salir cada palabra presa de un nudo de emoción.

El resto del camino, a penas otro cuarto de hora, hasta el Hilton, lo hicieron en un profundo silencio.

—¡Bienvenidos al Hotel Hilton! —les saludó un apuesto recepcionista de tez color caramelo en cuanto se acercaron al mostrador.

—Buenas tardes —contestaron ambos.

Mientras Will hablaba con el joven, firmaba su llegada al hotel y recogía las llaves de sus habitaciones, Didie no pudo menos que quedarse maravillada con la elegancia y distinción del hotel. La decoración era una mezcla ecléctica de estilos, pero estaba tan bien diseñado el espacio que, a pesar de la diversidad de tonos y materiales, parecía que no había un lugar mejor para cada pieza del mobiliario.

Al fondo del gran vestíbulo se podía apreciar una amplia zona de sillones con iluminación más tenue, aunque tenía enormes lámparas verticales suspendidas del techo, como elegantes torres que flotaban en el aire. La alfombra azul cobalto, los mullidos sillones de cuero beige y la gran chimenea, lo dibujaban como el lugar perfecto para pasar una tarde con un buen libro. Estaba tan absorta con todos los detalles que solo prestó atención a la conversación que mantenía

Will con el recepcionista cuando oyó que este le daba una única tarjeta como llave.

—Aquí la tiene, señor James —dijo el joven de sonrisa complaciente.

Lo vio llamar la atención de un botones con un gesto sutil de su mano, e inmediatamente este se aproximó con un carrito en el que cargó sus equipajes, aunque bien podrían haberlos llevado ellos. Solo iban a permanecer dos días en el hotel y sus bultos se limitaban a un par de pequeñas maletas, el portatrajes de William y la percha con funda en la que Didie llevaba su vestido.

—Solo te ha dado una llave —le hizo notar ella nada más entrar en el ascensor, en un susurro que no escondía su nerviosismo.

William le brindo una sonrisa ladina. La primera desde que habían llegado a Chicago, y su pulso se aceleró estrepitosamente.

—No necesitamos más —contestó él sin cambiar su gesto.

Didie estaba a punto de contestarle cuando la puerta del ascensor se abrió y el botones los dirigió por un largo pasillo enmoquetado hasta la puerta de su suite.

—Will, ¡no vamos a dormir en la misma ca…! —empezó a protestar ella, pero en ese momento el botones abrió la puerta de la habitación y se quedó sin palabras.

Aquello no era una habitación, era casi un apartamento. De hecho, podría asegurar que era más grande que el espacio que compartían Marguerite y ella como casa. La entrada daba a un amplio salón de estilo contemporáneo, presidido por un gran sofá tapizado en gris y dos sillones en crudo que flanqueaban una elegante chimenea de pizarra negra. Toda la decoración era en estos colores, salvo algunos toques de color en verde lima que animaban el ambiente.

Didie fue hasta el centro del salón con paso dubitativo. Era tan elegante que se sentía un poco fuera de lugar allí. El hecho de que Will hubiese reservado solo una habitación tampoco dejaba que se relajase. Por suerte, el sofá era amplio y parecía confortable.

—Las habitaciones están a ambos lados de la sala. Cada una dispone de un baño completo de uso privado y caja fuerte propia… —comenzó a explicar el botones, vaciando el carro del equipaje mientras señalaba las puertas de dos dormitorios enfrentados que daban a la sala, cada uno por un lado. El aire que había contenido Didie abandonó sus pulmones en una gran exhalación de alivio—. Aquí detrás tienen la zona de barra y bar. La nevera está provista de una amplia selección de bebidas y aperitivos, pero si necesitan cualquier cosa, junto al teléfono está la carta para el servicio de habitaciones.

—Muchas gracias… Peter —dijo Will, leyendo la chapa prendida del uniforme del botones —, pero no se preocupe, ya investigamos nosotros el resto. Ahora necesitamos descansar.

—Claro señor. Aquí tienen su llave. Muchas gracias —añadió cuando William le entregó una generosa propina y lo acompañó hasta la puerta para deshacerse de él con premura.

En cuanto hubo cerrado la puerta, se giró hasta ella y volvió a regalarle esa sonrisa que la ponía tan nerviosa.

—Muy bien, ya estamos solos.

Didie tragó una saliva inexistente, ya que se le había quedado la boca seca.

—Y ahora, vamos a zanjar un par de asuntos que tenemos tú y yo pendientes —añadió aproximándose a ella.

Y a Didie se le detuvo inmediatamente el corazón.

CAPÍTULO 20

"Hay versos que, por su carácter, parecen formar parte del reino mineral; son dúctiles y resplandecientes. Otros, pertenecen al reino vegetal; tienen savia. Los últimos, finalmente, pertenecen al reino animal; tienen vida. Los más bellos son los que tienen alma; éstos pertenecen a los tres reinos, pero aún más a la Musa."

Joseph Joubert

—Creo que lo mejor será que vaya a colocar mis cosas —se excusó Didie, muy consciente de que lo único que tenía en mente era huir de él en ese momento.

No le gustaba nada la sonrisa que exhibía Will, se decía una y otra vez, pero en realidad sí le gustaba. Demasiado; ese era el problema, que estaba en la suite de un impresionante hotel con él y su peligrosa sonrisa. Y no se olvidaba de que habían hecho un trato: él iba a la cena y ella lo besaba cuando y como él quisiese.

Cogió su maleta y la funda con su vestido y se dirigió con paso decidido a la puerta del dormitorio que se encontraba más alejado de la posición de William, pero antes de llegar él la interceptó, agarrándola por el brazo.

—Espera, Didie —la detuvo. Y antes de que pudiese protestar le quitó de las manos el equipaje dejándolo sobre uno de los sillones. Después la tomó de la mano, y el pulso de Didie se desbocó—. Tenemos que hablar.

—No es necesario que lo hagamos ahora. Nos espera una larga noche por delante —quiso excusarse ella, con la intención de refugiarse en la seguridad de su cuarto lo antes posible.

—No, necesito hablar contigo. Ya no puedo esperar más.

Su mirada era tan sincera e intensa que Didie sintió un nudo instalarse en su vientre.

—Seguro que puede esperar, Will…

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando él la abrazó sin previo aviso. Rodeándola con sus fuertes brazos, la pegó a él. El calor del cuerpo masculino le atravesó la piel hasta pensar que se consumiría entre sus brazos.

Will apretaba a Didie contra su cuerpo e inmediatamente sintió que perdía el control de su cuerpo. Ella encajaba tan bien entre sus brazos, se acoplaba tan perfectamente a él... que su mente no pudo menos que recrear las escenas que llevaba semanas imaginando. La vio tumbada bajo su cuerpo, con las mejillas arreboladas y la respiración entrecortada, entregada al más devastador de los placeres. Pero tenía que detenerse. Tenía un plan para ese fin de semana y no podía seducirla en ese momento. Había algo mucho más importante que resolver.

—Didie, me has cambiado la vida —le dijo separándose con pereza de ella - Tomándola por los hombros se perdió en su aterciopelada mirada castaña—. Yo jamás me habría atrevido a dar el paso que he dado hoy. Tú me forzaste a hacerlo, a asumir mi dolor y enfrentarme a mis fantasmas, y por eso, te estaré eternamente agradecido.

Will la tomó de la mano y la llevó hasta el sofá, indicándole que tomara asiento. Cuando ella lo hizo, él se sentó a su lado. Y durante la siguiente hora estuvo relatándole el encuentro con su hermano.

Según parecía, Betty, la madre de Andrew, en cuanto superó la operación de corazón de su hijo, dio el paso definitivo de echar de su casa al padre de Will, que hasta entonces se había dedicado a aparecer y desaparecer de sus vidas según sus necesidades de dinero. Era un jugador empedernido incapaz de responsabilizarse de su familia, y ella, cansada, ya no lo pudo soportar más. Desde entonces Betty y su hermano estaban solos. No habían vuelto a saber nada de él y lo preferían así.

Ella trabajaba mucho en una de las fábricas textiles, a las afueras de la ciudad, y dedicaba

todos sus esfuerzos a criar y sacar adelante a su hijo. Era una mujer admirable. También se lo había parecido su hermano, que a pesar de su juventud había tenido que enfrentarse a sus problemas de salud y a ver desaparecer a su padre cada vez que lo había necesitado. Pero era un chico fuerte, decidido, muy responsable y, sobre todo, luchador.

Didie le había dicho que las cosas pasaban por algo. Y aunque era un concepto difícil de asumir, dadas las circunstancias, tenía que reconocer que tras conocer a su hermano y tener la certeza de que quería formar parte muy activa de su vida, parecía que así era.

—Entonces, vais a seguir en contacto, ¿verdad? —preguntó Didie cuando William terminó de relatarle el encuentro.

—No solo eso. Quiero formar parte de su vida. Mi madre y yo tuvimos la suerte de contar con mi abuela. Crecer con ella no fue fácil, pero estuvo ahí con nosotros en lo bueno y en lo malo. Y Betty y Andrew están luchando solos. Quiero que sepan que pueden contar conmigo. No quiero ser una presencia eventual, quiero tener participación activa en su vida.

—¡Me parece fantástico, Will! ¡Estoy muy orgullosa de ti! No te imaginas cuánto... —le dijo viéndose invadida de nuevo por la emoción.

A Will aquella afirmación le calentó el corazón de manera inexplicable.

—No lo merezco, todo ha sido obra tuya. Si no llega a ser por ti…

—Lo habrías hecho igual. Con el tiempo, estoy segura de que habrías terminado por dar el paso. Pero me alegro de que haya sido ahora. Estoy convencida de que pronto sentirás que estás preparado para retomar tu vida.

William sonrió para ella, tomó su rostro entre las manos y depositó un beso ligero y rápido sobre sus labios. En el mismo instante en el que estos entraron en contacto, Didie perdió el aliento, pero antes de poder ser consciente de la exquisita caricia, Will se levantó del sofá.

—Bueno… Y para poner el broche final a un día cargado de emociones, ¿qué mejor que

una cena de gala, verdad? —le dijo ampliando la sonrisa.

—Sí, qué mejor… —contestó ella con la respiración dificultosa—. Voy a descansar un poco antes de arreglarme para la cena— añadió, levantándose del sofá con las piernas temblorosas.

Se marchó antes de caer en la tentación de ser ella la que lo besase de nuevo.

***

Didie estaba terminando de maquillarse para la cena cuando unos golpes en la puerta de su cuarto la sobresaltaron. Se levantó de la silla del tocador y fue hasta allí, apretándose la toalla que se había enrollado tras la ducha, en torno al cuerpo.

—¿Estás visible? —le preguntó Will al otro lado.

—Aún no —contestó—. ¿Es tarde?

—No tranquila. Aún quedan unos minutos, pero yo voy a ir bajando, necesito una copa. ¿Quedamos en el bar del hotel?

—Claro, sin problema. Yo no tardaré.

—Te esperaré impaciente —contestó él.

Y en el rostro de Didie se dibujó una sonrisa excitada.

CAPÍTULO 21

"Las musas son las alas que necesita el escritor para volar entre historias."

Mar Fernández

Cuando Didie llegó al bar, el ambiente ya estaba de lo más animado.

Casi todas las mesas estaban ocupadas, al igual que los taburetes de la barra. Miró a un lado y a otro en busca de Will, impaciente por encontrarse con él, pero le costaba ubicarlo entre tantos hombres vestidos de esmoquin para la cena.

De repente, la sensación de ser observada se sobrepuso a su nerviosismo, y como movida por una fuerza invisible, se giró hacia el extremo de la barra hasta quedarse colgada de la mirada azul y eléctrica de William que la recorría con intensidad. Se quedó sin aliento. Estaba tan increíblemente guapo con aquel esmoquin hecho a medida que acentuaba cada excitante parte de su anatomía que pensó que no sería capaz de respirar en toda la noche.

William vio entrar a Didie por la puerta del bar. Estaba impaciente, esperándola. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido así, pero no pudo hacerlo. Aquella era una noche especial. La gala no le importaba nada en absoluto, pero sí el estar con ella. Estaba allí porque lo había retado a hacerlo y deseaba cobrarse su recompensa. Solo de pensar que la tendría a su merced, que se apoderaría de aquella tentadora, adorable y excitante boca, que podría saborearla como había hecho en el cine, con libertad, explorando cada rincón de su cavidad, solo para él, se endurecía como un quinceañero. Llevaba semanas esperando aquel momento, días soñándolo y recreándolo en su mente, y por fin la noche había llegado. Iba a demostrarle a Didie que lo deseaba tanto como él a ella, y ya no podría evitarlo más. Tendría que asumirlo y dejaría de resistirse.

Pero todo lo que tenía planeado para esa noche desapareció de su mente en cuanto la vio entrar en el bar. No fue el único en girarse para mirarla, y es que era difícil no prestar atención a la diosa que tenía frente a él. Llevaba un impresionante vestido negro con escote corazón entallado a su escultural cuerpo, haciéndola parecer una bella sirena. Su precioso cabello castaño lucía en un recogido elegante, dejando libre la delicada y nacarada piel de su cuello y hombros. Él sabía a qué sabía aquella exquisita piel y sintió que su cuerpo comenzaba a reaccionar anticipándose al momento de volver a tenerla bajo los labios. Sin duda, iba a ser una noche larguísima esperando a que llegase ese momento. Sería mejor empezarla cuanto antes.

Dejó su vaso de *whisky* sobre la barra y, sin esperar un segundo más, se encaminó hacia ella. Pero en el corto trayecto que llevaba desde su posición, al final de la barra, hasta la entrada, vio a tres tipos que se acercaban a Didie con la intención de invitarla a una copa. Sí, definitivamente iba a ser una noche muy dura, sobre todo si tenía que pasarla espantando a todos los moscones que iban a acercársele.

Se abrió paso entre la gente con determinación y, cuando llegó hasta ella, no dudó en apartar a los tipos para tomarla por la nuca y depositar un pequeño beso sobre sus labios. Lo suficientemente intenso como para dejar clara la situación a los moscones, dejando una impronta de fuego sobre aquellos pecaminosos labios. Y lo suficientemente sutil como para poder detenerse y no llevársela a hombros a la habitación en ese momento y empezar a demostrarle lo mucho que se deseaban.

—Estás preciosa —le dijo al oído.

Y observó complacido cómo se le erizaba la piel de la nuca respondiendo a la caricia de su aliento.

—Tú también estás muy guapo —le dijo ella casi sin aliento.

William le sonrió como única respuesta, y le ofreció su brazo para que ella lo tomara y dirigirse hacia el salón donde se organizaba el evento.

—Por cierto, estás tomando la costumbre de besarme… —comenzó a decir ella, pero él la interrumpió.

—Didie, eso no era un beso, solo estaba marcando mi territorio. Espera a que termine la gala y te demostraré la diferencia.

Sintió arder inmediatamente sus mejillas. Estaba segura de que debía tenerlas teñidas del más escandaloso de los púrpuras. Quiso protestar, decir algo en réplica, pero no pudo. En ese momento entraban en el gran salón y las palabras quedaron atrapadas en sus labios.

El amplio salón era sobrecogedor por su belleza. De cuidado estilo barroco, llamaba la atención por su fastuosidad. El suelo estaba cubierto por un tapiz elaborado por los mejores hilos alternando los tonos dorados, granates y un vibrante azul cobalto. La galería con balaustrada de filigrana forjada, los arcos dorados, las pinturas de las paredes y las imponentes ocho lámparas de araña del techo acogían al menos a tres docenas de mesas redondas, vestidas con manteles de hilo brocado en oro, que hacían resaltar aún más las fundas cobalto de las sillas.

—¡Es impresionante! —dijo sin poder evitar que su mandíbula quedase suspendida, admirando tanta suntuosidad.

—Es pomposo —apuntó William, y en su tono se reveló cierto hastío.

Didie le dio un pequeño codazo.

—Pórtate bien. Se supone que debes ser encantador y relacionarte con todo el mundo —le hizo notar entre dientes mientras ofrecía una sonrisa a algunos asistentes que los miraban curiosos.

—No creo que te sorprenda si confieso que he venido hasta aquí con el único interés de… relacionarme contigo. Toda esta gente me da absolutamente igual —le susurró al oído, y volvió a sonrojarse hasta el cuero cabelludo —. Pero mientras llegamos a ese momento, disfrutemos todo lo posible de esta cena —añadió, mostrándole una sonrisa estudiada que ya no lo abandonó en

toda la velada.

Disfrutaron de una exquisita cena, compuesta por tantos platos que a la mitad Didie perdió la cuenta y el apetito. Por lo que pronto se dedicó a mantener una interesante conversación con Will sobre el impresionante parecido físico de algunos asistentes con distintas razas de animales. William estaba muy relajado y sus apuntes eran tan ingeniosos y divertidos que en más de una ocasión pensó que le estallaría el ajustado vestido de tanto reír. Lo estaban pasando realmente bien hasta que recibieron una inesperada visita a su mesa.

—¿Didie? —preguntó una voz masculina a su espalda, y ella se giró con curiosidad. No esperaba que nadie la reconociese en una fiesta como aquella. A pesar de haber tenido varios acogidos escritores con anterioridad, no había sopesado esa posibilidad—. ¡Oh, vaya! ¡De veras eres tú! Cuando te he visto no lo podía creer y he pensado, tengo que acercarme y asegurarme de que es ella…

Didie se quedó mirando al hombre un segundo, con estupefacción.

—¡Milford! ¡Vaya, cuanto tiempo! —lo saludó con una sonrisa algo tensa que no pasó desapercibida para William, que la miró interrogante entornando los ojos.

William observó el gesto de Didie y después al recién llegado, que parecía desnudarla con la mirada, y se tensó inmediatamente. Ella estaba incómoda y no le extrañaba en absoluto que así fuese, porque el tipo exhibía una sonrisa ladina y turbia que erizaba la piel.

—¿Has venido sola? —le preguntó con un brillo lascivo en la mirada, y se aproximó a ella más de lo que William consideraba que era cortes hacer con una mujer con la que no se compartía cierta intimidad.

—No, en absoluto —contestó Didie, revolviéndose rígida en el asiento.

—Ha venido conmigo —interrumpió él—. William L. James —se presentó, levantándose de la silla para dar la mano al hombre. Este lo miró inquieto y estrechó su mano sin mucha

convicción.

—L. James… El autor de *El caso Hitman*…

—El mismo.

El brillo de la mirada del tipo se intensificó.

—Entonces… Eres su musa… —dijo con una sonrisa burlona.

La mueca de Didie dejó claro a William lo mucho que le molestaba el comentario, e imaginaba por qué. En una de sus conversaciones, ella le había explicado que la relación musa-acogido era confidencial. Y si ese tipo sabía lo que ella hacía, era porque debía haber sido su acogido en algún momento. Conocía entonces las reglas y estaba siendo absolutamente imprudente en ese instante y, aunque a él le daba igual, no le gustaba ver a Didie en semejante estado de desasosiego. Hasta la llegada del tipo, estaban pasando una noche maravillosa.

—En realidad, soy su novio —aseguró posando una mano sobre el hombro desnudo de Didie.

—¿Tu novio? ¿Desde cuándo sales con hombres? Antes eras demasiado buena para relacionarte con nosotros, los simples mortales —dijo el tipo con asombro y evidente desprecio.

El rostro de Didie, totalmente desencajado, perdió el color.

—Creo que lo entendiste mal. Es demasiado buena para relacionarse contigo, eso seguro. Y ahora, si nos disculpas, nos vamos. Esta fiesta está decayendo por momentos —le dijo Will al tipo regalándole la más fría de las miradas.

Ofreció su mano a Didie invitándola a levantarse y ella aceptó aliviada de poder marcharse de allí cuanto antes.

El tipo hizo ademán de querer agarrarla deteniendo su marcha y William la apartó de su alcance. Después se encaró a él, sosteniéndole una mirada de advertencia. El otro dio un paso

hacia atrás chocando con la mesa, acobardado.

William sonrió.

—No vuelvas a intentarlo, jamás —le advirtió, y se llevó de allí a Didie con determinación.

CAPÍTULO 22

"Me siento al piano a las nueve de la mañana y las señoritas musas han aprendido a estar a tiempo para cada cita."

Piotr Ilich Chaikovski

—¿Estás bien? —le preguntó cuando entraron en el ascensor para subir hasta su planta.

—Sí, gracias. Milford siempre ha sido bastante desagradable, pero esta noche no parecía conocer límites —contestó ella, frotándose los brazos como si su solo recuerdo le erizase la piel.

—Sí, eso parecía. —Se moría por saber qué relación había tenido con el tipo, pero parecía tan descompuesta que no sabía si preguntar. No tuvo que esperar mucho para saberlo.

—Lo acogí bajo mi influjo hace tres años, durante pocos días, pues enseguida me di cuenta de que nuestra relación era imposible. Milford llevó el tema del influjo hasta intentar cruzar todos los límites.

—Ya veo —apuntó William tenso—. Algo así imaginaba por la forma de mirarte…

—Nunca ha sido muy… sutil. Aunque, la verdad, no esperaba su comportamiento de esta noche. Llevamos el tiempo suficiente sin vernos como para que hubiese dejado de sentirse atraído por mí.

—¿Eso es lo que pasa? Cuando te separas de tus acogidos, ¿se rompe el supuesto efecto mágico sobre ellos? —preguntó muy interesado.

—Sí, así es. Tras romperse la relación, al cabo de unas semanas, el acogido deja de estar

bajo la influencia de la musa. De lo contrario no podría avanzar.

La puerta del ascensor se abrió y ambos salieron al pasillo.

—Por eso insisto en cortar la relación por completo una vez lo creo preparado para seguir su camino solo.

—Ya… Como quitarse una tirita, cuanto antes mejor —apuntó William mientras llegaban a la habitación. La miró con intensidad y Didie apartó la mirada con rapidez. El gesto de William era frío. Había perdido la calidez de hacía unos minutos—. Pero con algunos mantienes contacto, como con el guaperas de las tartas.

Abrió la puerta y la invitó a pasar primero.

—Sí, claro. No solo con él, entre mis antiguos acogidos tengo algunos amigos, como Vince, o Carlo, el cocinero de Lori´s. Es muy difícil no tomar cariño a personas con las que has compartido momentos tan intensos y especiales. Pero la relación de amistad siempre llega después de haber roto el influjo. Es muy importante que sea así para que nadie salga herido.

—¿Para que nadie salga herido, o para que tú no salgas herida? —preguntó Will, cerrando la puerta a su paso. Dejó la llave sobre la barra de bar del salón y la miró con intensidad.

Didie tragó saliva.

Ya estaban de vuelta en la habitación, manteniendo aquella conversación que no era más que el preludio al siguiente paso de William. Se lo había insinuado en varias ocasiones aquella noche. Iba a cobrarse su parte del acuerdo, y no tuvo ninguna duda de que ese era el momento elegido por él para hacerlo. Aun así, sabiendo que debía cumplir con su parte, le daba tanto miedo sucumbir al deseo que sentía por él que no pudo evitar intentar una huida.

—Creo es el momento de darnos las buenas noches. Ha sido un día muy intenso y necesitamos descansar…

—Yo no estoy cansado en absoluto. Pero estoy de acuerdo contigo. Es el momento del

beso de buenas noches.

Didie parpadeó un par de veces y sintió inmediatamente que la habitación comenzaba a dar vueltas para ella.

—Will, no creo que sea una buena idea… Hoy no… —comenzó a buscar excusas en cuanto lo vio aproximarse tan decidido.

—Ha sido perfecto. Y un día como hoy se merece un final apoteósico —añadió ya frente a ella.

Dio un paso atrás y se topó con la pared de la chimenea.

—No va a ser… apoteósico —dijo cuando lo vio apoyar ambas manos a sus costados, en la pared.

—Bueno… eso lo discutimos después.

Ya estaba frente a sus labios, no había escapatoria. Solo tenía que conseguir estar fría e impasible mientras él la besaba, nada más. Si conseguía controlarse un minuto, él se convencería y terminaría con aquello, pensó Didie.

—¡Vale! ¡Vale! Vamos…. Un beso… —dijo expirando. “Solo un beso”, se repitió mentalmente cerrando los ojos.

No podía ni mirarlo. Estaba tan próximo como para que le acariciase los labios con su cálido aliento. Tan cerca como para sentirse nublada por su irresistible aroma masculino. Tan pegado como para verse consumir por el calor de su cuerpo presionándola contra la pared.

—Sí, solo un beso —dijo él con una sonrisa satisfecha, sintiéndola temblar bajo su contacto.

Estaba muy graciosa, allí, ofreciéndose aparentemente resignada, como si de veras fuese capaz de resistirse. Conservaba los ojos cerrados esperando que el gesto la ayudase a mantener el

control, y era doblemente excitante verla intentarlo.

Elevó una mano hasta su rostro y lo acarició con las yemas de los dedos. Recorriendo su perfil exquisito, pasó el pulgar sobre sus labios, que se entreabrieron ligeramente a su paso, conteniendo el aire, y continuó la caricia descendiendo lentamente por su cuello. Mientras, su boca, ansiosa por comenzar la exploración, se mantenía a escasos centímetros de su piel.

Didie empezó a respirar acelerada. Su pecho subía y bajaba descontrolado y William bajó la mirada hasta su escote en corazón. La visión de sus senos nacarados, henchidos, elevándose desbocados contra su torso le provocó una erección inmediata. Tenerla así era una deliciosa tortura. Quería alargar el momento cuanto pudiese y memorizar bajo su piel cada gesto, cada pequeña muestra de su entrega. Pero no iba a aguantar mucho más. La deseaba tanto que solo presionar su cuerpo lo estaba volviendo loco.

—Will… por favor… —dijo ella regalándole su aliento a cereza, y aquella súplica fue el detonante que hizo que perdiese la cabeza y no pudiese esperar más.

Bajó hasta sus labios y los presionó, inicialmente con calma, con sutileza, queriendo simplemente grabar el contacto lleno, henchido, de esa piel suave y exquisita contra sus labios más duros y exigentes. Pero en cuanto sus bocas entraron en contacto, el aire abandonó sus pulmones en un gemido ronco. Quería más, mucho más, y sin previo aviso invadió la boca femenina con su lengua. La delicia y entrega absoluta de la suya, lo emborrachó. Su sabor a cereza lo invadió por completo, invitándolo a comenzar una danza insaciable en la que sus lenguas lucharon por explorarse, por reconocerse, y saborearse.

Sintió despertar cada célula de su cuerpo abruptamente. La boca de Will la emborrachaba de tal manera que sus sentidos se nublaron inmediatamente, perdiendo absolutamente todo el control. Solo podía pensar en ser poseída por esa lengua tortuosa y quiso elevar los brazos para rodear su cuello y pegarse a él. Pero William la detuvo inmovilizándola contra la pared. La apretó aún más con su cuerpo a la superficie dura, haciendo que sintiese cada parte de su cuerpo

acoplada con la suya.

No pareciéndole suficiente, bajó una mano por su espalda muy despacio hasta que atrapó su trasero con la palma grande y fuerte, haciendo que pegase un respingo al sentir la dureza de su erección contra el vientre. El sexo comenzó a palpitarle preso de un deseo devastador, de una creciente humedad que la derretía como lava hirviendo.

Y su mente perdió cualquier resquicio de cordura.

Le daba igual todo, jamás se había sentido así de necesitada, de expuesta, y no le importaba. Solo quería saciar aquella necesidad primitiva de sentirlo en su interior, de sentir sus cuerpos completamente desnudos acoplarse y fundirse el uno con el otro. Quería recorrer cada centímetro de la piel masculina de Will con las yemas de los dedos, con su lengua, con su aliento. Perderse en cada uno de sus sabores… Nunca imaginó verse así de enardecida y fuera de control. En un gesto ansioso y posesivo, gimió contra su boca mientras se arqueaba para buscar una unión más íntima de sus sexos. Pero él se separó de sus labios para obligarla a mirarlo.

—Joder, Didie… No imaginas lo que me estás haciendo —le dijo con voz ronca—. Lo mucho que te deseo y lo desquiciado que me tienes. No puedo pensar en otra cosa que no sea estar dentro de ti de todas las formas posibles. Hacerte el amor con mi lengua, invadirte con mi… Grrrr…—gruñó frustrado frente a sus labios apoyando la frente en la suya. Se detuvo un segundo y se separó de su cuerpo sin aliento, con una mirada turbia en la que ella vio reflejado su propio y devastador deseo—. Pero no puedo…

Didie lo miró con los ojos muy abiertos, sin entender nada, completamente consternada.

—No puedes negarlo, me deseas tanto como yo a ti. Y yo jamás he deseado a nadie como lo hago en este momento. Y por eso… voy a marcharme… Voy a irme por esa puerta —le dijo casi sin aliento, separándose de ella, señalando su dormitorio—… a ahogar mi frustración en alcohol. Si estuviese bajo algún influjo te arrancaría la ropa ahora mismo, como solo Dios sabe que deseo hacer, y te haría mía cada minuto de esta noche, pero no lo voy a hacer porque quiero

que sepas que… esto es real.

Clavó su mirada azul y electrizante en ella y tomó aire con dificultad.

—Es real, Didie —repitió volviendo hasta ella de una zancada—, y cuando estés dispuesta a asumirlo, ya sabes dónde encontrarme. Buenas noches… —susurró frente a sus labios, y los selló con un tierno y ligero beso que dejó una impronta de fuego sobre su palpitante piel, robándole el aliento.

Y se fue a su habitación sin mirar atrás.

CAPÍTULO 23

"Espíritu malicioso que nunca aparece cuando lo invocas, pero que suele atacarte a traición en la ducha, justo cuando acabas de enjabonarte el pelo y no hay rastro de papel ni lápiz en un kilómetro a la redonda."

Isabel Keats

Didie no podía pegar ojo.

Apoderada de las miles de emociones, sensaciones y frustrantes necesidades insatisfechas con las que la había dejado Will, dio vueltas en la cama hasta que un impulso mayor que la cordura la obligó a levantarse.

Fue hasta la puerta de la habitación y posó una mano sobre el pomo, mordiéndose el labio, tentada. A su mente volvió la imagen de sus bocas juntas, devorándose insaciables. De la mano de Will apoderándose de su trasero y provocándole con el gesto una descarga primitiva de placer, que la devastó con la promesa de millones de caricias más, intimas y deliciosas.

Y antes de pensarlo dos veces, se dejó llevar por la necesidad de vivir esas caricias y abrió la puerta, saliendo de la habitación decidida. Caminó sintiendo la suavidad de la moqueta bajo sus pies descalzos, que se dirigieron lentamente al dormitorio de Will y, una vez allí, sin dilación, abrió la puerta de su dormitorio y entró con sigilo.

Estaba dormido plácidamente y, con paso trémulo, se aproximó a la cama para recrearse en la visión de su cuerpo desnudo, expuesto, boca arriba, sobre las sábanas. Jamás había visto un cuerpo como el suyo: duro, firme, grande, cincelado con la palabra deseo. Y como atrapada por un imán, se sentó en el filo de la cama, junto a él, llevó los dedos hasta su fuerte pecho que subía y bajaba al ritmo de su respiración acompasada. Su tacto era tan cálido y excitante que contuvo

el aliento y tragó saliva, sabiendo que no podía parar allí, que lo quería todo para ella.

Descendió con las yemas de sus dedos, recorriendo cada centímetro de la piel de su pecho, de su abdomen masculino modelado con músculos perfectos. El corazón, desbocado, comenzó a zumbarle en los oídos cuando sus dedos rozaron el vello de su zona púbica. Contuvo el aliento con pulso tembloroso. Pero entonces la mano de Will atrapó la suya deteniéndola justo en el momento en el que iba a abarcar su poderosa e incipiente erección.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó él con voz ronca. Y ella se limitó a asentir, sabiendo que no conseguiría articular, en ese momento, nada con coherencia, cuando su único pensamiento era el de apoderarse de su sexo y disfrutarlo hasta sus últimas consecuencias.

Will le regaló una sonrisa complacida y pícara en partes iguales, y ella pensó que él la dejaría hacer, pero no fue así. William tomó su otra mano y antes de que pudiese pensarlo, la tumbó en la cama a su lado y se colocó sobre ella, entre sus muslos. La visión extenuante de su masculino y enorme cuerpo sobre el suyo fue mucho más de lo que pudo soportar. Quería tocarlo, recorrerlo entero, saborearlo, necesitaba cada centímetro de su piel… pero William no se lo permitió. Inmovilizó sus manos sobre la cabeza y se acopló a su cuerpo haciendo que su enorme erección se frotase contra la tela fina de sus braguitas. Inmediatamente vio sus sentidos enardecer, encenderse como una hoguera que la consumía, y gimió entregada a aquel tortuoso baile de sus caderas.

Cada vez se movía con más intensidad, presionando más contra su sexo henchido y desesperado por sentirse penetrada. Y mientras ella se arqueaba anhelando su esperada posesión, William buscó una nueva forma de torturarla. Con su mano libre, tiró de la cinta de su bata de seda corta y la abrió para admirarla. Llevaba un pequeño conjunto de ropa interior negro de raso y encaje. El sujetador, sin tirantes, dejaba su generoso escote a la vista. Y Will, sin miramientos, lo bajó con apremio para liberar sus pechos de la tela que le impedía disfrutarlos. Una vez expuestos y a su merced, tomo uno de sus globos nacarados y conquistó su cumbre color canela

atrapándola con su boca. Saboreó su pezón jugando con su lengua, trazando círculos de fuego que la dejaban consumida de placer. Cuando la oyó gemir enardecida, lo atrapó entre sus dientes y volvió a rozarse contra ella, presionando su sexo, deslizándose arriba y abajo.

Los ojos de Will brillaban borrachos de deseo, y la miraba con una intensidad capaz de ahogarla en el mar azul y electrizante de su mirada. Y ella, hipnotizada, no quería hacer otra cosa que no fuese ahogarse en ese mar.

—Por favor —le rogó en un jadeo quedo—, déjame tocarte. Necesito tocarte…

—No —se limitó a contestar Will.

—Por favor… No puedo más…

William rio contra sus labios, pero no la besó. Bajó de nuevo hasta su pecho, al que regaló un lametón juguetón. Ella se retorció bajo su cuerpo y entonces la soltó, pero solo para bajar por su vientre, jugando con su lengua, hasta que esta llegó a las puertas de su centro palpitante y húmedo. Sin pensarlo dos veces, tomó la fina tela de sus braguitas y la desgarró para dejarla expuesta para él.

Didie gritó su nombre cuando sintió la lengua de Will recorrer los pliegues más íntimos de su sexo, provocándole las oleadas de placer más devastadoras que hubiese experimentado jamás. Se aferró a su cabello, apretándolo contra su sexo henchido a punto del delirio. Bebió de sus jugos y la torturó hasta que se volvió ciega y sorda de deseo. Su cuerpo estaba al límite del éxtasis y ella se iba a consumir irremediablemente allí mismo. Ya no podía más, pensó, y entonces él subió y de una brutal embestida la poseyó por completo, haciéndola estallar en mil pedazos. No podía más, iba a desmayarse. Se sentía tan fuera de sí que no podía ni respirar, pero Will no se detuvo y, con cada nueva envestida, una oleada aún mayor que la anterior la devastaba por dentro. Gritó abrazada a su cuerpo, rota de placer.

Didie, sin respiración, ahogó el grito de su gemido contra la almohada de la cama y de manera súbita abrió los ojos, despertando del más caliente y tortuoso de los sueños que había tenido jamás. Se sentó en la cama, sin poder respirar, empapada en un sudor fino que perlaba su piel haciéndola brillar bajo la luz de la luna que entraba por la ventana de su habitación.

Durante unos segundos, no supo dónde estaba y recorrió el cuarto con angustia. Sobre todo al darse cuenta de que William no estaba a su lado.

Había sido un sueño; uno que, pensó ella, jamás se haría realidad.

CAPÍTULO 24

"El cemento armado es una musa honesta y útil, y quizá en manos de un arquitecto genial sería admirable; pero cuando se desmanda y se siente atrevida, como una cocinera lanzada a cupletista, hace tales horrores que habría que sujetarla y llevarla a la cárcel."

Pío Baroja

—¡Buenos días! —la saludó William cuando salió de su cuarto la mañana siguiente.

Desperezándose y con una radiante sonrisa que no le cabía en el rostro. Solo con aquella enorme sonrisa, el corazón de Didie ya habría dejado de latir, pero encima Will había decidido salir de la habitación solo con un pantalón gris de pijama que apenas conseguía suspenderse en sus estrechas caderas. Ella, sentada a la barra, tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para apartar la vista de semejante espectáculo.

—Buenos días —se limitó a contestar, azorada, aparentemente concentrada en la taza de té que se acababa de preparar.

Pero entonces, Will, que se había colocado tras ella, apartó su pelo a un lado, dejando la femenina piel de su cuello y hombro al descubierto. Como si fuese lo más natural del mundo, depositó un beso suave en esa parte de su piel expuesta. Inmediatamente su cuerpo reaccionó traicionándola. Con las mejillas encendidas vio cómo se erizó cada centímetro de su piel, y hasta los pezones se le pusieron duros como piedras contra el *top* de tirantes rosa palo de su pijama.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él al oído desde la misma posición. Y al susurrarle, su cálido aliento la acarició de manera sensual.

—Mm… Sí, bueno… A ratos, pero sí —mintió ella, levantándose del taburete y

separándose de él con la excusa de echarse un terrón más de azúcar en el té.

Lo miró de reojo: él seguía exhibiendo aquella inmensa sonrisa que la estaba poniendo muy nerviosa. Independientemente de lo sexy que quedase aquella sonrisa colgada en sus labios, le fastidiaba que él estuviese tan bien. Ella había pasado una noche horrible, todo el tiempo pensando en él, recreando en su mente una y otra vez las escenas de su sueño.

—¿Y tú? —le preguntó desviando el tema. No quería hablar de su noche.

—Pues la verdad, ha sido una noche fantástica. Hacía mucho tiempo que no tenía sueños tan interesantes.

Didie que bebía un sorbito de su té caliente en ese momento se atragantó.

—Interesantes… — repitió ella después de toser un par de veces.

—Sí, muy interesantes. El primero fue... ¿Cómo lo describiría? Caliente, húmedo, excitante y sorprendente —dijo Will mientras se apoyaba en la estrecha barra, justo frente a ella, regalándole las vistas devastadoras de su torso.

Deslizó la mirada por su cuerpo y las imágenes en las que aquel pecho grande y fuerte estaba sobre ella, mientras se frotaba contra su sexo, invadieron su mente inmediatamente.

Su sexo ardió en respuesta, y tuvo que esconder un gemido en su taza de té.

—Me habría quedado en ese sueño toda la noche. Fue tan real que al despertar tenía mis dudas de que no lo hubiese sido.

—Bebiste demasiado vino en la cena, está claro —le dijo ella evitando mirarle. Se preguntaba si había alguna remota posibilidad de que ambos hubiesen tenido el mismo tipo de sueño. Aunque, pensándolo bien, después de lo que compartieron minutos antes de ir a la cama, no era nada descabellado.

William se limitó a sonreír.

—Pero después, cuando conseguí volver a dormir, tuve un sueño completamente distinto —dijo con un brillo especial en la mirada que dejó fascinada a Didie, que de manera súbita se vio atrapada por sus ojos azules e hipnóticos—. ¡Ha sido increíble, Didie! Hacía tanto tiempo que no me sentía así...

—¿Qué soñaste? —preguntó sin poder resistirse. Aquella mirada de Will era mágica. Cargada de una energía increíble.

—He soñado con mi próximo libro. ¡Ya sé lo que voy a escribir! No tiene nada que ver con lo que he hecho hasta ahora y la verdad, estoy nervioso, pero me siento vivo, exultante, como si pudiese con todo. Necesito escribir ya y dejar salir esta historia que me ha atravesado como un rayo, fulminando todo a su paso.

El corazón de Didie se saltó un latido.

Era maravilloso verlo así, tal y como tenía que ser. Tal y como había esperado que pasara, recuperando sus ganas de escribir, poseído por la creatividad y la necesidad de expresarse. Pero ella sabía lo que significaba eso. La cruda realidad le daba una bofetada.

—Tenemos que volver cuanto antes y sentarme tras ese escritorio nuevo que me has organizado —dijo entusiasmado.

—Claro, se avecina un *bestseller* y hay que ir a por él —le dijo ella sonriendo.

—La verdad, creo que sí. Y te lo debo todo a ti —indicó él rodeando la barra hasta llegar hasta ella—, mi dulce y preciosa, Didie —añadió rodeándole el rostro.

—No me debes nada, Will, lo has hecho todo tú enfrentándote a tus miedos. Estoy muy feliz por ti —aseguró ella con sinceridad.

William sonrió complacido y besó sus labios con ternura durante un segundo.

Didie recibió el beso ya con sabor a despedida. Y sintió que lágrimas descontroladas empezaban a pugnar por salir de sus ojos.

Will le levantó el rostro para perderse en su mirada castaña, pero ella temió que al hacerlo, descubriese lo que apenas ella era capaz de asumir en ese momento.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes —dijo separándose de él y saliendo de la barra—. Voy a recoger mi equipaje. Si nos damos prisa, puedes estar en casa esta tarde para empezar a escribir —añadió con palabras atropelladas. Se refugió en su habitación para dejar salir su pena en soledad.

Fue directamente a la ducha y allí, sintiendo el agua templada resbalar por su cuerpo, se abandonó al dolor de la despedida. Se dijo que era lo mejor, que no podía seguir con aquella tortuosa e imposible relación. Que Will ya estaba bien y que esa había sido su única misión. Lo había conseguido y debía estar feliz. De hecho, lo estaba.

Pero su corazón se encogía sabiendo que aquellas iban a ser las últimas horas que pasarían juntos. Las últimas en las que sentiría su contacto. Los últimos minutos en los que sentiría latir su corazón de manera diferente a su lado.

Una vocecita en su interior, la misma que la había empujado a imponer aquellas reglas en cuanto a la forma de relacionarse con sus acogidos, le gritó que todo había pasado en el momento justo, que se había librado por los pelos de haber sucumbido a la irrefrenable atracción que sentía por él. Seguir viéndolo habría sido una auténtica locura. Habría sido imposible separar su relación musa-acogido de aquellos poderosos sentimientos que él había despertado en ella. Pues, aunque hubiese cambiado la vida de Will, lo cierto era que quien había sufrido mayor transformación de los dos era ella misma.

A partir de la entrada de William en su mundo había un antes y un después en su vida y, desde ese momento, estaría marcada por una necesidad, un anhelo, que no había sentido hasta el momento. Porque ahora estaba inequívoca, irremediable, desesperada y tortuosamente enamorada del hombre que había al otro lado de la suite.

Ahora le quedaba averiguar cómo iba a vivir el resto de su vida con un corazón que ya no

le pertenecía. ¿Cómo iba a soportar a diario la ausencia de su verdadero dueño?

CAPÍTULO 25

"No es fácil convivir con una Musa; es egoísta, caprichosa, exigente... Pero es un ente adorable sin el cual ya no puedo ni quiero vivir."

Laura Nuño

—¿Vas a usar esa servilleta? —le preguntó Will sin mirarla, tan solo señalando el pedazo de papel doblado sobre su bandeja, en el avión.

Didie negó con la cabeza, pero al ver que él no prestaba atención a su gesto, se limitó a poner la servilleta frente a él, en su bandeja. William sonrió sin levantar la vista.

—Gracias —le dijo sin dejar de sonreír —, me he quedado sin sitio —explicó, señalando la multitud de apuntes que había tomado durante las tres horas y media de vuelo que llevaban.

Había tomado notas de las ideas que surcaban su mente para la trama de la novela en todo tipo de soportes. En los resguardos de los billetes de avión, en su aplicación de notas del móvil, en las servilletas que les había entregado la azafata cuando pidieron unos frutos secos y unas bebidas, en todos los huecos que encontró en una revista publicitaria de la compañía aérea que había en el asiento, e incluso un galimatías de palabras sueltas en el billete de cinco dólares que le había devuelto la azafata al pagar sus aperitivos.

Will estaba frenético, lleno de ideas y energía, y solo sentía la necesidad de dejar salir toda aquella tormenta de ideas que surcaban su mente de manera electrizante. El proceso de creación de un artista siempre le había parecido fascinante. Cuando se sienten poseídos, imbuidos por la necesidad de crear, es como ver a una fuerza imparable de la naturaleza en acción. Y él estaba en ese estado; exultante y feliz. Era maravilloso ver su rostro transformado de manera mágica. Totalmente volcado, de la manera más apasionada, en dejar salir todas aquellas historias,

personajes, situaciones y momentos que, al compartirlos con sus lectores, se volverían inmortales en las mentes de aquellos.

Tenía que reconocer que, de entre todos sus acogidos, los escritores siempre habían sido especiales para ella, pues daban la oportunidad a otras personas de vivir vidas diferentes a las suyas. De salir de sus mentes por unas horas y convertirse en otras versiones de sí mismos. Y Will hacía eso de una manera tan apasionada que durante aquellas horas lo único que pudo hacer fue verlo disfrutar de su estado de semienajenación mientras ella, nerviosa, comía de manera compulsiva hasta cinco piruletas de cereza.

—¡Uff, esto es una locura! —dijo Will abandonando por un momento su bandeja llena de papeles y reclinándose sobre su asiento. Respiro profundamente y sonrió—. No me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos hasta ahora.

—Eso es precioso, Will. Soy tan feliz por ti. Te mereces estar viviéndolo —le dijo sinceramente, y posó una mano sobre una de las suyas.

Will entrelazó inmediatamente los dedos con los suyos, atrapándolos en una caricia intima que encogió el corazón de Didie. En cuanto él la tocaba su cuerpo reaccionaba al contacto con un anhelo devastador, sabiendo que eran los últimos momentos en los que podía sentirlo. Will, ajeno a la vorágine de sentimientos encontrados que la destrozaban, le regalaba enormes y preciosas sonrisas. Y así debía ser. Él tenía que ser feliz y ella tenía que aprender a vivir sin esos gestos a partir de ese momento.

—Todo te lo debo a ti. Tú eres la culpable de que yo sea tan feliz —añadió él.

El corazón de Didie se detuvo en seco. Qué hermoso habría sido que aquellas palabras fuesen ciertas, pero en ese momento, más que nunca, los sentimientos que embargaban a Will estaban guiados por el influjo que ejercía sobre él como musa. Nada era real.

William se llevó la mano entrelazada hasta los labios, y besó la suya con una sutileza que electrizó su sistema nervioso, aceleró su pulso y la hizo desear mucho más. Infinitamente más.

Pues mientras él le regalaba aquel pequeño y delicioso gesto, su mente se llenó de las imágenes del sueño de la noche anterior, viéndose llegar al éxtasis en comunión perfecta y devastadora con su cuerpo masculino.

“Señores pasajeros, en unos minutos entraremos en el espacio aéreo de San Francisco, a partir de ese momento, permanezcan en sus asientos. Les agradecemos que hayan viajado con nosotros y esperamos que el vuelo haya sido de su agrado”, avisó la voz del comandante.

Didie, aún consternada por su contactó, aprovechó la ocasión para separarse de él.

—Déjame pasar, Will. Voy a ir al baño antes de aterrizar —le dijo soltando sus manos.

—Claro —contestó, y se apresuró a quitar las cosas de la bandeja y ponerse en pie para dejarle espacio para pasar.

Didie pasó junto a él en el reducido espacio, evitando mirarlo. No quería que descubriese en su turbia mirada las ganas de llorar que la estaban asfixiando. Pero cuando estaba a punto de salir al pasillo, él la atrapó sujetándola por la cintura, sin esperarlo, y se apoderó de sus labios durante un segundo infinito en el que millones de mariposas revolotearon en su vientre.

Salió corriendo antes de romper a llorar.

Volvió a su asiento justo en el momento en el que entraban en San Francisco.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él nada más regresar. Su rostro ceñudo mostraba preocupación y tragó saliva.

—Nada, nada en absoluto. Necesitaba ir al baño, no aguantaba más —le dijo forzando una gran sonrisa.

—¿Seguro? —le preguntó sin terminar de creer su excusa.

—Por supuesto, Will. No pasa nada. Estoy emocionada de verte tan feliz. De ver que has conseguido superar tu bloqueo. Solo estoy feliz —repitió, como si aferrándose a esa parte de la

verdad, la otra, la que desgarraba su corazón de forma dolorosa fuese a desaparecer.

William la observó entornando la mirada, pero ante la sonrisa de Didie terminó aceptando. Sin embargo, durante todo el camino de regreso desde el aeropuerto hasta su casa, esta sintió que la mirada de William se desviaba de cuando en cuando hacia ella, que aparentemente estaba concentrada en el paisaje.

Cuando llegaron frente a la puerta de la *boutique* de jabones, Didie se apresuró a salir del vehículo para tomar algo de aire fresco que la ayudase a enfrentar el momento de la despedida. Quiso coger su equipaje del maletero pero Will se empeñó en llevarlo hasta la entrada de la casa.

—Puedo subirlo hasta arriba —se ofreció cuando la vio abrir la puerta y meterlas en el interior, sin apartarse de la entrada, obstaculizando esta con su cuerpo.

—No es necesario. Es mejor dejarlo aquí. No tenemos que alargar este momento, Will —le dijo ella mirándose la punta de los zapatos.

—¿Alargar qué momento, Didie? —preguntó confuso.

—La despedida… —dejó salir las palabras de entre sus labios sin aliento.

—¿Qué despedida? ¡Esto no es una despedida! —exclamó con contundencia, dando un paso hacia ella.

Didie dio un paso hacia atrás para evitar que él la tocara.

—Sí lo es Will. Ya he cumplido con mi misión contigo. Estás preparado para volar solo. Tienes que ir a casa y escribir y escribir, dejar salir todo lo que llevas dentro y regalar al mundo ese *bestseller*. Soy muy feliz por ti —le dijo con un nudo en la garganta.

—Voy a ir a casa a escribir, pero esto no se ha acabado. No voy a dejar de verte. ¡No puede terminar! —le dijo consternado, sin poder creer lo que ella insinuaba.

—Will, así es como funciona…

—No, en absoluto. No te atrevas a tratarme como a otro de tus acogidos. Lo que hay entre nosotros es mucho más…

—Estás confuso, eso es todo. Pero cuando lleves unos días sin verme, unas semanas, lo comprenderás todo.

William se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el pelo en un gesto desesperado.

—¡Dios mío, Didie! ¿Otra vez con la estupidez esa del influjo? ¿De veras quieres hacer esto? ¿No te he demostrado acaso que lo siento por ti no tiene nada que ver con eso?

—Will, tú no lo entiendes…

—¡Claro que lo entiendo! ¡Eres una cobarde! Pones entre nosotros cien mil excusas sin sentido porque tienes miedo de aceptar lo que sientes por mí.

—¡Eso no es verdad! —mintió—. Eres tú el que no quiere asumir que esto es lo que soy. Lo que he sido para ti...

—Yo sé lo que eres para mí —dijo él yendo hasta ella de una zancada. Rodeó su rostro con las manos y añadió—: Sé lo que eres, Didie. —Apoyó la frente en la suya y su corazón se desbocó en una carrera atropellada —. Eres mía. Didie… yo te…

Didie se apresuró a impedir que él terminase aquella frase colocando un dedo frente a sus labios.

—¡No! No lo digas, Will. No lo soportaría. ¡No es real! —sollozó, separándose de él, a punto de romperse—-. ¡No es real! —repitió a punto de sentir su corazón estallar en mil pedazos.

Y antes de que él pudiese impedirlo corrió al interior de la tienda y subió a su cuarto, a derramar sobre su cama los pedazos rotos de su corazón destrozado.

CAPITULO 26

«Pido deseos a las estrellas, sueños a las palabras, y a las musas que alimenten mi alma.»

María Martínez

—¡Hooolaaa! —saludó Gina entrando por la puerta del *loft* de William.

Había querido quedar con él aquella mañana para hablar de la marcha del libro, pero su representado le había insistido que fuese a su apartamento, alegando que no podía separarse del ordenador. Oírlo tan ansioso por escribir había sido música para sus oídos, y decidió que lo mejor era comprobar que las cosas iban tan bien como parecía.

—¡Pasa! —gritó William desde su mesa. No levantó la vista; cuando ella llegó hasta el escritorio se limitó a levantar un dedo indicándole que esperase un momento a que terminase.

Gina lo observó escribir desenfrenado, como si temiese que las ideas escapasen de su mente si no las materializaba en palabras. Su aspecto era un poco desastroso. Llevaba un pantalón de pijama negro y una camiseta blanca, barba de unos cuantos días y el cabello revuelto.

—¿Cuántas horas llevas escribiendo seguidas? —le preguntó, presa de una gran curiosidad.

—Shhhh… —fue la respuesta de Will, que siguió inmerso en la pantalla de su ordenador mientras sus dedos tecleaban frenéticos durante varios minutos más.

Cuando por fin se detuvo, mostró una gran sonrisa satisfecha y entonces la miró.

—Hola —la saludó sin que la sonrisa se borrase de sus labios.

Se levantó del sillón y estiró su entumecido cuerpo.

—Pareces satisfecho —apuntó Gina.

—Lo estoy, mucho. Quizás te sorprenda cuando lo leas, porque no se parece a nada de lo que he hecho hasta ahora, pero desde luego es mi mejor trabajo.

—¡Wow! Viniendo de ti, la persona más autocrítica que conozco, es mucho decir. ¡Me muero por leerlo! —confesó Gina yendo hasta a la pantalla del ordenador para echar una ojeada.

—No, no, no… De ninguna manera. Lo leerás cuando esté terminado. —La apartó del escritorio.

—¡Por favor, Will! ¡No puedes dejarme así, después de todo!

—Claro que sí. Es precisamente lo que estoy haciendo.

Gina gruñó frustrada.

—¿Y cuándo se supone que será eso? —preguntó, siguiéndolo hasta la cocina.

—En un par de semanas —respondió él sin pensarlo mientras le servía un café.

Gina lo miró atónita y pensó que debía haber escuchado mal, ahora sí que estaba preocupada.

—¿Has dicho un par de semanas?

—A…ja…

—William, ¿cómo me vas a entregar el libro terminado en un par de semanas? Solo hace cuatro que te pusiste a escribir…

—Y desde entonces no he hecho otra cosa. He escrito un capítulo diario —aseguró sonriendo.

—¿Un capítulo diario? ¿Vas a escribir más de quinientas páginas en mes y medio?

—Sí, no creo que me dé tiempo a hacerlo antes.

—¡Vale! Ahora sí que necesito leerlo —decidió Gina, alejándose de la barra y dirigiéndose al escritorio.

William la interceptó a mitad de camino, deteniéndola.

—¡Ey! Confía en mí. Si te digo que lo tendrás entonces y que merecerá la pena, es porque es así.

—No puede ser… es una locura…

—No, es mucho más que eso. Es magia —aseguró él, y Gina casi se desmaya.

¿William estaba hablando de magia? ¿En serio? ¿El hombre más escéptico y frío de la tierra?

—¿La magia de la musa? —se aventuró a preguntar.

Él la miró un segundo y su gesto, momentos antes de felicidad absoluta, se ensombreció ligeramente.

—En cierto modo —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

—No, me dejó muy claro que no deseaba seguir manteniendo contacto conmigo.

William recordó el momento en el que estuvo a punto de abrirle su corazón y confesarle los sentimientos que este guardaba celosamente para ella, y la punzada de dolor que lo embargaba cada vez que el recuerdo invadía su mente le atravesó el pecho de forma cruel.

—¿La echas de menos?

William la miró fijamente a los ojos. Gina era su amiga desde hacía muchos años y, aunque lo hubiese intentado ocultar, no lo habría conseguido.

—Cada minuto —confesó con pesar.

La agente se quedó impactada al oírlo. William no solo estaba confesando que pensaba en ella; sus palabras encerraban un sentimiento infinitamente mayor que la añoranza o la necesidad.

—¡Vaya, sí que te ha cambiado!

—No lo ha hecho, Gina. No me ha cambiado en absoluto. Ha sacado la mejor versión de mí mismo a la luz. Todo lo que escondía por miedo, frustración, ira… Ella hizo que asumiera el dolor, que enfrentase a los fantasmas del pasado y dejase emerger al William que luchaba por salir. Y solo por eso, el resto de mi vida, le estaré eternamente agradecido.

—Es lo más hermoso que te he oído decir jamás —le dijo verdaderamente emocionada—. Y no puedes dejar que las cosas terminen así.

William resopló, intentando liberarse de la presión que oprimía su pecho.

—Ella me dijo que escribiese, y es lo que estoy haciendo.

—Pero…

— No voy a parar hasta terminar —concluyó con determinación.

—Está bien, William —aceptó Gina, sabiendo que no conseguiría hacerlo entrar en razón.

Nunca había tenido ese poder sobre él. Dejó la taza sobre la barra y se acercó a él para depositar un beso afectuoso en su mejilla—. Te dejo terminar entonces. Quedaré a la espera de tus noticias —dijo despidiéndose y dejándolo solo de nuevo.

CAPÍTULO 27

"Las musas son esas criaturas impredecibles que te abandonan cuando más las necesitas y que te abordan en los momentos más insospechados, cantándote al oído las estrofas que darán vida a nuevas historias en tu cabeza."

Carla Crespo

Didie se levantó aquella mañana, como todas las que habían transcurrido en las cinco semanas que hacía que se había despedido de Will, como si hubiese pasado la noche sirviendo de alfombra a una manada de elefantes. Y no era extraño que así fuese, pues aunque intentaba soportar los días ocupándolos en ayudar a Marguerite en la tienda, las noches, con sus eternas horas de silencio y hastío, las utilizaba su mente para recrear cada uno de los momentos vividos con William. Y, sobre todo, y de manera recurrente, las últimas cuarenta y ocho horas junto a él.

No pegaba ojo. Pasaba cada minuto dando vueltas y, de vez en cuando, cuando la necesidad de verlo se hacía más acuciante y agobiante, se dejaba llevar por el dolor y caía en un llanto roto que la ayudaba a liberar el torbellino de emociones que la consumía.

Tenía que darse una ducha, pensó dirigiéndose al baño. Era lo que necesitaba en ese momento; agua templada que cayese por sus doloridos músculos y revitalizase su turbio estado de ánimo. Con la esperanza de que así fuese, abrió la puerta del baño frotándose aún los ojos, cuando la sorprendente imagen de un Vince medio desnudo, en su baño, inundó sus retinas haciendo que pegase un grito y cerrase de nuevo la puerta corriendo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué demonios…? —quiso preguntar estupefacta, sin poder creer que él estuviese allí.

—¡Didie, Didie, tranquila! No pasa nada, soy yo —dijo Vince abriendo de nuevo la puerta e intentando tranquilizarla.

Salió del baño y se puso frente a ella, que se había dado la vuelta para evitar mirarlo.

—¡Ya sé que eres tú, Vince! —gritó tapándose los ojos con las manos—, pero estás medio desnudo en mi baño. ¿Qué demonios haces aquí?

—No se me ve nada, voy en calzoncillos. Solo iba a darme una ducha…

Didie entreabrió los dedos y comprobó que decía la verdad. Estaba cubierto por unos *boxer* ajustados en color verde lima que acentuaban el color moreno de su piel.

—¿Una ducha? —preguntó sin entender su explicación.

—¿Qué está pasando? —inquirió Marguerite saliendo de su cuarto y frotándose los ojos como ella segundos antes.

En cuanto vio a Vince en mitad del pasillo exhibiéndose en ropa interior, su rostro enrojeció, presa de la mayor de las vergüenzas.

—Pues no lo sé. No tengo ni idea de lo que está pasando —increpó Didie a Vince.

—Bueno… yo… —balbuceó él, que enrojecía de manera inmediata.

—*Oh, mon dieu!* —exclamó Marguerite avergonzada—. No es culpa suya, Didie. Debí decírtelo, pero como estabas tan triste…

—¿Qué debiste decirme? ¿Qué me ocultáis? —preguntó sin entender una palabra.

Y entonces Vince fue hasta su amiga y le rodeo la cintura con uno de sus brazos. En cuanto la tuvo pegada a su cuerpo, la besó en la frente y su francesita dejó escapar una sonrisa boba de sus labios.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estáis juntos! Pero… ¿Cuándo ha pasado? ¿Por qué no me habíais dicho nada? ¡Me alegro tanto por vosotros! —Dejó escapar cada una de las ideas que pasó por su

mente totalmente alucinada.

Marguerite se abrazó a Vince y se encogió de hombros, encantada.

—Chicas, yo tengo que irme, pero, ¿qué tal si os preparo un buen desayuno antes y así os ponéis al día?

—¡Eso sería fantástico! —exclamó la francesita—. ¡Eres el mejor! —le dijo antes de recibir un beso en los labios de Vince que la miró con adoración.

Didie se quedó impactada por la escena y sonrió feliz como hacía semanas que no había podido hacer.

Vince se metió en el baño bajo la atenta mirada de las dos mujeres y, en cuanto hubo desaparecido, Didie se giró a interrogar a su amiga enarcando una ceja. Marguerite se tapó inmediatamente el rostro con las manos.

—¡Madre mía, Marguerite, qué engañada me tenías! Yo preocupada por ti y tú inflándote a chocolate —le dijo riendo.

—¡Eres terrible! —se quejó la francesita.

—Sí, sí, terrible, y tú llevas ocultándome una cosa como esa, ¿desde cuándo? —preguntó cruzándose de brazos, fingiendo estar enfada.

Aunque le resultaba imposible disimular lo feliz que le hacía la noticia de la relación de sus dos mejores amigos.

—Desde hace poco más de un mes —contestó Marguerite. Inmediatamente la tomó de las manos—. Pero, por favor, no te enfades. Es que fue el fin de semana que te fuiste a Chicago con William. Y cuando volviste… Estabas tan triste que no me pareció bien exhibir mi felicidad cuando tú lo estabas pasando tan mal.

—¡Oh, Marguerite! No me habría importado, de veras. Verte feliz es para mí, con creces,

el mejor regalo. Te lo mereces tanto, os lo merecéis tanto…

Didie abrazó a su amiga, emocionada.

—¿Y lleváis un mes viéndoos a escondidas? —preguntó separándose de ella de repente.

Su amiga asintió, mordiéndose el labio, mortificada por habérselo ocultado.

—Me moría por decírtelo. Hemos estado tentados de hacerlo muchísimas veces en este tiempo, pero luego te veíamos tan alicaída que no sabíamos si era buena idea. Llevas muchos días sin ser tú misma. Nos tienes realmente preocupados.

Didie miró al suelo. Era cierto, no había estado muy comunicativa desde que volvió de Chicago. Y con su actitud errática solo había conseguido alejar a las personas a las que más quería. No había sido una buena amiga.

—Lo siento mucho, de veras. He estado tan sumida en mi dolor que no he sido capaz de ver vuestra felicidad, de compartirla con vosotros. Siento que creyeseis que me lo teníais que ocultar, porque nada me hace más feliz que veros como hace unos segundos. Marguerite, ¡estás radiante! Nunca te había visto así. ¡Es maravilloso!

—Soy muy feliz —dijo su amiga bajando la mirada.

—Me alegro tanto… Sabía que seríais la pareja perfecta.

Didie volvió a abrazar a Marguerite, conmovida.

Se sentía en partes iguales feliz por sus amigos y apenada por no haber sido capaz de compartir su felicidad. Y aquello no hacía más que ratificar la decisión que había tomado hacía un par de días.

Se marcharía de allí una larga temporada.

CAPITULO 28

"Las musas sugieren los lugares a los que vas, y nunca están en el mapa. Así que olvida el mapa."

Jim Henson

—¡Esto es una estupidez tremenda! —protestó Marguerite por enésima vez—. ¡No puedes hacerlo, no dejaremos que lo hagas! —En esta ocasión se cruzó de brazos, mostrando lo contrariada que estaba con su decisión.

—Es lo que necesito, y lo voy a hacer —dijo Didie sin detenerse.

Había llevado varias cajas hasta su dormitorio y estaba guardando sus cosas, seleccionando cuáles se iban con ella en su viaje y cuáles se quedarían allí de momento.

—No si te encerramos en el trastero hasta que entres en razón —replicó su amiga soplándose el flequillo.

—No digas tonterías. Sé que la idea de mi marcha te ha pillado por sorpresa, pero de veras, lo he pensado mucho y lo tengo claro. Además, es lo mejor para todos.

—¡Ni se te ocurra insinuar una barbaridad como esa! ¡Lo mejor para mí es que te quedes aquí conmigo!

Didie la miró con una escueta sonrisa.

—Cariño, vosotros sois ahora una pareja y necesitáis vuestro espacio. Cuando pensé en la posibilidad de marcharme, me preocupaba dejarte sola y por eso no me lo planteé en serio. Pero

ahora que sé que Vince estará contigo, no tengo la menor duda.

—Si lo llego a saber no te contamos nada…

—Me habría gustado ver cómo explicabas entonces la presencia de Vince en nuestro baño en ropa interior, cada mañana —contestó riendo.

Marguerite hizo una mueca.

—Lo que está claro es que estás equivocada, nosotros no necesitamos ningún espacio de pareja. Estamos fenomenal así.

—Vince se queda a dormir casi todos los días, te oigo andar a hurtadillas cada noche y contener las risas por miedo a despertarme…

Marguerite se ruborizó al descubrir que no conseguían disimular ante su amiga.

—Además, tenéis que empezar a salir como pareja y no con mi presencia constante como carabina.

—No eres nuestra carabina y nos encanta salir contigo. Vince dice que es la envidia de toda la ciudad, saliendo con dos chicas como nosotras del brazo —rio Marguerite ante la ocurrencia de su novio.

Didie sonrió con ella, pero no cedió un ápice en su argumentación.

—Saber que estás con Vince me deja tranquila, pero esto lo hago por mí. Necesito salir de aquí, distraerme, dejar de visitar sitios que me recuerden constantemente a Will…

—¿No has vuelto a saber nada de él?

Bajó la vista.

—No, estará escribiendo sin parar. Lo tenías que haber visto en el avión. Estaba exultante, feliz, con mil ideas en su mente que luchaban por salir.

—Seguro que sí, eres la mejor musa del mundo. —Marguerite fue hasta ella y la rodeó con

su brazo en un gesto reconfortante—. Pero seguro que además de escribir mucho, también piensa en ti.

—No tendría por qué hacerlo. Ya no está bajo mi influjo. Ahora es libre. En lo último que debe de pensar es en mí, y así debe de ser —afirmó separándose de su amiga. Dándole la espalda fue hasta la estantería que tenía sobre el escritorio y tomó el globo terráqueo que tenía allí como recuerdo de sus años de colegio.

No quería seguir pensando en William. Necesitaba salir de la ciudad cuanto antes, porque la desesperación por verlo la estaba consumiendo. Saber que no iba a volver a sentir los labios exigentes sobre los suyos la mataba lentamente. Mientras permaneciese allí, una parte de ella seguiría aferrándose a la ilusión de que Will apareciese en cualquier momento en su puerta diciéndole que la añoraba tanto como ella a él.

Pero eso no iba a pasar. Cada día y cada noche, desde que se separaron, había revisado su teléfono a todas horas, esperando un mensaje, una llamada… Algo, cualquier cosa. Pero él no había dado señales. Y eso solo confirmaba que ella tenía razón: William se había sentido atraído por culpa de su influjo.

—¿Qué haces con ese trasto? —preguntó su amiga al verla limpiar la superficie esférica de papel pergamino de su bola del mundo.

—Voy a elegir destino, ¿me ayudas?

—¿Vas a elegir destino a suertes?

—¿Se te ocurre mejor forma que dejándolo al azar?

—Desde luego, cualquier forma me parece mejor que la de arriesgarse a que te toque un país en conflicto, o uno sin buena cobertura móvil para recibir mis llamadas, o simplemente arriesgarte a que no haya una pastelería cada doscientos metros para satisfacer tus necesidades de azúcar.

Didie le sacó la lengua y Marguerite le devolvió el gesto.

—Salgamos de dudas y veamos qué me tiene preparado el destino.

—Que conste que esta idea tuya me parece ridícula, pero si sale San Francisco tendrás que aceptar quedarte aquí conmigo —apuntó Marguerite cruzándose de brazos.

—Si sale San Francisco, quizás me planteé echarlo a suertes al mejor de tres.

La pelirroja la observó entornando la mirada.

—Estoy a punto de ir a por las cuerdas para atarte en el trastero —le advirtió levantando un dedo.

Se limitó a sonreír. Fue hasta su cama y se sentó en el colchón con el globo en las manos. Durante unos segundos lo miró en sus manos. Los nervios se apoderaron de su estómago haciendo que este le doliese de forma instantánea.

No se lo iba a reconocer a su francesita, pero separarse de ella, de su vida juntas, de esa ciudad de la que adoraba los miles de rincones mágicos que tenía para ofrecer, de sus recuerdos… Era lo más duro que iba a tener que hacer jamás. Pero solo pensar en la posibilidad de quedarse allí y seguir viviendo la agonía en la que se había sumido su vida desde que se separó de Will, era el revulsivo que necesitaba para convencerse de que aquello era lo que tenía que hacer.

Además, siempre había querido viajar y aquella era una oportunidad estupenda para hacerlo. Daría cien vueltas al mundo si con ello conseguía apaciguar el dolor de su corazón.

—¿Te estás arrepintiendo? —preguntó Marguerite, esperanzada.

Negó con la cabeza.

—En absoluto. Vamos a ello —dijo mientras tomaba el globo por la base con una mano y posaba la otra sobre su superficie.

Cerró los ojos y, tras tomar aire profundamente, lo contuvo en los pulmones mientras hacía girar la bola con velocidad. Al cabo de un par de segundos, colocó un dedo sobre la superficie, deteniéndola, y abrió los ojos.

Marguerite fue corriendo junto a ella para ver el resultado de aquel juego estúpido y casi se le salen los ojos de las órbitas.

Didie sonrió al ver su destino en el mapa y soltó con alivio el aire de los pulmones.

—Es una señal… El destino —dijo, y ambas se quedaron mirando aquel punto en el mapa, hipnotizadas.

CAPÍTULO 29

"¿Qué son las musas? Amigas incansables que me acompañan en la apasionante aventura que es escribir, susurrándome los argumentos de novelas en las que el amor es capaz de vencer cualquier obstáculo."

Azahara Vega

William paseaba impaciente por el salón mientras Gina, tumbada en su sofá, leía con una concentración absoluta el manuscrito que le había entregado el día anterior.

Desde que comenzó la lectura se había mantenido en un absoluto mutismo que por momentos lo estaba volviendo loco. No le había dado ni una pista de lo que su último trabajo le estaba pareciendo. En todas aquellas horas, tan solo se había movido del sofá para cambiar de postura, ir al baño, o comer lo que él le preparaba con una mano mientras con la otra sostenía sobre sus piernas el taco de quinientas trece páginas en el que había materializado su obra.

Ya estaba llegando al final. Le quedaban unas pocas páginas y el corazón estaba a punto de reventarle en el pecho esperando el veredicto.

Caminó por el salón intentando aplacar su estado de nervios. Estiró sus músculos y volvió hasta el sofá. Gina exhibía un gesto concentrado, mezcla de sorpresa y ceño fruncido que no le aclaraba en absoluto lo que pensaba. Volvió hasta la cocina y sacó de la nevera una botella de agua fresca, se sirvió un vaso y lo bebió de un trago. Observó a Gina que se tumbaba en el sofá y cruzaba las piernas por los tobillos, acomodándose para enfrentarse a la lectura del último capítulo.

—Voy a darme una ducha —anunció a su agente, decidiendo hacer algo útil.

Gina se limitó a batir su mano contra el aire dándole a entender que hiciese lo que quisiese pero que no la molestase.

Con gesto contrariado se marchó de allí y entró en su habitación. Fue al armario y sacó la ropa; después se dirigió a la ducha directamente. Gina no tardaría en leer esas páginas finales y quería estar preparado para cuando esto ocurriese. Abrió el grifo del agua y, tras desnudarse, se metió bajo el chorro reconfortante del agua templada que resbaló por su cuerpo en una cascada. Cerró los ojos un momento, sintiéndose acariciar por el agua, y su mente se vio invadida inmediatamente por el rostro de Didie. La recordó frente a él con los ojos cerrados, apoyada en la pared de la chimenea, intentando resistirse a su beso.

Por supuesto, tal y como él había imaginado, no lo consiguió. Tal vez se había equivocado aquella noche apartándose de ella. Durante esas semanas se había preguntado en innumerables ocasiones si no había sido así. En aquel momento, ella estuvo más que dispuesta a entregarse a él, a compartir la pasión que los devastaba, pero a pesar de terminar siendo la prueba más dura de autocontrol de toda su vida, prefirió separarse de ella y demostrarle así que todo aquello que tenían los dos, era real.

Aunque no había servido de nada, ella lo había obviado por completo. No la entendía. Y aquella actitud suya tan fría, deshaciéndose de él como “el que se quita una tirita”, fue la que hizo que finalmente decidiese marcharse de su puerta esa tarde.

Pero los días, y sobre todo las noches, se habían convertido en una auténtica tortura con su ausencia. Tan solo era capaz de respirar cuando estaba frente al ordenador y dejaba de pensar en sí mismo para dejarse llevar por la historia de sus personajes. Es curioso cómo cambian las cosas. Hasta que conoció a Didie aquella asfixia se la provocaba sentarse a escribir, pero ahora, hacerlo era la única salida para sobrevivir a aquellos días de agonía e impotencia.

Finalmente decidió hacerle caso y escribir, solo escribir, dejar salir cuanto llevaba dentro sin pararse a pensar. Y aquella obsesión por terminar la novela le permitió seguir adelante

aquellas semanas, pero ese mismo día todo terminaría. En cuanto Gina diese por concluida su lectura, todo terminaría. Su libro estaría terminado y no habría nada más que le impidiese hacer lo que tenía que hacer.

Finalizó la ducha y salió a afeitarse. Tenía un aspecto deplorable después de aquellas semanas de reclusión. Cuando terminó de acicalarse fue a vestirse, optando por uno vaqueros azules, una camisa blanca y una americana gris perla que iba a la perfección con el conjunto. Se miró en el espejo bastante satisfecho con el resultado y, tras tomar aire un par de veces, salió al salón en busca de su veredicto.

Cuando llegó a la sala lo primero que llamó su atención fue la postura de Gina en el sofá, de espaldas a él. Se había sentado y se sostenía la cabeza, gacha, con las manos.

"Vale, esto no pinta nada bien", pensó. Pero sin dejarse amedrentar se acercó y se sentó en la mesa baja de madera, frente a ella.

—¿Es un desastre? —le preguntó.

Gina levantó la mirada enrojecida.

—¡Vaya, estás guapísimo! ¡Qué cambio! —le dijo con gesto compungido, secándose los ojos.

Will la miró consternado.

—Estás llorando… ¿Por qué estás llorando? ¿Tan mal lo ves?

—Dios mío, William, ¿cómo puedes preguntar eso? Tenías razón, no has escrito nunca nada ni remotamente parecido a esto —dijo Gina posando una mano sobre la pila de folios.

—Y eso es…

—Y eso es fantástico. No tengo palabras para expresar lo que me has hecho sentir. He descubierto a un escritor nuevo en ti. Esos personajes poseen una profundidad, son tan… ¡Ahhh!

—gritó emocionada. Se levantó del sofá para caminar mientras se dejaba llevar por las miles de emociones que le había transmitido su historia—. Y la trama… ¿Cómo se te ocurrió mezclar acontecimientos tan dispares? ¡Es simplemente genial! Original; fresca pero intensa. Me ha sido imposible dejar de leer hasta que llegado al final.

—¿Entonces ves un *bestseller*?

—Veo otro Anthony en tu estantería.

William sonrió complacido.

—Tienes que estar muy orgulloso, William, has hecho un gran trabajo. No sé qué es lo que habrá hecho la musa contigo, pero el cambio ha sido espectacular. Has vuelto a ser tú, pero mucho mejor.

—Me ha devuelto la vida, Gina.

La agente lo miró atónita.

—¿Recuerdas aquella corbata por la que discutimos cuando estábamos juntos, la que cambiaste de lugar y yo me enfurecí por ello?

—Sí, claro. ¡Cómo olvidarlo! Fue una de nuestras peores discusiones —contestó Gina sin entender a qué venía recordar ese momento.

—Siento mucho haberme comportado ese día así contigo. Me enfurecí porque esa corbata era lo único que tenía de mí padre. Fue la corbata que mi madre intentó ponerle el día que él decidió abandonarnos.

—¡Oh, vaya! No tenía ni idea, William. Si me lo hubiese dicho…

—Lo sé, pero no quería hablar de ello. Durante toda mi vida he pensado que, si no lo pensaba, si no lo compartía, de alguna manera no sería real. Dejaría a un lado el dolor y la decepción que todo aquello me produjo. Estaba lleno de rabia y frustración, hasta que llegó Didie

—resopló y se levantó de la mesa—. Ella me obligó a enfrentarme a los fantasmas. A aceptar lo que pasó y compartirlo. Liberó mi carga y me ayudó a entender que las cosas pasan por algo. A ser capaz de ver el lado bueno de las cosas. Ahora tengo un hermano, ¿sabes?

—¿Tienes un hermano? —preguntó Gina alucinada.

—Sí, es un chico fantástico. Hablo con él cada día y pronto volveré a verlo.

—No tenía ni idea. Me has dejado… Pero me alegro por ti. William, mereces ser feliz y es evidente que estás en el camino.

—Puede ser, pero mi felicidad no será completa sin ella. La necesito a mi lado.

Gina sonrió.

—Entenderás que no me quede a celebrar contigo lo de la novela, ¿verdad?

—Me han dejado plantada por motivos menos contundentes que este —dijo ella con una mueca de falso fastidio.

—Gracias —le dijo Will dándole un beso en la mejilla—. Eres la mejor agente del mundo.

—Te perdono porque me vas a hacer millonaria con las ventas de este libro. Anda, ¡corre a por ella! —lo animó.

Y William, pletórico, salió en busca de su musa.

CAPITULO 30

"Las musas son caprichosas. La mejor musa es la que te acompaña cada día, la que te demuestra todo su amor y la que te entrega su corazón sin pedir nada a cambio."

Javier Romero

Didie subió al avión con el corazón encogido por la pena.

Marguerite y Vince habían insistido en acompañarla al aeropuerto, y la despedida de sus mejores amigos había sido demasiado intensa y agotadora. Necesitaba azúcar en vena, pensó; si no el largo viaje de casi once horas hasta París iba a ser una tortura.

El destino de su viaje había sido una sorpresa total, y aunque la idea de viajar a la ciudad del amor cuando su corazón lloraba añorando al suyo pudiese parecer algo masoquista, lo cierto era que le ilusionaba conocer la ciudad que era la cuna de su pequeña francesita. Marguerite le había hablado tanto de las calles de París que, de alguna forma, sentía que ya formaba parte de ellas.

Intentando impregnar sus pensamientos con esa ilusión, hizo el camino por el largo pasillo del avión hasta su asiento. Antes de sentarse colocó su bolsa de mano, de cuero rojo, en el compartimento portamaletas sobre los asientos. Se estiró bien para asegurarla en su sitio, no sin dificultades, pues en dos ocasiones la empujaron contra los respaldos otros pasajeros que pasaban tras ella en busca de sus sitios.

Cuando finalmente lo consiguió resopló con alivio y se apartó un mechón de cabello suelto de su recogido. Se sentó junto a la ventanilla decidiendo dedicar los últimos minutos antes del despegue a admirar la actividad del personal del aeropuerto en la pista. Unos minutos más tarde,

casi todos los pasajeros la habían imitado y se anticipaba en el ambiente la excitación por el inminente despegue.

Era el momento perfecto para relajarse y cerró los ojos. La imagen de Will el primer día que lo vio en el muelle llegó a su mente, y su corazón comenzó a latir desenfrenado con su simple recuerdo. Su mente viajó entonces al primer beso que se dieron en el cine y sus sentidos se llenaron del tacto de la piel de William, el sabor de sus labios exigentes, el sonido de su gemido ronco y el aroma masculino y amaderado de su piel. Tomó aire intentando recuperar el control, pero el aroma de William se hizo tan real para ella que sintió ganas de llorar, sobrecogida.

—Perdón, creo que está sentada en mi sitio —aseguró una voz masculina a escasos centímetros.

El corazón de Didie se desbocó en una dolorosa y atropellada carrera. No quería abrir los ojos, porque entonces descubriría que se había vuelto loca del todo. Completamente desquiciada. Contuvo el aire en los pulmones hasta que sintió unos labios exigentes, cálidos y únicos sobre los suyos, regalándole un beso tan sutil como el aleteo de una mariposa. Y entonces, como el peor de los castigos, los labios se separaron de ella dolorosamente.

Didie abrió los párpados y se quedó petrificada en el asiento. Era una visión, estaba segura. Will no podía estar allí, con ella, a escasos centímetros y arrebatadoramente guapo y sexy.

—Will…

—Hola —saludó él con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntarle a pesar de que tenía un nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarla.

—He venido a contarte las buenas noticias —añadió sentándose a su lado.

Didie no podía creer que estuviese allí, debía estar alucinando, pensó.

—He terminado la novela —le dijo Will, perdiéndose en su mirada castaña.

La miraba como si fuese la primera vez que lo hacía, recorriendo su rostro grabándolo en su mente.

—Me alegro mucho por ti…

—Alégrate por nosotros —la interrumpió.

Tomándola de la mano, entrelazó los dedos largos y elegantes con los suyos más finos, y Didie sintió que se quedaba sin aliento. Él estaba allí, de veras estaba allí.

—¿Por nosotros? —pudo preguntar a pesar de que la caricia estaba haciendo estragos en su sistema nervioso.

—Querías que escribiera y lo he hecho. Querías que me separase de ti, que dejase de estar bajo tu influjo, y lo hice. Y después de acatar todas tus órdenes, he vuelto y estoy aquí para decirte que, tal y como yo pensaba, estabas equivocada.

Didie frunció el entrecejo y arrugó la nariz con gesto ofuscado. William no pudo menos que reírse.

—Ya sé que debe ser sorprendente para ti averiguar que no eres infalible, pero lo cierto, cariño, es que no hay mayor influjo para mí que el infinito amor que siento por ti.

El corazón de Didie se detuvo en seco. ¿Él acababa de decir que la amaba?

—Pero yo pensé que me habías olvidado…

—Olvidarte… Cómo si eso fuera posible. ¿Crees que podría olvidar estos labios? Tengo tu sabor a cereza metido en las venas —confesó acariciando su labio inferior con el pulgar.

Por primera vez en su vida, no sabía qué decir.

—Pero…

—Creo que no me has oído bien. No pasa nada, tenemos once horas por delante para

repetírtelo todas las veces que necesites. Lo bueno de estar en este avión es que no tienes escapatoria. No puedes inventar ninguna excusa y alejarte de mí.

Will sonrió complacido ante la sorpresa de Didie. Sabía que ella reaccionaría así desde que habló con Marguerite y esta le contó, hacía varios días, los planes de su musa. Entonces supo lo que tenía que hacer. Y ahora que la tenía allí no pensaba desistir hasta que ella aceptase lo que sentía por él.

—No tengo intención de huir —dijo ella soltando su mano y levantándose del asiento, ofendida.

—Eso está bien. Ahora solo tienes que admitir lo que sientes por mí —añadió él.

Tiró de su mano y la sentó sobre su regazo, sorprendiéndola. En cuanto la tuvo entre sus brazos la apretó contra su cuerpo. Quería ser consciente de cada una de sus curvas, aunque sentir su trasero respingón torturando su entrepierna estaba despertándole una erección que ella no tardaría en sentir.

—¡Will, suéltame! —le pidió ella.

—Solo cuando confieses que estás irremediablemente enamorada de mí —le dijo frente a los labios, y Didie no pudo evitar sonreír.

—Señores, tienen que tomar asiento, estamos a punto de despegar —les llamó la atención la azafata.

—Lo siento, señorita, pero me temo que no podré soltar a esta mujer hasta que acepte casarse conmigo —contestó a la azafata, que se quedó perpleja ante el comentario y los miró alternativamente sin saber qué argumentar al respecto.

Will aprovechó la confusión de la auxiliar y volvió su atención a una Didie turbada, que lo miraba sin parpadear.

—Tira del palito —dijo William mientras le señalaba el bolsillo delantero de su americana.

Didie miró donde le indicaba y vio que por el bolsillo asomaba un pequeño palo blanco. Tiró de él y sacó una piruleta de cereza de la que colgaba, atado con una cinta, un precioso solitario presidido por un diamante con forma de corazón.

Se quedó sin palabras.

Abrió los ojos desorbitadamente, consciente solo de Will, que la mantenía entre sus brazos. Ni siquiera se percató de que la declaración había generado cierto revuelo en la cabina y los ocupantes de los asientos más cercanos se habían levantado para ver qué ocurría. Solo pudo perderse en la mirada azul y electrizante de William, que esperaba una respuesta con una enorme sonrisa.

Miró sus labios, llenos y exigentes, y levantando una mano dibujó su perfil masculino y perfecto trazando una línea desde su entrecejo hasta sus labios.

—Cariño, por mucho que disfrute teniéndote entre mis brazos, tu silencio me está matando…

Didie le regaló una de sus sonrisas infinitas y lo besó con toda el ansia y el anhelo contenidos durante aquellas semanas. En cuanto sus labios se encontraron, cada célula de su cuerpo lo reconoció como suyo; su amor, su hogar, su vida, su futuro y supo que jamás podría separarse de él.

—Sí, Will, me casaré contigo —contestó justo antes de perderse de nuevo en su mirada.

—Perfecto. Y ahora, dame esa boca de cereza —le ordenó frente a sus labios.

Didie lo besó como si fuesen los únicos pasajeros del vuelo y Will la apretó contra su cuerpo mientras el resto del pasaje coreaba entre aplausos y silbidos aquel dulce beso.

FIN

LORRAINE COCÓ

Besos de mariposa

Pink Ladies 2

BESOS DE MARIPOSA

CAPÍTULO 1

“Dejé caer mi corazón, y mientras caía te levantaste para reclamarlo. Estaba oscuro y yo estaba acabada, hasta que besaste mis labios y me salvaste.”

Set fire to the rain, Adele.

—¿Cuánto tiempo crees que seguirán dando vueltas en ese maldito tiovivo antes de bajar? —preguntó Gina mirando con exasperación su reloj de pulsera.

Se cruzó de brazos y ojeó a su nueva ayudante, Penélope, que a pesar de su pregunta seguía mirando la atracción cual niña fascinada por las luces y colores de aquel artefacto del demonio. La chica era brillante; joven, pero brillante. Y estaba claro que necesitaba espabilar un poco. Aún era demasiado impresionable y le faltaba la dureza necesaria para el competitivo mundo en el que se movían. Como agente literaria debía parecerse más a un tiburón que a la pintoresca pececilla de colores a la que le recordaba en ese momento; con su vestido verde manzana y aquellos accesorios salmón en muñecas, cuello y cabello.

— ¡Penélope! —la llamó alzando la voz.

La joven dio un respingo y se llevó una mano al cuello, azorada. Tan asustadiza como un conejillo, acarició las cuentas redondas de su collar, con nerviosismo. Gina no se molestó en ocultar una sonrisa divertida ante su reacción.

—Perdone, señorita Walters, ¿qué me decía? —Ruborizada hasta el cuero cabelludo la joven se giró hacia ella.

—Te preguntaba, que cuánto tiempo crees que seguirán dando vueltas. Cuarenta minutos girando no deben ser buenos para una mente normal. Si William se queda tonto después de esto, no conseguiré que escriba otro *bestseller* —farfulló mientras cambiaba el peso de pierna y

posaba las manos en las caderas, sopesando la posibilidad de ir a detener el tiovivo, aunque con ello interrumpiese la sesión de fotos de la boda entre William y Didie.

Los observó unos segundos. Se les veía tan felices y radiantes que eclipsaban los brillos de la diabólica atracción. Tenía que reconocer que jamás había visto tan feliz a su amigo y cliente como este último año. Y solo por eso merecía la pena verlo dar vueltas y más vueltas como un colegial, mientras besaba a su recién estrenada esposa y posaba para las fotos con su hermano menor en plan camaradas.

Sí, presenciar el cambio de vida de William la convertía en una privilegiada. También estar disfrutando de la mejor gira que había organizado en su carrera. William, tras conocer a "su musa", y ahora esposa, había escrito la novela más increíble que ella hubiese leído jamás. Desde el momento en el comenzó a leer aquel manuscrito tuvo claro que llegaría a lo más alto. Y así había sido. Las entrevistas, los premios, las firmas y eventos, apenas les habían dejado tiempo libre durante aquellos últimos siete meses, tras la publicación del libro. Por eso la pareja había tenido que retrasar la boda hasta su regreso a San Francisco. Y así estaban, a punto de finalizar la gira de promoción. Tan solo restaban un par de eventos allí mismo, tras los que se podrían tomar un par de semanas de vacaciones. Tampoco más, pues su cartera de clientes había subido a la par que la carrera de William. Por eso había decidido contratar a Penélope.

Disfrutaba del mejor momento de su carrera y su trabajo la llenaba por completo. Por eso, y solo por eso, estaba dispuesta a dejar que aquel par de empalagosos tortolitos estuviesen girando en el tiovivo unos minutos más. Marguerite, la mejor amiga de la novia, y ella, habían organizado aquel evento para que todo funcionase con la precisión de un reloj suizo. Y aún quedaba mucho por hacer aquel día: el banquete, la fiesta, una pequeña recepción con los periodistas… Al menos la sesión de fotos estaba a punto de terminar y tenía que reconocer que por momentos había disfrutado de ver a su amigo hacer todas las extravagancias imaginables, como cuando se fotografiaron besándose mientras abrazaban los árboles del parque. Ese, sin duda, iba a ser un momento para la posteridad.

Sonrió con pereza y suspiró, cerciorándose antes de que nadie la observara en una actitud

tan “blandita”.

—¡Gina! Está cayendo el sol, creo que deberíamos ir encendiendo los farolillos que llegan hasta la carpa de cristal —propuso Marguerite mientras subía por la pradera hasta su posición.

—Sí… por supuesto. Ahora mismo ordeno que lo hagan —contestó tomando de las manos de Penélope la carpeta con los datos de la organización del evento—. ¿Los músicos están ya listos?

—En sus puestos —respondió Marguerite.

Gina no levantó la vista de los papeles.

—¿Y tu novio tiene preparado todo lo del *catering*?

—También. La comida está lista, Vince está realmente inspirado esta noche —dijo la francesita entusiasmada—. Quiere que todo sea perfecto, no solo por la boda. Es nuestro último día todos juntos antes de irnos a París. Ese curso que Vince tiene que impartir de pastelería nos mantendrá alejados un año entero.

Marguerite bajó el tono, indudablemente emocionada.

—Seguro que también será duro para Didie. He podido comprobar que te quiere como a una hermana.

— *Je l'adore aussi* —dijo la francesita girándose a mirar a Didie, y en su rostro se reflejó todo el cariño que le profesaba.

Las alarmas de Gina se pusieron en marcha. Huía de los dramas. No le gustaban las emociones ni las demostraciones públicas de las mismas.

—Bueno, todo irá bien, estoy segura. —Respiró impaciente.

Necesitaba volver al tema de la organización. Ya era bastante estresante que la pareja hubiese decidido celebrar la boda en el Golden Gate Park en lugar de en uno de los lujosos salones de cualquiera de los hoteles más elegantes de la ciudad, como para que encima algo saliese mal. Aunque a ellos no parecía preocuparles demasiado los detalles de la celebración,

Gina jamás habría consentido que algo escapase a su control, aguando la fiesta. Por suerte, Marguerite había resultado ser una colaboradora asombrosamente eficaz. Con muchas ideas brillantes y excelente gusto. Por no mencionar que su novio era uno de los *chefs* más prestigiosos de la ciudad, además de buen amigo de la novia. Así que aquella celebración, a pesar de su extravagancia, iba a ser "casi" lo que ella habría esperado para la boda de William y Didie.

Desde su posición hizo señales para que el personal contratado encendiese la iluminación de las carpas del banquete y de la zona de baile. Con paso resuelto se dirigió al tiovivo para avisar a la pareja de novios que su tiempo de dar vueltas como colegiales había finalizado.

—No te has fotografiado con nosotros, ¿por qué no subes y nos acompañas en la última? —le preguntó Didie nada más verla aproximarse.

—¡Oh, no… no… no! ¡Ni hablar! Lo que tenéis que hacer es bajar vosotros, ya es tarde. Tenemos un programa —apuntó Gina.

Evitando mirar a la novia directamente, desvió su atención hacia los papeles que tenía en sus manos.

En aquellos meses de gira en los que había convivido con Didie se había dado cuenta de lo fácil que era caer en sus mágicas redes de persuasión. No sabía cómo lo hacía, pero siempre terminaba por conseguir lo que deseaba. Y por nada del mundo quería acabar como aquel par de tortolitos, haciendo el tonto en el tiovivo.

—Creo que deberías bajar a por ella, cariño. —William, detrás de su esposa, abrazándola como si temiese que se le fuese a escapar, instó a su musa a ir a por Gina.

—¡No seas idiota, William! Tenemos un programa que seguir. Todo el personal está preparado, aguardando a que terminéis de una vez con esta excentricidad… —Gina no pudo acabar su protesta porque Didie ya había bajado de la atracción y llegaba hasta ella—. ¿Cómo puedes andar por el césped con esos tacones de vértigo? —preguntó a la novia cuando llegó hasta ella.

—No es cuestión de equilibrio, sino de saber mover las caderas —dijo Didie, contoneándose con una gran sonrisa—. Y ahora que te he desvelado el mayor de mis secretos,

ven con nosotros.

—¡No pienso hacerlo! ¡Ya os lo he dicho, tenemos un programa que seguir!

Se mantuvo en sus trece.

—No te lo estoy preguntando…

Gina parpadeó un par de veces, alucinando ante el comentario.

—… Las fotos son para recordar los mejores momentos de nuestra vida. Los más felices, aquellos que esperamos sean imborrables. Y sobre todo para, años después, revivir la felicidad que nos produjo compartirlos con los que más queremos. Gina, tú eres familia, nuestra familia, y tienes que estar en nuestros momentos imborrables.

Gina se perdió un segundo en la mirada castaña de la chica y tragó saliva. ¡Maldita fuera ella y su poder de persuasión! Podía haber dicho mil cosas, pero había apelado al cariño que se tenían. ¡Era una bruja! Una bruja dulce y adorable, y a pesar de no querer doblegarse terminó por sonreírle y aceptar con un casi imperceptible movimiento de cabeza, que Didie tomó como el más entusiasta asentimiento.

La tomó de la mano y tiró de ella hacia la atracción. Estaba a punto de subir a aquel aparato del demonio cuando su teléfono móvil sonó, haciendo que se sintiese salvada por la campana.

***

No podía describir cómo se sintió. El pulso le temblaba y un sudor frío perló su frente nada más escuchar las palabras de su madre al otro lado de la línea telefónica. Shannon Kirkland jamás se había caracterizado por ser cauta a la hora de dar noticias, siempre había carecido de la empatía necesaria para evitar herir a los demás. Y no había deshonrado su fama ni para anunciarle la muerte de su propia madre, la abuela de Gina, de un infarto cerebral.

Tras comunicarle el fallecimiento de la abuela Jo, el resto de palabras que salieron de labios de su adusta madre fueron recibidas como quien escucha el parte meteorológico del día en la radio de camino al trabajo. Errática, sostuvo el teléfono en su oído sin prestar atención. Ni siquiera fue consciente de que minutos más tarde dejaba de hablar y aguardaba en silencio una

respuesta.

—¡Gina! ¿Me has oído? ¡Tienes que ir a Bellheaven lo antes posible!

—¿Cómo? Sí… claro —dijo mecánicamente, aún medio ausente.

La abuela Jo… Hacía apenas tres semanas que había hablado con ella por teléfono. Una vez más, y tras una larga conversación sobre libros y lo mal que le parecía que una mujer como ella, en la treintena ya, siguiese soltera, le había insistido en que fuese a verla pronto. Y Gina, como en el resto de ocasiones, la había invitado a ser ella la que fuese hasta San Francisco para pasar unos días juntas. Y ahora su madre le anunciaba que había muerto. Su única familia, además de sus padres, ya no estaba…

—¿Cuándo salimos? —consiguió preguntar, sin terminar de asimilar la noticia.

—Yo no voy a ir. Tienes que ocuparte tú de todo: el entierro, hablar con el abogado… Imagino que el viejo Marty Pullman seguirá llevando sus asuntos. Nunca confió en nadie más para llevar sus papeles. Era una anciana cabezota y testaru…

—¡No! ¡Detente, mamá! ¿Cómo que tú no vienes? ¡Es tu madre! Sé que nunca os llevasteis bien, pero eras su única hija. ¡Tienes que ocuparte de esto!

—No nos llevábamos bien porque era una persona insopor…

—No sigas por ahí. ¿Ni siquiera ahora que ya no está vas a dejarlo? ¡No me lo puedo creer! —protestó enfadada.

Posó una mano sobre su frente húmeda y helada e intentó mantener la calma a pesar de las ganas que tenía de estrangular a su madre en aquel momento. No podía creer que incluso tras la muerte de su abuela, quisiese mantener el hacha de guerra en alto. Estaba a punto de perder el control y miró a un lado y a otro con la esperanza de que nadie se diese cuenta de lo alterada que estaba. No tuvo suerte: Didie, William, el hermano de Will, Marguerite y Penélope la observaban con expectación.

—No tengo que darte ninguna explicación, pero si lo que quieres es enfrentarte a mí te diré que no puedo ocuparme de los asuntos concernientes a la muerte de tu abuela porque tengo que atender a tu padre. Ya sabes que está delicado de salud, y veo totalmente innecesario que

vayamos las dos para un par de asuntos legales que habrá que resolver.

—Mi padre no necesita supervisión diaria, puede estar unos días sin ti perfectamente. Es posible incluso que agradezca un respiro. ¡Menuda excusa barata!

—No te atrevas a decir una cosa semejante. Jamás te has puesto en mi lugar. Siempre la defendiste a ella. ¿Crees que no sé que hablabais con frecuencia? ¿Que una vez al año pasabais unos días juntas aquí mismo, en San Francisco?

Gina guardó silencio unos segundos. Su madre tenía razón. Había mantenido el contacto con su abuela y no pensaba que fuese un crimen haberlo hecho. Tampoco creía tener que justificarse. Ella decidió apartarse de su vida, que abandonasen su población natal, Bellheaven, en Carolina del Norte, y se marchasen a San Francisco, una ciudad que, según su progenitora, les ofrecería la vida que merecían. Lejos de mentes cerradas y pueblerinas. Y con ella había arrastrado a su padre y a Gina, separándolos de su mundo, sus amigos, su familia.

Definitivamente, no iba a justificarse.

—¿Ni siquiera vas a ir a presentarle tus respetos?

El silencio al otro lado de la línea telefónica dejó claro a Gina que su madre estaba perdiendo la paciencia.

—Solo necesito saber si vas a ir o no. De lo contrario enviaré a un abogado a ocuparse de todo. Quiero solucionar todos los temas legales y vender la casa cuanto antes. Ninguno de nosotros tiene interés en volver a ese pueblo, por lo que veo una necedad no resolverlo lo antes posible.

La frialdad con la que su madre trató el tema, como si hablasen de una mera transacción, le heló la sangre en las venas.

—Yo me ocuparé de todo. Ella no merecía menos. Aun sin estar frente a ella, Gina podía percibir el rictus severo y torcido de su madre ante aquel comentario—. Y ahora, si me disculpas, te dejo. Tengo asuntos importantes que atender en este momento. Dale un beso a papá de mi parte, y cuídate mamá. Te informaré cuando todo esté solucionado.

Gina dio por finalizada la llamada y dejó caer el brazo con el que sostenía su móvil como si, de manera súbita, este pesase toneladas. Cerró los ojos e intentó respirar con profundidad, pero no lo consiguió. El oxígeno le dolía en el pecho. Tembló ligeramente cuando sintió una mano posarse en su hombro.

—¿Te encuentras bien?

Gina abrió los ojos para observar a Didie, frente a ella, con expresión preocupada.

—No lo sé…, mi abuela… ha fallecido —dijo sin expresión en la voz.

—¿Tu abuela Jo?

Durante la gira del libro de William, Didie y Gina habían tenido oportunidad de hablar de sus familias.

—Lo siento mucho, Gina —le dijo la chica acercándose a ella con la intención de abrazarla, pero Gina dio un paso atrás levantado las manos.

—Estoy bien, estoy bien. Solo necesito… volver a respirar…

CAPÍTULO 2

«El orgullo puede soportar mil obstáculos. El fuerte nunca caerá.

Pero de ver las estrellas sin ti, mi alma llora.

Mi corazón exaltado está lleno de dolor

porque te estoy besando…»

***Kissing You,* Des'ree**

«Tengo que organizarme, solo tengo que organizarme», se dijo a sí misma, resoplando tras arrebatar a Penélope de las manos casi todas sus agendas y carpetas.

Había esperado hasta ver a la parejita llegar a la carpa de cristal en la que se celebraba el banquete. Los invitados ahora podían relajarse y disfrutar de la celebración, perfectamente sincronizada.

Se colocó al fondo de la carpa, en una mesa apartada, y desplegó todo su material de trabajo. Necesitaba un plan; un plan que le permitiese terminar aquella celebración con éxito, concluir el final de la gira de William e ir a Bellheaven a hacerse cargo de todos los temas relacionados con la muerte de su abuela.

Nada más pensar en su viaje, un nombre se abrió paso en su mente por encima del batiburrillo de pensamientos que la acuciaban.

Justice.

Era una estupidez recordarlo en aquel momento, aunque fuese el protagonista del último recuerdo que tuvo allí. Aunque lo fuese del noventa por ciento de su infancia. Con total seguridad él no estaría en el pueblo. Recordaba las conversaciones que habían tenido y, en la mayor parte de ellas, él le había insistido en las ganas que tenía de salir de su población natal. Recordaba las discusiones entre ambos por aquel tema, cuando apenas tenían nueve y diez años de edad. Gina quería quedarse allí; Justice, marchar y buscar aventuras en alguna gran metrópoli.

Recordar sus ojos grises, sus mejillas pecosas y su mirada entornada y ladeada cuando sonreía le produjo una extraña sensación en el estómago.

Sí, definitivamente era estúpido recordar a Justice en ese momento. Sobre todo, cuando tenía tantísimo por organizar.

—¿Qué haces? —le sorprendió la voz de William a su lado.

Un segundo más tarde su amigo se acomodaba en una silla, junto a ella. Se aflojaba la corbata y posaba una mano sobre la suya en la mesa.

Gina se quedó mirando sus manos unidas un momento. William era una de las pocas personas con las que tenía contacto físico. Ella no se prodigaba en afectos y demostraciones de cariño con los demás, pero Will la conocía bien. Habían sido pareja hacía un par de años y, aunque su relación no funcionó, siempre serían amigos. Él sabía cómo era. Sabía leer sus expresiones y le había demostrado siempre su apoyo. Por eso era tan difícil estar junto a él en ese momento, cuando se sentía embargada por sensaciones tan contradictorias e inesperadas. Notaba que estaba perdiendo el control, cuando se esmeraba porque cada aspecto de su vida se mantuviese en su sitio, bajo su lupa.

—¿Cómo te sientes?

—Hoy lo importante es saber cómo os sentís Didie y tú —contraatacó Gina intentando desviar la atención de sí misma.

William sonrió y cabeceó, negando.

—No vas a cambiar nunca, ¿verdad? —le dijo sonriendo.

—Espero que no —contestó devolviéndole una sonrisa cansada.

—Bien, pero esto no te va a servir. Nosotros estamos bien. Es el día más feliz de nuestras vidas, o casi, porque sabemos que nuestra amiga no está tan bien como nosotros y no puede compartir nuestra felicidad.

—Comparto vuestra felicidad. Soy muy feliz por vosotros.

—Pero tu abuela…

El aire se volvió espeso para Gina de repente.

—Gina, no deberías estar haciendo nada de esto ahora —le dijo su amigo comenzando a recoger las agendas y carpetas de la mesa.

—¡No, no, no, no…! ¡No puedes hacer eso! Tengo que organizar la gira, Will… —protestó exaltada.

—No tienes que organizar nada. Controlas esta gira desde hace meses. Sabes lo que hay que hacer en cada minuto. Está todo apuntado en esas libretitas y agendas tan monas, con tanto detalle que hasta un niño de cinco años podría seguirlas. ¿Crees que tengo menos cabeza que un niño de cinco años?

—¡Oh! ¡No me lo pongas tan fácil, Will! —Gina le sonrió con pereza.

—Es cierto, te lo he servido en bandeja. Pero ahora vamos a hablar en serio. Didie, Penélope y yo podemos seguir tus indicaciones al pie de la letra. Solo quedan dos eventos de esta gira y después nos vamos a tomar unas vacaciones. No pasa nada, tú te las tomas antes y nosotros nos ocupamos del resto.

William la miró a los ojos e intentó infundirle la seguridad que ella necesitaba.

—Está bien, imaginemos por un momento que estás en lo cierto, que vosotros os podéis ocupar de los dos eventos que quedan para finalizar la gira. ¿Qué pasa con el resto de mis clientes?

—El resto de tus clientes esperará. Faltan unos días para Acción de Gracias. Estamos en fiestas, y te aseguro que no es el mejor momento para firmar contratos. Tienes a Penélope…

—Está verde…

—Puede ser, pero seguro que está más preparada de lo que estás dispuesta a aceptar. Apostaría mi mano derecha a que tampoco le has dejado demostrártelo. No te revelo nada nuevo si te digo que eres una mujer controladora que necesita hacerse cargo de todo. Pero también eres una de las mujeres más inteligentes que conozco. Si contrataste a Penélope es porque viste en ella a una chica con mucho potencial, que podría triunfar como agente literaria. Pero aún no le has dado las responsabilidades suficientes para que te lo demuestre.

Gina torció el gesto. No podía negar ninguna de las suposiciones de William, pues así

había sido. Bajó la mirada a sus carpetas y agendas amontonadas por Will, y después levantó el rostro para observar a Penélope. Como ayudante suya no tenía por qué estar colaborando con la organización de la boda. No estaba entre sus funciones. Pero allí estaba, algunas mesas más adelante, charlando con Marguerite y señalándole cómo debían disponerse las mesas de los regalos, los postres y por dónde debía salir el personal del catering para que el servicio fuese lo más fluido posible.

Sí, seguía pareciendo una pececilla de colores, pero era una pececilla armada con una carpeta de programación y la determinación de una misión por cumplir. Tal vez podría confiar en ella durante un tiempo. Seguro que el mundo no se acabaría porque estuviese ausente unos días.

—Bien, quizás tengas razón y me esté preocupando más de lo debido —confirmó ella.

—O tal vez prefieras preocuparte por el trabajo para no pensar en el hecho de que acabas de perder a un familiar muy querido y especial para ti… —dijo Didie llegando hasta la mesa.

El aire volvió a faltarle en los pulmones. Didie se sentó a su lado y la miró con preocupación.

—Puedo resolver los temas legales de mi abuela sin problemas. Habría preferido que lo hiciese mi madre, pero está claro que eso no va a pasar.

—Sé que puedes ocuparte de los temas legales, nadie es tan profesional y eficiente como tú, pero no me refería a eso, Gina —le dijo la novia buscando su mirada.

—Pues eso es lo único que me preocupa —contestó ella recogiendo las cosas de la mesa.

—Gina, tu abuela acaba de morir. Es lógico que necesites llorar su pérdida…

—Yo no lloro, Didie. No me hace falta. Estoy bien —las palabras de Gina salieron de sus labios tensas como las cuerdas de una guitarra. Enderezó la espalda y adquirió su pose más profesional. Se levantó de la mesa y estiró la falda de su elegante traje gris perla—. Y ahora, vamos a celebrar una boda. Este es un gran día.

Tras estas palabras, William y Didie la vieron marchar en dirección a Penélope y volver a asumir la organización del evento. La pareja de recién casados se dio la mano y miró a su amiga con preocupación.

—Bien —suspiró Didie—, obedezcamos a la señorita organizadora por esta noche. Nada va a hacer que cambie de opinión. Mañana será otro día.

—Sí, mañana será otro día, pero esta noche, señora James, vamos a hacer que sea inolvidable —dijo William a su esposa, tomándola de la silla, en brazos.

Y cubriendo sus labios de cereza, la besó apasionadamente.

CAPÍTULO 3

«Bésame rápido, y haz que mi corazón se vuelva loco.

Suspira y susurra… Oh… en voz baja.»

***Kiss Me Quick*, Elvis Presley**

Justice terminó de abrocharse los botones de la camisa del uniforme y la introdujo con pulcritud bajo el pantalón. Se revisó en el espejo de su cuarto, cerciorándose de que no le faltaba nada. Se ajustó el cinturón y sacó la pistola del primer cajón de su mesilla de noche, cerrado con llave. La guardó en la cartuchera y miró el reloj de pulsera para comprobar que ya se había retrasado cinco minutos. Esperaba que Nicole no le diese muchos problemas aquella mañana. Respiró un par de veces con profundidad y fue hasta el cuarto de la niña, rezando para encontrarla en la cama. Pero en cuanto abrió la puerta de madera blanca con su nombre anunciado en letras rosas y purpurina azul, supo que no iba a ser así.

Nicole no estaba.

Al menos había intentado dormir en su cama; la colcha, manta y sábanas estaban revueltas. Se pasó la mano por el pelo, intranquilo. No sabía qué más podía hacer. Había hablado con ella de todas las formas posibles, pero no había conseguido ayudar a su sobrina.

Con paso lento se dirigió hasta el armario con puertas de lamas y, sigilosamente, la abrió. Encontró a la niña allí, acostada en el suelo, bajo la ropa colgada. Hecha un ovillo en el interior de su saco de dormir, abrazada a Mary Cooper: una conejita de peluche blanco ataviada con una brillante faldita de bailarina y un sombrero de copa negro. El juguete fue un regalo de su madre cuando la niña era apenas un bebé y desde entonces había dormido con el ya desvencijado muñeco cada noche. Y la acompañaba a todas partes en el interior de su mochila. Una linterna y un libro eran el resto de los tesoros que guardaba a su lado.

Se agachó frente a ella y tomó el libro del suelo. *Mujercitas*, de Louisa May Alcott. Lo

reconoció enseguida. Era uno de los libros favoritos de Anette, su hermana mayor y madre de Nicole. Ambas lo habían leído tantas veces que algunas páginas parecían a punto de deshacerse al tocarlas.

—¡No lo toques! ¡Lo puedes romper! —le gritó la niña abriendo los ojos.

Lo observó con expresión huraña.

—No voy a romperlo.

—No lo sabes, si sigues tocándolo así puede que lo hagas, y entonces lo perdería para siempre…

Bajó el tono al pronunciar las últimas palabras y el corazón de Justice se encogió en su pecho dolorosamente, pero por el bien de su sobrina su gesto no cambió un ápice. Con cuidado, depositó el libro sobre el escritorio de Nicole y se giró hacia ella con una sonrisa apagada.

—Voy a preparar el desayuno, te espero abajo. Hoy te llevo yo a la escuela.

—No tienes que hacerlo, puedo ir en el bus —se quejó ella.

—Lo sé, pero prefiero llevarte yo. ¿Qué sería de mis días si no pudiese comenzarlos con nuestros incómodos silencios durante el trayecto?

Nicole le regaló una de esas miradas desafiantes que tanto le recordaban a su hermana. Anette se las había brindado desde niños, cada vez que él decidía, como buen hermano menor, sacarla de quicio.

—No eres gracioso. Al llevarme a la escuela con el coche de policía parece que llego arrestada.

—Si quieres te quito las esposas justo en la puerta. —Justice se cruzó de brazos esperando que saltase.

—Lo dicho, muy gracioso, tío Justice. Cuando termine tu carrera como policía puedes dedicarte a la comedia.

—Siempre y cuando seas tú la que me dé las réplicas en el escenario, estoy de acuerdo —le contestó ensanchando la sonrisa.

Nicole, al ver que su tío lejos de enfadarse la encontraba divertida, se apartó el cabello del

rostro con un resoplido y salió del armario abrazada a Mary Cooper.

—Voy a preparar el desayuno. No te retrases, ya se nos ha hecho tarde —la avisó.

Salió del dormitorio y bajó las escaleras sin dejar de sonreír.

Le encantaba esa cría; su ingenio, su mente despierta y hasta su mal carácter por las mañanas. Nunca pensó que hacerse cargo de ella iba a ser tan gratificante y difícil a la vez. Siempre habían estado unidos, pero la perdida de Anette había sido muy dura. Nicole no terminaba de asumir que su madre no iba a volver a estar con ella. Como tampoco él podía creer que su hermana mayor, su única hermana, jamás volvería a traspasar las puertas de la casa. Que no volverían a compartir una cerveza en el embarcadero o que le revolvería el pelo por el simple hecho de fastidiarle, como cuando eran niños.

Cada uno de los días de aquellos últimos seis meses había sido doloroso. Y sabía que les quedaban muchos más para poder asumir su pérdida. Anette era el nexo de unión de su familia, que ya solo contaba con tres miembros. Ella hacía que todo funcionase bien, y ya no estaba. Desde entonces, su padre estaba más errático y silencioso, pasando todo el tiempo que podía en su tienda de pesca. Nicole encontraba nuevas formas de revelarse por su muerte, cada día. Y él intentaba lidiar con todo aquello sin prestar mucha atención al dolor que albergaba en su corazón. Solo quedaban ellos tres y debían ser fuertes para superarlo.

Justice siguió cavilando mientras llegaba a la cocina y ponía en la tostadora dos anchas rebanadas de pan, metía las verduras en la licuadora y encendía el fuego preparándose para hacer un par de platos de tortilla y salchichas.

Los olores matutinos de la cocina siempre le recordaban a la otra mujer de su familia que perdió, cuya muerte estuvo a punto de acabar con él. La de su madre. Aunque habían sido muertes muy diferentes. El asesinato de su madre fue una conmoción para todos de proporciones catastróficas. El único asesinato que se había producido en Bellheaven desde antes de nacer él. Y desde entonces, hacía quince años, este hecho no se había vuelto a repetir.

Justice acababa de cumplir diecisiete años cuando el jefe Tooley fue a su casa a notificarles que su madre había sido asesinada en la gasolinera del pueblo, por dos forasteros que, yendo de

paso, habían entrado a atracarla. Aquella mañana, Jenna, su madre, le había pedido que la acompañara a llevar algunas cajas de libros antiguos que tenían en el desván hasta la biblioteca, para donarlos. Pero él protestó y no quiso levantarse temprano, pues había salido con los chicos la noche anterior.

Le falló. La dejó sola. Y la mataron.

Durante años la imagen de su madre muerta sobre el suelo de la gasolinera lo atormentó hasta casi volverlo loco. Si no hubiese sido por su hermana Anette, ni su padre ni él lo habrían superado. Ella había sido su ancla. Los había devuelto a la luz, pero ya no estaba tampoco. Un agresivo y maldito cáncer de mamá se la había arrebatado hacía seis meses, con tan solo treinta y siete años, dejando una niña de diez que a duras penas conseguía dormir tres o cuatro horas cada noche desde entonces.

Mientras colocaba las tortillas en los platos y daba la última vuelta a las salchichas, tomó aire con dificultad e intentó devolver a su rostro la expresión relajada con la que había dejado a su sobrina minutos antes. Por nada del mundo quería que ella encontrase en su mirada el dolor que sentía. Bastante tenía con su propia carga. Unos segundos más tarde oía a la niña bajar por la escalera de madera, entrar en la cocina y sentarse en una de las sillas de la mesa, a su espalda.

—Ahora te pongo el zumo de apio —le informó mientras iba hasta la licuadora y comenzaba a vaciar el contenido de la jarra en el vaso de Nicole.

—No quiero zumo de apio. Esta semana lo prefiero de granada.

Justice se giró para observar a su sobrina. Se había puesto un peto vaquero, una sudadera rosa sobre una camiseta gris y botas negras de estilo militar. No se había molestado en pasar un cepillo por su largo y enmarañado cabello color miel, a juego con sus expresivos ojos.

—Si no lo deseabas de apio me lo tenías que haber dicho antes. La semana pasada no lo querías de otra cosa.

—Eso era la semana pasada, entonces necesitaba depurar mi intestino. Esta quiero actuar contra los radicales libres. ¡Necesito antioxidantes! —le dijo la niña levantando la nariz.

Cuando depositó el vaso de zumo de apio frente a ella, se limitó a apartarlo a un lado.

Justice miró al techo con desesperación y comenzó a contar mentalmente hasta diez mientras se juraba por enésima vez que, al regresar de su turno aquella noche, lo primero que haría sería desconectar Internet del ordenador de su sobrina. Hacía algunas semanas que Nicole empleaba gran parte de su tiempo en leer artículos en la red sobre alimentación, salud y la conveniencia o inconveniencia de algunos alimentos, lo que a él le estaba acarreando bastantes trastornos a la hora de las comidas.

Sabiendo que estaba a punto de comenzar con el segundo asalto del desayuno, colocó junto al zumo de apio el plato con salchichas. Nicole arrugó inmediatamente la nariz como si estas apestasen.

—Yo ya no como carn…

Justice levantó una mano para detenerla antes de que continuase. Puso el plato con la tortilla, acompañada de algunas rodajas de tomate, frente a ella.

—No son para ti. Me he cansado ya de la cantinela esa de que la carne mata. No las comas si no quieres. Ya me las comeré yo todas por ti.

Nicole vio a su tío sentarse frente a ella con una gran sonrisa. Se cortó un buen trozo de humeante salchicha y lo introdujo en la boca, paladeándola. Lo vio incluso cerrar los ojos y degustarla con descaro. Después tomó un trozo de pan caliente, lo metió en su boca y lo engulló con la salchicha, con los carrillos llenos. Cuando terminó de tragar pinchó otro trozo y la miró, antes de meterlo en su boca, para decirle:

—¡Mmm… deliciosa, absolutamente deliciosa! Pero ¡vamos! Tómate la tortilla, se nos hace tarde —la instó.

Nicole le observó volver a degustar la salchicha y tragó saliva; después resopló frustrada mientras veía su tortilla en el plato y comenzó a comerla sin muchas ganas. No pensaba protestar. Había leído que la carne producía cáncer y no iba a volver a probarla, aunque aquella oliese tan bien. Así que se centró en terminar la insípida tortilla lo antes posible, aunque se dejó el zumo de apio a propósito, para reivindicar su protesta. Cuando terminó, se levantó de la silla y tomó su plato para dejarlo en el fregadero.

—Pásate un cepillo por el pelo, parece que tienes un nido de pájaros por cabeza. ¡Y lávate la cara y los dientes!

—Sí, tío Justice —fue la respuesta de la niña mientras salía de la cocina.

Él dejó inmediatamente de desayunar y miró en la dirección en la que su sobrina se había marchado. Entornó su mirada gris hasta que convirtió sus ojos en dos líneas suspicaces. «Complacencia», le había contestado con complacencia. ¡Mierda! Nicole no tramaba nada bueno. Iba a tener que estar ojo avizor hasta descubrir lo que pasaba por su mente. Miró su plato y descartó seguir devorándolo con gusto. Ya había perdido el apetito. Lo único en lo que podía pensar era en averiguar los planes de su pequeña guerrillera.

Pero se había equivocado. Tras dejar a Nicole en la escuela se dirigió, como cada mañana, al Sugarland, un establecimiento que regentaba Tori, la mejor repostera del estado. Iba allí cada mañana para obtener su ansiado y perfecto café. Bien negro, fuerte y aromático. Era una variedad que Tori pedía para él, salvándole la vida cada mañana. Y como era lunes también llevaría una bandeja de deliciosos dónuts rellenos a la comisaría, que seguro sus chicos estaban aguardando ya con impaciencia.

Estaba degustando su preciado café cuando le formularon por primera vez la pregunta que lo perseguiría el resto del día:

—Oye, Justice, ¿sabes si vendrá Gina al entierro de su abuela?

La sorpresa al escuchar el nombre de Gina y la posibilidad de que esta apareciese por el pueblo, tras dieciséis años, dos meses, y… contó mentalmente… nueve días desde su marcha, hizo que se le atragantase el café. Consiguió terminar de tragar, dolorosamente, justo para ver al cartero del pueblo a su lado. Le había posado una mano en la espalda mientras aguardaba una respuesta.

—No tengo la menor idea, señor Jenkins. Y no sé, la verdad, por qué imagina que podría estar yo en disposición de esa información —le contestó, esforzándose por ofrecerle una escueta sonrisa.

—Bueno, chico. Gina Walters siempre fue tu mejor amiga. Ibais juntos a todas partes. Me

atrevería a decir incluso que erais inseparables.

—Cuando éramos niños…

—Algunas cosas nunca cambian —apuntó el hombre con una gran y bonachona sonrisa.

—Bien, pues esto sí. No he vuelto a saber nada de ella desde que se marchó con quince años. Y teniendo en cuenta que no ha vuelto desde entonces, dudo que vaya a hacerlo ahora. Imagino que su madre enviará a un abogado a solucionar los temas de la abuela Jo.

—¿Tú crees que Shannon haría tal cosa? —Fue el turno de Tori para sumarse a la conversación, desde el otro lado de la barra.

Y un par más de presentes lo terminaron de rodear.

Justice resopló. Odiaba los cotilleos y acababa de convertirse en el centro de uno.

—No lo sé, Tori. Todo hace pensar que sí, la señora Walters no se llevaba bien con su madre y por eso se fueron del pueblo. Si no han vuelto a mantener contacto durante estos años no veo por qué tendría que venir ahora.

—¡Pero era su madre…! —añadió Tori.

—¡Y ella su única hija! —se sumó el señor Jenkins.

—Lo sé. Pero estoy seguro de que mañana no faltará gente de este pueblo que la recuerde con cariño durante el entierro. Era muy querida y apreciada. Estaremos los que tenemos que estar. Los demás, sobran.

Apuró el resto de su café de un trago.

—Y ahora, si me disculpáis, me voy a la comisaría. Me llevo los dónuts, Tori —añadió tomando la caja del mostrador—. Que pasen buen día, señores —se despidió ya en la puerta, antes de marcharse con celeridad.

Una vez en el coche volvió a respirar, llenando los pulmones por completo antes de arrancar el motor. Apenas había una docena de calles desde la pastelería hasta la comisaria, pero cada una de ellas se le hizo interminable. No quería pensar en Gina. De hecho, era el último pensamiento en el que quería que se detuviese su mente. Ya lo había hecho durante demasiados años, cada vez que estaba en algún sitio que le recordaba a ella, a su mirada, a su risa, a las cosas

que vivieron juntos… Y había sido muy difícil dejar de hacerlo, pues cada rincón de aquel pueblo guardaba un recuerdo para ellos. No en vano, como bien había dicho el señor Jenkins, habían sido inseparables durante su infancia. Pero de eso hacía muchos años. Se había acabado y no pensaba volver a abrir aquel capítulo de su vida. Y mucho menos por las absurdas suposiciones de los vecinos del pueblo.

Con la resolución de olvidar aquel tema llegó hasta la comisaría, aunque decidirlo había sido mucho más sencillo que hacerlo: durante toda la mañana, cada vez que tuvo que salir de la comisaría, e incluso en la seguridad de su despacho, tuvo que escuchar, al menos una docena de veces, la misma pregunta de los labios de sus conciudadanos. Una y otra vez, de manera incansable, se empeñaban en preguntarle a él en busca de respuestas.

Pero el momento exacto en el que supo que le esperaba una semana eterna fue aquel en el que decidió recoger a su sobrina de la escuela. Lo había dejado escamado aquella mañana y por experiencia sabía que era mejor tenerla vigilada de cerca en esos casos. Lo que no habría apostado en un millón de años era que, al subir a su coche patrulla, las primeras palabras que saldrían de sus labios serían:

—¿Quién es Gina? ¿Y por qué está todo el mundo tan interesado en saber si va a venir al pueblo?

CAPÍTULO 4

«Todavía recuerdo la mirada en tu rostro iluminada en la oscuridad… Las palabras que susurraste. Dijiste que me amabas, entonces, ¿por qué te fuiste lejos…?

Nunca pensé que tendríamos un último beso…»

***Last Kiss*, Taylor Swift**

Gina llegó al aeropuerto de Greenville a las 17:22 de la tarde, hora local, y no podía sentirse más cansada. Llevaba poco más de seis horas de vuelo en total. Había cogido dos aviones: el primero hasta Charlotte, donde tuvo que aguardar hora y cuarto hasta su siguiente vuelo, de una hora, que la llevó a Greenville. Entre los dos vuelos y las tres horas de diferencia horaria con San Francisco, parecía que había consumido todo el día. Ya había oscurecido y su viaje aún no había terminado. Tenía que alquilar un coche y emprender la última etapa de su viaje hasta Bellheaven.

Al pensar en su destino volvió a sentir que le faltaba el aire, tal y como le había pasado cada vez que había caído en ese pensamiento en las últimas veintiséis horas.

¡No podía dejarse llevar! ¡No podía dejarse llevar! Se reprendió mentalmente y comenzó a tamborilear con las uñas el mostrador de la agencia de alquileres de vehículos del aeropuerto. La chica que atendía el mostrador, que en ese momento contestaba una llamaba, la miró con el ceño fruncido, molesta con su intromisión. Gina detuvo sus dedos inmediatamente y le regaló una tensa e impaciente sonrisa. Por suerte, no tuvo que esperar mucho más. La llamada terminó a los pocos segundos y la chica la atendió con celeridad. Veinte minutos más tarde conseguía salir del aeropuerto e iba a por su coche de alquiler, un BMW Serie 3 Touring, bonito y confortable. Hacía mucho frío y se ajustó el abrigo mientras esperaba que un chico de la agencia le entregase las llaves del vehículo. En cuanto lo hizo, el mismo chico la ayudó a guardar su equipaje en el maletero. Dos grados marcaba el termómetro del salpicadero y se frotó las manos justo antes de

encender el motor y ajustar la calefacción. Esperaba que en pocos segundos se caldease el coche. Tomó el volante con firmeza y se dispuso a contar cada uno de los kilómetros que la separaban de su destino.

No fue lo único que hizo, también recitó todos los poemas que recordaba de T. S. Eliot, los nombres de los cien autores de la lista de *bestsellers* del momento, y enumeró los que le quedaban por leer. En definitiva, todo lo que se le ocurrió que podría distraerla de los pensamientos que amenazaban con invadir su mente una y otra vez; una mezcla de recuerdos compartidos durante la infancia con su abuela, los momentos que la convirtieron en la mujer que era y el rostro pecoso y dulce de su mejor amigo de la infancia. Sabía que no lo encontraría allí, pero tenía la misma certeza de que cada rincón del pueblo le recordaría a él. Si al menos no se hubiesen despedido como lo hicieron…

¡No podía pensar en eso!, volvió a reprenderse. Tenía que distraerse con otras cosas. Había conseguido mantener a raya el recuerdo de Justice los últimos dieciséis años y ahora… Hizo una mueca ante aquel pensamiento no del todo cierto, pero se enderezó en el asiento como si alguien pudiese verla. Ella era Gina Walters, una mujer fría, profesional e implacable. No se dejaba llevar por las emociones ni mostraba debilidad. Esa era la Gina que debían ver todos en el pueblo. La que mantendría entera frente a la tumba de su abuela. La que solucionaría los asuntos legales sin dudar. La que no sucumbiría al dolor ni al sabor a pérdida que sentía desde que supo de su muerte. Pestañeó un par de veces cuando temió que podría derramar alguna lágrima invocada por sus recuerdos y decidió poner algo de música. Pero mientras intentaba sintonizar alguna emisora local le entró una llamada en el móvil. Presionó el pequeño auricular de sus manos libres, insertado en su oído izquierdo, y contestó tras aclararse la voz.

—Gina Walters —respondió con tono firme.

—Buenas tardes, señorita Walters, siento molestarla durante su viaje… —oyó que comenzaba a decir Penélope al otro lado de la línea, con tono dubitativo, e inmediatamente la imagen de la pececilla de colores apareció ante ella.

Sonrió.

—Tranquila, Penélope, te dije que estaría disponible para lo que necesitases.

La chica no podría adivinar hasta qué punto agradecía que le diese la oportunidad de ocuparse de los asuntos del trabajo. Respiró con alivio y puso en marcha su faceta más profesional.

Justice acababa de dejar a Nicole en casa, con su abuelo. Él se ocuparía de lidiar con ella durante la cena y hacer que se metiese en la cama a una hora prudencial. Había pasado la tarde con la niña, en la biblioteca, ayudándola a hacer un trabajo de Geografía que tenía que entregar al día siguiente. Y que, a pesar de saber desde hacía una semana que así sería, ella había dejado para el último momento. Si hubiese sido un trabajo de literatura habría sido la primera en entregarlo, pero esa era la única asignatura por la que su sobrina mostraba interés, además de su clase de teatro.

Durante el tiempo que permanecieron en la biblioteca había intentado un par de técnicas de interrogatorio, no agresivo, para averiguar lo que tramaba su sobrina, pero no había conseguido progresar ni un poquito. Finalmente, completamente frustrado, decidió dejar a la niña en casa y sustituir a Scott Lansky, uno de sus agentes, en el turno de noche.

Una vez en la soledad de su vehículo, dio unas cuantas vueltas con el coche patrulla siguiendo su recorrido habitual de vigilancia, pero media hora más tarde se dio cuenta de que se había dirigido, sin pretenderlo, a las afueras del pueblo. A la carretera de acceso al mismo; concretamente, a un punto en el que había evitado detenerse los últimos dieciséis años. Aparcó a un lado y, dejándose caer en el asiento, vació sus pulmones preguntándose qué estaba haciendo allí. Inmediatamente las imágenes de aquella tarde, aquella que cambió todo entre Gina y él, inundaron su mente sin permiso.

Gina llevaba aquella camisa roja floreada, esa que solo se ponía cuando la obligaba su madre. Según ella era «demasiado fina y repipi». Sonrió al recordar cómo fruncía los labios cuando protestaba. El brillo desafiante de sus ojos, las ondas rebeldes de su cabello dorado y

salvaje y sus brazos cruzados frente al pecho en un gesto terco que a él le parecía de lo más gracioso. Pero aquella tarde no estaba molesta por llevar la blusa roja. Su enfado estaba provocado por algo mucho mayor: su vida acababa de cambiar irremediablemente. Al igual que la suya, que mutó junto a la de ella.

Recordó el momento exacto en el que descubrió que así había sido. Acababa de llegar a su casa, subía los escalones de dos en dos y casi estuvo a punto de pasar por alto el sobre celeste que había junto a la puerta. Pero algo lo hizo detenerse al apreciar la letra redondeada de la caligrafía de Gina en el centro del sobre. Lo tomó del suelo y lo sostuvo en sus dedos un segundo, preguntándose por qué la chica le habría dejado una nota en casa cuando habían quedado en apenas veinte minutos. En los pocos segundos que tardó en llegar a su cuarto se le pasaron por la cabeza varias teorías, pero ninguna lo preparó para descubrir que aquella era una carta de despedida. Gina se marchaba del pueblo. Obligada por sus padres y de manera inmediata.

No podía creerlo. La mera posibilidad de que el contenido de esa nota fuese real le generó un nudo en el pecho tan doloroso que amenazó con hacérselo estallar. Se vio petrificado frente al papel. Y después comenzó a respirar con dificultad. Entonces decidió salir corriendo de allí, buscarla y que ella le dijese que solo había sido una broma pesada.

No recordaba cómo había llegado hasta la casa de Gina, solo que corría tanto como sus piernas eran capaces de soportar. Pero, aun así, a su llegada, solo atinó a ver la parte trasera de la ranchera del señor Walters alejarse por el camino de tierra en dirección a la salida del pueblo. Decidió entonces atajar por la arboleda que bordeaba la carretera y así intentar interceptar el vehículo antes de que abandonase la población. No sabía lo que haría cuando lo consiguiese. No se paró a pensar que nada de lo que hiciese impediría su marcha, así que corrió y corrió como si su último aliento dependiese de que consiguiese alcanzar ese coche. Y lo hizo.

Justo tras la última curva del camino, bajó derrapando el sendero y se colocó frente a él. El señor Walters tuvo que dar un estrepitoso frenazo para no atropellarlo. Oyó a la madre de Gina gritar. A su padre saliendo a cerciorarse de que no le había causado ningún daño, pero él solo

prestaba atención a la chica que bajó del coche y corriendo se lanzó a sus brazos con los ojos brillantes por las lágrimas. La estrechó con fuerza, la pegó a su cuerpo como no había hecho en aquellos diez años de preciosa amistad que habían compartido. Olió su cabello y lo acarició pegado a su hombro, sintiendo su aliento entrecortado contra el cuello. Y, sin saber cómo, se escuchó a sí mismo pronunciando las palabras que había guardado durante tantos años en su corazón: «Gina, te quiero». Lo dijo en un susurro tan quedo que creyó que ella no lo habría oído, hasta que levantó el rostro y lo miró con los ojos muy abiertos. Inundados de una mezcla de incredulidad y fascinación. Estaba tan hermosa que no dudó en hacer lo que durante tanto tiempo había deseado.

La besó en los labios.

Todo su cuerpo despertó para ella en ese momento. Se sentía a punto de estallar por las emociones que lo poseían y se separó de ella antes de verse consumido sin remedio. Jamás olvidaría su rostro en aquel momento. Su mirada, el sabor de sus labios inocentes y llenos. El único y preciado momento en el que fueron suyos.

La madre de Gina no tardó en llegar hasta ellos y, tomando a su hija por el brazo, la apartó de él. Gina protestó y se revolvió, pero no consiguió zafarse del agarre. Y ya solo le quedó ver cómo el coche arrancaba y se la llevaba de su lado para siempre. La última imagen que retenía fue viéndola apoyar la palma de su mano en el cristal trasero del coche mientras su mirada, bañada por las lágrimas, hacía resplandecer sus preciosos ojos verdes.

El recuerdo de aquel momento aceleró el pulso de Justice, desbocándolo en su pecho. Hacía muchos años que no se abandonaba a ese recuerdo. Tantos como necesitó para concienciarse de que Gina ya no volvería a formar parte de su vida. Le había costado hacerlo, pero el hecho de que ella no contestase ninguna de las cartas que él le envió durante su primer año de ausencia, terminó por convencerlo.

Se frotó el rostro con ambas manos y respiró con profundidad. El cansancio, las emociones de los últimos meses, la muerte de la abuela Jo y las constantes preguntas de los insistentes de sus vecinos estaban haciendo mella en él. Y no podía consentirlo. Tenía que centrarse en su

trabajo y en su familia, especialmente en Nicole. Nada más importaba. Haría lo que fuese por ella. Daría la vida por su pequeña guerrillera. El resto estaba de más en su vida. Incluido el recuerdo persistente de Gina.

CAPÍTULO 5

«Aunque tengamos que decir adiós, por el verano, te prometo esto: Te mandaré todo mi amor, todos los días en una carta sellada por un beso.»

***Seated With A Kiss*, Jason Donovan**

—¿Y te ha dejado un número de contacto para devolverle la llamada? —preguntó Gina a Penélope, totalmente excitada ante la noticia de que hubiese recibido una llamada en su oficina de uno de los productores de la cadena Warner interesándose en negociar la compra de los derechos audiovisuales de la última novela de William.

El interés por parte de la productora era una de las mejores cosas que le podían pasar a su amigo y, por qué no decirlo, a ella misma como agente suyo.

—No, me dijo el productor, un tal… —Hubo un silencio mientras Penélope revisaba la nota que había tomado de la llamada—. Truman, Barry Truman, que te volvería a llamar en unos días. Como no me facilitaba un teléfono de contacto, le di el suyo para que pudiese contactar directamente con usted.

—Claro. Muchas gracias, Penélope. Espero tener cobertura cuando llame. Es una gran noticia, estoy deseando contárselo a Will, aunque de momento no le digas nada. No quiero crearle falsas esperanzas. Cuando hable con el señor Truman y me asegure de que el interés es auténtico, yo misma se lo comentaré.

—Por supuesto, señorita Walters —fue la contestación de su ayudante.

Gina iba a darle un par de indicaciones sobre los asuntos que quería que tratase por ella en su ausencia, cuando se vio sorprendida por un animal que cruzó la carretera frente a su coche de manera imprevista. No llegó a ver qué tipo de animal era, pero el susto que se llevó fue tal que, como acto reflejo, dio un volantazo intentando evitar atropellarlo. La maniobra hizo que perdiese el control del vehículo sobre la carretera mojada. Asustada, vio que el coche derrapaba

violentamente y se salía de la calzada en cuestión de segundos hasta terminar colisionando estrepitosamente contra uno de los anchos árboles que la bordeaban.

Justice se frotaba el rostro como si con aquel gesto pudiese borrar los recuerdos revividos cuando lo cegó la luz de los faros de un coche que iba, en dirección contraria, hacia él. Observó en ese momento a un perro callejero que cruzaba la arboleda, lanzándose a la carretera frente al vehículo, y este, intentando evitar al animal, giró con violencia. La maniobra hizo que el conductor perdiese el control del vehículo. Por un segundo temió que colisionase contra él, pero entonces lo vio cambiar de dirección y chocar con un enorme árbol, al filo de la carretera. No tardó ni un segundo en bajarse de su coche patrulla e ir a socorrer al conductor del vehículo.

En cuanto llegó hasta el BMW abrió la puerta y encontró al volante a una mujer joven, rubia, que había perdido el conocimiento por el impacto. Tenía el rostro contra el volante y el cabello cubriendo el mismo. Los brazos colgaban a sus costados. Antes de nada, mientras le apartaba el cabello del cuello, posó un par de dedos en la delicada piel de esta zona comprobando que tenía pulso. Tomó el teléfono y, sujetándolo en el hueco de su cuello, llamó a una ambulancia mientras comprobaba que no estaba atrapada en el vehículo. Después le apartó el cabello de la cara para ver si tenía alguna contusión en la cabeza. Aún esperaba, oyendo el tono de la llamada, cuando se quedó petrificado al descubrir que aquel rostro femenino era el de Gina. No tenía ninguna duda. A pesar de los años que hacía que no la veía, habría reconocido de entre un millón de mujeres aquellas facciones fascinantes: la barbilla desafiante y, sobre todo, esa boca de labios carnosos que siempre lo había provocado hasta la desesperación.

—Hospital… —Justice no llegó a escuchar el saludo de la recepcionista de urgencias—. ¿Hay alguien ahí? —preguntó la mujer esperando una respuesta.

—Perdón… Sí, soy el jefe de policía Justice Bowen, necesito una ambulancia para la carretera de salida de Bellheaven, en el kilómetro tres cuarenta y cinco. Ha habido un accidente. Un vehículo ha colisionado contra un árbol. La conductora… —Se le hizo un nudo insoportable en la garganta al recorrer el rostro inmóvil de Gina—. Ha perdido el conocimiento. Por favor, tienen que darse mucha prisa.

—De acuerdo, jefe Bowen, ya sale una ambulancia para allá.

—Gracias —contestó él rápidamente y colgó.

Se agachó junto al cuerpo de Gina y le tomó la mano, cubriéndola con la suya, mucho más grande. El tacto de su piel suave le devolvió el recuerdo de aquellos labios presionando los suyos, inocente y dulcemente. El nudo en su garganta se apretó, volviéndose insoportable.

¡Era Gina! Gina estaba allí, frente a él, como jamás pensó que volvería a estar. Había perdido el conocimiento y se moría por intentar despertarla, por desatarle el cinturón y cerciorarse de que estaba bien, que no corría peligro. Tomarla entre sus brazos, sacarla del coche y abrazarla, haciendo que entrase en calor, pero sabía que no debía hacerlo. Si se había dañado la columna y la movía sin esperar a los servicios de emergencia, podría causarle un daño mayor. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de ella para mirar el vehículo. Tenía que comprobar que durante el accidente no se hubiese dañado como para estar perdiendo combustible, lo que los pondría en peligro al poder explosionar. Se agachó y se aseguró de que no era así. Levantó el capó, el accidente había sido grave y, sin duda, el vehículo precisaba de muchas reparaciones. Pero aquello era lo menos importante.

Volvió rápidamente con Gina justo en el momento en el que esta comenzaba a moverse. Nuevamente se agachó junto a ella y le tomó la mano.

—Gina, no te muevas. Acabas de tener un accidente, es mejor esperar a la ambulancia. Ya está en camino, en pocos minutos recibirás ayuda —le dijo presionando su mano para que supiese que estaba con ella.

Gina balbuceó algo e intentó mirarlo. Justice le apartó el cabello y vio con estupor que parte de él estaba bañado en sangre. Se había hecho un corte en la cabeza. Pasó los nudillos por su mejilla. Estaba un poco fría.

—Por favor, Gina, tienes que aguantar un poco más —le dijo con la voz quebrada por la preocupación.

Gina intentó abrir los parpados, pesados como losas, al escuchar junto a ella la voz de un hombre que le sujetaba la mano. Su olor mezcla de jabón y aftershave llegó hasta ella y quiso

verlo, pero era incapaz de abrir los ojos lo suficiente como para que la imagen borrosa que se presentaba ante ella tomase nitidez. Intentó mover el cuello, pero un agudo y terrorífico dolor de cabeza se lo impidió. Entonces sintió el tacto cálido de las manos del hombre en su mejilla. Fue tan reconfortante que quiso hacer un nuevo intento por verlo. La voz masculina intentando tranquilizarla se mezcló con los sonidos de una sirena que se aproximaba. Unos segundos más tarde oyó más voces acercándose, y cómo el hombre que la había acompañado hasta el momento los llamaba e instaba a darse prisa. Sintió cómo la liberaban del cinturón de seguridad. Alguien le tomó el pulso y le abrió los ojos, examinándoselos mientras la luz de una linterna la cegaba. Después le pusieron un collarín y la sacaron en volandas del vehículo para colocarla sobre una camilla. Nada más tumbarla en ella, mientras la sujetaban con correas, el hombre que había estado con ella, volvió a tomarla de la mano.

—Gina, esta ambulancia te va a llevar al hospital. Yo voy a seguirla y estaré allí contigo, tranquila —le dijo presionando su mano con suavidad.

Su voz sonaba afectada, y una vez más intentó abrir los ojos para verlo. Justo en el momento en el que los sanitarios inclinaron la camilla para subirla a la ambulancia lo consiguió, encontrándose de frente con aquellos ojos grises que conocía tan bien. Aquellos que la habían acompañado en sueños durante dieciséis años.

—¿Justice…? ¡¿Mi Just…?! —quiso preguntar en un tono apenas audible.

—No hable ahora, señora. No debe hacer esfuerzos —le dijo un sanitario a su lado, terminando de empujarla al interior de la ambulancia.

Las miradas de ambos quedaron prendidas la una en la del otro hasta que las puertas del vehículo se cerraron, separándolos.

Justice vio marchar a la ambulancia y se quedó allí parado unos segundos, inmóvil. Posó una mano sobre su pecho, en el lugar en el que una punzada aguda amenazaba con hacérselo estallar. Después se pasó la mano por el pelo y resopló.

No podía creerlo. Gina estaba allí. Y no sabía cómo digerir aquella información. Había

acariciado la piel pálida de su rostro, se había perdido en su mirada verde y leyó en sus ojos algo parecido al anhelo. Tal vez habían sido imaginaciones suyas. Una mezcla sobrecogedora de los recuerdos recientemente invocados y la sorpresa de verla allí, herida tras sufrir un accidente exactamente en el mismo sitio en el que la vio por última vez.

No podía, no podía pensar en todo aquello en ese momento. Debía tener la mente fría. Le había prometido que iría al hospital y estaría con ella. No quería que se encontrase sola cuando la viera el médico, pero antes de ir hasta allí tenía que hacer un par de cosas. Se acercó de nuevo al coche y buscó dentro su bolso. Lo encontró tirado frente al asiento del copiloto, junto a un maletín de trabajo y su móvil. Abrió el maletero del coche y sacó una maleta grande y elegante de cuero. Tenía pinta de ser bastante cara, al igual que el resto de sus cosas. Lo tomó todo y lo llevó hasta su coche de policía. Después llamó a la grúa.

Tuvo que esperar un buen rato a que esta llegase y, tras formalizar el papeleo para que se llevasen el vehículo, fue directamente al hospital, rezando para que las heridas de Gina se limitasen a unas cuantas contusiones, y el susto.

Gina esperaba en la camilla, en uno de los box de urgencias, a que el médico que la había atendido a su llegada en la ambulancia volviese con los resultados de las placas. Le habían puesto una vía con medicación para el dolor y examinaron sus heridas. La única aparente era un corte bastante feo en la cabeza que habían tenido que coserle. Aun así, también habían decidido descartar roturas de huesos u otras lesiones internas con unas radiografías. Ahora estaba sola en el box esperando, tumbada en la camilla y helada de frío. Era la primera vez que tenía que ir a un hospital en años. De hecho, la última vez que tuvo que visitar uno fue aquel mismo, en Bellheaven. Tenía doce años y había salido a montar en bicicleta con Justice por el pueblo. Lo retó a una carrera que ganó, por supuesto, pero terminó con sus huesos en el contenedor metálico de basura de la señora Tooley. Tuvieron que darle cuatro puntos en la rodilla y administrarle la antitetánica. Su madre se había puesto hecha una fiera, pero mereció la pena ver la cara de Justice cuando lo adelantó en la última curva del recorrido.

Justice… El golpe de aquella noche, en la cabeza, debía de haber sido monumental, porque su mente había alucinado creyendo verlo junto a la ambulancia que la había trasladado desde el accidente. Se llevó una mano hasta el lugar de la herida. Se la habían vendado tras darle unos cuantos puntos. El dolor había menguado, pero tenía un zumbido incesante y molesto que no la dejaba pensar con claridad. ¿Qué iba a hacer ahora? Su coche de alquiler se había quedado en aquella carretera. No sabía los daños que tenía. Sus cosas también estaban en el accidente…

En ese momento oyó tras la cortina la voz de un hombre que reconoció como la misma que la había rescatado en el accidente. Inmediatamente intentó enderezarse en la camilla, pero no lo consiguió. Seguía doliéndole todo el cuerpo.

—Jefe, puede aguardar en la sala de espera —le decía una enfermera.

—No se preocupe, enfermera, soy el acompañante de la señorita Walters. Prefiero permanecer con ella en el box —contestó él, sin dar lugar a replica.

Lo oyó dar los últimos pasos y abrir la cortinilla que la ocultaba del pasillo de Urgencias.

El corazón de Gina se detuvo.

—Hola, Gina —la saludó la visión de Justice, que volvió a aparecer ante ella robándole el aire de los pulmones.

La enfermera, torciendo el gesto, pero segura de que no podía hacer nada para que el jefe de policía del pueblo abandonase el box, se marchó, cerrando la cortina tras ella.

Gina no contestó. Debía de estar alucinando. No podía ser Justice, su Justice… Su corazón volvió a latir descontrolado en el pecho.

—Justice… Eres tú… De veras eres tú…

Él sonrió, regalándole aquella mirada entornada, gris y pícara, aunque cargada de preocupación. Y no tuvo ninguna duda. Ninguna otra sonrisa era capaz de calentarle el alma como la suya. Pero aquel hombre que tenía frente a ella era tan diferente del chico que dejó atrás en aquella carretera… Justice siempre había sido un niño muy guapo, especialmente irresistible cuando se le conocía, pero nunca había destacado por poseer una estupenda forma física. Era demasiado delgado. Su hermana mayor, Anette, se burlaba de él llamándolo enclenque. Incluso

en la adolescencia, aunque sí ganó rápidamente en estatura, cuando ella se marchó aún no se había desarrollado por completo.

Y ahí estaba. Todo un hombre. Debía de medir más o menos como Will, lo que lo convertía en un hombre alto y en evidente forma física, bajo aquel uniforme de policía.

—Me alegro de que estés bien. Me has dado un buen susto —le dijo acercándose a ella.

Pero se detuvo a medio camino, dejando sobre una silla su bolso. Después volvió a girarse hacia ella y llegó hasta su lado. La miró muy atentamente.

—Lo siento, aún no puedo creer que seas tú —fueron las palabras que salieron de los labios de Gina.

Y era así; estaba tan sorprendida que en su mente confusa no había espacio para más.

—Ha pasado mucho tiempo… —le dijo él perdiéndose en su mirada verde y confusa.

Justice había imaginado muchas veces, demasiadas, las cosas que le diría si alguna vez volvía a verla. Sobre todo los primeros años, en los que aún tuvo alguna esperanza de que ella lo hiciese, por lo menos para visitar a su abuela por vacaciones. Pero ella nunca lo hizo… Las preguntas sobre su ausencia, sobre su silencio, seguían rondando por su mente, pero no era momento para formularlas. Gina estaba evidentemente conmocionada por el accidente.

—Sí, bueno… Por suerte estaba allí mismo, en el lugar del accidente, y pude ayudarte a tiempo —añadió antes de dejar de mirarla.

Tenerla tan cerca estaba resultando muy difícil.

Habían pasado muchos años y la chica que él vio marchar se había convertido en una mujer de belleza impactante. En su rostro podía reconocer a la niña de mirada decidida, barbilla desafiante y labios carnosos que él conocía tan bien. Pero la mujer que tenía ante él era mucho más que todo eso. Sus rasgos se habían afinado, su cuerpo se había desarrollado y todo en ella era voluptuosidad y sensualidad. Y, desgraciadamente para él, seguía afectándolo como hacía dieciséis años.

—Muchas gracias por rescatarme —le dijo ella posando su mano sobre la de él, sin previo aviso.

El nudo que sintió Justice en la garganta le impidió articular palabra. Se limitó a afirmar con la cabeza y sintió cómo su mundo volvía a tambalearse en ese instante.

CAPÍTULO 6

«Pero si yo pudiera darte un beso, sabrías como duele este amor, y podré invertir el universo para poder quedarnos en la nada tú y yo.»

***El beso*, Pablo Alborán**

—Sigue sin parecerme buena idea que hayas querido salir esta misma noche del hospital, es una locura después del accidente que has sufrido —le dijo Justice frente a ella, en los escalones del porche de su abuela.

Había sacado ya su equipaje del maletero y lo había llevado hasta la puerta mientras Gina terminaba de subir los escalones, lentamente.

Se había ofrecido a llevarla hasta allí cuando ella terminó de convencer al médico de Urgencias de que se encontraba bien. Las radiografías y analíticas habían confirmado que la única lesión que había sufrido en el accidente era la de la cabeza. Y no parecía haber coágulos ni otro tipo de daños que la obligasen a permanecer allí. El médico le había recetado algunos analgésicos y dado indicaciones para su cuidado los próximos días. En el caso de sufrir dolores de cabeza, mareos, visión borrosa o vómitos, debía acudir inmediatamente al hospital. Pero quedarse en observación, cuando solo tenía ganas de llegar hasta casa de su abuela y meterse en la cama a descansar un poco, le parecía una estupidez.

—Me quedaré contigo —le dijo Justice, sorprendiéndola.

—¡No! —contestó con demasiada vehemencia—. De veras, no es necesario — suavizó el tono cuando él la miró interrogante—. Ya te he acaparado bastante esta noche. Los ciudadanos de Bellheaven han estado sin protección por mi culpa —se disculpó brindándole una escueta sonrisa.

—Este es un pueblo tranquilo, apenas pasa nada que requiera mi atención por las noches. Y, en serio, no me importa acompañarte. Solo faltan un par de horas para que amanezca.

Deberías descansar, pero no me parece bien que estés sola. Podría surgir alguna complicación por el golpe…

Justice tenía argumentos sólidos para hacer su propuesta, pero lo que él no sabía era que si algo la mareaba y alteraba en aquel momento era tenerlo cerca. Se sentía abrumada por los acontecimientos de aquella noche. Se había llevado un buen susto con el accidente, pero lo que no conseguía asimilar era el hecho de estar allí de nuevo con él, después de la forma en la que se despidieron... Estaba segura de que Justice no permanecía en el pueblo. Y no solo estaba, sino que era el jefe de policía, ni más ni menos. Y el hombre que la había rescatado de aquel aparatoso accidente justo en el mismo punto de la carretera en el que se despidió de ella hacía dieciséis años con un beso.

Su primer beso.

Un escalofrío recorrió su espalda al recordarlo. Eran demasiadas cosas para asimilar.

—Como bien dices, en un par de horas amanecerá. Solo necesito descansar un poco. Por la mañana tengo que ocuparme de los asuntos de la abuela Jo y de su entierro…

—Del entierro no debes preocuparte. Ya lo hemos organizado todo.

Gina lo miró sorprendida.

—No sabíamos si vendría algún miembro de la familia… Y la abuela Jo era muy querida para nosotros —se explicó Justice.

—Ya… —contestó Gina poniéndose tensa de repente.

Imaginó que su ausencia en el pueblo durante tantos años podía hacer pensar a las personas del pueblo que serían capaces de no ir hasta allí para despedirse de ella. Pero le dolió que así fuera. Ella la quería de veras. Había significado mucho en su vida. De hecho, su abuela era la responsable, en muchos aspectos, de que se hubiese convertido en la mujer que era hoy en día.

—Bueno, pues muchas gracias. Pero no habría sido necesario. Jamás habría faltado a su… funeral —añadió pasando por su lado.

Abrió la puerta de la casa de su abuela y encendió la luz justo antes de girarse para despedirse de él.

Justice se limitó a asentir con las manos en los bolsillos, pero a Gina le dio la impresión de que se quedaba con las ganas de decirle algo. Se produjeron un par de tensos segundos de silencio entre los dos que finalizaron cuando Justice tomó la palabra.

—Bueno, si no quieres que me quede, mejor te dejo descansar. —Sin preguntarle, tomó la pesada maleta de Gina y su maletín y los introdujo en el recibidor.

Gina tuvo que apartarse para dejarlo entrar, pero aun así el gran cuerpo de Justice pasó rozándole el brazo. Contuvo el aliento y se aferró a la madera de la puerta.

—La grúa ha recogido tu coche y lo ha llevado al taller de Michael's, no sé si te acuerdas de él. Ahora lo lleva su hijo. Él se ocupará de la reparación. Te dejo mi número por si necesitas cualquier cosa. Si ves que te sientes mal…

Justice sacó libreta y boli de uno de los bolsillos interiores de su cazadora y anotó rápidamente un número. Pero siguió escribiendo.

—Te dejo también los datos del entierro. ¿Quieres que venga a recogerte para llevarte? —le preguntó entregándole el papel.

—No, gracias. De veras creo que ya te he molestado bastante —le dijo mirándolo a los ojos.

—No es nada. Mi trabajo es cuidar de la gente de este pueblo —le dijo él devolviéndole una mirada intensa e indescifrable.

—Es cierto… Tu trabajo.

Gina sintió de nuevo acelerársele el corazón ante el escrutinio de Justice.

—En fin, me marcho —añadió Justice saliendo al porche nuevamente—. Si necesitas cualquier cosa no dudes en llamarme.

—Gracias.

Justice le brindó una sonrisa que le caldeó el corazón. Y antes de caer en la tentación de pedirle que no se marchara, cerró la puerta y se apoyó en ella tomando aire mientras cerraba los ojos.

Gina solo atinó a escuchar las primeras palabras del sermón del reverendo Joseph Carter. Lo había intentado, esmerándose en atender, pero una y otra vez la mente se le llenaba de imágenes y recuerdos de su abuela. De repente se sintió retroceder a los nueve o diez años, cuando la abuela Jo aún intentaba llevarla cada domingo a la iglesia y que participase de la celebración, pero en lugar de hacerlo, se pasaba todo el sermón leyendo un pequeño libro que escondía en su biblia. Por supuesto terminaba siempre pillándola, pero no se lo quitaba, solo le decía: «A Dios le encanta tu amor por los libros, pero también espera que escuches su palabra». Ante aquella frase, Gina siempre terminaba por cerrar el libro e intentaba volver a prestar atención. Pero entonces empezaba a hacerse gestos con Laura, la hija del reverendo y su mejor amiga después de Justice. Al evocar mentalmente su nombre, se giró a un lado y a otro, buscándolo entre la gente que había ido a despedirse de su abuela.

Aunque Justice se había ofrecido a llevarla al entierro esa mañana, en su lugar había enviado a uno de los policías a su cargo. Un hombre fornido, algo tímido y esmerados modales que se había limitado a presentarle sus respetos y llevarla en un tranquilo silencio hasta la misa y después al entierro. Tendría que estar agradecida de que así hubiese sido, pues pensar que aquella mañana iba a verse de nuevo compartiendo ese limitado espacio del coche patrulla de Justice la ponía muy nerviosa. Sin embargo, durante todo el tiempo, no había podido evitar, cada pocos minutos, buscarlo entre la multitud de gente allí congregada.

Realmente la abuela Jo había significado mucho en aquel pueblo. Todo el mundo la apreciaba y nade había querido perderse la oportunidad de despedirse de ella. También tuvo que hablar con cientos de personas que se acercaron a darle el pésame. A muchos de ellos los había reconocido; otros eran caras nuevas. Pero lo que más le sorprendió fue que todos eran ya conocedores del incidente de la noche anterior.

Mostraron gran preocupación por su estado y no la dejaron sola. En todo momento se había visto acompañada y arropada, lo que le hacía sentir un poco incómoda. Era como si esperasen que se quebrase de un momento a otro. No sabían que ella no se dejaba llevar, mucho menos en público, por el dolor. Si tenía que soltar alguna lágrima, lo haría en la más absoluta intimidad.

No lo iba a negar, no era de piedra. Sentía profundamente la pérdida de su abuela, pero no le gustaba ser compadecida, demostrar debilidad o sentirse necesitada del consuelo de otra persona. Incluso desde que llegó a la vieja casa de su infancia, se había negado a entrar en el cuarto que ocupó durante toda su vida la abuela Jo. No estaba preparada para ver sus cosas. Sabía que se sentiría abrumada y tenía un largo día por delante en el que se negaba a caer en el dolor.

Su forma de protegerse había sido acompañar su sencillo y elegante vestido negro con unas enormes gafas que le cubrían la mitad del rostro e impedían que las miradas curiosas pudiesen encontrar algún gesto de aflicción en él.

Como en una nube, finalizaron la misa y el posterior entierro en el bonito cementerio del pueblo. Lentamente los asistentes comenzaron a dispersarse.

—¡Gina! —la llamó una voz femenina a su espalda mientras depositaban una mano en su hombro para reclamar su atención.

Tomó aire antes de girarse para recibir otra de las sentidas condolencias por su pérdida. Aún no había terminado de volverse cuando se vio envuelta por un abrazo que la dejó sin aliento.

—Lo siento mucho, mucho, de veras. Sé cuánto significa tu abuela para ti —le dijo la joven mujer al oído.

Gina se apartó, tensa, y la miró.

—Oh, Dios mío, ¡Laura! ¡Eres tú! —Y dejó que la volviese a abrazar con fuerza.

Su amiga la recibió entre sus brazos y la acunó, rememorando los miles de abrazos que se habían dado de niñas. Y de nuevo su mente regresó a diversos momentos de la infancia en los que fue feliz en Bellheaven.

—¿Cómo te encuentras? Me han contado que tuviste un accidente anoche…

—Sí, bueno, hice una entrada… aparatosa en el pueblo —comentó torciendo el gesto.

—Suerte que Justice estaba allí…

Gina contuvo la respiración e inmediatamente se tensó.

—No quiero ni imaginar lo que habría pasado si te hubieses quedado sola en la carretera,

perdiendo sangre por la cabeza…

—¡Vaya! ¿Os han pasado mi parte de lesiones?

Laura sonrió.

—Más o menos. Ya sabes, este es un pueblo pequeño, todo el mundo habla. Mucho más cuando se trata de la hija pródiga que regresa a la ciudad y es rescatada por su inseparable amigo de la infancia que, además, hoy por hoy, es el soltero más codiciado del pueblo —dijo Laura en tono teatral, tomando a Gina del brazo como cuando eran niñas.

Juntas, comenzaron a caminar por el sendero de salida del cementerio.

—¡Dios mío! No has cambiado nada. Dime que conseguiste convertirte en actriz.

Laura rio, esta vez recordando las conversaciones sobre los sueños de futuro de ambas cuando eran niñas. Las dos habían sido unas apasionadas de los libros y el teatro, pero mientras Gina empleaba cada minuto libre en sumergirse en la lectura de alguna novela o historia nueva y a escribir, Laura era la directora del grupo de teatro. Ella prefería representar los distintos papeles y vivir vidas imaginarias sobre el escenario.

—No, al final dirigí mis pasos hacía la enseñanza. Soy profesora de Literatura y Teatro. Conseguí aunar mis tres pasiones en una.

Gina vio refulgir los preciosos ojos castaños de Laura al decir aquellas palabras. Sonrió.

—Estoy segura de que eres una maravillosa maestra. Tus alumnos deben de adorarte.

—No sé si tanto, pero yo sí a ellos. —Laura frunció el ceño como cuando de niñas maquinaba algo—. Sé que al final te convertiste en agente literaria, y aunque entendería que te negases, porque no es el momento, me encantaría que vinieses a conocerlos y explicarles tu profesión. Seguro que los deslumbras.

—No creo que pueda, Laura. He venido un par de días para presentar mis respetos a mi abuela y solucionar sus temas legales. No creo que me dé tiempo, supongo que como mucho mañana saldré de vuelta hacia San Francisco.

—Me temo que eso no va a ser posible.

Gina se detuvo en cuanto escuchó la voz de Justice interrumpiendo la conversación. Se

colocó frente a ellas. Su gesto era pétreo e indescifrable. Su mirada cálida del día interior había desaparecido y el corazón volvió a detenérsele en el pecho.

CAPÍTULO 7

«Este beso es algo que no puedo resistir. Tus labios son innegables.

Este beso es algo que no me puedo perder, aunque tu corazón es poco fiable…»

***This Kiss*, Carly Rae Jepsen**

Maldita sea. Aquello era una pesadilla. Primero se quedaba atrapada en Bellheaven durante al menos dos semanas, lo que la obligaba a permanecer allí en Acción de Gracias y, en consecuencia, había tenido que rechazar una docena de invitaciones para cenar esa noche. La que no había podido eludir de ninguna de las maneras era la de Laura. Ella iba a cenar, como cada año, con su padre, el reverendo, su madre, sus dos hermanos mayores y el reciente prometido de Laura, que había resultado ser el agente Lansky, el que la llevó al entierro de su abuela.

Todos esos acontecimientos hicieron que tuviese que acercarse a la zona comercial del pueblo y buscar un regalo que llevar esa noche. Siempre había sido sumamente eficaz ejecutando esas cosas, incluyendo la de saber el regalo que debía llevar a una cena a la que había sido invitada. Jamás se había sentido superada por esas pequeñeces, pero aquella le estaba resultando una tarea de lo más complicada, pues cada vez que entraba en un establecimiento terminaba rodeada por varios de los vecinos que se acercaban a interesarse por su estado físico y mental.

Intentaba ser cortés, pero no quería declarar cómo se sentía. Tener que explicar que le dolía el corazón, le faltaba el aire, que había querido salir corriendo de allí y que como el señor Pullman, el abogado de su abuela, había decidido ir a visitar a su hija a Texas durante las fiestas, se veía obligada a permanecer allí hasta su regreso. No, no tenía ganas de mantener conversaciones sobre ella misma y sus sentimientos, y en Bellheaven parecía que no había otra cosa que interesase más a la población.

Iba camino del Sugarland, la mejor pastelería de la ciudad. Había pensado que podía llevar un buen postre para la cena, pero entonces vio cómo se acercaba, en sentido contrario, por la

misma acera, Justice. El corazón se le desbocó instantáneamente. Se sintió confusa y ridícula e instintivamente buscó una vía de escape para no enfrentarse a él. Antes de pensarlo dos veces, abrió la puerta del primer establecimiento que encontró, adentrándose para no ser vista desde fuera. Cuando vio por el escaparate que Justice pasaba de largo, respiró aliviada.

El olor de los libros la hizo sentirse en casa. Inspiró cerrando los ojos. No conocía la tienda, pero era una de las librerías más bonitas que había visto jamás. Las preciosas estanterías de madera noble estaban repletas de libros. El local era de buen tamaño y enseguida sintió curiosidad y unas ganas tremendas de perderse entre sus pasillos y buscar alguna joya que devorar en aquellas dos semanas. Además, parecía el lugar perfecto, no solo para esconderse de Justice, sino del resto del pueblo, más interesado en las compras para la cena. La librería estaba prácticamente desierta y eso le permitió disfrutar doblemente de su visita.

Un rato más tarde, a pesar de haber elegido ya un par de ejemplares seguía dando vueltas por la librería en busca de más. Guio sus pasos hacia el siguiente pasillo, dispuesta a recorrer todos y cada uno de ellos, cuando se encontró con una niña sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Sostenía un enorme volumen que leía absorta. Inmediatamente se recordó a sí misma haciendo lo mismo en la biblioteca del pueblo y sonrió sin poder evitarlo. Iba a pasar de largo, sin interrumpir su lectura, pero cuando había dado un par de pasos la curiosidad pudo con ella y se detuvo. Era un libro especialmente grande para una niña de su edad. Se fijó un poco más en ella. Debía de rondar los diez años. El pelo largo y castaño como la miel, le caía como una cascada, impidiéndole ver sus facciones. Se inclinó ligeramente, intentando ver la portada del libro que devoraba, sin que su escrutinio fuese demasiado evidente, pero le resultó imposible ya que la portada al completo quedaba apoyada sobre su pantalón vaquero. Decidió acercarse a ella. Tal vez desde su ángulo podía leer los encabezados de página. La niña estaba tan imbuida en la lectura que no se percató de su presencia a tan solo un paso de distancia.

—¡Amanecer! ¡Vaya! —se sorprendió al identificar el libro, y la exclamación escapó de sus labios.

La niña levantó la mirada y la observó con mirada indescifrable; una mirada que le resultó

familiar, pero no supo ubicar.

—Me gusta —dijo clavando en ella su mirada ambarina.

—A mí también me gustó. Es una buena serie, ¿pero no es mucho para ti?

El gesto obstinado del rostro infantil le arrancó una sonrisa.

—Eso dice mi tío, pero yo no lo creo. Los libros que se suponen de mi edad ya los leí hace tres años. Necesito más.

Gina suspiró.

—Conozco esa sensación —dijo sentándose junto a ella—, cuando tenía tu edad yo me sentía igual.

—¿En serio? —La sonrisa que le brindo la niña iluminó su pequeño y precioso rostro por completo.

—En serio. De niñas, mi amiga Laura y yo pasábamos horas en la biblioteca devorando libros que se suponía que no eran para nosotras. Pero en aquellos enormes pasillos era fácil esconderse de miradas curiosas para poder leer a nuestras anchas.

—Yo tengo un trato con Cindy. —La niña señaló a la chica joven que atendía el mostrador, más interesada en mandar mensajes con su móvil y hacer pompas con el chicle que en atender a sus clientes.

—¿Qué clase de trato? —preguntó enarcando una ceja.

Sentía curiosidad por saber qué podía ofrecer la niña a aquella joven a cambio de que la dejase leer los libros de la tienda.

—Uno beneficioso para ambas. —La mirada entornada de la niña volvió a resultarle familiar.

Gina levantó las manos proclamando su inocencia.

—Está bien, lo siento. A veces soy demasiado curiosa. No me conoces, ni yo a ti. Ni siquiera sé cómo te llamas.

Gina se levantó, consciente de que empezaba a molestarla. Se sacudió el trasero, la moqueta que cubría el suelo del establecimiento no parecía muy limpia. Cindy tampoco debía de

dedicar demasiado tiempo a su limpieza.

—Te dejo con tu lectura. Siento mucho haberte interrumpido —se despidió Gina y comenzó a irse.

—Nicole.

Gina se giró sorprendida.

—Me llamo Nicole Stevens.

—Encantada de conocerte, Nicole —le sonrió abiertamente—. Yo soy Gina Walters. Espero volver a verte pronto. —Le brindó una sonrisa y se marchó.

No llegó a ver la mirada estupefacta de la niña al escuchar su nombre.

—¡Aún no puedo creer que estés aquí! —declaró Laura a Gina en la cocina de su casa.

Habían disfrutado de una deliciosa cena casera, como hacía años que Gina no degustaba. Y, en agradecimiento, se había ofrecido a ayudar a Laura a recoger la mesa y la cocina.

—Tengo que reconocer que si hace unas semanas me hubiesen preguntado por mis planes en Acción de Gracias, jamás habría creído que las pasaría aquí —aseguró limpiándose las manos con un trapo mientras Laura metía el último plato en el lavavajillas.

—Han pasado muchos años… Tu vida es muy diferente ahora, imagino.

—Sí que lo es… —suspiró Gina—. De haber llevado a cabo mis planes para estos días, habría cenado con mis padres, los tres solos. Habría arbitrado alguna de sus múltiples discusiones. Mi padre terminaría la velada en su estudio, mi madre se iría a la cama con alguna de sus jaquecas y yo me habría marchado a casa a perderme en una buena copa de vino y algún manuscrito por revisar. —Torció el gesto en una mueca que a Laura le recordó a su amiga de la infancia.

Había que escarbar un poco, pero debajo de toda aquella apariencia cosmopolita y elegante sabía que se seguía encontrando la chica con la que había compartido aventuras, sueños y rebeldía. La que escalaba los árboles más altos para ver los nidos de los pájaros o rescatar al gato

de la señora Tooley. Sí, sabía que su amiga seguía ahí, solo tenía que hurgar un poco.

Gina se sorprendió a sí misma revelando de la manera más natural todo el desagrado que el plan le provocaba. Pero estar allí con Laura era como retroceder en el tiempo. Laura había sido su confidente, junto con Justice. Jamás había llegado a tener tanta confianza con nadie como con sus amigos de la infancia. Ellos conocían a la niña que se marchó de allí antes de que su madre la encorsetase en fiestas, reuniones y normas sociales. Delante de Laura no tenía sentido fingir que todo era perfecto. A ella le habría bastado una mirada para descubrir que no era así.

—Por lo que veo, las cosas entre tus padres no están mucho mejor. Pensé que al marcharos a San Francisco…

Gina siguió a Laura hasta la mesa de la cocina, donde esta sirvió un par de tazas de café. Mientras, el resto de la familia veía el partido de fútbol en el salón.

—No, las cosas no cambiaron cuando llegamos allí, a pesar de que mi madre parecía haber encontrado todo cuanto aparentemente ansiaba: sus clubs, eventos de sociedad, una posición destacada… Sigue tan inflexible, implacable e insatisfecha como siempre.

—Lo siento… No debió de ser sencillo para ti. Al menos cuando vivías aquí nos tenías a tu abuela, a Justice y a mí. Recuerdo que nunca querías volver a casa, siempre nos convencías para permanecer un rato más en la cabaña…

En el rostro de Gina dibujó una improvista sonrisa al recordar la cabaña. El padre de Justice se la construyó cuando apenas contaban siete u ocho años, sobre uno de los fuertes árboles de su parcela. Y desde ese momento, se había convertido en su cuartel general.

Se quedó con la mirada perdida en algún punto del estampado floreado del mantel que cubría la mesa, mientras recordaba aquellos momentos.

—¿Por qué no volviste, Gina? Todos esperábamos que lo hicieras. Y sufrimos tu ausencia. Me atrevería a decir que Justice especialmente…

Laura apoyó una de sus delicadas manos sobre la de su amiga. El contacto fue cálido; sin embargo, Gina no pudo evitar tensarse al oír su última frase.

Ella también lo había añorado. Día y noche, durante meses, durante años. No supo que él

le había enviado varias cartas hasta algunos años después, cuando su propia madre le confesó haberse deshecho de ellas «por su bien». Después de aquello estuvo meses sin poder dirigirle la palabra, pero fueron pasando los años y sintió que ya era demasiado tarde. Justice le había dicho que la quería. Fueron las últimas palabras que salieron de sus labios al despedirse. La quería… ¿Cómo se habría enfrentado a él de haberse vuelto a ver? Sus sentimientos hacia Justice siempre habían sido intensos y, en los últimos años, confusos. No sabía lo que sentía por él, no había querido indagar en ellos por miedo a perderlo, por miedo a no ser correspondida. Pero él lo había tenido claro: la quería. ¿Cómo habría podido soportar ir de vacaciones a Bellheaven y tener que separarse de él a las pocas semanas para volver a su vida a San Francisco? Con los años se convenció de que no mantener el contacto había sido lo mejor.

Gina se encogió de hombros antes de decir:

—Al principio el no venir fue decisión de mi madre. Desde que nos fuimos su relación con mi abuela fue inexistente. Después, cuando fui mayor de edad y pude tomar mis propias decisiones, pensé que ya no tenía sentido hacerlo. Había pasado demasiado tiempo. Mi regreso habría abierto algunas heridas… Yo tenía una vida en San Francisco, acababa de comenzar en la universidad. No sé, tomé la decisión que pensé que era la más razonable.

—Y conseguiste cumplir tus sueños. Ahora eres una gran agente literaria. Tienes una carrera exitosa y la vida que cualquier mujer podría desear.

Gina se limitó a sonreír escuetamente. Desde que William había encontrado a Didie, y con ella al gran amor de su vida, se preguntaba si realmente tenía todo lo que ansiaba. ¿Era feliz? ¿Lo era como veía reflejada la felicidad en los ojos de su amigo? Durante años pensó que lo único que necesitaba era su trabajo. Y cuanto más se dedicaba a él, menos cabida tenía en su vida una relación amorosa.

—Dejemos de hablar de mí. Mi vida es de lo más aburrida. Pero tú… Prometida a un policía, profesora de literatura y directora del grupo de teatro… ¡Se te ve radiante!

—Lo estaré mucho más si, ahora que tienes que quedarte en el pueblo unos días, te animas a venir a mi clase y dar una charla a mis chicos —aprovechó el momento Laura para poner cara

de penita mientras hacía su petición.

Gina rompió a reír al reconocer el gesto que su amiga le había brindado durante sus años de infancia cada vez que quería convencerla de algo. Y, una vez más, no pudo resistirse a él. Terminó por aceptar. Además, ¿qué otra cosa podía hacer allí durante aquel tiempo?

CAPÍTULO 8

«Quiero besar a una chica, quiero celebrar en un abrazo y tal vez hacer
un poco de magia a la luz de la luna.
No quiero ir demasiado rápido, solo tomarlo con calma,
pero no quiero ser un solitario en este viejo mundo…»
***Kiss A Girl,* Keith Urban**

Justice entró en el Sugarland esperando encontrar a su padre. Quería hablar sobre Nicole, saber si había notado algo extraño en ella. No se quitaba de la cabeza que la pequeña tramaba algo. Pero su grado de concentración y perspicacia había menguado bastante desde que cierta rubia había regresado al pueblo, por lo que pensó que quizás su padre había notado algún cambio en Nicole. Si pudiera darle una pista… Sabía por experiencia que era mucho mejor estar preparado cuando se trataba de ella.

Saludó con la cabeza a los clientes que estaban sentados en las mesas, de camino al mostrador, y cuando llegó hasta él se acomodó en el taburete alto que estaba libre, junto a su padre. Sin embargo, a pesar de la cercanía, no consiguió llamar la atención de este, que parecía embelesado mirando a Tori.

—Vas a tener que ponerte un babero, abuelo —le susurró inclinándose hacia él hasta que sus hombros se tocaron.

Su padre contrajo el gesto y lo miró de soslayo antes de disimular y dar un trago a su café.

—No sé de qué me hablas —fue su escueta contestación, mientras sus ojos grises, muy parecidos a los suyos, centelleaban por el enfado.

—Claro que lo sabes, igual que todos los presentes —añadió girándose hacia los ocupantes de las mesas—. Al único que consigues engañar es a ti mismo.

—Chico… estás perdiendo la chaveta —le dijo su padre cada vez más incómodo con sus

insinuaciones.

—Papá, ya no soy ningún chico. Y tú tampoco. Por eso no entiendo por qué no le pides una cita. Llevas años interesado en esa mujer. Y muchos más, solo. Desde que mamá nos dejó. Creo que ya es hora.

—¡Baja el tono! —le ordenó su padre mirando a Tori. Temía que ella escuchase los inapropiados comentarios del entrometido de su hijo—. Estás delirando. Si has decido acompañarme en el desayuno para amargarme el día, lo estás consiguiendo —añadió apurando su café.

—No intento amargarte el desayuno —aseguró Justice mientras hacía señas a Tori para que le sirviese su café de la mañana y rellenase la taza de su padre.

Eso evitaría que saliese despavorido de allí, como veía que era su intención. Y así fue, en cuanto vio que la bonita mujer de piel canela y enormes ojos castaños se acercaba a ellos poniendo una taza frente a Justice y rellenando la suya con el humeante brebaje, su padre se relajó y le brindó una sonrisa que él solo pudo describir como boba.

—Es cierto, papá. No sientes nada por Tori, por eso, siendo diabético y el mayor goloso que he conocido en mi vida, vienes a este antro de tentación a tomar el café cada día, al menos tres veces. Y le has dado trabajo a su hija en tu tienda de pesca, a pesar de que tú solo te sobras y bastas para atender a tu clientela de toda la vida —dijo en cuanto la mujer volvió a la cafetera.

Su padre tensó las mandíbulas, signo inequívoco de que estaba llegando al límite de su paciencia. No tenía intención de enfadarlo. Si le decía todas aquellas cosas era movido por la preocupación. Su padre llevaba años negándose lo que sentía por Tori, tal y como le había insinuado, todos allí sabían que así era, pero él seguía sin dar el siguiente paso y no sabía por qué. De cualquier manera, si llevaba tantos años sin dar su brazo a torcer, no iba a conseguir que lo hiciese esa mañana. Y había ido hasta allí con el propósito de que lo ayudase con su sobrina.

—Está bien. Hagamos una tregua —cedió levantando una mano en son de paz—. Quería verte fuera de casa para hablar de Nicole.

Su padre cambió inmediatamente el gesto y se giró hacia él con expresión preocupada.

—¿Qué le pasa a mi diablillo?

—No lo sé, trama algo. —Justice resopló cabeceando y se pasó una mano por el pelo.

—¿Que trama algo?

—Sí, está complaciente, a veces esquiva… No sé lo que es, pero oculta algo. ¿No te has dado cuenta?

David Bowen miró a su hijo y no supo si reír o llorar. Estaba orgulloso de su chico. Se había convertido en un gran hombre, comprometido, honesto, fuerte y protector. Tal vez demasiado protector. Desde que murió su madre y después su hermana, había ido asumiendo los roles de ambas e intentaba hacerse cargo de todo. De proteger a su familia por encima de todo. Y no se daba cuenta de la gran carga que soportaban sus hombros. Una carga innecesaria. Eran una familia, no estaba solo. Pero él parecía pensar lo contrario. Además, tenía muy claro qué era lo que tenía alterado a Justice esos días, y aunque no negaba que estuviese preocupado por Nicole, no era ella la fémina que ocupaba su mente.

—¿Sabes de lo que me doy cuenta, hijo? —le preguntó posando una mano sobre su hombro.

Justice lo miró muy atentamente, esperando que su padre arrojase algo de luz a su dilema.

—Creo que estás buscando problemas.

Justice parpadeó un par de veces, pero su padre no le dejó protestar.

—Prefieres pensar que Nicole o yo necesitamos ayuda a darte cuenta de que eres tú el que está perdido estos días. No es conmigo con quien quieres hablar en este momento, sino con cierta chica que ha vuelto recientemente a la ciudad y a la que, por cierto, aún no has invitado a casa a cenar —dijo su padre levantándose de su taburete.

Sacó un par de billetes para pagar ambos desayunos, aprovechando que su hijo parecía haberse quedado sin palabras. Volvió a dar otro golpecito sobre su hombro y se marchó, dejándolo inmerso en sus pensamientos. Oyó las despedidas que se dirigieron Tori y su padre en la lejanía, como si realmente no se encontrase allí.

Quince minutos más tarde, frente al café asquerosamente helado ya, Justice seguía sin

pronunciar palabra.

—¿Te pongo otra taza? —le preguntó Tori acercándose a él.

Justice se limitó a asentir.

«¿Estaba buscando problemas? ¿Era lo que hacía?», pensó. Volvió a pasarse la mano por el pelo y resopló. Levantó la vista de su nuevo café, aún sin tocar, al oír a una niña sorber su batido de chocolate a pocos metros. Gina bebía el suyo con tres pajitas cuando eran niños. Le gustaba llenarse la boca con el dulce líquido hasta inundar los carrillos y después tragaba cerrando los ojos, degustándolo con placer. Sonrió ante el recuerdo, como tantas veces había hecho, observándola en la mesa. Volvió a sentir aquel pinchazo en el pecho, aquel peso que parecía haberse instalado desde su vuelta al pueblo. Desde entonces, cada cosa, cada pequeño detalle de cuanto pasaba a su alrededor, le recordaba a ella y a la sensación angustiosa que vivió tras su marcha. Esa que lo atormentó durante los meses en los que esperó noticias suyas había vuelto y no sabía cómo deshacerse de ella. Pero ¿cómo podía olvidar aquellos detalles, los que la hacían única frente a sus ojos? ¿Cómo podía olvidar su odio por las ranas, o que se pusiese aquellas Converse rojas, raídas, en cada examen, porque según ella le daban suerte? ¿Cómo podía olvidar cada una de las palabras que le escribió en su carta de despedida, la que dejó frente a su puerta y que guardaba desde entonces en el segundo cajón de su mesilla de noche?

Su padre tenía razón; odiaba reconocerlo, pero ella lo tenía trastornado. Saber que estaba tan cerca y tenía las respuestas a las preguntas que se había hecho un millón de veces desde su marcha... ¿Por qué no contestó a sus cartas? ¿Por qué no volvió jamás? ¿Cómo pudo olvidarse de él, de los años que habían compartido, con tanta facilidad? Él le abrió su corazón aquel día, junto a su coche…Y ella…

¿Qué estaba haciendo? Durante años se había hecho aquellas preguntas una y otra vez, sin poder hacer nada por darles una respuesta. Ojalá pudiese olvidarse de ellas, decidir que ya no tenían sentido, que ya no importaban, que era un hombre con una vida hecha; tenía una familia a la que cuidar, un pueblo que proteger… Todo aquello era cierto, pero solo había una realidad ahora, imponiéndose en su mente: ella estaba allí, ahora.

Acababa de reprochar a su padre su inactividad con Tori. No tomar el control de la situación y pedirle una cita por fin a la mujer que le gustaba desde hacía años. ¿Y qué estaba haciendo él? ¿Limitarse a buscarla por las calles? ¿Mirar desde su ventana a la casa de su abuela y preguntarse qué estaría haciendo, qué estaría pensando? ¿Contar mentalmente las horas, los minutos que tardaría ella de nuevo en desaparecer de su vida? ¿Desde cuándo se había convertido en un cobarde?

No quiso esperar una respuesta de su mente a esta última pregunta. Nunca había sido un cobarde y no lo era ahora. Iba a conseguir de una vez lo que había buscado durante tantos años.

Nada se lo iba a impedir.

CAPÍTULO 9

«Estando recostado, recostada aquí contigo, tan cerca de mí. Es difícil luchar contra estos sentimientos cuando sientes que es difícil respirar.

Atrapada en ese momento… Atrapada en tu sonrisa…»

***Just A Kiss,* Lady Antebellum**

Gina se despertó sobresaltada. El corazón, desbocado en su pecho, latía dolorosamente. Se incorporó llevándose una mano a la garganta, sintiendo el latido bajo la palma de su mano. Intentaba respirar, pero apreciaba el aire tan denso que era imposible llenar los pulmones. No quería sentirse así, al borde de un precipicio emocional. A punto de caer y caer… Esa no era ella. Ella no lloraba, mucho menos a causa de un sueño, un recuerdo vago que el tiempo debería haber borrado de su mente hacía mucho. Sin embargo, ahí estaba. Como si acabase de vivirlo, como si acabase de sentir las manos de Justice sobre su piel dibujando aquellas mariposas en su hombro.

Cerró los ojos y los apretó con fuerza, ordenando a su mente que la liberase de aquellas imágenes, pero solo consiguió el efecto contrario. Inmediatamente, los olores del campo, frente a la casa de Justice, volvieron a inundar sus fosas nasales. El sonido de los pájaros, las ardillas, el suave batir de las hojas de los árboles de aquella primavera, llegaron hasta ella como si las oyese en ese momento. El calor del sol acariciando la piel expuesta de su hombro… Y de repente, todo desapareció. En el momento en el que Justice apartó lentamente la camiseta que la cubría para dejar libre más piel de su hombro y, posado las yemas de sus dedos sobre la piel expuesta, comenzó a dibujar lentamente sobre ella tres pequeñas mariposas que volaban sobre su hombro derecho. Todo, absolutamente todo lo que la rodeaba dejó de existir para ella. Solo fue consciente del contacto sobre su piel, de las miles de sensaciones que despertaron aquellas tímidas caricias al tocarla.

Recordó cerrar los ojos y contener el aliento, cautiva por primera vez en su vida de la

mayor de las turbaciones. No podía describir qué era en realidad lo que estaba sintiendo. Solo tenía catorce años, era una niña inexperta. Inocente para muchas cosas, sobre todo para aquel tipo de reacciones físicas. Para el amor. Y cuando los dedos de Justice acariciaron el dibujo y con pulso trémulo llegó hasta la piel erizada de su cuello, contuvo un gemido mordiéndose el labio inferior. No fue capaz de girarse ni de preguntarle qué estaba haciendo. Ni siquiera cuando él acercó los labios a su piel y depositó un tierno beso en cada una de las pequeñas mariposas.

Ella le había pedido que se las dibujase. Las habían visto tatuadas en una chica en una de las revistas de Anette, la hermana de Justice, y le encantaron. Quiso recrear cómo sería llevar un símbolo de rebeldía como aquel y convenció a Justice para que se las pintara con rotulador tras el hombro, donde su madre no se las pudiese ver. No había imaginado que, al sentirse acariciada por su amigo, por su mejor amigo, su cuerpo entero reaccionaría de aquella forma, haciendo que le hirviese la sangre en las venas. Embotando su cabeza. Logrando que le faltara el aire y que por primera vez experimentase cosas parecidas a las que había leído en las novelas románticas que devoraba en la biblioteca.

«Besos de mariposa», le había susurrado él entonces al oído. Y abrió los ojos de repente, sobre su cama, consciente de que aquel fue el momento exacto en el que sus sentimientos hacia Justice cambiaron para siempre.

Se levantó de la cama como un resorte, como si así pudiese alejarse del recuerdo rememorado tan intensamente. Comenzó a pasear descalza sobre el suelo de madera de la habitación, intentando serenarse. Posó una mano sobre la frente, pero solo podía ver el rostro de Justice. ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué había vuelto? Sabía que aquello sería exactamente lo que pasaría. Necesitaba alejarlo de su mente.

Salió de su cuarto y se dirigió sin pensar a la habitación de su abuela, aquella que había rehuido desde que regresó a la casa. No lo pensó cuando giró el pomo; tampoco al abrir su armario. Al hacerlo, el olor a su abuela lo invadió todo. El aroma a lavanda impregnado en sus prendas llegó hasta ella. Se acercó hasta las perchas y, apretándolas entre los dedos, se las llevó al rostro. Cerró los ojos y rememoró cada abrazo recibido por ella, con aquellas batas que usaba

para estar en casa, cada vez que la protegió de las discusiones entre sus padres, todas las ocasiones en las que le brindó un mundo diferente leyéndole alguno de sus libros, las sonrisas condescendientes cuando le contaba sus historias con Justice, como si ella viese en aquellas travesuras algo más de lo que ella le relataba.

No pudo resistirlo y se dejó caer en el armario, bajo su ropa, abrazada a sus batas. Rompió a llorar. Derramó cada uno de los sentimientos rotos, cada una de las lágrimas que la habían ahogado desde que se enteró de su muerte. Dejó que dichas lágrimas bañasen sus mejillas en un llanto desconsolado, abatido, rendido por fin a ser liberado. Con cada lágrima expulsaba mucho más que la pena que la atenazaba por su pérdida. Era como si años de represión de miles y miles de sentimientos y frustraciones hubiesen decidido salir ahora que las puertas estaban abiertas.

Abatida y exhausta, una hora más tarde, se dejó caer hacia atrás en el armario, y su espalda chocó con algo duro que la hizo incorporarse y apartarse. Mientras se limpiaba el rostro con la palma de la mano, empujó la pesada caja sobre la que había caído hasta colocarla frente a ella. Contuvo el aliento.

«¡Dios mío, es la máquina de escribir de la abuela!», reconoció. No había pensado en ella, y era muy extraño, porque siempre había admirado y adorado aquella pieza antigua. Llevada por el recuerdo del incesante y fuerte sonido de aquellas teclas, abrió la caja y pasó los dedos sobre ellas con sumo cuidado. Era la máquina que su abuela usaba para escribir sus reseñas. Sonrió al recordarla frente a ella, sobre la mesa de madera de la cocina, junto a un café bien fuerte y negro. Y junto a él, un libro. El último al que hubiese dedicado sus noches en vela.

La abuela escribía reseñas literarias para el periódico local. Lo había hecho durante años. De hecho, no tenía recuerdos de la abuela Jo en los que aquella vieja máquina de escribir no hubiese estado presente de alguna manera. Ella fue la que le inculcó el amor por los libros, y por escribir sobre ellos. Los analizaba, valoraba y apreciaba como joyas. Incluso los que no llegaban a tocar su corazón eran dignos de respeto. Su abuela la convirtió de aquella manera en la mujer que era profesionalmente. Y esa máquina de escribir era el símbolo del amor que ambas compartían por los libros. Sonrió de nuevo ante su tesoro. Se alegraba de haber llegado hasta él.

Se la llevaría de regreso a San Francisco y la colocaría sobre su escritorio, pero de momento la acercó hasta su cuarto y la dejó sobre la mesa, bajo la ventana. Sería un buen sitio para intentar escribir algo mientras permanecía allí los días que restaban hasta el regreso de Marty Pullman, el abogado de la abuela.

Se dejó caer en la silla que había frente a la mesa y pasó los dedos sobre las teclas. Presionó un par y el repiqueteo fuerte de las mismas le trajo miles de recuerdos sobre conversaciones compartidas con su abuela sobre libros. Un nudo volvió a instalarse en su garganta a causa de la emoción. De manera inmediata, una lágrima atravesó su mejilla hasta precipitarse por su mandíbula. ¿De verdad iba a llorar otra vez? ¡No podía creerlo! Ella no era así, no se dejaba llevar. Era una controladora nata.

El timbre de la puerta le pegó un susto de muerte cuando estaba a punto de abandonarse de nuevo al dolor. Se levantó inmediatamente de la silla y se limpió el rostro con ambas manos. Era imposible borrar completamente los estragos que el llanto desconsolado de la última hora había dejado en su rostro, pero al menos no parecería una fuente andante.

Se miró en el espejo: tenía un aspecto horrible. En pijama y con la cara enrojecida. Otro persistente timbrazo la hizo botar nuevamente, esta vez preguntándose quién sería. No tenía ningunas ganas de mantener una charla con alguno de los vecinos de su abuela, siempre interesados en cómo llevaba su muerte. Había planificado para aquel día una buena sesión de trabajo, algunas llamadas necesarias y gran cantidad de horas de lectura. Además de los libros que se había comprado, había conseguido que Penélope le enviase por correo electrónico un par de manuscritos que tenía que valorar. Laura se los había impreso en el colegio y entregado el día anterior cuando quedaron para tomar el café, por lo que atender a las visitas no entraba ni de lejos en sus planes.

Bajó las escaleras hasta la puerta, sin mucha convicción. Se estiró la camiseta del pijama justo antes de abrir con un gran suspiro. Se quedó petrificada al encontrar al otro lado a Justice. Inmediatamente su pulso se disparó y, de la manera más tonta, sintió teñir sus mejillas al darse cuenta de que él la veía en aquel deplorable estado. Aunque no tuvo mucho tiempo para

detenerse en aquel pensamiento.

Justice aguardó después de su segunda timbrada tras la puerta de Gina con unos nervios que no recordaba haber sufrido desde adolescente. Se pasó la mano por el pelo y se colocó la cazadora. Miró al suelo y soltó todo el aire de sus pulmones justo antes de ver cómo por fin se abría la puerta ante él y aparecía Gina como una preciosa visión, con aquel pijama rojo y el cabello suelto enmarcando su rostro enrojecido por el llanto. Era evidente que había llorado, sus ojos brillaban como el día que se despidió de ella. Y su mirada verde lo atrapó como entonces. La vio abrir los labios ante la sorpresa de encontrarlo allí y algo superior a su cordura y a sí mismo se apoderó de él. No pudo pensar en nada más que no fuese apropiarse de aquellos labios. Sentirla como hacía siglos que soñaba con volver a hacer. No lo dudó un segundo: fue hacia ella recorriendo el espacio que los separaba, en dos zancadas, la tomó por la nuca y se adueñó de sus labios sin darle tiempo a reaccionar.

Gina sintió los labios de Justice presionar los suyos y llevarse con ellos todo su aliento, sin intuirlo siquiera. Inmediatamente se vio transportada a aquella carretera que fue testigo del primer beso que compartieron. Como esa primera vez, sintió despertar cada recóndito lugar de su cuerpo ante el contacto íntimo y exquisito, ante la caricia posesiva de sus manos en su nuca. Pero aquel beso, el que la derretía en aquel momento, era mucho más. Justice se había convertido en un hombre y no se limitó a tantear su boca tierna y dulcemente. Con determinación, introdujo la experta lengua en su boca y se apoderó del anhelo endiablado que la poseía. Gimió enardecida al probar el sabor de su lengua mientras jugaba con la suya y, abrazándola con fuerza, la pegaba a su cuerpo posesivamente. No lo pensó, solo subió las manos hasta sus brazos y se aferró a ellos temiendo perderlos, temiendo estar soñando. No quería que dejara de besarla. Le acarició el rostro, de barba incipiente y masculinos y perfectos rasgos. Era Justice, su Justice, y cada célula de su cuerpo lo reconocía de aquella manera. Y su corazón caldeado estuvo a punto de estallarle en el pecho al sentirlo así.

—Justice…

—Gina…

Pronunciaron sus nombres tras separarse ligeramente para perderse el uno en el rostro del otro, reconociéndose, anhelándose. Justice bajó la mirada de nuevo a sus labios y rozó la piel henchida con su pulgar mientras contenía el aliento. No necesitó pensarlo, era ella. Solo quería sentirla y volvió a apoderarse de su boca, que se abrió para él sin el menor resquicio de duda, como una flor temprana que anhela el rocío de las primeras horas. Así era Gina para él. Como los sueños prohibidos, como el aire que necesitaba para respirar. La dueña de cada latido de su corazón desde que sus ojos se posaron por primera vez en ella. Era suya, ahora, en ese momento, y no había nada más entre los dos; solo sus cuerpos y una cantidad excesiva de ropa que le impedía fundirse con su piel. Ya no quería hablar, solo perderse en la mujer que lo había atormentado durante toda la vida.

La empujó suavemente al interior y cerró la puerta tras él, sin dejar de besarla. La apoyó sobre la madera y presionó contra ella su cuerpo. Gina, tan deseosa como él, comenzó a liberarlo de la cazadora mientras Justice bajaba con los labios hasta su cuello y mordisqueaba su tentadora piel hasta hacerla liberar un jadeo grave y entregado. Se desabrochó la camisa del uniforme e, inmediatamente, Gina introdujo las manos para acariciarlo sobre la camiseta blanca que llevaba debajo, pegada a su piel. No pudo resistirlo y la tomó por las caderas, elevándola hasta hacerle enroscar sus preciosas piernas alrededor de su cintura. La abrazó con fuerza y la apoyó de nuevo contra la puerta, sujetándola por el trasero, sin dejar de devorar su cuello. Gina se arqueó hacia atrás, abrazada a su cuello, y le regaló los jadeos más excitantes que hubiese escuchado jamás. Se apoderó de ellos con sus labios. Quería beberlos como si fuesen el último manantial de agua fresca sobre la Tierra. Estaba tan encendido, la deseaba tanto, la había deseado tanto toda su vida, que solo podía pensar en poseerla.

Su teléfono móvil sonó en el bolsillo; un pequeño y repetido pitido le avisaba de la entrada de un mensaje. Le daba igual. Nada conseguiría que se separase de ella en aquel momento. Nada.

Introdujo una mano bajo su camiseta y la llevó hasta sus pechos, atrapando uno con codicia. Definitivamente, el cuerpo de Gina se había llenado de insinuantes curvas que harían perder la cabeza al más casto de los hombres. Se apretó contra ella, empujándola hacia la madera

para que sintiese la poderosa erección que amenazaba con reventarle los pantalones. Fue su turno de gemir, ronco, contra su boca suculenta y deliciosa.

—Necesito estar dentro de ti, Gina.

El aliento entrecortado de Justice le acarició los labios sensibles, hinchados y enrojecidos. Escucharlo expresar el deseo que lo devastaba, idéntico al suyo, la excitó como nunca lo había hecho antes un hombre. Ella también lo deseaba. Más que nada. Solo quería ser poseída por Justice, por el hombre que la miraba como ningún otro la podría mirar jamás, leyendo dentro de ella, calentando su corazón con una de sus preciosas y ladeadas sonrisas.

—Vamos arriba —fue su respuesta.

No quería pensar en nada, ni en el mañana, el día siguiente o la semana próxima. Ni en que en pocos días se marcharía de allí. En nada que ensombreciese el momento que su cuerpo, que su mente, habían estado anhelando más de dieciséis años, desde la primera vez que la besó.

Justice le regaló una sonrisa. Una preciosa sonrisa que acompañó con el más tierno de los gestos. Acarició su mejilla lentamente, como si la memorizase, como si se deleitase en cada una de sus facciones. Gina sabía que no estaba en su mejor momento, pero Justice la miraba como si no hubiese mujer más bella en el mundo. Se estremeció ante esa mirada anhelante que expresaba tantas cosas…

Rodeó su rostro con las manos y fue ella la que se apoderó de sus labios, tan masculinos y excitantes. Justice le mordió el labio inferior mientras posaba ambas manos en su trasero y la elevaba contra su erección. Una descarga instantánea de devastador deseo la recorrió desde la espalda hasta apoderarse de su sexo palpitante. El zumbido neblinoso en el que se vio envuelta apenas la dejaba ser consciente de cómo él la separaba de la pared y la llevaba en dirección a la escalera. Comenzó a subir los peldaños con ella a horcajadas, rodeándole las caderas con una facilidad que la dejó atónita.

Le pasó la lengua por los labios, excitada, enardecida.

El gruñido que salió de la boca de Justice acompañó al timbre de la puerta. Ambos se detuvieron estupefactos.

—¡Gina, soy Laura! —oyeron tras la puerta.

—Joder —exclamó Justice sin poder creer la interrupción.

Gina le tapó la boca con su mano inmediatamente.

—No sabía que iba a venir esta mañana —susurró aún en sus brazos.

Justice no la había soltado y aún podía sentir la erección contra su sexo. Se llevó la otra mano a la frente, le costaba pensar en aquella situación. Le destapó la boca y apoyó las manos en los anchos hombros de Justice para bajarse.

—¡Gina! —volvió a llamarla Laura tras la puerta.

Justice resopló al verla alejarse.

—Tengo que abrir, lo siento —dijo ella en un susurro.

—Yo también lo siento —contestó él frente a sus labios, sin resuello—, pero volveré —prometió contra su frente mientras rodeaba su rostro con ambas manos.

Depositó un beso sobre sus labios, deleitándose en presionarlos, y se separó con desgana de ella.

Gina lo vio bajar las escaleras, tomar su cazadora del suelo y marcharse en dirección a la cocina para salir por la puerta de atrás.

Apoyó la cabeza en la pared e intentó tomar aire mientras la tercera llamada a la puerta le advertía que Laura estaba empezando a impacientarse. Bajó las escaleras de dos en dos para abrir a su amiga, antes de que esta llamase a los bomberos para tirar la puerta abajo.

CAPÍTULO 10

«Cuando te beso te abres y cierras como alas de mariposa, y bautiza tu saliva mi ilusión, y me muerdes hasta el fondo la razón. Y un gemido se desnuda y sale de tu voz. Le sigo los pasos y me dobla el corazón.

Cuando me besas, se pierden todas las estrellas en la aurora…»

***Cuando te beso*, Juan Luis Guerra**

Qué extraño era volver a estar allí. ¡En su escuela! La que la había visto crecer. No había cambiado nada. Tan solo el color de las paredes, antes verdes, ahora exhibían un bonito amarillo pálido, mucho más luminoso y alegre. Por lo demás, el mismo suelo, las mismas taquillas, puertas e incluso los carteles de las distintas actividades, eran muy similares. Hasta los olores… Cerrar los ojos y dejarse llevar por los sentidos, escuchar el timbre que anunciaba el comienzo de la clase, el jaleo de los chicos inundando los pasillos, el ruido de las taquillas cerrándose justo antes de ir a las aulas… Todo era capaz de transportarla a aquellos años de felicidad. Abrió los ojos justo en el momento en el que dos chicas y un chico, de unos diez años, cargados con sus mochilas, caminaban de espaldas a ella, riendo en dirección a la que debía de ser su clase. No le costó recordar las miles de veces en las que Laura, Justice y ella habían hecho lo mismo.

En cuanto el nombre de Justice apareció en su mente, se llevó los dedos instintivamente a los labios, recordando el momento en el que su boca exigente se había adueñado de ellos. El corazón se le aceleró en respuesta inmediata y apretó los muslos temiendo que su deseo volviese a tomar el control de sus sentidos. Desde que ambos se dejaron llevar en su casa, no había hecho otra cosa que perderse una y otra vez en aquel recuerdo que la había acompañado día y noche durante los últimos tres días. Él le había prometido que regresaría; sin embargo, no lo había hecho.

Tal vez fuera lo mejor, le gritaba una vocecita en su cabeza. Esa que la había convertido en

una persona prudente y cauta. La que mantenía a raya sus pensamientos más locos y descabellados. ¿Cómo de buena era la idea de acostarse con el que había sido su mejor amigo de la infancia? ¿Podría dejarse llevar, entregarse y después marcharse de nuevo a San Francisco sin sufrir las consecuencias? Si con un único beso él hizo que lo recordara durante dieciséis años, ¿qué huellas dejaría en su cuerpo, en su mente, en su corazón, entregarse a él sin pensar en el mañana? ¿Estaba dispuesta a pasar el resto de su vida viviendo del recuerdo de aquella única vez? Podría haberlo hecho con otros hombres, pero Justice no era un hombre cualquiera. No, no lo era. Por mucho que intentase convencerse de lo contrario, él siempre había sido dueño de una parcela de su corazón que no había prestado a nadie más. Él era… único para ella. A pesar de haber estado con otros hombres en su vida, su recuerdo persistente volvía cada cierto tiempo, como una melodía perseverante. Esa que es capaz de alterar el ritmo de tu pulso, cambiarte el ánimo y dibujarte una sonrisa cuando nada más podría hacerlo. Así era el recuerdo de Justice para ella.

Tal vez él se había arrepentido. Era muy probable que hubiese llegado a una conclusión parecida a la suya y decidiera que era mejor dejar las cosas así. Pero los días allí se le iban a hacer interminables. Por eso, entre otras cosas, había decidido aceptar la invitación de Laura para ir a dar una charla a sus chicos sobre los libros y el mundo editorial. Aquello la tendría distraída unas horas.

—Gina, ya puedes pasar —la avisó justo en ese momento su amiga abriendo la puerta de su clase.

Le regaló una gran sonrisa y la dejó entrar.

En el interior, un grupo de chicos y chicas de unos diez u once años la recibió con miradas perplejas y gran expectación. Se sintió un poco abrumada. Aunque estaba acostumbrada a hablar con medios de comunicación y prensa, los niños eran otro mundo. Mucho más críticos, espontáneos y sin filtro. Cosas que, por norma general, le gustaba encontrar en la gente. Pero en un niño… podía resultar brutal.

Se dirigió, con una decisión que no estaba muy segura de tener, a la mesa de Laura, donde

le indicó que tomara asiento. Lo hizo colocándose frente a los chicos y recorrió sus rostros expectantes con una sonrisa. No tardó en detenerse en uno en concreto al reconocer a la niña con la que pocos días antes había mantenido una conversación en la librería. Su sonrisa se amplió instintivamente. Nicole se la devolvió, reconociéndola a su vez.

—Bueno, Gina, esta es mi tropa. Puedo decir en nombre de todos que estamos encantados de tenerte hoy con nosotros y que nos puedas explicar en primera persona cómo es el mundo editorial, y en qué consiste tu trabajo con los autores.

Así empezó la hora de clase destinada a aquella charla, que a los pocos minutos de comenzar se convirtió más bien en una entrevista que solo podía describir como divertida y fascinante. Eran increíbles, con unas mentes tan rápidas e ingeniosas que resultaba imposible no sentirte estimulada con ellos. Entendía perfectamente que Laura adorase su trabajo. Eran fantásticos, dentro de sus diferencias: los había más tímidos, auténticos caraduras, otros sensibles, y todos con una visión fresca e inquieta que resultaba adictiva. Y sobre todas aquellas mentes, una volvió a llamar su atención por su perspicacia y brillantez: la de Nicole. Le había sorprendido que sus preguntas hubieran ido derivando desde los aspectos más técnicos de su trabajo a temas más personales, como sus gustos específicos, sus lecturas más íntimas y sus preferencias, como si quisiera conocerla más allá de su profesión. Aun así, no se había sentido incómoda en ningún momento. Lo que había descubierto era que, tal y como pensó al conocerla, tenían mucho en común, incluso podría asegurar sin temor a equivocarse que eran muy parecidas en cuanto a carácter. Nicole parecía decidida, segura, nada conformista y rebelde. Características que la habían convertido a ella en la gran pesadilla de su madre durante toda su vida.

Cuando finalmente la sirena que anunciaba el final de clases interrumpió la animada charla, lo sintió de veras. No le apetecía en absoluto dar la mañana por concluida. Así que, cuando Laura la invitó a comer con ella en el colegio y acompañarla en su posterior clase de teatro, no lo dudó un segundo.

La comida del colegio seguía dejando mucho que desear. La carne estaba demasiado condimentada, las verduras blanduzcas y el puré de patatas era de una consistencia líquida

bastante repugnante. Había cosas que nunca cambiaban, pensó con una mueca torcida. Finalmente se decidió por un poco de ensalada variada y una manzana. Siguió a Laura a la mesa de los profesores y se sentó entre ellos tras ser presentada al grupo. Los saludó y comenzó a mover sin mucha convicción la lechuga de la ensalada, de un lado a otro del plato.

—¿Qué te han parecido? —le preguntó Laura.

Gina levantó la vista de la ensalada.

—Los chicos —aclaró—. ¿A qué son fantásticos? —le preguntó toda sonrisas y orgullo.

Laura le contagió su gesto inmediatamente.

—Desde luego que sí, ha sido una experiencia maravillosa. No me extraña que te sientas tan realizada. Tienen unas mentes fascinantes.

—Sí…, son una fuente inagotable de inspiración.

—¿Inspiración? —preguntó Gina pinchando su ensalada.

La metió en su boca y la masticó imaginando que se trataba de una de las deliciosas ensaladas César de su restaurante favorito en San Francisco.

—Laura escribe unos libros alucinantes para niños, ¿no te lo ha dicho? —comentó Peter, el joven profesor de Ciencias que estaba sentado a su lado.

La había recibido en la mesa con una enorme sonrisa y enseguida se dio cuenta de que aquel era el «profe guay» de los chicos.

—Pues no, no tenía idea —contestó ella interrogando a su amiga con la mirada—. ¿Por qué no me habías dicho nada? ¡Es estupendo que escribas! Siempre fuiste muy creativa.

—Me da un poco de vergüenza… —aseguró ruborizada.

—¿Vergüenza? ¿Tú? ¡No me lo puedo creer! —aseguró sorprendida.

—¿Cómo no iba a dármela? Eres una gran agente literaria. Debes de estar todo el día leyendo obras maestras…

—No todas lo son, pero siempre disfruto con la lectura de algo nuevo. Me encantaría que me dejases leer lo que hayas escrito.

—Pues *Las normas de la casa de muñecas* es una chulada —intervino nuevamente Peter.

Gina sonrió ante la expresión que había utilizado y no le costó nada imaginarlo en plan camarada con los alumnos.

—Ya solo el título me llama la atención. Tienes que dejarme leerla —rogó a su amiga, poniéndole la misma cara lastimera que usaba Laura con ella para convencerla.

Consiguió que esta rompiese a reír, con aquella risa genuinamente contagiosa que recordaba tan bien.

—¡Está bien! —aceptó finalmente—. Pero tienes que prometerme que serás totalmente sincera.

—¿Acaso podría ser de otra manera? —respondió Gina recordándole que siempre había sido brutalmente sincera, otra de sus cualidades o defectos que le habían acarreado más de un problema de niña.

—Me alegra saber que en eso no has cambiado. —Laura sonrió—. Y antes de despedirnos te daré una copia que tengo en mi mesa.

Gina sonrió satisfecha.

El resto de la comida estuvo amenizada por la cantidad de anécdotas que Laura tenía de su grupo de alumnos. Y así, entre risas y sorprendes historias, pasó la hora de la comida y juntas fueron hasta la sala de teatro que volvió a inundar su mente de recuerdos. Laura y ella habían pertenecido también al grupo de teatro, pero mientras Laura interpretaba casi siempre los papeles principales en las obras, ella pertenecía al equipo de dirección. Justice no se quiso unir a ellas. Él era mucho más tímido, pero siempre iba a los ensayos y después la acompañaba a casa, ya que eran vecinos.

De nuevo su solo recuerdo le aceleró el pulso, como a una quinceañera tonta. Resopló mientras tomaba asiento en la primera fila, acomodándose. A los pocos minutos, Laura ya tenía organizado al grupo, compuesto por una veintena de chicos que iban desde los nueve a los doce años.

—Hola —la saludó Nicole sentándose a su lado—. Pensé que ya te habrías ido.

Gina le sonrió abiertamente. No le sorprendía encontrarse de nuevo a la niña allí.

—No me lo habría perdido por nada del mundo.

—¿También participabas con la señorita Carter en el grupo de teatro?

Gina levantó una ceja.

—¿También? —le preguntó queriendo saber a qué se refería.

—Era con ella, con la amiga que leías en la biblioteca cuando tenías mi edad, ¿verdad?

Gina sonrió.

—Sí, era ella con ella. Siempre hemos tenido muchas cosas en común. ¿Tú tienes alguna amiga especial también con la que compartir tus pasiones?

Nicole bajó la mirada y apretó la mochila contra sus piernas.

—La tenía… Mi madre era mi mejor amiga.

A Gina se le detuvo el corazón en el pecho. No se le había escapado que Nicole estaba hablando en pasado.

—Pero ya no está —continuó la pequeña—. Aun así, seguir haciendo estas cosas, como leer sus libros, ponerme su ropa o recordar nuestros juegos, hace que me sienta más cerca de ella.

Gina tragó saliva antes de seguir hablando.

—Lo siento mucho, Nicole. Es muy duro perder a alguien a quien amas tanto…

—Nicky, ¿no vas al escenario? Estamos a punto de comenzar —preguntó Laura a la niña, acercándose a sus asientos.

—Claro, señorita, Carter —respondió bajándose de su silla.

Se despidió de ella con la mano y una mirada triste que a Gina le encogió el corazón.

La vio marchar al escenario, dejar su mochila sobre el montón compuesto por las de sus compañeros y acercarse a ellos en el escenario.

—Es una niña fantástica —dijo Laura sentándose a su lado, al darse cuenta de que Gina no apartaba la mirada de ella.

—Sí, es especial. La conocí el otro día en la librería. Apenas hablamos un par de minutos, pero tiene algo…

Laura sonrió de manera enigmática.

—¿Te resulta familiar?

Gina la observó entornando la mirada.

—Sí…, pero no identifico el qué… Y ahora me ha contado que su madre murió…

—¿Te ha hablado sobre la muerte de su madre? En los últimos seis meses no he conseguido que diga ni una palabra sobre el tema, y realmente creo que le haría mucho bien.

—Pues no sé… Tal vez se ha sentido más cómoda con una desconocida. —Se encogió de hombros.

—Creo más bien que se siente fascinada por ti, al igual que el resto de los Bowen…

—¿Bowen? —preguntó Gina parpadeando un par de veces.

El corazón le dio un vuelco.

—Es la hija de Anette, la sobrina de Justice.

Gina supo inmediatamente lo que aquello significaba.

—Anette… ¿ha muerto? —preguntó en un susurro.

—Me temo que sí, hace seis meses, de un cáncer de mama. Anette y Nicole estaban muy unidas, se adoraban. El padre de Nicole desapareció cuando la pequeña tenía solo dos años. Ahora solo le quedan su abuelo y su tío, y tampoco ellos lo están pasando muy bien.

Definitivamente, Gina sintió que se le encogía el corazón hasta convertírsele en un puño. Miró a Nicole y entonces reconoció aquella mirada que tanto la había fascinado, la de Anette, que brillaba en aquellos preciosos ojos color ámbar. No podía imaginar lo duro que debía de ser para ella soportar cada día la ausencia de su madre. Al igual que el sufrimiento de Justice, que siempre había adorado a su carismática hermana mayor. Se sintió mal por la niña, por David, su abuelo. Y por Justice, su Justice…

CAPÍTULO 11

«Aquí estoy yo con un beso quemándome en los labios. Es para ti,

y puede tu vida cambiar, déjame entrar…»

***Aquí estoy yo,* Luis Fonsi**

—Muy bien, chicos. Ha estado muy bien, pero por hoy ya hemos terminado. Tenéis que estar orgullosos, esta va a ser la mejor función de Navidad de la historia.

Los chicos sonrieron y se felicitaron entre ellos. Todos menos un miembro del equipo, Nicole, que se alejó del grupo y tomó la mochila del montón. Gina no podía apartar la vista de ella. No era solo su mirada, tan parecida a la de su madre. Su manera de caminar, sus gestos, la dulzura de sus facciones…

—Qué pena que te vayas a marchar en pocos días —le dijo Laura sacándola de sus pensamientos—, seguro que a los chicos les habría encantado que vieras su función y a mí que asistieses a mi boda. Nos hemos perdido grandes cosas de nuestras vidas, sería fantástico tenerte en esta.

Gina sonrió reconociendo que así había sido. Le había encantado pasar tiempo con Laura, recordar cómo había sido allí, con ella. También le gustaría verla radiante y feliz el día de su boda, pero tenía una vida que continuaba en San Francisco. Aunque había estado trabajando desde allí en lo que podía, tenía un negocio, unos clientes, eventos que organizar… No podía seguir perdiendo el tiempo. Tras la conversación con el abogado tendría que regresar a la realidad.

—Está bien, no digas nada ahora. Ya lo decidirás, aún tienes unos días. Sabes que serás bienvenida si cambias de opinión —le dijo Laura rodeando su brazo mientras dirigían los pasos hacia la salida.

En ese momento, el teléfono de Laura comenzó a sonar y esta la soltó para tomarlo de su

bolsillo.

—¿Justice? ¿Qué ocurre? —la oyó decir Gina y se detuvo a escuchar disimuladamente.

Era oír su nombre y sentir cómo se ponían en alerta todos sus sentidos. Laura la miró de reojo y sonrió.

—Claro, no te preocupes, me ocuparé de que Nicole llegue sana y salva a casa. No, tranquilo, no es molestia —seguía diciendo ella—. Gracias a ti por cambiarle el turno a Scott el viernes, los preparativos de la boda nos tienen un poco agobiados. Eres el mejor padrino del mundo —aseguró su amiga entre risas.

La vio reír feliz, pletórica, y supo que sería la novia más bonita del mundo. Pocos segundos más tarde, terminaba con la llamada.

—Así que Justice es el padrino de tu boda… —dejó caer Gina el comentario.

—Sí, no podía haber otro mejor. Es el mejor amigo de Scott, y el mío, por culpa tuya. Es otra de las razones por las que deberías quedarte para mi boda…

—¿Por Justice? —preguntó Gina completamente azorada.

Laura sonrió con picardía.

—Bueno, sería precioso reunirnos los tres nuevamente.

—Claro, claro… por reunirnos —dijo ella sintiéndose estúpida.

Estaban hablando de reunir al grupo de amigos y ella solo recordaba los labios de Justice apoderándose de su boca. Sus manos fuertes y decididas recorriendo su cuerpo…

El inmediato rubor que tiñó las mejillas de Gina fue de lo más revelador para Laura.

—¿Cómo llevas tu regreso al pueblo, con Justice? —le preguntó entornando la mirada.

—Yo… Bueno… ¿Cómo lo debería llevar? No sé… ¿Por qué lo preguntas? —Se puso tan nerviosa que no fue capaz de articular una frase con coherencia.

Se encogió de hombros y desvió la mirada. Estaba segura de que Laura podría leer en ella cosas que no estaba preparada para compartir. Había perdido el control con Justice dejándose llevar por el deseo, por algo que no podía describir, pero que estaba segura que no debía analizar, por el bien de todos.

—¡Dios mío! ¿Ha pasado algo entre vosotros? —preguntó Laura en un susurro al ver que los alumnos de su clase comenzaban a salir por la puerta de la escuela.

Gina aprovechó la estampida de los chicos para evitar contestar. En ese momento salió Nicole y Laura la detuvo, apartándola del grupo.

—Espera, Nicole. Me ha llamado tu tío. Le ha surgido un asunto que tiene que solucionar y no va a llegar a tiempo de recogerte… —De repente se detuvo en su explicación y miró a Gina como si esta fuese la clave que hubiese iluminado su mente—, pero Gina te acompañará a casa, si no te importa. ¿Sabes?, de niños era tu tío quien la acompañaba a ella.

Gina se volvió a ruborizar y miró a Laura sorprendida. También recibió la mirada de Nicole, que la observó con interés.

—Puedo ir a casa sola… —afirmó la niña, sin saber por su expresión si era una molestia para ella hacerlo o no.

—Me gustaría acompañarte, Nicole. Somos vecinas y yo también voy en esa dirección —le dijo brindándole una sonrisa sincera.

—Bueno, si va de camino…

—Claro que sí. Y tu tío se quedará mucho tranquilo. No le gusta que vayas sola. Seguro que se sentirá… muy agradecido —añadió Laura mientras le regalaba una sonrisa cómplice.

Gina echó una mirada asesina a Laura, a la que leía las intenciones como si las exhibiese en un enorme cartel de neón. Seguía siendo la misma lianta de siempre. Cuando eran niñas también estaba empeñada en emparejarlos, insistiendo en que su mejor amigo estaba enamorado de ella. Gina siempre le dijo que estaba loca, que tenía que dejar de leer novelas románticas y dramas. Aunque al final él se le hubiese declarado el día de su marcha. Equivocada del todo no había estado, pero la actualidad era muy distinta. No iba a negar la atracción que había entre los dos, solo tenía que recordar cómo él se apoderó de sus labios, cómo la tocó o cómo hizo que vibrase cada recóndito lugar de su cuerpo, pero tras años sin tener ningún tipo de contacto aquel amor infantil que él pudo sentir debía de estar más que extinto. Solo quedaba cariño y asombrosos recuerdos. Justice, incluso, podría albergar algún tipo de resentimiento hacia ella por

no haber contestado sus cartas, por sus años de silencio y ausencia. Lo que había ocurrido entre ellos pocos días atrás no era importante. Él también debía de pensar así y por eso no había regresado a terminar lo que empezó.

—Mi tío y tú, ¿erais buenos amigos, entonces? —le preguntó Nicole mirándola muy atentamente con sus preciosos ojos castaños, repletos de reflejos dorados.

—Eh…, sí. —Suspiró y asintió con la cabeza—. Sin duda lo éramos.

Gina y Nicole comenzaron a caminar calle abajo, en dirección a sus casas mientras se despedían con la mano de Laura.

—Entonces, ¿también conocías a mi madre?

Los ojos de Nicole brillaron esperanzados. Gina le sonrió, invadida por los recuerdos.

—Sí, la conocía bien. Tu tío y yo pasábamos mucho tiempo en tu casa, y en la cabaña. ¿Sigue en pie la cabaña?

—¡Sí! ¡Claro que sigue en pie! La construyó mi abuelo —dijo con orgullo—. Ahora solo la uso yo, si quieres, cuando lleguemos, te la enseño.

—Me encantaría volver a verla. Pasamos muchas horas allí cuando éramos niños, leyendo, jugando, hojeando las revistas que le quitábamos a tu madre…

Nicole sonrió inmediatamente al mencionarla.

—Yo la admiraba mucho. Tu madre nos sacaba cuatro años; era preciosa, inteligente… Le gustaban mucho los libros, como a mí. Y Justice, tu tío, y yo solíamos colarnos en su cuarto a ver sus cosas. Le robábamos las revistas que leía, «de mayores» para nosotros —dijo enfatizando las comillas, sin dejar de sonreir—. Pero ella nunca se enfadaba con nosotros. Solo venía a la cabaña a chicharnos un poco. También nos enseñaba los últimos bailes y nos llevaba a tomar helado. Era muy divertida.

—Sí que lo era —dijo Nicole con una pequeña sonrisa—. Conmigo también bailaba. Me subía a la mesa baja del salón y me cogía de las manos mientras bailábamos juntas. Nos reíamos mucho…

El pequeño rostro de Nicole se torció compungido, pero enseguida se irguió, se subió uno

de los tirantes del peto vaquero, desvió la mirada a un lado para que ella no pudiese leer el dolor en sus ojos y respiró con profundidad, intentando serenarse. Gina casi pudo sentir su dolor, y se vio reflejada en ella. Sabía lo que era estar siempre controlando tus sentimientos, intentando que nadie pudiese acceder a ti, ocultarlos a los demás. Pensar que si no eran accesibles para el resto del mundo dejarían de existir. Y, por primera vez en su vida, quiso abrazar a alguien y romper esas barreras.

—¿Te importa si hacemos el camino en silencio? —le preguntó la niña.

—No, claro. Tranquila —le dijo.

Y respetó su decisión los veinte minutos que tenían de paseo hasta llegar a las tierras de los Bowen. Aunque se mantuvo en silencio, Gina no perdió de vista a Nicole.

—Nicole… —la llamó suavemente a pocos pasos de su puerta.

La niña la miró con una expresión que pretendía ser impasible.

—Ella estaría muy orgullosa de ti. Conociendo a tu madre, no me cabe la menor duda. Y tampoco querría que llevases tu dolor sola. Así no desaparecerá.

Una pequeña lágrima rodó por la mejilla pecosa de la niña.

—Es que… no quiero que desaparezca —le dijo ella con la voz rota.

—¿Por qué no, cielo? Tu madre no querría verte sufrir. Estoy segura de que eras lo más importante en su vida y que su objetivo era verte feliz. ¿Crees que le gustaría verte sufrir?

Otra lágrima rodó por el precioso rostro de Nicole, siguiendo a la primera. La niña miraba para abajo y Gina se agachó frente a ella para poder ver sus ojos.

—Cuando mamá murió, todo el mundo me decía lo mismo: el tiempo lo cura todo. Dentro de poco te sentirás... Todo mejorará… Pero yo no quiero que mejore. No quiero que se vaya el dolor. ¡No quiero que se vaya ella! ¡No quiero superarlo! ¡No quiero olvidarla! ¡Necesito que esté conmigo para siempre…!

Gina escuchó a Nicole completamente desgarrada por dentro, preguntándose cómo aquella pequeña niña había sido capaz de sobrevivir los últimos meses. No lo pensó y la abrazó con fuerza. La rodeó e instintivamente la niña apoyó la cabeza en su hombro y dejó romper su llanto.

Minutos más tarde, mientras Nicole dejaba salir todo el dolor entre sus brazos, Gina comenzó a hablar.

—Nicole, tu madre no se marchará jamás. Ella vive en ti, en cada uno de tus gestos, en tu preciosa y desafiante mirada —le dijo incorporándola y limpiándole el rostro con los pulgares—. La puedo ver en ellos. Y tú la sentirás en cada cosa que hacíais juntas. Y también en las cosas nuevas, porque ella es una parte muy importante de la fascinante persona en la que te estás convirtiendo. El dolor no la va a retener a tu lado, solo hará que te sumerjas en la parte triste de su pérdida. Apuesto a que esté donde esté, observándote, velando por su niña, su mejor amiga, solo aguarda que le regales todas las sonrisas tuyas que se está perdiendo. Aquellas que le hacían reír, las que compartía contigo y hacían que todo para ella mereciese la pena —le dijo Gina perdiéndose en los bonitos y brillantes ojos de la niña, sin dejar de limpiar su rostro con las yemas de sus dedos.

Poco a poco la pequeña dejó de llorar y su respiración se acompasó. En ningún momento se apartó de ella.

—Y ahora, ¿me harías un favor enorme? —le preguntó muy suavemente.

Nicole asintió en silencio.

—Me encantaría ver una de esas sonrisas que eran capaces de iluminar la vida de tu madre.

Gina posó las manos en los hombros de Nicole y le apartó un mechón de pelo del rostro. Era una muñeca. Podía apreciar tantas cosas en su rostro similares a las de Anette, incluso de su tío. Le mostró una mirada sosegada, tranquila, intentando infundirle confianza, y al cabo de un minuto obtuvo su recompensa.

Apenas fue una tímida sonrisa, una pequeña, inesperada y mágica sonrisa que supuso un mundo para Justice, que había presenciado la escena desde el camino de acceso lateral a la casa. Al llegar las vio allí, charlando, y no quiso interrumpir el momento. Ahora estaba totalmente alucinado tras presenciar aquel milagro que Gina había obrado en su sobrina y creyó que se le detenía el corazón.

CAPÍTULO 12

«Es la manera en que me amas. Es un sentimiento como este.

Es como un movimiento centrífugo. Es dicha perpetua.

Es el momento crucial. Es… Ah… imposible.

Este beso… Este beso… Imparable.»

***This Kiss*, Faith Hill**

—Señorita Gina Walters, ¿eres tú?

Gina se incorporó inmediatamente como si la hubiesen pinchado en el trasero y al girar sobre sus talones se encontró con David Bowen, el padre de Justice, que iba hacia ella con los brazos abiertos y una gran sonrisa.

—Señor Bowen…

—Ven aquí. ¡Qué alegría volver a verte! —le dijo el hombre llegando hasta ella. La abrazó cariñosamente.

Gina inicialmente se sintió un poco abrumada. El señor Bowen siempre había sido muy cariñoso con ella, pero tras tantos años no esperaba que la tratase como si hubiese dejado de verla el día anterior.

—Madre mía, te has convertido en una mujer preciosa. No me extraña que tengas a todo el pueblo revolucionado.

Gina se sonrojó hasta el cuero cabelludo.

—Gracias, también le veo muy bien, señor.

—Me miras con buenos ojos. Ya soy viejo, pero estar con vosotros rejuvenece mi espíritu cansado —le dijo con una gran sonrisa, realmente contento de verla—. Ya veo que has conocido a mi pequeño diablillo —dijo el señor Bowen rodeando a su nieta con un brazo.

En su mirada resplandeciente solo podían evidenciarse orgullo y el gran amor que le

profesaba.

—Sí, nos conocimos hace unos días…

Aquello sorprendió a Justice, aún oculto en el lateral de la casa. No sabía qué hacía Gina allí, pero le costaba más imaginar cómo se habían conocido su sobrina y ella.

—… pero hasta hoy no hemos tenido la oportunidad de hablar un poco más. Es una niña fantástica —la oyó terminar de decir a su padre.

Nicole la miró y le volvió a sonreír de forma natural.

El corazón de Justice se caldeó con aquella nueva sonrisa.

—Sí que lo es. La luz que ilumina los días de este viejo corazón —añadió el señor Bowen pasando una mano por el cabello dorado como la miel de Nicole.

Parecía a punto de emocionarse, pero entonces se recompuso y se volvió hacia Gina con una sonrisa.

—Dime que te quedarás a merendar con nosotros.

Gina no sabía qué decir. Se preguntó cómo le sentaría a Justice encontrarla en su casa después de haber mantenido la distancia con ella, tras haberse besado. Pero entonces miró a Nicole, que aguardaba esperanzada.

Justice, desde su posición, contuvo el aliento, nervioso, aguardando también la respuesta.

—Claro, será un placer —aceptó Gina, que no quería decepcionar a la niña.

Esta sonrió y entró en la casa delante de ellos.

Justice soltó todo el aire de los pulmones en un profundo suspiro, llevándose una mano al pecho. Esperó a verlos desaparecer en el interior de la casa y salió de su escondite. En ese momento su teléfono sonó, avisándole de la entrada de un mensaje. Dio gracias de que no lo hubiese hecho segundos antes; habría sido descubierto haciendo el ridículo más espantoso. Miró la pantalla del teléfono y reconoció el número de Valerie como remitente del mensaje. Era el segundo que le enviaba en pocos días. El primero lo recibió mientras besaba a Gina hacía tres días. Si no supiese que estaba en Charlotte, apostaría a que lo observaba, poniéndose en contacto con él justo cuando Gina estaba cerca. Pero aquello no podía ser, se dijo con una sonrisa cansada.

Cerró el mensaje y guardó el teléfono en el bolsillo. Ahora solo tenía un objetivo en mente, y este se encontraba en el interior de su casa, por lo que con paso decidido se dirigió hasta ella.

—Mientras el abuelo prepara la merienda puedo enseñarte los cambios que he hecho en la cabaña —oyó Justice que Nicole proponía a Gina, nada más entrar en la casa.

—¡Hola! ¡Ya estoy en casa! —saludó desde la puerta.

Gina, desde la cocina de los Bowen, escuchó la voz de Justice, y el pulso se le aceleró estúpidamente. No le dio tiempo a decidir cómo iba a enfrentarse a él tras el encuentro en su casa cuando lo vio entrar por la puerta. Su mirada se dirigió a ella inmediatamente, clavándose en sus pupilas verdes de forma intensa. No leyó sorpresa en su rostro, tampoco supo descifrar si le molestaba su presencia o no, lo que hizo que tragase saliva, más nerviosa.

—Hola, hijo. Mira a quién tenemos esta tarde como invitada para merendar.

—Ya lo veo, padre. Hola, peque —saludó a su sobrina y se quitó la cazadora.

La dejó sobre el respaldo de una de las sillas de madera de la cocina. Durante todo el proceso, no apartó la vista de ella, y Gina pensó que el corazón estaba a punto de estallarle en el pecho.

Justice estaba aún más guapo de lo que recordaba tan solo tres días atrás. El problema era que además recordaba otras cosas; como el sabor de su lengua, el tacto de sus manos o la presión delirante de su erección contra su sexo henchido y palpitante. El rubor tiñó sus mejillas hasta sentir que le ardían las mejillas y le costaba respirar.

—Hola, Gina —la saludó aproximándose lentamente a ella, mientras se desabrochaba el primer botón de la camisa del uniforme.

—Hola, Justice —le contestó ella haciendo un esfuerzo arduo para que la voz abandonase su cuerpo.

Contuvo el aliento cuando vio que él, al llegar junto a ella, acercaba su rostro masculino y ligeramente áspero por la incipiente barba y depositaba un beso íntimo e intenso en su mejilla que la hizo estremecer por completo. El olor de su piel, mezclado con el de su colonia masculina, la turbó momentáneamente. Quiso cerrar los ojos y atrapar el momento en su mente, en su piel.

Sin embargo, tan solo pudo enderezarse ordenando a su corazón que dejase de bombear frenético antes de correr el riesgo de desmayarse allí mismo.

Con la necesidad de sobreponerse, se apartó de Justice con rapidez.

—Nicole, creo que tienes razón, este es un momento excelente para que me enseñes la cabaña —dijo aparentando una tranquilidad que no sentía.

—Claro, ¡voy a por Mary Cooper! —dijo la niña mientras salía corriendo de la cocina.

—¿Mary Cooper? —preguntó Gina sin entender.

—Es su muñeco favorito. Se lo regaló Anette cuando apenas era un bebé, va a todas partes con ella. Lo lleva en la mochila —le aclaró Justice.

—Claro, Anette… —dijo bajando el tono—. Me he enterado esta tarde de su muerte… Lo siento mucho —dijo precipitadamente antes de que Nicole volviese.

No quería que volviese a ponerse triste por la ausencia de su madre.

—Gracias, Gina. Sé que es así. Siempre os apreciasteis mucho —le dijo David mientras Justice bajaba la mirada en un gesto pétreo—. Fue un proceso lento y doloroso, pero al menos pudimos despedirnos de ella —añadió suspirando el padre de Justice.

—Aun así, sigue siendo duro, sobre todo para Nicole —dijo Justice volviendo a mirarla.

Gina no tuvo la oportunidad de contestar a su comentario porque en ese momento la niña entró portando un conejito blanco de peluche ataviado con una brillante faldita de bailarina y un elegante sombrero de copa negro.

—¡Así que esta es Mary Cooper!

Nicole asintió con otra sonrisa. La tercera que contaba Justice desde la llegada de Gina.

—Me gusta mucho. Tiene carácter. Es evidente que no es una conejita cualquiera —apuntó acariciando su sombrero de copa.

—No, no lo es —añadió Nicole evidentemente complacida con su apreciación—. Y las dos vamos a enseñarte la nueva cabaña. Mamá y yo le hicimos algunos cambios.

David miró sorprendido a Justice; sorprendido de que su nieta nombrase abiertamente a su madre. Y sobre todo que lo hiciese con una persona a la que acaba de conocer.

—Estoy segura de que me van a encantar esos cambios. —Gina siguió a Nicole hasta la puerta de salida a la parcela que había allí mismo, en la cocina.

Justo antes de salir miró a Justice, y sus miradas se cruzaron un segundo. La desvió rápidamente antes de que pudiese afectarla de nuevo.

—Gracias por quedarte a merendar con nosotros, ha significado mucho para Nicole. Parece que le caes bien —dijo Justice acompañándola a casa tres horas más tarde.

Había empezado a oscurecer y, aunque también la habían invitado a cenar, no vio prudente quedarse más tiempo.

—No ha sido nada. Es una niña estupenda, me ha encantado hablar con ella sobre libros, películas, música… Tenemos gustos parecidos. De hecho, soy agente de alguno de sus escritores favoritos —contestó Gina preguntándose qué pasaría cuando llegasen hasta la puerta de su casa.

Justice había insistido en acompañarla cuando decidió marcharse, sorprendiéndola; a pesar de que durante todo el tiempo que permaneció en su casa cada poco tiempo lo sorprendía mirándola, también había mantenido las distancias y se limitaba a ser testigo de las conversaciones que mantenía tanto con su padre como con su sobrina, sin formar parte de ellas. Llegó a pensar que su presencia allí lo incomodaba, y por eso, a pesar de estar pasando una velada fantástica, en cuanto tuvo la oportunidad decidió marcharse. Ya lo había molestado bastante.

Cuando minutos más tarde, mientras caminaban en silencio y veían cómo los últimos rayos de sol se filtraban entre las copas de los árboles, él le dio las gracias, no supo si se lo agradecía sinceramente o solo intentaba romper aquel incómodo silencio.

—De veras, Justice, no es necesario que me acompañes hasta casa. Conozco de sobra el camino.

—Pero llegarás más segura si vas con mi escolta —le dijo él con una perezosa sonrisa.

Gina sintió caldearse su corazón. ¿Cómo podía verse afectada tan solo con ese pequeño gesto? Era una auténtica locura. Con él allí, a solas, se sentía de todo menos segura. Él era

peligroso para sus sentidos, para su cordura y autocontrol.

—Es cierto, es tu trabajo. ¿Con quién iba a ir más segura que con el jefe de policía? —comentó en tono ligero, evitando la intensidad de su mirada.

—Aunque tengo que reconocer que también tengo razones ocultas para querer estar contigo a solas.

Justice buscó su mirada y Gina contuvo la respiración calculando los metros que restaban hasta su porche. Podía verlo ya frente a ellos.

—¿Y qué razones pueden ser esas?

—Necesito hablar contigo —declaró Justice deteniéndose ante ella.

El caprichoso corazón de Gina volvió a su precipitada carrera.

—Podías haberme llamado, no hacía falta que te tomases la molestia —contestó con una tensa sonrisa, y se dispuso a seguir caminando.

Pero Justice no la dejó continuar, sin moverse un centímetro de su sitio.

—Hay cosas que no se pueden hablar por teléfono, ni por carta…

«¡Dios mío! Justice quiere hablar de las cartas, de sus últimas palabras al despedirse», pensó, sintiendo cómo se le amontonaban en la mente las razones que se había impuesto a ella misma todos aquellos años para mantener las distancias. Las que le decían que era lo mejor para los dos, que el tiempo terminaría con aquellas ilusiones y sentimientos infantiles que no tenían ningún futuro.

Pero todas palidecieron ante el recuerdo de los besos que habían compartido tan solo unos días antes.

—Justice, quizás lo mejor sea que…

Las palabras de Gina quedaron interrumpidas por el sonido de su teléfono móvil, que tronó irreal en aquel ambiente íntimo. Una parte de ella se aferró a aquella interrupción que le permitía poner algo de distancia entre los dos. Y antes de que él pudiese intentar impedir que contestase, tomó la llamada y le dio la espalda.

—Señor Truman… Encantada de hablar por fin con usted… Sí, mi ayudante me informó

de su llamada y el interés de su productora en conseguir los derechos para llevar a la gran pantalla el último libro del señor James.

Justice la vio tomar la llamada con cierto titubeo, pero al segundo su tono cambio y en ella se reflejó su aspecto más profesional. Enseguida Gina se hizo con las riendas de la conversación y vio transformarse a la chica de la que él se enamoró en el tiburón de las agentes literarias en la que se había convertido. Habló con una seguridad y aplomo que dejó claro a su interlocutor que la negociación con ella no sería fácil. Sonrió al verla caminar hacia la casa con paso decidido.

—Si me da un par de minutos, tomo mi agenda. De cualquier manera, le enviaré mis datos de correo para que pueda hacerme llegar por mensajería las condiciones preliminares que están dispuestos a ofrecer. Tras comentarlas con mi cliente nos pondremos en contacto con usted para negociar las nuestras…

Gina abrió la puerta de casa y él entró tras ella. La siguió hasta la cocina. Allí, sobre la encimera, Gina abrió una agenda de cuero negro y comenzó a pasar hojas totalmente ajena al escrutinio de Justice, que la observaba embelesado. Aquella determinación era la misma que había admirado en ella cada vez que de niños había encontrado una causa que defender y en la que embarcar a sus amigos para que la apoyaran. Gina era toda pasión, fuerza… Con aquella mirada verde, y su melena dorada y rebelde, tenía el aspecto de una leona con la que cualquiera, con dos dedos de frente, temería enfrentarse en la batalla.

De repente se vio sorprendido por la risa suave y ligeramente coqueta de Gina a su interlocutor.

—Estoy segura de que sus condiciones serán tentadoras, señor Truman. No creo que una productora tan importante como la cadena Warner quiera poner en peligro el éxito del acuerdo, sin estar a la altura con su oferta de la calidad de la obra de mi cliente. Aun así, señor Truman, todo es negociable. Y no tenga duda de que defenderé los intereses del señor James hasta estar segura de que cada uno de los aspectos del acuerdo será beneficioso para él. —De nuevo aquella risa endiabladamente sexy escapó de sus labios.

Justice vio crecer la erección de su entrepierna de manera inmediata. Y, una vez más, ante

ella, dejó de pensar y permitió que su cuerpo hablase por él. Se aproximó a Gina, que seguía concentrada en su agenda mientras escuchaba al tal Truman con la cabeza inclinada sobre la misma, anotando algunas cosas. Se colocó tras ella y lentamente apartó el cabello de su hombro, dejando expuesta la piel de su cuello. En cuanto sintió la caricia de las yemas de sus dedos contra su piel, Gina contuvo el aliento, pero no se apartó. Era todo lo que necesitaba para continuar. Introdujo una mano en su cabello inclinando aún más su cabeza y bajó los labios hasta la piel de su cuello. En cuanto se posaron sobre ella, la sintió estremecerse y el bello de su nuca se erizó enardecido. Su respiración se volvió entrecortada y anhelante. Gina tapó el auricular de su teléfono mientras un gemido quedo escapaba de sus labios. Justice posó la otra mano en su cintura y la apretó contra él. Necesitaba sentir el cuerpo femenino acoplándose al suyo. El trasero respingón de Gina, enfundado en aquellos estrechos vaqueros, era una tortuosa e irresistible tentación. Se apretó contra ella e intensificó los besos por su cuello, recorriéndolo hasta apoderarse del lóbulo de su oreja. En aquel momento, Gina se inclinó hacia atrás, apoyándose en él.

—Por supuesto, señor Truman… —la oyó intentando controlar su tono afectado.

Por nada del mundo quería que aquel tipo creyese que ella coqueteaba con él. Era por Justice por quien estaba encendida como una hoguera. Era solo suya. Y antes de que Gina lo pudiese prever, le quitó el teléfono de la mano, lo apagó y lo lanzó sobre la encimera.

—¿Qué has hecho? —le espetó enfadada—. ¿Sabes quién es ese hombre? —preguntó girándose a encararlo.

—Es un incordio. Alguien que se está interponiendo entre lo que deseo y yo. Y que además tiene la mala suerte de que estemos en una zona con una cobertura pésima —le dijo con voz ronca frente a los labios.

Gina abrió los ojos sorprendida, pero no pudo pronunciar una sola protesta. Justice ya había comenzado la embestida de su boca contra aquellos labios que lo volvían loco. Introdujo la lengua en su interior y la acarició inminente, saboreando cada recóndito rincón de su boca mientras se apoderaba de uno de sus pechos a través del suéter gris perla que se ajustaba a sus

curvas como una segunda piel.

Gina contuvo el aliento en un nuevo gemido al sentir una de las grandes manos de Justice apoderarse de su pecho, masajeándolo sobre el suéter. Le sobraba toda la ropa. No quería sentir su caricia a través de las prendas. Quería sentirlo piel con piel y abandonarse a disfrutar del hombre grande y fuerte en el que se había convertido. No había podido borrar aquel deseo de su mente desde que él la besó hacía unos días, que ahora parecían semanas.

—¿Por qué no volviste el otro día a terminar lo que empezaste? —le preguntó jadeante mientras sacaba la camisa de Justice de sus pantalones.

Quería deleitarse acariciándolo. Él introdujo las manos bajo su suéter con la misma intención.

—¿Por qué no volviste ninguno de estos años y me dejaste esperándote?

Gina lo empujó, apartándolo de él inmediatamente. Justice la miró cegado por el deseo. No sabía por qué le había dicho aquello. Sí, quería hablar con ella, y sin duda era la primera cuestión que quería aclarar, pero no había sido su intención hacerlo en ese momento. Sin embargo, su subconsciente lo había traicionado y allí estaba la pregunta, formulada desde el último rincón de su corazón.

—¡Dios mío! ¿Por qué estás aquí ahora, Justice?

—¿Cómo qué por qué estoy aquí? ¿No es evidente? —Hizo ademán de volver a tomarla en sus brazos, pero Gina se escabulló poniendo distancia.

La vio pasarse las manos por el pelo, nerviosa, y colocarse la ropa con pulso trémulo.

—¿Qué es esto para ti? ¿Un juego? ¿Tu retorcida venganza? ¿Me has estado haciendo aguardar que regresases para hacerme pagar los años de silencio?

—¡No! ¿Qué estás diciendo! Nunca he pensado en vengarme… aunque me hicieras daño. Aunque sentí que todo lo que habíamos vivido juntos no había significado nada para ti… Aunque me dejaras en aquella carretera sin una respuesta después de haberte abierto mi corazón.

—Vaya… cuántos reproches para alguien que no alberga ningún tipo de resentimiento, ni ansia de venganza —le dijo en tono gélido, cruzándose de brazos.

Ahora sabía que no se había equivocado al pensar que Justice le guardaba rencor. Había temido que así fuese desde que lo volvió a ver en aquella carretera, tras el accidente, pero jamás imaginó que intentaría jugar con ella, en venganza.

—Quiero que te marches.

—Gina, estás equivocada…

Gina se cogió la cabeza con las manos. No podía oírlo. No quería escuchar ni una de sus palabras. Había sido tan estúpida como para perder su preciso control con la única persona que podría hacerle daño de verdad.

—Márchate, ¡ahora! —añadió sintiendo cómo millones de lágrimas amenazaban con dejarle ver su dolor, su decepción.

El nudo que se asentó en su garganta se hizo dolorosamente insoportable de contener y salió corriendo de la cocina, escaleras arriba, para refugiarse en su cuarto.

Por nada del mundo le daría el gusto de ver realizada su venganza.

CAPÍTULO 13

«Dame un beso en el hombro y dime que esto aún no ha terminado.

Prometo siempre volver a casa para ti…»

***Miles,* Christina Perri**

Gina tenía la cabeza enterrada en almohadas cuando sonó su teléfono aquella mañana. No esperaba que lo hiciera. Casi todas las personas que se ponían en contacto con ella lo hacían desde la Costa Oeste, y la diferencia horaria hacía que al menos hasta el mediodía no estuviese muy solicitada.

Estiró la mano en busca del aparato, sin levantar la cabeza, aún oculta. Le dolía horrores. Era como si le estuviesen martilleando las sienes sin piedad ni descanso. Había sufrido aquella horrible migraña desde hacía tres días, justo desde el momento en el que se despidió de Justice y comenzó a llorar como una maldita plañidera. Había llegado un momento en el que ya no sabía ni por qué lloraba. No le quedaba más que echar fuera. Y entonces se sintió tan débil y enferma que decidió que pasaría el resto del fin de semana metida en la cama, con sus libros y manuscritos. Escondida del mundo, de los habitantes de Bellheaven y de la posibilidad de encontrarse con su maldito jefe de policía por alguna de sus calles.

Lo peor había sido reconocer su fracaso total hasta para llevar a cabo aquellos sencillos planes. El dolor de cabeza le había impedido leer, no había conseguido abrir ni los libros ni los manuscritos, para los que además necesitaba estar muy concentrada. Sin embargo, y de manera persistente, la imagen de Justice volvía a su mente una y otra vez para torturarla y hacerla sentir el ser más estúpido y patético del planeta.

Sin mirar, no fue capaz de dar con el teléfono, que debía de estar sobre su mesilla de noche. Palpó cada centímetro de la envejecida madera buscándolo, pero no logró dar con él y finalmente dejó de sonar. Con la cabeza embotada se incorporó y, al hacerlo, el mareo amenazó

con hacer que cayese de nuevo sobre las mullidas almohadas. Se posó una mano sobre la frente, intentando así que esta dejase de girarle. Una nueva llamada, cuando pensaba haberse librado, hizo que se sobresaltara. El sonido estaba como amortiguado y buscó el móvil entre las sábanas revueltas. Allí lo encontró. No se molestó en mirar la pantalla, solo quería que dejase de sonar y taladrar su cabeza. Tomó la llamada y contestó con voz espesa.

—Gina Walters… —anunció sin muchas ganas.

—¡Vaya voz! ¿Estás de resaca o enferma? —preguntó la voz de William al otro lado de la línea, con tono efusivo.

—Shhh… Por Dios, Will. ¿Por qué tienes que hablar tan fuerte? ¿Y no deberías estar durmiendo?

—Resaca, eso es una maldita resaca. Pensé que no tendría que decirte algo tan evidente, pero las pérdidas no se superan con alcohol, ¿sabes?

—Y yo pensé que no tendría que volver a decirte que eres tonto de remate, pero aquí estamos… —dijo Gina dejándose caer sobre los almohadones y cerrando los ojos.

—¡Madre mía! No vuelvas a beber, Gina. Te levantas de un humor espantoso. Vas a amargarme la felicidad. No aguantaba en la cama emocionado con la idea de que hagan una película de mi libro. ¡Es increíble! ¡No lo habría imaginado jamás! ¿Por qué he tenido que enterarme por Penélope?

Gina bufó sin sentirse capaz de manejar una conversación como aquella en ese momento.

—Porque no te habrías tenido que enterar por nadie. Esa pececilla de colores va a tener que darme unas cuantas explicaciones…

—¿Pececilla de colores?

—Yo me entiendo —gruñó—. La cuestión es que aún estoy esperando que el señor Truman, el representante de Warner, me envíe la oferta. Hasta no ver que es algo en firme no quería que te emocionases. En este mundo las cosas son humo hasta que no están por escrito. Tras comprobar que así era, yo misma iba a llamarte para contártelo todo y discutir los aspectos del acuerdo, pero Penélope se me ha adelantado. Hablé con él el viernes por la tarde, imagino

que hoy recibiré el acuerdo.

Al recordar la llamada sin finalizar con el señor Truman, las imágenes de Justice tomándola por la espalda, pegándola a su cuerpo y besándole el cuello, volvieron a su mente. Se enfadó con ella misma al sentir las reacciones instantáneas de su cuerpo al rememorarlas; se le erizó la piel como si estuviese siendo estimulada por los labios de Justice y los pezones se le endurecieron ante el recuerdo de sus dedos apoderándose del globo henchido de su pecho.

—Está bien, lo entiendo. Pero ¿por qué has empezado a celebrarlo sin nosotros?

—William, no estoy celebrando nada en absoluto. No tengo resaca. Solo una migraña espantosa que tú estás acrecentando, por cierto.

—¿Migraña? A ti solo te duele la cabeza cuando lloras.

Que William la conociese tan bien era un verdadero incordio. Gina escuchó una voz femenina hablando con su amigo y después él regresó a la conversación.

—Didie cree que no deberías estar sola en estos momentos. Hemos terminado con los eventos, ¿necesitas compañía?

—No, gracias. Se supone que el abogado de mi abuela regresa hoy a la ciudad. En un par de días estaré de vuelta en casa y todo habrá acabado. —A pesar de estar deseando terminar con todo y marcharse de Bellheaven, el corazón de Gina se saltó un latido, dolorosamente.

—Está bien, pero si nos necesitas ya sabes dónde estamos —dijo William con tono preocupado.

—Lo sé, pero lo único que quiero es que vuelvas a la cama con tu mujer, que disfrutéis de los días libres y después me escribas otro *bestseller*. Deja que yo me ocupe del señor Truman, la oferta y todo lo demás.

—Sí, señora —respondió Will con una sonrisa—. Cuídate esa migraña. Didie te manda un beso.

—Otro para vosotros —respondió justo antes de colgar y cerrar los ojos.

El ansiado silencio no llegó a durarle ni un minuto, cuando su teléfono volvió a sonar insoportablemente.

—¡Maldita sea, Will…! —comenzó a quejarse.

—Señorita Walters… soy Marty Pullman. No sé si me recuerda, el abogado de su abuela.

Afortunadamente, la voz del anciano la interrumpió antes de que terminase aquella frase, cuyo contenido habría escandalizado incluso a William.

—Por supuesto, señor Pullman. Perdóneme, pensaba que era otra persona —se justificó mortificada.

—Nada que perdonar, querida. La llamo para informarla de mi regreso y concertar una cita con usted para la lectura del testamento de su abuela.

Gina agradeció mentalmente que, primero, el señor Pullman hubiese cambiado de tema tan rápidamente, sin hacerle pasar una vergüenza mayor. Y, en segundo lugar, que el abogado la hubiese llamado nada más regresar de su viaje. Quería zanjar aquel asunto cuanto antes. Con suerte podía salir del pueblo al día siguiente. Su coche de alquiler aún no estaba preparado, pero de eso se encargaría el seguro. Alquilaría incluso un patinete con tal de alejarse de allí lo antes posible.

—Perfecto. Pues le agradecería que fuese cuanto antes. Esta misma mañana, a ser posible.

—Claro. Tengo que encargarme de un par de asuntos, pero podríamos quedar en mi despacho en un par de horas, si le parece.

—Allí estaré. Muchas gracias.

—Hasta dentro de un rato, señorita.

Gina colgó la llamada y suspiró profusamente. Bien, por fin iba a poder dar por finalizado todo el tema del papeleo. No había nada que desease más, se dijo a sí misma, levantándose de la cama entre tambaleos. Tenía que tomarse un par de aspirinas y darse una ducha. Nada más. Unas horas más y podría huir de allí sin mirar atrás. Le daba pena no asistir a la boda de Laura, tan solo una semana más tarde, ahora que habían retomado el contacto. Pero no podría soportar estar allí y ver a Justice como padrino, actuando como si no pasase nada. Otro pensamiento se paseó por su mente mientras cogía de los cajones la ropa limpia para darse una ducha. Nicole. Le encantaba aquella niña. Le habría gustado conocerla más, pasar más tiempo con ella. Pero qué

sentido tenía crear más lazos cuando no volverían a verse. El pensamiento le entristeció el corazón.

Aquel maldito pueblo ablandaba el corazón. Se volvía estúpida y expuesta. ¿Qué demonios le estaba pasando? Tenía que regresar a San Francisco cuanto antes y volver a ser el tiburón de los negocios. El pensamiento le recordó que tenía una conversación pendiente con su pececilla de colores, Penélope tenía algunas explicaciones que darle. Como ayudante tenía que ser capaz de cumplir sus órdenes, sobre todo cuando se trataba de un tema de confidencialidad. Torció el gesto, se enderezó y decidió que eso era lo que tenía que hacer: centrarse en su faceta profesional y olvidarse del resto. De momento empezaría a recoger sus cosas, empaquetar lo que se llevaría con ella de vuelta a casa y preparar la cita con el abogado. Pronto olvidaría todo lo vivido los últimos días allí.

Y apartaría de su mente a Justice. Para siempre.

CAPÍTULO 14

«Y tu corazón contra mi pecho, tus labios presionando mi cuello.

Bésame como si quisieras ser amada.

Quieres ser amada…»

***Kiss Me*, Ed Sheeran**

Gina llegó al despacho del señor Pullman un par de minutos antes de la hora acordada. Le gustaba la puntualidad, pero además necesitaba, como el aire para respirar, solucionar todos los temas legales. Era lo único que la retenía allí, en Bellheaven. Llamó a la puerta del abogado y una mujer de unos cincuenta años abrió pocos minutos más tarde. La señora con el cabello recogido en un austero moño y un sencillo traje sastre azul marino la recibió con una sonrisa cortés y la acompañó a una puerta de madera oscura que conducía al despacho del señor Pullman.

Gina contuvo el aire, un poco nerviosa, colocándose tras la puerta. Sí, estaba ansiosa por terminar con todo aquello, pero entre los documentos que iba a mostrarle el abogado estaban las últimas voluntades de su abuela. Tenía un nudo en el estómago justo antes de que la secretaria le abriese la puerta.

—Buenos días, señor Pullman. —Dio un par de pasos para entrar, hasta que vio que el anciano no era el único hombre que la esperaba en el interior.

—Señorita Walters, pase. Antes de nada, déjeme decirle que siento mucho su perdida. Su abuela era una gran mujer, un pilar en esta comunidad —le dio el pésame el anciano, ofreciéndole la mano.

Gina le devolvió el gesto como un autómata. Pero tan solo pudo centrar su atención en el

hombre que tenía frente a ella. Se quedó paralizada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó estupefacta, enfrentándose a Justice.

En ese momento el aire se hizo tan denso para ella que temió asfixiarse. Y la habitación, clásica, de madera noble, comenzó a dar vueltas como una maldita noria.

—El jefe Bowen ha sido tan amable de interrumpir sus obligaciones de esta mañana para poder asistir como testigo a esta lectura de testamento, a pesar de lo apremiante de la cita.

¿Qué insinuaba aquel hombre, que además debía darle las gracias por estar allí en un momento tan delicado para ella?

—¿Cómo que ha sido tan amable? No entiendo nada. ¿Era la última persona de este pueblo? ¿Nadie más podía actuar como testigo?

—Por supuesto que sí, señorita Walters, pero así lo quería su abuela. Expresó claramente el deseo de que el señor Bowen fuese llamado a asistir como testigo en la lectura de su testamento.

—Es tan sorprendente para ti como para mí —dijo Justice mirándola con intensidad.

Gina resopló profusamente. Se pasó una mano por el pelo y estiró su falda gris, intentando mantener la compostura. No podía creer que él estuviese allí. Ni siquiera era capaz de mirarlo a los ojos.

—Apuesto a que sí —dijo apretando los labios.

Se sentó frente al abogado e ignoró deliberadamente a Justice. Haría como que no estaba allí, aunque su aroma, a su espalda, llegaba hasta ella acentuando su mareo. Era imposible no ser consciente de su presencia cuando solo saberlo allí le erizaba la piel.

—Jefe Bowen, ¿es tan amable de tomar asiento? —preguntó el abogado a Justice, señalándole el sillón libre junto al suyo.

Demasiado cerca de ella, pensó.

—Si no le importa, prefiero permanecer de pie. Dijo que no tardaríamos demasiado —contestó Justice a su espalda.

El gesto de Gina se relajó visiblemente al saber que no lo tendría que soportar a su lado.

—Bien, pues comencemos entonces. Prometo no dilatarme. Me consta que ambos son

personas ocupadas.

Gina se limitó a asentir con gesto tenso. Cruzó las manos sobre su regazo e irguió la espalda. Se centró en los movimientos del señor Pullman mientras abría una carpeta de cartón marrón que tenía sobre el escritorio. De su interior sacó un sobre color mostaza, y de este, unos documentos con distintos sellos, que debían de ser los referentes al testamento de su abuela. Se removió un poco en el asiento mientras el abogado revisaba los papeles en silencio. Pasaba las páginas deteniéndose cada poco a leer alguna cosa en ellos y después continuaba, totalmente absorto en su lectura. Cuando estaba a punto de interrumpir su examen con la intención de apremiarlo, el señor Pullman levantó el rostro y mostró una escueta sonrisa.

—¿Quiere la versión reducida o procedemos a la lectura de todo el testamento?

—La versión reducida servirá.

Se removió de nuevo en el sillón.

—Bien. Eso me parecía. Y la verdad es que fuera de términos legales, cláusulas, y de otros aspectos de formalidad, las últimas voluntades de su abuela son claras y sencillas: todas sus pertenencias, tierras y la casa en la que vivió hasta el momento de su muerte son suyas. —El abogado la señaló con la palma abierta de su mano, apoyando sus palabras.

—Pero yo pensaba que la heredera legal sería mi madre… De hecho, yo he venido en representación suya.

—Pues no. No es así. Hay una anotación aclaratoria de puño y letra de su abuela en la que expresa que, no habiendo estado interesada su madre en ningún momento en vivir aquí, no veía necesario hacerla cargar con unos bienes que solo le iban a proporcionar, y cito textualmente sus palabras, «una de sus jaquecas».

Gina tuvo que morderse el labio inferior para contener una sonrisa. Su abuela había sido genio y figura hasta la sepultura. Y la entendía perfectamente. Su madre siempre había aborrecido el pueblo, hasta el punto de haberlos alejado a todos de allí. Aun así, estaba segura de que Shannon Kirkland había esperado ser la única beneficiaria de la herencia de su madre y haber podido así decidir y manejar a su antojo sus bienes. No le iba a hacer ninguna gracia la

noticia de que no podría hacerlo, y de que solo ella tenía dicha potestad.

Tampoco entendía que la abuela le hubiese dejado a ella todas sus cosas. Pues, aunque sí amó vivir en Bellheaven y los recuerdos de su infancia eran auténticos tesoros para ella, en la actualidad su vida estaba asentada en San Francisco. ¿Qué esperaba que hiciese su abuela con la casa? Tras unos segundos de abstracción suspiró confundida.

—Bien, si eso es todo… —Comenzó a levantarse sintiendo que necesitaba estar sola y reflexionar sobre ello.

A su regreso a San Francisco se tomaría tiempo para hacerlo.

—En realidad no es todo, señorita Walters.

Gina lo miró elevando una ceja, desconcertada.

—Su abuela puso una condición.

—¿Una condición…? No entiendo… ¿Para recibir la herencia? —preguntó atónita, cayendo de nuevo en el sillón.

—Efectivamente. Para que todas sus propiedades pasen a sus manos, debe permanecer en el pueblo por un periodo no inferior a treinta días consecutivos tras su muerte.

Los ojos de Gina se abrieron como platos. ¿La abuela la obligaba a permanecer allí un mes? ¿Con qué finalidad? ¿Qué tenía que hacer durante ese tiempo?

—No lo entiendo… ¿Por qué querría mi abuela que me quedase aquí un mes entero? ¡Yo tengo una vida en San Francisco! No puedo permanecer aquí por más tiempo. Ya he perdido dos semanas.

Al expresar su malestar por haberlo hecho, sintió cómo Justice se tensaba a su espalda, cambiando de postura. Pero le daba igual lo que él pensase, se dijo. Y solo prestó atención al abogado.

—Los motivos de su abuela también son un misterio para mí, señorita Walters, pero lo dejó bien claro. Debe permanecer en Bellheaven al menos treinta días consecutivos tras su muerte.

—De lo contrario…

—De lo contrario, la casa y resto de sus propiedades saldrán en subasta pública para ser adquiridas solo por personas residentes en este pueblo. Y los beneficios conseguidos en dicha subasta serán gestionados por el jefe Bowen, que decidirá qué organismos o personas del pueblo necesitan la ayuda económica. Él es, además, la persona designada para dar testimonio de su permanecía en Bellheaven por la totalidad del tiempo establecido por su abuela.

Gina, que hasta ese momento había querido obviar por completo la presencia de Justice, se giró inmediatamente para brindarle una mirada entornada. Justice, sorprendido por las palabras del abogado, no supo qué decir. No tenía ni idea de las intenciones de la abuela Jo.

—¡Debe de ser una broma! No llego a comprender por qué mi abuela determinaría algo semejante. ¿Quiere decir que, si no permanezco aquí dos semanas más, la casa y tierras de mi abuela serán subastadas y el beneficiario de dicha subasta será Justice? —Se levantó de su asiento y señaló a Justice mientras se apoyaba en la mesa, furiosa.

—En realidad él no sería el beneficiario, sino el gestor de dicho dinero. Su abuela pensó que, como jefe de policía, él era el más indicado para gestionarlos en ayudar a los ciudadanos de Bellheaven.

—Gina… Yo no sabía nada de esto. Te lo puedo asegurar. Tu abuela jamás me contó sus intenciones…

Gina lo detuvo levantando una mano. No quería oír sus excusas. No podía creer nada de lo que saliese de sus labios. Aún le dolía pensar que se había acercado a ella con la intención de vengarse por no contestar a sus cartas, por no haberle dicho lo que sentía por él cuando se marchó, por no haber vuelto a Bellheaven… Y allí la tenía, de vuelta y obligándola a permanecer allí dos semanas más si quería conservar la herencia de su abuela. Era del todo surrealista.

No era capaz de pensar. Su pecho subía arriba y abajo esforzándose por respirar y mantener el control al mismo tiempo. No entendía nada de lo sucedido en los últimos minutos, era como una broma pesada. Solo tenía una cosa clara: necesitaba salir de allí.

—¿Puedo darle una respuesta esta tarde? —consiguió decir al abogado, aunque su tono era tan cortante como el filo de una navaja.

—Por supuesto, señorita Walters. Cuando haya tomado la decisión solo tiene que venir a firmar los documentos.

Ella asintió levemente y dio la mano al abogado a modo de escueta despedida. No se giró a mirar a Justice. Salió del despacho con paso resuelto a pesar de no tener ni idea de adónde se iba a dirigir, ni qué iba a hacer. Apresuró el paso hasta llegar a la calle, donde el aire fresco de aquella mañana de principios de diciembre la recibió atemperando su caldeado ánimo. Inhaló todo el oxígeno que pudieron atesorar sus pulmones y cerró los ojos, intentando calmarse. Hasta que la voz de Justice la llamó a su espalda. Su tono era apremiante, pero no se detuvo a escucharlo. Comenzó a caminar calle abajo con paso acelerado.

—¡Gina! —la llamó a gritos.

Apretó aún más el paso. Tanto como sus altos tacones se lo permitieron. Maldijo la calzada de adoquines que impedía que su huida fuese más rápida. Segundos después lo oyó volver a llamarla mucho más cerca. Tenía el corazón en la boca de la garganta, ahogándola junto al nudo de emociones que amenazaban con estallar en un nuevo y estúpido llanto.

—¡Gina, detente! —volvió a llamarla él, esta vez alcanzándola.

La detuvo tomándola por el brazo.

—¡Suéltame! ¡No tenemos nada de qué hablar! —Se revolvió, pero no consiguió librarse del agarre de la fuerte mano de Justice sobre su brazo.

—Sí, tenemos que hacerlo. No me has dejado explicarme. Ni la otra noche, ni hoy…

Gina desvió la mirada de sus preciosos ojos grises, ahora a escasos centímetros. Y se dio cuenta de la atención que estaban llamando entre los viandantes. Se tensó inmediatamente e intentó separarse de él, pero Justice no estaba dispuesto a ceder lo más mínimo y al ver su resistencia la atrajo aún más a él.

—Estás dispuesta a pensar lo peor de mí antes de reconocer lo que hay entre nosotros —le susurró frente a los labios.

Tragó saliva al recibir la caricia de su aliento cálido sobre su boca.

—No hay nada que reconocer. Me besaste…

—Y te gustó…

Gina sintió arder sus mejillas inmediatamente.

—… Tanto como a mí, que desde ese momento no he sido capaz de pensar en otra cosa.

Justice resopló y la soltó al sentir que ella aflojaba la tensión. Ya no parecía dispuesta a huir.

—No te voy a engañar, claro que necesito respuestas —continuó—. Llevo haciéndome las mismas preguntas, las que tú dejaste sin responder, toda la vida. —Se pasó una mano por el pelo, aturdido, mirando al suelo. Pero volvió a clavar su intensa mirada en ella—. ¿Aun así… crees que podría odiarte, que podría guardarte algún tipo de rencor y besarte como lo he hecho? Me conoces, Gina.

—No lo sé… Yo… No sé qué pensar. No esperaba nada de esto… —dijo dando un paso atrás, buscando una distancia de seguridad que le permitiese pensar con claridad.

Una distancia que la alejase de sus labios, de la tentación de beber de ellos.

Justice la vio detener la vista en su boca, contener la respiración y abrir los labios para protestar. No quería pelear con ella. No soportaba la distancia. Tenía que convencerla de sus intenciones, no podía permitir que se marchase otra vez sin darle la oportunidad de…

—Tengo que irme —la oyó decir casi sin aliento.

Y solo se le ocurrió una forma de retenerla, de callarla e impedir que siguiese diciendo que necesitaba distanciarse de él. Recorrió el corto espacio que los separaba y, sin darle tiempo a reaccionar, tomó su rostro entre las manos y se apoderó de su boca.

Gina soltó un pequeño gemido de protesta al sentir que la invadía con su lengua, que la devastaba con codicia y la apretaba contra su cuerpo, reteniéndola entre sus poderosos brazos. El mundo se abrió a sus pies y cayó de nuevo en un gran pozo de deseo e impaciencia. Perdió por completo el control de sus sentidos, dejándose llevar, como cada vez que él la tocaba, la besaba o simplemente la miraba.

—¡Buenos días, jefe Bowen! —oyeron que lo saludó una voz femenina.

Gina se separó inmediatamente de sus labios encontrándose de frente con la señora Tooley,

la esposa del anterior jefe de policía. Las mejillas le ardieron, presa de la mayor de las vergüenzas. Se cubrió la boca con las manos, tocando sus labios hinchados, y se apartó aún más de él. Miró a un lado y a otro y vio que la señora Tooley no era la única que los observaba atónita. Decenas de pares de ojos los escrutaban con interés.

—No puedo con esto —fueron las últimas palabras de Gina antes de salir corriendo de allí.

CAPÍTULO 15

«Dame un beso para construir un sueño.

Y mi imaginación prosperará en ese beso. Cariño, no pido más que eso.

Un beso para construir un sueño.»

***A Kiss To Build A Dream On*, Louis Armstrog**

—Así que, besuqueándote con el jefe de policía en mitad de la calle principal. ¿¡Señorita Gina Walters, es que no tiene usted ningún tipo de decoro!?

Gina, apoyada en la barandilla de la puerta de la escuela, se irguió inmediatamente y regaló una mueca torcida a Laura, a la que parecía hacer una gracia tremenda su horrible situación.

Tras la escena con Justice se había marchado corriendo de allí en busca de algo de intimidad. Un lugar en el que poder poner sus pensamientos y sentimientos en orden. No quería ir a casa por si Justice iba allí a buscarla, así que se fue a pasear, pero una y otra vez se sentía sobrepasada por ellos. No sabía si estaba más confusa por las últimas voluntades de su abuela, por las palabras de Justice y el hecho de que la hubiese vuelto a besar, o porque la hubiese besado en mitad de la calle, convirtiéndola en la comidilla de la población.

Se dio cuenta de que, por muchas vueltas que le diese, su confusión no iba a mermar lo más mínimo y determinó que lo que necesitaba en realidad era hablar con alguien. Solo había una persona en la que podía confiar allí: Laura. Por eso había ido hasta el colegio, y la había esperado hasta la hora de salida, con la esperanza de que pudiese dedicarle un poco de su tiempo.

—No es divertido… —le dijo con un mohín. Laura llegó hasta ella y la rodeó con sus brazos. Se dejó abrazar, cerrando los ojos—. ¿Cómo puedes haberte enterado ya del espectáculo que hemos dado?

Laura levantó una ceja con expresión pícara.

—Desde que todo el mundo lleva un móvil en el bolsillo, no hay secreto que se guarde en

este pueblo por mucho tiempo. Y en este caso, hay incluso pruebas gráficas. Puede que hasta te den un espacio en el periódico de este domingo —aseguró su amiga sacando el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros.

Tocó la pantalla de su *smartphone* y le mostró una foto algo borrosa de Justice y ella abrazados, besándose en plena calle.

No podía estar más avergonzada, aquello era mucho peor de lo que había imaginado. Si ya le resultaba imposible pasear por las calles de Bellheaven sin ser parada cada pocos minutos por personas que la reconocían, ahora iba a tener que soportar también las miraditas, cuchicheos y comentarios…

—¿Y qué tal vuestro primer beso? En la foto se os ve muy entregados.

—No era el primer beso —confesó, y se mordió el labio avergonzada al tiempo que agachaba la cabeza.

Laura la miró perpleja. Abrió la boca y la cerró un segundo más tarde, sin estar muy segura de qué decir. Tomó aire profusamente y le brindó una mirada que le recordó a las de su abuela cuando, de niños, le contaba las historias con Justice.

—Bien, creo que tienes muchas cosas que contarme. Y la mejor forma de hacerlo es teniendo una buena tarde de chicas. Comeremos juntas, me acompañarás a recoger mi vestido de novia y nos pondremos hasta arriba de chocolate caliente y *marshmallows*.

Gina sonrió levemente al ver a su amiga tomarla del brazo y, gesticulando con la mano libre, explicarle los planes que acababa de preparar para ambas toda entusiasmada. Ella, sin embargo, solo podía sentir con resignación cómo volvía aquel incesante y penetrante dolor de cabeza que la había atormentado toda la noche. Suspiró y se dejó llevar. No podía hacer mucho más por el momento.

Gina bostezó tapándose la boca con ambas manos. Estaba realmente cansada. La noche en vela, aquel dolor persistente de cabeza y la intensidad de las emociones de aquel día la tenían exhausta. No reconocía en sí misma a la mujer llena de energía y seguridad de hacía algunas

semanas, antes de la muerte de su abuela y de volver a Bellheaven.

Miró su reloj y se acomodó en el sofá dorado de la sala de espera de la tienda de novias. Laura llevaba veinte minutos hablando con la dueña sobre los cambios que le habían hecho a su vestido, los adornos que luciría en el cabello, los zapatos y el velo. Y aún no se lo había probado todo.

Apoyó la cabeza en la mano, pero al instante se enderezó, temiendo quedarse dormida allí mismo. Ni siquiera el hecho de tener que tomar una decisión sobre lo que haría las próximas dos semanas la mantenía espabilada. Se sentía dividida. Una parte de ella quería quedarse en la ciudad las dos semanas que restaban para cumplir los deseos de su abuela. No podía ni imaginar qué era lo que había pensado al poner una cláusula así en el testamento. Por desgracia tampoco podía preguntárselo, pero no quería perder la casa de su infancia. No podía perder los recuerdos que guardaba. Y por otro lado necesitaba respirar, salir de allí cuanto antes y volver a su rutina, a su empresa. Después de hablar con William y saber que Penélope le había contado lo del contrato con la productora cinematográfica, ya no tenía tan claro que su pececilla de colores fuese capaz de hacerse cargo de la oficina en su ausencia. No podía tirar por la borda los últimos siete años de duro trabajo para quedarse allí.

Se pasó las manos por el pelo y bajó el rostro, hasta ocultarlo tras la cascada dorada. Se permitió cerrar los ojos un segundo. Disfrutó del silencio, sola, en la sala del probador. Pudo relajarse unos momentos hasta que su teléfono móvil sonó estrepitosamente, haciéndole dar un pequeño salto en el asiento.

—Gina Walters —contestó consciente de la tensión de su voz.

—Señorita Walter, soy Penélope. Siento molestarla, solo quería ponerla al tanto de las últimas novedades en la oficina. Ya hemos recibido la propuesta de la productora para los derechos cinematográficos de la novela del señor James.

—Precisamente de ese asunto tenemos que hablar. Creo recordar que te di la orden expresa de no informar a William sobre dicha propuesta hasta no tener la oportunidad de estudiarla atentamente y asegurarme de que era algo serio.

—Lo sé, señorita Walters. Siento muchísimo haber faltado a la confianza que depositó en mí. Sé que no es una excusa, pero… la señora James…

—¿Didie?

—Sí, ella. Me pilló desprevenida. Yo estaba haciendo un informe sobre las últimas adaptaciones cinematográficas de obras literarias de esta productora en los últimos cinco años y ella vino a la oficina justo en ese momento. Quería recoger algunos ejemplares que solicitó el señor James para firmar… No sé lo que pasó, de veras, lo siento. Me preguntó qué hacía y antes de darme cuenta…

Gina resopló y puso los ojos en blanco. No necesitaba saber más. Ella misma se había visto contando partes de su vida que no revelaba jamás ante una de las miraditas «especiales» de Didie. Su pececilla de colores no tenía mucho que hacer contra la musa. Por experiencia sabía que era mejor no volverse loca intentando entender cómo la chica podía hacer esas cosas. Por otro lado, aquel informe era una excelente idea, y un punto a favor de Penélope y sus capacidades para aquel trabajo.

—Bien, no me digas más. Dejaremos el tema para mi regreso. Cuéntame el resto de las novedades y reenvíame a mi correo electrónico la propuesta de contrato del señor Truman. Me temo que no voy a poder regresar cuando tenía previsto. Te voy a dar las indicaciones necesarias para aplazar mi agenda dos semanas más. ¿Estás preparada?

Laura, que se había asomado por la cortina del probador para llamar a Gina, la oyó comunicar a su ayudante que se quedaría allí otras dos semanas y sonrió complacida con la noticia. Sabía que Gina no era capaz de asimilar de manera tan rápida las cosas que había visto entre Justice y ella, ya incluso desde niños, pero tendría que hacerlo ahora que iba a permanecer allí más tiempo. Ella misma le daría un empujoncito. Volvió a ocultarse en el probador dando algo de intimidad a Gina en la conversación y aprovechó para arreglarse el cabello para el efecto final.

Quince minutos más tarde, Gina terminaba su conversación con Penélope. No sabía si había hecho lo correcto al decidir quedarse, pero mientras hablaba con su ayudante una vocecilla

le gritó que jamás se perdonaría huir de allí y perder el patrimonio de su abuela solo por la necesidad de salir corriendo como una cobarde. Tal vez debería haberlo pensado mejor, pero ya estaba hecho. Antes de dejar que su mente, cada vez con más tendencia a la indecisión, la tentase con cambiar de opinión, marcó el número de Marty Pullman y concertó una cita aquella misma tarde, para firmar los documentos del testamento. Cuando tuvo el tema solucionado inhaló con profundidad, para inmediatamente después, soltar todo el aire en una gran exhalación.

Estaba más tranquila. Había hecho lo correcto, se convenció a sí misma. Ahora solo tenía que conseguir mantenerse alejada de Justice dos semanas enteras y evitar las miradas curiosas de los vecinos de Bellheaven. Se veía recluida los próximos días, sin remedio.

Miró hacia la calle a través del cristal del escaparate, entre los vestidos de novia expuestos en él, y una figura llamó su atención entre los viandantes que iban y venían por la calle principal del pueblo. Como llamada por un imán, posó la mirada sobre Nicole, que caminaba frotándose las manos. Llevaba la gran mochila que usaba para la escuela colgada a la espalda y una gorra roja de béisbol calada hasta los ojos.

Se levantó del sillón dorado para ver mejor hacia dónde se dirigía, y no tardó en averiguarlo. Un par de números más arriba, en la calle, estaba la librería en la que se vieron por primera vez. Entró en ella, no sin antes cerciorarse de que nadie la veía. Aquello le pareció extraño. Arrugó la frente, preguntándose si ocultaría algo como para preocuparle que la viesen entrar en el establecimiento. Empezaba a bajar el sol y la luz encendida de la librería le permitía verla en el interior. Nicole no se perdió por el entramado de pasillos repletos de libros. Saludó a la joven dependienta y se colocó tras el mostrador, frente al ordenador que había en el mismo.

Volvió a torcer el gesto en una mueca.

—¿Ya has terminado de hablar? —le preguntó Laura, sorprendiéndola a su espalda.

Se giró para contestar a su amiga, pero las palabras de Gina quedaron congeladas en sus labios. Se llevó las manos a las mejillas y esbozó una sonrisa emocionada.

—¡Dios mío, Laura, estás preciosa! Vas a ser la novia más hermosa del mundo…

—¿De verdad? ¿Te gusta? —dijo moviendo la falda de su vestido a un lado y a otro.

Gina se limitó a asentir.

—¿No es demasiado de princesa? —preguntó Laura con una sonrisa nerviosa.

—¡Claro que no! Tiene la dosis justa de princesa —declaró ampliando la sonrisa.

—Te creo. Como dama de honor principal estás en la obligación de decirme la verdad —declaró Laura levantando un dedo a modo de advertencia.

—Dama de honor… —apenas consiguió titubear las palabras.

Por supuesto que quería ir a la boda de su amiga y ser testigo de uno de los momentos más importantes de su vida, pero no era tan estúpida como para no darse cuenta de que, al hacerlo, se encontraría allí con Justice, que además iba a ser el padrino. Y Laura quería que ella fuese su dama de honor…

—Sí, dama de honor principal —hizo hincapié en esta última palabra—. Así que vamos a buscarte un vestido muy especial ahora mismo. ¡Ay! ¡Estoy tan emocionada! —añadió Laura comenzando a dar saltitos y palmas de alegría.

Gina, mientras, se dejó caer de nuevo en el sofá dorado, con una mueca aterrada disfrazada de sonrisa.

CAPÍTULO 16

«Mientras nuestras cabezas se inclinan, bueno, no estoy seguro de lo que va a ser esto, pero con los ojos cerrados todo lo que veo es el horizonte a través de la ventana. La luna sobre ti y las calles debajo. Aguanto la respiración mientras tú avanzas. Saboreo tus labios y siento tu piel.

Cuando llegue el momento, cariño, no corras.»

Solo bésame despacio.

***Kiss Me Slowly*, Parachute**

—Nicole, deja de marear los guisantes —ordenó Justice a su sobrina durante la cena.

La niña no contestó ni se detuvo. Siguió dibujando retorcidos caminos en su plato con el tenedor, haciendo montoncitos que volvía a deshacer al pasar el cubierto en un nuevo garabato.

—Nicole…, ¿quieres hacer el favor de empezar a comer? Se está enfriando.

—Tienen jamón. ¿Crees que no veo los trocitos? Yo no como carne. —La pequeña acompañó sus palabras con una mirada desafiante.

—Tienes que hacerlo. No es negociable.

—Vamos, diablillo, haz caso a tu tío. Solo quiere lo mejor para ti. Eres una niña y tienes que alimentarte bien —fue el turno de David de intentar convencer a su nieta.

—No voy a comer carne —repitió.

—Estás acabando con mi paciencia. No entiendo por qué tienes que hacer las cosas tan difíciles.

—¡La carne mata! ¡Vosotros no tendríais que estar comiéndola tampoco! —gritó Nicole.

Se levantó de la mesa y salió corriendo hacia su cuarto con el rostro encendido.

—¡Nicole! Vuelve aquí ahora mismo. —Justice se levantó con la intención de ir tras ella, pero su padre lo detuvo.

—Déjala ir. Está demasiado alterada, no conseguirás que entre en razón.

—¡Pero no podemos permitir que siga así! Tiene que comer. Va a caer enferma —contestó señalando la escalera por la que la pequeña había desaparecido. Resopló frustrado y terminó por dejarse caer en la silla, abatido—. Ya no sé qué hacer, papá. No sé cómo ayudarla.

Apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza en las manos. Se frotó el pelo y respiró con fuerza hasta que le dolieron los pulmones.

—Quizás necesite hablar con alguien.

Justice levantó la cabeza y miró a su padre.

—¿Alguien?

—Sí, otra persona con la que se sienta más cómoda. No hay nadie que la quiera tanto como nosotros, pero somos dos hombres. No tenemos ni idea de lo que pasa por la mente de una niña de diez años. No sabemos llegar hasta ella. Seguramente le vendría bien hablar con una mujer.

—¿Una psicóloga, quieres decir?

—¡No! Nicole se cerraría en banda con una psicóloga. Ya lo ha intentado la del colegio y no ha conseguido nada. Ni siquiera Laura ha conseguido que hable. Y es su profesora desde que salió del jardín de infancia. Sin embargo, Gina…

Justice miró a su padre con ojos desorbitados.

—¿Gina? ¿Cómo se te ocurre, papá? ¡Es una desconocida para ella! —dijo levantándose de la silla y comenzando a pasear nervioso por la cocina.

—Sí, es una desconocida, pero ¿viste cómo la miraba el otro día? ¿Cómo hablaba con ella? ¡Sonreía!

La enorme sonrisa y la mirada esperanzada de su padre le decían que estaba completamente convencido de que esa era una buena teoría. Justice tenía que reconocer que la tarde que Gina estuvo en su casa había perdido la cuenta de las sonrisas que le brindó su sobrina. Se la veía relajada. Habló con Gina sobre libros y durante aquellas horas le recordó a la niña que había sido hasta la muerte de su madre. Pero una cosa era que Nicole disfrutase de su compañía y otra muy distinta que Gina fuese capaz de conseguir lo que ninguno había logrado en meses.

Él había intentado hablar con su sobrina, interesarse por pasar tiempo con ella, por compartir sus aficiones. Leía los libros que más le gustaban con ella, como lo hacía su madre… Pero no había conseguido nada, e incluso tuvo que quitarle el maldito ordenador en el que buscaba todas esas estupideces sobre la comida. No sabía si había hecho lo correcto. Nicole se enfadó con él hasta el punto de pasar tres días sin hablarle, pero es que toda aquella información la confundía aún más.

Sí, ya no sabía qué más podía hacer… Pero pedir a Gina que hablase con ella…

—¿Crees que Gina nos ayudaría? —preguntó su padre levantándose de la mesa.

Cogió su plato y vació los restos de comida en el cubo de la basura. Después lo colocó en el fregadero y, apoyándose en la encimera, se cruzó de brazos, esperando una respuesta de su hijo.

Justice se quedó con la mirada perdida. Observó desde la ventana de la cocina la casa de Gina. Solamente se veían el tejado, la chimenea y la veleta de la abuela Jo con forma de barco. El resto de la casa estaba oculto tras la abundante vegetación que separaba las casas.

—¡Justice!

—No creo que sea una buena idea. Gina no permanecerá mucho en el pueblo. Esta mañana Marty Pullman nos leyó las últimas voluntades de la señora Kirkland. Tendrá que permanecer aquí dos semanas más para poder hacerse cargo de los bienes de su abuela, pero después se marchará.

—Tal vez para entonces no quiera irse… Este pueblo tiene muchos alicientes para ella.

Justice sonrió de medio lado.

—No creo que sea suficiente. Créeme, esta mañana estaba deseando marcharse. Si hubiese podido lo habría hecho hoy mismo. Y no quiero que Nicole se encariñe con ella, que cree lazos con Gina que se conviertan en importantes y después ella se marche sin mirar atrás… como la última vez. No soportaría otra perdida.

—¿No lo haría ella… o tú?

Justice le dio la espalda y apretó las mandíbulas.

David podía ver la tensión en los hombros de su hijo. Por mucho que se lo quisiese ocultar sabía la vorágine de sentimientos que su amiga de la infancia había provocado en él con su regreso. Tanto su mujer, como Anette y él mismo, habían sido testigos del gran sufrimiento del chico cuando Gina se marchó. Lo oyeron llorar en su cuarto. Pasar noches en vela. Ir cada semana a la oficina de Correos con una carta en la que había volcado todas sus esperanzas y sentimientos. Pero Gina nunca contestó.

Todo aquello lo endureció, lo hizo más retraído. Tardó mucho tiempo en empezar a volver a ser él mismo, aunque fuese en apariencia. Por lo menos parecía ya interesado en recuperar su vida. Hasta que su esposa murió y su mundo volvió a romperse en mil pedazos.

—No puedo arriesgarme. No le haré eso a mi sobrina —contestó finalmente algunos minutos más tarde.

—No sería lo mismo. Tú no sabías que ella desaparecería de tu vida de la noche a la mañana.

—Pero si se encariña con ella…

—Si lo hace, a Gina le será más fácil conocerla y se abrirá con ella. ¿Realmente quieres arriesgarte a dejar escapar la única oportunidad que tenemos de ayudar a Nicole?

—Claro que no. ¡Quiero a ese pequeño terremoto más que a nada! Y necesito que esté bien, feliz, a salvo.

—Pues entonces tendrás que hablar con Gina y pedirle que nos ayude. Es la mejor opción, lo sabes.

—¡Papá! Ella no va a querer hablar conmigo.

—Eso lo dudo mucho. Sobre todo, después de ver el impresionante beso que os habéis dado hoy en plena calle…

Justice se volvió hacia su padre con los ojos muy abiertos, justo a tiempo de ver cómo este le mostraba una imagen del beso en su móvil.

—¡Maldita sea! ¿Ha estado circulando toda la tarde de un teléfono a otro? —preguntó a su padre tomando el teléfono de su mano y perdiéndose en la imagen ante él.

Si Gina la había visto, debía de estar de los nervios. Definitivamente, tenía que hablar con ella.

—Por favor, papá, ¿puedes ponerle a Nicole frente a la puerta una bandeja con un tazón de leche y galletas? No tardará en tener hambre y no puede irse a la cama sin tomar nada.

—Claro, pero ¿tú adónde vas? —le preguntó su padre viendo que Justice tomaba su cazadora del respaldo de la silla y se dirigía a la puerta.

—Voy a seguir tus consejos —dijo justo antes de marcharse.

David Bowen se quedó un segundo mirando la puerta tras la marcha de su hijo y, finalmente, sonrió. Una tibia esperanza, era todo lo que necesitaba.

—¿Qué haces aquí? —fue la pregunta que recibió Justice como bienvenida al abrirle Gina la puerta de su casa.

Su rostro estaba desencajado por la sorpresa, y sus mejillas encendidas y la mirada huidiza le decían que no se sentía muy cómoda con la visita. Ya lo esperaba. Después de lo ocurrido los dos últimos días no esperaba un gran recibimiento. Le brindó una escueta sonrisa que esperaba anunciase que iba en son de paz.

Gina cruzó los brazos frente a su pecho, en posición defensiva, y se acercó al marco de la puerta, sin dejar un hueco libre que él pudiese interpretar como una invitación.

—Repito, ¿qué haces aquí? No me parece que sea conveniente que me visites. Y teniendo en cuenta que somos la comidilla del pueblo… mucho menos de noche.

Gina se pasó una mano por el pelo, colocando los mechones que se le habían soltado del recogido tras su oreja. Intentaba mantener una postura fría y distante, muy distinta a lo que bullía en su interior en realidad. Estaba tan nerviosa que le sudaban las palmas de las manos. Aunque se le pasó por la cabeza que él podría querer hablar con ella después de lo ocurrido, tuvo la esperanza de que no fuese así. No quería hablar con él. No se sentía en absoluto preparada para hacerlo. Solo quería que la dejase tranquila, leer el contrato de Barry Truman y el libro infantil que le había dejado Laura para valorar. Pero allí estaba, y el frío y húmedo aire de la noche se

volvió insoportablemente denso e imposible de respirar.

—Necesito hablar contigo, Gina. ¿Me dejas pasar? Creo que es peor que puedan verme aquí, en la puerta.

Gina torció el gesto en una mueca.

—No quiero hablar de nosotros, Justice. No puedo hacerlo…

—No lo haremos.

Elevó una ceja, sorprendida. Si él no quería hablar sobre lo ocurrido los últimos días entre los dos, sobre las preguntas que había suspendidas desde su regreso, ¿por qué había ido hasta allí?

Justice podía leer la confusión en su rostro. Gina era un libro abierto para él. Estaba preciosa con aquel bonito pijama verde musgo, a juego con sus ojos. Deliciosamente tentadora, como siempre, hasta el punto de tener que tragar saliva antes de hablar para no sonar como un autómata. Pero, antes de cometer una estupidez y lanzarse sobre ella a besarla, como le pedía cada célula de su cuerpo, contuvo la respiración y dejó que las palabras saliesen de sus labios.

—Necesito que me ayudes… con Nicole.

Gina lo miró aún más sorprendida. Leyó la preocupación en sus ojos y, sin decir una palabra, se apartó del marco de la puerta y lo invitó a pasar.

CAPÍTULO 17

«Bésame bajo el crepúsculo lácteo. Llévame fuera, sobre la pista iluminada por la luna. Da la orden para que empiece a tocar la banda y las luciérnagas hagan saltar chispas a la luna plateada. Así que bésame.»

***Kiss Me*, Sixpence None The Richer**

Laura estaba tan hermosa como una aparición. Ese fue el primer pensamiento que le pasó por la cabeza al entrar en su dormitorio, el mismo en el que de niñas habían pasado horas escuchando música, bailando, leyendo libros, soñando, hablando sobre chicos… Los años habían pasado, pero gran parte de los objetos, libros y, sobre todo, ese aire teatral que siempre había tenido la habitación de su amiga seguía allí.

Entró conteniendo el aire y fue directamente hacía ella. Se detuvo a un par de pasos para contemplarla. Era tan guapa… Siempre le había parecido preciosa. Con su larguísima melena castaña, ondulada cayéndole hasta el final de la espalda. La piel muy blanca, los enormes ojos castaños y la boca sonrosada. Era como la encarnación perfecta de una Blancanieves moderna. Laura se había reído cada vez que la había llamado así, pero es que era lo que pensaba de ella desde que coincidieron el primer día de clase en primaria. Laura la vio caminar, dubitativa, por el pasillo de la case, y la invitó a sentarse junto a ella. No tardaron en descubrir cuánto tenían en común y en convertirse en inseparables.

Y ahora, tras años de distanciamiento, estaba frente a Laura. Tan hermosa, con aquel precioso vestido de novia que estaba segura de que provocaría un infarto al novio. Y brindándole, pletórica, aquella sonrisa inmensa de pura felicidad. Era muy difícil no sentirse contagiada, e imitarla.

—¿Puedes creerlo? ¡Está pasando de verdad! —dijo Laura llegando hasta ella y tomándola de las manos.

—Estás preciosa, Scott va a quedarse completamente deslumbrado cuando te vea… —aseguró emocionada.

—Eso espero… Estoy deseando verlo. Estoy tan nerviosa que creo que voy a estallar dentro de este corpiño. Solo volveré a respirar cuando lo vea. —Laura se puso las manos en el vientre, como si realmente el corpiño la tuviese atrapada en el interior—. ¿Tú lo has visto?

Gina se limitó a negar con la cabeza. Odiaba reconocerlo, pero había sido una autentica cobarde y había entrado en la casa por la puerta de atrás, dirigiéndose al cuarto de Laura directamente. Ocultándose de familiares, el resto de las damas de honor y amigos. Más concretamente del padrino del novio.

Desde la última vez que lo vio, hacía ya diez días, había conseguido evitarlo de manera sorprendente. Ya que casi todos los días había pasado al menos un rato con Nicole, tal y como él le había pedido. Y la mayor parte de las veces los encuentros habían transcurrido en casa de Justice. Unas veces en el cuarto de la niña y otras en la cabaña. Pero siempre haciendo coincidir los encuentros con los turnos en los que su tío trabajaba, para no tener que cruzarse con él.

Aquel día, sin embargo, no iba a encontrar la forma de rehuir su presencia. A pocos centímetros incluso. Él como padrino, ella como dama de honor principal, iban a tener que compartir muchas partes de la ceremonia y la celebración. Solo de pensarlo su ansiedad crecía a extremos en los que no creía haberse encontrado nunca. Ahora era ella la que se colocaba las manos en el vientre e intentaba llenar los pulmones de un aire inexistente.

Unos golpes en la puerta las sorprendieron a las dos, que dieron un respingo llevándose una mano al pecho. En cuanto la puerta se abrió y vieron aparecer la cabeza del reverendo Joseph Carter, el padre de Laura, las dos rompieron a reír con nerviosismo. El señor Carter, por una vez, no sería el oficiante de una de las bodas del pueblo. Ya que iba a llevar a su hija al altar, tal y como ella le había pedido. Les sonrió a ambas, pero un segundo después y tal y como le había pasado a ella, se quedó embelesado admirando a su hija.

—Laura… estás preciosa, hija mía —le dijo acercándose a ella. La abrazó y le besó la frente, emocionado. Gina se apartó y fue hasta la ventana para darles un momento de intimidad.

El reverendo se apartó apenas unos segundos más tarde. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se limpió rápidamente un par de lágrimas que ya comenzaban a atravesarle la mejilla.

—¡Oh, papá! —exclamó Laura, emocionándose a su vez. Y volvió a rodear a su padre del cuello, abrazándolo con fuerza durante largos segundos.

—Creo que ha llegado el momento. —El reverendo se separó de su hija con resignación. Pero la miró con una sonrisa, antes de ofrecerle su brazo para salir, juntos, de la habitación. Laura lo aceptó y comenzaron a andar. Gina los siguió a corta distancia, colocando la cola del vestido y el velo de Laura cada pocos pasos.

Justice esperaba junto al novio en el altar que habían preparado en el jardín de la casa del reverendo. A pesar de ser mediados de diciembre y de no estar a más de trece grados, Laura había insistido en celebrar una boda en los jardines, en lugar de en el interior de la iglesia. Había sido su sueño de niña. Aún podía recordarla parloteando con Gina sobre su boda soñada; la decoración, las flores, los enormes arcos formando el altar y hasta la decoración del camino y la carpa en la que haría la celebración. Sin duda iba a conseguir la boda que siempre había soñado, pues aquella era la recreación exacta de todo lo que había descrito, al menos, veinte años atrás, en sus conversaciones infantiles. Incluso el hecho de que Gina fuese a ser su dama de honor principal. Y ese hecho, mucho más que el de ejercer como padrino de la boda, era el que lo tenía más nervioso de lo que recordaba haber estado jamás.

Hacía diez días que no veía a Gina. Había tenido que respetar su decisión de guardar las distancias durante todos esos días, y lo había hecho únicamente pensando en el bienestar de su sobrina. Su padre tenía razón. La niña había mejorado bastante desde que quedaba con ella. Había conseguido que se abriera, que le contase cómo se sentía, sus miedos y preocupaciones, de la manera más sutil. Haciendo que confiase en ella poco a poco, utilizando sus lecturas y charlas sobre libros para que Nicole, de manera inconsciente, le contase las penas que soportaba su pequeño corazón. Y jamás tendría vida suficiente para agradecerle el milagro que estaba

realizando. Ya por el momento, había logrado que la niña comenzase a dormir en su cama y dejase de confinarse en el armario. Y ese era un gran paso. Uno enorme que él no había conseguido dar en casi siete meses. Sin embargo, Gina, con aquella dulce sonrisa, la energía arrolladora que lo dejó extasiado a él, la fuerza de sus ideas y convicciones, había eclipsado también a Nicole.

No iba a negar que eso le preocupaba. Gina se marcharía de allí en pocos días. Y no quería que la pequeña sufriese también su pérdida. Cuando se marchase de allí esperaba que no volviese la Nicole taciturna y provocadoramente reivindicativa de los últimos meses. Aquella niña, más dulce y comunicativa que tenía frente a él, sentada en la segunda fila, junto a su abuelo, era la que quería ver el resto de su vida.

La música del violonchelo que había elegido Laura para acompañarla en su camino hacia el altar, lo sacó de sus ensimismados pensamientos. Se posicionó en su sitio, irguiéndose tras el novio que aguantaba la respiración en ese momento, mirando al comienzo del camino. Justice siguió su mirada y vio aparecer a la radiante novia, que embelesada observaba al novio con igual fascinación. Sonrió la verla tan feliz. Conocía a Laura desde niños y era muy emocionante verla cumplir sus sueños, y más con uno de los estupendos agentes a su mando. Scott era un gran hombre y estaba seguro de que la iba a hacer muy feliz.

La atención en la novia le duró lo justo. Hasta que en su campo de visión apareció Gina, tras ella. Cada vez que la observaba pensaba que no podía estar más hermosa, pero lo de aquel día rozaba la locura. Se quedó sin aire en los pulmones, más cuando ella clavó su preciosa mirada verde en él, haciendo que la boda desapareciese al instante. Durante todo el recorrido al altar él no tuvo otro pensamiento en mente que no fuese Gina. Su precioso rostro de facciones sexys y salvajes. Su forma de mirarlo como si para ella tampoco existiese más que él. Aquel cuerpo de ensueño enfundado en su vestido dorado, a juego con su cabello, suelto, ondulado, enmarcando sus aterciopeladas mejillas. Era una visión. Una hermosa visión que no quería dejar de apreciar jamás.

Gina llegó hasta su posición, y desviando la mirada de Justice se colocó junto a Laura. El reverendo Patterson comenzó a oficiar la ceremonia, y ella agradeció tener algo en lo que concentrarse y poder pensar en algo que no fuese él. Se miró las manos de dedos largos, enlazados en torno al tallo de su pequeño buqué de flores y al volver a mirar al frente, como si se tratase del imán más poderoso del mundo, volvió a encontrarse con la mirada gris y fascinante de Justice. Que todo hay que decirlo, estaba arrebatadoramente guapo. Parecía salido de una pasarela de Milán. Tenía un porte espectacular, y el traje oscuro se ajustaba a sus anchos hombros y estrecha cintura, como si se lo hubiesen pintado sobre el cuerpo. Ella había acariciado cada uno de los esculturales músculos que ocultaba bajo el elegante traje, hacía solo unos días. Le costó respirar solo con recordarlo y el calor se apoderó de sus mejillas como una quinceañera. Había altas probabilidades de que sufriese una terrible combustión espontánea allí frente a todo el pueblo de Bellheaven, en la boda de su mejor amiga. Así que apartó la vista y contó mentalmente cada uno de los minutos en los que duró la boda. Como cada vez que estaba nerviosa y repasaba mentalmente las listas de los libros más vendidos de la historia.

Utilizó todos los trucos mentales que conocía para desviar su atención de Justice durante toda la ceremonia, hasta que esta finalizó y los novios se besaron. Momentos más tarde, la pareja de recién casados comenzó a hacer el camino de vuelta por el pasillo y, al caminar tras Laura, se encontró con Justice que le ofrecía su brazo para que lo acompañara por el pasillo, tal y como iban a hacer cada una de las damas y sus acompañantes, situados en el lado del novio. No tenía tiempo de pensar, tan solo podía rodear su brazo con el suyo y posar la mano en él. Pero Justice no se detuvo ahí. En cuanto ella rodeó su brazo, él posó su otra mano sobre la de ella, pegándola más a su cuerpo. La piel cálida de sus dedos largos y fuertes acarició el dorso de su mano en una caricia íntima y deliciosa que la dejó sin aliento. Pensó que podría caerse de bruces delante de medio pueblo allí asistente. Pero Justice la sujetaba con fuerza, lo que provocaba también que las miradas curiosas de los asistentes se centrasen en ellos, a su paso. Gina se limitó a esbozar una ligera sonrisa y mirar al frente, hasta que llegaron a la zona destinada para las fotos. El resto de los asistentes a la boda se fue dirigiendo a la carpa de la celebración para recibir a los novios tras

la sesión. No dio tiempo a Justice a decirle nada, en cuanto tuvo la oportunidad, se separó de él con la excusa de seguir con sus labores como dama, atendiendo a la novia.

La mirada que le brindó Justice, al separarse de él, solo podía describirse de una manera: promesa. La promesa de que quedaba mucho día por delante y no pensaba dejar las cosas así.

CAPÍTULO 18

«Tú eres el único. Creo que estoy enamorada. La vida ha comenzado.

Creo que estoy enamorada. Puedo vernos a los dos juntos.

Yo sé que quiero estar contigo por siempre.

Amor, no puede haber algo mejor. Y cuando me besas, sé que me extrañas.»

***When You Kiss Me*, Shania Twain**

Gina vio a Nicole en la mesa, sentada sola. Miró a un lado y a otro buscando a su abuelo o a su tío. El primero estaba a pocos metros, hablando con Tori, que había hecho la tarta para la boda. David Bowen le alababa el gran trabajo realizado y le expresaba lo mucho que lamentaba no poder probar, por su diabetes, el escultural pastel de siete pisos, obra de la pastelera.

Gina ladeó ligeramente la cabeza al percatarse de la mirada embelesada que le brindaba David, y de cómo ella le sonreía coqueta y posaba una mano en su brazo al reír ante sus comentarios. Jamás lo habría imaginado, pero estaba claro que ahí pasaba algo.

Después buscó, algo más nerviosa, a Justice. La carpa estaba atestada de gente y, aunque se tomó unos minutos, no consiguió dar con él. Respirando más tranquila se acercó a la pequeña que miraba su plato con cara de pocos amigos. Tenía la mejilla apoyada en una de sus manos y, en la otra, el tenedor se paseaba por su comida, con desgana.

—¿Te importa si te acompaño? —le preguntó con una sonrisa.

Nicole se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué te ha hecho el asado? —le preguntó ya sentada a su lado, mirándola con el ceño fruncido.

Nicole volvió a encogerse de hombros. Pensó que no iba a decir nada más, pues ni siquiera había levantado la mirada del plato. Pero entonces la sorprendió.

—¿Sabes que se estima que este año serán diagnosticados 1.685.210 casos nuevos de

cáncer en el país, y que 595.690 personas morirán a causa de esta enfermedad? ¿Y que la carne es uno de los ciento dieciocho elementos de la lista de los que producen cáncer?

Gina la miró desconcertada. Le había soltado toda aquella parrafada sin pestañear, evidentemente la había aprendido de memoria. Y no le extrañaba en absoluto la obsesión de Nicole sobre las posibles causas del cáncer. En ese momento todo su mudo giraba en torno a la muerte de su madre.

—¿Te preocupa tener cáncer por comer carne? —le preguntó finalmente tomándola por la barbilla y haciendo que la mirase.

Quería leer lo que expresaban sus ojos mientras le contaba sus miedos. Nicole negó con la cabeza, haciendo que los mechones de su recogido bailasen de un lado a otro de su precioso rostro.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Nicole guardó silencio durante lo que pareció una eternidad, hasta que comenzó a hablar con voz rota.

—Mi abuelo y mi tío comen mucha carne. Ellos no pueden morir también… No pueden irse. ¿Qué haré si me quedo sola? No tengo a nadie más…

El rostro de la pequeña se encogió en un mohín y las lágrimas comenzaron a rodar por sus preciosas y pecosas mejillas.

Gina, instintivamente, la rodeó con sus brazos llevándosela al pecho. Nicole se dejó abrazar y después también colaboró en el abrazo rodeándola con sus bracitos. La acunó y le mesó el cabello del color de la miel. El corazón se le encogió en el pecho. Nicole era una niña muy especial. En los pocos días que había tenido la suerte de pasar tiempo con ella, de conocerla, se le había colado en el corazón. Le dolía verla sufrir mucho más de lo que quería admitir, pues eso hacia su marcha del pueblo, en pocos días, mucho más difícil. La besó en la frente y pensó que ojalá la pudiese proteger para siempre.

Largos minutos más tarde, cuando sintió que la respiración de la pequeña se acompasaba y relajaba la tensión de sus hombros y espalda, la separó lentamente, tomándola por los hombros.

Se perdió en su mirada ambarina y brillante. Tomó aire con profundidad antes de hablar, intentando recobrar su tono calmado para ella.

—Nicole, no vas a quedarte sola. Mira, en esa lista de ciento dieciocho elementos hay muchas cosas, más las que se irán descubriendo con el tiempo. Si se pueden evitar, hay que hacerlo, pero no debes obsesionarte con la lista ni vivir con miedo.

Resopló y Nicole bajó la mirada hasta sus pies. Allí había una mochila, la que iba con Nicole a todas partes, y adivinaba que en su interior aguardaba Mary Cooper, su conejita. En la mirada de Nicole se adivinaba el deseo de coger el peluche y abrazarlo, pero no iba a hacerlo delante de toda aquella gente. Gina la tomó de las manos para reconfortarla.

—¡Eres maravillosa! Cuando te miro, cuando me pierdo en esa preciosa mirada tuya soy capaz de ver la increíble mujer en la que vas a convertirte. Te esperan cosas tan grandes, Nicole…

—No quiero vivirlas si voy a estar sola —le contestó con expresión desafiante.

—Y no tendrás que hacerlo. Si te preocupa que tu tío y tu abuelo no coman de manera equilibrada, ¿por qué no hablas con ellos? ¿Por qué no les motivas a que lo hagan contigo? Me consta que te quieren más que a nada en el mundo, serían capaces de hacer cualquier cosa por ti.

—¡Pero lo he intentado! Les dije que la carne provoca cáncer y dejé de comerla para dar ejemplo. Y mi tío, lo único que ha hecho, es comer más carne aún y tentarme con enormes salchichas cada mañana. —Nicole la miró ofuscada.

Gina tuvo que morderse el labio para contener una sonrisa, la que le provocó imaginar la escena cada día de la lucha entre tío y sobrina, cada uno en su postura y pensando que hacían lo mejor el uno para el otro.

—Bien, vamos a hacer una pequeña reflexión.

Nicole frunció el ceño y Gina sonrió para ella, presionando sus manos.

—Imagina que tu tío averiguase que los niños que leen demasiado, algo que afortunadamente no pasará jamás —aclaró Gina abriendo los ojos desorbitadamente, con una expresión cómica que provocó las risas instantáneas de Nicole—, caen en un sueño profundo y

no vuelven a despertarse jamás. Y, en consecuencia, decide prohibirte todos tus libros. Es más, prohibiría todos los libros de este pueblo, ya que su misión es la de proteger a todos en Bellheaven.

—Si es para proteger a todos los niños, entendería que lo hiciese…

—Por supuesto. Pero él, en lugar de explicaros los motivos que lo llevan a tomar esa radical decisión, simplemente hace desaparecer los libros alegando que lo hace porque puede, porque es el jefe de policía. ¿Acatarías sus órdenes de alejarte de los libros o intentarías leer incluso más que antes?

Nicole sonrió con picardía, dejando claro que esto último sería exactamente lo que haría.

—Pues eso es lo que está pasando entre tu tío y tú.

La expresión de la niña cambió radicalmente y abrió los ojos exageradamente.

—Si les hubieses contado a tu abuelo y tu tío que te preocupa perderlos también y que te gustaría que se cuidasen más y comiesen más sano, estoy segura de que lo habrían hecho por ti. Tú tampoco puedes dejar de comer carne, Nicole. El exceso es malo en muchas cosas, pero eres una niña y estás en edad de crecimiento. La carne es un alimento que contiene nutrientes muy importantes, en particular, hierro, zinc y vitaminas del grupo B, además de proteínas. No puedes prescindir por completo de ella. ¿Lo entiendes? Tan preocupante es el exceso como la carencia.

Nicole hizo una mueca mientras sopesaba las palabras de Gina. Si hubiese podido observar todo lo que pasaba en la cabecita de la niña, estaba segura de que habría podido ver humo salir de sus orejas. Nicole se enderezó en la silla, tomó de nuevo el tenedor y pinchó un trozo pequeño de asado que metió en su boca con decisión, ante la atenta y brillante mirada de Gina, que sonrió feliz.

El corazón de Justice estuvo a punto de estallarle en el pecho al ver a su sobrina comer carne por primera vez en meses. Un nudo se le hizo en la garganta y temió ponerse a llorar como un niño. Había sido testigo de la conversación entre Gina y Nicole a cierta distancia. Aunque no pudo oír sus palabras, sí estaba lo suficientemente cerca para apreciar los gestos de ambas, para

ver el cariño con el que Gina la había tratado. Para observar cómo la había hecho reflexionar y cómo finalmente se la había llevado a su terreno. Vio a Gina colocar un mechón del cabello de su sobrina detrás de su oreja y sonreírle dulcemente. Solo aquel gesto hizo que se le detuviese el corazón.

La amaba. La había amado toda la vida, desde que la vio por primera vez enfrentándose a George Tooley, que amenazaba a otro de sus compañeros en el patio, para quitarle el dinero del desayuno. Ella no lo pensó y, aunque George era un palmo más alto que ella y tenía dos veces su cuerpo, lo había empujado alejándolo del compañero amenazado. Se enfrentó a él como una fiera y después lo dejó en ridículo delante de toda la clase con sus comentarios ácidos e ingeniosos. Dejó a todos los presentes sin habla, y él fue uno de ellos, que le entregó su corazón en ese instante para siempre.

Desde entonces su principal misión fue la de acercarse a ella. Ser su amigo, compartir con ella cada preciado momento que tenía, y fue maravilloso ver crecer ese amor infantil. Cuando ya no fueron tan niños, ella seguía ocupando sus sueños. Entonces empezó a desear sus labios, quería despertar a la pubertad con ella. Acariciar su piel tentadora y prohibida. Ella siempre lo había tratado como a un amigo; su mejor amigo, el más cercano y próximo, pero jamás dio señales de permitirle entrar en una parcela romántica en su corazón. En un par de ocasiones, como cuando la besó en el hombro al dibujarle unas mariposas, creyó ver en sus ojos algo más… Un anhelo similar al suyo, pero Gina tardaba poco en desviar la mirada y volver a la normalidad de su relación, haciendo que pareciese solo un espejismo.

Y entonces llegó el día de su marcha. Uno de los más dolorosos de su vida. El primero que cambió drásticamente su destino. Jamás tuvo tanto miedo como en el momento en el que vio la carta de Gina en su porche y leyó el contenido de su mensaje. Seguía guardando la carta en el segundo cajón de su mesilla. Recordaba perfectamente el dolor agudo, intenso y sobrecogedor que se apoderó de su pecho. Cómo le faltó el aire y cómo pensó que moriría en ese instante. Y entonces, antes de pensar siquiera en lo que iba a hacer, comenzó a correr en su busca. No podía dejar que se fuese sin decirle lo que había callado durante tantos años. Necesitaba saber la

respuesta a la pregunta que había soñado hacerle cada minuto de los que compartió con ella.

No sabía de dónde sacó finalmente el valor para decirle que la quería y besarla. Imaginaba que de la desesperación y el miedo a perderla. Pero lo hizo: la besó, se declaró y ella se marchó sin respuesta. Dejándolo allí con medio corazón. Con media vida. Con sus sueños sin final. Así había vivido esos dieciséis años: a medias.

Había buscado el sabor de sus labios en otros que no consiguieron saciarlo jamás. El fuego de su mirada salvaje y verde en otras que no lograron caldear siquiera sus venas. El tacto de su piel aterciopelada en otras que no alcanzaron a erizar la suya. Hasta que Gina regresó y volvió a cambiarlo todo, devolviéndolo a la vida.

No podía volver a su vida anterior. A conformarse con menos que ella.

Y no pensaba hacerlo.

Gina estaba de vuelta en su mesa. Había dejado a Nicole con su abuelo y con Tori y ahora se dejaba llevar por el entusiasmo de Laura, que le contaba la sorpresa que le acababa de dar Scott regalándole una luna de miel en Italia. Su amiga parecía a punto de desmayarse por la emoción. Y tan contagiada estaba por la felicidad de Laura, que no fue capaz de prever el acercamiento de Justice. Solo fue consciente de su presencia cuando este le susurró al oído, tan cerca del lóbulo de su oreja, que su piel se erizó por completo al sentir la cálida caricia de su aliento.

—Como padrino y dama de honor, deberías al menos bailar una conmigo.

Gina se giró para mirarlo, perdiéndose en su mirada gris, tan próxima a la suya que podía apreciar hasta las motas azules de sus iris. Podría saborear sus tentadores labios si tan solo se moviese un centímetro. Se quedó sin palabras y no supo qué contestar.

—Sí, es verdad. Es una especie de… tradición —apoyó Laura.

La tomó por el codo y la instó a ir hasta la pista con Justice.

Él no necesitó más invitación y, tomándola por el brazo, la ayudó a levantarse. Una vez en pie la rodeó por la cintura con uno de sus brazos, de manera posesiva, y la llevó hasta la pista,

muy pegada a su cuerpo. No le dio lugar a réplica o queja. Tampoco ella se sentía con fuerzas de hacerlo. Tan cerca que podía sentir el calor que desprendía a través de las capas de ropa que los separaban, la guio entre la gente hasta que llegaron al lugar que consideraba perfecto: bajo las luces centelleantes como preciosas luciérnagas que brillaban en la carpa. Se separó de ella lo justo para tomarla de una mano y, con la otra apoyada en su espalda, la pegó a él, presionándola contra su cuerpo, cuando en ese momento *Home*, de Daughtry, comenzaba a sonar.

Gina aún seguía sin ser capaz de articular palabra. No podía creer que estuviese en la pista, bailando con Justice, su Justice. El único hombre capaz de caldearle el corazón con una sonrisa. De manera instintiva buscó su calor y apoyó los labios contra su mano, sobre el hombro de Justice, ocultando su sonrisa y pegándose aún más a su cuerpo. Vio a algunas personas centrar su atención en ellos, pero le dio igual. Cerró los ojos y se deleitó en el aroma masculino y tremendamente sexy de la piel de su cuello. Contuvo el aliento, atesorándolo en los pulmones como el más valioso de los regalos. Y las imágenes de ambos besándose en su casa se apoderaron de su mente, caldeándola en partes de su anatomía que despertaron abruptamente al deseo contenido durante días, semanas allí. Contuvo un gemido y su respiración acelerada hizo que su pecho subiese y bajase afectado.

—Gina… —le susurró al oído con voz grave y necesitada.

Solo pudo apartarse para perderse en su mirada gris. Estaba tan afectado como ella. Se quedó absorto mirando con devoción sus labios, luego sus ojos, y volvió a sus labios como si necesitase beber de ellos por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

—Sácame de aquí —le dijo finalmente con la voz entrecortada.

Y él obedeció inmediatamente.

Cogidos de la mano llegaron hasta el dormitorio de Gina, pero antes de entrar Justice la detuvo, tal y como había estado haciendo cada pocos minutos desde que decidieron marcharse de la boda. Tomó su rostro con ambas manos y depositó un beso lento y suculento sobre sus labios. Después la miró embelesado y sonrió con aquella sonrisa ladeada y preciosa que a ella le gustaba

tanto. Contempló a Gina como si no terminase de creer que fuera a ser suya, como si temiese ir un poco más allá por si se rompía el hechizo. La memorizaba con las pupilas inundadas de recuerdos.

Se tomó su tiempo en ese último beso, antes de entrar en su habitación. No quería correr, solo vivir cada segundo con ella como si fuera único. Tampoco se atrevía a preguntar, no podría soportar una contestación negativa, pero necesitaba saber que ella deseaba estar allí tanto como él. Abrió los labios mientras su corazón se detenía hasta tener una respuesta.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le susurró junto a los labios.

Y contuvo la respiración.

Gina admiró sus preciosos iris grises y las motas azules que bailaban en ellos, esa boca de labios exigentes que hacía despertar el más devastador de los anhelos en ella, y simplemente asintió. No quería pensar en nada más que en él en ese momento.

Justice volvió a tomarla de la mano y la guio al interior de la habitación. No encendieron la luz. La luna llena brillaba majestuosa para ellos inundando el cuarto con sus rayos plateados. Cuando estuvo frente a la cama, él se detuvo y ella quiso echarle los brazos al cuello para besarlo apasionadamente, pero la detuvo.

—Espera…

No dijo más, solo se colocó tras ella y desabrochó la cremallera de su vestido dorado de dama de honor. Gina sintió sus dedos acariciar la piel erizada de su cuello, lentamente, deleitándose en cada centímetro. Los deslizó por sus hombros hasta hacer precipitarse el vestido en una cascada hasta sus pies. Le apartó el cabello a un lado y comenzó a besárselo. En cuanto Gina sintió los labios de Justice en su piel, un jadeo gutural y necesitado escapó de su garganta. Él posó una mano en su vientre, plano, que contrajo por la sorpresa de la caricia y, memorizando con sus yemas el recorrido, fue subiendo lentamente por su estómago. La respiración de Gina se aceleró cuando sintió que llegaba entre sus pechos, pero no se detuvo en ellos. Siguió trazando un camino de fuego hasta su cuello. Allí, suavemente, posando la mano sobre su garganta, inclinó su cabeza para darle más piel que saborear. Atrapó el lóbulo de su oreja entre los dientes

y posó la otra mano de nuevo en su vientre, apretándola contra su erección.

Justice, desde su posición, podía ver sus pechos erguidos contra la tela del fino sujetador de encaje dorado de Gina. Subían y bajaban excitados, deseosos de recibir atención. Cuando se apoderó del lóbulo de su oreja, sus pezones se endurecieron contra la tela y el vientre de Gina se contrajo por el deseo. Llevó la otra mano hasta allí, para hacer el recorrido contrario al que acababa de realizar. Se concentró en dibujar círculos sobre la piel suave y expuesta de su vientre, haciendo que llegase a un desesperante delirio. Cuando pensó que se desmayaría de impaciencia, alcanzó el filo de sus braguitas. No iba a esperar un segundo más e introdujo su mano bajo la prenda para acariciar la piel, hasta ese momento prohibida para él. Gina recibió la caricia en su pubis níveo e increíblemente suave, regalándole un nuevo gemido que él atrapó en su boca con un nuevo beso, girándole la cabeza.

Era suya, estaba totalmente rendida a sus caricias y pensaba hacerle cada una de las cosas que había soñado durante años que le haría. Quería fundirse con ella. Hacerle el amor toda la noche y todo el día siguiente, sin descanso. Se emborracharía de su cuerpo de diosa hasta perder la cabeza.

Presionó los dedos contra su clítoris y la apretó aún más, haciendo que su trasero puntiagudo se frotase contra la férrea erección que aguardaba en su pantalón. Siguió acariciándola, más íntimamente, recorriendo con las yemas cada recóndito rincón de su sexo, abriendo sus labios vaginales para él e introduciéndose en el centro de su dulce humedad. No tardó en sentir cómo Gina se convulsionaba; apoyó la cabeza en su hombro, elevó las manos y se aferró a su cabello mientras oleadas devastadoras de placer la recorrían, como corrientes eléctricas que la poseyeron desde el vientre hasta su sexo henchido y palpitante. La sintió caer sobre su pecho y, girándola rápidamente, se agachó para tomarla en sus brazos, en volandas. Tenía el rostro arrebolado y enajenado por el orgasmo que acababa de disfrutar.

La depositó sobre la cama con sumo cuidado y, mientras ella recobraba la respiración, él se desnudó por completo frente a ella.

Gina contuvo el aliento deleitándose en el escultural cuerpo de Justice. Bajo su uniforme,

su ropa informal y, sobre todo, bajo el elegante traje que había llevado para la boda, se podía apreciar que disfrutaba de una incuestionable extraordinaria forma física. Pero tener a la vista cada uno de sus cincelados músculos, su ancho pecho, su abdomen prieto, aquel trasero de infarto y su… ¡Dios, mío! Se sentía como una quinceañera novata, pero es que no podía creer cuánto había crecido su amigo de la infancia. Su erección era sobrecogedora. Y tuvo que parpadear un par de veces y desviar la mirada antes de que se le notase lo impresionada que estaba.

—¡Eh! Estoy aquí. Mírame —le dijo él yendo hasta ella, en la cama.

Gina se mordió el labio inferior, conteniendo una sonrisa con las mejillas encendidas. Justice no perdió el tiempo y se colocó sobre ella, sin dejar caer el peso sobre su cuerpo. Le apartó un mechón de cabello del rostro para poder perderse en su mirada. Era tan hermosa que dolía contemplarla. Gina elevó las manos y las apoyó en los fuertes hombros de Justice, para enredar los dedos en su pelo.

—No puedo creer que estés aquí —le dijo emocionada—. Es como un…

—… sueño —dijeron los dos al mismo tiempo.

Y sonrieron el uno para el otro. Gina quiso apoderarse de esa sonrisa que la volvía loca y lo besó sin esperar un minuto. Lo atrajo hacia ella mientras él se acoplaba entre sus piernas. Invadió su boca con la lengua, devastándola, poseyéndola.

Justice la deseaba más de lo que había deseado en toda su vida a una mujer. Ella era, había sido, la única para él. Gimió contra sus labios y comenzó a bajar por su cuello en un camino encendido de besos que pasaron por su clavícula y descendieron hasta uno de sus pechos de piel aterciopelada. Tomó el borde de encaje del sujetador con los dientes y lo bajó hasta liberar uno de sus sonrosados pezones. No tardó ni un segundo en introducirlo en su boca y saborearlo con ansia, arrancando un gemido de los labios de Gina, que lo alentó a continuar, con una succión tortuosamente endiablada. Sin dejar de lamer su pezón, bajó los tirantes del sujetador para liberar ambos pechos y dejarlos a su merced. Tomó los globos llenos y prominentes con ambas manos y los masajeó mientras Gina elevaba las caderas, enardecida, contra su erección.

No podía más. Necesitaba estar dentro de ella. Se apartó de su cuerpo lo justo para arrastrar las tiras de sus braguitas, suspendidas en sus caderas, y la despojó de ellas sin reparo. En cuanto tuvo el sexo femenino, húmedo y cálido, abierto para él, descendió para besarlo. Lo recorrió con su lengua en un gran y lento lametón que lo embriagó con su sabor y, sin poder esperar más, se colocó entre sus piernas y la penetró de una gran embestida. Gina se aferró a sus hombros; clavando los dedos en su piel se arqueó buscando ser poseída por completo. Gimió acompañando el gruñido que escapó de la garganta de Justice al sentirse rodeado por la cavidad estrecha y acogedora de su sexo. Levantó la vista, buscando perderse en su mirada verde y salvaje. Y no la apartó de ella ni un solo segundo mientras la embestía una y otra vez. Mientras la hacía suya por fin. Esperó hasta que ella se abandonó a un nuevo orgasmo, apretando las paredes de su sexo en torno al suyo, henchido y desbocado, y se derramó en su interior, marcándola como suya por primera vez.

CAPÍTULO 19

«Labios compartidos, labios divididos, mi amor. Yo no quiero compartir

tus labios. Que comparto el engaño y comparto mis días, y el dolor.

Ya no quiero compartir tus labios.

Oh, amor… compartido.»

***Labios compartidos*, Maná**

Gina se despertó el lunes por la mañana, tras un fin de semana apoteósico del mejor sexo que había tenido jamás, dolorida hasta las pestañas. Justice no le había dado tregua, ni la noche del sábado ni el domingo que pasaron juntos, la mayor parte del tiempo en la cama. Pero tampoco se habían librado la ducha y la cocina. Recordó cómo la poseyó allí, contra la encimera de su abuela. Le pareció oír sus gemidos graves contra su oído, nuevamente, con cada embestida. Y giró sobre la cama para enterrar el rostro arrebolado en la almohada, que aún olía a él. Sonrió y aspiró llenando los pulmones. Jamás se había sentido tan llena, pletórica y satisfecha. Relajada, exhausta y viva, al mismo tiempo. ¿Cómo era posible?

Justice se había marchado hacía tan solo un par de horas. Quería llegar a su casa a tiempo de darse una ducha y preparar el desayuno a Nicole. Después tenía que ir a la comisaría, pero habían quedado para comer. Él se lo había propuesto cuando aún estaba adormilada, boca abajo, en la cama. Sintió los labios de Justice recorrer su espalda y erizarla con aquella deliciosa caricia. No habría podido negarse a nada de lo que le hubiese pedido en ese momento. Tampoco quería hacerlo. Solo le quedaban un par de días antes de tener que volver a San Francisco y quería aprovechar cada minuto que pudiese estar a su lado.

No habían hablado del futuro, ni del pasado. Pero él tenía su vida allí en Bellheaven; su casa, su familia, su trabajo… Y ella había construido una vida en San Francisco. Con un negocio, amigos, clientes, sus padres, que eran la única familia que le quedaba… Un nudo asfixiante se

apoderó de su garganta al pensar en su inevitable marcha. Pero no quería pensar en ello. Solo quería ser consciente del tiempo que le quedaba en Bellheaven con Justice. Se abanicó la cara y respiró con profundidad antes de caer en la tentación de llorar. Había estado a punto de hacerlo varias veces aquellas últimas treinta y seis horas, en diferentes momentos, pero siempre superada por las emociones. Con Justice se sentía viva y expuesta en partes iguales. Era como regresar a una Gina que muy poca gente conocía. Él le había arrancado la coraza con sus besos, con sus caricias, con su mirada… Por eso había derivado todas las conversaciones con él a temas no peligrosos entre ambos. Habían hablado del trabajo de él, del de ella, de la gente del pueblo y los acontecimientos que se había perdido, de Laura y lo feliz y radiante que estaba en su boda. De cómo se sentía tras la muerte de su abuela. De la muerte de la madre y la hermana de Justice, y, sobre todo, de Nicole.

Justice le había agradecido todo lo que había hecho por la niña, aunque para ella no había mayor recompensa que saber que Nicole iba a estar mejor. Era una niña muy especial y solo quería que fuese feliz. Le había prometido que seguirían en contacto y pensaba cumplir su promesa. No iba a volver a caer en el error que en su día cometió con Justice.

Se estiró en la cama para desentumecer los músculos y la imagen de su mejor amigo llegó a ella, rememorando uno de los momentos que, a partir de entonces, atesoraría como imborrable en su corazón: Justice la abrazaba desde atrás, con la barbilla apoyada en su hombro, y le raspaba la piel con la incipiente barba del domingo por la mañana. La habitación ya se había bañado con una luz dorada, preciosa. La rodeó con uno de sus brazos por la cintura mientras entrelazaba los dedos de su otra mano con los suyos, haciendo que sus manos se acoplasen en una unión perfecta, íntima, sobrecogedora. Ninguno de los dos dijo una palabra. Ella se tragó la congoja y los sentimientos a flor de piel; él inhalo profundamente y después soltó el aire en una gran bocanada, como si le ardiese en los pulmones.

Fue uno de los momentos en los que temió romper a llorar y se mordió el labio para impedir el temblor del mismo. Forzó una sonrisa, se giró frente a él y lo besó con codicia. Hicieron el amor en silencio, con el sonido de sus corazones como música de fondo. Solo ellos.

Nada más.

Definitivamente tenía que dejar de pensar. Debía levantarse y hacer que comenzase el nuevo día, así que se sentó en la cama, como un resorte, antes de ordenar a sus músculos que se moviesen. Se levantó y caminó por la habitación. No parecía su cuarto. Había ropa en la silla, sobre el escritorio e incluso en el suelo. Los cojines de la cama tirados de cualquier manera y la bandeja con los restos de tortitas de las cuatro de la mañana sobre la silla, junto a la cama. «¡Qué desastre!», pensó. Se pasó una mano por el pelo y comenzó a recogerlo todo de manera compulsiva. Cuando terminó se fue directamente a la ducha, en la que se recreó como hacía meses que no probaba. Al salir se echó sus cremas, se secó el pelo, se maquilló ligeramente y se vistió con un vaquero gris, un suéter rosa y unas botas grises de mediacaña, bajitas. Hacía tiempo que no se ponía calzado plano, pero le apetecía estar cómoda.

Miró su reloj. Aún faltaban dos horas para su cita con Justice y estaba impaciente. Podía seguir leyendo el manuscrito que tenía a medias, solo le quedaba uno. Ya había leído el fantástico libro de Laura, revisado el contrato de la cadena Warner y el resto de los manuscritos enviados por Penélope. Si le dedicaba el rato que tenía libre al que le faltaba podría terminarlo también y hacer tiempo así hasta la hora del almuerzo. Pero lo cierto era que, por primera vez en su vida, no le apetecía trabajar. Solo tenía una cosa en mente: besar de nuevo a Justice.

«¿Y si lo sorprendo?», pensó. Podía ir a visitarlo a la comisaría. Verlo ejercer como jefe de policía le pareció de lo más excitante. Se mordió el labio inferior sopesando la idea y finalmente decidió que no había nada que pensar. Con frecuencia William y Didie la habían tachado de poco espontánea. Aquel día no quería ser la Gina encorsetada y planificadora, quería dejarse llevar. Y con esa determinación tomó su bolso y salió de la casa con una sonrisa que hacía años que no se dibujaba en su rostro.

Gina caminaba por la calle principal, cargada con una caja de dónuts de Sugarland que había pensado llevar a la comisaría para completar su sorpresa, cuando vio a Nicole entrar en la librería. Se extrañó al verla allí. Era lunes y debería estar en su último día de escuela antes de las

vacaciones de Navidad. Cruzó la calle en dirección al establecimiento con la intención de averiguar más. No quería hacerle un interrogatorio, había conseguido que Nicole confiase en ella y no pretendía estropear la relación por sentirse espiada, pero necesitaba averiguar más sobre la extraña relación que tenía la niña con la dependienta.

Tuvo que esperar a que pasasen algunos coches por la calle para llegar a la acera de enfrente y, cuando lo hizo, vio por el escaparate que Nicole estaba frente al ordenador que la dependienta usaba en el mostrador, a su espalda. Se inclinó un poco para ver qué era lo que consultaba la niña y entonces vio que se trataba de un mapa de San Diego. Tal vez era para un trabajo de la escuela. Desde luego no visitaba páginas peligrosas ni prohibidas para una niña de su edad, quizás estaba exagerando su preocupación. Dudó durante unos segundos y finalmente decidió que era mejor comentárselo a Justice. Tal vez él sabía que la niña había faltado a clase y lo que hacía en la librería. Con la determinación de hacerlo en cuanto lo viese, siguió caminando hasta la comisaría de policía.

—Jefe, tiene visita. —Justice levantó la vista de los papeles sobre su escritorio y miró confuso a George Tooley, uno de sus agentes.

De hecho, era el hijo del jefe de policía predecesor en su cargo y, de no haber sido por su padre, dudaba que siguiese teniendo al agente Tooley en su comisaría. George le brindó una sonrisa ladina acompañada de una doble elevación de cejas, que demostraba el exceso de confianza que se tomaba. A Justice un gesto como ese le hizo sospechar que podía tratarse de Gina. Inmediatamente se levantó de la silla, deseando verla, y George amplió la estúpida sonrisa.

Lo ignoró por completo. Le había costado horrores concentrarse en el trabajo pendiente que tenía aquella mañana. Solo había podido pensar en ella. Deseaba besarla, abrazarla, sentirla… Y saber que estaba allí, que había ido a verlo, lo convertía de nuevo en el quinceañero excitado que la besó por primera vez.

—Deja de hacer el tonto y hazla pasar, Tooley —lo apremió con tono seco.

George se marchó cerrando la puerta y él aprovechó para pasarse las manos por el pelo y

colocarse la camisa. Cuando la puerta se volvió a abrir ya mostraba una gran sonrisa de bienvenida.

—¡Hola, jefe! ¿Me echabas de menos?

Justice se quedó petrificado en el sitio.

—¡Valerie! ¿Qué… qué haces aquí? ¿No estabas en Charlotte?

—Sí, aún me quedaban unos días de congreso, pero estaba siendo tan aburrido… —dijo la morena con un mohín, acercándose a él. Le rodeó el cuello con los brazos—. Y, además, te echaba de menos. No contestabas a mis llamadas y empezaba a pensar que te estabas olvidando de mí. —Valerie amplió la mueca y le pasó el dedo, en línea descendente, por la fila de botones de su camisa, pegándose a su cuerpo, en lo que pretendía ser un gesto coqueto.

Pero solo consiguió que él se sintiese aún más incómodo.

Valerie había sido compañera de clase en la escuela también. Pero cuando terminó el instituto se marchó a Charlotte a estudiar Medicina. Había regresado hacía solo un año para ocuparse, junto a su padre, de la consulta médica de su progenitor, y desde entonces habían salido una decena de veces. No tenían nada serio, Justice se había asegurado de ello, pero intuía que ella quería mucho más.

Justo antes de que ella se marchase a aquel congreso médico le había insistido en la conveniencia de terminar con aquellas citas esporádicas. Entonces ella le comentó que debía marcharse algunas semanas para realizar un curso en Charlotte y él lo vio como una oportunidad para que enfriase sus ánimos.

Valerie siempre había sido una mujer muy bella y llamativa, capitana del equipo de animadoras y la más popular de la escuela. Estaba acostumbrada a ser el centro de todas las atenciones. Y, aunque de adolescentes nunca compartieron el mismo grupo de amigos ni salieron juntos, cuando regresó al pueblo le pareció refrescante pasar tiempo con ella. Valerie había viajado, conocido mundo, vivido en una gran ciudad y era elegante y sofisticada. Le recordaba a la mujer en la que según decía la abuela Jo se había convertido Gina. Pero pronto descubrió que detrás de toda aquella apariencia cosmopolita seguía estando la niña caprichosa y superficial que

conoció en la escuela, y perdió todo interés.

Pero, al parecer, ni las semanas de ausencia ni la conversación previa a su marcha habían surtido el mismo efecto en ella, que cada vez lo abrazaba con más fuerza.

—Valerie, estoy trabajando —le dijo él intentando apartarla con sutileza.

—Lo sé, Justice. Pero es que he pensado tanto en ti… que al llegar solo quería venir a por mi beso de bienvenida…

Gina entró en la comisaría cargada con su enorme caja de dónuts. Justice le había contado que de vez en cuando llevaba una a la comisaría para sus chicos. Tuvo que abrir la puerta con el trasero para que no se le cayese. Una vez dentro se dirigió a la primera mesa que vio ocupada y entonces se sorprendió al ver quién estaba sentado tras ella.

—¡George Tooley! ¿Has pasado de ladrón de bocadillos en el recreo y abusón a agente de policía? Sin duda tu padre hizo un buen trabajo contigo…

George dejó inmediatamente el solitario que estaba haciendo en su ordenador y la miró, abriendo mucho los ojos, sorprendido. Sus mejillas enrojecidas dejaron claro que el comentario sobre su padre no le había sentado del todo bien.

—Gina Walters, empezaba a pensar que eras un invento de los chismosos del pueblo…

—Pues ya ves que no. Aquí estoy.

—Y muy guapa, por cierto —comentó George con mirada lasciva, lo que hizo que a Gina se le revolviese el estómago—. Qué pena no haber podido ir a la boda de Laura, seguro que te habría sacado a bailar.

Gina sabía que, si George no había ido a la boda, había sido, entre otros motivos, porque no había sido invitado. Laura no lo habría hecho ni ciega hasta las pestañas de tequila. Pero no le interesaba en absoluto mantener ninguna clase de conversación con aquel tipo, así que le contestó con evasivas, con la intención de terminar con la charla. Solo quería ver a Justice.

—Claro, claro… Por los viejos tiempos y las peleas de patio —le dijo con una falsa sonrisa. Vio que frente a ella había una puerta con un cartel que anunciaba el despacho del jefe de policía y comenzó a caminar hacia ella—. Si me disculpas, he venido a ver a Justice.

—¡No puedes, ahora está ocupado! —le gritó desde su sitio.

Pero Gina, con las ganas que tenía de perderlo de vista, ya había abierto la puerta del despacho.

La enorme caja de dónuts que portaba cayó a sus pies al encontrarse con Justice, su Justice, besándose con una mujer morena que rodeaba su cuello con ambos brazos, completamente entregada a su boca.

El corazón se le detuvo. La punzada que la atravesó fue tan intensa que se llevó una mano al pecho de manera inconsciente. No fue capaz de articular palabra, solo vio la sonrisa de la mujer. Le resultaba familiar, pero no podía pensar en aquel momento. Necesitaba aire, necesitaba respirar. Intentó llenar los pulmones, pero se ahogaba. Se marchó de allí corriendo al sentir que le ardían los ojos, amenazando con revelar su dolor y su llanto.

—¡Gina! ¡Gina! ¡Detente, no es lo que parece…!

Gina oyó que Justice la llamaba a gritos mientras salía por la puerta. Corrió cuanto pudo por la calle, pero las lágrimas ya habían comenzado a salir en tropel, impidiéndole seguir adelante. No estaba ciega, lo había visto besar a otra mujer, después de… ¿Cómo había sido tan estúpida? No entendía nada. Quiso desaparecer en ese momento y se ocultó en el primer callejón que encontró en la calle, apoyándose en la pared de ladrillo, sin resuello y con el corazón en la boca. Le dolía tanto que no era capaz de sentir nada más y se dejó caer sobre sus talones, destrozada, hundida y con un único pensamiento en mente.

No quería volver a ver a Justice Bowen nunca más. Su tiempo en Bellheaven había terminado.

CAPÍTULO 20

«Porque tus besos, tus besos están en mi lista.

Porque tus besos, a los que no puedo resistirme…

Porque tus besos están en mi lista de las mejores cosas de la vida.

Porque tus besos son lo que más extraño cuando apago las luces…»

***Kiss On My List*, Daryl Hall & John Oates**

Valerie Lomax vio salir corriendo a Justice tras Gina, con desesperación. Pero ella permaneció impasible. Se apoyó en la mesa de Justice y, con una sonrisa, se miró las uñas de manicura perfecta, como siempre. Sabía que no tenía la guerra ganada, pero al menos había conseguido vencer en aquella batalla. Por suerte, había recibido a tiempo el aviso de una de las enfermeras del hospital del regreso de Gina. En cuanto estuvo enterada de la noticia entendió el trato distante que Justice le prodigaba. No había contestado a sus mensajes ni llamadas en las últimas semanas. Pues si bien habían terminado antes de que ella se fuese, siempre había sido lo suficientemente cortés como para responder a los mensajes, aunque no se explayase en atenciones.

Pero entonces recibió el aviso de Cintia, una de las enfermeras del hospital y amiga suya desde hacía años. Le habló del regreso de Gina, de lo juntitos que se les había visto en varias ocasiones. El beso en la calle, la boda de Laura… No podía dejar que todo el trabajo que había hecho con él durante el último año se echase a perder por aquella estúpida y decidió regresar a tiempo de terminar con aquella relación. La suerte de vivir en un pueblo tan pequeño, en el que todos se conocían, era que no había tardado ni un par de horas en averiguar cuánto necesitaba para conseguirlo.

No le importaba que Justice corriese tras Gina, aún le quedaba por hacer el movimiento final. Volvió a sonreír, se colgó el bolso al hombro y salió del despacho de Justice con una gran

sonrisa. Se despidió del bobo de George Tooley batiendo los dedos en el aire.

Justice buscó a Gina por toda la calle, pero no dio con ella. En su mente solo había una imagen atormentándolo: la mirada de dolor y decepción que ella le mostró antes de marcharse. No podía creer lo que había pasado. Justo en ese momento, cuando había conseguido derribar las barreras que Gina había levantado para distanciarlos, la visita de Valerie lo había echado todo a perder.

Se pasó las manos con desesperación por el pelo y resopló, apoyándolas después en las caderas. Miró a un lado y a otro de la calle, pero no había ni rastro de ella. Solo le quedaba una cosa por hacer, ir a buscarla a su casa y aclararlo todo. No iba a perderla otra vez. Solo de pensar en aquella posibilidad se volvía loco. No podía vivir sin ella. ¿Cómo iba a sobrevivir a su ausencia nuevamente, después de haberla tenido? No, no iba a permitirlo. Aquel nudo insoportable con sabor a pérdida volvió a instalarse en su garganta, asfixiándolo. No lo pensó más y fue en su busca, pero justo cuando estaba a punto de meterse en su coche de policía vio a Nicole caminando por la calle. ¿Qué demonios hacía su sobrina allí? ¿Por qué no estaba en la escuela? Cruzó la calle a grandes zancadas y corrió por la acera hasta alcanzarla. La detuvo tomándola por el brazo.

—¡Nicole! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la escuela? —le gritó al girarla, empujado por la preocupación y el desosiego que las dos mujeres de su vida le estaban provocando más que por el hecho de estar enfadado por su falta.

La niña lo miró con los ojos muy abiertos, sorprendida y asustada. Su tío la miraba con el rostro desencajado. Si se había enterado de lo que estaba haciendo… Solo la idea de que así fuese la dejó petrificada en el sitio, e inmediatamente rompió a llorar.

Valerie llegó al camino de acceso que llevaba a la casa de Gina. Miró a un lado y a otro en busca de Justice. No quería que la encontrara allí, pero tenía que jugársela. No podía arriesgarse

a dejar las cosas sin atar. Llevaba un año, desde su regreso, con un objetivo en mente: conquistar a Justice Bowen, el único soltero en Bellheaven a la altura de sus expectativas. Y encima los años le habían sentado estupendamente bien, convirtiéndolo en un espécimen de lo más apetecible. Había intentado conquistarlo utilizando todas sus armas de mujer y nunca había tenido problemas a la hora de conseguir de un hombre lo que quería, pero Justice había resultado un hueso duro de roer. Al principio pensó que le resultaría más fácil. No le costó mucho que la invitase a cenar y tuvieron un par de primeras buenas citas, pero en lugar de ir hacia adelante, él fue distanciando el tiempo entre los siguientes encuentros hasta darse cuenta de que se enfriaba y dejaba de mostrar el más mínimo interés.

Había tenido paciencia. Cuando murió su hermana, incluso intentó convertirse en su apoyo y el de su familia. Ejerció de novia comprensiva y solícita, pero no podía esperar más.

Era la mayor de tres hermanas. Las dos más pequeñas se habían casado ya e incluso habían tenido un hijo cada una. Ella estudió Medicina y siguió los pasos de su padre para seguir siendo su ojito derecho, pero ahora solo prestaba atención a las hijas que le habían dado nietos, que habían continuado su estirpe, perpetuado el apellido. Se habían comportado como buenas chicas sureñas, como las llamaba su madre. Y ella había sido relegada a un segundo plano. Necesitaba un marido. Y no cualquier marido, sino uno con buena posición y poder en el pueblo, que fuese respetado y la hiciese brillar ante los ojos de su padre. Y Justice era perfecto para eso. Solo había una persona que se lo podía impedir, pero iba a eliminarla de la ecuación inmediatamente.

Gina estaba en su casa, guardando sus cosas frenéticamente en las maletas que había llevado consigo. Ni siquiera era capaz de ver lo que introducía en ellas. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas e inundaban sus ojos, irritados y enrojecidos. Para ser una persona que no lloraba jamás, las últimas semanas se había convertido en una auténtica plañidera. Se limpió el rostro con el dorso de la mano y siguió metiendo cosas sin ton ni son. Había pedido un coche que la llevase hasta el aeropuerto de Greenville. En cualquier momento llegaría y tenía que estar lista. Esperaba no dejarse nada, aunque lo mismo le daría: no pensaba volver al pueblo jamás.

Había querido conservar la vieja casa de su abuela. Le habría gustado mantenerla como refugio, volver cada cierto tiempo para no tener que romper con su pasado, como hizo en su día. Pero jamás podría regresar a Bellheaven sabiendo que Justice estaba con otra, que la había engañado, que había jugado con ella…

No quería pensar, cogió la máquina de escribir de la abuela y la metió en su maletín. Lo cerró y lo puso junto a sus dos maletas. No tenía mucho más tiempo y comenzó a bajar los bultos para dejarlos junto a la puerta. Estaba depositando una de las maletas y la máquina de escribir, cuando sonó el timbre de la puerta. Se llevó tal susto que pegó un bote llevándose la mano al pecho. Fue abrir la puerta creyendo que se trataría del coche que había pedido, pero entonces se detuvo. ¿Y si era Justice? Intentó respirar, pero ya no pudo. Apoyó una mano en la madera para no caer redonda, mareada.

—Gina, sé que estás ahí. Te he oído —dijo una voz femenina al otro lado.

Gina se incorporó inmediatamente, confusa. ¿Quién era aquella mujer? Apoyó la mano en el pomo y lo giró sin pensar demasiado.

—¡Hola! —la saludó la mujer con una enorme sonrisa.

Al ver la expresión perpleja del rostro de Gina, aprovechó para pasar por su lado e introducirse en la casa sin ser invitada. La vio mirar a un lado y a otro, estudiando la entrada de la casa. De repente, Gina cayó en la cuenta de que era la mujer que había visto besando a Justice en la comisaría. La vio suspirar con desaprobación y arrugar la nariz al terminar su escrutinio, y entonces reconoció aquellos gestos altaneros y soberbios.

—Valerie…

—¡La misma! Mujer, ya sé que me he hecho algún retoquito. La nariz y eso, pero pensé que me habías recocido en la comisaría —le dijo en tono animado, como si se acabasen de hacer la manicura juntas.

—Pues no, no lo había hecho, y ahora estoy muy ocupada. Te agradecería que te marchases —le dijo en tono seco.

Levantó la barbilla y se cruzó de brazos. Si Justice estaba saliendo con Valerie Lomax, sin

duda ya no conocía al hombre en el que se había convertido.

—Ya me doy cuenta —dijo ella, ajena a la vorágine de pensamientos que la sacudían—. Por lo que veo, has tomado la decisión correcta de marcharte. Le dije a Justice que no tardarías en darte cuenta de que este no es sitio para ti. Tampoco lo es para mí, la verdad, pero se ha empeñado en conseguir esta casa…

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con conseguir esta casa? —le preguntó entornando la mirada.

—Como regalo de bodas —añadió la morena enseñándole la mano y, con ella, un enorme anillo de compromiso—. Personalmente, habría preferido una construcción más moderna, pero a él le gusta esta casa. Quiere estar cerca de su padre y de la niña, aunque habrá que hacer muchas reformas para que sea más acorde… a lo que estoy acostumbrada. —Le brindó una fría y estudiada sonrisa.

Gina no era capaz de articular palabra. No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Justice estaba prometido con Valeria? ¿Iba a casarse con ella? ¿Quería su casa?

—Por supuesto, él pensó que lo mejor era convencerte para comprarte directamente la propiedad, pero yo le dije que no creía que estuvieses mucho tiempo aquí. San Francisco no tiene nada que ver con Bellheaven. Yo, de hecho, de no haber sido por Justice, me habría quedado en Charlotte, pero cuando tu hombre te quiere cerca hay que hacer ciertos sacrificios… En fin, ¿que para qué comprártela cuando la podemos conseguir a mucho mejor precio en la subasta?

Gina no pudo escuchar más. Valerie sabía lo de la subasta y solo Justice podía habérselo contado. Él solo había querido conseguir la casa de su abuela como regalo de bodas para Valerie Lomax…

El pecho de Gina comenzó a subir y bajar, frenético. Sintió cómo la sangre le corría por las venas como lava hirviendo, y en un arranque de furia la fulminó con la mirada.

—Fuera de aquí…

—¡Qué modales! —protestó Valerie levantando la nariz.

Se apresuró a salir de la casa, no muy segura de lo que Gina podría hacerle, siempre había

sido muy temperamental. Y ella ya había hecho todo cuanto había ido a hacer allí.

Gina cerró con un portazo y volvió a llorar, esta vez llena de rabia. Se dejó caer en el suelo durante largos minutos hasta que nuevamente el timbre de la puerta la obligó a levantarse.

CAPÍTULO 21

«He estado llorando, he estado muriendo por ti. Haciendo un nudo en la cuerda, tratando de sostenerme, de sostenerme, pero no hay nada a lo que agarrarme.

¡Qué más da! Creo que ya tuve suficiente,

creo que quizás pienso demasiado. Pienso que podría ser para nosotros.

Mándame un último beso.»

***Blow Me One Last Kiss*, Pink**

Justice llevó a Nicole a casa. La niña no había dejado de llorar desde que la encontró en la calle principal y no podía llevarla a la escuela en ese estado. Finalmente, tras tratar durante más de una hora de tranquilizarla, decidió que solo podía llevarla a casa e intentar hablar con ella. Cuando lo hubiese conseguido, iría a ver a Gina y también aclararía el incidente de aquella mañana con Valerie.

La había llamado por teléfono al menos una docena de veces, pero Gina había apagado su móvil. Era más que evidente que estaba enfadada, dolida, y que le iba a costar muchísimo que le dejase explicarse. Pero esperaba que, al hacerlo, ella entendiese que había sido un terrible malentendido, que no tenía nada con Valerie y que la única mujer que había ocupado su corazón era ella.

Justice aparcó el coche de policía en la puerta de su casa. Instintivamente, su mirada se dirigió en dirección a la de Gina. Ella debía de estar allí. Tan cerca y lejos a la vez. Hacía solo unas horas que habían estado completamente unidos, más allá de sus cuerpos, de sus almas. Había sido tan feliz… tan fantástico como tocar el cielo con las manos. Jamás se había sentido así. Y jamás volvería a hacerlo si no volvía a estar con ella.

Respiró con profundidad y miró a su sobrina, sentada a su lado. Seguía llorando, pero había bajado la intensidad, abandonada ahora a un sollozo compungido. Tenía el rostro

enrojecido, hinchado y empapado en lágrimas.

—Vamos —le dijo con suavidad, invitándola a salir del coche.

Nicole no lo miró, pero hizo lo que le decía. Bajó del vehículo con la cabeza gacha y, abrazada a su mochila, se dirigió a los escalones del porche seguida por su tío.

Justice subió los escalones y llegó hasta la puerta de su casa. Iba a abrir cuando vio un sobre en el suelo. La letra de Gina le detuvo el corazón en seco. El recuerdo del día que la perdió volvió a él, atenazándole las entrañas. Miró el sobre como si se tratase de un espejismo. No podía ser… Ella no podía haberlo dejado, de nuevo.

Se agachó para cogerlo a pesar de sentir que su mundo estaba a punto de derrumbarse otra vez y, entonces, una mano pequeña, más rápida que la suya, se le adelantó y lo tomó antes que él.

—Pone mi nombre. Es para mí —dijo Nicole apretándolo contra su pecho.

—Dámelo, Nicole —le dijo consternado.

—¡No! ¡Es mío! —contestó ella soltando la mochila y abriendo el sobre con premura.

Justice contuvo el aliento… No era capaz de pensar ni reaccionar.

—Gina se ha ido —dijo Nicole con voz queda—. Es una carta de despedida. ¿Por qué se ha ido? ¿No iba a hacerlo hasta dentro de unos días? ¿Qué has hecho, tío Justice? ¿Por qué se ha ido antes de poder despedirme de ella? ¡Te odio! —le gritó de nuevo llorando.

Y salió corriendo a refugiarse en su cuarto, que cerró de un portazo.

La carta de Gina quedó en el suelo del porche. Justice se agachó a recogerla y leyó su contenido con el corazón destrozado.

Se había ido. La había vuelto a perder. No… no podía creer que fuese así. Aquel dolor insoportable que lo abatió dieciséis años atrás volvió a fulminar su pecho de forma desgarradora. Miró por el suelo, a un lado y a otro. Ella solo había dejado una despedida para Nicole. No había nada para él. Hasta ese punto lo odiaba ella también. No le había dejado explicarse. Después de lo que había pasado entre ambos, no podía creerlo. Necesitaba aferrarse a la esperanza de que no fuese así, de que ella lo conociese lo suficiente como para saber que jamás le haría un daño semejante.

Pero dos horas más tarde, después de haber dejado a Nicole con su padre poco después de leer la carta, seguía en el punto de la carretera que los vio separarse por primera vez, y supo que no había marcha atrás.

Todo había terminado.

CAPÍTULO 22

«¿Él me ama? Quiero saberlo. ¿Cómo puedo saber si me ama realmente?

¿Estará en sus ojos? Oh, no, te engañará.

¿Estará en sus suspiros? Oh, no, eso te hará creer.

Si quieres saber si él te ama realmente, está en su beso.»

***The Shoop Shoop Song*, Cher**

—Señorita Walker, le agradezco que haya aceptado esta reunión de manera tan precipitada y en un día como este —le dijo el señor Truman sentándose frente a ella en su escritorio.

Gina se limitó a sonreír cortésmente en respuesta.

Le costaba horrores mantener cualquier tipo de conversación en ese momento. Se había pasado los dos últimos días llorando sin parar y estaba completamente segura de que cada neurona de su cerebro se había fundido sin remedio. Pero el señor Truman la había llamado el día anterior, a la oficina, con la intención de concertar esa cita y alegando que ese mismo día debía viajar de vuelta a California para celebrar la cena de Navidad con su familia. No había podido negarse, más cuando ella había estado ausente casi un mes por asuntos personales, lo que habían hecho que la negociación del contrato sobre los derechos cinematográficos del libro de Will fuese más lenta de lo normal.

Pero ahora que tenía frente a ella a Barry Truman se daba cuenta de que no sabía si estaba al cien por cien para un asunto tan importante como aquel. Jamás se había sentido tan abatida y derrotada. Tomó aire profundamente y abrió la carpeta con la propuesta de contrato de la cadena. Miró a Penélope, de pie tras el señor Truman, a cierta distancia. Tenía la postura recta y una carpeta negra en las manos. No lucía sus habituales abalorios de vivos colores y le extrañó. Parpadeó un par de veces y volvió a mirar la documentación sobre su mesa.

—Queremos que el señor James esté totalmente convencido en cuanto a la seriedad de

nuestra oferta y nuestro interés. Por eso, como último recurso, hemos decidido aumentar la cuantía de nuestra oferta inicial, esperando que esta sea lo suficientemente atractiva para él como para disipar sus dudas —dijo el hombre ante ella, entregándole un papel con una cifra impresa muy superior a la que habían enviado en el contrato.

A Gina casi se le salen los ojos de las órbitas. Le costó horrores no cambiar su gesto pétreo de negociación. Aun así, no pudo evitar carraspear antes de hablar, para poder liberar su garganta del nudo que se le había creado por la sorpresa.

—Sin duda es una cifra mucho más interesante que la anterior y, desde luego, redimirá de algunas dudas al señor James. Pero hay algo más de lo que me gustaría hablar con usted, señor Truman…

—Barry, por favor. No tiene sentido no tutearnos después de semanas de negociación.

—Por supuesto, Barry. Como comprenderá, aquí no estamos hablando solo de cifras —dijo Gina cerrando la carpeta del contrato, ante la mirada estupefacta del productor, con un movimiento seco que obtuvo el efecto exacto que ella esperaba en él—. Estamos hablando de la obra del señor James, de su creación más personal. No va a poner en sus manos, por muy expertas que sean, todo el control sobre la adaptación de la misma.

El señor Truman mostró una sonrisa tensa y cambió de postura, cruzando la otra pierna.

—Y quiere tener la seguridad de que sus opiniones serán tomadas en cuenta —insistió Gina.

—¡Por supuesto! Siempre escuchamos las opiniones de los autores. Es primordial para el éxito de la película.

—Lo que es primordial para el éxito de la película, y sobre todo para la satisfacción de mi cliente, no es que se escuchen sus propuestas, sino que se garantice que se llevarán a cabo. Por eso, este contrato no será aceptado por él si no figura como productor y se le da el mismo poder de decisión que al resto del equipo.

Gina le sostuvo la mirada mientras cruzaba los dedos sobre su elegante escritorio de ébano. Barry Truman tragó saliva, deshaciéndose así de su fachada relajada y segura de hacía unos

segundos.

—Si necesitan tiempo para pensarlo… —le dijo Gina ofreciéndole la carpeta.

Sabía cuán importante era para el productor cerrar el acuerdo ya. Estaba siendo presionado por la cadena; de no ser así, no habrían concertado una reunión el veinticuatro de diciembre.

—No… no será necesario. Por supuesto, como le decía… es muy importante la colaboración de los autores en estos casos de adaptación de una obra que ya ha tenido tanto éxito. Haré que se modifique dicha cláusula en el contrato inmediatamente.

—Perfecto… Entonces… —Gina iba a dar por terminada la reunión cuando vio que Penélope se acercaba a ella.

—Disculpe, señor Truman —se excusó Penélope con el productor por su interrupción.

Abrió la carpeta que llevaba en las manos frente a Gina, dejándola sobre el escritorio, y le señaló unas anotaciones en el contrato y un Post-it pegado al lado con más notas escritas.

Gina las leyó atentamente y después miró a su ayudante como si la viera por primera vez. Explayó una enorme sonrisa de satisfacción dedicada a ella y volvió su atención al productor.

—Parece que tenemos otro asunto que tratar antes de dar el acuerdo por zanjado…

Barry Truman volvió a tragar saliva.

—Tienen ustedes una cláusula de derecho preferente por la compra de los derechos cinematográficos de las siguientes obras de mi cliente con la que no estamos en absoluto de acuerdo —dijo levantándose de su silla.

El productor se quedó perplejo con su gesto.

—Pero ese asunto lo va a tratar directamente con Penélope. Ella será la que cerrará el acuerdo definitivo con usted, si le parece…

—Señorita Walters… —le dijo Penélope impresionada, ya que no esperaba que Gina le diese una responsabilidad tan grande.

—Enhorabuena, pececilla —le susurró al oído, guiñándole un ojo.

Se despidió del señor Truman con un apretón de manos y abandonó el despacho, orgullosa de su ayudante.

—¡No puedo creer que después de casi un mes lo hayas perdido todo!

Gina agachó la cabeza hasta apoyarla en las manos, con los codos sobre la mesa. Sabía que contarle a su madre la situación de la herencia de su abuela no iba a ser sencillo, pero no estaba para escuchar sus quejas y reproches. Mil martillos incesantes le taladraban la cabeza desde hacía horas y su madre no conseguía más que empeorar la situación.

La vio levantarse de la mesa de la cena y comenzar a pasear arriba y abajo, respirando con fuerza, frotándose las manos.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo has dejado que lo perdiésemos todo? —volvió a increparla, apoyando las manos en el respaldo de la silla que había vacía frente a ella.

Las comidas y cenas familiares siempre le habían parecido frías e impersonales en aquel enorme salón, elegante y pomposo, con una larguísima mesa que su madre usaba para las celebraciones y cenas de gala de sus clubs. Pero para solo ellos tres resultaba ridícula tanta parafernalia.

—¿Sabes una cosa, mamá? Tú no has perdido nada, porque no tenías nada —la enfrentó, enfadada—. La abuela no quiso dejarte con la pesada carga de gestionar sus bienes y me lo dejó todo a mí. ¿Me oyes? No has sido tú la que ha perdido… La que ha perdido… —Sintió que le faltaba el aire y que no podía respirar.

Comenzaba a marearse. No pudo hablar. ¿Qué podía decir? ¿Que había dejado mucho más que la casa de su abuela en el pueblo? ¿Que su maltrecho y pisoteado corazón se había quedado en Bellheaven? El aire llegó a sus pulmones y comenzó a inhalar de manera acelerada. Su pecho subía y bajaba sin resuello, se le nubló la vista y se aferró a la mesa.

—¡Maldita sea! ¡Me es indiferente lo que decidiese la desequilibrada de mi…! —comenzó a decir su madre totalmente ajena a su estado.

—¡Shannon! ¡Basta ya! —la interrumpió su padre, interviniendo por primera vez.

La contundencia de su voz hizo que su madre se callase inmediatamente. Lo miró perpleja, no estaba acostumbrada a que su marido la mandase callar, durante un largo segundo tras el que

decidió marcharse de allí y abandonar la cena, con gesto ofendido.

—Y otra estupenda velada en el hogar de los Walters… —anunció su padre con ironía.

Los labios de Gina dibujaron una triste sonrisa.

Anthony Walters se levantó de la mesa y se dirigió directamente al mueble bar que tenían en el elegante aparador del salón. Cogió dos vasos y preparó sendas copas de güisqui. Las llevó hasta la mesa, se sentó junto a su hija y le puso uno de los vasos delante.

—Papá, no me gusta el güisqui, y tú no deberías beberlo con tus problemas de corazón.

—Tómalo como algo medicinal. Las medicinas nunca están buenas —dijo su padre contemplando el interior de su vaso, y dio un sorbo largo.

—¿Y qué se supone que me va a curar? —preguntó Gina tomando el suyo. Dio el primer trago e inmediatamente su rostro se encogió en una desagradable mueca—. ¡Oh, papá, es espantoso!

—Ya te he dicho que nunca están buenas.

—¿Y cuál es tu excusa? —preguntó dando un segundo sorbo que resbaló por su garganta abrasándola.

Se aferró con más fuerza al vaso.

—Yo estoy acompañando a mi hija, que tiene el corazón roto. Nunca hay que dejar que alguien con el corazón roto beba solo.

Gina miró a su padre. Era un hombre peculiar. No hablaba mucho, y cuando lo hacía parecía estar en otro mundo donde la percepción era muy diferente a la del resto de la humanidad. No en vano, era artista. Siempre había dado por sentado que tenía que ser así. Lo que nunca llegó a entender era lo que había visto en su madre. Eran tan diferentes como el agua y el aceite.

—¿Qué te hace pensar que tengo el corazón roto, papá? —Las palabras salieron de sus labios algo espesas tras dar un tercer y gran trago que ya no le desagradó tanto.

Tal vez porque empezaba a sentir que sus papilas se habían dormido con aquel brebaje infernal.

—Has llorado, y tienes esa mirada…

—¿Qué mirada?

—La de una persona enamorada que se siente perdida, sin rumbo. Que cree que jamás volverá a encontrarse con la otra mitad de su alma.

Gina miró su vaso. Ella sabía que jamás volvería a encontrarla.

—Solo me pregunto una cosa…

Gina miró a su padre elevando una ceja.

—¿Por qué mi preciosa e inteligente hija no está luchando por aquello que ansía su corazón? Nunca te he visto detenerte ante nada. No lo hagas cuando verdaderamente importa.

Gina tragó saliva. ¿Cómo iba a decirle a su padre que no había nada por lo que luchar? Que Justice había jugado con ella, que no era su preciosa e inteligente hija, sino la patética y estúpida que se había dejado engañar y había entregado su corazón al único hombre al que siempre había pertenecido en realidad.

No tuvo que hacerlo. Su teléfono móvil comenzó a sonar estrepitosamente. Lo miró nerviosa. En las últimas cuarenta y ocho horas había recibido una veintena de llamadas de Justice que no había atendido. Solo de pensar que podía volver a tratarse de él, su pulso se aceleraba estúpidamente. Por suerte, el número que vio en la pantalla, aunque desconocido, no era el suyo.

—¿Diga? —se apresuró en contestar, sintiéndose salvada por la campana.

—Perdone, ¿es usted Gina Walters? —oyó que la llamaba un hombre al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—Soy el agente Callaghan, de la policía de San Diego. Tenemos en custodia a una niña, Nicole Stevens, que nos ha dado su teléfono de contacto.

CAPÍTULO 23

«Descubrir que puede un beso ser más dulce y más profundo, que puedo irme mañana mismo de este mundo. Las cosas buenas ya contigo las viví.

Y contigo aprendí, que yo nací el día que te conocí.»

***Contigo aprendí,* Armando Manzanero**

Cuatro horas más tarde Gina aterrizaba en San Diego. Inquieta, nerviosa, confusa y, sobretodo, preocupada. Su padre había tenido que darle una tila cuádruple mientras llamaba al aeropuerto y se informaba sobre los vuelos disponibles a la ciudad para aquella misma noche. Por suerte, salía uno dos horas y media más tarde. Aun así, le parecía mucho tiempo, pues lo único en lo que podía pensar era en estar ya con Nicole. ¿Qué habría ido a hacer a San Diego? ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? La idea de imaginarla sola, en una ciudad desconocida para ella, la dejaba paralizada por el miedo. «¡Dios mío, podrían haberle pasado un millón de cosas!», pensó.

Tomó un taxi al salir del aeropuerto y le dio la dirección que le había proporcionado el agente Callaghan por teléfono. No tardó ni veinte minutos en llegar a la comisaría, muy concurrida para ser una noche tan especial. Había un buen número de borrachos, prostitutas y algunos tipos con pinta peligrosa. Se apartó horrorizada al ver llegar a un par de agentes que a duras penas conseguían sostener a uno de ellos. Enorme, lleno de tatuajes y, a pesar de estar esposado, seguía resistiéndose al arresto. En cuanto pasaron por su lado se dirigió al mostrador, donde una policía con cara de pocos amigos la atendió con ásperos modales. No quería permanecer allí más de lo necesario. Quería llevarse a Nicole cuanto antes y esperaba no tener problemas, porque no era la tutora legal de Nicole y solo pensar en la posibilidad de que no la dejasen llevársela le helaba la sangre en las venas.

—Señorita Walters —la llamó una voz masculina llegando a ella.

Gina vio a un agente de unos treinta y tantos. Rubio, con facciones muy masculinas e innegable atractivo, llegó hasta ella y le ofreció la mano mientras la observaba con mirada apreciativa.

—Sí, soy yo. Imagino que usted es el agente Callaghan —contestó devolviéndole el apretón de manos.

—Sí. Nicole ha estado a mi cargo estas horas. Sígame, la llevaré con ella. La pillamos cuando intentaba colarse en un autobús. El conductor la retuvo y nos llamó. Le pareció sospechoso que fuese sola, estaba muy asustada.

—Menos mal que ese hombre tuvo la sensatez de llamarles. No quiero imaginarme lo que habría pasado de no ser así…

—¿Es usted pariente de la niña? —le preguntó el agente.

Gina sopesó su respuesta. Si le decía que no tenía nada que ver con ella, no la dejarían llevársela.

—Sí. Soy la prometida de su tío —dijo forzando una sonrisa mientras se sentía la mujer más estúpida del mundo.

De todas las cosas que podían habérsele ocurrido, su mente enferma y traicionera había decidido salir con aquella.

El agente Callaghan la miró de arriba abajo sin disimulo.

—Lástima —dijo tras chasquear la lengua con el paladar.

Gina desvió la mirada y siguió caminando un paso por detrás de él, más incómoda por haber mentido que por el evidente interés del policía.

Durante el corto trayecto que iba desde la puerta hasta la zona de mesas de los agentes, Gina volvió a echar un vistazo furtivo a su móvil, esperando haber recibido contestación de Justice a su mensaje. Lo había llamado en el aeropuerto, antes de salir de San Francisco, para contarle lo ocurrido con su sobrina, y este no había contestado la llamada. Decidió dejarle un mensaje para informarlo de que iba a por ella. Pero tampoco había contestado a este. Quizás estaba demasiado ocupado pasando la noche con su prometida. Torció el gesto en una mueca en

cuanto el pensamiento se paseó por su mente. Se reprendió a sí mima por caer en una estupidez como esa cuando tenía asuntos más importantes que tratar en ese momento. Guardó de nuevo el teléfono en su bolso y respiró con profundidad hasta que vio que el agente se detenía delante de ella. Era tan grande que, al hacerlo, casi choca con su espalda. Al apartarse vio a Nicole sentada en una silla de madera, abrazada a su inseparable mochila. Tenía los ojos rojos de haber estado llorando y el cabello revuelto enmarcándole el rostro.

—¡Nicole! ¡Dios mío! ¡Qué preocupada me has tenido! —le dijo llegando hasta ella.

En cuanto la niña la vio se lanzó a sus brazos y ella la recibió envolviéndola con los suyos, en un abrazo interminable.

—¡Lo siento! —dijo entre lágrimas con la voz entrecortada.

—¡Oh, cariño! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has venido a San Diego?

Era la pregunta que se había estado haciendo Gina las últimas cuatro horas, recordando una y otra vez el momento en el que la vio visitar el mapa de la ciudad en el ordenador de la librería. No había querido dar importancia a ese hecho y, después de pillar a Justice besando a Valerie, el incidente se le olvidó por completo. Se sentía muy culpable por no haberle dado la importancia necesaria. Si hubiese hablado con Nicole en ese momento, o si se lo hubiera comentado a Justice…

—Quería… ver a mi padre… —le dijo la niña, afligida.

Y rompió de nuevo a llorar.

Justice estaba desesperado. Había buscado a Nicole por todo el pueblo, junto a su padre y un buen grupo de amigos, voluntarios. Pero no daban con la niña. Las últimas horas habían estado batiendo la zona de los bosques, muelles y carreteras de acceso a Bellheaven, y ya tenía claro que no estaba en la población. Lo peor era que no sabía desde cuándo estaba desaparecida. Nicole le había pedido quedarse a dormir la noche anterior con una compañera de clase. Imaginó que necesitaba espacio tras la discusión que habían tenido y tras la marcha de Gina. No quiso

presionarla. Tampoco él se encontraba con ánimo de tener un nuevo enfrentamiento con ella y le permitió dormir fuera, aunque no era habitual. Solo la echó en falta al día siguiente, hasta que no regresó por la tarde para decorar el árbol de Navidad.

Si llegaba a pasarle algo… jamás se lo perdonaría. Decidió dirigirse a la comisaría para dar una alarma de desaparición estatal de la niña. Pero cuando se adentró nuevamente en el pueblo, su teléfono móvil comenzó a sonar avisándole de mensajes recibidos y llamadas perdidas por la falta de cobertura en las afueras. Sacó su teléfono del bolsillo y se quedó paralizo al leer el último mensaje, de Gina.

Aquello era lo último que Gina esperaba escuchar. Sabía por Laura que el padre de Nicole había desaparecido cuando la niña tenía dos años, abandonando a Anette y a su hija. Justice le había dicho que, desde entonces, no habían tenido noticias suyas. Y pasados tantos años, imaginó que Nicole lo tendría superado, pero posiblemente la muerte de su madre, y el miedo irracional a quedarse sola, la habían llevado a investigar sobre su progenitor.

—¿Podría darnos un minuto a solas, por favor? —le dijo Gina al agente.

Este asintió y fue a sentarse a otra mesa, a cierta distancia. Sin quitarles la vista de encima, pero lo suficientemente lejos como para que Nicole se sintiese cómoda hablando con ella.

—Nicole… Necesito que me digas qué está pasando —la instó hablar en tono suave.

La niña se limpió las lágrimas con el dorso de la manga de su suéter y la miró con sus enormes ojos brillantes.

—Si lo hago, ¿podré quedarme contigo? —preguntó con mirada esperanzada.

—Hasta que vengan tu abuelo o tu tío a por ti, sí —le contestó ella apartándole el cabello del rostro, con ternura.

—Mi tío estará furioso conmigo… Le dije que lo odiaba y luego me marché. No va a perdonarme jamás.

—Estoy segura de que te equivocas. Tu tío estará ante todo preocupado y deseando asegurarse de que estás bien.

En ese momento, como invocado por su mente, su teléfono móvil sonó y en la pantalla apareció el número de Justice. Gina tragó saliva antes de contestar la llamada.

—Justice…

—Gina… He leído tu mensaje. ¿Está Nicole contigo? —le oyó decir casi sin aliento.

La piel de Gina se erizó al escucharlo.

—Sí… acabo de llegar a la comisaría de policía. Ella está bien, un poco asustada. Ha venido a San Diego porque quería ver a su padre… —le dijo susurrando mientras se apartaba un par de pasos de la niña, para que no la oyese.

—¿A su padre? ¿Qué demonios pretendía? ¡Ese hombre no se ha preocupado por ella en ocho años! —La voz alterada de Justice le dijo lo preocupado y asustado que estaba.

—No sé si ha llegado a verlo o no. Le he prometido que estaría con ella hasta que vinieseis a recogerla, pero, la verdad, me gustaría llevármela de aquí. Esta comisaría no es sitio para una niña —dijo viendo otra reyerta que se formaba a pocos metros de ellas—. Y tardaréis al menos diez horas en llegar a San Diego desde Bellheaven. Si me lo permites, me gustaría llevármela conmigo a San Francisco. Podemos coger un vuelo de vuelta esta misma noche, dormiría tranquila en mi casa y mañana, si quieres, podríais venir tu padre… o tú, a por ella. Estará más tranquila y la cuidaré bien.

—No me cabe la menor duda de ello —le dijo Justice con voz aterciopelada.

Gina tuvo que recordarse que estaba prometido con Valerie para no dejar que su estúpido corazón se desbocase de nuevo. Solo con escuchar su voz, su mente comenzaba a recordar escenas vividas entre ambos y empezaba a anhelar cosas completamente prohibidas para ella.

Justice tardó un segundo en contestar y finalmente dijo:

—Está bien. Hablaré con el agente que ha custodiado a Nicole. Por favor, avísame cuando lleguéis a San Francisco.

—Por supuesto.

—Siento… —el corazón de Gina se detuvo— los trastornos que te hemos ocasionado en una noche como esta.

—Lo importante es que Nicole está bien —contestó ella en el tono más impersonal que pudo utilizar.

—Sí… Gracias…

Gina no lo pudo soportar más y pasó el teléfono al agente Callaghan para que Justice pudiese hablar con él. Ella, mientras, regresó con Nicole, intentando recomponerse.

CAPÍTULO 24

«Entre tu boca y la mía, hay un cuento de hadas que siempre acaba bien. Entre las sábanas frías me pierdo a solas pensando en tu piel. Qué curiosa la vida que de pronto sorprende con este loco amor. Y es que todo se acaba y termina
si dejo de ser lo que soy.
Bésame, no dudes ni un segundo de mi alma, alteras mis sentidos, liberas mis alas. No cabe tanto amor en esta cama, si me dejaras.
Qué bueno es sentir, que suspiro de nuevo, que tu roce y mi roce juntos forman fuego.
Delicada llama, que nunca se apaga.
Sin ti yo me pierdo, sin ti me vuelvo veneno. No entiendo el despertar sin un beso de esos, sin tu aliento en mi cuello.»

***Pasos de cero*, Pablo Alborán**

Gina se despertó sobresaltada. Se sentó en la cama sin saber muy bien dónde estaba. Si en Bellheaven, en San Diego o en su casa en San Francisco. Torció el gesto al darse cuenta de que se trataba de la última opción. Los recuerdos de la noche anterior llegaron hasta ella como una película acelerada y se frotó los ojos sin creer todo lo que había pasado en tan pocas horas.

Se levantó de la cama y se dirigió a la habitación de invitados, en la que había acomodado a Nicole cuando llegaron casi a las cinco de la mañana. No sabía qué hora era. La luz entraba a raudales por las ventanas del salón, de camino al cuarto. Pero, sin duda, la niña estaría agotada y dormiría hasta tarde.

Cuando llegó, se aproximó con sigilo a la cama y allí la vio, sumida en un sueño profundo, abrazada a Mary Cooper y ataviada con la parte de arriba de uno de sus pijamas. Era preciosa, parecía una muñequita. Se le encogió el corazón al pensar lo mucho que había estado sufriendo y lo cerca que habían estado de perderla… Comenzó a emocionarse y decidió salir de allí antes de

correr el riesgo de despertarla. Cerró su puerta, deteniéndose un segundo tras ella, con la mano aún en el pomo. Con pereza, terminó apartándose. Alguien iría a por ella ese día, y la sola idea de tener que despedirse se le hacía insufrible. ¿Cómo podía haberle tomado tanto cariño en tan poco tiempo? No era propio de ella sentir esa necesidad de dar protección, de formar parte de la vida de otra persona. Podría ser por Justice o porque su reloj biológico empezaba a gritarle algo que hasta el momento se había negado a plantearse. Siempre había estado mucho más interesada en su carrera profesional que en crear una familia. No había necesitado formar parte de alguien ni cuidar de otra persona antes. Tal vez porque siempre supo, de alguna manera, que su otra mitad estaba en la otra punta del país y que la había perdido el día que se fue de Bellheaven sin abrirle su corazón. ¿Qué habría pasado de haberlo hecho entonces? ¿De no haber sido tan cobarde? ¿De no haber tenido tanto miedo? ¿De haberse encarado con su madre, de haber respondido sus cartas, de haberle escrito…? ¿Sería ella la que estaría prometida a Justice y no Valerie Lomax? Jamás encontraría respuesta a esas preguntas, se dijo llegando hasta la cocina, con un nudo en la garganta. Ya no tenía sentido planteárselas.

Pulsó el botón de su cafetera dispuesta a concederse el primer chute de cafeína. El primero que necesitaría para sobrevivir a aquel largo día. El sonido del chorro del café y el aroma de aquella exquisita variedad la hicieron sonreír levemente. Inhaló y recordó que tenía que envolver el regalo de Navidad de Nicole antes de que se levantase.

En cuanto supo que Nicholas Show era su escritor favorito, llamó al escritor personalmente para conseguirle su último libro dedicado para ella. Había llegado a su oficina pocos días antes y esperaba que le hiciese especial ilusión. Tomó la taza de la cafetera y dio el primer sorbo, deleitándose con su fuerte sabor. Cerró los ojos disfrutando el momento y se dio cuenta de que lo único que había añorado verdaderamente durante su estancia en Bellheaven había sido su café. ¿Cómo era posible? Había construido toda una vida, una fantástica vida, la que siempre se había dicho que deseaba tener… ¿y lo único que había echado de menos era su café?

Ya no entendía nada. Se pasó una mano por el pelo, resoplando, y fue hasta su escritorio. Abrió la agenda por el día marcado. Había quedado para comer con Will y Didie, tendría que

llamarles para cancelar la cita. No le parecía prudente organizar una comida con Nicole allí. Podría sentirse incómoda con todo lo que había pasado en las últimas horas.

Pasó las páginas hasta llegar al siguiente día laborable y apuntó con una mano: «Preparar contrato de representación para Laura». Sonrió al recordar la enorme sonrisa de su amiga, el día de su boda, cuando le contó lo mucho que le había gustado su libro y que sería un honor para ella ser su agente literaria. Laura había dado saltos de alegría. Pero la que realmente se sentía afortunada de haber podido conocer su obra era ella. Estaba segura de que conseguiría que fuese una de las escritoras de literatura juvenil de referencia más importantes, en poco tiempo.

Bajo la nota sobre el contrato de Laura, siguió apuntando algunas cosas más que tenía que hacer los siguientes días. Y para finalizar: «Hablar con Penélope sobre su futuro». Su pececilla de colores la había sorprendido tanto el día anterior que no tuvo más remedio que reflexionar sobre sus funciones y el brillante futuro que le esperaba trabajando para ella. Iba a darle más responsabilidades, asignándole su propia cartera de clientes. Gracias a ella habían salvado una cláusula del contrato de William que, sin duda, les habría acarreado algunos problemas más adelante. Estaba muy orgullosa de ella y quería hacérselo saber.

Dio otro sorbo largo a su café, tomando la taza con ambas manos, cuando el timbre de la puerta la sorprendió. Casi se tira el café encima por la sorpresa. Dejó la taza sobre el escritorio y se apresuró a ir a la puerta. No quería que llamasen una segunda vez y despertasen a Nicole.

—¡Estás horrible! —le dijo William entrando.

Nada más abrir la puerta, pasó por su lado y se detuvo lo justo para darle un beso en la mejilla antes de continuar con su incursión, portando un par de botellas carísimas de vino en sus manos.

—Gracias —fue la contestación de Gina, atónita.

No le dio tiempo a reaccionar cuando se vio envuelta por uno de los brazos de Didie, que la rodeó mientras con la otra mano cargaba una bandeja de pasteles.

—No es verdad. Estás preciosa. Ya me gustaría a mí tener ese aspecto al levantarme por las mañanas, antes del arreglo de chapa y pintura —le dijo con una sonrisa—. La pregunta es,

¿cómo es que aún estás en pijama? Creo que nunca te había visto así antes.

Tras dar tres o cuatro pasos, Didie se detuvo a observarla entornando la mirada. Solo lo hizo un par de segundos, pero tras ellos cambió el gesto para abrir los ojos desmesuradamente, como si hubiese tenido la mayor de las revelaciones.

Gina se dio la vuelta y se dirigió a la cocina, huyendo de ella.

—¿No nos encargábamos nosotros del vino y los postres y tú de la comida? —preguntó William al ver que no tenía nada preparado allí.

—Se me había olvidado… —dijo pasándose una mano por el pelo y suspirando. Comenzó a abrir los armarios de su cocina, sabiendo sobradamente que no encontraría nada adecuado para la comida—. ¿Qué hora es? —preguntó ocultando el rostro en el interior de uno de los armarios.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó su amigo tras dejar las botellas sobre la encimera.

Se giró hacia ella y la miró interrogante.

William conocía bien a Gina, y aquella mujer que los había recibido en ropa de cama, con la cara lavada y sin tener hasta el último detalle de la comida de Navidad dispuesto en la mesa, no se parecía en nada a ella.

—Gina está enamorada —dijo Didie tras ella.

Gina se giró para observar a la mujer de su amigo, que mostraba una sonrisa tan espléndida que casi no le cabía en el rostro. Y puso los ojos en blanco. A esa chica no se le escapa una.

William miró a su mujer y después a Gina, que bajaba la mirada con las mejillas arreboladas. Volvió a mirar a su mujer, que se encogió de hombros y levantó las manos con una mueca en los labios, y luego volvió la vista hacia Gina, que se había sentado en uno de los taburetes de la barra y ocultaba el rostro entre las manos. Se acercó hasta su amiga y posó una mano en su hombro.

—¿Estás enamorada? —le preguntó en tono suave.

Gina se limitó a asentir con la cabeza, aún con el rostro enterrado entre las manos. William sabía que, siendo así, hacer aquella confesión era tan duro para Gina como tragarse una bola de

espinas. Suspiró sorprendido.

—¿Y dónde está el afortunado? —volvió a preguntar, esta vez mirando a un lado y a otro, sopesando la posibilidad de que él estuviera por allí y la hubiesen interrumpido en una situación comprometida.

Eso explicaría lo del pijama, y que se hubiese olvidado por completo de ellos.

—En Bellheaven, con su prometida, supongo —suspiró—. Planificando su nueva vida, en mi casa, para más inri.

William se quedó en silencio sin saber qué decir.

—Will, cariño. Ve haciendo más café; mientras, yo me encargaré de que nos traigan la comida. Esta va a ser una conversación muy larga.

Una hora más tarde, Gina terminaba de contar a sus amigos todo lo que le había pasado en el último mes. No sabía quién se había quedado más alucinado, si William o Didie, que cada pocos minutos suspiraba como una colegiala.

—Entonces, ¿la niña sigue aquí? —le preguntó Will, susurrando.

—Sí, está durmiendo en la habitación de invitados. La pobre está agotada.

—¿Y sabes si llegó a ver a su padre? —fue el turno de Didie en preguntar.

—Me temo que sí —contestó Gina asintiendo—, pero no habló con él. Se quedó frente a su casa, viéndolo jugar con sus nuevos hijos. Y no se atrevió a hablar con él. Finalmente se marchó de allí llorando. Volvió a la estación de autobuses y, como se había gastado todo el dinero que llevaba en el viaje de ida a San Diego, intentó colarse en un nuevo autobús. Por suerte, el conductor la detuvo. Y el resto ya lo sabéis.

—Pues después de atravesar el país de costa a costa, ha sido un verdadero milagro de Navidad que pueda estar durmiendo ahora mismo en tu habitación de invitados.

—William L. James, ¿desde cuándo crees tú en los milagros de Navidad?

—Desde hace poco más de un año creo en muchas cosas en las que no creía antes —contesto él, sonriendo a su mujer.

Gina los observó mirarse embelesados y una punzada atravesó su corazón. Ella jamás iba a

volver a sentir aquello. En unas horas, Justice o su padre irían a por Nicole y, tras pasar uno de los peores momentos de su vida, tanto él como la niña desaparecerían de su vida. No quería ni pensar en cómo se iba a enfrentar a ese momento; solo de pensarlo le faltaba el aire hasta hacérsele doloroso el simple intento de respirar.

El timbre de la puerta los sorprendió a los tres, que se quedaron en silencio.

—Tranquila, ya voy yo —le dijo William adelantándose.

Después de haber escuchado la historia que les había contado Gina, y de ver el estado de su amiga, habían decidido que tanto Didie como él se quedarían allí, con ella, hasta que el tal Justice fuese a por su sobrina. Quería decirle un par de cosas al tipo que le había roto el corazón. Fue hasta la puerta, calentando motores, preparándose para enfrentarse con el tipo, pero se llevó una sorpresa al abrirla.

—Gina, es un mensajero. Ha traído esto para ti —dijo volviendo hasta la cocina, con un sobre en la mano.

Gina se levantó del taburete como si la hubiesen pinchado en el trasero. No esperaba ninguna entrega para ese día. William se acercó hasta ella y le dio un sobre mediano de color blanco. Lo tomó entre sus manos y se quedó mirándolo unos segundos. Cuando estaba a punto de abrirlo, una voz la interrumpió.

—¿No era mi tío?

Gina levantó la vista para contemplar a Nicole. Se frotaba los ojos y abrazaba a Mary Cooper, apretándola contra su pecho.

—No, aún no, cielo —le dijo con una sonrisa tranquilizadora.

Volvió su atención al sobre, en sus manos, y le dio la vuelta. No llevaba remitente, tan solo su nombre y dirección impresos en una etiqueta. No se entretuvo más y lo rasgó por un lateral, y descubrió que en el interior había otros dos sobres, uno más grande que el otro. El mayor llevaba impreso el nombre y logotipo del despacho del abogado Marty Pullman. Lo abrió y del interior sacó unos papeles que comenzó a leer en voz alta:

—«Con el presente documento, le notifico que, habiendo cumplido con el plazo de treinta

días naturales de permanencia en Bellheaven, según especificaban las condiciones establecidas por su abuela, Josephine Kirkland, y habiendo sido manifestante de dicho cumplimiento el testigo asignado para la causa, el jefe de policía Justice Bowen, la declaro, y sirva este documento para ello, heredera única y de pleno derecho de todos sus bienes…».

Gina no pudo decir una palabra más. Las piernas dejaron de sostenerla y tuvo que sentarse de nuevo en el taburete. Las manos le temblaban tanto que casi no fue capaz de tomar el otro sobre. Justice había… había hecho que ella no perdiese la casa. ¿Por qué? Se llevó una mano a los labios.

—Abre el otro sobre —la apremió Didie.

Gina la miró, después a William y finalmente a Nicole. Los tres la observaban expectantes.

Tragó saliva antes de abrirlo. Respiró hondo mientras sacaba un folio doblado en tres en el que reconoció la letra de Justice. Lo desdobló y contuvo el aire antes de leer:

Donde mi corazón quedó dividido para siempre. Allí donde quedaron mis sueños sin final. Donde mis labios probaron tu preciosa boca por primera vez, robándome el aliento. Allí te espero, con un millón de besos de mariposa.

Justice, tu Justice

EPÍLOGO

«He muerto todos los días esperándote, cariño. No tengas miedo de que te haya querido durante mil años. Te querré por otros mil más.

Y todo el tiempo creí que te encontraría.

El tiempo ha traído tu corazón hasta mí.

Te he querido durante mil años. Te querré por otros mil más.»

***A Thousand Years*, Christina Perri**

Gina conducía intentando no dejarse llevar por la vorágine de sentimientos que se apoderaban de ella, pero era difícil cuando estaba haciendo la apuesta más grande de su vida. Lo había dejado todo, absolutamente todo: su casa, su familia, sus amigos y hasta la mitad del control de su empresa, para ir en busca del hombre al que amaba. Sentía que todo pendía de un hilo muy fino, o de un gran salto al vacío.

Miró por el espejo retrovisor. Nicole dormía plácidamente desde que habían salido del aeropuerto de Greenville. Tenía el rostro apoyado en un almohadón, contra la ventanilla. En sus brazos, Mary Cooper velaba por sus sueños, como siempre. Sonrió al ver su rostro relajado y volvió a centrar su atención en la carretera. Con cada milla recorrida, su corazón se aceleraba un poco más, hasta hacerle ser consciente de cada uno de sus latidos tronando en su pecho.

Después de haber viajado gran parte de la noche, los primeros rayos de la mañana bañaban las copas de los árboles que bordeaban la carrera y, brillantes por el rocío, les conferían un aspecto mágico casi irreal.

Contuvo el aliento antes de tomar la última curva de acceso a Bellheaven, aferrándose al volante hasta que sus nudillos quedaron blancos por la presión. Se mordió el labio inferior, más nerviosa de lo que recordaba haber estado jamás. Redujo la velocidad, con el corazón en un puño, y entonces lo vio.

Justice, apoyado sobre el capó de su coche, la vio y se incorporó inmediatamente. El rostro de Gina se llenó de lágrimas. No podía ver nada y detuvo el coche. Se limpió el rostro con las manos, saliendo del vehículo. Caminó muy despacio hacia él, temiendo que fuese un espejismo. Un maravilloso espejismo que le sonrió con aquella preciosa sonrisa ladeada que le caldeaba el corazón. Su mirada gris se clavó en ella y sintió que hasta la última brizna de aire abandonaba sus pulmones.

Justice se deleitó en el rostro de Gina. Tenía los ojos brillantes, los labios carnosos y entreabiertos. El labio inferior enrojecido, de mordérselo. Estaba nerviosa, y tan impresionantemente preciosa como el día que se llevó su corazón. Dirigió sus pasos hacia ella con la determinación de un hombre que sabe que está a punto de hacer realidad todos sus sueños.

No esperó ni un segundo y, en cuanto la tuvo a su alcance y sus manos pudieron acariciar su aterciopelada piel, atrapó su rostro y se apoderó de sus labios, bebiendo de su aliento los besos con sabor a promesa. La devoró, devastando su boca hasta que sintió que su pecho henchido iba a estallar de pura felicidad. Y apoyó la frente en la suya para recobrar el aliento. Enredó los dedos en las ondas de su sedoso cabello dorado y el recuerdo de su primer beso volvió a él como si el tiempo se hubiese detenido, borrando los dieciséis años de ausencia.

—Justice… Te amo —confesó por fin ella frente a sus labios.

Él recibió la declaración con la sonrisa más hermosa del mundo.

—Yo jamás he dejado de hacerlo —le dijo emocionado.

—Tenía miedo… Pensé que quizás… Pero estás aquí. No puedo creer que estés aquí —le dijo contra los labios.

—Te he esperado cada minuto de mi vida, Gina. Y lo habría seguido haciendo, por siempre.

Gina rodeó su cuello y se pegó a él, aferrándose a su cuerpo. Entregándole con aquel beso su alma, cada latido de su corazón y la promesa de que jamás volverían a existir el uno sin el otro.

Nicole se despertó en el asiento trasero del coche que Gina había alquilado en el aeropuerto de Greenville. Estaba un poco confusa. Se habían detenido. ¿Estaban ya en casa? Se incorporó frotándose los ojos y miró por el cristal delantero del coche. Allí, su tío abrazaba a Gina, que rodeaba su cuello. Se besaban entregados, el uno al otro. Sonrío feliz. Y supo que sí, que al fin estaban todos en casa.

LORRAINE COCÓ

Penélope, ¿pececilla o tiburón?

Pink Ladies

3

PENÉLOPE, ¿PECECILLA O TIBURÓN?

CAPÍTULO 1

—¿Sabes esas veces en las que aparentemente te quedas en blanco? El mundo se detiene a tu alrededor, pero tu mente no cesa. Un millón de ideas surgen del vacío y se alternan sin sentido embotándolo todo, llevándote de un pensamiento a otro, de un mundo a otro. Intentas encontrar una relación entre ellas, pero cuando más pretendes nadar en la vorágine de sentimientos que aderezan esos pensamientos, más sientes que te hundes. —Penélope acompañó sus palabras con un movimiento de su mano, con el que pretendía mostrar como caía en picado, para luego hacer con su boca el sonido de una explosión.

—¡Pero que coñ…!

Por suerte, en cuanto levantó un dedo de advertencia, Zola dejó su comentario a medias y no pronunció esa palabra tan malsonante que le provocaba sarpullido. En su lugar, puso los ojos en blanco por verse reprimida, y continuó.

—¿Por qué tienes que ser tan dramática? Pareces el personaje de una novela romántica del siglo XVIII —dijo como si aquello fuera malo.

Lo que no sabía Zola era que muchas veces se había visto a si misma, en su mente, representando ese papel. Tal vez fuese culpa de la deformación profesional. Estar leyendo novelas todo el día, apenas le dejaba tiempo para vivir en el mundo real, y sus semanas estaban repletas de historias fascinantes, aventuras increíbles, relatos trepidantes, y amores únicos tan románticos, vehementes y ardientes que le resultaba imposible creer que pudiese llegar a experimentar algo semejante una sola vez en la vida real. Ver lo deslucida que parecía su existencia en comparación, la hizo suspirar levemente.

—Confundes dramatismo con intensidad —expuso elevando la naricilla, cubierta de pecas,

a la defensiva—. E intentaba explicarte cómo me sentí ayer, cuando Jeremy Cook me comunicó que definitivamente, tras meses de indecisión, de cenas y de dedicarle gran parte de mi energía y tiempo, ha decidido que lo represente la agencia de Barbara Queen y…

—¿Cómo hay que ser de engreída para hacerte llamar la reina Barbara? —Zola la cortó y ella torció el gesto—. Perdón, no he podido evitarlo —añadió la morena sonriendo con picardía pues no era verdad. Llevaba interrumpiéndola desde la primera conversación que compartieron hacía ya trece años. La vio tomar un mechón de su larga melena para enredarlo en el dedo índice, jugando con él y frunció el ceño.

—¿Recuérdame por qué somos amigas? —Ladeó la cabeza y le concedió dos segundos para responder mientras le servía una taza de su té favorito, del que solía disponer en la oficina para las veces en las que su amiga decidía sorprenderla con una visita.

—Porque era la única que quería sentarse contigo en el comedor de la escuela. Eras rarita, de hecho, lo sigues siendo —Zola la señaló de arriba abajo como si fuera evidente solo con mirarla, antes de coger la taza de sus manos.

Se repasó mientras estiraba sobre su cuerpo el jersey naranja manchado de corazones negros que había decidido ponerse esa mañana sobre la blusa.

—¿Qué le pasa a mi ropa…?

—Corazones, vas salpicada de corazones —repuso sin miramientos—. Y ese cuello bebé. Ya nadie usa cuellos bebé, Pe. No tienes cuatro años, ni perteneces a la familia real británica, ¿verdad?

Después de ofenderla, Zola bebió de su taza, no sin antes sonreírle con malicia.

—Tú tampoco eres una perita en dulce. Y recuerdo perfectamente que éramos dos marginadas unidas por la mesa de los descartes.

Sacudió los hombros al recordar como se llamaba en la escuela secundaria a la mesa que usaban para comer aquellos apartados que no pertenecían a ningún grupo o tribu. Era desolador y cruel, pero intentaba encontrar el lado positivo de todo y ella había obtenido en aquella mesa de marginados a Zola, su mejor amiga. Aunque esta fuese, la mayor parte del tiempo, una auténtica

pesadilla con incontinencia verbal.

Zola desechó su comentario con un movimiento de su mano, y antes de dejar la taza sobre el escritorio, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Vas a renunciar a ese cliente?

—Ya ha firmado con Barbara, está todo perdido —dijo dejándose caer en su silla— Y esto es un desastre. Contaba con ese fichaje. Gina ha sido muy paciente conmigo con las captaciones de nuevos autores, pero tengo que conseguir algo ya, o se dará cuenta de que realmente no le merece la pena la sucursal de San Francisco. Y, en consecuencia, yo tampoco.

—¡No digas tonterías! De no ser por ti y tu maravillosa gestión de la agencia, ella no habría podido marcharse a vivir su gran historia de amor.

—Gina es la mejor agente que conozco. Ella sola, a distancia, habría sido capaz de seguir gestionando la cartera de autores que llevaba. La idea al dividir la agencia en dos sucursales; zona este y oeste del país, era crecer, aumentar el número de clientes y hacernos más importantes, más sólidas en el mercado. Mientras vive su gran historia de amor, como tú la llamas, ha firmado con cuatro grandes autores más. Necesito dejar de ser una buena mano derecha y convertirme en una valiosa agente, una socia. Para eso es imperativo hacer bien la parte de la captación. Quiero añadir valor a la empresa.

—A…ha…—fue la escueta respuesta de su amiga a la que parecía estar aburriendo soberanamente, pero ella necesitaba expresar todas sus preocupaciones. Verbalizar las cosas a veces la ayudaba a poner las ideas en orden.

—Estaba segura de que conseguiría esa representación. Ese zoquete sin talento, porque te juro que no entiendo qué encuentran los lectores en sus libros, me ha fastidiado, pero bien. Ha estado jugando conmigo y usando las propuestas que le hacía para negociar mejores condiciones con Barbara Queen. En ningún momento tuvo intención de firmar con nosotras. ¡El muy…! — Apretó los puños frente a su rostro, con frustración, hasta que puños y mejillas quedaron igualmente rojos.

—¡Dilo joder! ¡Insúltalo! Te sentirás mucho mejor. No es sano estar siempre tan

reprimida, ¿sabes?

Penélope puso los ojos en blanco al oír su comentario discordante y dejó caer las manos. Tenía verdadera aberración por ese tipo de vocabulario. Era superior a ella. Le incomodaba y veía totalmente innecesario tener que demostrar vehemencia usando un léxico ordinario. Apretó los labios y suspiró elevando los hombros. Los volvió a bajar con lentitud antes de volver a hablar.

—Perder el control jamás ha ayudado a nadie a lograr sus objetivos —repuso en tono categórico aquel mantra que había tenido que repetirse miles de veces a lo largo de su vida—. Ahora necesito estar centrada. Revisar mis carpetas y listas de potenciales clientes. Llevo tiempo siguiendo la pista a algunos autores bastante prometedores que sería interesante volver a valorar. Aunque no son de primera fila, podrían valer y estoy segura de que, en poco tiempo, lograría dar un empujón a sus carreras —dijo intentando convencerse a sí misma, pero luego sacudió la cabeza, volviendo al pesimismo. —. El problema es que me quedo sin tiempo. La revisión anual será en unas semanas, tras las fiestas navideñas. ¿Cómo voy a lograrlo con tan poco tiempo? —añadió con tono quejumbroso, dejándose caer sobre el escritorio y apoyando la frente contra la madera, completamente derrotada.

—Creo que te exiges demasiado. Ya le dedicas todo tu tiempo a este trabajo. Apenas tienes tiempo de quedar con tus amigos. Y de citas, ni hablamos. Debes tener…—Se detuvo antes de nombrar la parte de su anatomía a la que se refería y la sustituyó en su mente—… “eso”, tan cerrado, que el siguiente que intente penetrarte necesitará un martillo percutor.

Penélope levantó la cabeza del escritorio con la mirada entornada dispuesta a fulminar a su amiga que, en lugar de ayudarla entendiendo sus preocupaciones y angustia, la estaba sacando de quicio. Pero lo único que consiguió fue que Zola, al advertir que se le había quedado una nota adhesiva pegada en la piel, irrumpiese en carcajadas. Se llevó la mano a la frente y con una mueca se quitó el papel color fucsia, para terminar riendo con ella. Mientras lo hacía, desvió la mirada hacia el contenido de la nota, que recordaba haber escrito hacía unos días, tras leer un artículo online, de la sección de cultura de un periódico local.

Dejó de reír inmediatamente. Y durante varios segundos se quedó mirando aquel pedazo de papel de color fluorescente, como si fuera una señal divina.

—¿Qué pasa? —le preguntó Zola bajando la intensidad de sus risas, sorprendida.

—Frank Beckett —dijo ella sin apartar la mirada de la nota con tono embelesado.

—¿Tiene que sonarme?

—Si escuchas la mitad de lo que te digo, sí. Te he hablado miles de veces de él. Es ese autor de ciencia ficción tan brillante como para hacerme pasar noches enteras en vela devorando sus libros, aunque sintiese que se me iban a deshacer los ojos del cansancio.

—Dame alguna pista más.

—No puedo creer que no lo recuerdes. Te estuve contando la trama de su última serie; una distopía futurista de acción trepidante con una narrativa hipnótica y oscura. El sentido lírico de la tragedia de sus personajes, los convierte en perturbadores y adictivos...

—Vale, vale… que te pone berraca.

Penélope alzó una perfecta ceja pelirroja, tras despertar de su momento de ensoñación mientras describía las bondades de su escritor favorito.

—¿Berraca?

—Cachonda, lujuriosa, libidinosa, lasciva… Que te pone como una moto, que te vuelve obscena, guarrilla…

Penélope se tapó los oídos inmediatamente. Bufó, puso los ojos en blanco y empezó a contar mentalmente hasta veinte. Cuando vio que los labios de su amiga se detenían, se destapó los oídos.

—No me pone nada, solo me parece admirable. Tiene una de las mejores mentes para la ficción que he visto en mi vida.

—¿Y está bueno?

—¿Has oído que he dicho que tiene una de las mentes más brillantes?

Zola no le contestó, pues ya, móvil en mano, lo buscaba en internet. No tardó ni un segundo en silbar, como lo habría hecho el más basto de los trabajadores de una obra. Su amiga

empezó a abanicarse, mordiéndose el labio inferior, mientras pasaba una tras otra, las imágenes que encontró del escritor.

—¡Por Dios! ¿Este tío es de verdad?

Era real, Penélope sabía que era real. Y estaba de acuerdo con su amiga en que era sumamente atractivo, aunque ella no fuera su más fiel adepta llevada por sus encantos físicos. Le había dicho la verdad, admiraba su maravillosa mente, su sagacidad, su capacidad para crear mundos en los que ella desearía vivir para siempre.

No estaba ciega.

La primera vez que lo vio en la solapa de un ejemplar en tapa dura de su primer éxito, había pasado más de diez minutos con la mirada clavada en la suya, como si a través de la foto aquel hombre la hubiese hipnotizado con su mirada azul, su sonrisa ladeada, y la onda sexi que hacía su cabello rubio al caer sobre la frente. Por experiencia sabía lo producidas que estaban esas fotos, que intentaban proyectar una imagen apabullante de éxito, pero a ese hombre no le hacía falta. Descalzo, con el cabello revuelto, un suéter blanco y fino y un pantalón vaquero y desgastado, era… Al recordarlo, sacudió la cabeza con tanta energía que las ondas de su cabello cobrizo azotaron sus mejillas. No debía pensar en eso. Y mucho menos después de que en su mente se trazasen las primeras ideas para un plan que podría salvar su trabajo y el inicio de su futura carrera como agente literaria.

—Créeme, es auténtico. Pero eso no es lo más importante. Hace meses que se rumorea que está sin representación, tras algunos problemas con la agencia anterior. Es solo un rumor… Y no suelo dar crédito a ese tipo de información, pero va a estar en la ciudad esta noche para un encuentro con seguidores de su club de fans. Ha sido una noticia de última hora. Participará de manera frugal en el macro evento que se desarrolla hoy en Lockeford Street y después para sus más acérrimos seguidores, a puerta cerrada, habrá un *meet and greet*, sin prensa, entrevistas, o cualquier posibilidad de mantener una reunión exclusiva con él.

—¿Y entonces? ¿Cómo piensas hacerlo?

—No lo sé —repuso levantándose para comenzar a caminar por el despacho, frotándose la

barbilla, concentrada.

Había intentado varias veces hablar con la asistente personal del escritor para concertar una reunión con él y hacerle una propuesta, pero está, más parecida a un bulldog que a una ayudante, se había mostrado impenetrable. Frank Beckett tenía fama de reservado e inaccesible y eso alimentaba el misterio en torno a su figura. Concedía contadas entrevistas a los medios, siempre dentro del calendario de firmas y promoción, pero no accedía a alimentar a la prensa amarilla ni foros de cotilleo. Durante sus periodos de encierro creativo, como él mismo lo llamaba, desaparecía por completo, como si se lo tragara la tierra. Y eso era lo que estaba a punto de pasar, pues aquel encuentro era el último que habían publicado en redes como parte de la promoción de la última entrega de su serie distópica. Si no lograba colarse y hablar con él, no volvería a tener oportunidad de hacerlo hasta seis meses más tarde. Y entonces, con total seguridad, sería demasiado tarde para ella que ya se habría quedado sin trabajo.

Detuvo sus pasos en mitad del despacho, mirando a su amiga sin ni siquiera creer que estuviese a punto de pronunciar sus siguientes palabras, pero la desesperación hablaba por ella. Y antes de permitirse pensarlo un segundo más, dijo:

—Voy a necesitar que me ayudes. Y… un par de pelucas.

CAPÍTULO 2

—Aún no puedo creer que te hayas vestido de esta guisa cuando te negaste en Halloween a que lo hiciéramos de trekkies.

—Era una frikada —protestó Penélope con una mueca.

—Claro, claro, ¿y esto no lo es?

Su amiga las señaló a ambas y a sus uniformes azul brillante, sus botas altas negras y las pelucas cortas de cabello blanco, como la nieve, que de milagro habían conseguido encontrar en la última de las ocho tiendas de disfraces que habían recorrido con desesperación esa tarde.

—Si consideramos que el grado de vergüenza de presentarse en público con estas pintas, es directamente proporcional a tus ganas de conseguir a ese tipo como cliente, tu nivel de ansia ha alcanzado cotas que no te había visto jamás —le dijo Zola elevando una mano y pegando un tirón a su peluca se la colocó derecha.

Ella al mismo tiempo estiraba la escueta falta azul del uniforme de las fuerzas de la rebelión, a la que pertenecía la protagonista de la saga futurista de Frank Beckett, intentando cubrirse lo suficiente para no mostrar el trasero. Admiraba a ese personaje, que representaba a una mujer fuerte, con determinación y estoicas convicciones, dispuesta a arriesgar su vida y luchar hasta la muerte por proteger a los suyos. Pero ahora se preguntaba si era realista hacer todo aquello, ataviada con ese trajecito de dos piezas con el que resultaba casi imposible conservar la dignidad.

El hecho de estar en la Comic Con, en mitad de una masa de al menos un centenar de fans, con exactamente la misma pinta que ellas, no la hizo sentir mejor. Los asistentes al evento que pasaban junto al espacio en el que se desarrollaría la rueda de prensa del escritor, clavaban sus miradas curiosas en ellas, y más de uno se detenía sin reparo a fotografiarlas y grabarlas, divertidos. No dudando en convertirlas en *trending topic.*

Muchos de aquellos fans estaban encantados de exhibir con orgullo su uniforme de la

rebelión, y por lo tanto del grado de atención que recibían. Saludaban a las cámaras y posaban como lo hacía Daneka, la protagonista de los libros, en las portadas de los mismos. Pero ella solo podía pensar en no ser vista por algún conocido. Se cubrió con la mano y giró su cuerpo para impedir, al último de los curiosos, captar un primer plano de su rostro pintado imitando los tatuajes que portaba el personaje. Por suerte, Zola, pasó por su lado y lanzada dio al tipo todas las poses que esperaba, con una radiante sonrisa.

—Te voy a dar mi número para que me mandes esas fotos, guapo —la oyó decir con picardía al joven, y a pesar de tenerla de espaldas, supo que estaba brindándole la más explícita de sus sonrisas. Él, casi babeando, se dejó coger de la mano en la que ella le escribió su número con el delineador líquido de ojos que había sacado de su bolsito plateado, a juego con el uniforme.

—¡Zola! Están a punto de comenzar, ¿puedes centrarte en nuestra misión y parar de ligar?

—¿Y tú puedes dejar de parecer que tienes un palo metido por el… trasero, y divertirte un poco? —le dijo volviendo con ella, tras lanzar un beso al chico con su mano— Esto ha sido idea tuya, deberías estar emocionada por estar a segundos de ver a tu adorado Beckett.

—No es mi adorado Beckett —protesto—. Es mi admirado Beckett. Esto es un asunto de trabajo. Y emoción no es precisamente lo que siento en este momento —añadió posando una mano en su vientre.

Desde niña cada vez que estaba alterada, los nervios se le enredaban allí, atenazándole las entrañas, haciéndola sentir al borde el vómito. Conociéndose, tenía que haberse tomado un ansiolítico antes de salir de casa. Era mucho lo que se jugaba. Necesitaba hablar con ese hombre, a solas, y lo suficiente como para poder presentarle su propuesta de representación. Hacerlo vestida de esa forma no le iba a facilitar las cosas. Quizás todo lo contrario, pues la tomaría por una loca acosadora. ¿Pero qué otra opción le había quedado? Había intentado nuevamente ponerse en contacto con Ingrid, la ayudante del escritor con la esperanza de lograr su ansiada cita, y así poder abortar aquella locura de plan. Pero una vez más, lo único que consiguió fue una respuesta autómata recordándole que el señor Beckett era un hombre ocupado, con ningún

tiempo para atender ofertas de servicios que no precisaba.

Aquello no la desanimó, solo la devolvió a la búsqueda de dos disfraces que les permitieran pasar desapercibidas entre el grupo de fans que acudía al evento. Sabía que aquel ardid no sería suficiente para conseguir entrar. La charla previa era pública para todos los asistentes del evento, pero el encuentro con el autor era exclusivo y los afortunados participantes habían sido seleccionados tras ganar un sorteo. Por suerte contaba con Zola, su locura manifiesta y sus dotes interpretativas, para usarla como distracción una vez llegasen a la puerta. Con fortuna montaría un numerito lo suficientemente importante para que ella pudiese colarse entre el personal de seguridad, y acceder al interior de la sala. Después tendría que esperar hasta el final de la sesión de fotos y firmas para conseguir hablar con su objetivo. El resto del plan era aún más complicado, porque una presentación seria para un cliente solía llevarle casi una hora. Y eso, contando con su predisposición a firmar el contrato.

Una de las cosas que le había enseñado Gina era la importancia de crear lazos de confianza con el autor. Había que generar intimidad, seguridad, lealtad y franqueza entre ambas partes. Y eso no se lograba en una carrera de velocidad, sino de fondo. Llevaba dedicación y tiempo, algo que ella no tenía. Se llevó una mano a la boca del estómago cuando las náuseas aumentaron.

—¿Estás bien? —le preguntó Zola mirándola con interés— Pareces un niño delante de un plato de acelgas.

—Se me pasará… —Su amiga arqueó una ceja no muy convencida—. En cuanto consiga entrar, me calmaré —añadió y comenzó a hacer respiraciones lentas y profundas.

Aumentó el ritmo cuando escuchó por los altavoces que sonaba a todo volumen la música anunciando la inminente salida del escritor. Varios cañones dispararon confeti azul, blanco y plateado sobre las cabezas de los fans que llevaban aguardando ya cincuenta largos minutos. Una pesada lona se abrió y para decepción del personal los que salieron fueron los encargados de la seguridad; dos corpulentos hombres y dos mujeres de gesto adusto, todos vestidos de escrupuloso negro. La música aumentó aun más de volumen y los fans empezaron a gritar, enfebrecidos, llevados por la emoción de estar a pocos segundos de encontrarse con su ídolo.

Ella, sin embargo, sintió que tras vaciar los pulmones con la última exhalación, estos se negaban a volver a insuflar aire. No tardó en entrar en pánico, llevándose una mano al pecho se inclinó hacia delante con los ojos muy abiertos, tanto como para sentir que se iban a salir de las órbitas. A su mente llegaron las imágenes de la película *Desafío Total* cuando Arnold Schwarzenegger, quedándose sin aire, casi revienta como un globo. Elevó una mano intentando llamar la atención de Zola, pero esta miraba alucinada hacia la lona, imbuida por la energía enloquecedora de los fans que ya coreaban el nombre del escritor como si se tratase de un cantante de rock. Habría alucinado al verla tan entregada a su papel de fan siguiendo a la masa, si no hubiese sentido que la vida se le escapaba de las manos. Las puntas de sus dedos llegaron a rozar el brazo de su amiga, justo antes de que todo a su alrededor comenzase a dar vueltas y una nube gris cubriese su visión. Un segundo más tarde, ya no sentía nada. Solo un profundo y oscuro vació en el que la engulló, sin poder evitarlo.

Zola escuchó un grito a su espalda y se giró para sonreír a la fan que mostraba tan buenos pulmones. Nunca imaginó que un evento literario pudiese ser tan divertido y empezaba a arrepentirse de haber aceptado ser la distracción para que Penélope entrase sola. Si aquellos locos estaban montando esa fiesta en el exterior, lo de dentro debía ser apoteósico. Sus divagaciones se detuvieron al comprobar que no era la euforia lo que hacía gritar a la chica, pues señalaba el cuerpo laxo de otra en el suelo. Abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que la que permanecía inmóvil entre el gentío era su amiga, tan pálida como el papel. Al agacharse asustada a comprobar su estado, recibió un golpe en la espalda que casi la hizo caer sobre Penélope. E inmediatamente temió que aquellos locos la fuesen a aplastar. Porque ya no solo estaban los fans del escritor aguardando su aparición, sino muchos de los asistentes a la feria que se habían acercado a curiosear, atraídos por la música. Estiró los brazos a los lados, intentando hacer una barrera de contención y entrando en modo “Zolaneitor”, puso su cara de loca y empezó a gritar a los que la rodeaban, empujándolos para alejarlos de ella, al tiempo que, con una de sus manos tocaba las mejillas de su amiga para intentar despertarla.

—¡Pelirroja, por favor, levanta! —le dijo con angustia justo antes de gritar a un tipo: —

¡Idiota, aléjate de ella o te hago una cara nueva! —Su rostro enfurecido hizo que el chico diese un paso atrás, inmediatamente.

Aquellos imbéciles estaban tan metidos en su rollo que no se daban cuenta de lo que estaba pasando. Solo la chica que había gritado se agachó a su lado para intentar ayudarla. La vio tomarle el pulso y después posar una mano en su frente e inclinarse delante de su rostro. Zola registró cada uno de sus movimientos, sorprendida.

—Se ha desmayado, pero respira. Se pondrá bien, pero hay que sacarla de aquí antes de que le hagan daño —le dijo resuelta.

La friki disfrazada de Daneka, la guerrera de la rebelión clavó su mirada castaña en ella con intensidad y determinación, y se vio a sí misma tragando saliva, sin reaccionar a sus palabras durante varios segundos.

—Claro… —dijo por fin, tras sacudir la cabeza. No dejes que nadie la pise.

Y tras aquella declaración se incorporó y empezó a silbar como el mejor de los cabreros, intentando llamar la atención del personal de seguridad que había salido de la lona.

—¡Ayuda! ¡Mi amiga se ha desmayado! —gritó alzando los brazos con grandes aspavientos.

Respiró con alivio cuando vio que una de las mujeres de seguridad la veía y haciendo señales a otro de sus compañeros, lo instaba a acercarse y averiguar qué pasaba. El tipo, del tamaño de un armario ropero de cuatro puertas, se abrió paso entre la gente con facilidad hasta llegar a ellas. No le dio tiempo a decirle lo que había pasado, porque la chica de los ojos castaños lo hizo por ella con resolución. El tipo, sin mutar su gesto pétreo, se agachó y tomó a Penélope del suelo, como si esta fuese una pluma.

—Seguidme —les dijo a ellas en un tono tan grave y solemne que ninguna de las dos lo pensó dos veces antes de seguirlo a través de la gente, que había dejado de gritar, alucinada con la escena.

Lo último que pensó Zola antes de adentrase escoltada por otro miembro de la seguridad, que las siguió al interior de la lona hasta una sala privada, fue que a su amiga, para no gustarle

llamar la atención, sabía hacer las entradas más melodramáticas del mundo.

CAPÍTULO 3

—¿Qué ha pasado?

Una voz masculina las recibió en la sala. Zola y la otra chica que las acompañaba miraron al hombre que acababa de pronunciarse y tras reconocerlo, tardaron un par de segundos en reaccionar. Inmóviles las dos, lo miraron como si fuera una ensoñación. Algo a lo que debía estar muy acostumbrado porque no pareció afectado por su repentino estado de idiotez. Lo vio acercarse a su equipo de seguridad y comenzar a hablar con ellos, mientras clavaba la vista en su amiga que había sido depositada sobre un pequeño sofá de dos plazas colocado en el lateral de la sala. Zola miró a Penélope al saberla objeto del escrutinio del hombre al que ella tanto admiraba y no tardó en correr y, abriéndose paso entre los que la rodeaban, alargar el brazo para bajarle la faldita azul, percatándose de que esta se le había subido y por lo tanto estaba enseñando sus braguitas de Piolín, amarillo chillón. Puso los ojos en blanco antes de forzar una sonrisa exagerada dedicada al escritor que ahora la observaba a ella entornando la mirada.

—Este disfraz… no deja nada a la imaginación —puntualizó, sin parar de sonreír. No supo si el comentario le hizo gracia o no, porque el tipo no respondió. Solo se limitó a preguntar a sus empleados.

—¿Se pondrá bien? ¿Alguien ha llamado al personal sanitario de la feria? —Lo oyó inquirir a una mujer que debía rondar los cincuenta y tantos años y que había aparecido tras él, con el sigilo de un ninja. Esta no tuvo tiempo de contestar antes de que lo hiciera la chica que los había acompañado.

—No es necesario, soy enfermera —anunció esta—. Necesito agua y una toalla o algo que pueda empapar para refrescar su rostro y cuello… Parece un simple desmayo. Puede que la emoción o la aglomeración de gente… —Se encogió de hombros—. La he visto caer y no se ha dado ningún golpe en la cabeza.

—Traed una botella de la mesa —ordenó Beckett sin apartar la vista de Penélope, con el

ceño tan fruncido como sus labios, que mostraban un rictus inflexible. En cuanto la botella llegó a sus manos, se la ofreció a la enfermera junto con el foulard gris que hasta el momento había reposado sobre su cuello.

—Gracias —repuso la chica con una sonrisa azorada antes de volver a girarse hacia Penélope y tras abrir la botella, empapar con parte del líquido fresco la suave prenda y depositarla sobre la frente de Penélope, que a los pocos segundos empezó a mover levemente el rostro, arrugando la naricilla salpicada de pecas.

—Parece que se recupera —dijo Zola con una gran sonrisa, feliz de comprobar su mejoría.

—Bien. Esto no debería haber ocurrido —intervino Beckett con las mandíbulas apretadas.

—Para que no se repita, deberíamos empezar con el evento ya. El público lleva mucho esperando y el ambiente está caldeado —oyeron que decía la mujer detrás del escritor.

Este se giró a observarla con gesto glacial antes de dirigirse de nuevo a ellas.

—Señorita… —empezó a decir Beckett.

—Cox, Courtney Cox —se apresuró en presentarse la enfermera sin dejar el gesto embobado.

—¿En serio? ¿Cómo la actriz de *Friends*? —intervino Zola, interrumpiendo.

—¡Síii! ¿Te gusta la serie?

—¡Muuuuchoooo…!

Ambas se sonrieron, registrando sus rostros mutuamente.

Penélope intentó abrir los párpados, pesados como losas, y al hacerlo la luz blanca de un enorme flexo sobre ella, se filtró entre sus largas pestañas, cegándola.

Sintió gente a su alrededor, pero no se oía a nadie. Aquello le extrañó e hizo un nuevo intento por abrir los ojos. Y entonces una voz masculina y rotunda rompió el silencio tras carraspear, aclarándose la garganta.

—Bien, señorita Cox, cuide de ella, por favor. Cualquier cosa que necesite, pídasela a mi asistente que estará encantada de proporcionársela. ¿Verdad, Ingrid?

Ingrid… pensó Penélope. ¿Se trataría de Ingrid Cowell, la ayudante de Frank Beckett? La

excitación y los nervios se abrieron paso en su pecho, impulsándola a querer abrir los ojos nuevamente. Lo consiguió justo en el momento en el que él giraba. Solo tuvo tiempo de ver su perfil varonil apenas una centésima de segundo, antes de que este le diera la espalda. Una espalda ancha, enfundada en un suéter azul que estaba segura de que resaltaría la tonalidad oceánica de sus ojos. Clavó los codos en el sofá y alzó una mano estirando el brazo en dirección al escritor que tanto admiraba. No sabía por qué estaba allí, ni qué había pasado, pero no podía dejar que se fuera sin intentar hablar con él.

Pero una mano, apoyada en su hombro, la empujó para tumbarla de nuevo.

—No te muevas por favor, bebe antes un poco de agua. Te sentará bien.

Penélope resopló al ver como definitivamente el escritor abandonaba la sala acompañado de su personal de seguridad y tras él, corrió su ayudante, con gesto apurado. Se dejó caer de nuevo con resignación, bajo la atenta mirada de Zola y su recién estrenada amiga Courtney.

***

—¿De veras era necesario este espectáculo? —preguntó Frank tras enviar de vuelta a su equipo de seguridad a controlar a las masas, mientras él caminaba por los pasillos enmoquetados de gris de las zonas adyacentes a las del público. Su ayudante lo seguía intentando mantener el ritmo frenético de su paso.

—No tiene nada que ver con nosotros, Frank. Te lo juro. Lo ha dispuesto todo la nueva agencia de comunicación de la editorial, en colaboración con los organizadores de la feria.

—No lo entiendo, sea como sea, creo que he dejado claro más de una vez que no me gustan estas cosas. Había accedido a un *meet and greet* con los fans. Algo privado y discreto. La última cita de la agenda antes de marcharme y olvidarme de la promoción durante meses. Debía ser un evento agradable, no un circo de tres pistas. ¡Joder! He oído los cohetes de confeti. ¿Quién se creen que soy, un político casposo a punto de dar un discurso durante la campaña electoral? —bramó sin dejar de andar.

—Por supuesto que no —se apresuró a asegurar Ingrid queriendo quitar hierro al asunto, tablet en mano, revisando los correos que había compartido con la editorial—. Ha sido un problema de comunicación.

—No es el primero, Ingrid. Y empiezo a estar harto. —Su respuesta cortante hizo que la mujer apretase las mandíbulas, molesta.

Intentaba complacer a su jefe en todo lo que le pedía, como lo había estado haciendo durante cinco años, pero este último se estaba convirtiendo en una pesadilla. Cuando sus tareas se duplicaron tras su primer gran éxito comercial, no se quejó. Cuando se triplicaron, haciendo que tuviese que viajar con él durante meses en la promoción, tampoco lo hizo. Ni cuando se cuadruplicaron al decidir echar a su agente, Andy Select, tras descubrir que se la estaba jugando. Ni siquiera cuando se negó a contratar a un nuevo representante. Pero eso ya colmaba el vaso. No podía estar en todo, aunque su jefe pareciese pensar que sí.

Se detuvo tras él, dándose un minuto para respirar. Él siguió caminando varios metros antes de darse cuenta de que seguía hablando solo. Cuando lo hizo, giró sobre sus talones para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? Vamos con retraso —espetó.

—Y más que vamos a ir —repuso ella elevando la barbilla y enfrentándose a él con la seguridad que le daba la confianza que habían alcanzado durante esos años de trabajo.

—Déjate de tonterías, Ingrid. No es el momento —señaló impaciente, e intentó continuar con su camino, creyendo que su tono adusto conseguiría que se librara de lo que fuera que estuviese haciendo que su ayudante se revelara.

—A mí me parece que es el momento perfecto, porque ya no puedo más… amo —añadió sin moverse un centímetro de su sitio.

—Sabes que no me gusta que me llames así —repuso.

—Lo siento, es el único sustantivo que se me ocurre cuando te comportas como un tirano.

Frank elevó ambas cejas rubias, sorprendido.

—¿Un tirano?

—Ya me has oído. Un tirano insoportable. Un jefe déspota e insufrible. Un dictador egocéntrico que se cree el centro del universo. Un…

—Está bien, déjalo. Ya veo que has encontrado más adjetivos y me queda claro que soy un jefe de la peor calaña. Alguien insoportable y tedioso, y que trabajar para mi es la peor de las condenas.

—Me sorprende que lo hayas pillado a la primera, centrado como estás en mirarte el ombligo desde hace meses.

Frank no quería pensarlo, pero en el fondo de su alma sabía que tenía algo de razón. Cada vez se había apoyado más y más en Ingrid. En realidad, no era así. Se había estado aislando de todo, pasando de todo y dejando que ella asumiese responsabilidades que no le correspondían.

—Y por eso, lo dejo —dijo ella de repente.

Beckett escuchó los gritos de los asistentes al evento cuando el presentador anunció su salida inminente al otro lado de la lona, pero él solo tenía ojos para su ayudante, que parecía más decidida que nunca.

—Tienes que estar de broma… —dijo con una sonrisa nerviosa.

—¿Tú crees? —La mueca casi maléfica de la mujer no vaticinó nada bueno. Entonces la vio girar sobre sus talones justo después de decir: —Adiós, Frank. Durante un tiempo fue divertido.

Se quedó paralizado escuchando al presentador nombrarlo por tercera vez. Aun así, salió corriendo tras ella.

—Ingrid, Ingrid, por favor… —la detuvo cogiéndola del brazo.

La mujer que lo había visto convertirse en el escritor de éxito que era en ese momento, resopló con cansancio antes de devolverle la mirada.

—No puedes hacerme esto —le dijo él con un nudo en el pecho, que hacía tiempo que no sentía.

—Claro que sí. ¿Sabes lo que no puedo hacer? Perderme otras navidades con mi familia, otro cumpleaños de mi nieto, otra cena de aniversario con mi marido. No puedo seguir

recibiendo llamadas en mitad de la noche para comentar lo que has escrito ese día y así ayudarte a tener perspectiva de la trama. Ni organizar tu agenda hasta el punto de tener que recordarte cuando ir al médico. No puedo seguir haciendo de secretaría, ayudante, amiga, enfermera, agente y hasta madre. No he tenido vacaciones en los últimos tres años…

Frank, que había escuchado cada palabra completamente alucinado, se dio cuenta de que ella llevaba mucho, muchísimo tiempo intentando decirle todo aquello. Mientras él había sido el ser más egoísta del planeta no habiéndolo visto.

—Tienes razón. Tómate unas vacaciones.

—No es suficiente —dijo Ingrid cruzándose de brazos.

—¡Claro que no! —Frank desplegó una sonrisa encantadora, y hacía tanto tiempo que no la reproducía que le dolió el gesto en el rostro— Estaba a punto de decirte unas grandes vacaciones. Unas enormes vacaciones pagadas para ti y para Jhon donde queráis. ¿Una semana te parece bien?

Ingrid entrecerró los ojos.

—No me ofendas, Frank. En una semana ni deshago la maleta.

—¿Dos? —preguntó temiendo estar acabando con la paciencia de su ayudante.

—Cuatro. Y antes de que intentes negociar —le advirtió levantando un dedo—, no puedes. Es eso o nada.

—Bien… está bien. Cuatro semanas. Eres dura de pelar.

—Por eso te soporto, pero no es todo. Tengo algunas condiciones más, porque no quiero regresar y que todo vuelva a ser como ahora.

—Ya sé por donde vas y no, repito, no voy a contratar a un nuevo agente.

—Pues entonces tendrás que contratar a una nueva ayudante. Y suerte con eso, porque no creo que nadie más te aguante como lo he hecho yo. —Volvió a girarse dispuesta a marcharse.

—¡Por Dios, Ingrid! ¿Qué quieres, que me arrodille? —Su tono sonó casi roto y lleno de súplica.

La mujer se acercó a él para decirle en tono confidente:

—No, Frank, quiero que lo superes de una vez. Quiero que vuelvas a casa, quiero que dejes de enterrar la cabeza en la tierra y que organices tu vida. Y sí, eso incluye contratar a un nuevo agente.

Frank apretó las mandíbulas, con fuerza.

—Señor Beckett… —Ambos oyeron a un hombre que se asomaba por la lona, con cara de apuro y angustia. Y lo entendía, llevaba un buen rato enfrentándose él solo a los fans impacientes.

—Tranquilo, ahora mismo voy. En cuanto mi ayudante me lance un salvavidas —añadió alzando una ceja suplicante a Ingrid.

Esta sabía que intentaba manipularla, y no iba a ceder. Aunque aquel hombre tuviese la sonrisa más bonita y la mirada más imponente de la historia. No iba a ceder, por su bien.

—Solo tienes que decir sí a todo, y es tuyo.

Frank resopló antes de decir:

—Sí, de acuerdo, bruja traidora.

—Estupendo, corre a atender a tus fans. Yo voy a encargarme de buscarte una ayudante suplente y a mi vuelta te concertaré citas con agentes. Nos vemos en cuatro semanas.

Y antes de que pudiese parpadear dos veces, la vio darle la espalda y marcharse, despidiéndose de él con el alegre aleteo de sus dedos.

De lo que no se había dado cuenta ninguno de los dos era de que, lejos de lo que pudiesen pensar, aquella no había sido una conversación privada. Pues detrás de una de las lonas que formaban el pasillo, unos oídos curiosos habían registrado cada palabra.

CAPÍTULO 4

—¡Ingrid!

La mujer se dio la vuelta, sorprendida, al escuchar que la llamaban ya a punto de abandonar la carpa. Su sorpresa aumentó al reconocer que se trataba de una de las chicas que acompañaban a la que se había desmayado. Frank les había dicho que podían pedirle lo que necesitasen y ella se había olvidado del tema por completo, dispuesta a marcharse lo antes posible para planificar las merecidas vacaciones que tendría con su marido. En el momento en el que se dio la vuelta, tras poner entre las cuerdas a su jefe, había empezado a imaginar los diversos y exóticos destinos que se abrían en su mente como tentadoras posibilidades. Y dichos sueños se acababan de romper. Aun así, forzó una sonrisa, girándose hacia la chica, pues ella no tenía la culpa.

—¿Algún problema? ¿Puedo hacer algo por vosotras?

La amplia y enigmática sonrisa que le mostró la joven, la hizo fruncir el ceño.

—La pregunta no es… ¿qué puede usted hacer por nosotras? Sino, ¿qué podemos nosotras hacer por usted? —Alzó las cejas varias veces sin menguar aquella inquietante sonrisa y temió que fuera una de esas seguidoras locas que mandaban cartas y fotos inquietantes a su jefe, cada dos por tres.

Miró a lo largo del pasillo. Solía haber personal de seguridad por todas partes. No solo la que contrataba para proteger a Frank, también estaba la del evento, pero no había nadie. Llevaba horas encontrándoselos por todas partes, y en ese momento, cuando realmente se les necesitaba, ni uno solo.

—Mire, señorita, lo siento mucho, pero el señor Beckett no tiene citas con fans, no puedo conseguirle prendas íntimas suyas, ni que le firme ninguna parte… comprometida del cuerpo.

—¡Señora! Que sí, que el tipo está bueno, pero no toco yo los gayumbos de un tío ni con un palito. ¡Puag! ¡Qué asco! —dijo mostrando su cara más repugnante.

—¿No? Entonces… entonces… ¿qué quiere? —Ingrid preguntó con unas ganas enormes de terminar cuanto antes.

—Ya se lo he dicho, voy a hacerle un favor. No es que estuviese espiándolos, pero estas lonas no proporcionan mucha intimidad, ¿sabe? Mucho menos en una conversación tan intensa como la que acaba de tener con el macizo de su jefe.

—¿Nos ha oído?

—Me temo que sí. Pero ha tenido usted mucha suerte, porque de entre todas las personas que podían haber sido testigos de semejante momento, y tengo que decirle, antes de nada, que ha estado usted magnífica plantándose con él. Si no llega a ser porque no quería que me pillaran la habría vitoreado y todo…

Ingrid no daba crédito a lo que estaba oyendo. Aquella joven era una descarada. Hablaba a mucha velocidad, tanta, que daba la sensación de que solo escupía lo que pasaba por su mente, sin ordenarlo, y sin filtrarlo antes.

—Pero ese no es el caso. Sino el hecho de que yo tengo todas las soluciones a sus problemas.

—Mi problema ahora mismo es que me está entreteniendo y quiero marcharme cuanto antes de aquí. Estoy a punto de tomarme unas vacaciones…

—Lo sé, y por lo que he oído muy merecidas. —Ingrid frunció los labios y se cruzó de brazos—, pero antes tiene que encontrar una ayudante sustituta y un nuevo agente para el señor Beckett.

—¿De eso va este numerito? ¿Quiere colarse en la vida de mi jefe siendo su nueva ayudante?

—¡No, que va! No se me ocurre trabajo más tedioso que el de satisfacer todos los deseos de un hombre. —Cuando Zola vio la mirada ofendida de la mujer, decidió sonreír y terminar de explicarle, antes de meter nuevamente la pata—. Yo soy artista, no se me dan bien las agendas y esas cosas. Pero ¿sabe a quién sí? ¡A mi amiga la desmayada!

Zola le guiñó un ojo al tiempo que hacía el ruido de un chasquido con la boca.

—Señorita, está usted como una cabra —espetó la mujer queriendo girarse para terminar de marcharse, pero se vio sorprendida cuando la joven la tomó por los hombros y la detuvo. Antes de poder ordenarle que no la tocara, ella siguió hablando sin control.

—No me ha entendido. Mi amiga es agente literaria. Una de las mejores de hecho…

Ingrid alzó una ceja, incrédula.

—¿Pertenece a la agencia de Barbara Queen?

Zola resopló con gesto espantado con tanta fuerza que de sus labios salió una especie de pedorreta.

—¡Claro que no! ¿Cómo hay que ser de engreída para hacerse llamar la reina Barbara?

Ingrid pensó, aunque no se lo iba a reconocer a esa loca, que ella misma había tenido ese pensamiento miles de veces al ver los anuncios de la agencia.

—Le he dicho que es una de las mejores agentes. ¡Es Penélope Appleton!

Ingrid puso una cara rara que no supo descifrar.

—La mejor agente de la agencia de Gina…

De repente pareció iluminada y no la dejó terminar.

—¡Oh! Ya me acuerdo de ella, es esa señorita que me ha dejado al menos una veintena de mensajes para intentar hacer una propuesta a Frank.

Zola abrió los ojos desorbitadamente e intentó disimular el gesto con otro de entusiasmo y asentimiento. No sabía que Penélope era una acosadora.

—Esa misma. Mi chica es la más persistente de todas. No se usted, pero yo creo que la perseverancia es la clave de un buen trabajo —dijo con una solemnidad forzada que casi hizo que pusiese los ojos en blanco.

Ingrid se sorprendió al pensar por segunda vez que estaba de acuerdo con esa chiflada. Como persona extremadamente disciplinada y sistemática, era una de las incuestionables virtudes que consideraba que debía poseer una buena ayudante, y mucho más una valiosa agente.

Ingrid se detuvo a pensar unos segundos. No lo podía creer, pero era muy probable que aquella loca chica, le estuviese ofreciendo de veras la solución a sus problemas. Aun así, debía

tener una charla muy seria con la señorita Appleton, porque ella podía estar deseando marcharse de vacaciones, pero no abandonaría a su jefe en manos de cualquiera. Lo protegía con un perro guardián, y no iba a dejar de hacerlo solo por necesitar tomarse unos días para sí misma.

—Está bien. Vayamos a verla. Hablaré con ella y si veo que es adecuada…

—Lo será, no lo dude —aseguró Zola y, tomándola del codo la guió hasta la sala donde había dejado a las chicas.

***

—Zola, ¡cuánto has tardado! ¿Dónde has ido a buscar el hielo? —le preguntó Penélope nada más entrar en el espacio en el que las había dejado— Courtney se ha tenido que marchar para ver la presentación. He insistido en que lo hiciera porque me encuentro bien, pero te ha dejado una nota.

Su amiga miró a un lado y a otro comprobando que así era, con decepción, pero no pudo pensar más en ello, ya que tenía a Ingrid empujándola por la espalda. Mostró una mueca de disculpa para Penélope, alzando las manos.

—Lo siento, me he entretenido por el camino y se me ha olvidado que había salido en busca del hielo.

—¿Se te ha olvidado? —preguntó asombrada Penélope, ya que había sido la misma Zola, la que tras descubrir que se había golpeado en un codo al caer, había insistido en que se pusiese hielo en la extremidad.

—Pero vengo con algo mucho mejor —dijo con una gran sonrisa.

—Alguien, viene con alguien mucho mejor —apuntó Ingrid entrando tras ella.

Penélope, que aún estaba medio recostada en el sofá, se incorporó inmediatamente al verla, completamente avergonzada. En un apresurado intento por parecer más normal se quitó de un tirón la peluca y estiró la falda de su disfraz, aunque este último gesto no sirvió de mucho.

—¡Señora Cowell! —exclamó azorada. Llevaba meses persiguiendo a esa mujer y ahora la

pillaba allí, disfrazada, en el momento más patético y bochornoso de su vida.

—Y usted es la señorita Appleton, por lo que tengo entendido —repuso la mujer acercándose hacia ella con el brazo extendido, ofreciéndole su mano.

Penélope no lo dudó y le devolvió el saludo tras levantarse con premura. Dedicó a Zola una mirada interrogante y esta le sonrió con picardía.

—He traído a mi nueva amiga Ingrid, porque tras escuchar una conversación, sin querer —puntualizó—, me he dado cuenta de que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿Tu amiga? Zola… ¿qué has hecho? —preguntó tensa.

Quería a su amiga, la quería como a la hermana que nunca había tenido, pero el amor no era ciego y sabía que era un imán para los problemas. Que se hubiese marchado a por hielo y minutos más tarde hubiese aparecido con la ayudante de Frank Beckett era muy inquietante y se preguntaba qué había hecho para lograrlo.

—Tengo que decir que al principio era un poco escéptica, su amiga es… peculiar…

El adjetivo lejos de ofender a Zola, la hizo sentir orgullosa, pues odiaba todo lo que tuviese que ver con la normalidad.

—Pero cuando me ha dicho quién es usted, he empezado a pensar que el plan podía funcionar.

—¿Plan? ¿Qué plan? —preguntó aún más confusa, mirándolas a ambas.

—Uno en el que podrías durante las próximas semanas convertirte en la sustituta de Ingrid, como ayudante de Beckett —apuntó Zola con el gesto de estar soltando la idea del siglo.

—¿Su ayudante? Pero yo ya tengo un trabajo…

—Lo sé cariño, pero Ingrid necesita unas vacaciones y tú tener acceso a tu escritor favorito con tiempo para convencerlo de que se convierta en tu representado.

—El problema es que Frank no quiere contratar a un agente, aunque hace meses que le hace falta. Su última experiencia fue desastrosa y ahora se niega a que nadie lleve sus asuntos. Sin embargo, creo que con tiempo y conociendo previamente a la persona finalmente terminaría por ceder.

—Pero si no quiere ni oír hablar de agentes, ¿por qué va a querer que una trabaje para él, aunque sea de ayudante? ¿No lo verá sospechoso?

—No… claro que no. Porque no va a saberlo. Le he dicho que buscaría una sustituta para mis cuatro semanas de vacaciones y es lo que he hecho. Le diré que eres mi sobrina, que vives en la ciudad y que estás capacitada para el puesto. No puedes decirle quién eres de verdad porque entonces creerá que es una encerrona y se negará.

—¡Ingrid! Eres maquiavélica… Me gusta como piensas —exclamó Zola interrumpiendo. Elevó la palma para chocar con la mano de la mujer, pero esta tras mirarla confusa, la ignoró dirigiéndose de nuevo a Penélope. Pero antes de que volviese a hablar intervino ella que empezaba a negar con la cabeza.

—Señora Cowell, yo… le agradezco mucho la confianza que está depositando en mí, pero es un plan descabellado. Sobre todo, porque en algún momento tendría que decirle al señor Beckett la verdad y entonces se enfadará mucho. No confiará en mí para que lo represente y a usted podría despedirla.

Ingrid rio con ganas dejándola pasmada, pues estaba siendo completamente honesta. Gina siempre insistía en la importancia de crear vínculos de confianza con los clientes. ¿Cómo iba ella a empezar una relación profesional solida con Frank Beckett, mintiéndole? No le parecía bien.

—Eres entrañable y refrescante. Sin duda algo insólito en un mundo como este, lleno de tiburones —le dijo Ingrid cuando terminó de reír, y a ella le recordó a cuando Gina la llamaba su pececilla de colores. No le gustaba que lo hiciera, por cariñoso que fuera el apelativo, significaba que no la veía capaz de desenvolverse en una profesión en la que en ocasiones había que sacar los dientes. Y por eso apretó las mandíbulas, resoplando.

—No se confunda señora Cowell, saco los dientes cuando tengo que hacerlo. Soy dura en las negociaciones y a la hora de defender a mis clientes no hay nadie tan entregado y leal como yo —dijo con un brillo en la mirada alimentado por la necesidad de defenderse como profesional.

—Bien —repuso la mujer satisfecha—, respeto mucho eso porque yo soy exactamente

igual. Frank me importa. Es casi como un hijo para mí. Lo he dado todo por él durante los últimos cinco años, por encima de mis responsabilidades porque es un gran hombre. Un hombre que, aunque terco, impertinente, intransigente y hermético…

—¡Vaya perla! —exclamó Zola interrumpiendo. Y ambas la miraron entornando los ojos, por lo que hizo que se cerraba una cremallera invisible sobre los labios y dio un paso atrás.

—En fin, que se merece lo mejor, pero no sabe pedir ayuda. Cree que eso lo hace débil. Y no se da cuenta de que poco a poco se va hundiendo. Yo ya no puedo hacerlo todo sola, y él se ha dado cuenta esta tarde cuando le he dicho que dimitía.

Penélope abrió mucho los ojos al escuchar aquello.

—¡No puede hacerlo, es usted la mejor asistente que conozco! Le puedo asegurar que ninguna otra ha conseguido darme esquinazo durante tanto tiempo.

—Lo sé, son años de experiencia —repuso ella con orgullo—. Y no pensaba hacerlo. Ese chico no sabría que hacer sin mí.

A Penélope le hizo gracia que llamase chico a un hombre hecho y derecho de treinta y cinco años.

—Pero necesitaba que le lanzara un órdago —continuo la mujer—, y gracias a Dios se lo ha creído. Pero no servirá de nada si a mi vuelta las cosas siguen como siempre. Necesito su ayuda, señorita Appleton.

Penélope se vio sorprendida por el gesto de la mujer que la cogió de las manos, de repente.

—Necesito una compañera de equipo, la mejor compañera de equipo. Y créame, conozco a Frank más que él mismo. Si usted logra hacerle ver lo necesaria que es para él, su profesionalidad y cuanto piensa en sus intereses, él no querrá dejarla escapar y la contratará, sin duda. Necesita personas leales y no creo equivocarme al confiar en usted. La pregunta es, ¿está usted dispuesta a hacer lo que sea necesario por el bien de su futuro cliente?

Penélope miró a las dos mujeres que tenían la vista clavada en ella, esperando su ansiada respuesta. Una respuesta que suponía el mayor de los dilemas en su vida. ¿Era capaz de convertirse en tiburón, o seguiría siendo la pececilla de colores que todo el mundo veía en ella?

Tomó tanto oxígeno como para llenar sus pulmones por completo, y luego soltó el aire con la lentitud de un globo pinchado, mientras la tensión de la espera se hacía palpable. Una voz interior, esa que la recriminaba por no haber conseguido llegar al punto que quería en su profesión, se rio de ella y entonces, cerrando los ojos con fuerza, como si temiese cada palabra que iba a salir de sus labios, dijo:

—Está bien, lo haré. —Nada estalló a su alrededor, pero antes de darse cuenta, estaba siendo abrazada por Ingrid y Zola, que celebraban su respuesta con un entusiasmo tan grande como la ansiedad que empezó a atenazarse en sus entrañas.

CAPÍTULO 5

—¡Oh dios mío! No voy a ser capaz. —Su tono fue tan lamentable como la fe que tenía en si misma en ese momento.

Se dejó caer en el suelo, a los pies de su cama, pues sobre esta reposaba gran parte de su ropa. No quería aplastarla y terminar por arrugarla justo antes de meterla en la maleta. Y desde allí, con el trasero en la alfombra color teja de pelo corto de su cuarto, sentada con las piernas cruzadas y mirando hacia arriba, se sintió aún más insegura. Empezaba a preguntarse en qué momento de su vida había comenzado a seguir los locos planes de Zola. Mucho más cuando se trataba de trabajo. Peor, cuando se trataba de alcanzar su sueño de convertirse en agente y entraba en juego el mayor cliente con el que podía hacerlo. A veces le daba miedo la capacidad de su amiga no solo de tramar ese tipo de cosas sino también la facilidad con la que movilizaba a otros para convencerlos de que llevaran a cabo dichos planes con ella. ¡Había convencido incluso a Ingrid! La dura e inaccesible Ingrid. El mejor perro guardián que había visto en la profesión, temida por todos los agentes. Y la mujer, no solo no estaba poniendo oposición, sino que le estaba sirviendo en bandeja a su jefe.

Todo aquello era una auténtica locura. Desde que dejaron el evento en la feria, hasta llegar a su casa, era lo que se había repetido una y otra vez. Entonces Zola la empujó hasta el baño para que se diese una ducha y después, envuelta en su esponjoso albornoz, había empezado a sacar toda su ropa sobre la cama, para decidir qué prendas debía llevarse para pasar las próximas cuatro semanas con Frank Beckett. “¡Frank Beckett!” repitió en su mente con esa mezcla de excitación, ansiedad e incredulidad que la tenía en una nube.

—¡Frank Beckett! —dijo en un susurro, por si al escucharlo de sus labios, empezaba a parecerle más real, pero consiguió el efecto contrario. Apretó los labios uno contra otro, hasta emblanquecerlos, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida en algún punto de la pared.

—¿Ensayas caras de estar descompuesta? —le preguntó Zola asomando por la puerta. Su respuesta fue fruncir la frente, intentando encontrar sentido a lo que decía.

—Yo lo hago frente al espejo. Son las caras de huida. Cuando quieres irte del trabajo, o te das cuenta de que no llevas el monedero justo en el momento en que te toca pagar en la caja del super. También es útil la mañana siguiente cuando quieres marcharte de la casa de un tío… no funciona tanto en la casa de una tía. Ellas intentan hacerte una infusión y hasta darte friegas en la tripa. A mí fue lo que me pasó con una, que al final consiguió que me quedara todo el fin de semana —terminó por decir su amiga con los ojos tan abiertos como el espanto que intentaba mostrar.

Penélope, sin embargo, estaba alucinada por la velocidad con la que era capaz de mover los labios.

—¡Zola! No estaba ensayando nada. Yo no hago ninguna de esas cosas.

—Es verdad, tú eres la niña buena y pringada que paga la compra cuando ve que el de delante se ha olvidado el dinero…

—¿Por qué ser buena equivale a pringada? —preguntó molesta.

—No te enfades conmigo, el mundo está diseñado así, amiga. El mundo está programado así —repitió con condescendencia.

Penélope se limitó a poner los ojos en blanco. Después se dejó caer, echándose para atrás y apoyando el peso en los codos.

—No tengo ni idea de qué meter en la maleta. Ni siquiera sé a dónde vamos.

—¡Ojalá sea uno de esos autores a los que le gusta escribir frente al mar, en una isla caribeña, bebiendo combinados de zumos y ron!

Las dos suspiraron ante esa idea.

—Y tú a su lado, con un escueto bikini que realce esa piel paliducha que tienes.

El sueño en su mente se esfumó al instante, deshaciéndose sobre sus cabezas. Penélope le brindó una mueca a su amiga, que una vez más había conseguido quitar tensión al momento con una broma de las suyas. No sabía qué hacer con ella, pero tampoco sin ella.

—Son muchos días, cuatro semanas y en plenas fiestas. Menos mal que mis padres habían decidido hacer por fin ese crucero de enamorados. De lo contrario no habría sabido qué decirles, qué excusa ponerles.

—¿Que estás trabajando? —dijo con sorna como si fuera más que evidente—Te gusta dramatizarlo todo. Son solo eso, unas semanas de trabajo —le dijo Zola empezando a meter prendas en su maleta.

No protestó. Su amiga había viajado muchísimo más que ella. Tras la universidad se había pasado dos años recorriendo mundo mientras ella hacía prácticas en diversas editoriales y agencias, y de esa forma enriquecer su currículum lo suficiente como para destacar y llamar la atención de Gina, su jefa. Lo había conseguido, pero muchas veces pensaba que se había perdido gran parte de la aventura y la diversión de aquellos años. Zola sin embargo se divertía al límite, aunque no pusiese ninguno en su vida, ni con las amistades, el trabajo, o las parejas, pues se consideraba “sexualmente fluida”. Le gustaba tener el mayor número de opciones para todo. Ella, sin embargo, prefería la seguridad y las certezas. Volvió a preguntarse si aquellas diferencias eran las que las hacían tan compatibles, las que las convertían en mejores e inseparables amigas.

Sonrió cuando la vio debatirse entre dos jerséis, uno fucsia y otro naranja. El primero con rombos azules y blancos y el segundo salpicado de cabecitas de gatos en color verde.

—Lo sé, muchas veces yo tampoco sé cuál elegir —dijo ella encantada con sus prendas coloridas de estampados alegres y tiernos que la hacían feliz.

—No es eso, me pregunto si ese día hacían descuento de dos por uno en la tienda, para librarse de estas cosas. El dependiente debió flipar contigo. Porque luego he visto este —dijo mostrándole uno blanco de topos negros y otro con cuello de pico, color violeta con una franja naranja en cuello y puños.

—La verdad, no les veo el problema. He dejado de usar complementos llamativos con ellos, porque Gina me dijo que todo junto era…

—¿Demasiado?

—Confuso. Me dijo que resultaban looks confusos. Pero que las prendas solas eran alegres y mostraban mi esencia —alzó la barbilla.

—Desde luego, muestran a la payasita que vive en tu interior.

Cuando Penélope puso los ojos como platos, Zola rompió a reír.

—No te enfades, boba, sabes que nadie es capaz de llevar estas prendas como tú y seguir pareciendo entrañable y achuchable. Aunque no sé si eso es por tu carita de facciones inocentes, tu cabello cobrizo, tus dimensiones… escasas, o esos ojitos de personaje de Disney que tienes.

Zola puso morritos y empezó a aletear las largas pestañas oscuras con tanta rapidez que temió que le estuviese dando un ictus. Pero consiguió lo que pretendía, hacerla levantar del suelo y que empezara a hacer la maleta con ella, riendo.

—Eso no hace falta. Solo ropa cómoda de trabajo —le dijo Penélope arrebatándole de las manos un vestidito negro, mucho más elegante que la ropa que solía usar.

—Meteremos un poco de todo —repuso Zola, arrebatándoselo de nuevo de las manos y volviéndolo a meter en la maleta. Después puso una mano sobre la prenda y la miró a los ojos—. Vas a estar con él en navidad, en nochevieja y año nuevo y no sabes si te llevará a alguna fiesta.

Esta vez fue ella la que parpadeó frenéticamente.

—No… no va a llevarme a ningún sitio. Solo voy a ser su ayudante. Si tiene que ir a alguna fiesta, lo hará solo.

—¿Lo sabes seguro?

Cuando ella se tomó más de un segundo en sopesar la respuesta, Zola sonrió satisfecha y cerró la cremallera de su maleta.

—Pues eso, se queda, por si acaso. Tienes de todo un poco, hasta ropita interior sexy. —Hizo un contoneo descarado con el cuerpo y ella se puso roja.

—¿Para qué demonios me has puesto ese tipo de prendas? Prefiero ir cómoda.

—Lo sé. Pero ya ha visto tus braguitas de Piolín… Algo que no creo que el pobre hombre, pueda llegar a superar jamás. Si por alguna circunstancia termina viéndote de nuevo en ropa interior, que descubra al menos que hay una mujer debajo de ella.

Que le recordase que la había visto en un momento tan vergonzoso atenazó de nuevo los nervios en su vientre.

—No hay posibilidad alguna de que vuelva a verme la ropa interior.

—¡Ay amiga! Deja de pensar en las cosas que no van a pasar jamás según tú y empieza a ver las oportunidades. Hace unas horas no habrías soñado ni en tus mejores fantasías pasar un día con él. Y ahora tienes la oportunidad de hacerlo cuatro semanas.

—Es cierto, voy a vivir con él cuatro semanas —repitió dejando que las palabras retumbasen en su mente unos segundos. Cuando Zola vio que se quedaba de nuevo ensimismada, sacudió la cabeza.

—Falta tu bolsa de aseo, el maquillaje, el calzado y tu maletín de trabajo. Ve a por el último que yo me ocupo del resto —le dijo con resolución, tomándola por los hombros y dirigiéndola a la puerta, la instó a salir del dormitorio.

Penélope fue hacia el salón, donde tenía improvisada una pequeña zona de oficina, para cuando se llevaba trabajo a casa. Se dio cuenta de que tenía que enviar varios emails, incluyendo uno, lo más escueto posible, a su jefa en el que explicase su marcha de la oficina durante varias semanas, pero asegurándole que estaría pendiente de todo y en el que insinuase que estaba trabajando en conseguir una nueva cuenta, sin revelarle nada del loco plan con el que esperaba lograrlo. Sobre todo, porque era muy posible que quisiera despedirla en cuanto supiese la verdad.

Zola decía que era mejor pedir perdón que permiso, pero era la primera vez en su vida que ella iba a hacer algo semejante. Estaba nerviosa, pero cada vez que dudaba y pensaba en echarse a atrás, recordaba la pregunta de Ingrid: ¿Está usted dispuesta a hacer lo que sea necesario por el bien de su futuro cliente? Y las dudas se disipaban de su mente.

Ella podía ser un tiburón. Iba a ser un tiburón, un feroz, implacable y peligroso tiburón, se dijo a si misma, animándose mentalmente. Y movida por la energía del autoengaño, se dispuso a preparar todas las cosas para su marcha.

CAPÍTULO 6

—¿Tú sobrina? No me habías comentado que tuvieses una sobrina aquí, en San Francisco —repuso Frank sorprendido. Dejó el móvil sobre la mesa de la cocina y puso el altavoz para sacar mientras una copa de uno de los muebles altos. La colocó junto a la botella que había elegido de entre las muchas que tenía su amiga Stone, en la bodega.

—Es sobrina segunda por parte de mi primo Norman. No suelo hablar de esa rama de la familia —repuso Ingrid al otro lado de la línea en tono acelerado y vago.

—¿Pero la conoces?

—¡Claro que la conozco! ¿A caso crees que te mandaría a una extraña? Es un encanto y está sobradamente preparada.

—¿En qué trabaja? —la cortó su jefe y ella apretó los dientes. Se había preparado todo el discurso, incluida la respuesta para algo así, pero le fastidiaba que él intentase ir dos pasos siempre por delante.

—Estudio literatura en Dartmouth, y trabaja en la biblioteca pública central, la más grande de la ciudad. Está acostumbrada a tratar con escritos, archivos, documentación y demás. Es una chica muy responsable y trabajadora. También discreta y con mucha iniciativa, con lo que no creo que tengas ningún problema con ella.

—Eso ya lo veremos.

—¿Qué significa eso, Frank? —preguntó resoplando— Hicimos un trato…

—Un trato que me vi forzado a firmar bajo coacción —dijo sirviéndose una copa de Opus one, un vino exquisito y carísimo. Y tras reconocer las notas olfativas de frutos negros, cassis y flores silvestres, lo acercó a sus labios para degustarlo como el manjar que era.

—Bajo presión ha sido como he tenido que trabajar yo contigo estos meses. Y esta es la única opción que tienes. Procura portarte bien con ella, porque no tiene obligación de aguantar

tus desplantes y malos modos, ¿entendido?

Frank podía imaginarla con claridad, con un dedo alzado, riñéndole como una madre.

—¿Qué crees que voy a hacer, comérmela cruda? —sonrió con pereza.

—Creo que vas a volverla loca. Y solo está para ayudarte. Todo lo que haga será para ayudarte, quiero que tengas eso muy presente, en todo momento. Es más, grabado a fuego en tu mente. Este no es su trabajo, estará allí para hacerme y hacerte un favor.

—Para hacerte un favor a ti que me abandonas cuando más te necesito —le dijo pretendiendo ablandar su corazón. Tenía mucho que pensar y no quería hacerlo con una extraña revoloteando a su alrededor. No le hacía la menor gracia compartir su espacio con alguien a quien no conocía, mucho menos su obra, su mundo interior. Ingrid lo entendía tan bien que en muchas ocasiones no necesitaban ni palabras para comunicarse. Y eso era para él irremplazable. Las próximas semanas iban a ser una auténtica pesadilla, y ella no quería entenderlo.

La risa grave y ácida de su asistente lo conmocionó al otro lado de la línea. ¿Desde cuándo había perdido su toque con Ingrid, que ahora parecía impasible a sus encantos?

—Si no te portas bien con ella, te aseguro que cuando regrese, será para recoger mis cosas de la mesa y lanzarme de cabeza a la prejubilación. Dios sabe que necesito mucho más que cuatro semanas de descanso.

Frank resopló. No podía ser tan horrible trabajar con él que, a fin de cuentas, se pasaba la mayor parte del día en sus mundos. Pero no quería seguir discutiendo con ella. La necesitaba y él ya había decidido que haría el esfuerzo de comportarse esas cuatro semanas.

—¿A dónde vais a ir tu marido y tú de vacaciones, a mi costa? —le preguntó para cambiar de tema, mientras llevaba la copa hasta el elegante salón decorado casi todo en blanco, de la casa que le había prestado para esos días, su amiga y compañera escritora.

—¡A España! —gritó ella con entusiasmo. Estoy como loca, va a ser fantástico. Gracias por estas maravillosas vacaciones, jefe —dijo emocionada, pero a Frank no se le escapó el tonito travieso de su voz.

—Ha sido un placer, supongo —dijo él y dio un gran sorbo a su copa.

—¿Y vosotros, os vais a quedar allí en la ciudad? —quiso averiguar ella porque Frank no le había dado ningún detalle de sus planes. Hasta el punto de no haber podido preparar bien a Penélope para lo que le esperaba.

—Aún no lo he decidido. ¿Por qué? ¿Va a ser un problema para tu sobrina viajar conmigo?

Por el tono que usó, Ingrid se dio cuenta de que buscaba una excusa para hacer fracasar el plan antes de que este empezara.

—Por supuesto que no. Es una profesional y aparecerá en tu puerta con su maleta, una sonrisa, y dispuesta a hacer un estupendo trabajo.

—A ver si me va a gustar tanto que no voy a querer que regreses —le lanzó el comentario, para chincharla, pero Ingrid no cayó en la trampa.

—¡Quién sabe! ¿Te imaginas? —dijo divertida.

Frank fue a fruncir los labios en una mueca, cuando el timbre de la puerta de la verja de la entrada, que daba a la finca, sonó desagradable. Ingrid que lo escuchó, no perdió la oportunidad de comentar.

—Parece que estás a punto de averiguarlo. Mucha suerte, jefe. Y pórtate bien. No te molestes en llamarme que no tendré cobertura.

Antes de que pudiese darle una ácida respuesta, esta colgó. Un nuevo timbrazo lo sacudió haciéndolo mirar hacia la puerta con el ceño fruncido. Por lo visto sí, estaba a punto de averiguarlo, estuviese preparado o no.

CAPÍTULO 7

Beckett llegó hasta el botón de apertura de la puerta principal pero antes de pulsarlo se dio unos segundos para ver, por el moderno sistema de vigilancia, a la recién llegada. La pantalla le ofrecía varios planos de la zona de la entrada, dividiendo la gran imagen en otras cuatro más pequeñas, pero con una resolución asombrosa. Él, que era un fanático de la seguridad y privacidad, después de algunos incidentes que había sufrido de fans que habían allanado sus casas, anotó mentalmente preguntar a su amiga por aquel sistema, para sustituir al que tenía en su hogar.

Contempló las pantallas con curiosidad, primero había una perspectiva frontal, en la que se podía apreciar que la recién llegada conducía un Mini Cooper amarillo, con franjas negras. A pesar de ser un coche diminuto, no le desagradaba el modelo. La cámara de la izquierda no mostraba nada interesante pues estaba enfocada en el lado del copiloto y ella llegaba sola. La siguiente ofrecía un plano amplio de la zona de la entrada y pudo comprobar que era el único vehículo que había en la puerta, tal y como podía esperar. Y entonces descendió la mirada hacia la última imagen. En ella se veía a una chica que, tras bajar del mini, se había acercado al telefonillo con gesto confuso. La vio inspeccionar el pequeño aparato con el timbre y la diminuta cámara. Y Beckett durante unos segundos se la quedó mirando, escudriñando las facciones y gestos de la mujer con la que debía compartir las siguientes cuatro semanas. Le hizo gracia la forma en la que ella arrugó la naricilla pecosa. El sol había bajado bastante y los agotados rayos agónicos iluminaban su cabello cobrizo, confiriéndole el aspecto de llamas. Tenía una boca generosa de labios carnosos que ahora se fruncían en una mueca, mientras daba unos golpecitos al aparato, seguramente sopesando si este estaba roto, pero en lugar de abrir, él siguió escrutándola, aprovechando la momentánea libertad que le daba la cámara. Sus ojos eran enormes, muy expresivos y claros, aunque definitivamente no podía advertir el color exacto de los mismos. En cuanto al resto de ella no había mucho que decir. Menuda, no debía sobrepasar el

metro sesenta. De complexión esbelta, con aquellos pantalones vaqueros oscuros y el jersey rojo sobre una camisa, parecía una niña. Pero nunca se había fiado de las pelirrojas, escondían un mundo de llamas con tanto fuego como parecía tener ella rodeándole el rostro desenvuelto. En unos pocos segundos la había visto fruncir el ceño, resoplar, alzar las cejas, mostrar una gran concentración analizando el panel de entrada, y volver a resoplar tras hacer una mueca muy graciosa, mientras se mordía el labio inferior, con duda. Cuando finalmente ella se decidió por volver a pulsar con más insistencia el botón de llamada, la impresión de escuchar el timbre a tan corta distancia, lo sacó de su ensimismamiento.

El que frunció el ceño entonces fue él, que se apresuró en pulsar el botón del intercomunicador.

—¿Sí? —preguntó con una voz que no pareció la suya, y lo hizo carraspear.

—¡Ho…hola! Soy Pe…—Antes de que pudiera terminar su presentación, Penélope oyó el zumbido que anunciaba que la puerta había sido abierta, miró confusa el aparato, pero tras encogerse de hombros, corrió al coche para entrar antes de que las puertas se cerrasen, con la misma impaciencia.

Frank la vio correr con pequeños pasitos hasta el vehículo apresurándose en entrar y sonrió con cierta diversión. Se sorprendió al sentirse con una inquietud patente, mientras abría la puerta de la casa y salía un par de pasos para indicar a la recién llegada que fuese hasta el camino del lateral, en el que se encontraba la puerta del enorme garaje de su amiga. Allí podía dejar su miniatura de vehículo. Normalmente en esa casa había personal de servicio que atendía las necesidades de Stone y mantenían la propiedad cuando ella no estaba. Pero su amiga lo conocía lo suficiente como para saber que, por encima de las comodidades, valoraba su tranquilidad y privacidad. Así que tuvo que ser él el que rodeara la casa, con el mando en la mano, para accionar la apertura del garaje a pesar de que ya había bajado considerablemente la temperatura de aquel día de principios de diciembre.

Cuando Penélope vio a Frank Beckett salir por la enorme puerta blanca de la lujosa casa a la que acababa de llegar, se tuvo que decir a si misma que continuase y no se quedase allí parada

como un pasmarote, mirándolo como una boba. Se irguió inconscientemente en el asiento e intentó sonreír, pero la tensión de sus músculos faciales le jugó una mala pasada haciendo que hiciese una mueca rara. Entonces apretó los labios y giró el rostro hacia la puerta que él le indicaba, que debía ser la del garaje. Lo vio por el rabillo del ojo accionar el botón y como esta empezaba a subir. Ella, mientras, con las manos aferradas al volante, miraba hacia delante con los brazos rígidos y sensación de estar a punto de desmayarse, ya que podía sentir a escasos dos metros la mirada de Frank Beckett sobre ella. Del hombre con el que, aunque no había sido capaz de reconocérselo a Zola, había tenido las fantasías más escandalosas de su vida. Y solo por haber grabado en su mente cada milímetro de la solapa de aquel primer libro suyo que se compró.

Cuando la puerta terminó de abrirse, en su mente se despejó la imagen de la fotografía y apareció ante ella un enorme aparcamiento con los coches más lujosos que ella hubiese visto jamás, y volvió a entrar en pánico. ¿Cómo iba a meter allí su pequeño Mini R50? Sin embargo, cuando Beckett con su mano, la apremió a entrar, pisó el acelerador de inmediato, tuvo que frenar pocos metros después al darse cuenta de que lo había hecho con demasiado ímpetu. Lo último que quería era colisionar contra alguno de los lujosos coches, con su mini, que allí parecía de juguete. A partir de ese momento, circuló por el apabullante espacio, todo blanco, más parecido a una galería de arte, con los vehículos exhibidos como auténticas joyas, a tres kilómetros por hora. Dando tiempo a que el escritor que había caminado a su lado llegase antes que ella al espacio en el que debía aparcar.

Lo hizo sin grandes dificultades a pesar de estar tan nerviosa. En cuanto detuvo el motor, lo miró, frente a ella. Él no sonrió, como lo había visto hacer en todas las contraportadas y entrevistas que veía suyas, y aun así le pareció el hombre más guapo del planeta. No podía quedarse allí dentro, contemplándolo toda la vida y desvió la mirada mientras se desabrochaba el cinturón y empezaba a recoger sus cosas del coche.

—Todo va a ir bien, no te pongas nerviosa, Penélope —farfullaba para sí misma una y otra vez, entre dientes, mientras introducía su móvil, las gafas de sol y los pañuelos que estaban en el

asiento del copiloto, en el bolso. Y entonces oyó que la puerta de su lado se abría. La sorpresa la llevó a dar un pequeño respingo en el asiento.

—Hola —Escueto saludo para alguien cuya profesión era la de conjugar palabras, pensó nerviosa, hasta que vio que él le ofrecía la mano, de forma galante, para ayudarla a salir del coche.

Inmediatamente su corazón empezó a latir a una velocidad desconocida hasta el momento. El asiento de su coche era bajo y desde su perspectiva él parecía un gigante. Estiró el brazo conteniendo el aliento. Y mientras tiraba de ella, su tacto le provocó una oleada de calor que recorrió su cuerpo con tanta rapidez que al segundo este asomó a sus mejillas. Frente a él, la sensación de pequeñez no menguó un ápice, y tuvo que alzar la vista tanto que creyó que iba a desnucarse.

Esperó a que él dijera algo, pero no fue así. Solo la miraba con expresión indescifrable y el silencio fue tan incómodo que empezó a crisparle los nervios.

—Encantada de conocerlo señor Beckett, soy una gran admiradora suya —consiguió decir atropelladamente. La sonrisa salió espontánea de sus labios, pues aquello era cierto, lo admiraba tanto… Y probablemente esa era la única verdad que podría decir durante cuatro semanas.

Llevaba fatal el tema de las mentiras. Ella no sabía mentir, no le nacía. Las pocas veces que lo había intentado en su vida le había salido el tiro por la culata. Pues terminaba por parecer tonta, incongruente y hasta desquiciada. Porque se apabullaba, empezaba a enredar palabras, tartamudeaba y pestañeaba con la rapidez del aleteo de un colibrí.

Se dio cuenta entonces de que él no le había contestado y seguía manteniendo su mano aferrada en la palma grande y cálida, sin dejar de escrutarla con interés. Ladeó la cabeza, confusa y tiró de la extremidad con lentitud, para soltarse. El movimiento hizo que él despertase de su propio trance.

—Perdón, ¿nos conocemos? —inquirió y Penélope tragó saliva.

—¿De antes? —preguntó, cambiando el peso de pierna. Se cogió las manos y negó con la cabeza, tal vez con demasiada energía— Estoy segura de que no hemos hablado con anterioridad

—repuso con rapidez.

Y eso era innegable. Un rodeo para no tener que entrar en detalles que la llevasen a meter la pata, pero ciertamente el día anterior no habían hablado. Durante una centésima de segundo llegó a pensar que tal vez de esa forma, buscando la ambigüedad en sus contestaciones, podría salir airosa de aquella locura sin tener que mentirle.

—¿Y visto? ¿Nos hemos visto antes? —volvió a indagar él.

Penélope dejó salir el aire de sus pulmones con un sonido raro parecido a un quejido. Vio que él entornaba la mirada y forzó una sonrisa.

—¡Quién sabe! —añadió abriendo muchos los ojos al tiempo que se encogía de hombros y alzaba las manos— Voy a muchos eventos…

"¿Qué le pasaba a su voz?", se preguntó. Parecía poseída por una animadora.

—Como bibliotecaria…— apuntó Beckett con cierto escepticismo.

—Pufff… A ha… —Empezó a mover la cabeza repetidamente, en un movimiento circular entre la aceptación y la negación. Tan extraño como el del muñeco cabezón de Elvis que llevaba Zola en el salpicadero de su coche. Su meneo en bucle no pasó desapercibido para el escritor que sacudió la cabeza, extrañado. Pasó por su lado y se dirigió al maletero de su coche, decidiendo posiblemente que ya le había dedicado demasiado tiempo. Pero entonces preguntó:

—¿Está nerviosa?

—Sí…sí —se apresuró en contestar, con la liberación de no tener que mentir en esa ocasión—. Es usted Frank Beckett —recalcó lo evidente.

—Lo sé, pero no se preocupe, la última asistente que me comí va hoy camino de Europa para tomarse unas estupendas vacaciones en España a mi costa —Iba a soltar una risita en respuesta a su comentario, pero se dio cuenta perpleja, de que estaba a punto de sacar su maleta de llamativos corazones de distintos tonos de rojos y rosas, del reducido maletero de su coche.

Estaba tocando sus cosas… Frank Beckett estaba tocando sus cosas, como la había tocado a ella hacía unos minutos. El portazo que dio al cerrar el maletero la devolvió a la realidad.

—¿Perdón? —preguntó al instante consciente de que él le había dicho algo a lo que no

había prestado atención, concentrada como estaba en su perorata mental.

—Le preguntaba si esto es todo —Él señaló los tres bultos que había tomado, alzando una ceja. Tal vez creyese que era poco equipaje.

—Sí, sí, todo. No sabía muy bien que traer porque Ingrid no me dio mucha información.

Fue hasta él y tomó su maletín de trabajo y el bolsón de aseo. Los acomodó en su hombro y mano izquierda y fue a tomar la maleta.

—Yo la llevo —sentenció él. Cuando vio que aferraba con fuerza el asa, ni se molestó en insistir. No creía que fuera prudente empezar aquella relación discutiendo.

Beckett le señaló la puerta por la que debían salir de aquel lujoso garaje. Una entrada lateral que debía dar acceso directo a la casa, y lo acompañó hacia allí aprovechando los minutos para hacer un par de respiraciones tranquilizadoras. No tenía ni idea de cómo iban las cosas de momento, porque todo aquello le resultaba surrealista.

Le habría gustado que él dijera algo, pero se mantuvo en silencio. También cuando llegaron a la puerta y vio que pulsaba un botón. Se sorprendió al comprobar que se trataba de un ascensor. Mucho más, cuando las puertas se abrieron y vio que las paredes eran de cristal y que desde el interior se podía apreciar el lujo y elegancia de aquella mansión moderna de decoración apabullantemente blanca. Las líneas del mobiliario eran níveas, pulcras, distinguidas y exclusivas. Miró a un lado y a otro, abrumada. Nunca había estado en una casa tan lujosa. Solo había visto algo parecido en la películas y programas de televisión, y era abrumador, casi tanto como saber que la presencia a su lado, a pocos centímetros de su cuerpo era la del hombre más atractivo que hubiese visto jamás.

Subieron una única planta que los llevó al segundo piso, y al girar sobre sus talones, con la intención de salir con rapidez de allí, chocó con el cuerpo masculino.

—Perdón —dijo apresuradamente.

—No importa. Lo de tener un ascensor en una casa es el invento más ostentoso e inútil de la historia. Pero a Stone le gustan estas cosas —cabeceó mientras aferraba el asa de la maleta y la hacía rodar al exterior. Ella lo siguió.

—¿Stone?

—preguntó sin entender.

Él se limitó a señalar las paredes del gran pasillo, decoradas con cuadros que exponían en tamaño gigante las portadas de los libros de una de las escritoras de cabecera de Gina; Edwina Stone. Una autora de novela policiaca brillante. Llevaba tiempo queriendo ficharla para la agencia, pero no lo había logrado aún. Y ella estaba en ese momento en su casa.

—Me presta su casa cuando vengo a la ciudad.

—¡Qué generosa! —se oyó a sí misma decir.

Al instante pensó que el comentario podía ser imprudente y apretó los labios, ordenándose callar. Él se percató de su gesto y casi sonrió.

—Sabe que no me gustan los hoteles. Y me debe una tan gorda que no creo que pueda pagarla ni con toda una vida de penitencia. Ella me presentó a mi último agente. —apuntó él.

Penélope se quedó con unas ganas enormes de saber más, pero Beckett comenzó a caminar por el largo pasillo, dándole la espalda. Se limitó a seguirlo a una distancia prudencial, mientras pensaba que iba a necesitar un plano de ese sitio para poder moverse por él, si no quería perderse. Giraron a la derecha y encontraron varias puertas. Casi choca con él de nuevo cuando se detuvo en la primera.

—Su cuarto —anunció abriendo la puerta.

No le dio tiempo de asomar la cabeza para echar un vistazo cuando añadió:

—Y la puerta contigua es la mía. No sé si su tía le habrá explicado lo que es trabajar para mí, pero para que no haya confusiones, he redactado un contrato con todo lo que necesita saber de mi forma de hacer las cosas y lo que espero de usted.

Penélope volvió a tragar saliva. ¿Se podía ser más aséptico hablando? Daba la sensación de que, para él, que ella estuviera allí era como tener un enorme grano en el trasero.

—Lo tiene sobre la cómoda —continuó con el mismo tono inocuo —. Dejo que se instale mientras preparo la cena. Después aclararé las dudas que pueda tener.

Y sin más, lo vio meter las manos en los bolsillos de sus vaqueros y marcharse tomando el

mismo camino por el que habían llegado.

CAPÍTULO 8

En cuanto lo vio girar por el pasillo, se volvió para asomar la cabeza en su cuarto, quedando nuevamente impresionada. Aquella habitación estaba en completa concordancia en diseño y estilo del mobiliario con el resto de la casa, tan pulcra y elegante. De un solo vistazo recorrió toda la habitación que medía casi lo mismo que su escueto apartamento al completo. Por lo demás, era radicalmente opuesto. Mientras su hogar era una extensión de ella, llena de color, libros y cosas que había ido acumulando y comprando en mercadillos o tiendas de segunda mano vintage, aquel espacio parecía que se pudiese usar para operar en el momento en el que fuese necesario. Todo era blanco, tan blanco y brillante que le recordó a una nave espacial. Salvo que, en lugar de cápsula, tenía una enorme cama *king size* para dormir. Parecían cubiertas de nieve las mesillas, la cómoda, el banco a los pies de la cama, los cuadros de las paredes, la lámpara de la esquina, junto a un elegante sillón orejero, colocado al lado de una estantería repleta de libros, por supuesto puestos al revés para que solo se viera la parte de las hojas, y así evitar la nota de color en la estancia. Hasta los tapizados eran nacarados, al igual que la ropa de cama. De tan minimalista y limpio, resultaba apabullante. Inmediatamente pensó en las horas de limpieza que llevaría una casa como esa, en la que la más mínima mota de polvo se convertiría en clara protagonista. Sin duda era una vivienda de revista, pero no un hogar. Al menos no uno en el que ella se sintiese cómoda. Pues tenía la certeza de que se pasaría todo el tiempo temiendo manchar algo, o hacer cualquier cosa que rompiese la armonía estéril de aquellos espacios.

En cuanto colocó la maleta sobre su cama y tras abrir los cierres, empezó a sacar sus prendas, ratificando lo fuera de lugar que se encontraba. Si su vestuario solía llamar ya de por si la atención. Ahora iba a sentirse una atracción de feria. Los colores alegres y hasta chillones de sus prendas, aún lo parecían más, cuando los sacó y los depositó en la cama. Solo tenía que

cerrar los ojos para escuchar a Zola decir: “parece que ha vomitado un payaso”. Pensar en su amiga le arrancó una sonrisa que la hizo sentir mejor al instante.

Se sentó en la gran cama y sus pies quedaron colgando, como si fuera una niña. Resopló con fuerza al ver su reflejo en el espejo de la pared. ¿Dónde se había metido? ¿Qué estaba haciendo? Apenas había hablado unos minutos con él y la angustia de estar evitando mentirle se había hecho crispante. ¿Cómo iba a sobrevivir a aquellas semanas? Esta vez fue la voz de Ingrid la que invadió su mente repitiéndole la frase que la había llevado hasta allí: “haciendo lo que sea necesario por el bien de tu cliente”.

De repente se preguntó que más incluiría ese “lo que sea necesario”, porque ciertamente, y tal y como había confesado al señor Beckett, Ingrid no le había dado mucha información. Alzó la vista y recorrió la habitación buscando el documento del que él le había hablado. Sobre la cómoda vio unos folios mecanografiados. Saltó de la cama y fue a por ellos con la esperanza de que aquellas hojas alumbraran algo su camino de las próximas semanas. Mantuvo las esperanzas hasta que ya en sus manos, echó un vistazo al documento.

¿Doce páginas de contrato para cuatro semanas de trabajo? Penélope parpadeó y cabeceo al tiempo sin poderlo creer. Y pensaba que ella era la loca de las cláusulas. Al menos Gina la culpaba de ello, exponiendo que siempre tenía un subapartado, para otro sub apartado, que puntualizaba el anterior. Ella solo pensaba que era concienzuda y no quería dejar ningún resquicio para que cualquier editorial, promotor, marca comercial, o agente, encontrase una grieta por la que pudieran aprovecharse de sus clientes. Estaba acostumbrada a ese tipo de documentos y no esperaba tardar más de diez minutos en leerlo, analizarlo y asimilarlo. Volvió a la cama y tras descalzarse, escaló hasta ella y se sentó sobre la colcha con las piernas cruzadas, dispuesta a zambullirse en los requisitos que esperaba de ella su “nuevo jefe”. La primera vez que abrió los ojos de par en par, fue al leer: completa disponibilidad las veinticuatro horas, los siete días de la semana. Y a partir de ahí ya no pudo dejar de exclamar y alucinar, línea a línea.

***

Frank estaba en la cocina esperando que se terminase de calentar en el horno la bandeja con la lasaña que le habían entregado esa mañana. Había contratado un servicio de catering que le llevaba la comida para todo el día, cada día. Él odiaba tener que preocuparse de esas cosas cuando estaba de encierro creativo. En muchas ocasiones se le olvidaba alimentarse y cuando terminaba horas más tarde, la sola idea de pensar que tenía que cocinarse algo lo estresaba. Por lo que terminaba por comer cualquier cosa que encontrase, o pidiendo comida rápida. Ahora solo tenía que calentar los platos en el horno o el microondas, según las recomendaciones que venían con los preparados. Y desde que Ingrid le descubrió ese servicio, le habían bajado los niveles de colesterol y azúcar considerablemente.

Esa noche tenía un apetito voraz y, sin embargo, ni el olor de la lasaña en el horno, consiguió distraerlo de su diatriba mental. Estaba confuso, desubicado y eso le molestaba. No sabía qué había esperado de la persona que le iba a mandar Ingrid para sustituirla. Cuando le dijo que se trataba de su sobrina, en su mente se formuló una réplica unos años más joven que su asistente. Pero la chica que había aparecido en la puerta y que ahora esperaba con cierta ansiedad a que bajase, no se parecía en nada a esta. Lo había descolocado desde el momento en el que la había estado observando a través de la cámara de seguridad, pero no sabía exactamente por qué. Tal vez fuese su aspecto pintoresco, o lo apabullantemente expresiva que era. Contemplar su rostro un solo minuto era como ver por primera vez un espectáculo de fuegos artificiales. Hasta ese momento no había imaginado que una sola persona pudiese reproducir tantas emociones consecutivas. Era transparente y a su vez un auténtico misterio. Y esos ojos… eran propios de un dibujo animado. No había conseguido apreciarlo por la cámara, y por eso se fijó más en el aparcamiento y en el ascensor, porque primero creyó que eran grises, pero luego se dio cuenta de que eran de un color indescifrable, como si sus pupilas estuviesen formadas por pinceladas entrelazadas de todos los tonos plomizos, vibrantes, cenicientos y eléctricos de verdes, azules y motas color caramelo.

Estaba seguro de que de haber visto antes esos ojos, se acordaría de ellos. Y aun así, no

había podido resistir la tentación de preguntarle para confirmarlo, porque algo en ella le resultaba familiar. De repente el timbre del horno lo sacó de sus pensamientos, convulsionándolo. Se dio cuenta de que no había tocado la copa de vino que se había servido al bajar y frunció el ceño percatándose de que haber dejado que Ingrid se marchara podía ser un problema aun mayor de lo que había imaginado. La chica podía ser una distracción. Una distracción que no necesitaba, y menos en ese momento.

Tomó un par de trapos de la encimera y tras abrir la puerta del horno, sacó la bandeja que dejó sobre la placa de la cocina. ¿Por qué estaba tardando tanto? La cena ya estaba lista y aún no había bajado. Igual la había asustado con su contrato. Una sonrisa perniciosa asomó a sus labios. Esa sería la solución perfecta. Ingrid no podría culparlo de sabotear la contratación, pues sabía de sobra cuáles eran sus condiciones. ¿Se habría desecho de la señorita Appleton antes de empezar?

—¡Hola! —oyó la animada voz femenina a su espalda. Y aunque esta lo sobresaltó, se giró sin dejar que la sorpresa asomase a sus ojos.

—Hola. ¿Lo ha encontrado todo a su gusto? —preguntó clavando la mirada en ella mientras buscaba el malestar en sus ojos.

—Más o menos —la respuesta casi lo hizo sonreír, hasta que lo hizo ella, con esos labios que tenían tanta facilidad para curvarse hacia arriba.

—¿No tiene el dormitorio todo lo que necesita?

De nuevo toda una gama de expresiones asomaron a su rostro, como si en su mente se mantuviese una batalla campal.

—Está bien equipado, gracias.

—Bien, después de la cena le enseñaré el despacho y la biblioteca.

—Claro. Aunque antes, quizás quiera echarle un vistazo a las anotaciones que le he hecho al contrato.

Aunque no lo pretendiese una ceja masculina se alzó insubordinada.

—¿Anotaciones? —preguntó aguantándose las ganas de carraspear. Lo que hizo que su tono sorprendido sonara más grave.

—Sí, sobre las condiciones que he visto que deberíamos tratar.

El nudo en la garganta de Frank aumentó de tamaño. ¿Qué era aquello, una negociación? Él no pactaba. Él ordenaba cómo deseaba las cosas, sin más. Así lo había hecho siempre. ¿Quién se pensaba que era aquella piruleta de colores?

No pudo preguntárselo, porque antes de poder desentumecer las mandíbulas para explicárselo, ella volvió a hablar.

—Le dejaré unos minutos para que pueda verlo con calma. Las anotaciones están al margen. —Y dicho aquello, giró sobre sus talones y la vio caminar en dirección al salón.

Se había cambiado de ropa y ahora ella llevaba un vestido violeta de punto, con ribetes naranjas en cuellos y puños, las mangas ligeramente abullonadas le daban el aspecto de una niña inocente. También el vuelo de la falda y el largo por debajo de la rodilla.

Aun con el ceño fruncido, perdió unos segundos en contemplar el contoneo del tejido, al ritmo de sus caderas, mientras se alejaba. Dio unos pasos hacia la puerta y se asomó viendo que se detenía frente al gran ventanal desde el que se disfrutaba de unas majestuosas vistas de la ciudad, salpicada de luces. Apretó los labios y volvió a la encimera para tomar los folios que había redactado esa mañana.

Efectivamente, tal y como había dicho, allí había no una sino al menos media docena de anotaciones en los márgenes, expresando claramente su disconformidad sobre algunos puntos. Perplejo, se sentó en uno de los taburetes altos tras leer la primera.

CAPÍTULO 9

Penélope llegó al salón conteniendo el corazón en su pecho, que latía tan fuerte como para sentirlo palpitar en sus oídos. Era muy consciente de lo que había hecho al escribir aquellas anotaciones al margen, pero no lo había podido evitar. Jamás había visto un contrato tan abusivo y no le extrañaba en absoluto que Ingrid se hubiese hartado, si su relación laboral con Frank Beckett, se regía según aquellas leoninas condiciones. La misma Ingrid le había dicho que las cosas debían cambiar a su vuelta para que ella siguiera permaneciendo en su puesto. Y por eso, porque le había pedido que hiciese lo mejor para su "posible futuro cliente", se había visto en la obligación de actuar desde ese momento. Sabía que aquello podía acabar con cualquier posibilidad de trabajar para él aquellas cuatro semanas. Y si eso sucedía, desde luego no tendría ninguna oportunidad de conseguir que la contratarse como agente. Pero en conciencia, no podía aceptar sus términos. Debía establecer unas bases, unos límites y creía con sinceridad que eso sería bueno para todos.

Se apretó las manos y cuando sintió que estas le hormigueaban, las sacudió varias veces. Le sucedía en ocasiones a punto de enfrentarse a una negociación. Era como el ritual de un boxeador a segundos de saltar al ring, solo que ella no tenía guantes ni llevaba unos enormes calzones, solo tenía su mente rápida y una sonrisa elástica que aumentaba y disminuía según el momento, para desconcertar al contrincante. Miró su reloj, habían pasado diez minutos desde que lo había dejado en la cocina, a solas, con el documento. Tiempo de sobra para que lo hubiese analizado, pues solo había puntualizado media docena de aquellos extensos puntos llenos de retórica que en definitiva venían a decir que tenía que convertirse en su esclava. Disponibilidad las veinticuatro horas del día, pudiendo ser despertada en mitad de la noche para comentar la novela. No se le dejaba hablar a no ser que fuese invitada a ello, guardar absoluto silencio durante las horas en las que escribía Beckett, pero teniendo que estar en el despacho por si

precisaba de alguna documentación, lectura, correcciones o gestiones que él considerase necesarias. No podía llevar su teléfono móvil durante las horas de trabajo (que era todo el día), teniendo que dejarlo custodiado en una caja en el despacho. No habría música. Tampoco soportaba el ruido de los zapatos en el suelo y tenía que ir descalza mientras estaba en la zona de trabajo. En fin, una serie de condiciones imposibles y en muchos sentidos caprichosas que hacían que trabajar para él fuese una tortura.

Se abrazó a si misma por los codos, fijando la vista en la instantánea de la ciudad, dibujada a través del gran ventanal que ocupaba toda la pared de esa parte de la fachada de la casa. Para ella, San Francisco era una ciudad hermosa siempre, pero esos días de principios de diciembre conferían un halo mágico a sus calles los alumbrados y ambientación navideña. Era como si cada rincón de la cuidad se hubiese plagado de miles de luciérnagas que emitían lucecitas de tintineantes colores. Le encantaban esas fechas, que solía celebrar con sus padres. Se alegraba por ellos y ese crucero que siempre habían querido hacer por su aniversario, pero los iba a extrañar. Sobre todo, ahora que empezaba a darse cuenta de que aquellas semanas con Frank Beckett, muy posiblemente, tendrían mucho menos encanto del que había imaginado. Un hombre capaz de redactar el contrato que le había devuelto tenía que ser primo del Grinch de la navidad, por lo menos.

¿Dónde estaba el hombre encantador que había visto en las entrevistas? ¿Dónde escondía la calidez que impregnaba en sus personajes? Iba a formularse un par más de preguntas, cuando el teléfono en su bolsillo vibró sacudiéndola de sus pensamientos. Al sacarlo, vio el nombre de Ingrid en la pantalla y empezaron a sudarle las manos. No había querido molestarla en sus bien merecidas vacaciones, pero la decisión que había tomado era lo suficientemente importante como para mantenerla al tanto. Solo le había mandado fotos de las anotaciones y una breve explicación de lo que iba a hacer, esperando que lo entendiera, pero tal vez ella no lo había visto así.

Miró hacia la cocina, comprobando que estaba sola, mientras se ponía el teléfono al oído tras aceptar la llamada. Y llenó los pulmones de una cantidad excesiva de oxígeno antes de contestar:

—Hola…

***

Frank apretó las mandíbulas al tiempo que se levantaba del taburete de la cocina, aun sin creer lo que había leído. Jamás antes alguien se había atrevido a discutir con él sus condiciones de trabajo, ni siquiera Ingrid, a quien quiso llamar inmediatamente, para aclararle un par de cosas. ¿Acaso no había explicado a su sobrina lo que significaba trabajar para él? No podía perder todo ese tiempo en aclararle cómo quería que se hicieran las cosas. Era un hombre ocupado, necesitaba cuanto antes ponerse a escribir, encerrarse en su mundo y dejar que avanzase la historia que surgía en su mente. Algo que ya estaría haciendo si su ayudante no hubiese decidido marcharse justo en ese momento, esos días. El año tenía doce malditos meses y ella lo abandonaba justo en aquel en el que no quería pensar, mucho menos preocuparse por tener que enseñar a otra persona cómo hacer su trabajo.

No podía con algo así. No en ese instante.

Cogió el teléfono y marcó el único número que tenía en la rellamada, cargando en su mente todo lo que quería reprochar a su ayudante. ¿Qué clase de chiflada le había mandado? Esperó pacientemente los largos y desesperantes tonos, y cuando finalizaron, solo obtuvo silencio. Aquello lo enfureció aún más. ¿Desde cuándo no le cogía el teléfono Ingrid? Sí, le había dicho que no tendría cobertura, pero la había tomado a broma. Uno de esos comentarios sarcásticos suyos solo para hacerle perder los nervios. Volvió a llamarla, no creyendo que de veras lo estuviese dejando desamparado de un día para otro, y nuevamente esperó, está vez con impaciencia. Su recompensa fue otro silencio. Apretó el aparato hasta que sus nudillos blanquearon y resopló dejándolo sobre la nívea encimera de la cocina.

Lo mejor iba a ser despedir a la chica, sin más. Sacudió la cabeza cuando imaginó sus ojos de dibujo animado, afectados por el despido. Pero no le quedaba otra opción, intentó convencerse mientras salía de la cocina, dispuesto a enfrentarse a ella para decirle que aquello no iba a funcionar. Desde la puerta la vio caminar de un lado a otro, con la cabeza gacha. ¿Estaría nerviosa? ¿Le iba a poner la mirada de cervatillo? Se le daba bien despedir a la gente, pero se

sentía el cazador a punto de cargarse a Blancanieves y arrancarle el corazón. Tragó saliva antes de decidir que no debía achantarse. Era algo que tenía que hacer sin dilación. No era la ayudante que necesitaba y, además, lo distraía. Ni siquiera tendría que estar dudando su siguiente movimiento.

Caminó con más decisión, aprovechando que ella le daba la espalda, hasta que la oyó hablar y se dio cuenta de que lo hacía con su móvil. Ese teléfono que le había prohibido usar en el contrato en uno de los puntos que ella le había discutido. Aquella insubordinación lo animó a seguir caminando hacia ella. Pero entonces sus palabras lo detuvieron.

—Me alegro de que estemos de acuerdo, Ingrid. Me preocupaba que pensases que me había excedido en mis funciones.

¿Ingrid? ¿A él no le cogía el teléfono, pero a la piruleta de colores sí? ¿Y estaba de acuerdo con ella en los cambios del contrato?

—La verdad, no sé cómo has podido aguantar tanto tiempo…

Escuchó Beckett y apretó los dientes, pero no se movió del sitio. Ella parecía muy interesada en lo que le estuviera contando la traidora de su ayudante, y se preguntó qué clase de calumnias le estaría relatando.

—No, estoy esperando a que termine de leerlo. Imagino que ahora me llamará para que podamos discutirlo… Sé que puedo haber puesto en riesgo nuestro plan, aunque no creo que sospeche nada.

¿Sospechar? ¿Plan? ¿Qué plan? ¿De qué iba todo eso? Pero ella siguió hablando con la tranquilidad de creerse a solas.

—Y con sinceridad, creo que no te habría hecho ningún favor si no peleaba esos puntos. A fin de cuentas, yo solo voy a estar con él, como ayudante, unas pocas semanas. Pero tú…

Eso era el colmo, daba la sensación al escucharla que era un sádico que se pasaba el día fustigando a su ayudante con todo tipo de torturas.

—No, no creo que me haya reconocido. Durante un momento puede que le haya resultado familiar, pero nada más. Y sí, es imposible… No pudo verme tanto… —aseguró ella negando

con la cabeza, y al hacerlo, las ondas de su cabello se movieron como llamas crepitantes— Y el disfraz… —añadió bajando cada vez más el tono hasta convertir el resto de la frase en un susurro, inapreciable para sus oídos.

Frank entornó la mirada, lentamente, hasta que sus ojos azules se convirtieron en una línea, centelleante. ¿Plan? ¿Si la había reconocido? ¿De qué debía conocerla? ¿Cuál era ese plan? ¿Desde cuándo conspiraba su ayudante contra él? Una sensación lacerante y angustiosa que llevaba mucho tiempo intentando ahogar en su interior, escaló por su garganta, queriendo salir de nuevo. Le había costado meses, casi un año, ignorar al demonio de la traición que durante largo tiempo había pretendido consumirlo, y ahí estaba de nuevo, torturándolo, por culpa de aquella intrusa que había metido en su vida la única persona en la que confiaba. No pudo aguantar más y llevado por la ira que alimentaba esa oscuridad en su interior, salió de las sombras para encarar a aquella pequeña arpía pelirroja que se había intentado infiltrar en su vida con el fin de engañarlo.

Penélope sintió movimiento a su espalda y, con estupor, apagó el teléfono con celeridad. La mirada incendiaria de Frank Beckett, le decía que era muy probable que hubiese escuchado lo suficiente como para descubrir la verdad y querer echarla de patitas a la calle, sin miramientos. Después de eso, en cuanto se corriese la voz de que había intentado engañar a uno de los escritores más famosos del momento, haciéndose pasar por otra persona, su carrera y cualquier posibilidad de conseguir ser agente, habían terminado. El puesto de Ingrid también estaba en serio peligro, pues la secretaría le había dicho que su jefe lo único que no toleraba era la traición.

Frank avanzó tanto y tan rápidamente que, a los pocos segundos, lo tuvo tan cerca como para que las puntas de sus zapatos, se tocasen. Quiso cerrar los ojos, al sentir su aliento acelerado y cálido, rozándole la frente. En su mente se sintió Sigourney Weaver en el papel de Ellen Ripley, frente al Alien en la nave U.S.C.S.S. Nostrom. La tensión era palpable y mortificante. Su presencia, a penas a unos centímetros, aplastante. Él era tan grande como para zampársela de un solo bocado. Tan enorme como para que de repente todo su campo de visión se redujese a su enorme pecho que subía y bajaba, alterado, frente a ella. Su mente se desvió un segundo sin querer, al apreciar el aroma de su ropa, de su piel. Una mezcla embaucadora de jabón, un poco

de colonia y… ¿lasaña? Frunció el ceño, confusa.

—¿Qué cree que está haciendo? —Su voz sonó aún más rotunda de lo que recordaba y tan directa como una daga certera.

De nuevo el corazón de Penélope empezó a latir con tanta fuerza que lo sintió golpeándole con fuerza la caja torácica. No le gustaban los enfrentamientos físicos, mucho menos cuando estaba en clara desventaja, pero no podía huir. No podía ser la pececilla de colores, tenía que ser un tiburón. Apretó los ojos y los labios con fuerza en una mueca, antes de volverlos a abrir y tragar saliva. “Era un tiburón, un tiburón”. Y… no quería mentirle. No iba a hacerlo. Todo aquel plan había sido una locura y la prueba era que en menos de veinticuatro horas él la había descubierto. Tenía que confesar y contárselo todo.

—Hablaba con Ingrid, sobre el contrato. Está de acuerdo conmigo en que esos cambios eran necesarios desde hacía tiempo… Y, además, tengo que decirle que… —intentó infundir a su tono toda la seguridad que pudo antes de confesar, y alzó la vista para encararlo. Por desgracia, él era tan alto que el movimiento casi la obligó caer de espaldas. Y para no hacerlo, tuvo que sujetarse a sus brazos instintivamente, intentando evitarlo. Con la misma rapidez, él posó una mano al final de su espalda, clavando los dedos largos y fuertes en su piel, que se erizó al instante.

En cuanto sintió el contacto de sus fuertes brazos bajo las yemas de los dedos, y su palma grande y cálida al final de su espalda, una sensación extraña la atravesó de los pies a la cabeza, dejándola sin resuello. Apartó las manos de sus brazos y dio un paso atrás con rapidez, como si el cuerpo masculino le quemara.

—Lo siento —farfulló—, no quería tocarle —intentó explicarse torpemente.

Beckett, que hasta hacía unos segundos estaba cegado por la ofensa, se vio a si mismo sonriendo, al ver el gesto tan apurado de ella. Roja como un tomate, parecía a punto de desmayarse de forma inminente. La idea trajo a su mente imágenes del día anterior que empezaron a proyectarse como recuerdos vagos. Estos, unidos, cobraron sentido.

—Eres… la chica que se desmayó ayer en la feria… Sabía que había visto esta naricilla en

algún sitio —su tono, algo desconcertado, perdió fuerza.

Como si fuese lo más normal del mundo elevó la mano y con su dedo índice dio un toque en su nariz pecosa. Penélope comenzó a parpadear repetidamente como si estuviera entrando en shock.

—Me ha confundido el pelo— añadió en tono más suave aún, tomando esta vez un mechón de su cabello a la altura de su clavícula. Sus dedos largos rozaron levemente la piel de esa zona. Fue un contacto furtivo, sin premeditación, pero todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se concentraron en el milímetro que él había acariciado—, pero te habría descubierto en cuanto viera de nuevo esas llamativas braguitas de Piolín —terminó por decir, soltando su cabello. Hizo un amago de sonrisa ladeando la cabeza, sin dejar de escrutarla.

Fresa, cereza, grosella, como una jugosa y escarlata manzana, así lucieron sus mejillas adquiriendo todas las tonalidades dulces de rojos que había admirado en su vida, y jamás en una piel humana. La remilgada señorita Penélope Appleton abrió sus enormes ojos tanto, que estuvo seguro ya de haberla asustado lo suficiente como para que saliera corriendo en dirección a la puerta. Y aunque esa había sido su intención al provocarla, apretó los labios cuando la posibilidad se abrió en su mente, como una probabilidad real. No lo entendía, ¿no era eso lo que quería? Sin embargo, su propia reacción, lo dejó patidifuso.

—Será mejor que aclaremos las cosas durante la cena. La lasaña se enfría. Necesito una copa, y creo que usted también —No esperó una respuesta y girando sobre sus talones, le dio la espalda comenzando ya a caminar hacia la cocina, esperando simplemente que lo siguiera.

En cuanto él se dio la vuelta ella volvió a respirar. Sus pulmones se vaciaron tan rápidamente que creyó que iba a soltar un gemido, pero en su lugar, se oyó decir, apresurada.

—No las habría vuelto a ver. —En cuanto la frase escapó de sus labios, los volvió a cerrar, queriendo abofetearse. Más cuando él detuvo el paso para mirarla por encima de su hombro.

—La convivencia conlleva intimidad. Nunca se sabe lo que se puede descubrir de otra persona mientras se cohabita. — Tal y como había esperado su comentario consiguió azuzar más el color de su rostro. Una parte de él se sintió culpable por llevarla a ese estado. Pero otra, la

que hacía unos minutos había descubierto que aquella piruleta de colores tramaba algo con su ayudante, lo hizo sonreír.

Penélope sintió unas ganas enormes de salir corriendo a tomarse unos minutos y prepararse para la discusión que tenía por delante, pero no podía hacerlo. Ya había actuado como una boba quedándose en blanco y cuando al fin se animó a hablar, solo había sido para recalcar el hecho del que más abochornada se sentía.

Cuando por fin se decidió a entrar en la cocina, Beckett había servido sendas porciones de lasaña en dos platos tan blancos como el resto de la casa. Frente a ellas, también había dispuesto dos copas de vino tinto, los cubiertos, dos servilletas y una ensalada en un cuenco de cristal, todo sobre la isla. Al parecer iban a comer allí mismo, a pesar de haber en la casa al menos dos comedores. No había problema, no creía que le fuese a entrar mucho alimento en el cuerpo. Tenía el estómago encogido por la tensión. No sabía cuánto había escuchado él de la conversación que había tenido con Ingrid y eso ya era suficiente para tenerla alterada, sin tener que sumar el hecho de que había descubierto que se comportaba como una descerebrada cuando la tocaba.

¿Por qué la había tocado? Tenía que reconocer que había sido ella la primera en hacerlo, al aferrarse a sus brazos como si fueran el único cabo al que podía agarrarse para evitar ahogarse en un mar glacial. No tenía que haberlo hecho, hubiese preferido caer de espaldas delante de Frank Beckett a haberle dado la sensación, nada profesional, de que buscaba el contacto con él. ¿Habría confundido su acto de desesperación con un coqueteo? ¿Le habría hecho por eso ese comentario sobre la intimidad? ¿O su advertencia sobre posibles descubrimientos del otro, eran una declaración velada de que sabía que lo había engañado? Ninguna de las dos opciones era tranquilizadora, por lo que entró en la cocina con pauso cauto, aferrándose las manos y evitando cruzar la mirada con la suya. Esperó que él le indicara su asiento y en cuanto lo hizo, lo ocupó con la precaución de una gacela que husmea el aire, intuyendo el ataque de un león.

—Buen provecho —le dijo él, sentándose en el otro lateral de la esquina, y comenzó a comer como si no hubiese pasado nada, lo que la desconcertó aún más. Lo vio, alucinada, cortar

una porción de la lasaña que olía de maravilla, y llevárselo a la boca, para masticarlo con ganas.

Penélope, petrificada, tragó a la vez que él, pero ella aún no había probado bocado. No entendía lo que estaba pasando. Ingrid le había asegurado que se enfurecería con sus comentarios sobre el contrato y que no los dejaría pasar. Se había preparado para esa reacción, pero él actuaba como si no hubiese nada que discutir y eso la tenía rígida, como si le hubiesen dado una descarga con una pistola táser.

—¿Qué le han parecido mis observaciones? —se oyó preguntar queriendo afrontar lo inevitable. De momento iba a obviar el tema de haberla pillado hablando con Ingrid, que fuese él el que se lo sacase a relucir.

Frank dejó el tenedor apoyándolo en el filo del plato y terminó de tragar con deliberada lentitud. Después se limpió los labios carnosos y firmes con la servilleta y le dedicó una mirada inescrutable.

—Absurdas.

Frank clavó en ella una mirada entrometida, buscando esa batalla interior que asomaba a sus ojos al debatirse en su fuero interno. Estaba seguro de que hacía verdaderos esfuerzos por contenerse, cuando en ella habitaba una pequeña fierecilla. Tuvo que aguantar la sonrisa cuando la señorita Appleton arrugó la naricilla levemente y apretó las mandíbulas, dejando que por sus fosas nasales saliese el aire lentamente. Ya que él, mientras entraba en la cocina y servía la cena, había decidido que iba a divertirse un rato. Ingrid le había mandado a aquella mujercita envuelta en brillante papel de regalo, con alguna intención oculta e iba a averiguar por qué.

—Puede que le parezcan… inesperadas, pero son del todo razonables —argumentó ella. Y con calma, como si hubiese decidido aceptar su juego, la vio coger el tenedor y tomar su primer pedazo de lasaña, tan diminuto que apenas tuvo que abrir los generosos labios para adentrarlo en su boca.

—Razonables o no, creo que no ha entendido la finalidad del documento. Solo es informativo y vinculante en el caso de que lo firme. En ningún caso es negociable.

—Todo acuerdo lo es. Un contrato “tipo” lo es hasta que ambas partes han terminado de

negociar y han llegado a un convenio.

—No es negociable —repitió él con tono inflexible, al ver que ella no solo no se achantaba, sino que le rebatía. Le sorprendió descubrir que su actitud belicosa le resultaba estimulante.

—No puede esperar que alguien en su sano juicio firme esas condiciones sin discutir algunos de los puntos —Penélope mantuvo la firmeza de su tono.

—En su día, su tía lo hizo sin problemas —Frank advirtió las primeras llamas en su mirada y aguardó fascinado.

—¿Se ha planteado que ese puede haber sido el motivo de su marcha? —La vio tomar otro minúsculo pedazo de lasaña y llevárselo a la boca. Cuando sus labios se cernieron en torno al tenedor, su mirada se desvió hasta ellos durante el proceso, que lo tuvo hipnotizado.

—¿Qué sabes tú del motivo de su marcha? —increpó con voz grave, tuteándola por primera vez, tras convertir sus ojos azules en dos líneas recelosas.

Ahí estaba. Él tenía que haber oído su conversación, al menos lo suficiente para saber que le ocultaba cosas y era el momento de que la echara a patadas. Se preparó para ello justo antes de declarar:

—Todo. Me contó todos los motivos por los que usted… —apuntó recalcando el tratamiento formal que él había abandonado—, precisaba una sustituta, y ella unas vacaciones. Aunque no sabía hasta qué punto era de grave la situación hasta que he leído este contrato. La verdad, me pregunto cómo ha sido capaz de aguantar tanto tiempo.

—¿¡Cómo se atreve a hablar de la relación que tenemos sin…!? —Se vio a si mismo saltando, cuando había pensado que tenía la situación bajo control. Pero lo peor fue ver que ella lo interrumpía alzando la mano.

—Lo siento, no pretendo entender por qué una mujer como Ingrid, ha soportado estas condiciones de trabajo, pero puedo asegurarle tras hablar con ella que, de no cambiar las cosas a su vuelta, dimitirá definitivamente.

Él se levantó del taburete enérgicamente, imponiendo su gran tamaño en la estancia. Si

hubiese tenido un detector de energía como los de la guardia de la rebelión de los libros de Beckett, habría podido advertir con claridad las oleadas azules y eléctricas, furiosas y devastadoras que emanaban de los poros de su piel. Pero no podía dejarse amedrentar, y a pesar de que su corazón latía con una velocidad de infarto, mantuvo la postura.

—Solo he intentado ayudarlo para que eso no ocurra. Fue muy clara y no va a seguir trabajando bajo estas condiciones. Si quiere que vuelva, tendrá que hacer concesiones, pero eso ya no es asunto mío. —Y esta vez ella, tras soltar su perorata, ni siquiera pestañeó.

Pétrea como una estatua de alabastro, aunque en su interior la sangre le escaldaba las venas, sobre todo cuando él no respondió nada. Se limitó a mirarla como si quisiera estrangularla, aplastarla, fulminarla, hacer que desapareciese del mapa. Se lo iba a poner fácil. No había nada más que hablar. Había querido sincerarse, pero ese hombre era… era… decir lo que le parecía que era en realidad la llevaría a nombrarlo con términos que ella no usaba, jamás.

Decidió que aquella conversación y el plan descabellado de Ingrid, habían terminado. Y levantándose ella también, dejó la servilleta que se había puesto en el regazo, sobre la superficie de la isla, y se marchó.

CAPÍTULO 10

Frank sacudió la cabeza cuando la vio salir airada de la cocina. ¿Qué diablos acababa de pasar? ¿Estaba abandonando? ¿Se marchaba y dejaba el trabajo? Eso era lo que había buscado, ¿no? Asintió apoyando las manos en las caderas, quiso sonreír por su victoria, pero se dio cuenta de que el gusto amargo que percibía en la boca, no era el del triunfo. Lo había vapuleado, lo había puesto en su sitio, y se marchaba muy digna, con aquella naricilla pecosa levantada, los hombros cuadrados y un halo de dignidad, tan cegador como molesto.

No, no iba a dejar que se marchase triunfal, como si pudiese decirle esas cosas y quedarse tan ancha. Como si creyese que podía irrumpir en su vida e intentar cambiar sus normas, su forma de proceder. Como si se viese con derecho a enjuiciarlo cuando no sabía nada sobre él. Antes de pensar cómo ponerla en su sitio, ya se había dado la vuelta y salía de la cocina, como un huracán. No tardó en verla, rodeada de toda aquella masa blanca, ella y sus pintorescos colores, destacaban convirtiéndola en el foco de atención absoluto. Sus miradas se cruzaron, mientras ella presionaba repetidamente el botón del ascensor con nerviosismo. Aún más, cuando lo vio acercarse a grandes zancadas.

—¿Qué crees que haces? —bramó él a punto de llegar a su altura.

—Definitivamente es absurdo tener un ascensor en una casa —balbuceó ella y rodeando la caja de cristal por el otro lado, se apresuró a encaminarse a las escaleras, antes de que él la alcanzara, con tal espanto en la mirada que Frank detuvo sus pasos al instante.

¿Era miedo lo que había visto en sus ojos? Frunció las espesas cejas rubias, sin poder creer que lo que la llevaba a huir de la casa fuese el temor a que le hiciese daño. ¿De veras parecía el tipo de persona capaz de hacer algo así?

—¡Señorita Appleton, espere! —La llamó con suavidad y decidió ir tras ella y aclararlo todo, ya a los pies de la escalera por la que ella subía. Pero lo desdeñó y siguió subiendo la larga

escalera con rapidez. Salió tras ella, no pudiendo dejar que se fuera pensando eso de él. La llamó de nuevo, pero volvió a ignorarlo.

Estaba claro que no pensaba darle la oportunidad de explicarse. Ella estaba ya en el último tramo de escalones y una sensación de insuficiencia y desesperanza lo invadió, instándolo a hacer algo para evitar que se marchara.

—¡Penélope! —gritó su nombre con contundencia, dejando que la voz saliese de su garganta, de su pecho, de su estómago, donde la impotencia había anidado como una maraña angustiosa.

Para su sorpresa la vio detenerse inmediatamente. Aun de espaldas a él, advirtió que sus hombros subían y bajaban, impulsados por la respiración agitada. Con sus manos aferraba el vuelo de la falda de su vestido morado, con tanta fuerza que estas se habían convertido en dos puños ahora blancos por la presión.

—Por favor… —añadió buscando que le devolviese la mirada. Cuando ella lo hizo, no supo interpretar, en el remolino de emociones que bullían en sus ojos de color indescifrable, en qué estado se encontraba. —¿Podemos hablar un momento antes de que te vayas? —Intentó que su tono sonase calmado a pesar de ser la antítesis de como se sentía.

Ella pareció dudar entonces, y sus ojos se llenaron con imágenes de esa batalla interior que le fascinaba presenciar. Giró levemente apenas unos centímetros para encararlo mejor. No supo si para darle una negativa y marcharse sin mirar atrás, o para concederle esos minutos en los que no tenía ni idea de qué iba a decirle. Tragó saliva aguardando su respuesta, e incluso podría jurar que la respiración, cuando vio con terror que uno de sus diminutos pies resbalaba sobre el filo del escalón y su cuerpo menudo se precipitaba por las escaleras.

El grito femenino fue el pistoletazo de salida que lo hizo marchar corriendo para intentar interceptarla. Vio cada paso a cámara lenta, como las vueltas que dio ella por los escalones, sobre los que rebotaba saliendo despedida, sin control. Cuando consiguió atraparla, la aferró con fuerza a pesar de ser ahora los dos cuerpos los que caían hasta la base de la escalera. Su cuerpo mucho más grande que el femenino, amortiguó la caída con un ruido seco y pesado.

El corazón le latía con una fuerza, en el pecho y los oídos que apenas le dejó escuchar el quejido quedo que escapó de los labios de la chica, inmóvil sobre él. Un dolor punzante le atravesó la espalda, pero lo ignoró, removiéndose alarmado cuando ella gimió con más fuerza, evidentemente dolorida.

—Penélope —la llamó incorporándose mientras el cuerpecito femenino quedaba sobre su regazo.

Se asustó al ver que sus párpados subían y bajaban como si le fuese imposible mantenerlos abiertos. No podía dejar que perdiese la conciencia. La tomó por la barbilla y apretó su mejilla para reanimarla. Ella le brindó una mirada confusa entre las espesas pestañas y volvió a intentar cerrar los ojos, al tiempo que encogía el gesto en una mueca de dolor, acompañado de un grito agónico.

—Piruleta, no te duermas. Voy a pedir ayuda.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Penélope. Ya no llegó hasta sus oídos la voz angustiada de Beckett hablando con los servicios de emergencia por el móvil, ni sus intentos por despertarla, ni los gruñidos frustrados y angustiosos que escaparon de su garganta maldiciéndose mil veces. Ella estaba en una nube que la liberaba del dolor lacerante que sentía en distintas partes de su cuerpo quebradas, abiertas, aplastadas, batidas, machacadas, partidas… rotas. El pozo en el que cayó se hizo más profundo y oscuro, y agradeció abandonarse a la nada.

Todos los esfuerzos de Frank fueron inútiles. No consiguió que volviese a abrir los ojos mientras esperaba con desesperación que llegase la ambulancia. No se atrevía a moverla y llevarla él mismo al hospital, después de tan estrepitosa caída, por si se había dañado el cuello, la espalda, o se hubiese golpeado en la cabeza. Ninguna de las posibilidades que se le ocurrían eran buenas. Y solo podía, en su mente, rememorar cada vuelta que había dado en el aire, cada golpe contra los escalones de mármol, tan afilados como una hoja de afeitar. Y esa mirada, la mirada que le había dedicado justo antes de salir huyendo de él. ¿Por qué lo había hecho? ¿Tanto miedo

le tenía? Repasó una y mil veces las frases que se habían cruzado en la cocina. Había buscado provocarla, confundirla y crisparla. Estaba enfadado con ella y con Ingrid por estar conspirando contra él. Estaba molesto por atreverse a enfrentarlo y juzgarlo cuando nadie más se atrevía a hacerlo. No desde hacía un año, no desde que se alejaba de la persona que era entonces. Y como si mereciese el mayor de los castigos por ello, se vio a si mismo regresando a esos días. A ese día en concreto en el que todo cambió.

Las luces y sonidos de la ambulancia, el ajetreo a su alrededor, las voces ordenándole que se apartara de ella, el olor ferroso de la sangre que emanaba de su pierna, cayendo sobre las baldosas blancas, el pitido de una máquina, el sonido metálico de las ruedas de la camilla, girando a gran velocidad sobre el pavimento del exterior de la casa. Todo le recordaba a aquel día. Incluso el aire frío que lo recibió en el exterior, como pequeñas agujas que se le clavaban en la piel.

Le dio igual, no sentía nada y a la vez lo sentía todo, como sucesos de otra vida que de la que, a pesar de estar huyendo, lo había alcanzado sin piedad.

—Señor, ¿es familiar? —le preguntó un sanitario poniendo una mano en su pecho para detenerlo, cuando fue a entrar en la ambulancia que se la iba a llevar al hospital.

—Soy su prometido —respondió de forma mecánica, como si su cuerpo hablase por él, repitiendo las palabras que en otra vida dijo en una situación que se parecía a esa.

No se había vuelto loco, sabía que la mujer que aguardaba en el interior de la ambulancia no era Ava, pero el sentimiento de culpa se asemejaba bastante al que sintió en su día. Entro en la ambulancia, junto al sanitario y miró a la chica que hacía solo unas horas había llegado hasta allí, con su cabello cobrizo, sus ojos de dibujo animado y sus prendas coloridas. Y el nudo se atenazó en su pecho. Su mano colgaba laxa de la camilla, con las uñas cortas y pintadas de un naranja enérgico que competía con el vivo color de su cabello, ahora esparcido sobre la sábana blanca de la camilla, en mechones arremolinados en torno a su rostro. Sintió la necesidad de aproximarse, pero no se atrevía ni a tocarla, como si temiese hacerle más daño. Se pasó una mano por el cabello, dejando que este se enredase entre sus dedos, y luego frotó su rostro con

frustración.

—No se preocupe, está estable. Respira y su pulso es fuerte —le dijo el sanitario. Un hombre joven, de treinta y pocos años que lo miraba como si entendiese por lo que estaba pasando. Se limitó a asentir, agradeciendo la información.

Tardaron en llegar al hospital apenas quince minutos, sorteando el tráfico de la ciudad con la sirena puesta, pero cada minuto se le hizo eterno, pues su mente se llenó de recuerdos que se mezclaban con el presente, embotándole los sentidos. No podía apartar la mirada del rostro de la chica que había intentado huir de él, buscando esos gestos que ella no dejaba de repetir, pero seguía impávida. Para cuando la ambulancia se detuvo, él ya conocía de memoria cada milímetro de su pequeño y dulce rostro. Las puertas se abrieron y volvieron las voces, las carreras, el tono imperativo y urgente. Los médicos se unieron a los sanitarios e intercambiaron la información sobre el estado de Penélope, con diligencia. Le preguntaron su nombre y qué había pasado y se escuchó contestar sin reconocer su propia voz, como si viese la escena desde fuera. Se mantuvo a un lado de la camilla mientras esta recorría los pasillos y era llevada a un box de urgencias al que le negaron el acceso. Permaneció pegado a la pequeña ventanilla de la puerta, viendo como la atendían, le pinchaban y la conectaban a diversas máquinas. Había mucha gente en el interior y casi no lograba ver nada, pero necesitaba quedarse y cerciorarse de que se recuperaría.

—Señor, ¿es usted familiar?

De nuevo la pregunta. Podía haber dicho en ese momento la verdad, que no la conocía en absoluto, que hacía solo unas horas que aquella chica y sus brillantes colores habían entrado en su vida y aún no sabía por qué motivo, pero cuando la enfermera le mostró la documentación que debía rellenar, tomó los papeles y el bolígrafo que le ofrecía y tras mirar por última vez a su nueva ayudante, fue al mostrador para ocuparse del papeleo, sintiendo que era lo único que podía hacer por ella en ese instante. La enfermera le sonrió, con un gesto que parecía la reproducción automática, con la aflicción precisa que debía usarse para ese momento. ¿Cuánto horror tenías que ver al día para que las personas terminasen por convertirse en números, expedientes, casos sin rostro?

Sacudió la cabeza. Odiaba los hospitales y seguramente estaba dejando que eso lo sugestionase negativamente. La enfermera había sido amable, cortés sin dilatarse demasiado. Y eso, teniendo en cuenta que le estaba mintiendo, debía ser un alivio, no una pega. Empezó a rellenar el formulario poniendo sus datos de contacto y financieros como responsable de los cargos del tratamiento hospitalario. Pero cuando llegó a los datos personales de la señorita Appleton, se quedó paralizado. Resopló, se pasó de nuevo una mano por el cabello, apurado, y miró a un lado y a otro sopesando qué debía hacer a continuación. “Llamar a Ingrid”, le respondió una voz en su interior, seguramente poseedora de la única pizca de juicio que le quedaba.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón y dio a rellamada, como hacía poco más de una hora había hecho. Al caer en lo mucho que habían cambiado las cosas en ese escaso periodo de tiempo, sintió un escalofrío que le atenazó hasta el último músculo de la espalda. En su primera llamada había estado furioso, había preparado toda clase de barbaridades que gritar a su asistente por mandarle a la pelirroja como sustituta. Ya no recordaba ni por qué había querido hacerlo. ¿Tan horrible había sido que la chica quisiera negociar algunos de los puntos del contrato?

Apretó las mandíbulas al darse cuenta de que, como la vez anterior, Ingrid ignoraba su llamada. Imaginó que mucho más después de que la chica le contase lo del contrato. Aun así, lo volvió a intentar, pero obtuvo el mismo resultado. Resopló con frustración, pero lo tenía bien merecido. Decidió que lo mejor era escribirle un mensaje diciéndole lo que había pasado y pidiéndole la información que necesitaba de Penélope para, no solo poder rellenar aquel maldito formulario, sino contactar con su familia más cercana que sin duda querrían saber de su estado. Estaba releyendo el mensaje antes de enviarlo, cuando la puerta del box se abrió y vio salir a uno de los médicos que estaban tratándola. Pulsó el botón de enviar mientras corría a interceptar al médico que ya se marchaba con paso resuelto.

—Perdone… —Lo tomó del brazo para frenarlo.

El hombre, algo más bajo que él se detuvo y alzó la mirada para observarlo con

desconcierto.

—¡Ah! Es usted el prometido, ¿verdad?

—Sí… bueno…

—No se preocupe, amigo. Ella está bien. Ha recobrado la consciencia y le he hemos administrado algunos calmantes porque tiene muchos dolores en el tórax y la pierna derecha. Vamos a hacerle placas y un TAC. Ha sufrido un politraumatismo, y de momento creemos que tiene una contusión en las costillas y una fractura en el peroné. No sabremos más o si precisa cirugía hasta tener el resultado de las pruebas, pero le mantendremos informado —. Soltó todo aquello a la carrera y quiso dar por finalizado su informe, dándole una palmadita en el antebrazo, pero Frank no se lo permitió, agarrándolo de nuevo.

—¿Cuánto tardarán con los resultados? ¿A dónde se la llevan? ¿Puedo verla?

El doctor miró la forma en la que lo aferraba, esperando una respuesta y tragó saliva antes de hablar.

—Aún no, pero sea paciente. No tiene que preocuparse, cuidamos de ella.

Aquella última frase retumbó en su mente, enredándose con una idéntica, recibida hacia un año. En aquella ocasión, las palabras resultaron ser una promesa vana, vacía. La sola idea de que pudiera pasar de nuevo, lo conmocionó haciendo que bajase las manos y soltase al doctor que, asintiendo, se marchó con celeridad. En mitad del pasillo vio a médicos, enfermeras, pacientes y familiares, ir en varias direcciones a su alrededor. Todos parecían saber qué hacer y a dónde ir, salvo él. Solo le quedaba esperar y tener paciencia, tal y como le habían sugerido. Él problema era que, jamás la había tenido.

CAPÍTULO 11

—Intente no moverse, por favor —Penélope escuchó la voz, distorsionada a través del micro como si le hablasen desde el interior de una lata. Aunque la que estaba dentro de una era ella. Odiaba esos aparatos, y no porque tuviese experiencia previa con ellos, de forma incomprensible, debido a su torpeza innata, se había librado hasta el momento. Pero es que cualquier situación que la obligase a permanecer en algo parecido a un ataúd, le parecía espantosa.

Tener que estar completamente quieta era otra de las torturas, mucho más cuando cada hueso y músculo del cuerpo le dolía como si se los hubiesen sacado, apaleado y vuelto a meter, formando un puzle que no terminaba de cuadrar por faltar alguna pieza. Si a eso sumaba el zumbido que le abotargaba la mente por el golpe y los calmantes, aquel aparato del demonio reproducía uno aún mayor que el que sentía en su cabeza, llenando sus oídos de un ruido redundante, metálico y atronador. La sala también estaba a una temperatura ártica. No lo entendía le castañeaban los dientes, pero la adrenalina que le provocaba el miedo la mantenía alerta, tensa, pendiente de cada soniquete, y contando los segundos que debía durar esa tortura.

Cuando por fin oyó de nuevo la voz del técnico de imagen que le dijo que habían terminado, llenó los pulmones para suspirar con alivio, olvidándose de que el solo ejercicio de respirar le dolía horrores. Aun le quedaba esperar a que abrieran el cuarto y se la volvieran a llevar, atravesando los pasillos, sin saber a dónde. Es lo que había sentido desde que recobró el conocimiento; incertidumbre, confusión y soledad. Lo último que recordaba era querer marcharse de la casa de Edwina Stone, mientras dejaba su fugaz trabajo como ayudante de Frank Beckett. Cada vez que recordaba al hombre que le había crispado los nervios hasta el punto de querer renunciar a ficharlo como cliente, cuando había sido este su mayor objetivo los últimos

años, se ponía de los nervios. No quería volver a verlo. Era grosero, inflexible, terco, rudo, severo, maniático…desconcertante, inquietante, insólito, imprevisible, increíble… No, increíble no. Eso sonaba a fascinante y eso había dejado de serlo al comportarse como un neandertal. Aun así, habría podido con él. No era el primer cliente insufrible al que tenía que enfrentarse, solo hacía falta más tiempo para diseñar una estrategia de cómo trabajar con él. Pero Frank Beckett era mucho más que insufrible, era… peligroso. Lo supo en cuanto le ofreció su mano para salir del interior de su mini. En ese momento quiso obviar o confundir el aturdimiento que le provocó con los nervios de verse frente a su autor más admirado. Pero cuando se aferró a sus brazos, cuando posó una mano al final de su espalda, supo que no eran nervios solo lo que le provocaba. Despertaba cosas en ella. Cosas que no eran buenas, porque además de las dichosas descargas que nublaban sus sentidos, también aturdía su buen juicio y su saber estar. Cualidades que Gina, siempre había valorado en ella. Y que junto a Frank Beckett desaparecían. Se había visto como una persona diferente, una beligerante, reaccionaria, una de esas personas que perdían el control y terminaban actuando como si no hubiera reglas.

No, no pensaba convertirse en una de esas personas. Por eso había salido corriendo de allí, huyendo de las respuestas que le provocaba, evitando a la Penélope, a la que se le paralizaba el corazón y olvidaba respirar cuando la tocaban. ¿Qué clase de profesional era si balbuceaba y se portaba como una estúpida adolescente en presencia de su cliente?

Ella no. Renunciaba a su sueño al gran fichaje que la había catapultado al puesto de agente/socia de Gina. Por lo visto no estaba preparada, tendría que asumirlo, por doloroso que fuera. Tendría que volver a revisar su lista de autores con potencial, y saltarse la primera fila. Trabajar duro con ellos al menos un par de años más, hasta conseguir convertirlos en grandes figuras. Podía hacerlo. Era trabajo de hormiguita, su especialidad. Verse como una fracasada, hizo que tuviese ganas de llorar, su pecho se encogió, pero le dolía tanto que evitó dejarse llevar por el tumulto de emociones que hacía vibrar su caja torácica. Lo que sí se liberó sin control, fue una pequeña lágrima que sintió en el rabillo del ojo, a punto de precipitarse hacia su mejilla. Cuando percibió la mirada curiosa de la celadora que empujaba su camilla, intentó girar el rostro,

pero se dio cuenta entonces de que llevaba un collarín que se lo impedía.

—¿A dónde me llevan ahora? —preguntó en un hilo de voz.

—A la habitación. Los médicos irán allí con los resultados de las pruebas, en cuanto estén disponibles —le dijo la mujer, con gesto anodino.

Volvió a sentirse sola. Y durante los siguientes minutos se dedicó a regodearse en ese hecho. Sus padres estaban de crucero y no había podido llamar a Zola. No contaba con muchos amigos, al menos de esos tan íntimos como para querer que la viesen en ese estado deplorable. No de los que necesitaría para que la ayudasen a levantarse para ir al baño.

La celadora dio la vuelta a su camilla para hacerla entrar de espalda en la habitación. Necesitaba llamar a su amiga, pensó durante la maniobra. Y ese fue el momento en el que cayó en la cuenta de que no tenía el bolso. Ni siquiera sabía cómo había llegado al hospital, aunque imaginaba que Beckett habría llamado a una ambulancia. ¿Y él? ¿Dónde estaría él? No lo había visto por los pasillos, muy probablemente se habría quedado en la casa.

Ese pensamiento se fue al traste nada más entrar en la habitación. Porque en cuanto giraron la camilla para apoyarla en la pared, se encontró de frente con la mayor de sus pesadillas. Contuvo el aire por instinto e hizo una mueca al recibir como respuesta el dolor agudo de esa zona de su tórax.

—Estás aquí… —dijo atónita, sin percatarse de que lo tuteaba. Tal vez porque le parecía una alucinación. Él tenía el gesto mortificado e inmutable. La miraba de una forma extraña, prudente.

—Claro, no iba a dejarte sola… —Le dio la sensación de que dejaba la frase a medias, cuando entró la enfermera, tras la camilla. Esperó paciente a que le colocase una vía con el suero y la medicación, sin moverse de la pared del fondo, a distancia, pero sin dejar de clavar su mirada azul en ella, en su rostro, como si quisiera registrar cada uno de sus gestos. Se sintió incómoda y desvió el semblante hacia la enfermera. No le gustaban las agujas, pero ver que la pinchaban era menor molesto que su escrutinio.

—Ya está. En cuando estén los resultados, el doctor se acercará a informarles —Penélope

se sorprendió al ver que no solo lo incluía, sino que le dedicaba una sonrisa encantada a él. No a ella que estaba en una camilla con el cuerpo roto, sino a él, que aún parecía el adonis recién salido de la contraportada de un libro. Con sus vaqueros, su suéter azul, el abrigo oscuro colgado del brazo y el cabello peinado despeinado de una forma tan sexi que daban ganas de recolocarle el mechón que caía como una perfecta onda sobre su frente. Tenía que haber sido un niño guapísimo, un bebé de esos de anunció que parecen pintados, como un querubín dulce y pícaro.

—¿Qué clase de drogas me están metiendo? —consiguió balbucear al darse cuenta de los extraños derroteros que tomaban sus pensamientos.

Beckett miró hacia la puerta por la que acababa de salir la enfermera, con duda, porque la mujer ya no estaba. Resopló con lentitud y se acercó a la camilla para mirar las bolsas de medicación colgadas en una especie de perchero que habían puesto a su lado, intentando satisfacer su curiosidad. Tuvo que estirar el brazo para girar las bolsitas transparentes con la medicación. Le pareció que lo hacía incluso de puntillas, para no acercarse demasiado.

—No… no sé lo que es. Será mejor que esperemos a que venga el doctor —repuso él y regresó al que parecía su sitio, en la pared del fondo.

Uno, dos, tres incómodos minutos de tortuoso silencio se instalaron entre los dos.

—No hace falta que… —empezó a decir Penélope, deseando que se marchase de allí, a pesar de estar asustada y no querer quedarse sola. No necesitaba que la viese así. Ya había pasado por suficientes momentos bochornosos en su presencia en las últimas horas.

Pero no pudo terminar la frase porque él había decidido romper el silencio al tiempo que ella.

—No he podido localizar a Ingrid para contarle lo de la caída…

¿Ingrid? Por qué iba a llamar a Ingrid. Su mente embotada tardó un par de segundos en recordar que él creía que era su tía y por lo tanto un familiar cercano al que avisar.

—No es necesario molestarla durante su viaje. Llamaré a… ¡Oh! Mis padres también están de viaje, solo me queda Zola. La llamaré a ella y se quedará conmigo. No es necesario que se moleste.

—No es una molestia —repuso él rápidamente. Y en sus ojos vio una sombra, una atormentada y angustiosa que por un momento le hizo preguntarse si se sentía responsable de ella.

Eso era ridículo.

Se había caído ella sola, con ayuda de su estúpida torpeza. Tenía que haber esperado a que bajase el ascensor, pero cuando vio que él llegaba a su lado y este aún no estaba abajo, temió que entrase con ella en el diminuto espacio, y lo último que quería era verse respirando el mismo aire que él, a tan escasos centímetros como para correr el riesgo de que alguna parte de sus cuerpos volviesen a entrar en contacto.

—De veras, no es necesario. En cuanto pueda la llamaré, ella se encargará de todo, recogerá mis maletas de su casa y será como si nunca hubiese estado allí.

Su declaración hecha con una mueca de dolor hizo que él tragara saliva y cambiara el peso de pierna. Finalmente negó con la cabeza. No pudo preguntarle con qué parte de su declaración no estaba de acuerdo, porque un médico entró en la habitación.

—Buenas noticias, ha sufrido un politraumatismo bastante aparatoso. Tiene hematomas en espalda, extremidades, tórax…

—En todo el cuerpo —interrumpió Beckett, instándolo a decir algo que no supiera. Sabía cada uno de los golpes que se había dado el menudo cuerpecillo que había sobre la camilla. Todo el tiempo que llevaba allí había estado repasando la caída en su mente, intentando convencerse de que no había sido tan grave, pero lo había sido. Aun alucinaba con el hecho de que ella estuviese allí, hablándole, despierta.

—Claro… tal y como esperamos lo de las costillas es solo una contusión. Con medicación y antiinflamatorios mejorará en unos días, como el resto de golpes. No hay daños en órganos ni en la columna, que habría sido lo más grave. Aun así, vamos a dejarla veinticuatro horas en observación, porque estas caídas pueden dar sorpresas, haber derrames posteriores… —Cuando vio el tono ceniciento que adquiría la piel de Penélope, se detuvo —El problema principal es la pierna, aunque podría haber sido mucho peor. Tiene una fractura en la diáfisis debido al impacto

directo que ha sufrido durante la caída el peroné.

Aquello sonaba a algo serio, pensó Penélope y sin poder evitarlo, miró a Beckett, en busca de un rostro familiar que la reconfortara, él dio un paso hacia delante y aquel pequeño gesto le supo a aire fresco.

—En principio no necesitará cirugía, si hace bien el reposo y no realiza esfuerzos.

Penélope suspiró con alivio a pesar del dolor que le provocó llenar los pulmones. En un gesto espontáneo sonrió a Frank y él sorprendido parpadeó un par de veces, confuso. El alivio desapareció y se sintió tonta al instante. ¿Qué había pensado, que estaba allí porque eran amigos?

—Le pondremos una escayola y tendrá que estar inmovilizada y tomarse las cosas con calma las próximas seis, ocho semanas. Iremos viendo, según la evolución.

—¿Ocho se…ma…nas…? —Sus ojos se abrieron con espanto. No podía estar en reposo tanto tiempo, tenía muchas cosas que hacer, trabajo al que enfrentarse, asuntos que tratar… No era cierto, no tenía tanto que hacer esos días, estaban a poco más de una semana de las fiestas navideñas y ya poco o nada trabajo le estaba esperando en la oficina. Aunque ella hubiese tenido en mente contactar con su lista de autores con potencial, sabía que todo el mundo tenía sus planes para esas fechas y que, hasta después de año nuevo, cualquier gestión sería eso, un mero trámite, un nimio movimiento en la larga partida que se tardaba en jugar para conseguir un buen fichaje. Se dio cuenta en ese momento de lo absurdo que había sido meterse en ese loco plan de fichar a Frank Beckett, al hombre que en poco más de veinticuatro horas la había visto en bragas y rodando por la escalera como una bola de nieve.

—¿No es más cómoda una férula? Para el aseo y demás… —volvió a intervenir Beckett como si realmente el tema le preocupara. Que estuviera pensando en qué podía ser más cómodo para que se diese la ducha, le caldeó las mejillas, por lo íntimo de la imagen.

—Sí, lo es…

—Pues pónganselа —ordenó como el general a sus tropas.

Penélope vio asentir al doctor, no le extrañaba porque él gesto petrificado de Frank Beckett no daba lugar a réplicas.

—En breve nos ocuparemos de ella. Cuando quitemos la férula definitivamente, con total seguridad tendrá que hacer rehabilitación —siguió informándolo, como si ella hubiese desaparecido.

Sabía que no tenía una gran presencia, no una imponente que la convirtiese en el centro de atención, pero era la paciente. Una paciente adulta que tomaba sus propias decisiones. Y el se comportaba como si fuera su padre o algo así. La sola idea la hizo soltar un gimoteo de protesta. El patético sonido llamó la atención de ambos hombres que giraron los rostros para observarla. Beckett con una ceja alzada, de forma interrogativa. Hundió los hombros en el colchón, y desvió la mirada. No tardaron en perder el interés en ella y seguir con su charla.

No importaba, estaba agotada y dolorida, respirar era una labor titánica y no podía mover un solo músculo de su cuerpo. No tenía fuerzas para discutir con él, no en ese momento en el que solo quería dormir lo suficiente para que, al despertar, le pareciese que ya había pasado la pesadilla. Cerró los ojos y sus párpados cedieron con tanta facilidad, que se dejó llevar por el sopor que la cobijó al instante. Allí, en la oscuridad no había miradas inquisitivas, momentos de tensión y semanas por delante de auténtica tortura.

Las voces masculinas se fueron alejando y agradeció que se convirtiesen en tan solo un murmullo.

—Tengo que llamar a Zola —farfulló, pero no llegó a saber si lo hacía ya en sueños.

Frank la vio abandonarse en los brazos de Morfeo y tomando al doctor por el codo, lo instó a que continuasen la conversación fuera de la habitación, para no molestarla. Estaba tan pálida que parecía que su piel fuera de porcelana. Hasta las preciosas pecas, habían palidecido contrastando con las manchas carmesí que habían empezado a aflorar en su mejilla, mentón, e imaginó que en muchas otras partes de su cuerpo. Un escalofrío recorrió su espalda. No quería ni imaginar lo dolorida que debía estar, por eso quería hacer todo lo posible por ella y que no tuviese que preocuparse por nada. Una vez fuera de la habitación pidió al doctor que le explicase con más detalle el alcance de sus lesiones, el uso de la férula y la medicación que le estaban administrando y que debía seguir tomando a su marcha. Después estuvo hablando con la

enfermera y haciéndole unas cuantas preguntas más a ella. Esta le respondió con bastante más predisposición, quizás porque era fan de sus libros, y lo había reconocido de una entrevista para la televisión que había concedido al principio de la promoción de ese año, pero aquella amable mujer no solo le amplió la información, sino que le aseguró que la vigilaría mientras él estuviera fuera.

Necesitaba volver a la casa para recoger algunas de sus cosas, entre ellas su bolso y el móvil que debía haber perdido durante la caída porque no lo había llevado en la ambulancia. Ingrid no le había devuelto la llamada ni contestado al mensaje y lo único que se le ocurría era conseguir sus datos de contacto y resto de datos personales de la documentación que debía llevar en la cartera, o pronto se encontraría fallando en su tapadera de amante prometido. Echó un último vistazo al interior de la habitación y tras comprobar que seguía descansando, se marchó con rapidez no queriendo tardar demasiado.

La luz brillante de un nuevo día se filtraba por la ventana, cuando despertó Penélope del mayor letargo de su vida. Desde niña, había sido muy madrugadora. Sus padres bromeaban con el hecho de que jamás les había pedido dormir cinco minutos más. Siempre con la sensación de que si dormía demasiado se perdería algo importante, algún descubrimiento, algo que podría hacer que ese día se convirtiera en un hito en su historia. Naturalmente eso no solía pasar, pero su hábito de despertar al alba no había cambiado. Jamás se le habían pegado las sábanas, pero ese día se sentía como si acabase de despertar de una larga y pesada hibernación. ¿Había dormido horas, días, semanas? ¿Las necesarias como para que hubiese pasado el tiempo y sus heridas hubiesen sanado? Recordó las máquinas de regeneración del mundo futurista de la saga de Beckett y frunció los labios, pensando una vez más, que le gustaría mucho más vivir en esa realidad que en la suya. Allí, en Zeta Horizon sería una temible guerrera, con un apodo exótico y temible como…

—Buenos días, piruleta. —Al oír la forma en la que se dirigió a ella, dejó salir el aire lentamente por su nariz al tiempo que la arrugaba, molesta.

Él seguía allí, ¿por qué no se había ido? Bajó el rostro justo a tiempo de verlo levantarse.

La noche anterior no se había dado cuenta, pero aquella habitación era bastante amplia y acogedora para ser la de un hospital. Ella solo había estado en la habitación de un hospital, con anterioridad, una vez; cuando operaron a su padre de una hernia de hiato, y no recordaba que se pareciese en nada a esa. El color de las paredes, de un crema casi vainilla hacía juego con el mobiliario de madera oscura. Había hasta cuadros con relajantes marinas colgados de las paredes y un enorme ramo de flores frescas en una mesa redonda, flanqueada por un par de butacas. De una de estas se levantó él y con paso lento se dirigió a la cama. Inmediatamente ella quiso enderezarse, pero el dolor de cada músculo de su cuerpo, le avisó de que no era buena idea.

—No hagas esfuerzos. Si quieres incorporarte, yo te levanto la cama —añadió él, con gesto afable. Lo vio tomar el mando que había colgado en un lateral de la camilla, pulsar un botón y la parte superior comenzó a moverse con la lentitud de un perezoso—. Dime cuándo quieres que pare —añadió y esta vez casi esbozó una sonrisa sincera que la dejó atónita. Había visto el gesto en fotografías, en reportajes, en entrevistas, pero era la primera vez que la presenciaba en directo y fue como darse cuenta de que los unicornios existen.

Durante un segundo se quedó mirándolo, confusa. Sin poder decir nada, hasta que la postura casi vertical de su torso le proporcionó una punzada tan fuerte en la espalda que de sus labios escapó un quejido.

—Tienes que avisarme antes, o de lo contrario te convertiré en un burrito —le dijo él cambiando rápidamente de botón para volver a tumbarla un poco.

¿Eso había sido una broma? Penélope empezó a parpadear confusa. Pero la sensación de haber despertado en una realidad alternativa en la que Frank Beckett se pareciese realmente al hombre que ella había imaginado durante años, mientras lo admiraba, estalló en su mente cuando escuchó la alegre voz de la enfermera al entrar en su cuarto.

—¡Ya ha despertado! ¡Fantástico! El buen descanso es garantía de recuperación —dijo con la resolución de una Mary Poppins con pijama blanco—, ¿Ha visto Frank, ya le dije que confiara en mí? —añadió tras llamarlo por su nombre de pila y si eso no fuera suficiente, le guiñó un ojo con picardía— Su prometido estaba muy preocupado por usted. Tiene mucha suerte, señorita

Appleton, porque un hombre tan atento y cariñoso no se encuentra todos los días, se lo digo yo que aquí veo cada cosa… —esta vez se dirigió a ella, con una mirada tan edulcorada como su gesto. Y en ese mismo momento, tras escuchar aquella última declaración, Penélope supo que había muerto, aunque aquello no parecía el cielo, en absoluto.

CAPÍTULO 12

Por supuesto, tras aquella inquietante declaración, se quedó petrificada. Miró a Beckett y este volvió a sonreírle, ella en respuesta negó con la cabeza. Movimientos cortos y rápidos que la hacían parecer sufridora de algún tic, porque sus cejas se alzaron incrédulas, al tiempo que sus ojos se encogían desconfiados. Empezó a pensar en todas aquellas películas y libros en los que el protagonista despertaba en un mundo cambiado e idílico, para después descubrir que algo muy malo se estaba cociendo pues eran controladores de mentes, algún tipo de secta. Incluso una realidad falsa creada para dominar a la humanidad, después de una invasión alienígena, justificaba más dos sonrisas de Frank Beckett en un solo minuto.

El susodicho y la enfermera, que se dieron cuenta de su expresión contradictoria, se miraron entre ellos con complicidad, lo que no hizo más que alimentar su loca teoría.

—Debe estar hambrienta —repuso la enfermera, buscando rápidamente una explicación a su extraño comportamiento. Como si fuese ella la loca, y no aquellos dos que actuaban de forma extraña.

Con inquietud la vio marcharse por la puerta, dejándola a solas con Beckett, que no dejó de sonreír a la mujer, encantado.

—Bien, ya se ha marchado —comenzó él cambiando radicalmente el gesto—. Es una mujer agradable y comprometida con su trabajo, pero un poco…

—¿Intensa? —terminó por él— Y con una imaginación aún mayor que la mía, porque mira que pensar que tú y yo… —empezó a señalarlos alternativa y repetidamente con un dedo.

—Bueno, eso tengo que explicártelo antes de que vuelva —se apresuró él a interrumpirla, acercándose a la cama, e inclinándose sobre ella en tono confidente. De repente se vio envuelta por su cuerpo masculino, que estaba tan cerca como para dejarla apreciar de nuevo esa

combinación de jabón y colonia del día anterior. No había toques de lasaña esta vez, y los echó de menos, con el hambre que tenía. Aun así, cerró los párpados para inhalar aquel delicioso aroma masculino, que la terminó de despertar, haciéndola muy consciente de todo lo que estaba sucediendo.

—He tenido que hacerme pasar por tu prometido.

El momentazo terminó en ese instante y ella lo miró con ojos apabullantemente grandes.

—¿Por qué? —dejó que la pregunta escapara de sus labios, como si aquella fuera la más loca e inverosímil de las ideas.

—Es un poco insultante que la suposición te parezca tan terrorífica, ¿sabes? Pero, en fin, era la única solución. No sé prácticamente nada sobre ti. Llamé a Ingrid como el único familiar tuyo con el que podía contactar, pero no me cogió el teléfono. —Ese hecho pareció molestarle, porque lo vio apretar las mandíbulas—. Y cuando llegamos aquí tenían muchas preguntas que hacerme. También había que firmar formularios de consentimiento, tomar decisiones, dar los datos del seguro y cosas así —dijo sacudiendo la mano. Además, no me habrían dejado quedarme contigo si les llego a decir que hacía dos horas que te conocía, y que te caíste de las escaleras huyendo de mí, ¿verdad?

Ladeando la cabeza, Penélope tuvo que conceder que, dicho de esa forma, su mentira tenía algo de sentido.

—¿Qué decisiones has tomado? —preguntó ella rápidamente.

Él volvió a sonreír ante su preocupación y la repetición de ese gesto, la hizo desviar la mirada, turbada.

—Tranquila que no he donado tus órganos. —La frase vino acompañada de un ligero gorgojeo que salió de su garganta, grave y redondo, parecido a una risa. Un sonido que la aturdió más y le aceleró inexplicablemente el latido—. Han sido cosas como el tipo de habitación, el especialista… Mi seguro se ha ocupado de todo.

Ella se limitó a asentir.

—Por eso tendrás que seguirme la corriente hasta que salgamos de aquí. —Clavó su

mirada oceánica en ella, buscando su respuesta. Y Penélope volvió a mover la cabeza afirmativamente, a tan solo unos centímetros de su rostro.

Escucharon las ruedas de un carrito y la vivaracha voz de la enfermera aproximarse canturreando, en el momento en el que puso un pie en la habitación, Frank terminó de inclinarse sobre ella y depositó de improvisto, un beso sobre su frente, antes de separarse de la cama.

—¡Oh! ¡Hacen ustedes una pareja tan… tan bonita! —dijo la mujer con entusiasmo.

Ella sin embargo no pudo prestar atención a ni una sola más de sus palabras, concentrada como estaba en sentir el calor que habían dejado esos labios sobre su piel. En su vida un hombre, salvo su padre, le había dado un beso en la frente. Uno de esos besos castos, indulgentes, clementes. Pero el efecto de la presión de aquellos labios llenos, firmes, presionándose contra su piel, marcándola con una huella invisible pero incandescente, provocó ascuas en su vientre.

—¿Has oído, cariño? Un desayuno completo —repitió él las palabras de la enfermera, como si se hubiese percatado de su estado de embobamiento. Esa posibilidad la ruborizó e hizo que forzara una sonrisa complaciente hacia la enfermera que esperaba algo más de entusiasmo.

—Seguro que está buenísimo —dijo con sinceridad cuando le acercó el carrito y la bandeja por el lateral de la cama. Pero, aunque no mentía, toda el hambre que había sentido hacía unos minutos cuando echó de menos el olor de la lasaña en el cuerpo de Beckett había desaparecido. Ahora tenía el estómago cerrado a cal y canto, por los nervios.

—Gracias, Betsy, es usted muy amable. No se preocupe, ya me ocupo yo de ayudarla.

La mujer exhaló un suspiro, complacida.

—Lo que yo le decía, atento y cariñoso. No lo deje escapar, señorita Appleton, o se lo quitarán de las manos. —La risita que acompañó al comentario rebotó cantarina por las paredes de la habitación, hasta que se fue con ella por la puerta.

En cuanto la mujer se marchó la sonrisa de anuncio de su exjefe se difuminó de sus labios devolviéndole parte de su rudeza habitual. Y ella, para su sorpresa, suspiró aliviada. Prefería saber a qué se atenía con él. Porque cuando fingía tanta amabilidad y cortesía la confundía demasiado.

—Bien —dijo Beckett resolutivo, en apariencia tan aliviado como ella— ¿Quieres que te levante el respaldo o vemos si puedes incorporarte sin la ayuda de la cama? El doctor dijo que de este tipo de cosas dependía que pudieses salir antes del hospital.

Ella quería marcharse lo antes posible de allí, por lujosa que fuese la habitación y lo amable que fuera el personal, prefería verse en su cama. Y respondió rápidamente.

—Quiero ver si puedo incorporarme.

—Perfecto. Pues vamos a ello —Le dijo, y antes de que pudiese intuir su siguiente movimiento, posó una mano en su espalda y le ofreció el otro brazo para que se aferrase a él—. Agárrate con fuerza para tirar, pero no temas si no puedes, yo te estoy sujetando.

Y tanto que la estaba sujetando, sentía cada uno de sus dedos largos, y la palma, clavándose en su piel, sosteniéndola con firmeza y haciendo que se sintiera más segura que nunca. Lo que la llevó a cogerse del brazo que le ofrecía y tras rodearlo con sus manos pequeñas tirar de su cuerpo para levantarlo de la cama. El esfuerzo fue titánico, doloroso y agotador, pero se sintió tan satisfecha de haberlo conseguido que sonrió de oreja a oreja.

—Lo has hecho genial, piruleta —le dijo él imitando su gesto. Pero en cuanto la oyó llamarla así, Penélope frunció el ceño y los labios.

—¿Por qué… me llamas… así?

Ver de nuevo el fuego centelleante en sus ojos, fue para Frank sencillamente revitalizador. En las últimas horas la había visto pasar de un color amarillento y mortecino a ese melocotón, más saludable y alentador. Salvo por las marcas ya moradas de su rostro que eran la prueba alarmante de lo cerca que había estado de no superar la estrepitosa caída. Solo de pensarlo se ponía enfermo. La impotencia y la culpa se abrían en su pecho, desgarrándolo. La vio allí, esperando una respuesta, impacientándose y enfadándose hasta el punto de colorear sus mejillas con aquellas tonalidades de rojo que tanto le gustaban y se limitó a sonreír, para no satisfacerla.

—Está bien, no vas a decírmelo —dijo ella alzando la barbilla, muy digna.

—De momento, no —Su respuesta pareció confundirla, e imaginaba por qué. Supuso que ella creía que en cuanto saliera del hospital, se despedirían, pero él tenía otros planes.

Ignorando su mirada inquisitiva, levantó la tapa de su bandeja y dejó que el aroma de los huevos revueltos, las tostadas, el jamón y el café inundaran la habitación. Volvió a sonreír al escuchar el ruido de sus tripas, en respuesta. Penélope se llevó una mano al estómago, avergonzada, pero como él no hizo ningún comentario, se encogió de hombros y cogiendo el tenedor, pinchó un pequeño pedazo de huevo. Tras introducirlo en su boca, cerró los ojos con éxtasis y gimió con la cadencia de una gatita ronroneando.

—Mm… —dijo suspirando— Está delicioso —añadió, tapándose la boca. Frank dio un par de pasos hacia atrás, buscando la butaca que había ocupado toda la noche y se sentó, consternado con la creciente excitación de su cuerpo. Mientras ella, a punto de la embriaguez culinaria, le narraba el sabor y textura de los huevos, él se recriminó mentalmente estar pensando en ella de esa forma, después de lo que había pasado. Pero cuando Penélope volvió a gemir, tras introducir una segunda porción en su boca, no le quedó más remedio que frotarse el rostro y cambiar de postura cruzando las piernas, mortificado.

¡Maldita sea! ¿Qué demonios le estaba pasando? No era un estúpido adolescente, ni ella la animadora de faldita corta que se contoneaba frente a él en el comedor de la escuela. Era su piruleta de colores. La chica que lo sacaba de quicio con sus juicios precipitados y su necesidad persistente de llevarle la contraria. La que se había colado en su vida, invitada por Ingrid, y aún no sabía con qué fin. Empezó a repetirse las cosas que le molestaban de ella. No quiso recordar lo que había sentido a lo largo de la noche mientras la observaba, ese sentimiento creciente de protección que se había anidado en su pecho. Tampoco que había buscado su contacto, tomándole la mano, o como había usado la excusa del prometido perfecto para besar su piel, aunque fuese con un beso casto sobre su frente, que le había sabido a tan poco que estuvo tentado de repetir la operación sobre sus labios.

No, no iba a pensar en esas cosas, porque con verla gemir, enardecida, con unos simples huevos revueltos, ya tenía bastante tortura para lo que le restaba de día.

—Deberías probarlos, juraría que tienen una pizca de nata y nuez moscada. —La vio fruncir el ceño—. ¿Tienen nuez moscada en un hospital? —preguntó sin dejar de mirar el plato,

imaginó que más para sí misma, que para él.

—En esta planta sí —repuso él con voz más grave de lo normal, solo para hacer que ella lo mirara de nuevo.

Y lo hizo. Enlazó su mirada de color indescifrable con la suya, aderezándola con una sonrisa encantada en los labios que le provocó un pellizco en el estómago.

—Claro, la planta vip —dijo ella asintiendo— Si este es el desayuno que te sirven, no quiero ni imaginar la comida. Tiene que ser un espectáculo.

—Supongo, pero con suerte te darán el alta antes.

Frank se sorprendió al ver que aquel comentario mermaba su gesto de felicidad de hacía un momento. Y se preguntó qué le preocuparía.

—He traído tu bolso y tus cosas, mientras dormías. Él móvil se había caído al suelo. No sé si funcionará, pero si no lo hace y quieres llamar a alguien, puedes usar el mío —le dijo registrando sus gestos.

—Sí, gracias. Debería llamar a mis padres, aunque no quiero preocuparles. Están de crucero de aniversario. Llevan años esperando este viaje… —Las últimas palabras las pronunció en un susurro dubitativo.

Frank no dijo una palabra, solo analizó la sucesión de expresiones de su rostro. Se la veía debatirse entre la necesidad de contar a sus padres lo que le había pasado y la preocupación por estropearles un viaje que con total seguridad finalizarían prematuramente para atenderla.

—¿Y Zola? —la interrogó recordando la última frase que dijo antes de dormirse.

—¿Zola?

—Sí, dijiste anoche que tenías que llamarla. ¿Es tu amiga, tu hermana, tu… novia?

Tuvo ganas de golpearse a sí mismo en la frente al pronunciar la última pregunta. ¡Muy bien, Beckett, eso es sutileza! Se recriminó. Pero ¿qué otra cosa podía hacer para averiguar algo más sobre ella? Tenía que ser alguien importante, si había sido la persona que había pensado avisar en una situación de emergencia.

—¡No… no! —se apresuró ella a contestar con los ojos muy abiertos y él por ridículo que

fuera, respiró con alivio —Bueno, sí —añadió ella inmediatamente, sacudiendo la cabeza. Y él frunció el ceño— Que no es mi novia. Es mi amiga, casi mi hermana —terminó por aclarar, tras pasearlo por aquella montaña rusa de incertidumbres.

—Una hermana… —repitió él para cerciorarse.

—Sí, la hermana que nunca tuve y siempre quise tener. Soy hija única —añadió sin saber por qué, pues no veía necesario que compartiesen más información sobre ellos, cuando a lo sumo en unas horas se despedirían.

—Yo también soy hijo único —reveló él, sorprendiéndola. Parpadeó varias veces antes de contestar.

—Entonces me entiendes. Cuando creces solo te das cuenta de la importancia de crear lazos fuertes e inquebrantables con otras personas.

Beckett resopló cambiando el gesto a otro más sombrío y ácido. Después apoyó las manos en los brazos de la butaca y se levantó para darle la espalda.

—Bueno, eso no siempre funciona. Pero me alegro de que tengas a tu amiga. —Fue hasta el armario de la pared y sacó su bolso de piel. Morado, con flores bordadas en varios tipos de naranja, teja, rojo y amarillo. Lo puso a su lado, en la cama, y tras sacar su teléfono móvil, se lo ofreció. —Se ha rajado la pantalla, pero parece que enciende.

Penélope, tomó el aparato y tras poner la yema en el lector vio como este se desbloqueaba.

—Sí, funciona —exclamó con una sonrisa.

—Perfecto, te dejaré unos minutos para que puedas hablar con calma. Estaré fuera por si necesitas algo.

—Claro, gracias —repuso viéndolo ya marchar.

Durante los segundos que duraron los tonos estuvo mirando hacia la puerta, desconcertada, preguntándose si aquel era el mismo hombre del día anterior. ¿Se habría precipitado en sus conclusiones, dándolo por imposible? No pudo encontrar una respuesta porque en ese momento la voz somnolienta de Zola respondió al teléfono.

—¿Pe? Es muy temprano, ¿estás bien? —preguntó en tono espeso. Para su amiga que no se

regía según el horario oficial, las tres de la tarde podrían ser igualmente horas tempranas y puso los ojos en blanco.

—No, bueno ahora sí estoy mejor, pero… —No pudo terminar la frase, porque otra voz femenina entró en escena.

—Zola, cariño, ¿pasa algo?

Penélope abrió los ojos de par en par. Oyó a su amiga chistar a alguien y luego unas risitas, antes de que esta volviese a la línea tras carraspear.

—¿Cariño? —repitió el inesperado apelativo amoroso — ¿Estás acompañada? —le preguntó sorprendida. Zola le había dicho que se iba a pasar el fin de semana en casa, tirada en el sofá, viendo reposiciones de Friends.

—Mm… sí. ¿Recuerdas a Courtney?

—¿La enfermera de la feria? ¿La chica que me ayudó cuando me desmayé?

—La misma. La cosa es que la llamé cuando te fuiste. Quedamos para tomar una copa y… bueno… Una cosa llevó a la otra y ahora vamos en tren de camino a Las Vegas.

—¡Las Vegas! ¿Te has ido a Las Vegas! ¿Con Courtney? —las frases salieron de su boca, una tras otra, cada vez más alucinada.

Penélope no necesitó ver el rostro de Zola para saber la mueca jocosa que hacían sus ojos y su boca en ese momento. Así le gustaba vivir la vida a ella, al límite, sin límites. Solo su amiga era capaz de conocer a alguien y a las pocas horas irse con ella de viaje, para disfrutar de una tórrida aventura.

—¡Estás loca! —le dijo sin reproche, tan solo alucinada con su forma de comerse el mundo.

—Lo sé —añadió esta riendo— Pero dime, ¿por qué me llamabas? ¿Ya te has cansado de don perfecto? ¿O quieres contarme algún detalle jugoso? Sorpréndeme y dime que te lo has folla...

Penélope sabía como terminaba esa frase y dejando caer el teléfono sobre su regazo, se tapó los oídos con las manos. Segundos después los destapó.

—¿Has terminado ya de decir cochinadas? —le preguntó.

—No son cochinadas, es la sal de la vida. Yo llevo haciéndolo no sé… ¿las últimas… doce horas? —la oyó preguntar, con total seguridad a Courtney, y cuando la chica rio, supo que no exageraba un ápice.

Resopló.

—No, yo no he estado haciendo eso. —Cerró los ojos con fuerza y se pasó la mano por la frente antes de seguir contestando. No le gustaba mentir, pero tampoco le gustaba ser una carga y si le decía a Zola que se había caído por unas escaleras, que la habían escayolado y que no podía moverse, volvería como un rayo y fastidiaría su aventura—. No te llamaba por nada importante, solo quería saber cómo estabas. Ahora que veo que bien, te dejo. Ya hablamos a tu vuelta.

—Como quieras, pelirroja. Y disfruta un poco de estas semanas, que no sea todo trabajo.

—Claro, claro. Un beso —farfulló antes de colgar.

Se quedó unos segundos mirando la habitación vacía. Luego apartó la sábana para ver su pierna inmovilizada de la rodilla para abajo. No sabía en qué estado estaba el resto de su cuerpo, pero al menos en brazos y piernas, comprobó bajo el camisón que tenía varios cardenales de aspecto bastante lamentable, tanto como se sentía ella; dolorida, cansada y sin saber cómo se las iba a apañar las siguientes semanas, metida en su piso; un tercero sin ascensor tan pequeño como una caja de zapatos. Y volvió a resoplar con la perspectiva en mente de las peores navidades de su vida.

CAPÍTULO 13

Frank esperó pacientemente delante del mostrador de enfermería, mirando de tanto en tanto hacía la puerta de la habitación. Le preocupaban las cosas que se le podían estar pasando por la cabeza a su piruleta de colores. La había visto más animada y luego más triste cuando habló de sus padres y que estos no podrían ir a verla por estar de crucero. Le hizo gracia advertir su debate mental, dudando entre llamarlos o no. Por alguna razón no le sorprendió que ella decidiese no hacerlo, y no estropearles el viaje. Parecía ese tipo de gente, el tipo de persona que anteponía a los demás a sus propias necesidades. Y ese hecho no hizo más que confirmar que debía ejecutar su plan. Uno que había estado fraguándose en su mente durante las horas que ella había estado durmiendo. Al alba ya lo tenía todo preparado, salvo ese pequeño detalle con el que lo estaba ayudando Betsy en ese momento. Le había venido muy bien que Penélope quisiera llamar a su amiga, para informarla de su estado, eso le había dado unos minutos, pero no quería dejarla sola demasiado tiempo, dando vueltas a saber qué cosas en esa cabecita.

Giró de nuevo el rostro hacia la enfermera, justo a tiempo de verla junto a la impresora. Ella le sonrió recogiendo el último montón de hojas. Después con pulcritud, las alineó con unos golpecitos sobre la máquina, y no quedando del todo satisfecha con su trabajo, buscó sobre el largo mostrador hasta dar con la grapadora y grapó las hojas es la esquina superior izquierda, con un golpe seco y firme. Después introdujo el documento en una carpeta de cartón del hospital, de las que usaban para meter los informes de los pacientes y se lo entregó con una gran sonrisa.

—Muchas gracias, Betsy. Es usted la mejor —aseguró desplegando la más encantadora y radiante de todas sus sonrisas. A pesar de la falta de práctica, debió hacerlo bien, porque a la mujer le brillaron los ojos verdes, con entusiasmo.

—No hay de qué, querido. Es un placer poder ayudar a un hombre tan atento como usted.

Corra con ella, que sé que está impaciente por estar a su lado. A mí no se me escapa nada, y no ha dejado de mirar la puerta ni un momento. Pero no tema, que la pobre tal y como está, no se le puede escapar —añadió la enfermera con una risita.

Frank sonrió ante su ocurrencia, pero Betsy subestimaba a la pequeña pelirroja. Había visto lo rápido que tomaba decisiones y luego el ímpetu que ponía en cumplirlas. Si ella decidía marcharse definitivamente de allí, sola, difícilmente podría hacerla cambiar de opinión. Lo más alarmante de todo, era que él estaba acostumbrado a salirse con la suya, usando sus encantos o imponiéndose. Y ninguna de sus dos armas tenía efecto sobre ella, así que tendría que recurrir a otras estrategias. Miró la carpeta tan pulcramente preparada por Betsy, y de no ser porque la mujer lo seguía observando con interés, habría besado el cartón, rezando para que funcionara.

En lugar de eso se despidió de la enfermera y fue caminando de vuelta al cuarto. Cuando llegó hasta la puerta, oyó que ella aún no había terminado de hablar, aunque parecía a punto de despedirse. Decidió esperar pacientemente tras la puerta entreabierta.

—No te llamaba por nada importante, solo quería saber cómo estabas. Ahora que veo que bien, te dejo. Ya hablamos a tu vuelta— la oyó decir, con cierto abatimiento, y a pesar de no poder verla, estuvo seguro de que forzaba una sonrisa. Durante un par de segundos la oyó escuchar y después despedirse precipitadamente.

—Claro, claro. Un beso —farfulló ella antes de colgar.

La oyó suspirar desanimada. Y decidió darle un par de segundos para recomponerse antes de hacer su aparición. Su amiga debía haberle dado malas noticias. ¿Cuánto tiempo debía darle? ¿Dos o tres minutos? Empezó a contar mentalmente, pero no había llegado a cincuenta segundos cuando puso una mano en el pomo y entró en la habitación con impaciencia.

Carraspeó antes de hablar.

—¿Todo bien? —preguntó en tono ligero.

Ella levantó la vista, hasta ese momento concentrada en sus manos, sobre su regazo y sonrió con desgana.

—Al parecer muy bien. Zola ha ligado con Courtney. ¿Te acuerdas de Courtney, la chica

que me ayudó cuando me desmayé en la feria?

—La recuerdo —dijo él con cautela, intentando descifrar los gestos mezcla de alegría y decepción que mostraba su rostro. Esta vez el mensaje era muy confuso y tuvo que poner más atención— Zola es entonces la otra chica que iba con vosotras, ¿la que te bajó la falda?

Las mejillas de Penélope se colorearon inmediatamente al recordarle el momento, tal y como esperaba. Le gustaba más esa Penélope que la cabizbaja de segundos antes.

—Sí, esa es —confirmó ella tras apretar los labios, molesta.

—¿Y qué le pasa? ¿No puede venir a verte?

—No, no puede. Va camino de Las Vegas con Courtney. Según parece ha sido un flechazo lo de ellas dos, y están teniendo una aventura. —La vio morderse el labio inferior con frustración y suspirar. Y se preguntó si sentiría algo por su amiga y eran celos lo que veía.

—¿Y eso es un problema? —preguntó cauto.

Penélope alzó la mirada y sacudió la cabeza. ¿Por qué le estaba contando todo aquello? No eran amigos, ni siquiera eran ya jefe y empleada. Él se iría en unos minutos y ella tenía que pensar en cómo apañárselas esos días, esas semanas. Pero supo que él no se marcharía mientras la observase con esa mirada indagadora.

—No es un problema. Quiero que sea feliz y Zola es así. Vive al límite. Me alegro de que haya conocido a Courtney, pero me he quedado sola, en navidad y con una pierna rota. Necesito… Necesito…

Tragó saliva al darse cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar, ¡frente a Frank Beckett! Eso era lo último que le faltaba.

—Necesito que te vayas. Tengo que pensar cómo lo voy a hacer, buscar ayuda, y organizar mi vida… Puedo hacerlo sola, pero tengo que crear un sistema.

Frank sonrió al verla, allí, moviendo las manos, gesticulando, mientras se autoconvencía de aquello. Estaba graciosa, así ofuscada. Parecía una niña pequeña jugando a ser mayor. Y no porque pensase que no se las podía arreglar sola. Tenía la cabezonería para conseguir lo que se propusiese, pero parecía empeñada en demostrar algo. A si misma, al mundo.

—¿Por qué sonríes? ¿Te he dicho que te vayas? No quiero parecer desagradecida. Me has traído, te has ocupado de todo —dijo señalando la gran habitación—, pero no soy responsabilidad tuya…

—Claro que no —la interrumpió él, mintiendo, antes de que ella pudiese decir algo que lo estropease todo. Además, sí creía que era responsabilidad suya. Ella se había caído huyendo de él. No iba a dejar que pasase por todo el doloroso y frustrante proceso de recuperación sola—, pero diste tú palabra— añadió captando toda su atención.

Penélope alzó una perfecta ceja pelirroja al escuchar su última frase. Lo miró con la boca abierta, formando con sus labios una perfecta "O", al tiempo que fruncía la frente de una forma muy graciosa. Y supo que era el momento de mostrar sus cartas. Se acercó un par de pasos más a la cama y le ofreció la carpeta de cartón.

Penélope vio el emblema del hospital y tragó un nudo de saliva inexistente. ¿Le estaba pasando la factura de los gastos del hospital? ¿De aquella lujosa habitación? ¿De aquella férula que parecía la prótesis de un Terminator? ¿De aquel desayuno cinco estrellas propio de Rich? En su mente empezó a hacer cálculos de lo que tenía en la cuenta, en las tarjetas y en el fondo para emergencias y se vio a sí misma poniendo un cartel enorme y horrendo de SE VENDE en su precioso Mini Cooper, para poder saldar la cuenta.

—¿No vas a abrirla? —preguntó él, confuso.

—No… hace falta —dijo ella, colocando la carpeta a un lado de sus piernas, con el cuidado que pondría un artificiero al apartar el explosivo, recién extraído de una bomba.

—¡Claro que hace falta! —dijo él sin entender nada— Abre la carpeta, por favor —terminó de añadir cuando vio que la contundencia de su orden la hacía parpadear repetidamente.

Penélope obedeció con desgana, queriendo que la tortura terminara cuanto antes. Tomó la carpeta, la puso sobre sus piernas y la abrió al tiempo que dejaba escapar el aire lentamente por su nariz. En cuanto bajó la vista y vio que el contenido se parecía sorprendentemente al contrato por el que habían discutido el día anterior. Entornó los ojos. Con el asunto de la factura del hospital ya fuera de su mente porque aquello era aún peor. ¿De veras pensaba volver al tema del

contrato, cuando aún estaba convaleciente en una cama de hospital?

Frank vio desplegarse en su mente toda clase de reacciones. Los fuegos artificiales al completo, con todas sus tracas, explosiones y cohetes y se temió lo peor.

—Tranquila, piruleta, es una bandera blanca —se apresuró a apaciguarla. La ceja pelirroja volvió a alzarse rápidamente cuando escuchó el apelativo, pero la curiosidad hizo que volviese a bajar la vista al contrato. Él aprovechó para acercarse un poco más e inclinarse sobre ella para señalarle algunas cosas.

La proximidad hizo que Penélope tuviese que alzar la vista de nuevo, y en su pecho el corazón pareció desbocársele, comenzando una carrera. Se dijo que era porque él parecía empeñado en torturarla, pero es que olía tan, tan, tan bien…

—¿Ves? He aceptado todos tus puntos, e incluso he añadido alguno más para darte espacio para ti…

Penélope dejó de esnifarlo para encararlo con expresión confusa.

—¿Después de lo que ha pasado, quieres que siga trabajando para ti estas semanas? —preguntó ella atónita al tiempo que pasaba las hojas del contrato y con una rápida lectura comprobaba que le había dicho la verdad. Había organizado horarios con tiempo para descanso y para ella. Había desaparecido el tema del móvil, y el de no poder hablar. Tampoco estaba lo de ir descalza ni llamarla en mitad de la noche. Sus funciones de lectura, corrección, documentación y organización de trabajo estaban intactas. Se descubrió a si misma mirándose la pierna y decidió que definitivamente su estado no le impedía hacer nada de eso, que era meramente trabajo de oficina, sentada, delante del ordenador. Aun así, y aunque él hubiese dispuesto bastante tiempo de descanso, no sabía si los dolores y la inmovilidad le iban a impedir cumplir con su trabajo.

—Nos iremos adaptando conforme vayamos viendo como resulta —le dijo él como si le hubiese leído la mente. Posibilidad que le dio bastante miedo.

—No lo entiendo… —terminó por declarar.

—¿Qué parte? —preguntó él cruzándose de brazos y luego sujetándose la barbilla con una de sus manos, muy concentrado en sus siguientes palabras.

—Todo. ¿Por qué haces esto? No estoy en mi mejor momento, es más que evidente —dijo señalando su pierna, su cuerpo— Y tampoco es que haya habido mucha compenetración entre nosotros. Dijiste que era…

—¿Podemos olvidar todo lo que dije en mi momento de enajenación mental? —se apresuró a preguntar, con las mandíbulas prietas.

—¿Eso fue lo que pasó? —preguntó ella escéptica.

—Ni más ni menos —dijo él y para su sorpresa, tras pasarse una mano por el pelo, en un gesto que ya empezaba a tomar ella como habitual, se sentó junto a ella en el filo de la cama. Después suspiró y se giró para enfrentarla. Penélope cuadró los hombros por instinto y levantó la barbilla, preparándose para cualquier cosa.

—Lo siento —dijo él y ella no pudo evitar que la sorpresa asomase a sus ojos de dibujo animado—, hace tiempo que hago las cosas a mi manera. Durante meses he querido encerrarme y no dejar que nadie importe tanto como para que pueda venir a cambiar mi forma de vivir, de pensar, de hacer las cosas. Mis rutinas me mantienen cuerdo, me alejan de las sombras de mi mente. —Resopló—. No sé ni siquiera por qué te estoy contando todo esto —Y ella pudo leer en la inmensidad oceánica de sus ojos, que así era. No quería revelarle tanto, pero lo estaba haciendo.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, si tengo. Porque creo que esa forma de comportarme me ha convertido en alguien capaz de hacer correr espantada a una mujer que solo pretendía ayudarme. Te di tanto miedo que saliste huyendo sin más. ¡Huyendo de mí! —recalcó él con angustia en la mirada y Penélope, que sabía que no era eso lo que había sucedido, tragó saliva.

Estaba completamente mortificado, pensando que la había asustado y por eso ella se había marchado y terminado de caer por las escaleras. Se sentía culpable, atormentado y ella no sabía cómo decirle la verdad, porque eso significaría confesarle que no había salido huyendo de él, sino de ella. No temía lo que Beckett pudiera hacer, sino su forma de reaccionar cuando estaba junto a él. Pues ella sí se comportaba como si fuera otra persona, una que perdía el control de su

cuerpo, de su mente…

—Lo último que quiero es que ni tu ni nadie me mire con miedo. Yo no sería capaz de hacerte da…

Penélope vio por el rabillo del ojo movimiento en la puerta, y quiso detener aquella confesión de culpabilidad que nada tenía que ver con la realidad. No lo pensó. Tomó el rostro de Frank entre las manos y cerrando los ojos con fuerza, lo besó. Tapó la boca masculina con la suya, presionando con sus labios temblorosos, los del hombre al que había imaginado que besaba durante años. Pero esta vez no fue el tacto frío del papel de la portada el que sintió, sino la firmeza cálida de una boca que, tras el primer momento de sorpresa, se aventuró a jugar con la suya. Un cosquilleo palpitante recorrió cada milímetro de los labios llenos, como cuando despierta un miembro adormecido, y se preguntó cuánto tiempo hacía que su boca no recibía atención. No buscó la respuesta porque él había decidido participar en aquel beso inesperado y tomándola por los hombros con delicadeza, la pegó a su cuerpo. Penélope posó las manos por instinto sobre su pecho, para marcar una distancia que le ordenaba su mente mantener. Pero en cuanto sintió el pecho duro bajo sus manos, se vio a sí misma separando los dedos que querían abarcar, explorar, la mayor parte posible de la dureza de los músculos que se contraían bajo su contacto. Mientras, en su boca, se rendía a la exquisita sensación de ser invadida por una lengua experta, curiosa, que con acierto y destreza comenzó a explorarla. En cuanto se encontró con su lengua, la acarició con mesura, saboreándola, enredándola en un baile excitante y sinuoso. Esa lengua le rozó los labios y sus dientes atraparon el inferior justo después, con un gruñido que escapó de la garganta de Beckett lleno de necesidad y codicia.

Cada poro de su piel se erizó en respuesta y su sexo comenzó a palpitar, imbuido por una calidez ávida, anhelante, tan ardiente que la fue quemando en oleadas que se arremolinaron en su vientre, ascendiendo por su cuerpo, escaldando cada célula latente, hasta consumir el oxígeno de sus pulmones. Se agarró con fuerza a su suéter, clavándole los dedos en la piel, cuando sintió que se ahogaba. La cabeza le daba vueltas en una nebulosa de deseo, completamente nueva para ella. Solo había leído sobre besos así en los libros, visto cosas parecidas en las películas, pero jamás,

jamás había imaginado que un beso pudiese ser tan devastador y revitalizador, tan fascinante y demoledor.

Separó su rostro del de Beckett, enajenada. Sumida en un huracán interior que no la dejaba ver más allá del caos de su mente. Seguía aferrándose a él con las manos, con fuerza, como si necesitase un ancla para volver a la realidad, aunque no sabía cómo iba a hacerlo.

—Penélope —Oyó que la llamaba, pero ella seguía en el ojo del huracán, todo a su alrededor era una nube gris, violenta que giraba en torno a ella, amenazando con destruirla.

Frank parpadeó, alucinado, sin soltarla. La tenía cogida por los hombros sin poder dar crédito a lo que ella había empezado, ni cómo él había respondido. La observó en estado catatónico. Con los ojos abiertos, la boca blanda, las pupilas brillantes, las mejillas enardecidas y su pecho subiendo y bajando, a la velocidad precipitada de su respiración. Lo entendía, él sentía el corazón latirle con fuerza en los oídos, mientras todo su cuerpo se había hecho solo consciente de ella. Sus manos, sus ojos, su boca, su lengua, cada parte de su organismo la habían reclamado y se había frustrado cuando Penélope detuvo el beso, mientras ellas exigían más, infinitamente más.

¿Qué había pasado? ¿Por qué lo había besado? Ella no parecía en condiciones de responder en ese momento, pero entonces escuchó una voz carraspear en la puerta del cuarto y tuvo que girarse a comprobar que no habían estado solos. Y que tanto Betsy como otros médicos, los miraban entre alucinados y confusos.

CAPÍTULO 14

—¿Interrumpimos? ¿No es un buen momento? —preguntó uno de los doctores. Betsy lo miró con una sonrisa, encantada con la escena que acababa de presenciar, que no hacía más que alimentar lo buena pareja que hacían, y lo mucho que se "querían".

—No, por supuesto que no —repuso él levantándose de la cama, pero se giró para contemplar el rostro aún ensimismado de Penélope que parecía no reaccionar a la visita— Disculpen, acabo de decirle que quiero adelantar la boda y lo está procesando. Ya saben, las novias y su necesidad de que todo sea perfecto ese día, cuando lo más importante es que podamos celebrar nuestro amor, ¿verdad?

El propio Frank tuvo que parpadear al escucharse decir toda aquella parrafada de clichés y mentiras. Pero cuál era la otra opción, ¿confesar que parecía haberla roto al besarla?

—¡Ay! ¡Cómo le entiendo! Una boda es algo importante. Mi marido y yo estuvimos a punto de cancelarla varias veces mientras la organizábamos —empezó a narrar la enfermera con su verborrea fluida y cantarina—, y al final decidimos fugarnos a Las Vegas —soltó una carcajada al tiempo que elevaba la vista, rememorando ese día—. Hasta el Elvis de sus peores tiempos fue romántico para nosotros. Lo importante es quererse —sentenció al final.

Frank sonrió, la buena de Betsy acababa de echarle otro cable sin saberlo, pues ahora el centro de todas las miradas de los médicos era ella. Él aprovechó para sentarse junto a Penélope y rodear sus hombros con el brazo. Los presionó suavemente, esperando que reaccionara. Y cuando finalmente parpadeó volviendo a la realidad, él le sonrió y señaló a los médicos.

Penélope arrugó la frente, confusa. ¿Cuándo habían entrado en la habitación? Lo miró a él, sentado a su lado, pegado a su cuerpo y su brazo rodeándola con firmeza, en un gesto protector. Al parecer había vuelto a despertar en esa realidad alternativa e idílica que no auguraba nada

bueno. Los médicos, delante de ella, la miraban como el jurado de *Got talent*, con una mezcla de expectación y curiosidad, como si esperasen por su parte una reacción insólita.

—¿Pasa algo? ¿Me voy a morir? —preguntó llevada por la tensión del momento.

Los dos hombres y las dos mujeres, frente a ella, la observaron sorprendidos y luego rompieron a reír.

—¡Claro que no! —dijo el que reconoció como el doctor que la había visitado la noche anterior. Estamos aquí para darle buenas noticias.

—Eso es fantástico, cariño— le dijo Beckett a su lado, y la zarandeó ligeramente, presionándola por el hombro.

¡Oh, Dios mío!, pensó. Ahora sabía que no solo olía bien, sabía mejor, y la estaba tocando. ¿Cómo quería que atendiese a lo que le estaban diciendo? ¿Y eso de cariño? ¡Ah, es verdad! ¡Jugaban al juego de los prometidos! Su mente divagaba mientras los labios del doctor se movían sin descanso. Vio que Beckett alzaba un brazo y cogía unos papeles de manos del doctor, al tiempo que este último decía:

—Y por eso, en un rato podrá marcharse de aquí.

Una parte de ella entró en pánico. ¿Marcharse? ¡Aun no sabía qué iba a hacer con su vida esas semanas! Beckett la había tenido entretenida con el contrato y no había tenido tiempo de pensar cómo organizarse al salir de allí.

—Son estupendas noticias, doctor —le dijo Beckett al hombre que le dio la mano, mientras la miraba a ella, confuso. Se dio cuenta de que aún no había reaccionado.

—Estupendas noticias —repitió como un papagayo y forzó una sonrisa que pareció ser suficiente para todos, porque se marcharon comentando entre ellos no se qué de una boda.

En cuanto se quedó a solas de nuevo con su pesadilla, con el hombre que la estaba volviendo absolutamente loca, dijo:

—El beso… —se atragantó solo de recordarlo y tuvo que aclararse la garganta— El beso… —Él seguía a su lado, a tan solo unos centímetros de su rostro, y sin querer desvió la mirada a su boca. Esa boca que había probado y la había llevado al cielo, o al infierno. Aun no lo

tenía claro.

Frank aguardó con impaciencia. La vio cerrar los ojos con fuerza y apartar el rostro a un lado, antes de declarar:

—No ha sido para tanto —soltó tras no encontrar las palabras exactas de lo que quería decir, que era que no había tenido importancia. Que lo había hecho para que él dejase de hablar, para que dejase de decir poco menos que la había empujado por aquella escalera, porque creía que huía de él. En una centésima de segundo pensó en que alguien iba a pasar e iba a oírlo decir aquello. En realidad, no pensó, solo reaccionó para evitarlo. Pero ¿había tenido que ser con un beso? Acababa de besar a Frank Beckett. ¿Podía ser todo aquello más surrealista?

—Vaya, la frase que todo hombre espera oír justo después de besar a una mujer —dijo él con una mueca que parecía una sonrisa, pero que escondía algo más.

—No me has besado tú, lo he hecho yo —aclaró rápidamente ella—. Y ha sido…

—Pero te he devuelto el beso —interrumpió Frank queriendo dejar claro ese punto, al parecer más centrado en el hecho que en querer saber la causa.

—Bueno, eso es normal, ¿no? Tampoco es que yo sea tan horrible. Y si te hacen un regalo, al menos lo abres y cotilleas dentro del paquete, ¿verdad? —examinó ella, en tono nervioso y ligero, como queriendo quitarle hierro al asunto.

¡Oh, Dios mío! ¿En qué jardín se estaba metiendo? ¿Un regalo? ¿Cotillear dentro del paquete?, se preguntó alucinando con ella misma.

Frank no entendía nada, ella parecía preferir creer que él ni quería, ni había disfrutado el beso. Y buscaba excusas que justificasen que no lo negara.

—Pues debo de ser muy poco curioso, porque no es la primera vez que me han besado por sorpresa, y sí la primera que no he apartado a la mujer en cuestión.

¿Qué quería decirle que le había gustado, que había significado algo? ¿Qué se le tiraban mujeres al cuello todos los días?

—Tranquilo, es porque te he sorprendido, solo eso. Habrá sido ese sentimiento de culpa que te corroe y que te ha llevado a darme este contrato ridículo y sin sentido.

Beckett sacudió la cabeza. ¿Por qué era tan difícil hablar con ella?

—¿Contrato ridículo? ¿Sin sentido? ¿De qué estás hablando? He aceptado todas tus condiciones, ¿qué más quieres?

Penélope resopló. No tenía ni idea de lo que quería. Y esa era una sensación nueva para ella, que lo tenía todo planificado. De hecho, guardaba una agenda con multitud de *post-it* de colores, llenos de objetivos, de cosas que quería en su vida y el plan para lograrlas. Y en ese momento se sentía perdida y sin saber cuál era su propósito. El problema era aquel hombre que la trastornaba. Desde el momento en el que decidió ir a por él, como cliente, las cosas se habían torcido. Tener que disfrazarse de Daneka ya tenía que haber sido una señal de neón, incandescente y en llamas que le indicase que no se metiese en esa locura. Pero no, no había hecho caso, y el resto se había convertido en una sucesión de hechos desencadenados hasta llevarla a un hospital, junto al hombre más desesperante y peligroso para ella del planeta, y al que acababa de besar.

—Ya te lo he dicho antes, quiero que te vayas —le dijo señalando la puerta— Tengo que volver a mi vida, a organizarme…

—A crear un sistema. Sí, sí, te he oído antes. Pero me gustaría saber, ¿cómo vas a hacerlo con una pierna rota, teniendo que hacer rehabilitación y completamente sola?

Enfatizó la última palabra, y que él le pusiera de frente la cruda realidad, la hizo tragar saliva y aguantar un mohín.

—Eso no es asunto tuyo —le espetó y se giró para dejar de mirarlo. No quería parecer una niña pequeña con una rabieta, pero tampoco podía seguir mirándolo y mantenerse firme.

Frank se levantó de la cama para rodearla y enfrentarla.

—El caso es que sí, te caíste por mi culpa. —Su voz sonó grave, cargada de sombras.

—No es cierto, me caí porque soy torpe. Y en lugar de mirar por donde iba, estaba demasiado centrada en lo que había sentido cuando me habías…

Abrió tanto los ojos al darse cuenta de que estaba a punto de confesar lo que él le provocaba, que descompuso el gesto en una mueca de horror. Él ladeó la cabeza

inspeccionándola.

—Sentido cuando yo te había… ¿qué? —repitió él su frase animándola a continuar, con curiosidad.

—Cuando me gritaste —se corrigió volviendo a mirarlo. No era lo que estaba pensando, pero era otra verdad.—. Y no, no porque estuviera asustada. No me asusto tan fácilmente. Lo que me preocupaba más bien, es que me… enervas —dijo alzando una ceja, la barbilla y la naricilla, orgullosa de estar encontrando las palabras adecuadas para salir airada.

—¿Te enervo? —Él, sin embargo, alzó una ceja, incrédulo.

—Sí, no creo que te descubra nada nuevo al decirte que eres terco, inflexible, intolerante, despiadado…

Beckett que la vio lanzada, alzó una mano para detenerla.

—Lo he entendido, lo he entendido. Insufrible. No es la primera vez que me lo dicen en los últimos días, de hecho, parece ser el mensaje que quieren darme todas las mujeres de mi vida. Pero tú tampoco te quedas corta. Porque jamás había conocido a alguien tan… —Buscó en su mente toda la lista de molestos calificativos que había ido acumulando durante las últimas horas, pero muchos de ellos se habían esfumado por arte de magia, dejando solo el espacio vacío en su mente. Finalmente, viendo como ella esperaba una respuesta con los brazos cruzados, dijo: —Rigurosa… —ella entrecerró la mirada pues esperaba algo peor. Y la verdad es que él también—Obstinada —añadió con media sonrisa. Eso estaba mejor—Implacable, infatigable… —Soltó creyendo que había cogido carrerilla. Joder, otra vez parecía que la estaba alabando.

Vio que Penélope apretaba los labios en una mueca contenida.

—Insufrible también —quiso atajar, imitando su gesto y cruzándose de brazos.

Ambos se miraron como en un espejo, con terquedad, durante unos segundos y en silencio. Esperando que fuera el otro el primero en romper el hielo.

—Por eso tenemos que acabar con esto de una vez —dijo ella finalmente.

—Por eso eres la persona que necesito para trabajar conmigo hasta que vuelva Ingrid —repuso él al mismo tiempo.

Volvieron a retarse con la mirada.

—Mira, está claro que no soy un hombre fácil, por resumir todo lo que has dicho de mí hace un momento. Pero lo cierto es que todo eso hace que sea imposible trabajar conmigo. Tú sin embargo sabes poner límites. Me pones en mi sitio. ¡Maldita sea, has conseguido que cambie mi contrato! ¿Hay mayor prueba que esa?

Se pasó una mano por el cabello dorado y empezó a caminar por la habitación, mirando al suelo, como si sopesase sus palabras también. Al cabo de unos segundos se detuvo y volvió a clavar en ella su mirada inmensa y azul.

—Puede que tú seas lo que necesito en este momento. —Sus palabras hicieron que el corazón de Penélope dejase de latir—. Podemos ayudarnos mutuamente. Yo cuido de que estés bien atendida estas semanas para que tengas una buena recuperación. Y tú me ayudas con el trabajo. La nueva novela me está llamando a gritos y tengo que ponerme a escribir cuanto antes. Pero necesito a mi lado a alguien competente, que me entienda.

¡Guau!, pensó Penélope. A Aquella declaración no le faltaba ni un punto ni una coma. Había dicho las palabras exactas, las justas para que toda aquella locura tuviese algo de sentido. Por su mente pasaron mil ideas, cruzándose unas con las otras. Pero de entre todas, queriendo obviar las que las que alteraban el latido de su corazón, decidió rescatar una duda que pululaba desde hace días por su mente.

—Ese libro que te llama… ¿es la última entrega de la serie?

Frank sonrió en su interior. Ese brillo que había aparecido en sus ojazos de color indescifrable, lo iba a llevar a la victoria.

—Es la última entrega y el final definitivo de la serie —declaró sabiendo que la noticia, si era seguidora hasta el punto de disfrazarse de su protagonista femenina, la conmocionaría.

Penélope abrió los ojos con una mezcla de fascinación y espanto.

—¿El fin de Zeta Horizon? —preguntó casi sin aliento. Cuando él asintió, a ella se le cayó el mundo a los pies. El fin de su mundo distópico favorito. De ese mundo en el que le gustaría vivir para siempre. Y Beckett pensaba acabar con él.

—Entonces, ¿quieres ser la primera en saber qué pasará?

Aun convaleciente y con la cabeza embotada de ideas, Penélope pudo apreciar la jugada de Beckett, intentando tentarla. El problema era que había despertado una necesidad en ella, tan hambrienta y apremiante que solo había una cosa que podía decir:

—Pásame un bolígrafo, por favor.

CAPÍTULO 15

Sin poder evitar una sonrisa triunfal, Frank le entregó los papeles y su estilográfica. La vio firmar con rapidez, con una rubrica elegante, directa, como la de una persona acostumbrada a hacerlo con regularidad. Cuando tuvo el contrato de vuelta en sus manos, la observó unos segundos. Le resultaba familiar, pero no podía perder el tiempo en ese insignificante pensamiento. No en ese momento, no cuando lo carcomía una duda aún mayor.

—Y ahora que hemos aclarado este tema, podrías sacarme de otra duda…

—Claro —dijo ella sin darse cuenta de que habían vuelto a un tema más peligroso.

—Exactamente, ¿por qué me has besado?

Penélope tragó saliva.

—Tranquilo, acabamos de firmar un contrato y si es una demanda por acoso lo que estás temiendo…

—No lo es —cortó él su intento de irse por la tangente.

—Bien. Pues… Ya te he dicho que no tenía importancia. No lo he pensado bien, solo he reaccionado…

—Ataja, por favor —añadió el ruego, cuando vio que su tono de impaciencia sonaba dictatorial.

—Quería que te callaras.

Frank alzó ambas cejas, con diversión.

—¡Puff! —bufó—, Solo quería que dejaras de hablar. Los médicos estaban a punto de entrar y tú prácticamente te estabas acusando de intento de homicidio. Decías cosas como que me habías asustado, estaba aterrada por tu culpa y había querido huir y demás —Sacudió la mano queriendo dejarlo pasar— Y en fin, solo se me ocurrió eso.

Penélope temió que quisiese seguir discutiendo aquel tema, porque ella misma se

preguntaba si toda aquella perorata tenía algún sentido. ¿No habría sido más fácil mandarlo callar, o incluso taparle la boca? Seguro que iba a querer aprovechar su ventaja en ese tema, y hacer leña del árbol caído. O algo mucho peor, burlarse de ella e intentar sonsacarle sus verdaderos motivos. Esos en los que no quería pensar, mucho menos después de haber firmado el contrato y, por lo tanto, estar obligada a pasar junto a él las siguientes cuatro semanas.

—Está bien. No sabía que era una técnica aceptable entre nosotros para acallarnos cuando hablemos demasiado. Pero lo tendré en cuenta en el futuro.

Los labios de Penélope se abrieron y dibujaron en silencio, todo el abecedario, dejándose llevar por el estupor, pero ya era tarde para responder, porque él acababa de salir de la habitación.

***

Durante la siguiente hora esperó impaciente a que volviese, incluso cuando minutos más tarde, otra enfermera más joven y silenciosa que Betsy, entró para ayudarla a levantarse, cambiarse a la silla de ruedas que había llevado consigo, y asistirla para asearse y vestirse. No había pasado jamás por la incómoda situación de depender de la ayuda de otra persona para hacer cosas tan íntimas, y no fue plato de gusto. Pero lo peor había sido comprobar, tras mirarse en el espejo del baño, el deplorable estado de su cara y cuerpo. Se había levantado de la silla y, apoyándose a la pata coja en el lavabo, se examinó con detalle. Tenía dos moretones en el rostro. Uno en la sien y el otro en la mandíbula. El color entre escarlata y amoratado, contrastaba brutalmente con su tez extremadamente clara. Su cabello estaba revuelto, en mechones apelmazados y aplastados en un lateral. Las ojeras le llegaban a las mejillas y sus labios parecían inflamados. Se llevó las manos a la boca, al darse cuenta de que esto último se debía al apasionado beso que había compartido con su jefe.

Cerró los ojos nuevamente asombrada.

Cuando la enfermera le preguntó preocupada, si le dolía algo, negó con la cabeza, a pesar de no ser cierto. Sentía entumecido y dolorido cada músculo, cada extremidad, cada articulación. Seguía lastimándole respirar. Y no poder apoyar la pierna, la mantenía todo el tiempo que tenía

que permanecer en pie, en un intento de equilibrio absurdo que la convertía en un muñeco tentetieso. Cuando se desnudó para meterse en la ducha, la visión de su cuerpo también lleno de moretones, casi la hizo llorar. No había zona de su cuerpo que no se hubiese librado de ser golpeada. Cerró los ojos y se adentró con ayuda de la enfermera bajo el chorro caliente del agua. Primero, el tacto le sorprendió sobre la piel, pero al cabo de unos segundos, dejó que el calor la invadiese y empezase a aliviarla. Sujetándose en la barra de la ducha se lavó el pelo con una sola mano, con la consabida dificultad que eso conllevaba. Lo aclaró abundantemente y tras echarse la mascarilla, se lavó el cuerpo frotándolo con cuidado, pues cada vez que pasaba la mano sobre alguno de los cardenales, veía las estrellas. Se aclaró finalmente cuerpo y cabello sintiendo que el agotamiento estaba a punto de hacerla caer sobre la superficie antideslizante del suelo. Se secó casi sin aliento. La enfermera intentó ayudarla, pero una vez más declinó la oferta, pues le superaba la idea de no poder hacerlo sola. Lo que sí dejó fue que la ayudase a ponerse el vestido amplio de punto en verde manzana y blanco que había elegido para ese día.

Beckett le había llevado todo su equipaje para que pudiera elegir. Un gesto algo exagerado cuando solo necesitaba un cambio de ropa, pero al menos pudo optar por una prenda cómoda que no requiriese de mucho esfuerzo para ponerla, con la incomodidad de la férula.

Se cepilló el cabello y lo secó sin molestarse en darle forma. Con el solo objeto de que no se le helase cuando saliese a la calle y al frío de diciembre. No se molestó en maquillarse, estaba tan cansada por el esfuerzo que probablemente habría terminado por parecer un payaso con problemas de depresión. Se puso el colgante de oro que le regalaron sus padres, con forma de trébol de cuatro hojas, y se dio por arreglada. Aunque su imagen distaba mucho de la que tenía cada día al salir de casa hacia el trabajo, no podía hacer mucho más por ella en ese momento.

Como si estuviesen sincronizados, Beckett entró en la habitación, en ese instante. La admiró, allí sentada en su silla, que se había convertido en su nueva amiga. Y sonrió con ese nuevo gesto que a ella le provocaba cosquillas en el estómago.

—¿Lista? —le preguntó.

Y aunque sabía a ciencia cierta que no era así, contestó.

—Vamos.

CAPÍTULO 16

No, no estaba lista, pensó cuando él relevó de su puesto a la enfermera y, colocándose tras la silla, la empujó por el largo pasillo del hospital. Apreciaba su gran cuerpo inclinado levemente sobre el suyo, haciendo que se sintiese nuevamente pequeña, vulnerable. Solo una vez, durante el trayecto, se atrevió a mirar hacia arriba y frunciendo el ceño se preguntó si aquel hombre tenía algún ángulo malo. Desde allí habría estado bien verle algo de papada, unos mofletes caídos, arruguitas en el cuello… Pero no, él no se parecía en nada al pavo de acción de gracias, salvo por lo apetitoso que podría resultar servido desnudo sobre su… Abrió los ojos de par en par al darse cuenta de los derroteros calenturientos que tomaba su mente, seguramente aún bajo los efectos de las drogas. Cuando Frank bajó la vista, tras notar su escrutinio, ella desvió la mirada inmediatamente, tan acalorada que empezó a abanicarse con la carpeta de su informe que tenía sobre el regazo.

—Hay cuadros hasta en el pasillo. —Intentó disimular comentando en tono ligero la acogedora decoración.

—No está mal —fue su escueta respuesta. Y volvieron al silencio.

Se mantuvieron en este estado de acompañamiento mudo el resto del camino, que transcurrió por los pasillos de la planta, con parada en el mostrador de las enfermeras donde Beckett se despidió de Betsy, después el ascensor y, para finalizar, el enorme y lujoso recibidor del hospital, de espacios blancos, enormes cristaleras e iluminación brillante. Le recordó a la disposición y decoración de la casa a la que se dirigían y sintió que se le formaba un debajo dedo en el estómago. Solo de pensar en volver a la mansión de hielo, se le escarchaba la sangre en las venas. Se le vino a la mente Elsa, en Frozen, tan elegante en su castillo, cantando a los cuatro vientos su felicidad. Y luego la imagen de la princesa rodando por las escaleras, como una bola

de nieve que terminaba espachurrada contra el suelo. Sacudió la cabeza y los hombros envuelta en un escalofrío.

Llegaron a la puerta y cuando estas se abrieron, se sorprendió al ver esperando un gran coche negro, tan largo que casi parecía una limusina. Sobre todo, al comprobar que del asiento del conductor salía un hombre uniformado con un traje oscuro, que se apresuró a ayudarles guardando su equipaje en el maletero. Frank mientras abrió la puerta de atrás y se colocó frente a ella. Penélope se aferró a los brazos de la silla y quiso impulsarse para levantarse antes de que él intentase ayudarla, pero la detuvo rápidamente.

—¡Espera! Déjame poner el freno de las ruedas, o te caerás de boca. —Su tono, inflexible, recalcando lo poco avispada que había estado, le molestó.

Apretó los labios mientras él aseguraba la silla, y después sin darle la ocasión de intentarlo, pasó los brazos bajo sus axilas para alzarla. Aquel movimiento, convertido en un abrazo en toda regla, la dejó paralizada de los pies a la cabeza. Pero ahí no acabó todo, porque en cuanto la tuvo de pie, pasó un brazo por debajo de su trasero y la alzó como el novio que introduce a la novia en su nuevo hogar por primera vez. Salvo que él la metió en el coche.

—Esto no era necesario. Se andar a la pata coja —protestó, ya acomodada en el gran asiento de cuero negro.

—No me culpes por asegurarme, me dijiste que eras torpe. Mientras estés bajo mi cuidado, me aseguraré de que no te vuelvas a hacer daño— Él pronunció su declaración a escasos centímetros de su rostro, inclinado sobre ella, y el chasquido del cinturón de seguridad que le acababa de abrochar sin que se diese cuenta, selló sus palabras.

Quiso protestar de nuevo, pero con la misma rapidez, él salió del coche y cerró la puerta de su lado con un golpe seco. Después tuvo que esperar un par de largos minutos, de incertidumbre, mientras el conductor y él hablaban fuera del vehículo. Sus voces no llegaron hasta ella con la suficiente claridad como para saber qué se decían y esperó aferrándose las manos sobre el regazo. Poco después el conductor ocupó su asiento y él abrió la otra puerta de atrás, para sentarse a su lado. Cuando la cerró, ella ya tenía cargada la escopeta para replicar.

—No estoy bajo tu cuidado. No soy una niña. Esta es una relación laboral, entre adultos… —empezó a decir entre dientes, pues le incomodaba tener que hablar esas cosas delante de testigos.

Frank se limitó a sacar unos folios doblados del bolsillo interior de su chaqueta. Los desdobló, con gesto indescifrable.

—La verdad, es que no esperaba tener que recurrir a esto tan pronto —dijo mientras buscaba una página en concreto del documento. En cuanto la encontró, y sabiendo que ella lo observaba, alucinada, leyó: —El señor Frank Beckett… —y se señaló al pronunciar su nombre —, garantizará y se encargará personalmente de la seguridad y bienestar de la señorita Penélope Appleton —y la señaló a ella—, durante todo el tiempo de duración de este contrato. Sin excusas ni excepciones —terminó de añadir, con gesto airado.

—¡No pone eso! ¡Yo no he firmado nada de…!

Frank se limitó entonces a señalar su rúbrica, en el lateral de la hoja. Y después, volvió a guardar el documento, tras doblarlo, en el interior de su chaqueta.

—¡Pero eso no estaba en el contrato original!

—Bueno, es que cuando cambié los puntos que me pediste, me di cuenta de que, con la nueva situación, era necesario añadir algunos más, para asegurarnos de que todo vaya bien.

—Eso es… ¡inaceptable! —terminó por escupir la palabra, no encontrando una mejor que explicase lo enfadada que estaba— No me habías dicho que hubieses cambiado las condiciones del contrato —apuntó ella con mirada centelleante.

Ahí estaban de nuevo los fuegos artificiales, se dijo Frank, satisfecho.

—Tampoco te dije que no lo hiciera. Recuerdo mis palabras con exactitud. Fueron algo así como; “Es una bandera blanca, piruleta. He aceptado todas tus condiciones y agregado algunas más para darte tu espacio”.

—¿Y no crees que deberías haber añadido que había aún más? —su gesto pretendía ser airado y molesto, pero a Frank, al parecer, le resultaba graciosa porque las comisuras de sus labios comenzaron a alzarse.

—No lo creí necesario. Una experta en contratos como tú sabe de sobra que hay que leer hasta la letra más pequeña. No quería comentártelo y parecer condescendiente. Te habrías ofendido.

Penélope abrió al tiempo la boca y los ojos, de forma tan desmesurada que él supo que la batalla que se pugnaba en su cabeza estaba en el punto álgido. Estaba iracunda. Y, sin embargo, en lugar de soltar toda clase de improperios y mandarlo a la mierda, estaba allí, luchando contra ella misma para mantener el control. Su rostro había adquirido el color de las fresas, y estaba rígida como un palo. Contó pacientemente los segundos que tardaría en estallar, pero finalmente apretó los dientes y giró el rostro hacia la ventanilla, privándolo del espectáculo.

Frank resopló con frustración, pero el viaje aún no había terminado y guardaba algunas sorpresas más para su nueva ayudante.

—Quiero una copia de ese contrato —le dijo ella de repente, sin molestarse en girarse y mirarlo.

—Ya lo imaginaba. Tienes una esperándote en el avión.

Ni un segundo tardó en volverse hacia él y fulminarlo con su mirada.

—¿Avión? —repitió en un susurro tan tenso que parecía que fuesen a partírsele los dientes de la presión.

—¡Oh! No puedes decir que eso te sorprenda. Estoy seguro de que tu tía te dijo que era muy probable que viajáramos. Mi paso por San Francisco era algo temporal. Además, no me gusta la casa de Stone. Es demasiado aséptica y al parecer peligrosa. Voy a echar de menos su bodega, eso sí, pero ambos estaremos mucho más cómodos en una de mis propiedades.

Penélope se debatió en ese momento. A ella tampoco le gustaba la casa de la escritora, y mucho menos después de lo ocurrido, aunque no se lo iba a decir. Porque la alternativa era que se encontraba en un coche, de camino a coger un avión a un destino del que no sabía nada. Todo organizado por él, sin que le hubiese comentado a ella nada antes, y tampoco estaba en la obligación de hacerlo. Ciertamente, una de las pocas cosas que le había podido revelar Ingrid de su nuevo trabajo, era la posibilidad de que tuvieran que viajar. Por eso ella había ido con toda su

documentación y pasaporte en regla. Pero si él se lo hubiese dicho antes de firmar el contrato, al menos habría sentido que tenía algo de control sobre esa situación.

—¿Y a dónde vamos? —preguntó aparentando tranquilidad, casi indiferencia.

—Ya que estamos, dejemos que sea una sorpresa —dijo tras observarla ponerse de nuevo su traje imperturbable—. Le sonrió abiertamente y con una picardía que hasta el momento no había usado con ella, consiguió que empezase a pestañear repetidamente, confusa. Para que ella no viera su gesto satisfecho, fue él el que se giró en ese momento hacia la ventanilla y suspiró, anotándose mentalmente un tanto a su favor.

El resto del camino hasta el aeropuerto transcurrió en un silencio sepulcral. Penélope no tenía ni idea de las cosas que pasaban por la mente del escritor, pero ella tenía la cabeza como un hervidero de langostas. En el que las ideas saltaban unas sobre otras intentando salir de la olla mientras bullían. Se negaba a rogarle que le dijera a dónde iban y darle el gusto, pero no hacía más que intentar recordar si en alguna de las entrevistas o información que había leído sobre él, había hablado alguna vez de su casa, sus propiedades o dónde le gustaba escribir. No encontró nada en absoluto. Beckett siempre había sido muy reservado, más después de haber sido acosado varias veces por fans que se tomaban demasiadas libertades, en los inicios de su fama. Ahora era un auténtico misterio en cuanto a su vida personal, por lo que terminó por darse por vencida, al menos hasta que llegaron al aeropuerto. Entonces se preguntó cómo, con tan poco tiempo, había encontrado él asientos para el vuelo que deseaba, haciendo tan solo unas horas que les habían notificado en el hospital que le daban el alta. Obtuvo su respuesta cuando el coche no se detuvo en ninguna de las terminales habituales para el tránsito de pasajeros, y accediendo a una zona con barrera de seguridad, llegaba directamente a las pistas. Pegó el rostro a la ventanilla para observar con detalle los aviones que había en esa zona, mucho más pequeños que los comerciales.

—¿Un vuelo privado? —dejó que la pregunta escapara de sus labios, pero conteniendo la sorpresa.

—Es una de las ventajas de escribir para el grupo editorial más fuerte del país —se limitó a

responder él.

—Y ser superventas, imagino —puntualizó ella, que no creía que semejante privilegio le fuese concedido a cualquier escritor de los que la editorial tenía en nómina.

—Puede que eso tenga algo que ver también —apuntó él, encogiéndose de hombros. Como si el hecho de ser bestseller, le pareciera un detalle intrascendente.

En cuanto se detuvo el vehículo, Frank abrió la puerta y bajó, reuniéndose nuevamente con el chófer en la parte trasera. Penélope giró cuanto pudo el torso para mirar por la ventanilla trasera, pero solo pudo verlo un segundo dando indicaciones no solo al hombre que los había llevado hasta allí, sino a un auxiliar que había estado aguardando junto a la escalerilla del avión, de color blanco y champán. Puso una mano sobre su vientre cuando sintió las mariposas en su estómago, revolucionarse. Le encantaba viajar, pero apenas había podido hacerlo un par de veces en su vida adulta, porque llevaba años centrada única y exclusivamente en su trabajo. Mucho menos había imaginado jamás poder hacerlo en un vuelo privado. La creciente excitación hizo que asomara a sus labios una sonrisa espontánea, propia de un niño a punto de enfrentarse a una aventura. Y cuando él abrió su puerta, así fue como la encontró, sonriendo como una boba.

Él hizo como que no daba importancia a su gesto, pero el brillo travieso de su mirada, lo delató.

—Vamos, piruleta, tu carroza te espera —le dijo, volviéndola a llamar con ese apelativo molesto que estaba empeñado en usar con ella, cada vez con más frecuencia.

Pero eso no fue lo peor. Todo su cuerpo volvió a caldearse cuando él se inclinó sobre ella y tomándola en brazos, la sacó en volandas del vehículo. Penélope buscó la silla de ruedas en el suelo, deseando que la bajase lo antes posible, pero para aumentar su estupor, esta no estaba y él la llevó hasta el avión, subiendo las escalerillas cargando con ella.

Penélope se cubrió el rostro con la mano.

—Esto no es necesario —dijo en un murmullo avergonzado.

—No puedes subir tu sola, aún estás débil. Y abrir la silla para cinco metros es una estupidez —dijo él sacando su lado más práctico y eficiente—. Además, he cargado con fardos

de heno más pesados que tú.

¿La estaba llamando escuálida? Tampoco sería el primero —resopló recordando como una de sus escasas citas de los últimos años, le dijo que tenía menos curvas que su prima de trece años, el muy cretino. En ese momento no supo si le molestó más que la comparasen con una preadolescente o que el tipo ocupase su tiempo en calibrar las curvas que tenía su primita. Frunció el ceño al recordarlo, pero su expresión cambió radicalmente al encontrarse dentro del espacio de la cabina del avión. Se sintió el presidente de los Estados Unidos, entrando en el Air Force One. Todo era lujoso en aquel sitio, aunque no ostentoso. Los asientos, apenas una decena, eran de cuero color crema y marrón, a juego con la moqueta y el escaso mobiliario. Una pantalla plana de proporciones considerables ocupaba gran parte de la pared frontal al igual que dos armarios bajos de madera oscura. Si hubiese estado sola y en disposición de moverse habría querido tocarlo y cotillearlo todo, pero no era el caso. Así que se limitó a observar con curiosidad, cuanto pudo desde el asiento en el que Beckett la depositó. Uno tan amplio como para poder estirar la pierna. El auxiliar de vuelo no tardó en pulsar un botón del lateral del asiento, y de la parte inferior salió una extensión que alzó sus piernas al instante. Sonrió maravillada y agradecida.

—Buenas tardes, señorita Appleton, mi nombre es Elliot, y seré el auxiliar de este vuelo. Cualquier cosa que precise, me la puede pedir a mí. En cuanto despeguemos, le traeré la comida. ¿Tiene usted alguna alergia o intolerancia que deba de tener en cuenta para el menú?

—No… ninguna.

—¿Y preferencia por algún tipo de alimentación? Vegetariana, vegana… —puntualizó cuando vio su cara de no entender a lo que ese refería.

—Abundante, con que sea abundante que me muero de hambre, será perfecta.

Elliot le brindó una sonrisa inmediata. Por el rabillo del ojo vio que a Beckett también le hacía gracia su comentario, pero decidió ignorarlo.

—Por supuesto —repuso Elliot y fue a hacer las mismas preguntas a su jefe que, acostumbrado a ese tipo de vuelos, fue bastante más específico en sus preferencias.

En cuanto el auxiliar se marchó y quedaron a solas en la cabina, él la miró como si la analizara. Con el codo apoyado en el brazo de su asiento, a escasos dos metros de ella, y sus largos dedos sujetando su barbilla. Su mirada azul le pareció más oscura y enigmática. Bajo su escrutinio, se puso nerviosa, y recolocó el trasero en el asiento, haciendo que este chirriara por el roce de su vestido contra la piel.

—¿Qué ocurre? —terminó por preguntar cuando vio que él no tenía intención de decirle qué pasaba.

—Nada, solo pensaba que menos mal que no soy un psicópata asesino o secuestrador de pequeñas pelirrojas, porque ahora mismo podría llevarte donde quisiera y nadie, absolutamente nadie, sabría a dónde, ni lo que haría contigo.

Penélope tragó una saliva inexistente, cayendo en la cuenta de que aquello era totalmente cierto.

—¿Intentas ser siniestro? —preguntó con la naricilla levantada.

Él sonrió y se pasó una mano por el pelo, atusándoselo. Luego la miró de arriba debajo de una forma que ella no supo descifrar.

—En absoluto. Solo pensaba. Tranquila, piruleta, que conmigo estás completamente a salvo.

Y tras aquella confusa declaración, se reclinó sobre el asiento, cerró los ojos y puso las manos bajo la cabeza, dejando claro que había dado por finalizada la conversación.

CAPÍTULO 17

En cuanto Beckett dejó de prestarle atención, Penélope sacó su teléfono móvil del bolso, y con dedos ágiles se dispuso a enviar a Zola, su madre e Ingrid, mensajes en los que las informaba de que se había marchado con él para continuar con su trabajo. Les relataba el accidente, sin entrar en muchos detalles, y les aseguraba que estaba bien. También les prometió que en cuanto llegase a su destino, les volvería a escribir para que estuviesen tranquilas.

Una vez enviados, respiró con alivio. No porque él hubiese conseguido meter las espeluznantes insinuaciones en su mente, sino por saber que, de alguna forma, no estaba del todo sola en esos momentos. Pero segundos más tarde, lo que recibió de las tres mujeres fueron tres mensajes únicamente de emoticonos, cada una a su estilo. Pues mientras su madre era todo corazones y copas de champán brindando, Ingrid llenaba su pantalla de pulgares hacia arriba y documentos, y Zola de emojis dándose besos, de flamencas, fiesta y alguna que otra berenjena y melocotón que, a su parecer, no venían a cuento. Algo es algo, pensó. Al menos las tres habían contestado. Ahora solo le quedaba disfrutar del viaje.

Al principio le costó bastante pues estaba demasiado excitada. Y a pesar del cansancio, degustó su comida con ansiedad. Tal y como había pedido, era abundante, y también variada, porque le daba la sensación de que le habían puesto un popurrí de cosas para que probara la gran muestra de su carta. No fue un problema, se lo comió todo, y no rebañó el plato porque siempre le había parecido un gesto de lo más vulgar, aunque se quedó con las ganas.

Beckett, sin embargo, habiendo caído en un sopor profundo en cuanto se reclinó, dejó su bandeja con un gran filete con patatas y verduras a la parrilla, intacta. Ni siquiera tocó la copa de vino que le habían servido, según sus especificaciones. Cuando el auxiliar comprobó que estaba todo el plato helado, le retiró la bandeja con sigilo para no despertarlo. Aunque ella estaba segura

de que, por su forma de dejarse caer en el asiento y respirar, ni una manada de elefantes habría conseguido rescatarlo de los brazos de Morfeo.

Durante un buen rato se dedicó a observarlo. No había sido algo premeditado. Él estaba en su campo de visión, y por primera vez tenía la oportunidad de hacerlo abiertamente, sin la presión de poder ser vista, o que él malinterpretase su escrutinio.

Allí estaba el hombre en cuya vida se había colado para engañarlo. Seguía mortificada por el hecho de no haberle dicho quién era en realidad. Cada vez que él nombraba a Ingrid como su tía, se veía en la obligación de desviar la mirada, incapaz de mantener la mentira en sus ojos. Mucho más después de reparar en cómo se estaba comportando con ella, desde el accidente. Parecía otra persona, el tipo de hombre porque el que le había asegurado Ingrid que merecía la pena luchar. Y eso la llevaba de nuevo a una encrucijada. ¿Iba a seguir el plan inicial y hacer todo aquello “por su bien”, o abriría la caja de Pandora, arriesgándose a que la echase de su lado, al contarle la verdad? Sabía que esa espada oscilaría sobre su cabeza, hasta que tomase una decisión.

No se veía con fuerzas de hacerlo en ese momento, así que desechó esa idea de su mente, sacudiendo la cabeza y se colocó de lado en el asiento, apoyando la barbilla en su mano y acomodándose. Allí lo tenía, recostado boca arriba, con el rostro alzado como si tomase el sol. En una postura relajada, pero segura. Tenía un perfil hermoso, nunca un hombre le había parecido tan guapo, tan atractivo y sexi. Se parecía a las viejas glorias del cine de Hollywood. Con ese cabello dorado, estructurado en ondas perfectas, que parecían estudiadas para resaltar aún más las líneas de su rostro. Su mandíbula angulosa, masculina y elegante a la vez. Su nariz recta, de proporciones perfectas, con carácter, pero sin ser extravagante. Los labios llenos pero firmes que formaban esa boca deliciosa, embaucadora, experta y… decidió desviarse a sus ojos. Estos estaban cerrados y eran mucho más seguros para su sistema nervioso. Aunque solo tenía que recordar que eran de un azul hipnótico. Unas veces oscuro, intenso y magnético, otras más claro y electrizante, pero siempre retadores, desafiantes, apasionantes. Volvió a suspirar como una colegiala y él se removió en el asiento. No queriendo que la pillase infraganti observándolo,

decidió cambiar de postura y darle la espalda para intentar descansar.

Beckett abrió los ojos con la sensación extraña de ser observado. Pero comprobó que la única persona que estaba con él en la cabina, lo ignoraba dándole la espalda. Sonrió al verla arrebujada bajo una de las mantitas típicas de avión. No podía ver su rostro, pero sí apreciar el largo de su cabello ondeante como llamas líquidas, lamiéndole el inicio de la espalda. Si dejaba que su mirada bajase, deslizándose por su cuerpo menudo, podía apreciar la estrechez de su cintura, y la curva elegante de su cadera, sutil pero insinuante. Todo en ella era menudo y proporcionado. Exquisito y sexi a la vez. No era exuberante, no le hacía falta para convertirse en el centro de atención, su sola presencia, su cabello cobre, sus gestos, su forma de moverse y de hablar, la convertían en hipnótica. En todo un reto, un enigma que estaba decidido a descifrar.

Ya sabía algunas cosas sobre ella, pero no le parecían suficientes. Y no se le olvidaba que su piruleta de colores había llegado hasta él, confabulando en su contra, con Ingrid. Y eso era algo que también quería averiguar. Tenía casi cuatro semanas por delante para hacerlo. Para diseccionarla, descubrirla capa a capa, desentrañar sus secretos y embarcarse en las aguas de sus ojos, rumbo a lo desconocido. Desde hacía mucho tiempo no se había sentido tan excitado ante la perspectiva de conocer a una mujer. Y eso no sabía si lo estimulaba o inquietaba más, en ese momento.

Sacudió la cabeza, fuera como fuese, ella estaría a su disposición durante cuatro semanas, y tenía que aprovecharlas minuto a minuto.

El resto del viaje de casi cuatro horas, lo hicieron cada uno en silencio, en sus espacios, sopesando sus opciones y las semanas que tenían por delante de estrecha convivencia. De vez en cuando se miraban furtivamente, alguna escapada al baño, pero nada más. Solo cuando el piloto les anunció su inminente aterrizaje en Austin, Texas, ambos se removieron en sus asientos. Él estiró las piernas y clavó la mirada en ella esperando su reacción al conocer el destino. No tuvo que hacerlo mucho tiempo porque no tardó en mostrar sorpresa, sonreír levemente y morderse el labio inferior con nerviosismo.

—¿Nos quedamos en Austin? —preguntó con mirada centelleante, mientras se abrochaba

el cinturón.

—No, pero cerca —repuso. Y volvió el rostro para seguir haciéndose el enigmático.

Minutos más tarde comenzaron las maniobras de aterrizaje y mientras rebotaban ligeramente sobre la pista, decelerando, Penélope, miró por la ventanilla intentando empaparse de todo. Cuando por fin el avión se detuvo, estaba sumida en una mezcla de pena por tener que bajarse, y entusiasmo por lo que estaba por llegar. El desembarque fue idéntico al momento de embarcar. Beckett se ocupó de dar indicaciones al personal y cuando hubo terminado fue a por ella, que ya esperaba que la tomase en brazos, sabiendo que cualquier cosa que dijera para oponerse caería en saco roto.

Esta vez, desde lo alto de la escalerilla de escasos seis peldaños, se aferró con ambas manos a su cuello, sin dejar de mirar el suelo. En su mente se decía que estaban a poca altura, pero es su cabeza, solo se veía rodar y rodar sin control, mientras su cuerpo rebotaba y era apaleado sin piedad. Él aumentó la presión de los dedos sobre su piel al sentir su tensión. Y al hacerlo, la traspasó con su calor. Entre las horas de vuelo y la diferencia horaria eran las seis de la tarde, pero en aquella zona del país, en esos días de diciembre el sol agonizaba en el horizonte dejando una estela sobre la pista de perezosos rayos naranjas y púrpuras. La bajada de temperaturas era considerable también, y de la boca de Beckett salió una nube de condensación cálida que le acarició la mejilla, alterando su respiración. Se bebieron el uno al otro en el corto trayecto hasta el vehículo que los estaba esperando. Sin dejar de mirarse, como si se hubiesen quedado paralizados en un momento del espacio y el tiempo.

—Tengo que dejarte —le dijo él con voz ronca junto al vehículo.

—Claro, suéltame —repuso ella, pero él permaneció inmóvil.

—Voy a hacerlo —añadió como si tuviese que persuadirse a si mismo.

Penélope dejó que su vista cayera a sus labios que se movían sin convicción y al recordar la devastación que esos labios habían provocado en su boca horas antes, suspiró dejando que el aire abandonase sus pulmones con anhelo.

Frank siguió el recorrido de su mirada y se dio cuenta de que escrutaba sus labios, mientras

los femeninos se abrían ligeramente, tentadores. Tal vez deseosos de ser explorados. Tal vez necesitados, como los suyos de saborear un poco más la miel que habían compartido. Se dijo a si mismo que si ella no desviaba la mirada, la besaría y comprobaría si tenía razón. Y empezó a contar los segundos lentamente, con una prudencia agónica.

CAPÍTULO 18

Uno, dos… tres… cuatro…

Y entonces el portazo seco y contundente del portón de la cabina de la Ford Ranger que había alquilado, los sobresaltó a los dos, haciendo que ambos mirasen con el ceño fruncido hacia el auxiliar que había guardado el equipaje.

—Puedo bajar sola —le dijo ella con una mirada que no supo descifrar.

—De eso nada —repuso él, consciente de que el momento se había roto y perdido entre los momentos de la historia que empezaban con un, y si…

Odiaba esos momentos que dejaban la historia sin final. Y molesto, la introdujo en el asiento del copiloto de la Ranger. Presionó la palanca bajo su asiento y la hizo deslizar hacia atrás para darle el mayor espacio posible. Tras un último vistazo, mientras ella se abrochaba el cinturón, cerró su puerta.

Después de despedirse de la comandante del vuelo y del auxiliar, Beckett rodeó el gran vehículo y dando un salto, se introdujo en el interior. Tan espacioso como recordaba. Hacía tiempo que no conducía una pick up, y sonrió como un adolescente detrás del volante de su primer coche. Arrancó el potente motor y dejó que su sonido inundase el espacio. Penélope lo observaba con interés, seguramente preguntándose de dónde venía su entusiasmo.

—Mi primer coche fue una como esta. Bueno, no como esta exactamente, era mucho más vieja y estaba medio destartalada, pero sí, se parecía bastante. —dijo estirando un brazo sobre los reposacabezas para echar un vistazo hacia atrás y con una sola mano, giró el volante para hacer la maniobra. Volvió a sonreír satisfecho al ver como reaccionaba el coche y que él no había perdido facultades.

—¿Qué pasó con ella? ¿La sigues teniendo? —preguntó Penélope, fascinada por estar averiguando cosas del Beckett secreto.

—No, que va. La estrellé en unas vacaciones, en mi segundo año de carrera, contra el granero del señor Miller. Tuve que trabajar durante todo el verano en su rancho, para ayudar a su reconstrucción. —Sacudió la cabeza, pero en sus labios había una sonrisa.

Penélope abrió los ojos desorbitadamente, tapándose la boca para intentar contener la carcajada que empezaba a brotar de su garganta.

—Tranquila, ríete. Es lo que hizo todo el mundo al enterarse. Todos, excepto mi padre, claro. Yo volvía de una fiesta y había tomado algunas cervezas. Inmediatamente pensó que estaba borracho y que el cambio en mí se debía a la vida universitaria. Me obligó a ir a la iglesia cada domingo y tener largas conversaciones sobre la responsabilidad con el padre Clayton.

Hizo una mueca ladeada parecida a una sonrisa. Cambió de dirección bajo la atenta y fascinada mirada de Penélope que estaba procesando cada palabra, en silencio, y perfeccionando con toda aquella inesperada información el retrato que tenía en su mente del escritor. Él continuó:

—Lo único bueno de aquel verano fue que el padre Clayton creyó que su manera de ayudarme era hacerme escribir lo que sentía por Dios, mi relación con el mundo y lo que esperaba de la vida.

—Casi nada… —intervino ella en tono sarcástico, sin dejar de alucinar—. ¿Lo hiciste?

Beckett se encogió de hombros.

—Le entregué el borrador de mi primera novela. Una historia inconformista de corte fantástico, cuyos personajes se debatían entre la excelencia de un mundo idílico dirigido por una fuerza superior que había creado en torno a ellos un espejismo de seguridad y falsa libertad, o la rebeldía de un mundo incierto en el que imperaba la singularidad y el individualismo. Por supuesto no entendió una sola palabra, ni vio en aquellas páginas los mensajes que subyugaban bajo la trama y que ciertamente sí que presentaban los temas que me había sugerido tratar. Él pobre padre, creyó que había fracasado conmigo, pero yo descubrí que en mi interior había mundos que estaba deseando explorar.

—¡Bien por el padre Clayton! Sin duda, somos millones de personas las que le estaremos

eternamente agradecidas.

Beckett la miró de refilón, tras entrar en la autopista.

—¿Eres de esas fans? ¿Por eso fuiste disfrazada a la Comic Con? —La pregunta la pilló completamente por sorpresa y en su mente todos los engranajes se pusieron en marcha forzándola a tomar una decisión. ¿Era ese el momento en el que debía sincerarse y contarle por qué fue hasta allí y cómo había llegado a convertirse en su ayudante?

Tragó saliva cuando él la volvió a mirar, al no recibir una respuesta. Pero la que debía darle, con total seguridad lo enfurecería. Saltarían chispas de sus ojos, rayos de sus manos. O como si fuera Hulk, reventaría la ropa, multiplicaría su tamaño, se pondría completamente verde y terminaría por estallar aquella preciosa Ford Ranger, en la que ella quedaría aplastada, envuelta en el amasijo de hierros, para siempre. Quería confesarle la verdad, pero no parecía buena decisión hacerlo mientras él conducía y cuando parecía que acababan de tener un momento de conexión en el que él se había abierto a ella. Decidió una vez más dar un rodeo y satisfacer su curiosidad sin faltar a la verdad, pero sin entrar en ese campo de minas, al menos de momento.

—Bueno… sin duda soy una gran seguidora de tu obra, desde hace años. Pero lo de ese día fue mi primera incursión en el mundo del cosplay. —Se tapó el rostro con las manos, abochornada— ¡Qué vergüenza!

—¿Por qué? Estabas muy mona. Aunque tu disfraz no era muy realista. No creo que Daneka se pusiera jamás braguitas de Piolín.

El calor hizo hervir sus mejillas al instante. De nuevo le recordaba ese humillante momento, pero esta vez decidió que debía zanjar ese tema para siempre y evitar que lo siguiese usando en su contra.

—Veo que estás obsesionado con esas braguitas. ¿Se debe a algún tipo de trauma infantil? ¿Es algo solo con Piolin o tienes problemas con todos los Looney Tunes? Lo digo porque tengo otras de Silvestre y mis favoritas son del pato Lucas y no quiero para nada que, saber que están bajo tu mismo techo, interfiera en tu concentración y capacidad creativa.

Beckett tragó saliva, asintió ligeramente alzando las cejas y se mordió el labio inferior, sin

dejar de mirar a la carretera. Acababan de cruzarse con un cartel anunciando la población de Woodcreek, que pasaron de largo. En cuanto colocó el coche en el carril adecuado, volvió a mirarla por una fracción de segundo, pero sus centelleantes ojos azules, tan eléctricos como para atravesarla, la dejaron sin aliento y preguntándose si había ido demasiado lejos con su broma.

—No podré saber si me afectan hasta que las vea. Supongo que lo mejor será cerciorarse antes de que se conviertan en un verdadero problema —aseguró con gesto impasible, pero Penélope, podía jurar que su voz más grave, parecía casi un ronroneo.

—¡Claro! —dijo ella empezando a reír nerviosa, queriendo tomárselo a broma. Se removió en el asiento y comenzó a masajearse el muslo cuando sintió un calambre.

—¿Te duele? —le preguntó él cambiando el tono radicalmente.

—No, es más malestar e incomodidad.

—Tranquila, No estamos lejos. En apenas quince minutos deberíamos llegar. Espero que esté todo listo. No suelo venir por aquí —dijo y suspiró con cierto pesar—, pero una mujer se encarga de mantener la casa una vez por semana. Le he pedido esta mañana que llenase la nevera con algunas cosas y dejase los cuartos listos. Podrás echarte a descansar, si lo deseas, nada más llegar.

—Estirarse sería fantástico, pero no te preocupes, aguanto sin problemas.

Él no pareció creerla porque miró su pierna un momento, su mano masajeando el muslo y luego apretó el volante y presionó más el acelerador.

Exactamente diez minutos más tarde, salían de la carretera para tomar un camino secundario, completamente inhóspito. Debido a la oscuridad y la falta de alumbrado de aquella zona, no se veía nada en absoluto. Penélope se preguntó cómo era él capaz de distinguir el camino siquiera, pero Frank continuó conduciendo sin dudas. Y un par de minutos más tarde, ayudados por el reflejo de una preciosa luna plateada que contorneaba el horizonte, divisaron la forma puntiaguda del tejado de una construcción en madera y piedra, que cortaba el camino.

Beckett apagó el motor frente a la entrada, delante de los escalones que llevaban hasta el porche. Y durante un segundo miró la fachada con una expresión oscura que a Penélope la

desconcertó.

—¿Va todo bien? —le preguntó sorprendida con su reacción.

Beckett dejó salir el aire de sus pulmones en un suspiro ahogado, casi hiriente. La miró y pronunció las palabras que a ella la dejaron sin habla.

—Todo lo bien que se puede estar, cuando se vuelve definitivamente a casa.

CAPÍTULO 19

Mientras Beckett bajaba de la pick up todo el equipaje, la silla de ruedas y unas muletas que no sabía que llevaban, ella, sintiéndose inútil, se dedicó a ocupar el tiempo en inspeccionar el lugar desde su asiento, a través de las ventanillas. La casa no se parecía en nada a lo que Penélope podía haber imaginado de un lugar como aquel. Las que había visto durante el camino eran las típicas construcciones con aspecto de rancho y el inconfundible estilo vaquero. Y sí, aunque en aquella casa había mucha madera y piedra, era evidente que la vivienda había sido reformada, pues tenía un aspecto mucho más moderno. Con forma de U, para acceder al porche había que hacerlo por una escalera que había en el centro, pero luego este rodeaba toda la fachada. Le sorprendió ver que también había una rampa de piedra, que sin duda le sería de mucha utilidad cuando quisiera salir, sin la ayuda de Beckett. Le pareció que tras ellos dejaban otra zona de ocio exterior, pero en medio de la noche, con la profunda oscuridad cerniéndose sobre ellos, era complicado distinguir algo con claridad en mitad del bosque en el que se encontraban.

Cuando Beckett se adentró en la casa, y durante varios minutos se encontró sola, allí, en la nada, un nudo se le hizo en el estómago. No era una chica de campo, al menos eso pensaba porque jamás había pasado la noche en uno. Jamás había ido de acampada, ni había estado con las girl scouts. Su experiencia con el mundo natural se limitaba al de parques y jardines, y se preguntó qué clase de animales acecharían por allí en mitad de la noche. Su fértil mente empezaba a imaginar todo tipo de criaturas, reales, míticas o legendarias, cuando las luces del interior de la casa se encendieron de repente y ella se quedó impresionada.

Sí, definitivamente la casa no se parecía en nada a lo que había imaginado. Tenía muchas ventanas, en la fachada principal, incluso, varios ventanales que en ese momento proyectaban

una acogedora luz dorada al exterior, que invitaba a entrar. Parecía grande, casi toda en una planta, excepto por una especie de buhardilla en la zona principal, con su propio ventanal en pico. Estaba deseando adentrarse y no tuvo que esperar mucho, porque poco después vio a su jefe salir por la puerta principal, empujando la silla. Se dijo que era un alivio que no quisiese cargarla de nuevo, pero en sus labios se dibujó una mueca al ver el artefacto de enormes ruedas.

—Hace bastante frío, pásate esta manta por los hombros —le dijo él nada más abrir su puerta, entregándole una manta a cuadros negros y rojos. Ella obedeció, pues en cuanto el fresco de la noche inundo la cabina del vehículo, su cuerpo entero se estremeció por el frío. La manta olía a hogar y leña y se arrebujó bajo ella, dejándose envolver por su calidez.

En cuanto estuvo envuelta como en un paquete, Beckett la tomó del asiento, para después dejarla sobre la silla.

—Tú no te has abrigado —le dijo ella junto a su cuello, y él gruñó una respuesta ininteligible de tono áspero.

No se atrevió a preguntar, embriagada como estaba con el olor de su piel. Casi tuvo ganas de protestar cuando él se apartó, para tomar la silla por detrás y empujarla llevándola a la casa. Usaron la rampa, y ella decidió centrarse en contemplar cada detalle de la vivienda desde más cerca. Era decididamente bonita. Estaba deseando verla a la luz del día. Aun le gustó más cuando la apreció por dentro, tras traspasar la puerta. Todas las paredes del edificio principal eran de madera clara, que contrastaba con un mobiliario más oscuro, salvo por los dos grandes sofás del salón en beige. Por todas partes había detalles que contaban la historia del hogar que habían significado esas paredes. E inmediatamente se sintió acogida, cobijada, cómoda. Beckett sin embargo parecía tenso, inquieto y contrariado. Se preguntó qué hacían allí entonces, si tanto le desagradaba ese lugar.

—¿Hacía mucho que no venías? —le preguntó intentando indagar, ya que su mirada insoldable no le dejaba adivinar demasiado.

—Una vida —repuso él con el mismo tono con el que le habría dado el parte del tiempo—, una vida entera —añadió sorprendiéndola y tras sacudir la cabeza, siguió empujando la silla para

guiarla por la casa y enseñarle el que sería su alojamiento las próximas semanas.

—Es muy bonita —le dijo alzando la vista hacia él, pero Beckett siguió mirando al frente, de vez en cuando fruncía el entrecejo o se detenía un segundo a contemplar algún rincón como si recordase escenas vividas allí, pero no se animó a compartir ninguna con ella.

—Ya has visto el salón. A continuación, tenemos la cocina. Como verás toda esta planta es abierta, amplia y con espacio de sobra para que puedas moverte con la silla, sin problemas. Las puertas son correderas y de doble hoja, las dejaré siempre abiertas. Allí está el primero de los baños, es más bien un aseo que da servicio a esta zona de la casa. —Abrió la puerta para enseñárselo, pero no se detuvo para que pudiera verlo, así que Penélope, frunció el ceño. Se dijo que ya lo vería ella misma cuando pudiese—. Girando a la derecha llegamos a la zona de los dormitorios, pero antes está el cuarto de la colada —le señaló la puerta simplemente. Poco después añadía: —Este es mi cuarto —Y repitió la misma operación, abrió la puerta, pero no le dio tiempo a mirar cuando ya la estaba empujando de nuevo. Otro baño, y continuó circulando por el pasillo. Y este es el tuyo—dijo abriendo la puerta del que parecía ser el espacio más grande de todos. Por la distribución y la forma de la casa que había visto en el exterior, se dio cuenta de que solo esa habitación, formaba el ala derecha de la casa. En cuanto abrió la puerta y se adentró, se dio cuenta de que efectivamente era así.

Aquel dormitorio era enorme, con una gran cama de matrimonio que se convertía en el foco de atención del cuarto, pero que apenas ocupaba una pequeña porción del espacio. Podría si quería rodear la cama con la silla, por un lado y por otro y tendría sitio de sobra para maniobrar. Frente a la cama había un sofá de dos plazas con mullidos y coloridos almohadones. Delante de este una alfombra de pelo largo y una mesa baja de madera. Todo el conjunto miraba hacia una bonita chimenea. Entre las variadas tonalidades de la decoración de la habitación, destacaba el turquesa, que se encontraba en la colcha que cubría la cama, la alfombra de pelo y el gran y antiguo ropero que ocupaba una de las paredes. Era un cuarto precioso y acogedor, cálido y creado con cariño. Se notaba eso en cada detalle.

—Este es el baño —interrumpió sus pensamientos Beckett, abriendo una puerta en la que

ni se había fijado. Rodó hasta él y cuando se adentró volvió a alzar las cejas, dándose cuenta de por qué todas las dimensiones eran tan grandes.

—Está adaptado —farfulló al comprobar que tanto la ducha enorme a ras del suelo, el lavabo bajo y el inodoro con barras de sujeción eran especiales— Es un baño adaptado para una persona con…

—Ridícula movilidad. Al menos así la llamaba mi padre—apuntó él saliendo de allí.

Penélope se apresuró a seguirlo con más preguntas, pero él no le permitió hacerlas.

—Es tarde. Voy a traerte tus cosas para que puedas acomodarte. Si tienes hambre, prepararé la cena. Seguro que hay algo en la nevera.

—En realidad, no tengo mucha. He comido bien en el avión.

Él la miró con esa oscuridad que aparecía a veces en sus ojos, tan profunda como para perderse en ella.

—Bien, entonces te traeré las cosas y te dejaré descansar, mañana será nuestro primer día de trabajo.

—Lo estoy deseando —dijo ella viéndolo ya marchar hacia la puerta. Él se limitó a volver a asentir, y se fue por el pasillo.

En la soledad del cuarto, Penélope volvió a recorrerlo todo con un renovado interés, buscando los detalles, las cosas que le hablasen de las personas que habían vivido allí. Los padres de Beckett… se dijo ensimismada, sintiéndose extraña, como si violase su intimidad. No sabía nada de esas personas. ¿Seguían vivos? Y si era así, ¿dónde residían ahora? Por la expresión de Beckett sabía que no era el momento para formularle aquellas dudas. Estaba claro que el lugar le afectaba, le hería de alguna manera, y nuevamente se preguntó por qué entonces estaban allí. Estaba segura de que él tendría propiedades suficientes como para que hubiese tenido la oportunidad de elegir entre varias, pero sin embargo, había optado por aquella.

Nuevas piezas se sumaron en su mente al puzle de misterio que era el hombre en cuya vida se había colado sin permiso. Una duda atravesó su mente haciéndola sentir culpable. ¿La habría llevado él a un lugar tan íntimo y personal si hubiese sabido quién era ella en realidad, y lo que

pretendía ofreciéndose a trabajar con él? La respuesta era más que evidente para ella, e hizo que un nudo se aposentase en su estómago, dolorosamente.

—Aquí tienes todo el equipaje. ¿Dónde te lo dejo para que te sea más cómodo desempaquetarlo? —le preguntó entrando de repente.

Ella aún ensimismada en sus pensamientos lo miró con gesto mortificado y culpable. Pero él confundió su gesto.

—¿Necesitas que te ayude? —se ofreció, y la idea de que el tocase su ropa, sus braguitas de Piolín, Silvestre y el Pato Lucas, sacudieron su mente haciendo que negase rápidamente con la cabeza.

—No, no, gracias. Déjalo sobre la cama, puedo sola.

—Bien, como quieras —repuso obedeciendo. Después se dirigió a la puerta y antes de cerrar tras él, añadió: —Si necesitas cualquier cosa, solo grita.

Penélope sonrió y durante una centésima de segundo creyó que él le devolvería el gesto. Pero en lugar de eso se despidió diciendo:

—Buenas noches, piruleta.

CAPÍTULO 20

Penélope salió a la mañana siguiente de la habitación, con sigilo. No sabía si Beckett se había levantado ya, y si no era así, no quería despertarlo. Por eso, cuando las ruedas de su silla chirriaron en el pasillo se detuvo en seco e hizo una mueca. Esperó uno segundos y al ver que la puerta de Beckett no se abría. Muy despacio siguió empujando las ruedas para llegar hasta donde recordaba que estaba la cocina. En cuanto llegó a esa parte de la casa la visión de un esplendoroso amanecer que se filtraba por los grandes ventanales, la dejó sin habla. El bosque, predominantemente gris y despoblado en esa época del año, parecía cobrar vida de repente con aquella luz mágica, que no solo bañaba el exterior. También se filtraba por los grandes ventanales y se deslizaba por las paredes color miel de la casa, devolviéndolas a la vida.

Durante unos segundos se quedó allí, observando el espectáculo, embelesada, hasta que escuchó ruidos provenientes de la buhardilla. Beckett no le había hablado ni mostrado aquella parte de la casa la noche anterior y su curiosidad fue en aumento, olvidándose por completo del café que tanto había ansiado. Rodó movida por la intriga hasta el inicio de las escaleras que llevaban hasta la segunda planta. Estas no eran muy altas, contó hasta trece escalones. Apretó los labios y se miró la pierna, con frustración. No quería llamar a gritos a Beckett para decirle que quería ir a cotillear, así que dejó que su cabecita maquinase la forma de conseguir su objetivo. No se sentía con fuerzas para subir a la pata coja, pues aún le dolía el pecho cuando hacía esfuerzos y su cuerpo seguía sintiendo que lo habían apaleado, así que solo le quedaba una opción. No era la más glamurosa y elegante, pero llegaría hasta arriba, que era su objetivo. Se bajó de la silla para sentar el trasero directamente en el segundo escalón, una vez allí, apoyó las manos en el superior y haciendo fuerza hacia arriba, arrastró el trasero escalando hasta el tercero. Sonrió triunfal al ver que podía ejecutar su plan. La sonrisa había menguado considerablemente sobre el décimo peldaño, pues estaba cansada, pero le quedaba tan poco, que no quiso rendirse

en ese momento. Volvió a escuchar otro ruido extraño proveniente de arriba y sin pensarlo, apoyó las manos y se alzó un escalón más. Estaba a tan solo un par de escalones de la victoria, y ya empezaba a ver el suelo enmoquetado de aquella zona de la casa que contrastaba con la madera de la planta principal. También vio algunos muebles bajos y montones de libros apilados por el suelo. No necesitó más para querer terminar su expedición. Sin volver a mirar hacia atrás, subió el escalón número doce y el trece, y entonces, al girarse, su sonrisa satisfecha quedó congelada en sus labios, en una gran O, que acompañó a sus ojos redondos como platos.

Beckett de espaldas a ella, descalzo, con las manos en las caderas, y tan solo ataviado con uno de sus vaqueros azules, contemplaba las paredes de la buhardilla, cubiertas casi al completo con post-it de colores.

—¡Guau! —dejó que la expresión escapase de sus labios, alucinada. Él se giró inmediatamente al oírla y su mirada ceñuda la advirtió de que iba a recibir una bronca.

—¡Joder! ¿Qué haces…?

Se detuvo al ver que ella, tras su primera exclamación, se tapaba los oídos de forma automática, dejando de escucharlo. Alucinado, alzó una ceja sorprendido. Cuando ella vio que sus labios se habían detenido y que por lo tanto no iba a soltar más improperios, bajó las manos.

—No soporto el lenguaje soez —soltó, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Y qué haces? ¿Vives en una burbuja? —preguntó él alucinado. Penélope advirtió que aquella revelación le había hecho distraerse del hecho de que ella hubiese subido sola hasta allí y contestó.

—Por supuesto que no. Solo los evito. Me alejo de la gente que habla de esa forma, voy por la calle con los auriculares y música puesta y si alguien me sorprende…

—Te tapas los oídos —terminó él por ella, mirándola con la curiosidad con la que un científico observaría a un bicho raro—. Eres muy graciosa, piruleta —dijo yendo hasta ella. Penélope no supo cómo tomarse el comentario, pues nadie la había tachado de algo semejante, jamás.

Dejó de pensar en si le parecía bien o mal, en cuanto él se inclinó sobre ella con el pecho

descubierto y rodeándola con los brazos, la alzó para ayudarla a levantarse. Toda aquella piel cálida, dorada e hilarantemente sexy, casi la hizo gemir cuando tuvo que apoyarse en él, clavando los dedos en sus brazos. Los ojos se le fueron al torso masculino, mucho más marcado, endurecido y musculado de lo que había percibido sobre los suéteres que él solía llevar.

—Vas… vas…. Vas… —intentó empezar a decir, pero sus pestañas comenzaron un baile frenético, y su cerebro se había congelado en la instantánea de su visión—… a coger frío —consiguió terminar de decir.

Él sonrió de una forma que le caldeó la sangre en las venas.

—¿Tú crees, piruleta? —Había seda en esa voz, se dijo ella, y una nota caliente que se deslizó entre sus piernas de forma turbadora. Aquella reacción tan primaria de su cuerpo, la asustó.

—Sí, será mejor que te pongas algo encima —replicó intentando infundir a su voz una seguridad que no sentía.

Él le dedicó una última mirada, que contenía un brillo endiablado, y luego se giró para tomar una camisa del respaldo de una butaca color chocolate. Al darse la vuelta, Penélope se llevó la segunda de las sorpresas. Pues bajo la luz de la ventana pudo ver las marcas moradas que surcaban toda la espalda masculina de arriba abajo. Eran enormes y profundas en comparación con las suyas, y debían dolerle horrores.

—Beckett… tu espalda… —dijo recordando y visualizando por primera vez, como él la había interceptado en la caída, amortiguándola y haciendo que cayese sobre él, al llegar al suelo. Eso se lo había hecho ella. Y, además, con esos dolores, él la había estado cargando llevándola de un lado a otro para que no hiciera esfuerzos con la pierna.

—No es nada. Desaparecerán en pocos días —se apresuró él en contestar, al parecer incómodo con el hecho de que ella lo hubiese descubierto.

—No desaparecerán si no los cuidas. Esos hematomas son enormes y no tienen buena pinta. ¿Te estás echando alguna pomada?

Él sonrió con pereza.

—No están en una zona muy accesible, ¿sabes? —dijo él dejando que la camisa le cayese sobre los hombros. Iba a abrochársela cuando se detuvo de repente. Clavó la mirada en ella de esa forma que a Penélope le secaba la boca y hacía que sus pulmones se olvidasen de respirar— Pero si de verdad quieres ser útil, podrías ponérmela tú.

"PELIGRO" "PELIGRO" "PELIGRO" En su mente cientos de carteles rojos acompañados de una ensordecedora sirena aparecieron avisándola de que estaba a punto de entrar en la zona de riesgo absoluto. Aun así, se oyó a sí misma decir:

—Claro… déjame que me siente primero —añadió temiendo que en el momento en el que su mano entrase en contacto con su cuerpo, sus piernas se convirtieran en gelatina y, por lo tanto, terminaría rodando por el suelo, otra vez.

—Por supuesto, le dijo él llevándola hasta la butaca sobre la que antes estaba su camisa. Le dio la pomada que tomo de una estantería y tras despojase de la camisa, con deliberada lentitud, se arrodilló ante ella, dándole la espalda.

Penélope se echó una porción de crema en la mano. Estaba fría, y la repartió por sus palmas templándola antes de posar la palma sobre los músculos de su espalda. El calor volvió a anidarse en su vientre y comenzó a bajar a su sexo cuando su mano también descendió formando círculos sobre su piel. Gimió en su mente, y se mordió el labio inferior, aprovechando que él no podía ver su gesto entre fascinado y asustado. Empezó a consumirla un calor que alteró su respiración haciendo que esta se agitase de forma audible. Volvió a apretar los labios y miró al techo, intentando evitar cuantas más tentaciones mejor. No sirvió de mucho, porque solo podía pensar en él, en su cuerpo y en el pequeño gemido ronco que había escapado de la garganta de Beckett al masajearle la zona.

Necesitaba distraerse, y entonces desvió la mirada a los post-it de colores, idénticos a los que usaba ella cada día. Pero estos cubrían todas las paredes, algunas con breves anotaciones y otros casi cubiertos por completo. Leyó el contenido de los que tenía en la pared más cercana a ella y alucinó.

—¿Son notas?... ¿Notas de la novela? —preguntó en un susurro, moviendo la mano ya de

forma mecánica sobre la piel. Frank se dio cuenta de que ella había centrado todo su interés en su tormenta de ideas, y se levantó, aclarándose la garganta. Cogió la camisa de nuevo y empezó a ponérsela y abotonársela, aun confuso con las sensaciones que acababa de experimentar mientras ella lo acariciaba.

—Sí, son notas, sobre los personajes, escenas, localizaciones, detalles, vestuario…

—Todo… —dijo ella alucinada, sin dejar de mirar a un lado y a otro.

—Casi todo, sí. He estado trabajando toda la noche. Necesitaba sacarlo de mi cabeza. Ahora lo tengo que organizar y darle forma para crear un mapa.

Beckett sonrió al ver su gesto extasiado mientras observaba lo que a él le gustaba llamar, su proyección mental.

—¿Quieres ver cómo lo hago? —Se oyó a si mismo preguntar, por primera vez en su vida. Pues jamás había dejado que nadie accediera a esa parte de su mente. Sintió cierta ansiedad nada más pronunciar las palabras, pero toda se desvaneció cuando ella asintió con una enorme sonrisa.

CAPÍTULO 21

Durante la siguiente hora Beckett le estuvo explicando su procedimiento. Cómo volcaba las ideas en aquellos post-it organizando el tipo de anotación por colores. Luego los pegaba en la pared, formando una pequeña línea temporal, que le servía como guía. Le explicó que en muchos casos esa no era la estructura definitiva, porque cuando lo había organizado todo, con cierta lógica, empezaba a hacerse preguntas sobre el ritmo de la historia, y la mayor parte de las veces modificaba el orden y sucesión de los hechos, para narrarlos de forma que fuesen mucho más interesantes para el lector. Le expuso también su forma de crear personajes, cómo se inspiraba y como estudiaba cada uno para darle su arco dramático, una evolución y la profundidad como elemento que diese dinamismo a la historia.

Estaba enfrascado en aquel apasionante discurso, cuando las tripas de Penélope rugieron de forma escandalosa. Él se detuvo de repente y se giró para enfrentarla. Porque durante toda su exposición, no había dejado de andar de un lado a otro de la buhardilla, apoyando sus explicaciones con ejemplos de las ideas que había vertido él sobre las paredes.

—Lo siento, me he dejado llevar —le dijo sacudiendo la cabeza, y Penélope percibió que lo decía con sinceridad, como si creyese que ella estaba sufriendo algún tipo de suplicio escuchándolo. Tuvo la necesidad inmediata de aclararle que no era así, en absoluto.

—¿Lo sientes? —preguntó con una gran sonrisa— Creo que está siendo el mejor momento de mi vida —añadió entusiasmada—. Como ag… —Se dio cuenta de que había estado a punto de desvelar su tapadera e intentó corregirse— bibliotecaríaaaa —alargó tanto la sílaba final que Beckett arqueó una ceja, sopesando seguramente si le estaba dando una apoplejía— Jamás he tenido la oportunidad de acercarme al proceso mental de los escritores a los que admiro. Muchas veces me he preguntado cómo sería este proceso que me parece mágico, fascinante.

Lo dijo con tanto entusiasmo y sus ojos brillaron de tal forma al explicárselo, que Frank no tuvo dudas de que era realmente sincera. Se sorprendió al comprobar lo refrescante que era poder compartirlo.

—Me alegro —dijo, aunque en su mente, su respuesta era mucho más larga y entusiasta.

Su pequeña piruleta no podía imaginar cuánto significaba aquello para él. Muchos admiraban su trabajo, el producto final y disfrutar del mundo que había creado cuando este estaba dibujado hasta el más mínimo detalle, pero por experiencia sabía que escuchar su diatriba mental, sus procesos, cómo construía ese mundo, piedra a piedra, era algo soporífero para el resto de la gente, que no era capaz de visualizar lo que él vivía a diario en su imaginación. Para él lo más importante era el viaje, no el destino. Y eso jamás lo había podido compartir.

—Por la protesta de tu estómago, estoy seguro de que no has desayunado —dijo él, e inmediatamente vio que las mejillas de su ayudante se coloreaban, avergonzada—. Yo tampoco lo he hecho y me muero de hambre. ¿Te parece si desayunamos y luego seguimos?

Penélope se debatió entre la necesidad de alimentar su cuerpo o su curiosidad.

—Puedo subir el desayuno —dijo él divertido disfrutando de nuevo de los fuegos artificiales de su rostro, que expresaba con claridad su lucha interior.

Ella sonrió encantada y él replicó el gesto, con una naturalidad que lo hizo sacudir la cabeza al percatarse.

—No tardo —declaró marchándose escaleras abajo, mientras ella, seguía analizando las notas de la pared.

Todo el tiempo que él empleó en preparar los cafés y las humeantes tostadas, estuvo regocijándose en esa sensación nueva de ser entendido. Recordaba perfectamente los problemas que había tenido en el pasado, con parejas, cuando sentía la necesidad de compartir sus progresos con una historia, cuando quería verbalizar ciertas partes de la trama para darles más fuerza y forma en su mente. Nadie lo había entendido hasta ese momento. El ruido de la cafetera lo despertó de sus pensamientos. Estaba divagando, se dijo. Ella no era su pareja, sino su ayudante y una fan. Hasta cierto punto era comprensible que se sintiese interesada e incluso fascinada con

la novedad. Puede incluso que, con el paso de los días, se viese obligada a parecer interesada, como si fuera parte del trabajo. Eso era lo que le había pasado a Ingrid. Ahora, cuando le comentaba ciertas partes de su proceso de creación, la veía pulsar su botón mental de off. Ese en el que dejaba la mirada perdida y asentía con un ritmo estudiado, mientras seguramente en su mente repasaba la lista de la compra.

Bufó. Había sido un estúpido, un ingenuo. Se frotó la cara y pasó una mano por su cabello desde el flequillo hasta la nuca, que presionó masajeándola con fuerza. Tenía los músculos entumecidos, después de estar toda la noche trabajando. Había llegado a la casa con el suficiente cansancio como para haber caído redondo y dormir. Pero en cuanto entró en su cuarto, supo que no conseguiría hacerlo. Allí estaba todo igual, como si en esas cuatro paredes su vida del pasado se hubiese detenido en una instantánea. Un momento de su vida que le hacía daño, que lo hería de forma punzante, devolviéndolo a un dolor que no deseaba revivir. Ese fue el motivo por el que salió de su habitación y tras pasear por la casa y encender la calefacción, terminó por subir las escaleras del que durante años había sido su refugio. Y cuando fue a darse cuenta, estaba proyectando todo lo que llevaba meses acumulando en su mente, en aquellos post-it.

Una vez más su mundo interior lo había liberado del dolor, y cuanto más trabajaba, más lejos lo sentía marcharse. Todo había ido bien hasta que ella subió las escaleras, sin ningún tipo de prudencia. Estaba claro que tendría que vigilarla más de cerca, o se le volvería a romper antes de que acabasen esas cuatro semanas. También cabía la posibilidad de que el que terminase roto fuese él, sopesó mientras rompía los huevos y los echaba en la sartén. Cuando le había pedido a ella que le echase la pomada, había sido dejándose llevar por el simple placer de provocarla. Ya en varias ocasiones la había visto azorada cuando entraba en contacto con ella y era absolutamente encantador verla luchar contra esos instintos. Lo que no imaginó fue que él mismo sucumbiría a ellos de manera tan brutal, cuando lo acariciase consciente y voluntariamente.

Las manos de Penélope eran pequeñas y cálidas. Extremadamente suaves y deliciosas. Y su forma de recorrer su espalda, los músculos que se contraían a su paso, había sido tan excitante

que no había podido evitar sufrir una sorprendente e instantánea erección. No le sucedía una cosa así, tras un contacto tan nimio e inocente, desde la adolescencia. En su mente se reprodujo al instante el beso que habían compartido en el hospital, corto, pero tan intenso y abrumador como esa caricia. Y se dio cuenta de que su pequeña piruleta se podía convertir no solo en una distracción, sino en un peligro real.

Llevaba demasiado tiempo sin una mujer, y convivir con aquella preciosidad pelirroja, sin sucumbir iba a ser una autentica tortura, se dijo vertiendo los huevos ya revueltos repartidos sobre las tostadas, tras poner sobre el pan una fina capa de mayonesa.

Pero lo tenía que hacer. No solo era del todo inapropiado tener una aventura con una persona que trabajaba para él. Es que ella, tras el accidente, tampoco estaba en condiciones para algo así. Se había prometido que cuidaría de ella, al menos esas semanas y no podía hacer nada que pusiese en peligro la relación laboral, ahora que parecía que las aguas se habían calmado entre ellos.

Abrió el frigorífico y comprobó con satisfacción que tal y como le había pedido a la señora Paris había un par de sobres de salmón ahumado. Tomó uno y lo abrió, volviendo a sacudir la cabeza. ¿Por qué estaba pensando siquiera esas cosas? Solo estaban allí para aislarse y trabajar. Era lo único que quería en esas fechas, las peores para él en muchos sentidos. Solo tenía que trabajar, se repitió colocando un par de lonchas sobre cada tostada, encima del huevo. Cerró el sobre, lo guardó en la nevera y se lavó las manos en el fregadero.

No se había dado cuenta del hambre que tenía él también hasta que no vio la bandeja completamente dispuesta. Había preparado ese desayuno porque la enfermera Betsy le había dicho que, para asegurar una buena recuperación del hueso, Penélope tenía que tomar una dieta alta en nutrientes como vitamina D, calcio y zinc. Y asegurar que estaba recibiendo suficientes calorías y proteínas. Hacía años que no se preparaba el desayuno, más allá de un café cargado antes de ponerse a trabajar, pero aquella variedad de las tostas holandesas, que tanto le habían gustado desde niño, le parecieron perfectas y cumplían con todos los requisitos. Tenían una pinta estupenda. Y sin más, se dispuso a llevarla hasta la buhardilla. Centrado ya solo en el arduo

trabajo que tenían por delante.

CAPÍTULO 22

El momento del desayuno en la buhardilla, se convirtió rápidamente en una deliciosa costumbre, cada día. Y la alarma que les recordaba que tenían que hacer la parada de descanso, era el rugir de las tripas de Penélope ya que muchos días, empezaban a trabajar al alba. Al cuarto día de estar en la casa, Penélope dejó de usar prácticamente la silla, y empezó a practicar con las muletas, que le resultaban más cómodas para moverse por la casa. Así, armada con ellas, salía del cuarto, llena de energía para enfrentarse a su jornada. Como si fueran la maquinaria de un reloj suizo, se encontraban en el pasillo. Caminaban juntos hacia la escalera y allí él la tomaba en brazos para subirla hasta la buhardilla. Después cada uno ocupaba su lugar. Ella siempre se sentaba en la butaca color chocolate, y él unas veces empezaba contemplando su proyección mental, y otras, se colocaba frente al escritorio y empezaba a teclear imbuido por la historia.

Penélope admiraba enormemente su capacidad de abstracción, como si el mundo dejase de existir para él. Lo imaginaba entrando en su cúpula mental, en la que solo estaban las fuerzas rebeldes, los dictadores de Zeta Horizon y la trama trepidante que él vivía en primera persona. Beckett era el único que tenía la llave para adentrarse en ese mundo, y ella aguardaba paciente, corrigiendo, repasando o documentándose sobre algún tema concreto que él necesitaba plasmar en una escena, hasta el momento en el que dejaba de escribir, y entonces y solo entonces, le pasaba el archivo de lo que había creado ese día para que ella lo leyese.

Su trabajo durante la mañana duraba cerca de siete horas, en las que descansaban únicamente para desayunar y que ella hiciera los estiramientos y ejercicios del tronco superior, que él la obligaba a realizar para fortalecer esa parte de su cuerpo, según le había indicado la enfermera Betsy, que debía hacer. Después continuaban, ambos centrados en sus tareas. Cuando ella terminaba las suyas, se dedicaba a enviar correos informativos a Ingrid sobre como iban las

cosas y anotaciones para su agenda, sobre los asuntos a tratar del autor para cuando terminasen su encierro literario. Como ya le había explicado Ingrid, Beckett durante esos meses, solo escribía, no concedía entrevistas, ni se ocupaba del tema de la promoción. Se esfumaba del mapa como arrasado por un huracán, para resurgir tras su encierro con una nueva obra que hechizaba al mundo. Entonces su agenda se convertía en un caos, con reuniones, citas, trabajo de comunicación, redes y demás. También leía, se documentaba y volvía loca a Ingrid cambiando las citas que tenía que recordarle constantemente. Era evidente que a Beckett, esa parte de su trabajo era la que menos le gustaba. Pero ella estaba disfrutando de la mejor. De ver su fascinante proceso de creación.

Las tardes eran más relajadas. Después de comer volvían a subir a trabajar un par de horas más, pero anochecía temprano y entonces, o bien en el salón, o junto al fuego de la chimenea exterior del jardín, comentaban durante horas la obra, los personajes, los giros… En más de una ocasión habían terminado debatiendo e incluso discutiendo sobre estas cosas, y cada vez que eso ocurría él terminaba por levantarse, apretar los puños, y volver a subir a la buhardilla para terminar añadiendo media docena más de post-its a la pared.

Había días que las conversaciones fluían con otro ritmo, un ambiente más relajado y distendido y terminaban por hablar de otras obras y autores que ambos seguían. Descubrieron que compartían muchos autores de cabecera y él le relató algunas anécdotas vividas en eventos con algunos de esos autores a los que conocía personalmente. En esas ocasiones, ambos terminaban por reír a carcajadas.

Si a Penélope le hubiesen dicho el primer día, tras su discusión con él, que estarían tan bien juntos, no lo habría creído jamás, y eso empezaba a ser un problema, porque aumentaba su gran dilema sobre cuándo revelarle la verdad sobre su verdadera identidad. Lo había intentado en un par de ocasiones, pero siempre pasaba algo que se lo impedía. Como cuando llegó la señora Paris a llevarles la compra, o un pájaro entró por el ventanal del salón y se volvió loco volando por toda la casa hasta que consiguieron guiarlo de nuevo hacia al exterior. En aquellos momentos infructuosos, en los que había estado a segundos de contarle la verdad, había llegado a pensar

que aquellas interrupciones eran señales del destino, gritándole que no ensombreciese la armonía creada entre los dos. Pero en su interior, sabía que solo se estaba mintiendo a sí misma. Cada día conocía un poco más al hombre para el que trabajaba, y sabía que se volvería loco cuando descubriera la verdad.

Dejó sus papeles sobre el regazo y lo observó teclear frenético, casi enfurecido. Tenía un tecleo fuerte, contundente y muy ruidoso. Los primeros días lo miraba espantada pensando que de un momento a otro saltarían volando las teclas de su pobre ordenador. Ahora, ya, ese tecleo incesante y violento se había convertido en el ruido de fondo que marcaba sus tiempos y le decía cómo se encontraba él. No era difícil, por su forma de teclear, las pausas, el ritmo, adivinar su estado de ánimo, si le gustaba lo que estaba creando, o si le frustraba alguna escena. Como en ese momento, cuando tras veinte minutos de aporrear las teclas sin descanso, había parado súbitamente, dejando la estancia en un silencio sepulcral. Segundos después volvió a escribir, para detenerse pocas palabras más tarde. Lo oyó borrar, presionando repetidamente la tecla de eliminar, y volver a escribir. Repitió la operación tres veces, y a la cuarta, como era su costumbre, se levantó de la silla como si esta le quemase. Empezó a caminar por el cuarto con los brazos alzados, y las manos entrelazadas en la nuca. Al hacerlo, el suéter blanco que llevaba ese día, se le levantó mostrando sus abdominales perfectamente esculpidos, en piedra.

No quiso ser descarada, pero desvió la mirada sutilmente para disfrutar de las vistas, mientras él resoplaba con frustración. No había vuelto a pedirle que le echase la pomada de la espalda y sus contactos se habían limitado a cuando él la subía y bajaba por la escalera a la buhardilla, pero en su mente, seguía abandonándose de cuando en cuando al recuerdo de lo que le había hecho sentir esa boca, ese aliento, el olor cálido y masculino de su piel, el tacto de la misma bajo las yemas de sus dedos. Entonces suspiraba como una colegiala y él dejaba lo que estuviese haciendo para mirarla con el ceño fruncido, como en ese mismo momento, en el que lo había hecho sin darse cuenta.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele la pierna? —espetó las preguntas con brusquedad.

—Estoy bien —repuso ella e intentó bajar la mirada, para desengancharla de la suya, pero

él no se lo permitió.

—A ver si está hinchada— dijo y de dos zancadas Frank llegó hasta ella e inclinándose destapó sus piernas, cubiertas con una manta.

—Ya te he dicho que estoy bien —repuso ella tapándose rápidamente de nuevo al ver la cara que ponía él al descubrir sus uñas pintadas de un rojo escandaloso, con copos de nieve dibujados encima, asomando por la férula. Se las había hecho la noche anterior, llevada por un impulso.

Respiró molesta cuando él la observó con el rostro lleno de confusión.

—¿Tu primera pedicura? —preguntó entre burlona y molesta.

—La primera como esa.

¿Qué tenía de malo la suya? Era incluso más discreta que la que había pensado en un principio, con purpurina.

—Ya sé que tú eres primo hermano del Grinch, pero es navidad. Y, no es que te importe, pero yo necesitaba algo de color.

Frank la observó entonces con detenimiento. Ella solía llevar tantos colores que no se había percatado del estampado de su jersey de ese día. Cuando la vio por la mañana solo se fijó en que el cuello era tan ancho que uno de sus hombros asomaba tentador, mostrando su piel blanca y jugosa, salpicada de pecas. Recordó divagar sobre si las tenía allí, dónde más podría tenerlas, pero después de recriminarse ese pensamiento, había dejado de mirarla y había conseguido su objetivo hasta ese momento. Ahora veía que, el jersey rojo que llevaba estaba salpicado de renos saltando entre copos de nieve.

Resopló. Sí, a una persona como ella debía encantarle la navidad. Frunció el ceño.

—Ahora vuelvo —espetó, y sin más, abandonó la buhardilla, dejándola estupefacta.

CAPÍTULO 23

Ese “Ahora vuelvo”, se convirtió en “Ni idea de cuándo volverá o si llegará a hacerlo algún día”. Penélope estuvo esperando su regreso cerca de dos horas, hasta que, tras terminar con sus tareas, decidió bajar a la primera planta, sola. Lo hizo arrastrando el trasero por los escalones, en una operación idéntica, pero a la inversa, de la que usó el primer día para subir. Una vez abajo, cogió las muletas, que había dejado caer antes que ella, y se puso en pie. Lo buscó por toda la casa, incluso en el exterior, divisando desde el porche todo el bosque que pudo registrar. Fue cuando se dio cuenta de que faltaba la pick up, e intuyó que se habría marchado al pueblo. Frunció los labios en una mueca. Si él fuese un poco más comunicativo y se lo hubiese dicho, le habría pedido ir con él y así por fin visitar Wimberley. En todos aquellos días no había salido de la casa, y aunque esta fuese muy acogedora, acostumbrada como estaba a la vorágine de la ciudad, echaba de menos algo de bullicio, la gente, las tiendas… No había hecho ninguna compra de navidad, y con las fechas encima, podía haber aprovechado para comprar algunos regalos para sus padres y para Zola.

En el momento en el que reparó en ellos, se dijo que, ya que no tenía más trabajo que hacer y que no sabía cuánto le quedaba por esperar, aprovecharía para hacerles un par de videollamadas y ver cómo estaban, también debería llamar a Gina, su jefa. Pero cuando pensaba en mentirle a ella también, se le hacia un nudo en el estómago, así que decidió enviarle solo un nuevo email, contándole cómo iba su recuperación y preguntándole por sus vacaciones.

Cuando llegó a su dormitorio estaba bastante cansada. La casa era grande y había tenido que recorrerla entera buscándolo. Le dolían las manos y en cuanto estuvo sentada sobre su cama, se las frotó. Abrió su ordenador portátil, y ya en la pantalla del escritorio, vio las notificaciones de los correos que tenía sin contestar. El primero, casualmente era el de su jefa. Le decía que

había intentado llamarla varias veces, sin conseguir localizarla. Se mordió el labio inferior, mortificada. Pues efectivamente, había decidido dejar el teléfono cada día en la habitación, en silencio, cuando estaba trabajando, por si era algo de su trabajo como agente cuyo hallazgo por parte de Beckett la pusiera en peligro de ser descubierta. Siguió leyendo el correo con cierta ansiedad, temiendo que, aunque en teoría estaba de vacaciones, hubiese desatendido a algún cliente o alguna de sus tareas. Respiró con alivio y se llenó de felicidad, al comprobar que no solo no eran malas noticias, sino que Gina le contaba que iba a ser mamá. Estaba embarazada de su primer hijo con Justice, su esposo. Aunque ambos ya ejercían como padres criando a la sobrina de este, estaban deseando convertirse en papás de ese nuevo retoño. Se puso muy feliz por ellos. Eran una pareja preciosa y se merecían la mayor felicidad. Abrió un archivo adjunto y vio que se trataba de una foto navideña de los tres ataviados con idénticos jerséis, gorros y bufandas, comiendo bastones de caramelo. Suspirando, recorrió la imagen, impregnándose con nostalgia de esa felicidad navideña y después decidió contestar a ese correo, con las frases que ya tenía preparadas para su jefa.

Poco después llamó a sus padres, pero estos no le cogieron el teléfono. Hacía dos días que había recibido unos audios suyos, y apesadumbrada, pensó en intentarlo de nuevo más tarde. La que sí le cogió el teléfono a la primera fue Zola.

—¡Bue…nos… días, pe…que…ña Pe! —le dijo con una gran sonrisa. El sonido se entrecortó al igual que la imagen, los primeros segundos, pero luego se estabilizó lo suficiente para que pudiesen verse y oírse con claridad.

—¡Buenos días, Zoli Zola! —la llamó como cuando estaban en el instituto.

—¡Oh, vaya, tienes morriña! —exclamó su amiga al oírla— Hacía años que no me llamabas así. ¿Estás bien? Mira que me pongo mis botas vaqueras, mi sombrero de cowboy y antes de que pestañees dos veces, me planto allí con mi látigo y te traigo de vuelta.

Las locas ocurrencias de su amiga la hicieron sonreír. Sobre todo, siendo consciente de que no eran promesas vanas.

—¿Sigues teniendo ese látigo? —le preguntó con una sonrisa pícara— Pensaba que ya solo

usabas las esposas —bromeó con ella.

—Y las sigue usando —se oyó otra voz femenina. Un segundo después la cabeza de Courtney apareció en la pantalla, con una gran sonrisa. La saludó con la mano y Zola le dio un beso en la mejilla. Penélope contempló la escena alucinada. A esas alturas, creía que Zola ya habría terminado esa aventura, y la enfermera sería historia.

—No pongas esa cara, ya sé que estás flipando de vernos juntas aún…

Penélope se cubrió la cara, pensando que habría sido mejor que no lo comentase delante de Courtney.

—Pero es que… Bueno, ya te lo contaré cuando vuelvas.

—Que ya me contarás cuando vuelvas, ¿qué? —preguntó ojiplática. Jamás Zola le había ocultado nada. Entre ellas estaba la norma de sinceridad absoluta y ahora había algo que no le quería contar. Empezó a preocuparse.

—Quita esa cara, que no es nada malo. Son buenas noticias. Insólitas y buenas noticias, pero prefiero contártelo en persona. ¿Cuándo vuelves?

Penélope resopló no sabiendo si conformarse.

—Imagino que según lo establecido. Firmé el contrato el día trece, así que termino el día diez de enero.

Esta vez la que resopló fue Zola que compartió una mirada cómplice e indescifrable para ella, con Courtney durante un segundo.

—Bueno, pues intenta disfrutar cuanto puedas estas semanas.

Iba a insistirle un poco más sobre el misterio que guardaban esas dos, cuando ella continuó.

—Y hablando de disfrute… ¿Le has dado uso ya al regalito de navidad que te dejé en la maleta?

Penélope arqueó una de sus perfectas cejas pelirrojas, en señal de que no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo.

—¿Qué regalito? Si te refieres a lo de la ropa interior sexi…

—¡Nooo! La ropa sexi es para disfrutarla con tu jefe. Esto es solo para ti. Es mi regalo de navidad—Su sonrisa pícara le hizo temer lo peor.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—¡No lo has visto! Pues no quiero perderme tu cara en este momento. Coge tu maleta y mira en el interior, bajo el forro.

—¿Bajo el forro? ¿Has metido algo bajo el forro como los contrabandistas? ¡No serán drogas! —exclamó asustada.

—Hay quien considera que es aún mejor.

Penélope empezó a respirar con ansiedad. Se inclinó y tomó del suelo la maleta, que tenía de pie a un lado de la cama. Como en teoría estaba vacía, no le costó subirla sobre el colchón, con una mano. En cuanto la colocó a su lado, buscó los ganchos de la cremallera y la abrió con dedos temblorosos. Palpó la funda, dándose cuenta con sorpresa, de que efectivamente, debajo de la tela, entre las ondas que hacía la estructura, había una especie de caja rectangular. Buscó entonces la cremallera del forro, cuando la encontró, tiró de ella mirando el gesto sonriente y expectante de su amiga. Metió la mano en el forro y sacó la caja. Negra, con un lazo dorado que se había arrugado durante el viaje con la presión de la ropa que ella misma había colocado encima.

—¡Venga, ábrelo! —le metió prisa Zola, que parecía aún más nerviosa que ella.

Estuvo tentada de bajar la tapa del portátil y dejarla con las ganas, en venganza por el secreto que parecía guardarle, pero la verdad es que se moría de ganas por abrir el que con total seguridad sería su único regalo de navidad.

Sacudió la caja y escuchó el ruido de lo que se movía dentro, chocando con las paredes de cartón. Alzó una ceja al abrir la tapa superior y arrugó el ceño al no distinguir el objeto negro que había en su interior. Lo volcó sobre la palma de su mano y tras el primer momento de estupefacción, abrió los ojos y la boca, desmesuradamente al reconocerlo.

Pegó un grito que estuvo segura de que retumbó en toda la casa.

—¿¡Tu regalo de navidad es un dildo!? —Se quedó petrificada con el objeto alargado y

anatómicamente perfecto en la palma de su mano abierta.

Las risas alocadas de Zola se escucharon con claridad.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio? ¿Es tu regalo? ¿Me has regalado un dildo? —volvió a repetir tan alucinada que no escuchó que Zola le decía que era lo que necesitaba. Como tampoco las pisadas en la puerta de su dormitorio y a Beckett asomándose para declarar con rotundidad un segundo después.

—El mío es más grande.

CAPÍTULO 24

Las risas del ordenador se detuvieron y Zola empezó a preguntar:

—¿Es tu jefe? ¿Ha dicho que la tiene más grande? ¿Más grande que ese chisme? —preguntó con admiración y sorpresa.

Penélope tragó saliva y cerró la tapa del portátil de inmediato, cortando la llamada.

Frank alzó una ceja divertido y señaló su mano que seguía sosteniendo el aparato, aunque ahora lo aferraba abarcando su grosor con los dedos. En cuanto vio lo que estaba haciendo, se lo llevó a la espalda, como la niña que le esconde a sus padres los caramelos que le han prohibido comer.

—No lo escondas, ya lo he visto. —Un brillo endiablado se paseó por su mirada—. Y me reitero, el mío es más grande.

El calor sofocante la abrasó como si el fuego hubiese nacido en sus entrañas y consumiese cada célula hasta llegar a sus mejillas, a punto de extinguirse por las llamas.

Pero si creyó que el momento no podía parecer más bochornoso y surrealista, estaba muy equivocada. Porque él entonces, se acercó a la cama, extendió la mano y se la ofreció diciendo:

—¿Quieres verlo? Te lo mostraré.

En ningún momento dejó de enlazar la mirada con la suya, con una intensidad que la dejó sin respiración. Y su mente se llenó de hipótesis alocadas. ¿Le estaba diciendo lo que parecía realmente? ¿Qué el suyo era más grande? ¿Qué quería enseñárselo? ¿Le estaba proponiendo sexo? Maldijo estar totalmente perdida en el tema. Ella no seducía ni era seducida. No tonteaba ni se le daban bien los juegos de palabras. Si Zola hubiese estado en su lugar, habría sabido qué responderle para salir airada y no parecer la pececilla asustada que ella asemejaba ser en ese momento.

—No… creo que sea buena idea… —Negó con la cabeza en movimientos cortos y casi espasmódicos. Él le tomó la mano de improvisto, aferrándosela con esos dedos largos y fuertes que llegaban hasta su muñeca, donde estaba segura de que podría comprobar que estaba a punto de morir por el ritmo atropellado de su pulso.

—Vamos, estoy seguro de que te va a sorprender. —Tiró de su mano, no dando lugar a réplicas. Posó otra mano bajo su antebrazo, el contacto en aquella zona, le erizó la piel. Se vio posando el pie sano en el suelo y cuando él colocó la mano al final de su espalda, levantó el trasero de la cama con rapidez. El latido de su corazón era tan fuerte que le retumbaba en toda la caja torácica, en los oídos, en las sienes, nublándole la vista. Creyó que iba a desmayarse, y entonces él hizo su última jugada.

—Será mejor que te lleve, no vaya a ser que te me caigas, piruleta. —Y antes de que pudiera negarse, se agachó y la alzó entre sus brazos, jugando de nuevo a los recién casados.

Salieron de la habitación con premura, como si a él le hubiesen entrado de golpe las prisas. El corazón de ella ya no podía ir más rápido y su mente empezó a divagar. ¿Y si se hacía la muerta? Eso era lo que tenía que hacer, cerrar los ojos, agarrarse el pecho y caer fulminada al suelo como si sufriese un infarto. Se vio a sí misma montando el numerito, y la imagen de la pececilla asustadiza de colores apareció ante ella, sacándole la lengua y haciéndole incluso una pedorreta. ¿Acaso no deseaba a ese hombre como no había deseado a otro antes? ¿Qué le daba tanto miedo? ¡Por el amor de dios! Ni era virgen ni una niña, se dijo intentando infundirse valor. No sabía cómo actuar de forma sexi y se limitó a aferrarse con más fuerza a su cuello, buscó la mirada de Beckett, pero este, pasando de largo por la puerta de su habitación, se dirigió al salón. Penélope frunció el ceño, preguntándose dónde querría él que tuviesen aquel encuentro sexual nada apropiado entre jefe y empleada.

Y de repente él se detuvo.

—Ahí lo tienes —le dijo señalando con su cabeza algo a su espalda. Penélope se giró. Y se quedó totalmente atónita—. ¿Es enorme o no? Sin duda el regalo de navidad más grande que te van a hacer en mucho tiempo.

Él la hizo descender y la colocó frente al gigantesco abeto que cubría parte del ventanal de la fachada. Debía medir más de cuatro metros y era decididamente espectacular. Le encantaba. Siempre había soñado con tener un árbol por navidad como aquel. En su casa en San Francisco tenía uno de plástico cuyas ramas de alambre ya estaban medio pochas. Daba pena decorarlo, y aun así era uno de sus momentos favoritos de las fiestas. Cuando terminaba siempre tomaba un chocolate caliente con nubes, frente a él y se imaginaba que era un hermoso abeto como ese. La emoción hizo que se llevase ambas manos al pecho. Perdió ligeramente el equilibrio, pero Beckett la tenía sujeta por las caderas, donde sus manos se afincaron, con firmeza. Lo tenía a su espalda, a escasos centímetros de su cuerpo y cuando giró el rostro para agradecerle su regalo, sus ojos brillantes hablaron por ella, más que sus palabras.

—Es… impresionante. Muchas, muchas gracias. No lo habría esperado jamás…

—Apuesto a que no. Me ha costado horrores traerlo hasta aquí. Pero dime, ¿qué era lo que imaginabas? Estabas tan roja, acalorada… Parecías excitada, nerviosa… Incluso juraría que he sentido como te estremecías en mis brazos.

Penélope tragó una saliva inexistente. Fue a contestar cualquier cosa que la hiciera salir del paso, pero él le dio un toquecito, como hizo el primer día, sobre la nariz.

—No mientas, piruleta. Yo sé lo que pensabas…

—Yo no miento nunca —replicó ella intentando defenderse. Y su Pepito grillo interior, la amonestó con crudeza. Se dijo a sí misma que no le había mentido, solo ocultado la verdad, pero su conciencia no se creyó la validez de ese pensamiento ni de lejos.

—Bueno, está claro que tendré que usar otro tipo de armas para conseguir respuestas —Y cogiéndola por sorpresa, él volvió a alzarla, para colocarla sobre su hombro, como si fuera un salvaje. De la impresión dio un grito que retumbó por todo el salón, sobre todo cuando, se dio cuenta de que él pretendía llevarla hasta la zona de los dormitorios.

No llegaron a salir del salón, porque tanto las risas de él como las protestas de ella, se vieron ahogados por una voz femenina que los interrumpió con un carraspeo.

Ambos miraron, sorprendidos en la dirección de la que provenía el ruido. Al ver a la recién

llegada, los ojos de Frank se encogieron hasta convertirse en una línea suspicaz, mientras que los de Penélope, se agrandaron adquiriendo toda su capacidad de expresión, mucho más cuando escuchó como la llamó Beckett.

—¡Mamá! —exclamó él, bajándola al instante.

Penélope, se pasó las manos por el pelo, y la ropa, recolocándoselas, azorada.

Durante un par de eternos y agónicos minutos, el silencio se instauró en el salón, mientras madre e hijo se calibraban como dos pistoleros a punto de batirse en duelo. La madre del escritor tenía el cabello rubio, como el de su hijo, pero parcialmente cano, cayendo en ondas sobre sus hombros. Era de complexión media y en su mirada castaña y facciones dulces, había más amor que reproches, todo lo contrario que en la de Beckett, cuyas mandíbulas, además, parecían a punto de estallar.

—Yo… mejor… los dejo a solas, para que puedan hablar con tranquilidad —hizo el ademán de girar para marcharse, aunque no sabía cómo llegaría hasta el dormitorio, sin las muletas.

—No hace falta —la interrumpió Beckett, con un tono tan glacial que habría podido cortar el aire—, ella ya se va —declaró.

—Pero hijo… —dijo la mujer dando un paso hacía él. El mismo que él anduvo de espaldas. No volvió a mirarla, giró sobre sus talones y se marchó perdiéndose en el interior de la casa.

Penélope se encontró de repente sola, en salón, con aquella mujer de la que acababa de conocer su existencia, y sin posibilidad de escapar de la situación.

—Lo… lo lamento mucho —le dijo con sinceridad cuando la vio cogerse las manos, tras suspirar con pesar.

—No se preocupe… —hizo una pausa, esperando que ella se presentase.

—Penélope, señora. Me llamo Penélope Appleton. —No quiso añadir más información porque en realidad no sabía qué relación con su hijo justificaría la actitud en la que los había encontrado.

—Encantada Penélope. Yo soy Claire. Como has podido ver, la madre de Frank. Tenía que haber imaginado que Junior reaccionaría así, pero tras enterarme de que estaba en el pueblo, tenía que intentarlo. ¿Puedes hacerme un favor? —le preguntó mientras la veía buscar en el interior de su bolso bandolera, cruzado sobre su pecho.

—Yo… no sé...

—Solo quiero que le des mi tarjeta— le dijo ofreciéndole un pedazo de cartulina impresa en varios tonos brillantes.

—Claro —repuso tomándolo de su mano cuando ella se la acercó— Eso puedo hacerlo.

—Gracias, muchas gracias —le dijo ella. Y tras regalarle una sonrisa complacida, se marchó por la puerta por la que había entrado.

CAPÍTULO 25

Frank apareció poco después con la mirada esquiva y taciturna. No había ni rastro del hombre que minutos antes reía y bromeaba con ella. En realidad, el que acababa de presentarse ante ella, parecía una versión idéntica a la que conoció en San Francisco el primer día.

—¿Se ha marchado ya? —preguntó con gesto pétreo.

—Sí… ahora mismo.

—Bien —apuntó poniendo las manos en sus caderas. La tensión de sus hombros era más que palpable.

Penélope tomó aire antes de pronunciar sus siguientes palabras, porque era evidente que él estaba afectado.

—Me ha dado esto para ti. —Alzó la mano, mostrando entre sus dedos la colorida tarjeta. Él la miró cómo si fuese una bomba, con miedo, recelo y algo más oscuro que a ella le provocó un escalofrío. No podía imaginar qué tenía que haber pasado entre madre e hijo para que estuvieran en esa situación, pero tampoco se lo podía preguntar. Cuando vio que él, aunque no dejaba de mirar la tarjeta tampoco respondía, añadió: —La dejo aquí si quieres, y ya la coges tú cuando… la necesites —apuntó depositándola sobre la mesa que había a su lado.

Beckett se limitó a asentir.

—Bien, será mejor que volvamos al trabajo. La maldita novela no se va a escribir sola —dijo en tono malhumorado.

Penélope alzó las cejas al escuchar cómo se refería a su obra, pero no dijo nada. Intuía que él estaba buscando una salida para no tener que pensar en lo sucedido, y se la concedió, asintiendo. Beckett no añadió nada más. Fue a por ella, la tomó en brazos, y la subió de nuevo a la torre del castillo, como le gustaba llamar en su mente, al lugar en el que pasaban tantas horas

juntos cada día.

Pero enfrascarse en el trabajo no cambió nada. Durante los siguientes cuatro días, Penélope lo vio golpear con furia las teclas. Su ritmo era más rápido que nunca y apenas hacía pausas. No solo para pensar, sino para descansar siquiera. Lo único que no perdonaba era su sesión de ejercicios, que cada día como un reloj, la obligaba a realizar. Parecía atormentado y ella estaba preocupada. En más de una ocasión tuvo la tentación cuando lo tenía cerca, de pasar la mano por su pelo, acariciarle la mejilla, o incluso besársela. Pero por supuesto no lo hizo. Se limitó a ver cómo se fustigaba, porque escribir no producía ningún cambio en él. Al contrario, lo veía cada vez más encerrado y hermético. La noche del cuarto día, ya no pudo más, y por primera vez en noventa y seis horas, ella se pronunció:

—Tengo hambre —dijo en tono rotundo.

Él detuvo el tecleo al instante, pero no alzó la vista.

—Y estoy cansada —añadió. Frank giró el rostro lo justo para encararla—. También me siento exhausta, encerrada y aislada. —Alzó la barbilla.

Frank encogió la mirada como si quisiera leer a través de su piel, qué intenciones escondía.

—No me mires así. Me encanta trabajar contigo. La mayor parte del tiempo es… estimulante. Pero has vuelto al “modo piedra”—Él alzo una ceja—. Ya no me hablas, ni comentas conmigo la novela. Ni siquiera salimos al porche por la noche. Hace dos días que fue navidad y tengo un árbol sin adornos.

—¿También querías adornos?

—Si no los tiene no es un árbol de navidad. Es solo un árbol, ¿no te parece?

Ella estaba lanzada y retadora. Él brillo desafiante de sus preciosos ojos de color indescifrable, iluminó algo en su interior. Penélope siguió hablando de lo descontenta que estaba. Le recriminaba que no hubiese salido de aquella casa en dos semanas, que ni la mirase cuando le entregaba el trabajo, que…

—¿Cuándo nos hemos casado, que al parecer también me lo he perdido?

Penélope que tenía la boca abierta, la cerró de repente y ladeó la cabeza, confusa.

—¿Insinúas que parezco una esposa insatisfecha?

—Exactamente —dijo él girando en su silla para encararla. Se cruzó de brazos y se recostó en el respaldo, con un brillo nuevo en la mirada. Las comisuras de sus labios hacían un esfuerzo por alzarse, pero él no las dejaba aún, hacerlo con libertad.

La discusión lo despertaba de su letargo y la que sí sonrió fue ella, al descubrirlo. Su gesto satisfecho lo dejó perplejo y confuso.

—Si lo fuese, estarías al borde del divorcio, porque mi lista no ha hecho más que empezar.

—¡Auch! —Fingió él que le disparaba directo en el corazón.

Se incorporó de repente y fue a por ella. Penélope lo vio acercarse decidido y tragó saliva. ¿Qué iba a hacer? Se puso en pie, a la pata coja, con la intención de marcar las distancias.

—Así que no te presto suficiente atención… No hablo contigo, no salimos por ahí, no he comprado los adornos de navidad, ¿qué más? ¡Oh! —exclamó él sacudiendo la cabeza y señalando sobre sus cabezas, cuando estuvo a su lado. — Ni siquiera te he besado bajo el muérdago.

Penélope vio sobre ellos, en el techo, colgado un ramillete de la planta. Frunció el ceño, confusa, porque en todos esos días no se había percatado de que este estuviese allí. ¿Habría más por la casa? Se puso muy nerviosa. Había sido una estupidez levantarse, ¿de veras había pensado que podía salir de allí sin ser interceptada?

—Eso no sé qué hace ahí, pero no es necesario… Yo me refería a que te estás comportando como un troglodita, otra vez encerrado, sin comunicarte, como si yo no existiera… y…

Su discurso se vio interrumpido por los exigentes labios de Beckett que poseyeron su boca, con una embestida brutal. El oxígeno abandonó los pulmones para ser bebido por la boca del hombre que la rodeó con sus brazos con posesión. Sintió una mano en la nuca, y la otra en la zona más baja de su espalda, presionándola contra su pelvis. La sorpresa hizo que abriese más la boca y él aprovechó la maniobra para tomarla como una invitación a profundizar en el beso. Sus lenguas entraron en contacto, y el sabor de su boca le nubló el juicio, haciendo que despertase su lado animal. Esa Penélope contenida bajo sus normas, reglas, formalismos, políticas de conducta,

modelos a seguir, se vio liberada de las cadenas, enfebrecida. Sus sentidos se afinaron, despertando de su letargo, y anhelando llenarse de nuevas experiencias. Alzó las manos y rodeó el cuello masculino, posó las manos en su piel y sintió la calidez de su cuello, el pulso en su garganta, ese olor que la drogaba cada mañana cuando él la tomaba en brazos. Mordió el labio masculino con suavidad y cuando él gruñó, ella se arqueó, como una gata en celo. Frank la tomó de las caderas, y la alzó hasta que ella enredó las piernas entorno a su cintura. Él estaba a punto de introducir la cabeza entre sus pechos cuando oyó:

—¿Y qué quieres comer?

Penélope parpadeó confusa, repetidamente. Miró a un lado y a otro, con estupefacción. Estaba sentada en su butaca color chocolate, y él aún frente a su escritorio, con el ceño fruncido y cara de pocos amigos, esperando una respuesta. Pero ella solo pudo alzar la vista al techo para comprobar que no había ningún ramillete de muérdago colgado.

Lo había imaginado todo.

Una vez más en sus mundos, salvo por el hecho de que en su vida imaginaria ahora él la besaba con pasión e incluso de no haber despertado, le habría hecho el amor apasionadamente. Sus mejillas enrojecieron hasta el punto de cubrir sus pecas.

—Está bien, piruleta. Estás roja como un tomate. Igual te me estás poniendo enferma. Será mejor que lo dejemos por hoy, cenemos y descansemos un rato. Si mañana estás bien, iremos al pueblo a airearnos y a por provisiones.

Ella, aún más confusa, volvió a alzar la vista, para mirar ceñuda el techo vacío.

CAPÍTULO 26

La cena fue deliciosa, como siempre. Esa noche Beckett hizo unos bollitos calientes rellenos de verduras a la parrilla y queso, que estaban para chuparse los dedos. Los acompañó de una ensalada, vino tinto y para ella su habitual agua mineral. Lo que no estuvo en armonía fue el ambiente. Él seguía callado, taciturno. Pinchaba la ensalada, daba un mordisco a uno de los bollitos y bebía un trago del vino, degustándolo mientras miraba al infinito, que no era más que a la imagen que reflejaba el cristal del ventanal, ya que fuera era noche cerrada, y la única luz provenía del interior.

Resopló y apoyó la barbilla en su mano, inapetente.

—No tenías tanta hambre. No dejas de marear la ensalada. —Su tono seguía siendo glacial.

—No me gusta comer en silencio —dejó que la queja saliese de sus labios, con un suspiro.

—Mi trabajo no es entretenerte —escupió él las palabras, como si fueran dardos envenenados.

Que él le hablase así cuando ella no había intentado más que facilitarle las cosas, le cortó lo que le quedaba de apetito y de ganas de verle la cara, siquiera.

No se molestó en replicar y se bajó del taburete alto de la cocina. Tomó las muletas que estaban apoyadas a su lado, en la barra, y bajo la atónita mirada de Beckett empezó a marcharse.

—¿En serio vas a marcharte? Tienes la piel muy fina —le dijo él acusándola de ser demasiado susceptible.

Los ojos de Penélope se vieron envueltos por las llamas. Ciñó con más fuerza las manos sobre las empuñaduras de las muletas y se giró, para fulminarlo.

—Lo que tengo es el orgullo por las nubes. ¿Te quieres castigar? Hazlo. ¿Quieres

comportante como un bebé furioso porque el mundo no es como quieres? Perfecto. Pero yo no tengo la culpa de tus desgracias y no me vas a hacer pagar por ellas con tu indiferencia o hablándome con desprecio. ¿Entendido? Porque la próxima vez que lo hagas, me cojo las maletas y me voy. —Soltó su discurso sin elevar la voz ni media nota, pero la contundencia de sus palabras bastó para dejar pasmado y en su sitio a Beckett, que como si hubiese recibido la más sonora de las bofetadas, despertó de su letargo de los últimos días, abruptamente y a tiempo de darse cuenta de que ella se marchaba a encerrarse en su cuarto.

Saltó del taburete, con rapidez y fue tras ella, sin pensarlo. Corrió y la interceptó a punto de llegar a la puerta de su cuarto. Se colocó entre esta y el cuerpo femenino, obligándola a mirarlo. Clavó la mirada azul en la de ella, tan arrebatadoramente destructiva y sexi que tuvo que meterse las manos en los bolsillos para no tener la tentación de tocarla.

—¿Ves? Por esto quería que trabajases para mí. Me pones en mi sitio —dijo ladeando la cabeza con una sonrisa tan arrebatadora que Penélope desvió la mirada.

—Eso no parece una disculpa —soltó para que no se diese cuenta de que se le acababan de caer las braguitas del Pato Lucas al suelo, solo con perderse en su mirada azul.

—Es lo que iba a hacer ahora mismo. No me has dado tiempo, piruleta.

Ella alzó la vista y se mordió el interior del moflete para evitar sonreír. Su voz había pasado de pétrea a miel caliente. Y las imágenes de su fantasía de hacía unas horas, se pasearon por su mente, torturándola.

—Lo siento. He sido un gilipo…

Penélope soltó las muletas para taparse los oídos inmediatamente. Y él nuevamente sorprendido por esa aversión suya al lenguaje malsonante, tuvo que tomarla por los hombros para evitar que cayera, al perder el equilibrio.

Penélope sintió sus manos aferrándola por los brazos a tan escasos centímetros que el aliento masculino, le acarició la frente. Se sintió turbada por su proximidad, pero luego percibió la vibración de su cuerpo poseído por las risas. Abrió los ojos y alzó la vista para verlo reír con ganas. Frunció el ceño al instante.

—Perdona, pero es que eres tan graciosa. Tienes que contarme de dónde viene esa fobia tuya por las palabrotas. ¿Tus padres te castigaban sin tele si las decías de pequeña y te crearon un trauma?

—Mis padres no tienen nada que ver —dijo alzando la barbilla, molesta.

Él enlazó la mirada con la suya, dejando de reír, con curiosidad.

—Así que hay una historia detrás de esa manía… Quiero saberla —declaró con entusiasmo.

Penélope pensó que aquel hombre era desesperante y tan imprevisible como subirse a una montaña rusa con los ojos vendados. No sabía si tenía ganas, después de la discusión, para otro viaje esa noche en la atracción. Y dudó qué contestarle hasta que él le dijo:

—Encenderé la fogata y haré chocolate con nubes, si me la cuentas.

"Maldito…" Le tenía bien cogida la medida, se dijo. Porque ante semejante propuesta, solo pudo aceptar, aunque aparentando una desgana que no sentía en absoluto.

Quince minutos más tarde, ella esperaba bajo el impresionante cielo estrellado, recostada en una de las tumbonas de madera que ocupaban el porche inferior, formando un semicírculo entorno a la chimenea circular, recubierta de piedra. Aquel era un lugar precioso, a pesar de las frescas temperaturas de la noche, se oía el ulular de las lechuzas y la brisa nocturna danzar entre los árboles. También había algún que otro ruido sospechoso de algún animal que se paseaba por los alrededores, pero en las noches anteriores en las que habían disfrutado pasando tiempo charlando allí fuera, Beckett le había asegurado que ninguno se atrevía a acercarse con el fuego encendido. Se arrebujó bajo la manta de cuadros negros y rojos, que ya se había convertido en su favorita, y disfrutó de un aire tan puro como jamás disfrutaría en su San Francisco natal.

—No te duermas, que tienes una historia que contarme —oyó que decía Beckett a su espalda.

—No es tan interesante como para intentar ocultarla —dijo irguiéndose al instante.

—Eso déjame juzgarlo a mi —le dijo él, ofreciéndole su taza.

En cuanto la tuvo en las manos, la aferró con ambas, dejando que el calor del chocolate se

las caldease. Inspiró su aroma fuerte y dulzón, justo como le gustaba y cerró los ojos con deleite, tras el primer sorbo. Lo que no sabía ella era que Frank registraba cada movimiento guardándolo en las retinas, como tesoros.

—El que fue mi vecino, puerta con puerta, durante los dieciocho años que viví con mis padres, tenía Síndrome de Tourette con coprolalia —declaró en tono neutro.

—La tendencia patológica a proferir obscenidades e insultos… —añadió él, sorprendido.

Ella asintió y dio otro sorbo a su chocolate. Después continuó.

—No es tan fascinante cuando convives con ello a diario, tu vecino se pasa el día en el porche, y eres una niña tan tímida como lo era yo. Cada vez que salía de casa lo oía gritarme todas esas cosas. Imagino que muchas no estaban destinadas a mi persona en concreto, pero yo era muy pequeña y solo oía las palabras y lo que me habían dicho que significaban. Mis padres me explicaron muchas veces que no debía tomarlo como algo personal, y que seguramente el señor Coleman lo pasaba incluso peor que yo, pero siguió sin ser fácil. Jamás invitaba a amigas a casa y me prometí que me alejaría de todo ese tipo de vocabulario siempre que pudiera.

Frank intentó ponerse en su piel. En el lugar de una niña pequeña, flaquita y pelirroja que cada día salía de su casa, tapándose los oídos con fuerza, caminando, mirando al suelo, con paso resuelto hasta conseguir la distancia que la liberase de la confusión y la vergüenza. Y tuvo ganas de abrazarla, recogerla entre sus brazos y apoyarla en su pecho ofreciéndole toda la seguridad que le había faltado esos años. Su piruleta ahora era una mujer fuerte y segura, capaz de ponerlo en su sitio con dos frases y una mirada resuelta, pero el camino hasta allí no tenía que haber sido sencillo.

Y después de saber un poco más de ella, su curiosidad se acrecentó hambrienta en su pecho. Quería saberlo todo de ella, e iba a empezar a desentrañarla esa misma noche.

CAPÍTULO 27

—¿Cómo es un día cualquiera en la vida de Penélope Appleton?

Oyó que le preguntaba él de repente y casi se atraganta con su preciado chocolate. Pensaba que ya habría satisfecho todas sus curiosidades contándole su “trauma infantil”, algo que solo sabían sus padres y Zola. Ni siquiera se lo había contado a Gina, que era su jefa y que en más de una ocasión la había visto taparse los oídos cuando algún editor, agente o promotor se alteraba más de lo debido. Pero al parecer no había sido suficiente para él y ahora quería averiguar más sobre ella. Sobre la persona que era en realidad.

Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda, y forzó una sonrisa tan tensa que le dolió en la cara.

—No pretenderás que te cuente todo sobre mí, cuando no sé nada de ti, ¿verdad? —le dijo iluminada por la idea de que, con lo reservado que era él, dejaría ese juego de preguntas al instante.

—Tienes razón, toma y daca. Dispara. Haremos una pregunta cada uno, alternativamente.

—Se nos va a hacer muy tarde…

—¿Eres una gallina, piruleta? ¿O una espía internacional escondida aquí en mitad del bosque, y de revelar tu verdadera identidad, tendrías que matarme?

—No te tengo miedo. Y lo del asesinato en medio del bosque, ya veremos. Depende de cómo se den las cosas.

Su comentario debió hacer mucha gracia a Beckett, que sonrió maliciosamente.

—Pues venga, haz la primera pregunta.

Penélope se quedó de repente en blanco. Durante años había querido tener esa oportunidad, conocer al autor que tanto admiraba y preguntarle mil cosas sobre sus libros, sobre los mundos

que creaba y de dónde venían. Y, sin embargo, ahora estaba más interesada en conocer al hombre que había detrás de ellos. Era una oportunidad única de hacerlo y le sudaban las manos. Tampoco quería tocar ningún tema demasiado personal que estropease el ambiente que acababan de conseguir. Y sabía que preguntarle por temas como la disputa que mantenía con su madre, lo haría.

—Piensas demasiado y no hay preguntas incorrectas. Se trata de conocernos más. Seré completamente sincero —apuntó cuando la vio dudar. Ella había estado muy suelta y rápida mentalmente para ponerlo en su sitio, para replicarle cuando la había pinchado, y de repente, ¿se había vuelto tímida? No sabía si porque no quería revelarle cosas sobre sí misma, lo que hacía que quisiera insistir más, o por temor a ofenderlo si preguntaba algo indebido.

A pesar de su declaración, Penélope no lo tenía nada claro, quería preguntarle por el bien de su futura relación laboral, por qué se negaba a tener agente, pero eso podría haber levantado sus sospechas. ¿Se suponía que ella sabía esa información por Ingrid? Al final decidió enfocar las preguntas a un terreno más personal, como… si tenía novia, pareja… o algo que le impidiese seguir fantaseando con él. El problema fue que se puso tan nerviosa que no supo muy bien cómo formularla.

—Está bien… Se te da muy bien el juego del prometido perfecto, ¿lo has estado alguna vez? ¿O casado? ¿O novias…?

—Para piruleta, son cuatro preguntas. Elige una —le dijo él con diversión en los ojos, lo que la incitó a continuar por ahí.

—Entonces, reformulo. ¿Has estado enamorado alguna vez?

Su gesto siguió sin mutar, pero ahora parecía algo forzado, como si tuviese que hacer un esfuerzo para que la sonrisa siguiera ahí. Temió haber pinchado en hueso y que él no respondiese. Pero, para su sorpresa, no fue así.

—Mi primer amor fue Amanda, odiaba que la llamaran Amy. Era una rubia preciosa, con coletas, que me hacía tartas de barro y se bañaba desnuda conmigo en el rio —Los ojos de Penélope empezaron a adquirir toda su capacidad de expresión y él sonrió en su interior—. A

veces pienso que tendría que haberme casado con ella. La vida habría sido mucho más sencilla para mí. Pero eso solo duro de los cuatro a los cinco años. En primaria ya le estaba haciendo tartas a Tim Sawyer.

—¡Oh! Pobrecito. Aquello debió destrozarte para siempre —le dijo ella burlona, imitando su falso gesto afectado—. Pero estoy segura de que has dejado más corazones rotos tú por ahí, que al revés.

La oscuridad, esa que zigzagueaba de vez en cuando por su mirada, hizo acto de presencia. Y ella tragó saliva.

—Puede. Durante la universidad lo pasé bien. Y tenía motivos para pensar que comprometerse y entregar tu corazón era el mayor error que se podía cometer en la vida, así que me dediqué a divertirme. No siempre fui todo lo caballeroso que me enseñaron a ser. No tengo defensa, pero no fue una época… fácil para mí.

Se hizo un silencio de un par de segundos, mientras él bebía de su taza. Penélope no sabía si pensaba continuar, porque dudaba que su único amor hubiese sido a los cinco años, pero aguardó en silencio bebiendo ella también, mientras en su mente aumentaban las preguntas.

—Pero bueno, ninguno somos inmunes al amor. Aunque nos pongamos una coraza, siempre hay quien viene dispuesto a romperla. Y en mi caso, esa fue Ava.

Penélope habría jurado que, tras pronunciar su nombre, Beckett había tragado saliva, como si necesitase ingerir el nudo que se le formaba en la garganta al recordarla.

—Nos conocimos unos años después de la universidad y estuvimos juntos siete años.

—¡Guau! —La expresión escapó de los labios de Penélope sin control. Él la miró y sonrió con pesar.

—Sí, mucho tiempo. Estaba convencido de que sería la definitiva. Ella vivió conmigo muchas cosas, incluido mi primer éxito literario y el ascenso vertiginoso de mi carrera. Aunque no todo era perfecto, porque ella quería que nos casáramos y yo no estaba dispuesto a firmar un papel que declarase lo que ya consideraba yo que éramos, una pareja. Aun así, creía que las cosas estaban bien entre nosotros. De hecho, recuerdo como uno de los momentos más felices de mi

vida, el día que me dijo que estaba embarazada. Le compré entonces un anillo y todo, para pedirle que se casara conmigo.

Penélope tuvo que ocultar el rostro tras la taza y beber, cuando no se sintió capaz de hablar por la sorpresa, tras escucharlo muy atentamente. Estaba segura de que, si él giraba el rostro, que ahora miraba hacia las estrellas imbuido en sus recuerdos, y apreciaba su gesto alucinado, dejaría de hablar dándose cuenta de todo lo que le estaba revelando. Así que no hizo el más mínimo ruido, petrificada en el sitio, aguardando cada palabra que fuese a salir de sus labios. Se quedó con las ganas de preguntarle si efectivamente tenía un hijo, pero no tuvo que hacerlo, porque él continuó.

—Recuerdo que lo tuve todo el día en el bolsillo, el día del accidente.

Los ojos de Penélope se abrieron como platos, ¿ella había muerto?

—¿Un accidente? —preguntó en tono bajo cuando él se quedó perdido en el recuerdo.

Beckett sacudió la cabeza, e incorporándose en la tumbona, giró para sentarse. Ya no estaba en el pasado, había regresado con ella. Lo supo en cuanto enlazó la mirada con la suya y regresó a él la oscuridad. Se aclaró la garganta antes de continuar en tono ligero, como si le relatara una noticia que había leído en la prensa.

—Sí. A la salida de un evento. Yo me iba a retrasar con las firmas. Ella estaba cansada y decidió marcharse antes, con el que era mi agente por aquel entonces. Tuvieron un accidente con el coche. Llegué al hospital al mismo tiempo que las ambulancias. Cuando sacaron su camilla, le di la mano, rezando para que las lesiones no fueran tan graves como para perderla a ella o al bebé. Ya estaba de seis meses.

Penélope contuvo el aliento.

—Lo que no imaginaba era que ya los había perdido a ambos, porque no era mi mano la que ella buscaba para ser reconfortada. No hacía más que llamar a mi agente, al padre de su hijo, al hombre con el que tenía una relación desde hacía dos años, delante de mis narices, sin que yo me diera cuenta de nada. Hoy en día siguen juntos, o eso creo.

Lo vio apretar las mandíbulas y supo que aquella traición aún le dolía como una herida

abierta en el pecho.

—Lo siento, lo siento mucho —le dijo tentada de levantarse y saltar hacia él para abrazarlo, para mesarle el cabello, para besarlo en los labios e intentar devolverle la sonrisa.

—No pasa nada. No volveré a cometer ese error —declaró él, levantándose de la tumbona. Le enseñó su taza, que necesitaba ser rellenada, antes de girar para ir al interior de la casa a hacerlo. Sin embargo, Penélope no pudo evitar preguntar casi en un susurro, que llegó hasta sus oídos, en el silencio de la noche.

—¿Qué error?

—El de confiar demasiado —sentenció él con voz pétrea. Y siguió caminando hacia la casa.

CAPÍTULO 28

Después de aquella confesión, Beckett no intentó volver al juego de las preguntas, y ella no hizo nada por retomarlo. Ahora entendía muchas cosas que hasta entonces no habían tenido sentido para ella. Entre ellas su reticencia a tener un agente. Se había sentido traicionado de todas las formas posibles y las heridas seguían ahí, sangrando, hiriéndole y ultrajándole día a día. En cuanto él terminó su segunda taza de chocolate, le propuso dar por zanjado el día, y ella aceptó. Caminaron el uno junto al otro hacia el interior, y por el pasillo, en absoluto silencio. La acompañó hasta su puerta, a escasos dos metros de la suya, después se la abrió para que ella no tuviera que soltar las muletas.

—Buenas noches —le dijo ella con el corazón abatido tras su relato. Durante un segundo se vio tentada de besarlo, pero no fue capaz de moverse del marco.

—Buenas noches, piruleta —le dijo él. Y pareció aguardar el mismo segundo que ella, pero al final, le dio la espalda y se marchó.

Penélope no consiguió pegar ojo en las siguientes horas. Dando vueltas y más vueltas en la cama, como las ideas que empezaron a amontonarse en su cabeza. Recordaba cada palabra, cada pausa, cada inhalación profunda y lacerante que él había dado mientras le revelaba uno de los momentos más dolorosos de su vida. Se había abierto a ella como dudaba que hubiese hecho con nadie más en mucho tiempo, y a la vez le había dicho que no volvería a cometer el error de confiar demasiado.

Por eso no quería agentes, por eso se encerraba en sí mismo y en su perfecto mundo imaginario. Allí el dolor no podía alcanzarlo. Allí todo se regía bajo sus normas. Esas normas que lo protegían de la traición. Y ella se había colado en su vida, mintiéndole. Se sentía tan mal, tan culpable, que tenía ganas de vomitar. Ahora más que nunca sabía que aceptar aquel plan

había sido el mayor error de su vida. No podía hacerle ningún bien si había empezado traicionándolo como lo habían hecho su exnovia y su anterior agente. En cuanto le contase la verdad, él dejaría de confiar en ella y la echaría de su vida para siempre.

Esa idea le escarchó la sangre en las venas, haciendo que se sintiese más enferma aún. Tenía que irse de allí y acabar con aquel plan ridículo. No podía ser una muesca más en la lista de personas que le habían hecho daño porque, aunque no se lo hubiese querido reconocer a si misma, en todo ese tiempo, había empezado a sentir cosas por él que sobrepasaban con creces a su admiración como autor. Lo deseaba como hombre de una forma peligrosa y voraz. Y había aprendido a querer todas esas facetas suyas; las dulces, las desesperantes, las complicadas, las tiernas, las excitantes, las impredecibles…

Todas.

Ahora que estaba dispuesta a marcharse, sabiendo que perdería todo aquello para siempre, las apreciaba enteras. Y ese era un motivo más para alejarse de su lado. No era profesional enamorarse de un cliente, ¿verdad?

Enamorarse…

La palabra retumbó en su mente como la bola de una máquina de pinball. Activando con su contacto zonas de su cerebro que se fueron encendiendo como luces de navidad. Recordó cada mirada, cada sonrisa, cada discusión de aquellas poco más de dos semanas, cada vez que se habían tocado, el beso… Y sintió que había transcurrido una vida desde la primera vez que se vieron en la feria de la Comic Con, hasta ese momento, en el que, sentada en su cama, vislumbraba el inminente final.

Sacudió la cabeza. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a marcharse de allí? ¿Le escribiría una carta de despedida? ¿Se enfrentaría a él o huiría en plena noche como una fugitiva? ¿Esperaría al alba para por lo menos ver el camino que tenía que recorrer en muletas y tirando de su maleta hasta la carretera? ¿Tendría que hacer autostop entonces y esperar a que alguien la llevase al pueblo? ¿Habría autobuses de Wimberley hasta Austin?

Unos golpes secos y contundentes la sacudieron de sus pensamientos, con violencia. Su

corazón se arrojó a una carrera dolorosa, tronando en la caja torácica hasta hacerla pensar que detonaría. Ese corazón que hacía apenas unos minutos que pertenecía al hombre que estaba detrás de la puerta.

—Penélope… —lo oyó llamarla con prudencia.

¿Qué lo llevaría a su cuarto en mitad de la noche? No eran ni las tres de la mañana, y temió que le hubiese pasado algo. Se arrastró por la cama y bajó, deslizando el trasero por el filo del colchón. Agarrándose a la colcha y después a la pared, fue hasta la puerta, pegando saltitos. Cuando por fin consiguió abrir, lo encontró girándose, con la intención de marcharse.

—Siento haberte despertado —le dijo él, pero en su mirada advertía que aquello no era verdad.

La recorrió de arriba abajo apreciando su pijama de muñecos de nieve, sus pies descalzos, su cabello revuelto y la forma en la que su pecho, sin sujetador, se alzaba orgulloso contra la tela de algodón, dejándole vislumbrar sus cumbres delirantemente endurecidas. Frank sabía lo que quería, había ido hasta allí a por ello. Después de habérselo estado negando cada día de aquellas semanas, tenía más claro que nunca que la deseaba, que la necesitaba, que el vacío que sentía en su interior solo podía llenarlo esa pequeña pelirroja, rebelde e incendiaria, desobediente, obstinada y dulce como una deliciosa piruleta. La necesitaba tanto que le dolía todo el cuerpo y estaba harto de esperar, de luchar contra él mismo, contra su juicio, contra sus normas, contra sus propósitos. La deseaba, y por eso recorrió la distancia que los separaba y tomando su rostro, se inclinó para besarla. Para saquear su boca haciéndole entender la necesidad que crecía en su interior como un monstruo que lo carcomía por dentro.

La boca femenina lo recibió con sorpresa, pero abriéndose sin resistencia a la embestida de la suya. Adentró la lengua en la cavidad húmeda buscando su sabor, ese que le recorría las venas desde el día que lo besó. Rememorando ese beso que lo había vuelto loco desde entonces, distrayéndolo de sus mundos, devolviéndolo a la vida, cuando menos lo deseaba. Quería más y al parecer ella también, porque gimió contra su boca. Bajó las manos, y tomándola por la cintura, la elevó alzándola hasta que sus cuerpos se acoplaron. Sus manos la sujetaban con fuerza, atándola

a su cuerpo ya enloquecido por el deseo. Su erección se hizo evidente y quiso llevarla al mismo punto en el que estaba él; al borde de la locura. Con ella en brazos fue hasta la cama. Penélope no dejaba de besarlo y sintió sus manos explorando su pecho, su cuello, enredándose en su cabello, tan enardecida como él. La dejó sobre la cama y se colocó sobre ella, entre sus piernas, con cuidado de no hacerle daño, pero dejando que su erección la rozara, le mostrara lo que tenía para ella. El rostro arrebolado de su piruleta adquirió el color de las fresas más jugosas y él casi se relamió ante la expectativa de saborearla. De quitarle las capas de tela que le impedían acariciarla por completo, abrirle las piernas y degustar el fruto hasta ese momento prohibido de su sexo caliente. Con esa intención, le alzó la parte de arriba del pijama, hasta que esta quedó sobre su cabeza, sujetándole los brazos. Enterró el rostro entre sus pechos erguidos, soberbios, suculentos. Los lamió degustando sus pezones duros, erectos, mientras con las manos comenzó a bajarle la cinturilla elástica de los pantalones. Cuando encontró también el filo de sus braguitas, estuvo tentado de hacerlas descender junto al pantalón, pero quiso echarles una ojeada. Cuando vio que se trataban de sus braguitas de Piolín, le mordisqueó el pubis por encima de la tela, con una sonrisa endiablada en los labios.

Penélope gimió, vaciando sus pulmones y arqueando las caderas en respuesta. Momento que él aprovechó para despojarla de toda la ropa que lo separaba de su tesoro. Le flexionó la pierna sin férula y luego se las separó para servirse en bandeja el sexo níveo, palpitante y enloquecedoramente apetecible. Él, sin embargo, se levantó para de pie, frente a ella, despojarse de la camiseta y el pantalón que lo cubrían. En los ojos de Penélope pudo ver estallar todos los fuegos artificiales, al recorrerlo.

Con la mirada de un gato se inclinó nuevamente sobre ella, sin dejarse caer en la cama, colocó una mano a cada lado de su rostro envuelto en las llamas de su cabello. Bajó una mano y empezó a acariciarla, adentrándose en los pliegues más íntimos de su piel. La sacudida del cuerpo femenino, acompañado de un gemido ahogado, le anunció que iba bien encaminado.

—Mírame —le ordenó cuando ella cerró los ojos, al tiempo que se mordía el labio inferior.

Penélope apenas consiguió vislumbrarlo entre la neblina del deseo que la cegaba. Sus

pestañas se abrieron como dos pesadas cortinas y su mirada se enlazó con la de él, azul, profunda, inmensa, justo antes de que otro de sus dedos se introdujese en su interior, mientras con el pulgar acariciaba su clítoris cada vez más hinchado y encendido.

El siguiente de sus jadeos quedó ahogado por la embestida nuevamente de su boca, cuyos labios exigentes reclamaban más y más, devorándola, volviéndola loca. Hasta que estos se separaron de ella para decirle.

—Te deseo. Y quiero que seas mía.

Y el mundo se detuvo para ella, sabiendo que aquello era un error. Un grave y terrible error que, de continuar, pagaría para siempre.

CAPÍTULO 29

—Para… —dijo con la respiración tan entrecortada que casi sonó como un jadeo más. Sin embargo, sintió como su mano se detenía al instante. Aun sobre su sexo, dejó de moverse— Por favor… no puedo hacerlo —Esta vez su voz sonó rozando el llanto. Y él, petrificado, subió la mano hasta que ambas, colocadas a los lados de su cabeza, enmarcaron su rostro.

—¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño? —le dijo él preocupado, cauto.

No se atrevía ni a mirarlo, estaba tan avergonzada, tan confusa, tan rota, que todas las emociones vapuleaban su cuerpo y su mente, devastándola. Sacudió la cabeza y apoyando los codos en el colchón, se arrastró hacia arriba para poner distancia con él. No podía pensar si seguía bajo su cuerpo, a pocos centímetros de su piel. Cuando él vio lo que pretendía, él mismo se apartó, quedándose de pie, junto a la cama.

Ella buscó rápidamente con qué cubrirse, aferró la colcha y se la echó por encima con manos temblorosas. En realidad, toda ella tiritaba, como si al ser privada del calor del cuerpo masculino, se hubiese quedado helada. Aún seguía con el rostro girado, cubierto con su cabello que ocultaba el remolino de emociones que la devastaban en ese momento, y las lágrimas que amenazaban con delatarla.

—Penélope, ¿qué pasa? Habla conmigo —le pidió él. Su tono era neutro, con un matiz tenso, pero envuelto en una calma que no supo si agradecer o no.

—No puedo seguir. No puedo hacerlo. Esto tiene que terminar aquí. Todo tiene que terminar aquí. Lo siento tanto… Yo no quería que esto pasara. —Alzó la mirada y lo encaró. A pesar de que el gesto la destrozaba, él merecía que ella se lo contara todo. Aunque no sabía cómo iba a decírselo—. Quiero que sepas… necesito que sepas, que jamás pensé que tú y yo… Jamás pensé que esto pudiera pasar. Nunca fue parte del plan. Yo solo quería ayudar…

—¿Plan? ¿Qué plan? —Beckett dio un paso atrás y ladeó la cabeza mientras entornaba los ojos hasta convertirlos en dos líneas recelosas. Su rostro había mutado al instante, al escuchar la palabra. La calidez empezaba a abandonar su mirada y algo más frío y siniestro empezó a sustituirla.

Penélope tragó saliva y se arrebujó aún más bajo la colcha. El temblor de su cuerpo aumentó mientras el corazón amenazaba con rompérsele en el pecho. Respiraba a tanta velocidad que temió desmayarse en ese momento. Pero había dado el paso, y no era una cobarde. Tenía que decirle la verdad.

—De veras, lo siento. Te lo voy a contar todo… Lo tenía que haber hecho hace tiempo. El primer día en realidad, cuando me di cuenta de que era una auténtica locura. Pero luego pasó lo de la caída y… No sé… empecé a descubrirte, las cosas cambiaron…

—¿Qué plan? —repitió él. Y su tono ya era gélido, cortante, hiriente.

Penélope suspiró. Él no quería escuchar lo arrepentida que estaba, ni por qué había sido incapaz de decirle la verdad, mientras se enamoraba de él. No quería saber lo que significaba para ella, ni lo mucho que lo echaría de menos. No quería ver su dolor, solo su traición. Y ella simplemente… lo merecía.

—Ingrid y yo…

—Ingrid y tú… —La instó él cuando vio que se detenía para tragar saliva. El plan no había sido suyo, pero no iba a dejar a la pobre Ingrid sola en eso. Ella había sido tan culpable como su ayudante, al aceptar involucrarse en aquella locura.

—Bueno… nos conocimos en la feria.

Los párpados de Beckett se abrieron ligeramente, quizás por la sorpresa de descubrir que no era su tía, pero volvieron a casi cerrarse para volver a su expresión escamada.

—Fue justo después de la discusión que tuvisteis. Ella descubrió que yo no era solo una fan, y que había ido allí con el propósito de hablar contigo, para hacerte una oferta.

Durante un momento creyó que él iba a decirle algo, pero al ver que solo apretaba las mandíbulas, continuó.

—Quiero que sepas que en cuanto te diga la verdad, me iré. No tendrás que volver a verme nunca más. Denúnciame a mi jefa, a las autoridades, a quién quieras, apechugaré con las consecuencias que, sin duda, merezco. Pero Ingrid te aprecia de verdad. Solo quería ayudarte…

—Deja de preocuparte por Ingrid, y mejor hazlo por ti. De ella ya me ocuparé yo, cuando sea el momento.

Penélope volvió a tragar saliva. Sabía que no les haría daño ni a ella ni a la mujer que había sido su asistente los últimos cinco años, pero su mirada era tan cruda y enajenada que helaba la sangre en las venas. Cerró los ojos con fuerza un momento, para infundirse valor. Sus siguientes palabras acabarían con todo. Con lo que había pasado entre ellos, con la complicidad, con sus momentos de tensión, con las risas, con las charlas, con los besos… Todo desaparecería de su vida y para siempre. También lo haría su carrera y su futuro, pero curiosamente, eso era lo que menos le preocupaba en ese momento. Solo que al abrir de nuevo los ojos y enlazar su mirada con la de él, sería la última vez que podría hacerlo. Y con su declaración iba a dictar la sentencia.

—No soy bibliotecaria, sino agente literaria, en la agencia de Gina Walters.

Nada más pronunciar las palabras, el aire abandonó sus pulmones con alivio, pero este vino aderezado con el sabor amargo de la pérdida. Quiso apartar la mirada, avergonzada, pero merecía ver su dolor al sentirse traicionado, una vez más. Lo merecía porque ese era el mayor de los castigos que ella podía recibir, ver la decepción en sus ojos. Saber que lo había perdido inexorablemente.

Pero la expresión pétrea no mutó un ápice. No dijo una palabra. Cruzó los fuertes brazos sobre su pecho, sin dejar de mirarla de aquella forma que la hacía sentir cada vez más pequeña, más vulnerable. Espero un minuto, dos, tres… Contando cada segundo, cada fracción de los mismos, esperando su estallido, pero este no se produjo. Entonces lo vio con claridad.

Iba a torturarla.

Le iba a hacer pagar con silencio, indiferencia y ese odio contenido su engaño, su traición. Iba a llevarla al límite de la cordura y acabar con lo que quedase de ella, desechándola como si fuera basura. Así era al menos como se sentía ella después de haber hecho que él se abriese, que

le contase cosas íntimas, que le revelase su dolor, sabiendo que ella misma lo estaba traicionando.

Se arrastró por la cama, dispuesta a sacrificarse. Con la escasa dignidad que le proporcionaba estar cubierta parcialmente con la colcha, consiguió ponerse en pie ante él. A un paso de su cuerpo, lo que hizo que tuviera que alzar la vista mucho, para encararlo.

—Está bien, castígame. ¿Es lo que quieres? ¿Por eso no dices nada? ¿Vas a torturarme, a hacerme pagar por mis pecados? Lo merezco… —Él mantuvo su postura inquebrantable, haciendo que ella se rompiese cada vez más. Bajó el rostro cuando sintió que las lágrimas empezaban a escapar de sus ojos, azuzadas por la desesperación. Su cuerpo empezó a agitarse, y sintiendo que un nudo empezaba a atenazarle la garganta, antes de que este la ahogara, le imploró: —¡Grítame! ¡Di algo! —Con el puño cerrado golpeó su pecho, sin fuerza, abatida —¡Haz algo, por favor! —Le dijo justo antes de romper abiertamente a llorar.

Y él lo hizo, se inclinó sobre ella, y Penélope cerró los ojos con fuerza, no sabiendo qué esperar. Y entonces sintió que la tomaba en brazos y se la echaba al hombro, como si fuese un saco de patatas. La sorpresa hizo que pegase un grito, al verse de repente rebotando sobre su hombro. La colcha se había abierto y tenía toda la espalda y el trasero descubiertos, junto al rostro de Beckett. Sintió de repente su palma grande, aferrarlo con decisión, y sus ojos se agrandaron adquiriendo toda su capacidad de expresión. Le había suplicado que la castigara, ¿e iba a azotarla? Estaba perdida, definitiva y absolutamente perdida.

CAPÍTULO 30

En el pasillo hacía más fresco y se le puso la piel de gallina. Allí con el culo al aire, mientras él cargaba con ella, gruñendo. Porque sí, lo había oído gruñir como un animal, se preguntó si la disciplinaría con la mano o con una vara. Le había pedido que la castigase, pero no así. Volvió a removerse. Aquello era una locura.

—¡Suéltame, Beckett! Esto es ridículo. ¡Ya sé que te he traicionado, que me odias y que soy ahora mismo para ti la peor clase de persona, de la peor calaña! ¡Se que no merezco nada, mucho menos tu perdón, pero sigo estando bajo el amparo de la declaración universal de los derechos humanos! ¡No sé qué tienes en mente, pero olvídalo ya!

Él volvió gruñir de una forma extraña, obviando claramente sus palabras, porque cuando llegaron a la escalera que subía a la buhardilla, con ella a cuestas, empezó a subir los escalones. Cada peldaño se hizo agónico para Penélope, de una forma que jamás llegó a imaginar, como la situación que estaba viviendo. En mitad del ascenso, el recolocó las manos sobre su trasero, apretujándolo, mientras volvía a acomodarla en su hombro. Y sintió un cosquilleo que le llegó hasta el sexo. ¡Pero qué…! ¿Cómo había que estar de loca para excitarse cuando estaban a punto de fustigarla?, se recriminó. El pensamiento abandonó de inmediato su mente cuando al llegar a la buhardilla, él la soltó, depositándola en el suelo. La colcha terminó de caer, haciendo que ella quedase, por un segundo, completamente desnuda ante sus ojos. Se inclino rápidamente a recoger la tela del suelo, y empezó a cubrirse, con el rostro más enrojecido que nunca.

—Está bien, ya me tienes donde querías. Y ahora, ¿qué vas a hacer conmigo? —dijo alzando la barbilla, intentando demostrar una seguridad que no sentía. No había estado más nerviosa jamás. Seguía sin saber qué pasaba por la mente de Beckett que ahora la miraba con las pupilas dilatadas y respiración entrecortada, imaginaba que por el esfuerzo de cargarla hasta allí en plan troglodita. Se preguntó si ahora que la tenía en su cueva, la cogería del pelo, la arrastraría

por el suelo y la poseería sobre la superficie enmoquetada, sin piedad.

Sus mejillas, a punto de la combustión espontánea, le ardieron con el pensamiento y empezó a pensar que la intensidad del momento, o el hecho de haber estado demasiado tiempo boca abajo, le estaban haciendo perder la cabeza, aun más de lo normal.

—Quiero que te sientes —le dijo él. Y su respuesta la hizo parpadear varias veces, confusa. Atónita lo vio señalarle la butaca color chocolate, a su espalda.

¿Era una trampa? ¿El asiento estaba electrificado? Miró su butaca y luego a él, y terminó por dejarse caer en ella, sobre todo porque no creía que pudiese estar mucho más tiempo en pie, en su estado de nervios. Cuando ella obedeció, él asintió, complacido.

Su gesto permitió que ella respirase a menor velocidad. Cuando lo vio girarse para rebuscar por los cajones de su gran escritorio, la que entornó la mirada fue Penélope. A los pocos segundos él sacó una funda de plástico con unos folios en el interior, y con gesto adusto, se los entregó.

Desde su altura, bastante más baja, no pudo ver qué era y se preguntó si buscaba una confesión por escrito, una declaración jurada o algo así. Se dijo a sí misma que tenía que dejar de ver Ley y Orden, justo en el momento en el que el plástico entró en contacto con sus dedos. Al clavar la vista en la primera página y ver el membrete de la agencia literaria para la que llevaba trabajando los últimos años, se quedó sin aliento.

—¡Léelo! —le ordenó — Y te recomiendo que esta vez no te dejes la letra pequeña.

Si no hubiese estado tan alucinada, habría fruncido los labios por aquel último comentario, pero estaba en shock. No dejó de observarlo mientras sacaba el documento de la funda de plástico, buscando alguna pista en su semblante, pero este seguía imperturbable. El temblor había vuelto a sus manos, y bajó la mirada de nuevo hacia los papeles, llena de curiosidad. Minutos más tarde, tras haber leído varias páginas, mientras sus ojos se iban agrandando cada vez más, lo cerró sin terminarlo. No le hacía falta seguir, ella misma había redactado ese documento y lo había leído en voz alta decenas de veces, al mostrárselo y entregarlo antes de una firma, a los clientes de Gina en la agencia.

—¿Qué significa esto? —preguntó, sintiendo que todo había perdido el sentido para ella.

—¿De veras pensabais Ingrid y tú que no averiguaría lo que estabais tramando?

Su voz sonó aterciopelada y con cierto deje altanero, y Penélope apretó los labios, uno contra otro, para que su boca no dibujase una enorme y perfecta “O”.

—La noche que llegaste a casa de Stone, te oí hablar con ella. Desde entonces sospeché de ti, de tus intenciones.

¿Desde la primera noche?, se preguntó ella atónita y se pasó una mano por la frente, asimilándolo. Pero había más, mucho más.

—Pero te caíste, y… bueno las cosas cambiaron radicalmente para mí. Tuve tiempo de pensar y de observarte un poco más. No lo voy a negar, despertaste mi curiosidad. Ya no tenía ganas de desenmascararte sin más. Quería desentrañarte.

La repasó de arriba abajo, con descaro, y ella se recolocó en el asiento, incómoda. ¿Qué realidad había estado viviendo ella, mientras él la observaba con lupa?

—Tu firma en el contrato me dio la pista definitiva. Al principio solo me resultó familiar, pero luego la reconocí. Recibo muchas ofertas por parte de agentes. La mayoría van a la basura, sin molestarme en valorarlas, pero a alguna sí le echo un vistazo. Fue el caso de una propuesta que recibí de tu jefa, Gina Walkers, la agente de William L. James, un gran amigo mío, por cierto. Él me la había recomendado y por eso ojeé su contrato. Al final de la oferta había dos firmas, una de cada una de las responsables de las sucursales de las agencias del país. Esa fue la primera vez que vi tu rubrica.

Penélope no podía creer lo que estaba oyendo. No tenía ni idea de que Gina le había enviado esa propuesta. Pero lo cierto es que ella tampoco le había contado sus intentos de captarlo. Lo de su firma en el documento era lo habitual. Todos los contratos estaban firmados por ambas. Así lo dispuso Gina cuando decidió abrir la agencia de la costa este.

—Pero ¿cómo…? —la pregunta escapó de sus labios, alucinada.

—Hace años, documentándome para una novela, me hice aficionado a la grafología y desde entonces presto atención a ciertos detalles de la caligrafía, las firmas. La tuya me causó

impresión, y me fue fácil reconocerla. San Google hizo el resto en cuanto a conocer tu identidad e intenciones, porque la verdad, no fuisteis muy avispadas al no cambiarte el nombre, piruleta.

Piruleta… repitió el apelativo que él había estado usando con ella, todo ese tiempo.

—Entonces, te has estado divirtiendo todo este tiempo, a mi costa…

Él sonrió de una forma enervante, reclinándose en su silla.

—Explícame cómo acabo de pasar de víctima de vuestras maquinaciones, al malo de la película. Yo no fui el que te besó. No busqué esto… —dijo señalándolos alternativamente—. No he jugado contigo en ningún momento.

Penélope se mordió el labio inferior, mortificada. Él tenía razón, fue ella la que lo besó por primera vez. Pero, aunque todo parecía decir lo contrario, no fue intencionado, ni formaba parte del plan. Tan solo una de las locuras de las que era capaz cuando estaba a su lado.

—Yo tampoco he jugado contigo. Te besé porque… Bueno, no sé por qué te besé, acababa de caerme por una escalera altísima y debió afectarme al cerebro, porque no encuentro otra explicación. No quise que siguieses culpándote por lo de la caída, y menos delante de los médicos, y no se me ocurrió otra cosa.

—¡Ah… ha! —dijo él posando un dedo sobre sus labios, y haciendo que, con el gesto, ella tuviese que desviar la vista hacia ellos. Volvió a tragar, aunque esta vez tenía la boca seca. Tiró de la colcha para intentar taparse un poco más. Aunque ya estaba cubierta, se sentía totalmente expuesta ante sus ojos.

—¡Ah… ha! ¿Qué? ¿No me crees? ¿Tengo pinta de Mata Hari? ¡No voy seduciendo a hombres para conseguir que sean mis clientes! Yo no…

—Ya lo sé, piruleta. Llevo días observándote, conviviendo contigo, haciéndote preguntas, viendo cómo respondías, aprendiendo sobre ti. Conteniéndome. Aunque esa parte ha sido la más difícil. Algunas veces quería estrangularte y otras besarte, cuando intuía que estabas a punto de contarme la verdad. Resultas excitante y frustrante a la vez, ¿sabes? —la interrumpió él, dejándola pasmada. Aún más cuando soltó su siguiente bomba: —Y por eso he firmado el contrato.

—¿Has firmado el contrato? —repuso ella, nerviosa. No sabía si más por aquella revelación o la de que se había visto impulsado a menudo a besarla.

—¿No te he dicho que esta vez lo leyeses con detenimiento?

—No se me da bien obedecer —dijo ella en tono vago mientras volvía a abrir el documento y comprobaba que le decía la verdad—. ¡Lo has firmado! —Clavó la mirada en él sin entender.

—Ya te lo he dicho. ¿No es lo que querías? ¿A qué viene tanta sorpresa? A Ingrid pareció alegrarle mucho más que a ti, cuando se lo conté.

—¿Ingrid lo sabe? —No dejaba de salir de su estupor.

—Lo sabe desde que firmé el contrato y se lo mandé a tu jefa, el día que salí a por el árbol.

—Pero no me han dicho nada… —repuso parpadeando repetidamente, y Frank pensó que sus ojos se parecían más que nunca a los de un dibujo animado.

—Eso es culpa mía. A Ingrid la amenacé con retractarme si te lo contaba. Y Gina entendió que quisiera darte la noticia, personalmente.

—Pero sigo sin entenderlo, sabes quién soy…

—Lo he sabido casi todo el tiempo.

—Pero no quieres un agente. Tú me lo dijiste anoche. Me contaste tu historia, me…

—No te dije que no quisiera un agente. Eso te lo dijo Ingrid, y no mentía. No lo quería, hasta que te conocí a ti… —durante un segundo sus miradas se encontraron con calidez, como si se acariciaran, pero él continuó—… y vi cómo trabajábamos juntos.

—Sí, es cierto, se nos da bien —dijo ella con cierta decepción en la voz, por un momento había creído ver un motivo más personal, pero se había confundido.

Trabajaban muy bien juntos era cierto, y ahora era su agente. Y eso complicaba las cosas. Estaba enamorada de él. No podía trabajar para él y estar enamorada al mismo tiempo. El trabajo lo estropearía todo.

Miró el documento sobre su regazo. Ese contrato que había ansiado tanto, durante tanto tiempo. La llave para convertirse en una verdadera agente. Había trabajado muy duro para

conseguirlo, pero ya no lo quería. No así, no con él. Y ante la mirada perpleja de Beckett, lo tomó entre sus manos y lo rompió enérgicamente, en un arrebato.

Él se levantó de inmediato, sin poder creer que ella lo hubiese hecho añicos.

—Pero qué coñ… —Detuvo sus palabras cuando vio que ella se tapaba instintivamente los oídos ante su improperio— ¿Por qué has hecho eso? —preguntó él totalmente perturbado, cuando vio que ella se destapaba los oídos.

Penélope jamás le había visto esa expresión a él, que pensaba que lo tenía todo controlado. Pero notarlo tan trastornado y alucinado, lejos de asustarla, hizo que tuviese que apretar los labios para contener una carcajada.

—¡Vaaaaya! Y ahora, explícamelo, ¿quieres estrangularme o besarme?

CAPÍTULO 31

Al tercer suspiro ofuscado, Penélope alzó la vista de la parte de la novela que estaba revisando ese día. Llevaban cuatro horas trabajando, en aparente perfecta sintonía como era su costumbre, pero en el ambiente se saboreaba un toque diferente, una tensión contenida, una pizca de frustración y otra de agitación. Había sido la tónica de los últimos cinco días. Y la buhardilla parecía haberse convertido en una olla a presión, que en cualquier momento podía estallar.

Otro suspiro más, pero esta vez sonó más a bufido molesto, y decidió dejar los papeles sobre la mesita auxiliar que tenía junto a la butaca.

—Está bien, ¿qué ocurre? —preguntó sabiendo que él estaba deseando soltarlo de una vez.

—Ya lo sabes. Ha sido idea tuya.

Penélope tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener el gesto impasible. Al parecer él había tenido tiempo de sobra para estudiarla, para adivinar lo que quería, lo que pensaba, y no le iba a dar el gusto de diseccionarla en ese momento. No cuando intentaba ocultarle lo que sentía por él.

—Y si ya lo hemos acordado, ¿por qué seguimos hablando de ello? —repuso cruzándose de brazos, impaciente.

—No hemos acordado nada. Dije que si no me dabas otra opción… tendría que asumirlo —indicó él volviendo a pasarse la mano por el cabello de adelante hacia atrás, como era su costumbre cuando estaba molesto.

No lo iba a negar, sentía cierto placer poniéndolo contra las cuerdas, haciéndolo sufrir un poquito. ¿Estaría despertando en ella una faceta de dominatrix? Se imaginó vestida de cuero de los pies a la cabeza y empezó a picarle toda la piel. No, definitivamente, no. Sacudió la cabeza, tenía que centrarse en las quejas del que aún era su jefe.

—Pero no lo estás asumiendo —le respondió, volviendo al gesto impertérrito.

—Es que esto no es lo que quiero. No lo entiendo. Somos personas adultas. Trabajamos bien juntos y hay algo entre nosotros. ¿Por qué no podemos disfrutar de ambas cosas?

¡Ay! Esa pregunta se la hacía ella a sí misma al menos una docena de veces a lo largo del día. Pero luego recordaba que estaba enamorada. Así, con letras grandes, mayúsculas, y hasta cantos de pájaros y lluvia de purpurina alrededor.

Enamorada.

No lo había estado antes en su vida, al menos de una forma real. No como lo estaba en ese momento. Y se había dado cuenta en los últimos días de que la imagen romántica del amor, esa que vendían en las películas y leía en los libros, no era exactamente como la contaban. El amor también daba dolor de cabeza, y de barriga, y de corazón. El amor era frenético, delicioso, excitante, ardiente, pero también agónico, delirante y frustrante. Sobre todo, cuando ella estaba enamorada y su jefe estaba… caliente. La noche en la que se destapó todo, le dijo que quería hacerla suya. Estaba claro que se refería a sexualmente hablando. Quería poseerla, quería hacerle el amor salvajemente, quería… no podía decir lo que quería porque su lenguaje se volvería sucio, muy muy sucio. Pero estaba claro el concepto. Lo que no sabía él, era que ella quería ser suya, pero de todas las formas posibles. Si le daba eso, eso que era lo único que no le había dado aún, estaría perdida y ya no tendría salvación. Al menos ahora, sentía que tenía un poco de control sobre lo que pasaba entre ambos. Sabía que tenía una opción de salvarse.

—Porque no se puede —declaró con contundencia—. O trabajamos juntos, o nos divertimos juntos, pero no podemos hacer las dos cosas —repuso repitiendo su argumento. Eso era lo que le había dicho a él tras romper el contrato, que le daba la opción de elegir entre su cuerpo y su mente, pero que no podría tener ambas cosas.

—Pensaba que las mujeres erais capaces hacer varias cosas a la vez…

Penélope entornó la mirada.

—No vayas por ahí… —le advirtió.

—¿Por qué? ¿Vas a castigarme sin sexo? —preguntó él con sarcasmo.

Se levantó de la silla y empezó a caminar por la buhardilla, volviendo a resoplar. Le dio la espalda, observando los post-its de la pared principal. Él tenía los hombros en tensión y los rotó varias veces en movimientos circulares, hacia atrás. Ver como se contraían los músculos de su espalda, le secó la boca. Esos hombros y esa espalda eran tan anchos como para cargarla ella, sin esfuerzo. Recordó el momento en el que él la cargó a cuestas y posó las manos en su trasero, estrujándolo. Y tuvo que morderse el labio inferior para no gemir, mientras apretaba los muslos entre sí.

—Yo no te he castigado sin nada. Solo he puesto unas normas —dijo conteniendo la excitación, intentando reafirmarse en su postura.

Beckett debió notar algo en su tono, porque se giró de inmediato. Y para su sorpresa, fue hasta la butaca, se inclinó sobre ella y apoyando ambas manos en los brazos de la misma, colocó su rostro a escasos centímetros del suyo para analizarla con interés.

Tuvo que parpadear varias veces al sentirlo tan cerca. Su olor llenó sus fosas nasales, la calidez de su aliento le acarició los labios y su mirada, esa mirada magnética, le alteró el ritmo de la respiración.

El recorrió su rostro con parsimonia, ladeándolo a un lado y a otro, a tan escasos centímetros que en más de una ocasión creyó que se rozarían sus labios. Parecía un león olisqueando a su presa, y ella se quedó tan excitada como petrificada.

—¡Lo sabía! Me deseas, piruleta —anunció él separándose de repente.

—¡Cuanta arrogancia, por Dios! —dijo ella protestando, enfadada consigo misma y con el hecho de ser tan débil como para haber estado a punto de caer. Esta vez fue ella la que bufó y se cruzó de brazos.

—No lo quieres entender. Yo te veo. Te veo desde la primera vez que posé los ojos en ti, a través de la cámara de Stone. Estuve allí, como diez minutos observándote y leyéndote. Y desde entonces te has convertido en mi libro favorito.

Sin aliento.

¿Se le podía decir algo más bonito a una mujer? Bueno, él era escritor, su don eran las

palabras, quiso quitarle importancia a la declaración al instante o se tiraría en sus brazos.

—No… —soltó el aire por la nariz y sus labios dibujaron una sonrisa nerviosa—, no puedes leerme. —Sacudió la cabeza con poca convicción.

—Claro que sí. Y sé que me deseas, tanto como yo a ti. Pero creo que tienes… miedo.

Penélope parpadeó un par de veces seguidas. La pausa dramática antes de la palabra miedo, le había quedado de fábula para añadir tensión al momento.

—Yo no tengo miedo, eso es ridículo —aseguró ella sacudiendo la mano, pero desvió la mirada a un lado por temor a que él realmente pudiese verlo en sus ojos.

—Demuéstramelo —la retó él. Y Penélope supo que una vez más, él había tejido su tela de araña para llegar a ese momento y atraparla en sus redes.

—No tengo que demostrarte nada. Aun sigo siendo tu ayudante por unos días. Tenemos un contrato laboral, ciñámonos a él.

Le habría encantado soltar aquello y muy altiva, haber salido de allí, rauda, veloz, antes de que él pudiese darle la vuelta a la situación y hacer de las suyas, pero su pierna se lo impedía. Se imaginó viendo con estupor, llegar hacia ella la devastadora ola de un sunami. Para luego mirarse los pies, y comprobar, con estupor, que estos estaban prisioneros en una bañera llena de cemento fraguado.

—Por supuesto que sí. Me haces elegir entre tu cuerpo y tu mente y no estoy dispuesto a hacerlo. Llámame egoísta, pero quiero los dos.

Penélope tragó saliva tras su abierta declaración de intenciones, sobre todo cuando el volvió a acortar la distancia entre ambos.

—A ver cuánto consigues aguantar —dijo él justo antes de echarse las manos a la espalda y sacarse el suéter por la cabeza.

Penélope apretó los labios al ver su pecho, musculoso, duro, extasiante y sexi, completamente descubierto.

—¿Qué pretendes? ¡No puedes hacer eso…! Vas a coger frío… —añadió con premura cuando él fue a quitarse los pantalones.

—Claro que puedo. Nuevo código de vestimenta para el trabajo. Mi casa, mis normas.

Penélope empezó a reír nerviosa, hasta tal punto que todo su pecho se convulsionó en pequeñas sacudidas, mientras parpadeaba sin parar, e intentaba negar con la cabeza al mismo tiempo.

Frank sonrió al verla al borde de un ataque de nervios. Así llevaba él los últimos cinco días. Y ella lo había seguido torturando. Después de la gran revelación, había esperado que las cosas avanzasen entre ambos. Minutos antes habían estado a punto de hacer el amor por fin, después de días de agonía y espera. Lo que no imaginó es que su piruleta le saldría con el cuento de que tenía que elegir entre una u otra parte de ella. No le encontraba el sentido y eso que no había hecho otra cosa mas que pensar en ello, esos días.

Ya no podía más. No iba a renunciar a la química y la complicidad que había entre los dos en el trabajo, porque era algo único que no había logrado jamás con nadie. Pero tampoco iba a renunciar a tenerla. Eso que ni se le pasase por la cabeza. Y si tenía que jugar sucio para lograrlo, bueno, se tiraría al barro de cabeza.

—¡Bromeas! ¿Verdad? No pienso ir desnuda por la casa, todo el día.

—Tranquila, soy un caballero, no tengo la intención de obligarte. Tienes otras opciones…

—¿Cómo por ejemplo? —se oyó preguntar a si misma, intentando evitar que su vista bajara más allá de la cintura masculina. Pero era difícil, muy difícil.

—También puedes tener una cita conmigo.

—Una cita, quieres una cita… —repitió atónita— Los jefes y sus empleadas no tienen citas —argumentó cruzándose nuevamente de brazos.

—Puedo hacer dos cosas, romper nuestro contrato y llevarte de vuelta a San Francisco hoy mismo, o… hacer un paréntesis en nuestra relación laboral y tener una cita. Como comprenderás no puedo saber qué parte prefiero de ti, si no pruebo algo de tu otra faceta. ¿Cómo sabré si no, si me compensa?

Penélope se quedó sin aliento. No quería volverse ya a casa. ¿Sería él capaz de zanjarlo todo de esa manera?

—Ya has probado parte de mi cuerpo. Estás intentando liarme.

—No he probado lo suficiente, pero, además, yo no acostumbro a acostarme con mujeres sin más. La parte física también conlleva cierto tipo de relación. Salir, cenar, esas cosas. ¿Qué me dice a mí que luego no seas un peñazo total en las citas?

—¡Eh! ¡No soy aburrida! —se oyó a sí misma protestando, intentando defenderse, aunque no lo tenía tan claro. Siempre había pensado que no se le daban muy bien las citas. No sabía flirtear, y su mundo de libros no solía ser el tema de conversación más popular del mundo.

—Demuéstralo —repitió, y al posar las manos en sus caderas en espera de una respuesta, la vista de Penélope descendió sin querer hasta esa parte de su anatomía que quería evitar a toda costa.

—Por favor, mírame a los ojos para contestar o me sentiré un hombre objeto —se burló de ella.

Penélope se tapó los ojos con la mano y además giró la cabeza.

—Está claro que no piensas parar con esto hasta que no diga que sí, ¿verdad?

—Que bien me conoces…

Penélope frunció los labios en una mueca.

—Una cita. Solo una cita. Pública, con gente, a plena luz del día —replicó según se le iban ocurriendo términos.

—Muchas condiciones para alguien que asegura no tener miedo. Pero está bien. Mañana tendremos una cita. Y ahora, deja de distraerte mirándome el trasero y ponte a trabajar, piruleta.

CAPÍTULO 32

—Buenooo… ya estamos aquí, en nuestra cita. Esto es… fantástico —dijo ella, atacada de los nervios, moviendo la cabeza arriba y abajo, nuevamente, como el Elvis cabezón que Zola tenía en el salpicadero de su coche.

Él se limitó a contestar con una sonrisa que asomó hasta sus preciosos ojos azules, que la observaban con interés, por encima del filo de su taza de café.

Habían llegado hacía quince minutos a la coqueta cafetería en la que habían entrado para desayunar. Porque sí, Frank había decidido que su cita empezaría nada más comenzar el día.

Cuando lo había oído llamar a las siete de la mañana a su puerta, ya sospechó que él tenía planes. Planes de esos en los que la ponía en aprietos. Una nueva red que tejer a su alrededor. Se dijo que no pasaba nada. Ella estaba convencida de que hacía lo correcto, y conseguiría que transcurriese ese día sin caer en la tentación de Frank Beckett. Se detuvo un segundo a pensar que sería un gran título para un libro: “La tentación de Frank Beckett”, ya imaginaba la portada con una chica arrodillada a sus pies, mirándolo cual dios descamisado. Y él, con su cabello rubio ondeando al viento. Sacudió la cabeza cuando vio que empezaba a desvariar de nuevo.

Tenía que centrarse. Solo necesitaba pensar que era una cita de amigos, no una cita romántica. Solo debía ser prudente, cauta, estar ojo avizor y mantener las distancias. Y tal vez por eso, por primera vez en su vida se sentía tensa como una cuerda, delante de un humeante café y una torre de tortitas con nata y mermelada de arándanos. Olían deliciosamente bien, y sus tripas rugían como si no se hubiese alimentado en semanas, pero la tensión la tenía petrificada en el sitio.

Nada más entrar en el local, mientras esperaba que les diesen una mesa, ella se había puesto a inspeccionar el lugar, comprobando si había ramilletes de muérdago, o cualquier otro

artefacto peligroso. La camarera cuando llegó hasta ellos, la miró con inquietud, al ver que ella inspeccionaba la cafetería de una forma tan rara. Y Penélope se dio cuenta de que ese iba a ser un día muy largo.

Poco después, cuando se sentaron a la mesa y pidieron, se instauró el silencio. Ese silencio incómodo, intenso, y tormentoso. El caldo de cultivo perfecto para que su mente, que no cesaba un minuto, se pusiese a fantasear, mientras él la observaba como si disfrutase de una película. Era sumamente incómodo, y por eso en cuanto llegaron las tortitas quiso empezar a comer. Pero entonces sus manos se encontraron en la jarra de la mermelada. Y ante el primer contacto de sus largos dedos, sobre los de ella, pegó un respingo en la silla, y apartó la mano como si le hubiese dado una descarga. Él no hizo ningún comentario de su estado de inquietud. Solo volvió a sonreír, lo que fue aún peor. Y tomando definitivamente la jarra, le ofreció:

—¿Sirope o mermelada?

Ella se imaginó el sirope derramándose por sus abdominales perfectos, trazando la cuadrícula de las hendiduras excitantes de su piel, y repuso con voz ronca:

—Mermelada. —Tuvo que aclararse la voz, después. Porque el simple hecho de pronunciar la palabra, le dolió en la garganta.

—Perfecto —repuso él, y con una lentitud hechizante vertió parte del contenido de mermelada, oscura, dulce y deliciosa, sobre sus tortitas. Que recibieron el condimento, dejando que este resbalara por ellas, llenándolas, cubriéndolas con su dulzor, permitiendo que se desparramara por sus bordes, acariciando la curvatura esponjosa que dibujaba su contorno.

Penélope contuvo el aliento, cuando vio que él durante el procedimiento, se lamía ligeramente el labio inferior, para terminar, dejándolo escapar entre sus dientes, soltó todo el aire de sus pulmones en un gemido ahogado.

—¡Por todos los dioses! —exclamó ella. Y se levantó de la silla como si le hubiesen dado una descarga eléctrica en el trasero.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él, al verla levantarse con el ceño fruncido.

Ella le devolvió una mirada alterada. Observó que tenía la jarra con la mermelada apoyada

en la mesa, y la confusión en sus ojos, como si no entendiera qué la había podido hacer reaccionar así.

¿Se estaría volviendo loca?

—Nada. Tengo que ir al baño —farfulló mientras desviaba la mirada para buscar con ansiedad, la puerta que indicaba los aseos.

—¿Necesitas ayuda?

—Por supuesto que no. Quédate aquí, quietecito, entretenido y sin hacer nada sospechoso con la mermelada —le soltó.

Él alzó una ceja de inmediato, sorprendido y divertido a la vez.

—Prometo no hacer nada sospechoso con la mermelada, salvo… comérmela —contestó con un tonito sarcástico, como si no hubiera entendido lo que le había querido decir.

¿De verdad lo estaba imaginando todo? Necesitaba un minuto para ella. Y sacudiendo la cabeza, tomó las muletas y se fue a preguntar a la camarera dónde estaban los servicios. En cuanto entró en ellos, cerró la puerta con pestillo y se miró en el espejo, intentando encontrarse. Desde que puso un pie en la casa de Edwina Stone y habló con él por primera vez, no era ella misma. No lo iba a negar, siempre había vivido más en su mente que en el mundo real. En su imaginación, alimentada por los libros y las películas, las cosas eran mucho más interesantes y siempre había tenido una vena soñadora que la hacía estar como decía su madre “en las nubes”. Pero su desvarío no había alcanzado cotas tan altas, jamás. En cuanto volviese a San Francisco tendría que buscar un terapeuta, porque ya no sabía que era verdad y qué producto de su fértil imaginación. Acababa de fantasear eróticamente con unas tortitas. Y el día no había hecho más que empezar.

Se pasó una mano por los ojos, la frente y finalmente el cabello, apartándoselo de la cara para ver mejor su reflejo en el espejo. Las marcas moradas de su rostro, que le recordaban la caída, habían palidecido lo suficiente para poder ser cubiertas por una fina capa de maquillaje corrector. No quería que la mirasen por la calle, preguntándose qué le había pasado, y había decidido cubrírselas por primera vez en todos esos días. El resto de su piel resplandecía en su

estado natural. Tenía color en las mejillas salpicadas de pecas. Sus ojos brillaban de una forma diferente, hasta podía decir que su cabello lucía mejor, más brillante y sedoso. Se miró el resto del cuerpo. Esa mañana, al vestirse, se había dado cuenta de que los pantalones que solía usar se ajustaban más de lo normal en la cintura, los muslos y el trasero. Estaba claro que el sedentarismo provocado por las horas de trabajo y la pierna, la habían hecho coger algún kilo esas semanas, pero no se veía mal. Su madre seguro que se alegraba, diciendo que parecía más saludable.

¿La estaría volviendo más guapa el amor? Lo dudaba. Hizo una mueca ante el espejo. Lo que la iba a dejar Frank Beckett era calva de tanto pensar. De tanto esperar a que él pretendiera algo. De intentar prevenir sus artimañas para llevarla a su terreno.

Calva y loca. Eso era lo que parecía. Había salido por primera vez en aquellas tres semanas de la casa, y en lugar de estar disfrutando de la experiencia, de las coloridas y entrañables calles de Wimberley, decoradas con objetos navideños, y ambiente festivo, estaba allí, desquiciada, buscando conspiraciones. Tenía que terminar con eso ya. ¿No se suponía que ya había tomado una decisión? Ella ya no era una pececilla, era un tiburón. Y Frank Beckett no conseguiría que cayese en sus redes otra vez.

Ataviada con su nuevo traje de confianza, salió de los baños y todo fue bastante bien, hasta que salieron del local, para enfrentarse al fresco de la calle y un escalofrío la recorrió, dándole a Beckett la excusa perfecta para rodearla con su brazo, por los hombros.

—No me mires así, piruleta. ¿Qué clase de caballero sería si dejase que pasases frío en nuestra cita?

Penélope quiso protestar, diciéndole que no era una cita de verdad. Pero no podía, porque a eso era a lo que se había comprometido. No le iba a dar pie para empezar una nueva discusión, que con total seguridad él ganaría.

—Así no puedo caminar —fue su explicación para apartarse.

—Tranquila, no soy tan perverso como para pretender que recorras las calles de Wimberley a la pata coja. No te quedarían fuerzas para los planes de esta tarde.

Brillo, un brillo pícaro y terriblemente prometedor se paseó por sus ojos azules, acelerándole el pulso.

—Y por eso, nuestra siguiente parada va a ser para recoger un encargo que hice ayer.

Miedo le dio preguntar. Intentó poner cara de despreocupación, casi desinterés, pero nada más lejos de la realidad.

La población era pequeña, y mientras se dirigían a aquel lugar en el que debían recoger el encargo misterioso de Beckett, Penélope estuvo mirando por la ventanilla para distraerse. Le sorprendió la cantidad de mercadillos artesanales que había, tiendas de regalos, vinotecas y productos locales. Era un pueblo con mucho encanto. Intentó imaginarse al Beckett adolescente allí, entre sus calles, charlando con sus amigos, apoyado en su vieja Ford y ligando con chicas mientras se pasaba la mano por el flequillo ondulado. Repartiendo miradas intensas y perezosas sonrisas que romperían corazones por doquier. Estaba segura de que de haber coincido en el instituto, él jamás se habría fijado en ella; una pelirroja pequeñita, flaca, siempre abrazada a sus libros y carpetas mientras caminaba por los pasillos. Con la mochila colgada en ambos hombros y ataviada con su rebeca favorita; una morada que le tejió su madre, con topos negros y blancos. El Beckett adolescente sería de los populares. Ella, del grupo de las raritas de la mesa de descartes. Suspiró y se arrebujó en el asiento, en el momento justo en el que él decidió detener la pick up, frente a un establecimiento de bicis. Frunció el ceño, confusa.

—Será mejor que me esperes aquí, yo vuelvo en seguida —le dijo sin darle tiempo a replicar, porque él bajó del vehículo de un salto, en un pestañeo.

Cruzó los brazos sobre su pecho, molesta. Si él pensaba que ella se iba a subir a una bicicleta tal y como tenía la pierna, había perdido la cabeza.

No tardó en averiguar que ese no era exactamente su plan, ya que a los pocos minutos lo vio salir del establecimiento, acompañado del que debía de ser el dueño, que se despidió de él con un abrazo. Y al caminar hacia la Ford, vio que empujaba un patín.

Cuando abrió la puerta de su lado, le regaló una gran sonrisa, encantado con su idea.

—Es un patín —dijo ella como si con aquel simple comentario, evidenciara el principal

problema que veía en su plan.

—No es un patín cualquiera. Es un último modelo, eléctrico, para dos personas. Mira la tabla, es el doble de ancha que uno normal y un tercio más larga. Lleva una pieza especial aquí adelante para amarrar tus muletas, una bolsa para la compra y esta pieza extraíble es como un estribo, que te vendrá de lujo para reposar la pierna si te sientes cansada.

Penélope abrió ligeramente los ojos, estaba claro que lo tenía todo pensado.

—No podrá con los dos, tú eres muy grande —quiso ponerle alguna pega.

—Y tú muy pequeña. Nos acoplaremos a la perfección.

Otra vez esas imágenes calientes, húmedas y desenfrenadas aparecieron en su mente. ¿Usaba palabras como “acoplaremos” a propósito?

La pregunta quedó sin respuesta cuando lo vio alzar los brazos y tomarla del asiento, de repente. Al dejarla en el suelo, la sujetó por la cintura para que no perdiese el equilibrio, y el contacto hizo que se mordiese el labio con nerviosismo. Frank cerró la puerta de la Pick up y sujetó las muletas, tal y como le había explicado que haría, en el soporte frontal. Después la ayudó a colocarse y le explicó donde debía poner las manos para sujetarse. Penélope lo tuvo todo más o menos claro, hasta que lo sintió pegado a su espalda al subirse tras ella en el patín. Cada parte de su cuerpo se puso en alerta. Allí, entre los poderosos brazos masculinos, estirados para tomar el control del manillar, estaba literalmente envuelta por Frank Beckett. No podía sentirse más protegida y a la vez en absoluto peligro.

—Apóyate en mí, si así estás más cómoda —le dijo él inclinándose hacia su oído, justo antes de poner el patín en marcha. Y cada poro de su piel se erizó, al instante.

CAPÍTULO 33

Tras los primeros segundos de consternación, Penélope, se vio sonriendo. El aire fresco le acariciaba las mejillas y la sensación de velocidad, fue estimulante y hasta divertida. Jamás se había subido a un patín, mucho menos uno eléctrico de esos. Si había visto, cada vez con más frecuencia, que se ponían de moda en la ciudad. Y ya muchos viandantes iban motorizados con ese tipo de artefactos. Siempre los había visto con una mezcla de temor, por lo peligroso que parecía transitar a esa velocidad en medio de la circulación, sin ninguna protección. Y también con cierta envidia, por la sensación de libertad que parecían disfrutar. Pero empezaba a darse cuenta del encanto que le veían a esos chismes. Tal vez, solo tal vez, podría comprarse uno a su vuelta.

—¿Te gusta? —le preguntó él, tras girar para encaminarse hacia el mercadillo. Y ella se vio a si misma asintiendo.

Elevó el rostro y se encontró con la enorme y satisfecha sonrisa de él, y sintió que le daba flojera en las piernas. Lo que la forzó a apoyarse en él. El cuerpo masculino ni se inmutó, grande como una montaña a su espalda. Pero una revolución comenzó en su interior. Intentó distraerse, hablando.

—El tipo de la tienda, ¿es amigo tuyo? —le preguntó al recordar el abrazo que se habían dado, al despedirse.

—Sí. Al menos hace tiempo lo éramos. Fuimos compañeros de clase en el instituto. Formábamos parte del mismo grupo. Ahora solo mantenemos contacto un par de veces al año, pero ha sido agradable volver a verlo.

—Es cierto, me dijiste que hacía mucho tiempo que no venías por aquí. Es una pena, es un lugar precioso —dejó caer el comentario, pero al ver que él no parecía dispuesto a añadir más, no

quiso insistir.

A los pocos segundos entraron en la zona del mercadillo y su atención comenzó a dispersarse hacia los distintos puestos. En cuanto vio la variedad de artículos expuestos, recordó que no había hecho compras navideñas y quiso ojear algunos. Cada vez que esto ocurría, Beckett detenía el patín y ambos bajaban para que pudiera echar un vistazo. Siempre había disfrutado de las compras y había cosas preciosas, por lo que se dilató en algunos un poco más. Para su sorpresa, Beckett no protestó ni pareció molesto en ningún momento, más interesado en ver con ella las cosas que exponían y compartir opiniones sobre los productos más extravagantes. Aquel lugar era una auténtica locura para alguien con tanto aprecio por los artículos únicos y vintage, como ella. Y disfrutó de cada minuto de las siguientes dos horas.

—Si no me equivoco y las cosas no han cambiado, hay algunas tiendas más a un par de calles de aquí que podemos visitar también, pero deberíamos hacer un descanso antes y aprovechar para tomar algo.

—Claro, me parece perfecto —repuso, dándose cuenta de lo relajada que estaba. Siguieron transitando por las calles, saliendo del mercadillo. Beckett se encaminó hacia un establecimiento por cuya puerta habían pasado ya un par de veces esa mañana. Se llamaba, Las olivas, y en su escaparate se podían ver expuestas además de una gran variedad de botellas de vino, una extensa muestra de productos gourmets, como aceites, quesos, cremas, compotas, aceitunas, embutidos y frutos secos. Todo, con una pinta deliciosa. Nada más sentarse en una de sus mesas con forma de barril, les ofrecieron una cata de vinos y una tabla de degustación de sus productos. Una idea que les encantó a ambos.

—Me gusta que tengas tan buen apetito —le dijo él, al cabo de unos minutos, cuando ella tenía a medio camino de su boca, una porción de queso curado.

Sonrió algo avergonzada. Miró el trozo de queso, luego a él y terminó por tomarlo de un solo bocado. Él sonrió, cabeceó, y la imitó cogiendo de la tabla otro pedazo.

Ambos rieron, relajados, hasta que él volvió a intervenir.

—Al final no llegaste a contarme, ¿cómo es un día en la vida de Penélope Appleton?

Intimidad, profundizar en sus vidas, ¿era realmente necesario?

—Yo fui completamente sincero contigo —jugó él su baza, al leer claramente las dudas en sus ojos.

Le molestaba sobremanera que él pareciese leerle la mente con tanta facilidad, pero no podía negar que tenía razón.

—Es cierto, lo hiciste.

Él amplió la sonrisa y ella pensó que era un peligro andante.

—Mi vida es muy normalita. No tiene nada destacable. Vivo sola en un pequeño apartamento de un solo dormitorio. No tengo mascotas ni plantas. Y trabajo todo el día. No suelo salir mucho, salvo cuando tengo que ir a algún evento literario, alguna cena con clientes o de vez en cuando con Zola, que es mi mejor amiga desde el instituto. Somos radicalmente opuestas, pero nos compenetramos muy bien.

Ante semejante presentación, creyó que él la llamaría aburrida, pero sus siguientes preguntas consiguieron atragantarla.

—¿Fue ella la que te regaló el consolador? ¿Cree que estás falta de algo?

Penélope se tapó la boca para no escupir el vino blanco al que había dado un trago nada más terminar de hablar. Miró a un lado y a otro del local, y se dio cuenta de que las personas sentadas en un par de mesas junto a ellos, los miraban con interés.

—No te preocupes, no es por ti, es por mí. Como te he dicho hace tiempo que no vengo y se preguntan por qué lo he hecho esta vez. Al parecer, según mi amigo Conrad, el de las bicicletas, corren por ahí todo tipo de rumores sobre mis motivos. Incluso hay quien dice que… —comenzó a decirle inclinándose sobre ella, en tono de confidencia y durante un segundo sus rostros quedaron a escasos centímetros, tan cerca como para perderse en la profundidad oceánica de sus ojos —…tengo secuestrada a una pequeña pelirroja a la que obligo a trabajar sin descanso.

Al ver que le tomaba el pelo, Penélope se separó de él, apretando los labios para contener la sonrisa.

—Ya veo… así que todo este tema de la cita, en realidad era una excusa para exhibirme y callar bocas.

Él se tomó la barbilla, pensativo, y enlazó la mirada con la suya de una forma juguetona que se le enredó en el vientre.

—En absoluto. Puedo asegurarte que la única boca que me interesa, es la tuya.

Los ojos de Penélope se abrieron desmesuradamente, ante semejante afirmación.

—No te asustes, piruleta, no pienso comértela hasta más tarde —declaró con descaro.

Y en la mente de Penélope se vio en una camilla, en urgencias y oyendo como los médicos gritaban entre ellos: —¡Se nos va! ¡Ha entrado en parada! ¡Carro de reanimación! El chasquido de la descarga en su pecho, la despertó devolviéndola a la conversación. Tenía que dejar de ver también Anatomía de Grey, pensó antes de contestar con vehemencia.

—¡Solo accedí a una cita!

—Y no hay cita que se precie que no acabe con un buen beso, ¿no te parece? A no ser… que hayas tenido unas citas horribles a lo largo de tu vida. En cuyo caso, tendría que poner más empeño en esta para hacerte ver lo que te has estado perdiendo.

—Mis citas… mis… mis citas… —intentó conjugar una respuesta, pero sus pestañas ya estaban aleteando con la misma rapidez que las alas de un colibrí´.

—Tus citas… —repitió él.

—¡Oh, dios! ¡Me enervas! —terminó por decir.

—Eso ya me lo habías dicho antes. Pero ya que has empezado, cuéntame, ¿cómo son tus citas? ¿Tienes muchas? ¿Cuándo fue la última?

—No es asunto tuyo, pero ya te he dicho que prácticamente no salgo. Llevo tiempo centrada en mi carrera, no he querido distracciones. Cuando tengo algo de tiempo libre, prefiero disfrutar de un buen libro, o de una película.

—¿En casa o en el cine? —preguntó él con rapidez, registrando cada palabra.

—Prefiero el cine —repuso ella sin entender por qué le interesaba ese detalle.

—¿Y vas sola? —siguió con su interrogatorio, pero le parecía un tema seguro, así que

contestó.

—Sí, así no tengo que compartir las palomitas ni escuchar a nadie que me hable en las escenas importantes.

“Esa era ella, la rara que iba al cine sola. Tal vez confesándole esas manías suyas, se daría cuenta de que no tenía interés indagar en su vida personal”, pensó.

—Te entiendo, yo también odio que me hagan eso. La gente es muy grosera.

Penélope buscó la burla en sus ojos, pero no la encontró. Y sonrió sin querer.

—Cuando vayamos juntos al cine, cada uno tendrá su propio cubo de palomitas. Y no te hablaré en toda la película. Eso sí, no prometo nada sobre cogerte la mano, o pasarte el brazo por los hombros. Soy muy clásico para esas cosas.

—¡No vamos a ir juntos al cine! —repuso dándose cuenta de que él le había dado nuevamente la vuelta a una conversación intrascendente para llevarla a su terreno.

—Eso ya lo veremos. ¿Quieres un poco más de vino? —preguntó Beckett antes de que pudiera replicar. Penélope miró su copa, aun con el ceño fruncido, y comprobó que la tenía vacía. Asintió, sintiendo que necesitaba algo que la atemperase.

Él siempre sabía qué teclas tocar para alterar sus nervios. Tenía de nuevo el corazón en la garganta y el pulso agitado. Quería volver a su posición de fuerza, esa en la que le había puesto un ultimátum.

—¿Eso quiere decir que te has decidido por mi cuerpo? ¿Me rechazas como agente a cambio de una aventura?

Él volvió a inclinarse sobre ella, y colocó los labios junto a su oído de una forma tan íntima que tuvo que aferrarse al barril que hacía de mesa, para no caer del taburete torpemente.

—Yo no renuncio a nada. Jamás.

Su aliento le acarició el lóbulo, y cada vello de su cuerpo se erizó, en respuesta. Volvió a coger la copa de vino blanco y la vació de un trago. Beckett tomó la copa de sus manos temblorosas, y añadió:

—Si sigues bebiendo así, esta cita va a acabar antes de lo previsto. Y creo que te

arrepentirías de perderte lo que tengo pensado para esta tarde.

—¿Esta tarde? ¿Vamos a estar todo el día con la cita? —consiguió preguntar.

—Tranquila, tal vez se nos haga de noche, pero cumple con el resto de requisitos; sigue siendo una única cita, y será pública.

—Genial… —dijo ella forzando una sonrisa despreocupada, pero estaba de todo, menos tranquila.

CAPÍTULO 34

Quince minutos más tarde, Penélope estaba subida en un tiovivo bastante divertido. La tienda se había llenado de luces estrambóticas para ella. En realidad, se trataba del efecto que proyectaban los rayos del sol que se filtraban por el escaparate, reflejándose en el vidrio de las botellas de vino de la exposición y estanterías más cercanas. Pero para su mente embriagada, aquello era una fiesta de los noventa. De repente parecía que toda la tienda fluía de una forma extraña. Los barriles y altos taburetes bailaban, el suelo empezó a desplazarse con movimientos zigzagueantes. Y aunque le apetecía unirse a la fiesta, envuelta como estaba en una calidez relajada, sus ojos se empeñaban en cerrarse. Le pesaban los párpados y esto la obligaba a levantar el rostro, para ver por debajo de sus pestañas, lo que se estaba cociendo en el local.

—¿Estás bien? —oyó que le preguntaba la voz de Beckett. Esa voz sexi, en ocasiones rasposa, otras de seda, siempre caliente. Y sonrió. O al menos eso pensaba ella que hacía.

Quiso levantarse, pero el suelo volvió a moverse y aunque se agarró al barril, algo falló en su plan, porque se vio caer, de lado, precipitándose al vació. Algo la sujetó a pocos centímetros del suelo.

—¿Estás borracha? Si solo te has tomado dos…

—Tres —dijo sacando tres dedos y colocándolos frente a su cara. Beckett le apartó la mano al tiempo que intentaba sujetarla para que no se volviese a caer— Me he tomado tres copas de delicioso vino blanco. ¿Hay más? —preguntó buscando sobre la mesa.

—Está claro que para ti, no.

—¡Oh! Ya sabía yo que eras un aguafiestas… —dijo con voz espesa—, un peñazo en las citas. Lo sabía, no me preguntes por qué, pero lo sabía.

—¿Cómo es posible que te hayas puesto así, en un momento, con solo tres copas? —le

preguntó, observando su rostro con detenimiento.

—Soy algo así como… into…leran…te al vino —consiguió decir y satisfecha con su logro, sonrió— ¿No lo sabías? ¿Cómo es que no lo sabías, Fran Beckett? Si lo sabes todo de mi… al parecer. Me miras con esos rayos X que tienes de mutante, y me lees. Así… —intentó chasquear los dedos delante de él un par de veces, pero no consiguió hacer el gesto—No importa… —desechó el intento —Lo que sí importa, Frank Beckett, es que el secreto que guardo, no lo vas a averiguar, jamásssss —dijo apoyando la cabeza contra su pecho y suspirando, al sentirse allí, cobijada y segura— jamássss de los jamasesssss —añadió dejando que sus ojos se cerraran por fin, abandonándose a esa sensación de seguridad que le proporcionaba su cuerpo.

Frank no podía creer lo que acababa de pasar. Estaban hablando. Sí que, en los últimos minutos, ella parecía algo más lenta en sus respuestas y había dejado de intentar revelarse ante sus preguntas y comentarios y respondía sin pudor. Creyó que por fin se estaba relajando, bajando la guardia que había erigido entre ambos, absurdamente. Pero de un momento a otro la vio esforzarse por mantener los ojos abiertos, una sonrisa boba se dibujó en sus labios carnosos, y empezó a moverse sobre el taburete como si siguiese el ritmo de una melodía que solo ella podía oír en el local.

—Te quiero, Frank Beckett… —dijo ella de repente contra su pecho.

—¿Cómo? ¿Qué? —preguntó él, sujetándola contra su cuerpo para que no cayese. El corazón se le detuvo en el pecho un segundo, de forma abrupta y privándolo del aliento. Intentó elevar su rostro para mirarla a los ojos y conseguir que repitiera las palabras. Pero ella solo dijo:

—Ya lo has oído, y ahora déjame dormir. —Acto seguido, ella volvió a arrebujarse contra su pecho, y empezó a roncar, suavemente. Era como una respiración lenta, pausada, que terminaba en una especie de gorgojeo. La vio allí, totalmente K.O. Como lo había dejado a él con su declaración. Y la abrazó aún con más fuerza.

—Buenos días, piruleta.

La voz de Frank y su rostro a corta distancia, observándola, fueron lo primero que oyó y

vio al despertar, Penélope.

—O quizás debería decir, buenas tardes. Has dormido más de dos horas. Nunca había visto a nadie caer así de rápido, tras beber. Te lo juro. Ha sido toda una experiencia.

Sus palabras llegaron hasta el centro de su cerebro, serpenteando entre los pensamientos espesos que le tenían nublada aun la mente.

—¿Caer? —Consiguió decir parpadeando varias veces mientras intentaba incorporarse. Apoyó las manos a ambos lados para enderezarse, y le sorprendió comprobar que estaban en el interior de la pick up, con los asientos recostados, tumbados uno al lado del otro.

—Sí, no sabía que el vino pudiese hacerte algo así. Me habría gustado estar prevenido, pero ha sido toda una experiencia intentar explicarlo en la tienda, y traerte hasta el coche, sin conocimiento. Creo que la versión de la pelirroja secuestrada ha tomado fuerza para todos los del pueblo, después del espectáculo de verme cargar contigo hasta aquí.

Penélope se tapó la cara con las manos, creyendo estar viviendo una pesadilla. ¿Había hecho todo eso?

—Lo siento… Lo siento de veras. No tenía que haber bebido.

—¿Te pasa esto con todo el alcohol o solo con el vino? —le preguntó él obviando su intento de disculpa, más preocupado por ahondar en otra de sus rarezas. Penélope suspiró. No se sentía orgullosa de aquello, pero después de lo que le había hecho pasar, merecía al menos una explicación.

—En general no tengo mucho aguante con el alcohol. No sé si es por la falta de costumbre. Tampoco es que lo disfrute demasiado, excepto un par de bebidas, pero incluso cuando las tomo, no bebo más de una copa. Lo del vino es algo… excepcional. No sé lo que es, mi médico dice que no hay ningún tipo de intolerancia especial al alcohol que lo explique, pero el caso es que me pasa. A los pocos segundos de probarlo empiezo a notar un cosquilleo en las piernas, luego se me duermen, como cuando estas mucho tiempo sin moverte…

Él asintió muy atento a sus palabras.

—Pues es así de raro. Luego empieza a entrarme calor. Comienza como algo suave, que

me recorre el cuerpo, las extremidades y cuando llega a mi cabeza, empieza a nublarlo todo. Se me sube en un segundo y unas veces me pongo a cantar, otras me pongo cariñosa…

Sus ojos se abrieron de repente.

—¿No habrá pasado eso?

—¿Qué te preocupa más, haber dado un concierto o haberte puesto en plan gatita conmigo?

—¡Oh, dios mío! ¡Oh, dios mío! —dijo volviendo a taparse la cara con las manos.

—¿Hay una opción C? —preguntó él y ella destapó el rostro de inmediato.

—Me da por contar cosas.

—Ya… —dijo él chasqueando la lengua contra el paladar, asintiendo. Él corazón de Penélope empezó a latir con una fuerza indomable.

—¿Qué… qué he dicho? —preguntó con pánico.

—Lo siento, pero eso va a quedar entre la Penélope ebria, y yo.

Lo miró ofendida, con la boca abierta a la par que los ojos. Pero él ignoró su gesto empezando a colocar derechos los asientos y arrancando el motor. Penélope lo siguió mirando, intentando leerle la mente, como hacía él con ella, pero Beckett parecía como siempre, inescrutable.

Resopló y se abrochó el cinturón, sin dejar de dar vueltas al asunto. Él sacó el coche del aparcamiento, frente al establecimiento de las bicis, donde lo habían dejado esa mañana. Había un corte en su vida de más de dos horas en las que no sabía que había hecho o casi peor, dicho. Llevaba todo el día pensando en acostarse con él, o más bien en la forma de no caer en la tentación de hacerlo. Mientras por su mente pasaban todo tipo de escenas tórridas y delirantes en las que terminaba por sucumbir a sus encantos. ¿Le habría contado alguna de esas fantasías? ¿Estaría él tan tranquilo de haber sido así?

Imaginaba que no. El Beckett que ella conocía, habría aprovechado su regreso al mundo de los mortales para burlarse de ella y hacerle saber que sabía que lo deseaba, que fantaseaba con arrancarle la ropa y lamerlo como a un enorme helado de tres sabores. Iba a pensar en las

siguientes opciones sobre lo que le podría haber dicho, cuando se dio cuenta de que salían del pueblo.

—¿Volvemos a casa? —preguntó de repente.

—No, aun no. A menos que no te encuentres bien…

—Estoy bien. Estoy bien, solo necesito beber agua e ir al baño —dijo ella rápidamente, recordando que el final de la cita llevaba incluido en el paquete, un beso.

—Bien. En el sitio en el que he reservado podrás hacer ambas cosas.

—Genial —le dijo ella de forma mecánica, como había estado haciendo todo el día cuando él le revelaba parte de sus planes.

Le sorprendió que, de camino a su destino, él no volviese a decir nada más. Se mantuviera en silencio, como imbuido en sus pensamientos. A pesar de haber tenido la oportunidad perfecta, después de lo ocurrido, para bromear con ella, o empezar su juego de preguntas. Pero no lo hizo. Al cabo de unos minutos, Penélope decidió que mejor se relajaría y disfrutaría de esos momentos de paz, en lugar de empezar a emparanoiarse de nuevo.

Lo primero que vio Penélope al salir por un desvió de la carretera, fueron las luces de navidad de divertidos colores, dándoles la bienvenida. Y ya su corazón empezó a brincar como el de una niña pequeña. Miró a Beckett un segundo, pero este siguió conduciendo pendiente de la carretera. En todo el día, no había tenido ni idea de que era lo que le tenía preparado, le había insinuado varias veces que le gustaría el plan de la tarde. Todas esas veces, su mente enfebrecida, había sospechado que estaba insinuado cosas sexuales. Pero al parecer la única con la mente calenturienta, era ella. Cuando pasaron por el letrero colgante de madera tallada, que anunciaba la entrada al EmilyAnn Theartre and Gardens, se quedó sin palabras. Desde la entrada todo el camino estaba iluminado con guirnaldas, al igual que, al llegar al aparcamiento, las cuatro construcciones que daban la bienvenida a los visitantes. Todas envueltas en multitud de luces y exageradas decoraciones navideñas, como muñecos, pingüinos y renos hinchables en los porches de las casas de madera. Lazos rojos, bastones gigantes de caramelo y paquetes de regalos con papeles y cintas de brillantes colores.

—¡Oh! —Suspiró. Le encantaba la navidad. Y aquellas, habían sido excepcionalmente sosas, en ese sentido. Así que abrió mucho los ojos y se empapó de cada detalle, guardándolo en la retina.

—Mis padres me traían aquí de niño. Ya entonces siempre estaba bastante animado. Y por lo que veo, ahora aún más. Creo que te gustará.

—A pesar de sus palabras, él no parecía muy entusiasmado. Se preguntó si esos recuerdos con sus padres estarían empañando el momento.

—Estos edificios de la derecha —dijo pasando el brazo por delante de ella para señalárselos—, son las tiendas de regalos y dentro están los baños. El de la izquierda es el de la taquilla. He sacado las entradas online y tengo que recoger las físicas. ¿Vienes conmigo o prefieres ir yendo al baño? Yo compraré también las bebidas.

—Casi prefiero ir al baño, mientras. Si tardas mucho, estaré ojeando las tiendas —dijo con una sonrisa, resplandeciente ante la perspectiva de encontrar allí una bola de cristal de nieve, con algún paisaje navideño. A su madre le encantaban, pero no había podido localizar ninguna en el mercadillo.

—Perfecto, pues te ayudo a bajar —le dijo él. Y acto seguido, desapareció de su asiento y fue a por ella.

Cuando la tuvo de nuevo en sus brazos, el segundo que tardó en hacerla descender, sus miradas se enlazaron. Él dilató el momento sosteniéndola por la cintura. Sus manos eran tan grandes que casi se la abarcaban por completo, aún llevando el abrigo rojo que se había puesto esa mañana. La atrajo ligeramente contra su cuerpo, y ella, aunque debía haber protestado, se quedó colgada de un brillo nuevo que apreció en su mirada; cálido, cautivador, como la llama de una vela titilante en mitad de la noche. Las luces de navidad y el ruido de la gente que iba a disfrutar del espectáculo desaparecieron de repente, quedando solo ellos dos. En ese instante, compartiendo la condensación de sus respiraciones, entrecortadas, él se aproximó un poco más a su rostro y Penélope contuvo el aliento. Beckett descendió la mirada hasta su boca, con lentitud.

Parecía el momento. Ese momento perfecto que se muestra en las películas románticas en

el que el mundo se detiene, la música de fondo se eleva dos puntos y las bocas hambrientas se funden en un beso apasionado, enardecido y loco, con fuegos artificiales y todo.

Pero no.

Frank terminó de descender y la besó, pero en la mejilla. Ella parpadeó un par de veces, confusa. Y él sonrió.

—Aún no ha terminado la noche, piruleta.

Volvió a sonreír, le dio las muletas, cerró el coche con el mando y se alejó hacia el edificio de la taquilla, mientras ella lo miraba con el ceño fruncido. No sabía si estaba más molesta con él o con ella misma, por haber esperado ese beso con ansia.

Sacudió la cabeza molesta, y decidió aprovechar esos minutos a solas en hacer sus compras, y reafirmar su postura y las decisiones que había tomado con respecto a él, para que no volviera a pillarla con la guardia baja. Y esta vez, a tan solo unas pocas horas de que acabara la cita y volvieran a casa, tenía que conseguirlo.

CAPÍTULO 35

Penélope bufó al encontrar cola en el pasillo para entrar en el baño de mujeres. Se apoyó en la pared y volvió a resoplar, pues no se había dado cuenta de su grado de necesidad por ir al baño, hasta que recordó que no lo hacía desde su visita esa mañana al de la cafetería. Empezó a rebotar, nerviosa, sobre la pierna buena, moviéndose con inquietud cuando vio que la cola apenas se había movido en cinco largos minutos.

—Querida, tú puedes ir al de discapacitados —le dijo una voz femenina a su lado. Con alivio, como si le hubiesen dicho que tenía acceso libre al mismísimo cielo, se giró con la intención de agradecerle la información a la mujer. Su gesto quedó petrificado al darse cuenta de que quien acababa de salvarla de la agonía de aquella espera, era la madre de Beckett.

Ella le sonrió, pero se dio la vuelta y se marchó entre el gentío del pasillo, antes de que pudiera darle las gracias. Sin embargo, Penélope mientras estuvo en el baño, no dejó de pensar en la casualidad de haberse encontrado allí con ella. Cuando salió del pasillo de los aseos, aun confusa, no pudo evitar buscarla con la mirada, entre la gente que paseaba por la tienda en busca de recuerdos de su visita. Ella hizo lo mismo, fue caminando entre las mesas, sin dejar de mirar de cuando en cuando a su alrededor. Se dio por vencida al encontrar sobre una de las zonas de la exposición, una colección preciosa de figuras de cristal, en distintos y brillantes colores. Había toda clase de seres, animalitos, arboles, y objetos hechos con un gusto y delicadeza exquisitos. Llamó su atención un pequeño caballo azul, sobre un pedestal de madera, que le cabía en la palma de la mano. Lo acarició con la yema del dedo índice, desde las crines hasta el lomo. Era suave, frío y delicado. Pero al mismo tiempo, la postura soberbia del corcel era tan enérgica que resultaba hechizante. La forma en la que se proyectaba la luz sobre el cristal, también la fascinó.

—Es curioso que te hayas fijado justo en esa. —De nuevo aquella voz. Penélope, giró el rostro, pero esta vez preparada para encontrarse con la mujer—. De todas mis creaciones, los

caballos siempre fueron los favoritos de mi hijo.

Penélope la observó, algo nerviosa. Esa era la madre de Beckett, del hombre del que estaba enamorada y al mismo tiempo era un auténtico misterio para ella. Había tantas cosas que aún no sabía de él, y seguramente aquella mujer tendría todas las respuestas, o no. Porque era evidente que la relación madre e hijo no iba como debiera.

—¿Sí? ¿De veras? —preguntó en tono ligero, no sabiendo muy bien qué decirle. ¿Debía contarle que su hijo no había querido su tarjeta? ¿Tenía que contarle que estaba allí, con ella?

—Sí. Cuando era niño venía a mi taller a verme soplar el vidrio. Le parecía algo fascinante. Todas las figuras le llamaban la atención, pero sus favoritas eran los caballos. Siempre se quedaba mirándolos largo rato. No podía jugar con ellos, por ser de cristal, pero los observaba como si en su mente, pudiera darles vida.

Penélope escuchó cada palabra, fascinada.

—Tal vez lo hacía. Tiene una mente brillante y una gran imaginación.

La mujer la miró con intensidad, como si quisiera leerla, igual que hacía su hijo.

—Lo sé... —dijo suspirando y dejando de mirarla, tomó la pieza del caballo de la mesa— ¿Ha venido contigo?

Penélope, parpadeó un par de veces, confusa. Miró a un lado y a otro. No sabía qué debía contestar. Si le decía que sí, era posible que Beckett se enfadara, si eso hacía que su madre fuera a su encuentro. Recordaba perfectamente cómo había reaccionado el día que la vio en la casa. Pero ella no sabía mentir.

—Está fuera, esperándome. Debería irme ya, me estoy retrasando más de lo que pensaba —Iba a despedirse, y marcharse cuando la mujer la detuvo, tomándola por el brazo.

—Claro… pero, espera. —La vio agacharse y sacar de detrás de la tela roja que cubría las mesas una caja y una bolsa. Introdujo el caballo con cuidado y tras meterlo en la bolsa, se lo entregó.

—¿Quiere que se lo de a su hijo? —le preguntó mirando el paquete con cautela.

—No sé si él lo querrá, pero también puedes quedártelo tú.

—No puedo aceptarlo —le dijo alzando las manos.

La señora Beckett lo colocó en su mano y le dijo:

—Ya está hecho. Espero que mi hijo y tú, disfrutéis de la función. —Y tras aquella declaración, se marchó entre la gente.

Penélope miró a la multitud y luego volvió la vista hacia la dirección por la que la mujer se había marchado, pero ya había desaparecido, como un fantasma.

La conversación había sido de lo más extraña, y no dejó de darle vueltas mientras se marchaba hacia la salida. En la calle le sorprendió descubrir que el cielo se había oscurecido considerablemente. Eran más de las cinco y ya estaba anocheciendo. Miró a un lado y a otro, hasta que consiguió ver a Beckett, esperándola, con las manos en los bolsillos de su abrigo azul. La condensación salía de su boca, y en sus labios había dibujada una preciosa sonrisa. Sabía que esa sonrisa desaparecería en cuanto viera el paquete llevaba en las manos, y lo metió con premura en su bolso. Después le devolvió el gesto y empezó a bajar los escasos peldaños del porche. Él fue a su encuentro, y ya estaba abajo, cuando llegó al último para ayudarla.

—¿Vamos, piruleta? La función nos espera. Y te he comprado palomitas, solo para ti.

Penélope no pudo evitar sonreír, mientras él le ofrecía el brazo. En su otra mano cargaba con una bolsa llena de cosas y solo de pensar en las palomitas calientes, saladas y con mucha mantequilla, se le hizo la boca agua.

Se quedó sin habla cuando llegaron a la zona en la que se representaba la obra. En mitad de una zona boscosa, a la intemperie, había un pequeño, pero bien equipado escenario iluminado con focos repartidos sobre él y algunos directamente colgados de los árboles cercanos. Frente a este, varias filas de sillas de plástico se distribuían en distintas alturas, gracias a los escalones que estaban excavados directamente en la tierra. Formando así, la galería de butacas. Frank la guió por el pasillo lateral hasta su fila y luego le indicó sus sitios, justo en el centro.

—Los mejores asientos —le dijo ella emocionada.

—A estas alturas, ya no debería sorprenderte saber que no hago nada a medias —él la miró con picardía y ella sonrió, aun queriendo no hacerlo.

—Está bien, disfrutemos de la función. ¿Qué vamos a ver? —preguntó para intentar desviar la atención.

—Sin duda, una de mis historias favoritas de la infancia; Cuento de navidad, de Charles Dickens.

Los ojos de Penélope brillaron como los de una niña.

—También era de mis favoritos —dijo sorprendida con la casualidad. Volvieron a sonreírse, compartiendo el momento de entusiasmo.

La obra resultó maravillosa, con una interpretación sorprendentemente buena para aquel pequeño teatro. Las palomitas estaban deliciosas, como el resto de chuches que él llevó y que ambos compartieron, muy pegados, mientras la cobijaba bajo su brazo, rodeándola por los hombros. El ambiente, las luces, la decoración… hacían que aquella fuese sin duda, la cita más espectacular que había tenido jamás. Pero ella, de vez en cuando miraba su bolso, sabiendo que en su interior estaba aquel hermoso caballito de cristal. En su mente se reprodujo varias veces la extraña conversación que había tenido con la madre de Beckett. Y se preguntaba, si no podría hacer algo por ayudarlo a sanar esa herida de su corazón.

Lo observó, junto a ella, tan pegado como para oler el aroma de su cuello. Se perdió en sus facciones, recorriéndolas con la mirada, una vez más. Se imaginó acariciándolas con lentitud, con las yemas de sus dedos. Era el hombre más guapo del mundo. Y eso que estaba viviendo con él un espejismo al que apenas le quedaban unos días. Sintió un nudo de congoja que se aposentó en su garganta y humedeció sus ojos.

Y así fue como la pilló él cuando descendió la mirada, y la enlazó con la suya. Intentó apartar la vista, pero la tomó de la barbilla, y la obligó a alzarla para él. Frank se inclinó sobre su rostro y depositó un beso cálido, intenso y extremadamente dulce sobre sus labios. La sola presión de estos sobre su piel hizo que se estremeciera, y se le caldease el corazón. Aún más cuando él apoyó la frente en la suya y le dijo en un susurro ronco.

—Creo que ha llegado la hora de que volvamos a casa.

CAPÍTULO 36

—Y ese beso de buenas noches… —empezó a decir ella, nerviosa, cuando aparcaron en la puerta. Había estado todo el camino de regreso en un estado de nervios tal que en su mente necesitó el carro de reanimación, varias veces. Y ahora, allí, con el motor apagado y a segundos de encontrarse cruzando la puerta de la casa, ya no pudo más y saltó.

—No es un beso de buenas noches, sino de fin de cita. Y está aún no ha acabado —dijo él, y antes de que pudiera replicarle, abrió su puerta, y saltó del coche. Para cuando llegó a su lado, ella ya tenía la escopeta cargada.

—Es de noche y estamos solos. Completamente solos —puntualizó—. Esta cita ha terminado.

—Sabes bien que no —se limitó él a decir, tomándola del asiento. Pero en lugar de dejarla en el suelo, como esperaba, la acomodó en su hombro, cargándola de nuevo.

Pánico, las luces, las sirenas, todos los carteles de aviso de peligro del planeta se encendieron en su mente, todas a la vez.

—Beckett, ¡déjame bajar! No me has dejado ni coger el bolso —protestó.

—Ahora no te hace falta.

—¿¡Y tú qué sabes!?

—Créeme, lo sé.

—Penélope intentó tragar saliva, pero estuvo a punto de ahogarse boca abajo. Lo vio abrir la puerta de la casa y cerrarla empujándola con el pie. Elevó el rostro lo justo para advertir que iba en dirección a los dormitorios.

—¡Para! ¡Puedes bajarme aquí! —exclamó entrando en pánico.

—De eso nada, soy un caballero y te acompaño hasta la puerta.

—Llevarme como un saco de patatas, no es de caballeros —apuntó ella.

—Depende de la época histórica. ¡Qué falta de documentación, piruleta! —se mofó de ella.

Para cuando la dejó en el suelo, Penélope estaba tan roja como un tomate, casi sin resuello, y con el corazón latiéndole en la garganta. Miró a un lado y a otro, mientras se recolocaba el cabello y se bajaba el suéter que se le había subido hasta debajo del pecho.

—¿Ya estás satisfecho?

La sonrisa pícara que asomó en sus labios le dijo que había hecho una mala elección de palabras.

—Sabes que no.

Tragó saliva. Ese era el momento perfecto para desmayarse, ¿Por qué no lo hacía?

—Bueno, pues ya está. Dame ese beso, nos vamos a la cama, por separado —se apresuró a decir rápidamente en cuanto se percató de que los nervios la estaban traicionando—, y hasta mañana que nos veamos para trabajar.

Y tras soltar su discurso, elevó el rostro, cerró los ojos y puso morros de pez, esperando su beso.

La carcajada masculina fue tan sonora como para retumbar por todo el pasillo.

Penélope abrió los ojos, para inmediatamente encogerlos, avergonzada y furiosa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Así han sido tus besos de despedida?

Abochornada, fue a abrir la puerta, para cerrársela en las narices, pero sin darle tiempo a entrar siquiera, él la tomó de la mano, y tiró de ella, de nuevo hacia el pasillo, diciendo:

—Ven aquí, piruleta, que te voy a enseñar cómo se hace.

No tuvo tiempo de replicar, pues al segundo siguiente, estaba envuelta por los brazos de Beckett, que la apoyó contra el marco de la puerta. Tomó su rostro con ambas manos e inclinándose sobre ella, se apoderó de su boca, como si siempre hubiese sido suya, como si conociese a la perfección qué tenía que hacerle para conseguir que se rindiera definitivamente. Con un brazo la rodeó, mientras que la otra mano sujetaba su cuello, y su nuca, al tiempo que el pulgar le acariciaba la mejilla. Le inclinó el rostro, para acoplar mejor su embestida, y profundizó en el beso, buscando su lengua.

Hambre, voraz, anhelante, apremiante, insaciable, ávida, exigente, recorrió sus venas, enardeciéndola, desmoronándola, derribando las barreras que ella misma había levantado para alejarlo. Con un beso, un solo beso, él las estaba destruyendo, una a una. A su mente quiso llegar Daenerys de la Tormenta, sobre Drogon, devastando Desembarco del Rey, pero esta se esfumó de un plumazo en cuanto las manos de Beckett se posaron en su trasero, y la alzaron para acoplarla contra su cuerpo. En cuanto sintió esas manos grandes, de dedos largos y fuertes, aferrarla mientras la boca masculina gruñía contra su boca, todo, salvo él, desapareció de repente. Se vio a si misma llevando las manos hasta su rostro, cogiéndolo con desesperación y bebiendo de su boca ese gruñido sexi. Sus manos empezaron a volar por su cuerpo, tocando allí donde llevaba semanas deseando tocar; su cuello, sus hombros, esos pectorales enormes. Estaba tan bien hecho que no había parte de su cuerpo que no quisiese probar.

Sabía que algo, un pensamiento vacilante en su mente quería llamar su atención, distraerla de su objetivo, pero de una sola patada, lo expulsó de su cabeza. Sobre todo, cuando la boca de Beckett se posó en su cuello. Una descarga le recorrió la espalda para anidarse en su sexo cuando él empezó a besarla allí. No tenía ni idea de que su cuerpo pudiese reaccionar así al estimular esa zona de su piel y se arqueó, ofreciéndole más.

Él la bajó de repente.

—Quítate la ropa —le ordenó, sin miramientos. Y sintió palpitar su sexo, con urgencia.

Obedeció. Dejó caer su abrigo, y fue a sacarse el suéter por la cabeza. Él la ayudó a despojarse de la prenda y del pantalón. Y ya en ropa interior, la depositó sobre la cama. Ella se mordió el labio, admirándolo, mientras él se desnudaba. Decidió que quería terminar de liberarse de la ropa, pero solo le dio tiempo a quitarse el sujetador, cuando él ya estaba desnudo en todo su esplendor, ante ella.

De nuevo aquella vocecita molesta intentó decirle algo, recordarle los motivos por los que se había negado a llegar a ese punto. Pero él se inclinó sobre ella, la tomó de las caderas y tiró de su cuerpo hasta dejar su trasero en el filo de la cama. Ese día se había puesto el conjunto sexy que Zola le había metido en la maleta, y por la forma de mirarla, tampoco tenía pegas para este.

Lo vio introducir las manos por el filo de sus braguitas negras de encaje, que contrastaban enormemente con la palidez nacarada de su piel, y tirar de ellas hacia abajo, para liberar su sexo, que nuevamente empezó a palpitar, deseoso de su atención. En cuanto quedó a su vista, lo vio morderse el labio, al tiempo que le separaba las rodillas. Después se arrodillo y pasó los brazos por debajo de sus muslos, para sujetarla con firmeza. Penélope contuvo el aliento en cuanto sintió la lengua masculina, lamer el centro de su feminidad. Quiso elevar las caderas, enfebrecida, pero él la tenía sujeta. Se aferró entonces a las sábanas con los puños cerrados, cuando la lengua empezó a jugar y sorber su clítoris.

¿Qué demonios era aquello? Jamás le habían hecho algo así. Era sucio, primitivo, y delirantemente sexi. Como se sentía ella en ese momento. Poderosa. Tenía a Frank Beckett entre sus piernas, entregado a darle el mayor de los placeres. Bajó la mano por su cuerpo y enredó los dedos en su cabello rubio, instándolo a seguir con mayor intensidad- Él se centró en su clítoris, aumentando la fricción, y sintió el primer estallido que abrió las puertas para que entraran oleadas y oleadas de placer que la recorrieron, ahogándola, destruyéndola y salvándola. Un grito ahogado escapó de su garganta, mientras su cuerpo que acababa de despertar de un larguísimo letargo se convulsionaba devastado.

Con una sonrisa felina, Beckett ascendió por su cuerpo, deshecho por el placer que acababa de azotarlo. Y para recordarle que aquello aún no había terminado, en su camino de ascenso, fue besando su cuerpo, centímetro a centímetro, parándose a lamer en aquellas zonas en las que sabía que la sacudiría el placer, como el interior de sus muslos, las inglés y el vientre. Tomó las cumbres de su pecho, antes de llegar a ellas, abarcándolas con ambas manos, las coronó como suyas, acariciándolas con los pulgares y asegurándose de que se endurecían antes de recibir la calidez de su lengua. Penélope volvió a arquearse. Sintió la erección pétrea de su miembro contra su sexo y quiso devolverle el placer que él le había proporcionado. Bajó una de sus manos y aferró su órgano erecto. Él gruñó, pero la tomó de la muñeca y la apartó.

—Espera. Ya tendrás tiempo —le prometió frente a los labios—. Ahora vas a ser mía.

“Vas a ser mía”, Penélope repitió la promesa en su mente, y de nuevo aquella molesta voz

quiso alzarse, entre la neblina del deseo. No lo consiguió.

—Hazme tuya —se oyó decir a sí misma. Y él obedeció colocándose a las puertas de su sexo. Sintió su glande henchido abriéndose paso en su interior, lentamente, y Beckett la obligó a mirarlo, a enlazar la mirada con la suya, mientras se introducía con una delicadeza agónica.

Comunión, conexión, acoplamiento, cuerpos engarzados, ensamblados, unidos de una forma inexplicable, primitiva, única.

Cuando consiguió penetrarla al completo, llenándola con su poderosa erección, Frank se tomó un segundo entero para admirarla, para memorizar la expresión de su rostro entregado, arrebolado, el brillo de sus ojos de color indescifrable, sus pupilas dilatadas, esa forma de mirarlo, mostrándole su alma. Salió de ella y volvió a entrar embistiéndola con fuerza. Sintiendo que ya no podía dominarse más. El animal que habitaba en su interior y al que había estado conteniendo dolorosamente, se sacudió, apremiándolo a seguir. Vio que ella abría los ojos, sorprendida, pero que alzaba las caderas, buscando más, y se entregó al movimiento de su pelvis, penetrándola una y otra vez, con más urgencia. Haciéndola suya, como tenía que haber sido desde siempre. Suya. Gruñó en su interior. Estaba a punto de derramarse. Pero quería antes, que ella lo supiera.

—Yo también te quiero, piruleta —le dijo, y fascinado con su cara de asombro, la embistió de nuevo, poseyéndola con brutalidad, para sellar sus palabras uniéndolos en un orgasmo mutuo, compartido, y devastador.

CAPÍTULO 37

A la mañana siguiente, Penélope casi no pudo reconocer a la mujer que la observaba desde su reflejo, en el espejo. Se parecía a ella, pero había tantas cosas diferentes, que tuvo que emplear más de diez minutos en observarla con detenimiento. Con una mano apoyada en el lavabo, se pasó las yemas de los dedos por las mejillas, la frente, el cuello. Y al instante las imágenes de la noche anterior volvieron a su mente como flashes. Aun no podía creer lo que había sucedido. Además de pasar toda la noche haciendo el amor con Beckett, sin descanso, hasta la madrugada, él le había dicho que la quería.

Porque… se lo había dicho, ¿verdad? O lo había imaginado en el fragor del momento. Cerró los ojos y recordó ese instante, con él a las puertas de su sexo a punto de embestirla por última vez, antes del orgasmo. Y ella totalmente absorta mirándolo, registrando en sus retinas su rostro, su cuerpo fuerte contraído por el deseo. Sobre ella, su mirada azul enlazada con la suya. Y lo dijo; Yo también te quiero, piruleta.

También… ¿También? ¿Cómo sabía él que ella lo amaba?

—¿Escondiéndote la mañana del día después? —La voz de Beckett la sobresaltó desde la puerta. No la había cerrado porque esta, hacía una especie de chasquido que lo habría despertado, pero por lo visto no había podido evitarlo de todas formas.

Él le sonrió y ella le devolvió el gesto.

—No me escondo, solo pensaba.

—Creía que te había dejado lo suficientemente exhausta como para que no tuvieras ganas de pensar esta mañana —dijo él con cierta arrogancia.

Penélope fue a replicarle, pero él terminó de entrar en el baño y fue hasta ella para rodearla con sus brazos, desde atrás. Se quedó sin aliento, viéndose juntos por primera vez, en ese espejo

que apenas la reconocía a ella, mucho menos a ella con él. Beckett descendió hasta su cuello y tras apartarle el cabello, comenzó a besárselo, provocando que su cuerpo lo ansiara de nuevo. ¿Cómo era posible? Si la tenía rota. Rota hasta el punto de que estaba segura de que le resultaría doloroso sentarse ese día.

—¿Ves? No pasa nada. Puedo seguir distrayéndote todo el día de hoy también —le dijo él contra la piel, formulando una promesa que se le enredó en el vientre.

—Espera… Para…

Él se detuvo y alzó solo la mirada, como esperando que pudieran resolver lo que fuera que le preocupaba, pronto, para poder seguir con lo que habían empezado.

—Cada vez que dices eso, me quedo con dolor de hue…

Penélope alzó ambas manos para taparse los oídos y él aprovechó para tomar sus pechos por encima de la camiseta de tirantes que se había puesto ella al levantarse, junto a las braguitas del Pato Lucas.

Ella lo miró con ojos desorbitados, al ver cómo había aprovechado para meterle mano. Lo sintió apretarse contra ella, haciendo que quedara acorralada entre el lavabo y su cuerpo, mientras masajeaba sus senos con codicia. Tuvo ganas de alzar las manos sobre su cabeza, arquearse y acariciar su cuello, su torso. La imagen del reflejo era sumamente erótica y excitante. Beckett tenía un brillo endiablado en los ojos. Era pura lujuria. Iba a aniquilarla otra vez, pero ella necesitaba saber antes la verdad. Sabía que no había marcha atrás, pero tenía que averiguar si lo había soñado o no. Si tenía que tomarse aquello como la aventura más salvaje y excitante de su vida, o podía abrirle su corazón.

—En serio, para… —le rogó mientras las palabras se le enredaban con un jadeo.

Beckett que, mientras con una mano torturaba uno de sus pezones y con la otra se encaminaba al interior de sus braguitas, se detuvo en seco.

—Dime. —Su voz sonó tan ronca, que pareció un gruñido. Pero no se movió, paralizado a mitad de la caricia.

—¿En serio quieres que hablemos aquí, así? —preguntó ella que vio que, aunque se había

detenido, no parecía tener intención alguna de apartarse. No sabía cómo sería para él, pero a ella le costaba bastante concentrarse observando la escena.

—Has decidido hablar en este momento. Perfecto. Pero no voy a renunciar a esto. Ya te dije que yo no renuncio a nada, piruleta. —Amasó un poco más el globo erguido de su pecho, y enlazó la mirada con la suya a través del espejo.

Ella volvió a gemir.

—Así no sé si puedo… ¿Cómo quieres que te pregunte si…?

—Te quiero, Penélope —los ojos de ella se abrieron por la sorpresa—. Te amo —añadió él y volvió a masajear su pecho, por encima de la tela. Su pezón erecto, se mostró orgulloso—. Te deseo —pronunció las palabras en su oído, erizándole la piel, mientras su mano se adentraba definitivamente en sus braguitas y sus dedos largos empezaban a buscar entre los pliegues íntimos de su sexo, su ansiado tesoro.

Empezó a frotar su clítoris y el camino que había desde este, hasta la entrada de la cavidad cálida de su sexo, friccionando con la presión perfecta. Sintió como humedecía sus dedos, que empezaron a deslizarse, trazando su ruta, con más fluidez. Ella ya estaba enajenada, imbuida por el calor, las oleadas de placer desbocado que él provocaba en su cuerpo, convirtiéndola en su esclava.

Y había más. Él hizo descender sus braguitas hasta las rodillas, y posando una mano en su espalda, la inclinó sobre el lavabo. La agarró de los glúteos, que masajeo, con una mirada hambrienta.

—Y te necesito —declaró él justo antes de penetrarla desde atrás.

Su sexo acogió el miembro masculino, abrazándolo, convulsionando por la sorpresa. Las manos de Beckett se apoyaron en sus caderas, aferrándolas, clavando los dedos en su piel para sujetarla con fuerza, mientras empezaba a embestirla de nuevo, con una cadencia primero, lenta, sinuosa, y luego hambrienta y desbocada.

—Mírame —oyó ella que le ordenaba. Penélope que, devastada, había inclinado el rostro, lo alzó al instante. Rendida a sus deseos, por completo. A lo que él le hacía sentir. Sus miradas

volvieron a enlazarse, y a ella ese le pareció el momento más erótico del mundo. No había película ni libro con el que lo pudiera comparar. Él era tan único, como lo que le hacía sentir.

La siguiente oleada fue salvaje y destructora. Se mordió el labio inferior para no gritar. Su espalda se arqueó, ofreciéndole con claridad su trasero. Él pareció borracho de placer al notar su entrega y aumentó la fuerza de su empellada. A los pocos segundos se derramaba en su interior, con furia. Vaciándose por completo, en todos los sentidos, como había descubierto que hacía con ella, cada vez que la había hecho suya, durante la noche.

Había sido fascinante descubrir que nada más terminar, la necesidad de volver a sentir ese nivel de entrega se anidaba en su vientre, haciéndolo querer más y más de su pequeña y dulce piruleta. Y por eso, no pensaba renunciar a ella, jamás.

Le besó la espalda y la sintió estremecerse. Salió de su interior, y la rodeó con los brazos. Volvió a besarla, esta vez en la mejilla. Se miraron nuevamente, en el reflejo.

—Sé que tienes preguntas, y te daré todas las respuestas. ¿Nos duchamos juntos y charlamos durante el desayuno?

Ella simplemente asintió, derrotada. Y él la giró para besarla en los labios. La tomó en brazos y la introdujo en la ducha con él. Penélope, alucinada, volvió a sentir la pétrea erección contra su trasero. Estaba claro que el desayuno iba a tardar, un poco más aún, pero no importaba.

CAPÍTULO 38

—¿Café? —le ofreció él con la jarra en la mano, girándose.

—Doble, por favor —repuso ella, sin dejar de observarlo con descaro.

Tras salir de la ducha ella se había puesto las braguitas y el suéter que él llevaba la noche anterior. Dejándole tan solo los calzoncillos y los vaqueros, que ahora caían suspendidos sobre sus caderas, de una forma tan sexi como a los modelos de los anuncios de Calvin Klein. Ahora le daba la espalda, esa espalda ancha y fuerte que la volvía loca, mientras le servía el café negro, intenso y humeante. Él colocó la taza frente a ella y volvieron a enlazar las miradas un segundo. Beckett sonrió con picardía y cabeceando volvió a girarse para empezar a preparar las tostas holandesas a las que tanto se había aficionado ella.

—Has dicho que me amas —atajó ella de repente, como si las palabras se le hubiesen amontonado en la boca.

—Creo que he dicho muchas cosas más —apuntó él metiendo las rebanadas de pan en el tostador y girándose hacia ella. Apoyó ambas manos en la encimera de la isla, frente a ella. Y la observó con detenimiento dar un pequeño trago a su café.

—Es cierto —admitió— Pero no sé… ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Sabes tú exactamente el momento en el que te enamoraste de mí? —le preguntó también, sin rodeos.

—¿Cómo sabes que lo estoy? —Se puso nerviosa.

—Me lo dijiste ayer, justo antes de perder el conocimiento en mis brazos.

Penélope se cubrió el rostro con las manos, avergonzada. Se le había declarado borracha, ¿se podía ser más patética?

—¡Oh, dios! Soy un desastre…

Beckett rodeó la isla para apartarle las manos de la cara, obligándola a mirarlo.

—No es verdad. Eres adorable, exquisita y dulce, como una deliciosa piruleta.

Escucharon que la tostadora escupía las tostadas, pero ninguno se movió, permaneciendo con las miradas enlazadas.

Ella apretó los labios, conteniendo una sonrisa, encantada. Así que de ahí venía el apodo que él le había puesto, desde el primer día.

—¿Te gusto desde el primer día? —preguntó sorprendida con la revelación.

—Me provocaste muchas cosas, sí. Creo que me obligaste a despertar, me sacudiste, rompiste mis esquemas, me rompiste a mí, a esa coraza que había estado forjando durante meses, tal vez años. Me expusiste y entraste como un huracán, para arrasarlo todo.

Se quedó fascinada con la descripción de todo lo que creía él que había hecho ella. No parecían las acciones de una pececilla de colores, ¿verdad? Sonrió.

Beckett que observó su gesto airado, le preguntó divertido.

—¿Te sientes orgullosa?

—Mucho —admitió con un gesto encantador que despertó sus ganas de besarla de nuevo. Pero tuvo que contenerse, o jamás tendrían esa importante conversación, en la que estaba en juego el futuro de ambos.

De repente una sombra se paseó por aquella mirada de color indescifrable y decidió sentarse junto a ella en el taburete que había a su lado.

—Pero esto es… es una locura —dijo Penélope sacudiendo la cabeza y encogiendo los hombros—. En realidad, no sé mucho sobre ti. Cómo… ¿dónde vives? —Abrió mucho los ojos al darse cuenta de que ni esa cosa tan básica conocía de él. ¿Como iban a tener una relación si vivían en zonas distintas del país? — ¿Te das cuenta? Esto es muy raro…

—No es insalvable —repuso él con tranquilidad—. Llevo unos años, siendo bastante itinerante. Tengo cuatro propiedades; una en el norte de Nueva York, otra en Seattle, la tercera en Nashville y la cuarta en Arizona. Bueno, son cinco en total, contando con esta, de momento. He estado pasando temporadas en unas y en otras, sin asentarme en ningún sitio. Eso mantenía despistados a los periodistas y los fans enloquecidos. Me gusta mi privacidad.

—Lo sé —dijo ella y bajó la mirada. Él le tomó las manos con las suyas, y entrelazó los dedos con los de ella en un gesto tan íntimo y natural que a ella le aleteó el corazón. Y volvió a alzar la vista para mirarlo—, pero mi vida está en San Francisco. Mi trabajo, mi familia, Zola…

—Sí, ya me he dado cuenta de que tienes fuertes raíces. Me gusta, y no me preocupa. Puedo viajar con frecuencia o incluso, buscar algo en San Francisco para mí. O para los dos…

"¿Para los dos?"

¡Ha entrado en parada! ¡La perdemos! ¡Descarga a trescientos! ¡Yaaaa!

En la mente de Penélope se repitió la trepidante secuencia, que tan vivida tenía los últimos días, pero esta vez con mayor intensidad. Los médicos corrían a su alrededor, aumentando la potencia de la descarga e inyectándole tanta adrenalina que ya les faltaba dársela en chupitos, aun así, ella no despertaba.

Beckett la vio entrar en estado catatónico, como el día que lo besó por primera vez. Tenía la mirada perdida, la boca ligeramente abierta y el gesto y postura petrificados. Le soltó las manos y la agarró por los hombros para zarandearla. Ya la había roto otra vez. ¿Cómo se le había ocurrido soltar una bomba como esa? Era normal que ella se asustara, apenas hacía unas semanas que se conocían y le estaba proponiendo vivir juntos. ¿Se había vuelto loco?

—Penélope, cariño… —la llamó frente al rostro. Ella tenía las pupilas dilatadas y él no sabía qué hacer. La primera vez que la rompió fue con un beso, ¿la podría arreglar de la misma forma? No perdía nada, así que tomó su rostro con ambas manos y se dispuso a besarla, cuando ella, de repente, inhaló con fuerza y volvió a la realidad.

—Claro… podrías buscar algo en San Francisco, para… los dos… —repuso ella siguiendo con la conversación. Mientras asentía repetidamente, como si intentase convencerse a sí misma de que era lo más lógico.

—Te juro que pagaría millones por poder estar en tu mente, a veces —le dijo él, asombrado.

—¿Qué? —preguntó ella confusa. Ya no sabía de qué estaban hablando.

—Nada, nada. Decías que te parecía bien mi sugerencia.

—Sí, sí… Claro… Es… —A ella se le trabaron las palabras en la boca y empezó a parpadear sin control.

—Era solo una idea. Quiero decir que… —Frank quiso encontrar las palabras perfectas. No se podía echar atrás, no quería, se dijo. Y decidió lanzarse a la piscina—…. A mí, me encantaría que viviésemos juntos. Creo que es más que evidente que podemos hacerlo —dijo señalado su entorno—. Convivimos bien. Más que bien, diría yo. Además, me gusta verte por las mañanas, recién levantada, bostezando cada cinco minutos hasta que te tomas el primer café. También me gusta compartir contigo el desayuno y charlar sobre lo que vamos a hacer ese día. Me gusta verte leer mientras enredas un mechón de cabello en tu dedo, de forma despreocupada, y escucharte canturrear mientras te pintas las uñas de los pies de algún color explosivo. Mi momento favorito del día, es al final de la jornada, cuando nos sentamos juntos y hablamos durante horas de las cosas que nos apasionan a los dos. La verdad, pensar que cuando nos vayamos en unos días, todo eso pueda acabarse…

Ambos sintieron a la vez que los recorría un escalofrió, al darse cuenta de que eso era exactamente lo que sucedería si no lo evitaban.

—¿Sabes? Yo tampoco creo que pueda a acostumbrarme ya, a no escuchar durante horas el incesante castigo al que sometes a las teclas de tu ordenador. Ni a tus gruñidos cuando algo te frustra. No quiero renunciar a las tostas holandesas y al café de la mañana, mientras me hablas de los últimos progresos de tu novela. Tampoco a las noches de sofá y manta. A verte sin camiseta por la casa…

Entre sus miradas enlazadas, se prendió una llama.

—A probar sitios nuevos en los que hacer el amor… a cualquier hora, en cualquier situación… —dejó caer las palabras con un tono insinuante que provocó que Beckett tragara saliva. ¿Desde cuándo ella era capaz de seducir? Sonrió satisfecha al ver que él se inclinaba y ponía las manos en sus caderas, para alzarla y sentarla sobre su regazo.

—¡Vaya! —gruñó él— Ya sabía yo que me querías por mi cuerpo.

Adentró el rostro en el hueco de su cuello y empezó a besarla, erizándole de forma

inmediata, la piel.

—Tu mente tampoco está mal —le dijo ella entre suspiros ahogados.

—Es un alivio saber entonces que me seguirás queriendo cuando sea un anciano arrugado y decrépito.

Penélope contuvo el frenético latido de su corazón al entender los mensajes que había bajo esa afirmación. No quiso darle importancia, o volvería a entrar en la sala de urgencias de su mente. Y en ese momento tenía otra cosa más interesante entre manos.

—Bueno, cariño… eso ya lo veremos —le dijo, e introduciendo una mano entre sus muslos, llegó hasta su erección que comenzó a acariciar, sin dejar de enlazar la mirada con la suya. Los ojos de Beckett resplandecieron alimentados por las llamas del deseo. Y supo que el desayuno había vuelto a quedar aplazado.

CAPÍTULO 39

Beckett llegó hasta el salón buscando a Penélope. Acababa de dejar en el maletero del coche el equipaje de ambos e iba a su encuentro para que pudieran marcharse. La encontró frente al ventanal, mirando hacia el exterior, con gesto abatido. Fue hasta ella y la abrazó.

—¿Qué pasa piruleta? —quiso saber qué le preocupaba.

—Aún no puedo creer que nos marchemos ya. Han pasado semanas y me parecen meses —dijo Penélope—. Me da la sensación de que la vida que dejé en San Francisco pertenece a otra persona, o a otra yo. Se me hace raro regresar a esa vida.

—No lo haces. Regresas conmigo, a comenzar un nuevo camino, juntos.

Él la besó en la sien y ella sonrió.

—Es cierto… Juntos… —Enlazó los dedos con los suyos, en un gesto que en los últimos días se había vuelto habitual entre los dos.

Aun no podía creer cómo le había cambiado la vida en esas cuatro semanas. Cómo se había transformado ella, su forma de ver el mundo, de hacer las cosas, de enfrentarse a sus miedos. Porque la Penélope de antes no se habría tirado al vacío como ella lo estaba haciendo en ese momento, apostando por la relación con Beckett, casi a ciegas.

—¿Volveremos alguna vez? —se giró a preguntarle, sintiendo ya cierta añoranza del lugar del que aún no se habían marchado, pero que había sido su burbuja todo ese tiempo.

Una sombra oscura, esa que hacía días que no veía en los ojos masculinos, apareció para inquietarla.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con un nudo en la garganta, el que le producía verlo luchar consigo mismo. Cada día descubría cosas nuevas de él, de sus luces y sus sombras y esta era una sombra muy, muy grande. Se preguntó si tendría que ver con su madre. No había querido sacar el tema, aunque seguía guardando el caballito de cristal azul, celosamente, por si acaso.

—Tengo que despedirme de alguien, antes de marcharnos. Y quiero que vengas conmigo.

Penélope tragó el nudo que se aposentó en su garganta y asintió. Debía tratarse de ella, pero no sabía si era bueno preguntarle. Él parecía de repente retraído, esquivo. E imaginó que cuando estuviese preparado, él mismo le abriría su corazón.

—¿Quieres que vayamos ahora? —preguntó tomando de nuevo su mano, para expresarle su apoyo.

—Sí, después saldremos directamente para Austin. El avión nos espera a primera hora de la tarde.

Penélope se limitó a asentir. Y ayudada por la muleta, caminó junto a él, a por el abrigo y el bolso. Antes de cruzar la puerta, echó un último vistazo al interior de la casa, con un sentimiento extraño en el corazón y una sensación chocante de perdida, como si intuyese que ya no volvería a ese lugar, jamás.

Todo el tiempo que duró el viaje, Penélope estuvo observando a Beckett que, a su vez, tenía la vista en la carretera, tan inmerso en sus pensamientos que no se percató de su escrutinio. Se preguntó si estaba preparando el discurso mental que tendría guardado para su madre. Tantos años de no relación, debían encerrar mucho dolor y reproches. Se veía a la legua que el paso que estaba a punto de dar no era fácil para él. Reconocía la tensión en cada músculo de su cuerpo, y se preguntó si habría alguna forma de ayudarle.

Un bache en la carretera, la hizo mirar al frente y entonces, sorprendida, vio que estaban entrando en un cementerio. El nudo de su garganta se acrecentó. Ella no había sufrido grandes pérdidas en su vida, salvo la de su abuela materna, cuando era muy niña. Y no podía imaginar a qué se enfrentaba.

—¿A quién venimos a ver? —se atrevió a preguntarle, mientras él buscaba un sitio para aparcar.

—A mi padre —dijo él tras soltar todo el aire de sus pulmones, con un gran suspiro.

Su padre… En aquellas semanas no le había hablado de él. Ella había intuido que la habitación y el baño adaptados, eran por él, ya que su madre no parecía tener ningún problema

de movilidad.

Beckett encontró aparcamiento y estacionó la pick up, sin tener que hacer más que un par de maniobras. Pero una vez apagado el motor, no hizo ademán alguno de salir del vehículo. Era como si se hubiese quedado perdido en algún pensamiento, tal vez los recuerdos que había compartido con su padre.

—¿Cuándo murió? —le preguntó con cautela.

Beckett sacudió la cabeza, reaccionando.

—Hace diez años, de un infarto cerebral. No había vuelto en todo este tiempo. Es extraño… Sé que no está aquí, pero una parte de mí se siente culpable por no haberlo hecho, por no haber venido al menos a compartir con él las cosas que debí decirle cuando aún estaba vivo.

—Seguro que estará encantado de escucharlas ahora. Nunca es tarde.

Él enlazó la mirada con la suya, ladeando la cabeza, con una sonrisa cansada.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente segura —dijo ella, con una sonrisa.

—¿Sabes? A mi padre le habrías encantado. Me habría dicho algo así como… “Frank, esa pelirroja te va a dar más de un dolor de cabeza. Corre a por ella”.

Penélope, rompió a reír.

—¡Oh, vaya! Con lo buena que soy… Pero sí, supongo que fue exactamente lo que hiciste. Empecé a darte problemas y te aseguraste de venir a por mí.

—Mi padre era un hombre sabio. Jamás se me habría ocurrido llevarle la contraria. A ti también te habría gustado él.

—¿Te pareces a él? —preguntó con curiosidad.

Lo vio meditar unos segundos.

—No sé… puede que hace años sí lo hiciera más. Luego pasaron cosas… A él no le habría gustado ver cómo cambié. —Frank hizo una pausa, y se pasó la mano por el pelo—. Él fue la primera persona que me dijo que siguiera escribiendo. No entendía mis historias, le parecía raro leer sobre el futuro u otros mundos que él no entendía, pero sí entendía mi pasión. Es muy

curioso porque él siempre fue un hombre muy pragmático, con los pies en la tierra. Le habría gustado tener algún talento artístico, pero no lo tenía. Tal vez por eso se enamoró de mi madre.

Lo vio tragar saliva al nombrarla. Y Penélope apretó los labios para contener las ganas de hablarle del encuentro con ella, hacía unos días. Una voz en su interior le dijo que no debía hacerlo, pero otra más fuerte le recordó que ocultárselo era una forma de mentirle. Y no quería empezar una relación con él, con ese tipo de secretos.

—Yo… tengo algo que contarte sobre tu madre —dejó que las palabras escaparan de sus labios, antes de que la otra vocecita intentara convencerla de lo contrario.

Beckett le brindó una mirada entornada, pero no se amilanó.

—Me la encontré la otra noche, en la tienda de regalos del teatro. Yo estaba mirando unas figuras preciosas de cristal, que había sobre una mesa. Ella apareció y me dio esto —dijo abriendo su bolso y sacando la caja. —Beckett la miró sin cambiar su expresión adusta. Viendo que no tenía intención de cogerla, la abrió ella para que viese su interior.

Su gesto siguió sin mutar cuando vio el precioso caballito.

Los segundos pasaron en silencio en el interior de la pick up. Él miraba el caballito como si fuese una bomba y ella lo miraba a él, intentando averiguar qué pasaba por su cabeza.

—No debió dártelo. No tiene derecho a hacer algo así.

—No sé cuál era su intención. Me dijo que dudaba que lo quisieses, pero que, si no, podría quedármelo yo.

—¿Y lo quieres?

—Me parece precioso, pero sobre todo porque me contó que eran tus piezas favoritas y que las observabas, en su estudio, de niño. Me pareció un bonito recuerdo.

—No lo es —espetó—. Efectivamente entraba en su estudio, buscando a mi madre, que nunca estaba en casa. Quería estar con ella, pero ella era tan fría como las figuras de vidrio que creaba. Siempre fue inaccesible, distante tanto con mi padre como conmigo. A pesar de los muchos esfuerzos de ambos por intentar llegar a ella.

Volvió a guardar silencio, para tomar aire un par de veces, antes de continuar.

—¿Sabes? La casa en la que hemos estado la construyó mi padre con sus manos, para ella. Era su prueba de amor. Mi padre adoraba la madera. Trabajaba en el departamento de bomberos, en prevención de incendios y protección forestal. Ya te digo que era un hombre sencillo, pero siempre me decía que, para conseguir lo que quieres solo necesitas esto. —Y Beckett alzó las manos con las palmas abiertas, reproduciendo el gesto de su padre. —Y esto —Se llevó una de las manos al corazón— "Todo depende de uno mismo, de tu trabajo y de tu empeño", me decía. Y el puso todo su empeño por hacer feliz a la mujer de la que se había enamorado. Aun así, no lo consiguió.

Penélope cerró la caja con el caballito. Y posó una mano sobre la suya.

—¿Recuerdas el día que te dije que estrellé mi camioneta?

—Sí, contra el granero del señor Miller.

—Efectivamente. ¡Qué buena memoria, piruleta!

Ella le sonrió.

—Bueno, pues esa noche bebí porque un par de días antes, al regresar a casa por vacaciones, de la universidad. Mi primera parada fue para ver a mi madre, en su estudio. Quería darle una sorpresa, enseñarle mis notas, que estuviera orgullosa de mí. Buscar su aprobación, una sonrisa afectuosa tal vez. No sé cómo estaba tan ciego. Jamás lo imaginé. Pero cuando la pillé acostándose con otro hombre, allí… Con uno de los vecinos de un rancho cercano, en su estudio. En ese lugar en el que pasaba horas, apartada de su familia… Me di cuenta de la gran mentira que había estado viviendo.

—Lo siento… lo siento mucho —le dijo ella, desconcertada—. ¿Hablaste con ella?

—No me quedó más remedio. Me descubrió allí. Yo salí corriendo, pero esa noche, tras hacer en la cena como si no hubiese pasado nada, fingiendo ante mi padre con una frialdad absoluta, vino a hablar conmigo y me dijo la verdad; que casarse con él y tenerme a mí habían sido los mayores errores de su vida. Que, con nosotros, en aquella casa, se sentía atrapada, encarcelada. Que por eso tenía aventuras, que yo no lo entendía porque era tan simple como él.

—¡Oh, Dios, mío! ¿Cómo fue capaz…?

—Sí, fue toda una declaración de amor. Se me cayó la venda de los ojos. No he sentido tanta rabia en mi vida. Tanto odio, tanta oscuridad. Intenté quedarme en casa ese verano, aguantando por mi padre. No me atreví a decirle la verdad, porque sabía que algo así lo mataría. Regresé antes de tiempo a la universidad y los cuatro años siguientes no volví a casa. Después mi padre tuvo un accidente. Un árbol se le cayó encima en un rescate y le partió la espalda, dejándolo en silla de ruedas. El mismo día que regresé para estar a su lado, mi madre se marchó. Imagino que tener que cuidar de él resultaba la peor pesadilla que podía imaginar. Un año más tarde mi padre murió. Lo acomodé una tarde en el porche, quería estar fuera, entre sus queridos árboles, escuchando los sonidos del bosque. Unos minutos más tarde, cuando regresé a su lado, lo encontré muerto.

Beckett cerró los ojos, soltando cada mota de aire de sus pulmones, sintiendo ese dolor insoportable que lo acompañaba cada vez que recordaba ese momento.

—Lo siento mucho, no puedo imaginar lo doloroso que debió ser para ti… —le dijo Penélope posando una mano sobre su mejilla.

—Mucho. Y estaba solo. Mi madre regresó para el funeral, solo con la intención de recuperar la que creía que era su casa, pero mi padre me la había dejado a mí y solo a mí. Supongo que al final no estaba tan ciego como yo pensaba. Da igual —dijo sacudiendo la cabeza —, yo me he reconciliado con mi padre, con el recuerdo de sus últimos días, y creado nuevos y maravillosos contigo, que me ayudarán a pasar página. La casa no será suya, jamás. La he donado a la asociación de bomberos y protección forestal de Wimberley —le dijo dejándola asombrada, pero Penélope entendía perfectamente lo que significaba para él, ese gran gesto en honor a su padre. —Ella no se la merece, y yo tampoco era capaz de venir y enfrentarme a los recuerdos. A la culpa de los años que pasé lejos de él, ocupándome solo de mi dolor y mi decepción. Perdí un tiempo precioso que jamás recuperaré.

—No puedes verlo así, tú no sabías lo que iba a pasar. Por lo que me has contado, él tampoco querría que te castigaras de esta manera.

—Supongo que no —Desvió de nuevo la vista al caballito—. El otro día cuando mi madre

apareció por la casa, solo estaba haciendo un nuevo intento por recuperarla, pues aún no sabe lo que he hecho. Y eso —dijo señalando la caja de cartón—, no es más que un intento macabro de manipulación por su parte.

Penélope, cogió la caja de su regazo, y tras mirarla una última vez, abrió la ventanilla y lanzó la caja con fuerza al exterior.

Beckett la miró, completamente atónito, pasmado, no supo si espantado.

—¿Me ha quedado muy dramático? —preguntó ella encogiéndose de hombros, con una gran mueca.

Lo miró temiendo su reacción, pero finalmente, tras un segundo de consternación, él irrumpió en una sonora carcajada.

—Sí, piruleta, muy dramático. Pero me ha encantado.

Penélope respiró aliviada. Y se unió a sus risas.

—Gracias —le dijo él, y cogiéndola por sorpresa, posó una mano en su mejilla y la acercó para besarla con pasión, con agradecimiento, con infinita ternura y complicidad. Cuando separó los labios de su boca, unió la frente con la suya y le dijo en tono suave: —Vamos, piruleta, quiero presentarte a mi padre. Y que conozca a la pequeña pelirroja que me trae de cabeza.

CAPÍTULO 40

Penélope aferró el teléfono con una enorme sonrisa. Y empezó a pegar saltitos por el salón e incluso se marcó unos pasos, sintiéndose tan feliz que no tenía palabras para explicarlo. Acababa de cerrar un acuerdo con otros dos autores. Uno de su lista de potenciales promesas y la otra estaba en el top diez de novela romántica. Gina la acababa de llamar para confirmarle que los contratos ya estaban firmados y darle la enhorabuena.

—Siempre me he sentido orgullosa de ti, pececilla, pero esto es ya casi para ponerle tu nombre a la agencia —bromeó con ella.

Penélope sonrió, satisfecha con su trabajo, pero no pudo evitar formular la pregunta que rondaba su cabeza una y otra vez, desde hacía cinco años.

—¿Y entonces, por qué me llamas pececilla?

La pregunta pareció sorprender a su jefa que se rio a carcajadas. No supo qué pensar y frunció el ceño hasta que la oyó contestar.

—Porque eres alegre, refrescante, honesta, y única. No te disfrazas como los demás que intentan parecer tiburones y comportarse como tales. Con el tiempo me di cuenta de que no te hacía falta, porque eres genuina. Eres Penélope Appleton, mi voraz pececilla de colores.

Sus palabras la emocionaron tanto que tuvo ganas de llorar. Sacudió las manos sobre sus ojos, para evitarlo. No quería estropearse el maquillaje que se había puesto para la inauguración de la casa.

—Por cierto, en unas semanas Justice y yo queremos ir a San Francisco, Didie y William van a hacer una fiesta para celebrar el éxito de su última novela.

—Lo sé, William es muy amigo de Beckett, y nos ha invitado también.

—Perfecto, porque estaba a punto de hacerlo yo. Así nos vemos todos, que lo estoy

deseando.

—Sería fantástico —repuso ella encantada. Echaba de menos a Gina y había tenido la oportunidad de trabajar y conocer tanto a William, como a Didie, su mujer y musa. Pensar en el reencuentro, puso la guinda a esa emocionante conversación.

—Entonces en eso quedamos, te dejo con tu fiesta. Y una vez más, enhorabuena, pececilla. Eres la mejor.

Penélope apretó los labios nada más cortar la llamada para evitar pegar un grito de alegría. ¡Lo había conseguido! Lo estaba consiguiendo, porque era muy consciente de que ese era tan solo el inicio del camino que estaba destinado para ella.

Se vio, triunfal, en el pódium, a punto de recoger su medalla de oro, conteniendo las lágrimas mientras escuchaba el himno nacional en los altavoces del estadio. Sacudió la cabeza, lo había logrado, ya era socia de Gina.

Y estaba deseando contárselo a todos.

***

—Oye, Franki —Beckett alzó una ceja cuando oyó que Zola lo llamaba de esa forma—, yo sé que crees que conoces muy bien a Penélope, por eso de que estáis enamorados y tal, pero yo llevo siendo su mejor amiga, casi como una hermana, desde el instituto. Y te digo que te equivocas. No se lo puedes pedir así, va a ser demasiado soso.

—Lo que tú llamas soso, yo lo llamo hacer las cosas con clase. Si le hago un desfile, tipo el cuatro de julio…

—El cuatro de julio no, hombre —lo interrumpió la morena, como ya había comprobado Frank que era habitual en ella—. Algo en plan Bollywood, con colores, elefantes y toda la parafernalia —dijo alzando las manos y haciéndolas volar en el aire como si lo estuviera viendo.

Frank bufó, y tuvo que cerrar los ojos porque no quería ni imaginárselo.

—¡Estás obsesionada con ese tema! ¿Qué tiene que ver Bollywood con nosotros, con

nuestra historia?

—¡Nada en absoluto! Por eso le sorprenderá. Imagínatela, con los ojos super abiertos, flipando con los colores y el aroma a Cuscús.

—Ante semejante espectáculo, me la imagino rompiéndose, entrando en estado catatónico. Y teniendo que llamar a una ambulancia.

—¡Oh! ¿Qué exagerado!

—¿Quién es exagerado? —preguntó Penélope saliendo al jardín de su nueva casa, cargada con una bandeja de refrescos.

Había decidido sacar unas bebidas para celebrar su noticia, pero al verlos charlar en confidencia, sus alarmas despertaron. Desde su llegada a San Francisco habían pasado mucho tiempo con Zola y con Courtney, que en primavera se iban juntas a pasar una temporada a la India. Courtney con un proyecto de ayuda humanitaria y Zola para inspirarse y crear una serie de obras nuevas para una exposición que tenía organizada en otoño. Y hasta entonces querían aprovechar para estar juntos, todo lo que pudiesen. En un principio temía que Beckett y Zola no terminasen de encajar, pero se había equivocado. Había una camaradería entre ellos, que en muchas ocasiones le arrancaba carcajadas. Otras, sin embargo, terminaban discutiendo, por el asunto más trivial, pero la sangre nunca llegaba al río. Era como ver a dos hermanos pelear, y le daba la sensación, después de verlos visto salir al jardín a cuchichear, que algo estaban tramando.

—Exagerada, ella. Tan excesiva…—se apresuró en contestar Beckett, tomando la delantera a Zola que le brindó una mirada entornada—. Quiere pedirle matrimonio a Courtney con un desfile en plan Bollywood. Con elefantes, música, bailes…

Frank vio que el rostro de Zola adquiría toda una gama de colores, a cuál más preocupante. Y que sus ojos lo miraban, fulminándolo. Gracias a dios no tenía mirada laser, de lo contrario, habría muerto en el acto.

—¡Oh, dios mío, Zola! Es…

Ambos aguardaron su reacción con impaciencia. Para saber quién de los dos tenía razón.

—Es… —Durante unos segundos la vieron perderse en algún lugar de su mente, en el que

con total seguridad ella disfrutaba del desfile al completo. Ambos la miraron, luego entre sí, y después volvieron a fijarse en ella.

—¡Es fantástico!

Beckett frunció el ceño y Zola sonrió satisfecha, se cruzó de brazos con la satisfacción de haber ganado una batalla épica.

—Tiene tanto que ver con vosotras… con vuestro viaje a la india, con vuestros planes. Es un plan loco, como tú, pero perfecto para vosotras. A mí me habría dado un patatús, por supuesto luego. Pero para vosotras, es perfecto. ¿Cuándo lo harás? ¿Antes o después del viaje?

El gesto de Zola cambió radicalmente. Arrugó la frente y resopló con fuerza, al tiempo que veía que era Beckett, en esa ocasión, el que cruzaba los brazos sobre su pecho, con orgullo.

—No lo sé, Pé —repuso Zola a su amiga, que seguía aguardando una respuesta—. Pero imagino que ahora tendré que pensarlo.

—Claro, yo te ayudo en lo que haga falta. Ahora que voy sin muletas, estoy hecha toda una correcaminos. —Sonrió, miró a Beckett con picardía al nombrar al personaje de dibujos animados, mientras alzaba las cejas un par de veces. Beckett captó al instante que ella llevaba un nuevo diseño en las braguitas. Y le devolvió el gesto pícaro mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—¡Dejad de pensar en cochinadas! —los interrumpió Zola.

Penélope suspiró antes de volver al interior, pues en ese momento la estaban llamando sus padres. Y Zola, con mirada perversa, se giró de nuevo hacia Beckett.

—Así no me extraña que la hayas dejado embarazada. ¡Si es que no la sueltas ni un momento!

Beckett que había cogido una limonada de la bandeja, y la llevaba a su boca en ese momento, se quedó petrificado con la bebida a medio camino de su boca.

—¿Em… ba…?

—Ra, za, da —terminó Zola por él, disfrutando de su gesto perplejo.

Beckett sacudió la cabeza.

—¡Júrame que es cierto y no una bromita de las tuyas! —La miró con una urgencia que Zola creyó que se le iban a salir los ojos de las orbitas.

—¡Y yo qué sé! No la persigo por las mañanas para que me orine en un palito, ¿sabes? Solo me he dado cuenta de que tiene las tetas más —se puso las manos sobre el pecho y las bailó un poco—… ¿no se las ves más grandes? Y le ha dado por comer cebollitas en vinagre, a todas horas. Es asqueroso.

Beckett repasó en su mente las cosas que, en los últimos días, le habían podido hacer sospechar algo, pero habían estado tan centrados en la nueva casa, en la mudanza y en acoplar sus vidas a la nueva rutina de trabajo que no había sospechado que hubiese ningún cambio extraño. En lo del pecho claro que había caído. Además, lo tenía más sensible y habían disfrutado ambos con el cambio, que Penélope le había asegurado que se debía a cambios hormonales, normales. No le había dicho que sospechase que estaba embarazada.

—Pero esto, ¿lo has habado con ella? —le preguntó necesitando más información.

—No, aun no. Le iba a insinuar hoy que se hiciera una prueba —dijo ella concentrada en remover su combinado con la pajita.

—¡No lo hagas! —espetó él de repente.

—¿Ein?

—Déjame que le pida matrimonio primero. O empezará a darle vueltas a la cabeza. Le conté una historia de mi pasado y pensará… que se lo pido por el bebé.

Zola lo miró alucinada.

—¿Y lo haces? —dijo confusa.

—¡Claro que no! ¿No recuerdas que hace un momento, antes de que me dijeras esto, estábamos hablando de la forma en la que iba a pedírselo?

—Es cierto, es cierto —dijo Zola, sonriendo, que ya llevaba un par de copas y empezaba a estar espesa— ¿Y qué vas a hacer?

Beckett sonrió mirando hacia el interior. En la puerta que daba de la cocina al jardín, Penélope hablaba animadamente con Ingrid, con la que había terminado por hacer grandes

migas. Les encantaba trabajar juntas, una como ayudante y otra como agente. Se auto llamaban, las ángeles de Beckett, y siempre estaban bromeando sobre lo triste y caótica que sería su vida para él, sin ellas. En ese momento se sumaron a la conversación entre ambas, Jannis y Todd, los padres de Penélope, a los que acababan de enseñar la casa. Por sus caras, estaban contentos y felices por su hija. Eran buena gente. En aquellos dos meses, en los que los había podido conocer bien, se había dado cuenta de ello. Lo habían acogido como a un hijo y estaba claro que mucho de lo bueno que había en su pequeña piruleta, lo había heredado de sus progenitores.

Penélope lo miró, en ese momento, como si hubiese intuido su escrutinio, y lo saludó con la mano. Esa mano que esperaba que muy pronto, luciera el anillo de compromiso que llevaba guardado en el bolsillo desde hacía dos días. Había estado esperando el momento perfecto para entregárselo, pero se daba cuenta de que el momento perfecto sería cuando ella le dijese; sí.

Suspiró.

—Como diría mi padre, voy a correr a por esa pelirroja.

Y tras soltar aquellas palabras, fue en su busca, con el corazón a mil por hora.

—Cariño, cariño… tenemos invitados— le dijo Penélope cuando la tomó de la mano y la instó a entrar en la casa.

—Si nos quieren, sabrán esperar.

La respuesta la dejó confusa, aún más cuando él, la tomó en brazos y se la subió al hombro, como hacía semanas que no hacía. El gesto, aunque la sorprendió haciendo que pegase un gritito, le recordó a aquellos maravillosos días en Winberley, y se le dibujó una sonrisa en los labios. Él comenzó a subir la escalera que daba a la planta de los dormitorios.

—¡Bájame, loco! Ya no tengo la férula, ¿ahora qué excusa tienes? —le dijo dándole unos golpecitos en la espalda.

La respuesta de Beckett fue palmearle el trasero para después apretujarlo con ansia.

—¡Oh, dios mío! ¿Ahora? ¿Con todos abajo, esperándonos? —preguntó ella, mientras llegaban al último tramo de la escalera.

—Ahora —se limitó a decir él. Abrió la puerta del dormitorio que compartían ya cada noche. Y con desgana la dejó en el suelo, frente a él. Alucinado, vio que ella, nada mas poner los pies en el suelo, empezaba a desnudarse con presteza y urgencia, desabrochándose los botones del vestido azul, que a los pocos segundos le dejaron ver su sujetador, lleno con aquellos exuberantes y turgentes pechos y el inicio de las braguitas.

—Mm… Sí, ahí está… el correcaminos. ¡Mec, mec!

Ella sonrió, pues era esa la reacción que buscaba, cuando se las puso esa mañana. Pero cambió el gesto y frunció el ceño al darse cuenta de que él no se quitaba la ropa también.

—¿Por qué no te estás desnudando?

—Mujer, tenemos invitados… ¡es que eres insaciable!

Penélope lo taladró con la mirada.

—Me has traído hasta aquí y me has dicho…

—Que te quería ahora. Pero… aunque me encanta tu forma de pensar… —dijo él introduciendo un dedo entre sus senos y acarició la piel de la curva extremadamente suave y suculenta de uno de ellos.

La respiración de Penélope se alteró al instante, y su pecho empezó a alzarse y bajar, en un baile hipnótico que estuvo a punto de hacer que su plan se fuera al traste.

—No me distraigas, piruleta, que tengo algo importante que decirte. —aseguró cerrándole el vestido, de cualquier manera, para mantener la tentación alejada, al menos hasta que pudiera terminar.

—¿Mas importante que conocer al señor correcaminos? —preguntó ella, dejándose llevar hasta el filo de la cama, ambos se sentaron en ella. Frente al ventanal que les ofrecía unas maravillosas vistas de la ciudad.

—El correcaminos hoy no se escapa, te lo aseguro, pero tú tampoco.

—Yo no voy a ningún sitio, bobo —le dijo ella riendo, intentando cogerlo del cuello para besarlo, pero él la detuvo sujetándola por las manos.

La miró con una intensidad y gesto adusto que hicieron que a Penélope se le borrase la

sonrisa de los labios. Aquello no podía ser bueno si él rechazaba una fantástica sesión de sexo, y ni siquiera quería que lo besara. Iba a decirle algo malo, algo muy malo. Y su mente empezó a divagar:

Estaba en el juzgado, delante del juez. Un juez con cara de malas pulgas, y ella sentada en el banquillo de los acusados, temblando como una hoja. Tras ella, sentados en los asientos de los familiares y allegados, Piolín, Silvestre, El Pato Lucas y El correcaminos la miraban enjugándose las lágrimas con pañuelos de papel, justo antes de que ella se diese la vuelta y que el juez la condenase sin sexo, durante veinte años, tres meses y un día. Rompió a llorar al instante, desolada. El potente sonido del mazo contra la mesa de madera del tribunal, la sacó de su terrible pesadilla.

Cuando desvió la mirada hacia la de Beckett, creyó que seguía en otro sueño, pues este, arrodillado ante ella, le ofrecía un anillo precioso, esperando una respuesta.

¡Ooooh! Me lo he perdido, pensó, con una mueca que pareció un puchero.

—¿Qué pasa, piruleta, no quieres casarte conmigo?

El puchero se transformó rápidamente en una enorme sonrisa. Y empezó a asentir repetidamente, nerviosa.

—Necesito que te pronuncies, para que sea completamente vinculante —le dijo él tomándole el rostro.

—Sí, quiero, Fran Beckett —repuso encantada, de unir su destino al del hombre al que amaba con todo su corazón. Él la rodeó con los brazos, atrayéndola con fuerza, y la besó, con demasiada premura, para luego separarse de ella.

—Perfecto, mañana te pasaré el contrato —le dijo, resuelto.

Penélope parpadeó perpleja.

—¿Qué contrato?

—Nada, una minucia. Unas cuantas cláusulas que me aseguren que serás mía para siempre, que te pondrás al menos una vez por semana las braguitas de los Looney Tunes, que podré llevarte en brazos cada vez que quiera… Cosas así —dijo él sacudiendo la mano como si no

tuviera importancia.

—Cosas así… ¿eh? No te preocupes, te haré unas buenas notas al margen de todos los puntos que vea que hay que negociar.

—No lo dudo, piruleta. No lo dudo.

Y ya con las cosas claras, la tomó en sus brazos y le dio un beso de película, que no tuvo réplica alguna en su mente, porque nadie lo habría podido mejorar, jamás

En la mente de Penélope solo aparecieron los créditos del final de la película. Esos que despiden la historia en su momento álgido. Los nombres bajando por la pantalla y tú con el alma encogida. Enamorada de los personajes, de la trama, de su historia ya vivida. Y algo en ti quiere resistirse a que ese sea el final, el definitivo e inminente final. Sientes que ya nada volverá a ser igual para ti. La sensación de pérdida se hace tan grande como el agujero de tu estómago, de tu corazón contraído.

Y entonces la pantalla se ilumina de repente y aparece una escena extra que el director tenía guardada para ti, para hacerte más llevadero este momento y que puedas despedirte con una sonrisa al saber que:

—Sabes, cariño —le dijo Penélope apartando los labios de los suyos, para perderse en su mirada azul, intensa e infinita—. Estoy embarazada.

FIN

Estimado lector, ante todo, mil gracias por haber elegido mi libro de entre los miles a tu disposición. Espero que hayas disfrutado mucho con su lectura. Si deseas dejar tu comentario en Amazon, no solo sabré qué te ha parecido, sino que podrás ayudar a otros lectores indecisos.

Y si te has quedado con ganas de saber cómo le irá a Penélope, a continuación, te dejo el

primer capítulo para ir abriendo el apetito…

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia, ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, la fantasía paranormal, suspense, new adult, o chick lit.

Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación, primero escribiendo poesía y más tarde a través del relato y la novela.

En septiembre del 2013 consiguió cumplir su sueño de publicar sus primeras obras gracias a la plataforma de autopublicación de Amazon, KDP. Su primera novela tuvo una inmejorable bienvenida por parte de los lectores, que la posicionaron en el Nº1 en la categoría de romántica, durante cinco meses, en España y Amazon.com. Sin duda este hecho la animó a seguir publicando el resto de sus novelas, que hoy son más de cuarenta.

Tras su primer éxito en Amazon, en 2014 firmó un contrato con la editorial **Harlequín Harper Collins** para la publicación de su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. En septiembre del 2015 publicó Se ofrece musa a tiempo parcial, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los **Premios Infinito**. En 2015 recibió el **Premio Púrpura a la mejor autora romántica auto publicada.** En 2018 fue galardonada con el **Premio literario NORA**, concedido por lectores y compañeros escritores. En 2019, le otorgaron el **Premio Infinito** como mejor novela de ficción romántica, por *La coleccionista de noches vacías*, mejor novela romántica por *Como en una canción country*, mejor portada por *La coleccionista de noches vacías*, y mejor escritora de romántica. Participó en el **Premio Literario de Amazon** de ese mismo año, con *La coleccionista de noches vacías*, resultando **finalista** entre más de 2.400 novelas publicadas de cuarenta países.

Sus éxitos como autora híbrida la han llevado a firmar contratos y ver publicadas sus obras

con editoriales como **Storytel** y **Word Audio Publishing International**, que las han acercado a los lectores en formato audiolibro, para todo el mundo. Y la traducción y publicación en 2022, de algunos de sus libros, al ruso, finlandés, polaco, noruego, danés, portugués e inglés.

En la actualidad se dedica a su familia, la escritura y ser mentora y coach de otros autores del género romántico. Es habitual verla en las redes, en continuo contacto con sus lectores. Y sueña con seguir haciendo lo que le apasiona, viajar por el mundo y cosechar historias y personajes que llevarse en el bolsillo.

Podéis encontrarla en:

www.lorrainecoco.com

https://www.facebook.com/groups/219104291622789/

https://www.instagram.com/lorrainecocoautora/?hl=es

https://twitter.com/LorraineCoco

Mis libros en Amazon: https://cutt.ly/Ce3Bddw